3 1761 08166223 1

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 12. NUM. 133.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ENERO, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 12
no. 133-35

SENDAS PELIGROSAS

(NOVELA) [1]

I

Entre las imágenes fantásticas que ocuparon los ensueños de nuestra juventud, hay una inolvidable para nosotros: la de Asmodeo. ¿No es muy natural pensar en él cuando al pasar de noche por las calles levantamos los ojos hacia las ventanas tras las cuales nos imaginamos á capricho toda clase de escenas de dicha doméstica, como de fiestas brillantes, ó de afectuosa intimidad, á las que desearíamos asociarnos? Quien con

---

(1) En nuestro deseo de dar á conocer la literatura de todas las naciones, comenzamos hoy la publicación de la presente novela dinamarquesa.

Su autor, Juan Luis Heiberg, hijo del famoso dramaturgo Pedro Andrés, tiene un título de simpatía para los españoles en el entusiasmo que siempre ha demostrado por nuestro país.

Durante cierto tiempo vivió en la capital de Francia, dando lecciones de guitarra á la española, estudió nuestro teatro, y es uno de los espíritus que mejor han penetrado el genio de Calderón.

Comenzó su carrera dramática con una imitación del *Don Juan*, logrando pronto éxitos grandísimos secundado por su mujer, una de las mejores actrices de Dinamarca.

Su fecundidad inagotable y su popularidad grandísima le llevaron á la cúspide de la gloria en su país y fuera de él, habiéndose traducido al alemán casi todo su teatro.

Nombrado profesor de Filología primero y de Filosofía después, en la Universidad de Kiel, ha publicado una Gramática danesa, una Mitología escandinava y multitud de prólogos, novelas, poesías y disertaciones de todas clases.—J. L.

el poder del Diablo Cojuelo, como otro don Cleofás, hubiera podido observar una noche de invierno el salón del Comandante Lindal, habría encontrado allí grato espectáculo. En un salón amueblado con lujo de buen gusto, hubiera visto hermosas fisonomías: un marido en la fuerza de la edad, paseándose de arriba abajo; una señora joven, vestida con elegancia, pero de rostro modesto, teniendo en las rodillas á un niño de siete años, y leyéndole en voz baja un libro; después una señorita joven, vestida con lujo, que daba saltitos cantando, y se detenía delante de un espejo para mirarse en él con complacencia la linda cara. Pero Asmodeo, ese demonio filósofo, no hubiera desperdiciado esta ocasión de dirigir á sus oyentes una disertación moral acerca de los mandados de este mundo y recordarles que el hombre puede poseer los bienes de la fortuna, los dones más preciosos de la naturaleza, los de la educación, verse rodeado del aprecio general y no sentirse feliz. Habría hecho notar á su Cleofás, el tétrico rostro y la agitación del Comandante. Habríale hecho ver cómo la hermosa Sofía levantaba de vez en cuando con inquietud los ojos hacia su marido, y de qué manera su linda hermana Anita volvía á cada instante la cabeza hacia la puerta, como si aguardase á alguien con impaciencia; por último, habría escuchado las palabras de esas tres personas, para juzgar su situación por lo que hablaban.

Habiendo sorprendido Lindal una de las miradas furtivas de su mujer, se detuvo de pronto en una de sus evoluciones, y le dijo:

—¡Dios mío! ¿Pero por qué me miras así, Sofía? ¿Te parece que soy alguna fiera y temes verme quitar algo en este aposento?

—No te enfades—respondió Sofía con voz dulce, bajando los ojos;—me parece que estás de mal humor, y temo que hayas tenido alguna contrariedad.

—Y aun cuando así fuese, ¿crees que me harías un gran bien espiándome de ese modo?

—No puedo permanecer indiferente á la idea de que sufras algunos pesares;—replicó Sofía con la misma dulzura.

—Los mujeres son pasmosas— exclamó Lindal;— convierten una mosca en elefante. Ya sabes que tengo negocios de importancia en Copenhague. ¿Piensas que por mi gusto hace varios años que he renunciado á vivir en nuestras haciendas para establecerme aquí? Ya sabes que nuestros vecinos me han confiado importantes asuntos, en los cuales se trata, no sólo de un negocio de dinero, sino de la situación de algunos millares de individuos; me he dedicado concienzudamente á la tarea que me había impuesto, encontrando en ella numerosas dificultades; hoy se presentan otras nuevas, y estoy pensativo. ¿Hay en esto nada por qué alarmarte?

Mientras hablaba de este modo, Anita se había sentado en un rincón del sofá, y con sus piececitos daba repetidos golpes en el suelo.

—¿Acabarás?—exclamó Lindal; —no páras de cantar ó de bailar.

—En verdad—respondió Anita—no sabía yo que cantaba tan mal. Acaso esté prohibida aquí la música después de comer.

—La música—replicó Lindal—es un arte fatigoso; con los demás puede estarse en paz al menos; un cuadro que nos disgusta puede ser vuelto hacia la pared; á las personas que tienen la funesta pasión de dar lectura, puede cerrárseles la puerta; pero esta maldita música, pasa á través de las paredes é irrita los nervios.

—Pero, sin embargo—exclamó Anita—hubo un tiempo en que te gustaba mucho la música. Recuerdo que cuando eras novio de Sofía, siempre que venías á verla le rogabas que tocase el piano ó que cantase, dirigiéndome también la misma súplica, aunque entonces no era yo más que una chiquilla.

—Sí, hace siete años; estaba yo enamorado, y cuando se está enamorado le da á uno por toda clase de caprichos. Por supuesto, debo decirlo, no odio á la música; sólo pretendo que

venga á mí como un huésped, cuando me plazca, y no que se imponga á pesar mío cuando necesito descanso. Además, quiero lo que se llama música; y eso con que nos has obsequiado esta noche es no sé qué ejercicio, al cual sólo es lícito entregarse cuando se está á solas en la educación personal.

—¡Qué amable está el Comandante esta noche!—exclamó Anita con aire sardónico.—Pero, á propósito, ¿cómo es que nos honras en este momento con tu amable presencia? Eso es enteramente contrario á tus costumbres.

—La causa de ello es que mi criado no me ha encendido bastante pronto la chimenea, y mi cuarto está frío. En cuanto se caliente más me meteré en él con mucho gusto.

—Acabóse la galantería—dijo Anita;—lo cierto es que la muchacha que tiene semejante cuñado debe considerarse feliz. Bien pronto se echa de ver que en tu juventud estuviste al servicio de Francia.

—Hace ya diez años; y ¡bendito sea Dios! en diez años se olvidan muchas cosas.

—¿Por qué abandonaste aquel hermoso país, aquel pueblo que tan bien convenía á tu amable carácter?

—¿Por qué?—exclamó Lindal.—Esa es una pregunta á la cual puedes responder tú misma.

—No, yo no soy tan hábil; ayúdame.

—Pues bien—dijo Lindal en tono serio;—porque la tragedia había terminado á causa de la caída del héroe.

Al decir estas palabras púsose otra vez á andar á paso largo con viva preocupación. Después de un instante de silencio tomó Anita de nuevo la palabra y le dijo:

—Me han dicho (y lo creo) que tu primera mujer murió de celos.

El Comandante se detuvo delante de su maligna cuñada, después movió la cabeza y continuó su paseo.

—Muchas veces he pensado—prosiguió Anita—que aquella muerte prematura era justo castigo de la falta cometida por ella, convirtiendo á un oficial guapo y alegre en un hidal-

go campesino, pues al casarse contigo te dió sus bienes y te obligó á dejar el servicio; y ahora no tienes ya á quien mandar sino á tus zafios aldeanos. Nuestra prima Maltey me ha dicho á menudo que cuando volviste de Francia, á la edad de veinticuatro ó veinticinco años, eras tan guapo, tan seductor, que todas las mujeres se ocupaban de tí; y de ese modo permaneciste hasta tu casamiento. Entonces fuiste á vivir en el campo, donde te has obscurecido y aplomado. La señora Maltey conoce bien tu historia, porque es antigua amiga tuya.

—¿De veras es mi amiga? No lo sabía, y es más de lo que merezco.

—Eres un ingrato. Debieras recordar con gratitud que en su casa conociste á Sofía. Ignoro si mi hermana tiene las mismas razones para congratularse de ese encuentro.

—A lo menos tú puedes celebrarlo—respondió Lindal;—porque después del casamiento de Sofía, quedaste sola con tu madre, que pasaba el tiempo en mirarte.

—Sí; pero desde que mi pobre madre murió, desde que vine á vivir aquí, Dios es testigo de que ya no he sido mimada. Por fortuna, algún día tendré casa mía.

—Sin duda; como eres novia de mi hermano, el oficial de cazadores, es posible que te cases dentro de diez años.

—Cuanto más tiempo pase antes de casarse conmigo, más bueno y complaciente se volverá.

—De sumiso hasta la esclavitud—exclamó el Comandante;—así tendrá que ser para una persona como tú.

—¡Como yo!... Pues ¿quién soy yo?

Lindal se inclinó ante ella, y respondió:

—Una niña bonita, una niña llena de habilidades, una niña muy inteligente, pero á la cual no debe desear para mujer propia ningún hombre razonable.

—Pues bien—replicó Anita riéndose,—hay muchos hombres irrazonables.

Sofía, que durante este pequeño altercado había proseguido la lectura con su hijo, cerró el libro y dijo al niño, besándole:

—Muy bien, mi querido Antonio; ahora quedas libre.

—¿Iremos pronto en coche?—preguntó el niño.

—¿Acaso va á salir con nosotros?—dijo Lindal.—Veo que le han vestido.

—Sí—exclamó alegremente Antonio;—mi madre me ha prometido llevarme si daba bien la lección.

—Nuestra prima le ha invitado—añadió Sofía.—Sus hijos van á representar una piececita.

—En verdad—replicó Lindal—que cuando la señora Malty se propone dar una reunión de niños, debiera elegir otro momento: son las ocho, dentro de hora y media tiene que acostarse Antonio; no puede permanecer en pie hasta media noche.

—¡Oh, querido Lindal; por una vez!—dijo Sofía con voz suplicante.

—Ni por una vez, ni por varias: se necesita orden en todo. Los niños de seis años no deben ir á reuniones, y Antonio se quedará en casa.

El pobre niño se quedó como petrificado. Su madre tuvo intentos de insistir, pero callóse y volvió en silencio á su sitio, junto á la mesa. Antonio se acercó á ella y la miró con aire triste. Besóle su madre en la mejilla, y le dijo:

—Puesto que tu padre no permite que vengas, hijo mío, no pienses en venir.

Alejóse el niño sin responder una palabra; la madre fue á sentarse al otro extremo del salón. En el mismo instante levantóse Anita y exclamó con impetuosidad:

—¿Qué tendrá que hacer Fernando? Había prometido ser tan exacto; estoy mortalmente aburrida.

Al decir esto golpeaba el suelo con el pie, y se retorcía las manos con una especie de desesperación.

Por fortuna abrióse la puerta pocos minutos después, y se vió entrar á un joven elegante. Apenas había dado algunos pasos por el salón, cuando la imperiosa Anita le llenó de improperios. El se arrodilló sonriéndose, y llevándose á los labios el borde de la falda de su altiva soberana, dijo:

—¡Qué bonito vestido! ¡Qué encantadores piececitos!

Estos cumplimientos calmaron á Anita: como Fernando prometiese traerle al otro día un ramo que deseaba ella ofrecer á una de sus primas, y además llevarla al baile dos días después, hiciéronse las paces.

Entretanto, Lindal había dado orden de enganchar el carruaje. Un criado trajo los abrigos, y dirigiéndose á su hijo el Comandante, le dijo:

—Ven á darnos las buenas noches.

Levantóse el niño, tendió la mano á su padre y á su tía, y luego se echó en brazos de su madre y se puso á sollozar. Sofía tenía lágrimas en los ojos. Lindal, cogiendo bruscamente al niño por el brazo y metiéndole á empellones en otro aposento, exclamó:

—¡Tontuelo! ¿habrá que verle llorar porque no se le deje salirse con la suya?

—Sofía se levantó en silencio; y para ocultar su emoción se aproximó á un armario, fingiendo buscar un libro. Pocos instantes después dijo Lindal:

—Os deseo á todos una velada divertida; voy á meterme en mi despacho.

—¿No quieres venir con nosotros?—dijo Sofía.

—No, tengo mucho que escribir.

—Nuestra prima Carlota sentirá no verte.

—Sí, pero yo estoy contentísimo de librarme del aburrimiento de su sociedad.

—Hubo un tiempo—replicó Sofía con amargura,—en que no perdías ni una de sus reuniones.

—Lo creo; era por causa tuya. Sólo allí podía encontrarte. Entonces era novio, ahora soy marido.

—¿Y no puedes ya someterte por mí á ninguna contrariedad?

—Vamos, buenas noches,—dijo Lindal con tono más cariñoso y dando un beso en la blanca espalda de su mujer. —Cuando vuelvas, de seguro estaré dormido, y quisiera que entrases quedito para no despertarme.

Alejóse al decir estas palabras; Sofía cogió un libro de estampas, una baraja, y salió también del salón.

Al quedarse Fernando á solas con su novia, dijo:

—Estoy pensando si haré mal en llevarte al baile. Acuérdate que después del último baile estuvimos de morros varios días.

—Sí, á consecuencia de tus absurdos celos.

—No sé si absurdos ó no, pero no puedo conformarme á ver tus perpetuas coqueterías.

—¡Qué injusto eres! Sólo pienso en tí, sólo me ocupo de tí. Únicamente por bailar contigo deseo tanto ir al baile. Cuando salto y doy vueltas apoyada en tu brazo, me parece que subo contigo al cielo, y no sé ya si en el mundo existen otros seres qne tú y yo.

Al hablar así, cogía el brazo de su novio y se ponía á bailar; extasiado Fernando, renovó todas sus promesas.

Sofía volvió á entrar para coger el abrigo.

—Vaya—le preguntó Anita—¿has consolado lo suficiente á tu querido niño? Porque ese libro y esos naipes que sacaste, serían para él, sin duda.

—Sí.

—¡Bendito sea Dios! Calmándole, tú misma te has sosegado; tienes el aire menos triste que cuando nos dejaste.

—El pesar de mi pobre Antonio me afligía. Un niño de su edad sufre con la privación de un placer, como nosotros con una desventura real. Para él era una fiesta esa velada, y su dicha es la mía. ¡Ay! no tengo otra—añadió bajando la voz.

—¿Es cierto eso? ¿Lo confiesas tú misma?—exclamó Anita.

—Yo no confieso nada, no tengo nada que confesar; sólo me quejo de mis niñerías; no hablemos más de eso.

—En nombre del cielo—dijo Fernando besándola la mano y dirigiéndose á su novia,—no digamos nada que pueda causar la menor pena á Sofía. Es el ángel bueno de nuestro hogar. No podemos honrarla lo suficiente.

—¿Qué dices?—exclamó Anita con tono irritado, y reti-

rando la mano al querer ayudarla Fernando á subir al coche.

A la tarde siguiente trabajaba Sofía en su gabinete, cuando entró su hermana, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, diciendo:

—Permíteme sentarme junto á tí; me fastidia horriblemente estar sola.

—Bien venida seas—respondió Sofía con dulzura.

—Ya he entrado dos ó tres veces aquí sin encontrarte; probablemente estarías ocupada en los quehaceres de casa. Eres feliz, en verdad, encontrándole gusto á una tarea tan monótona.

—A Dios gracias me gusta gobernar mi casa—respondió Sofía;—este deber sólo me ocupa una parte de mi tiempo, y así que lo cumplo tengo una satisfacción en descansar aquí con un libro ó un bordado.

—¡Un bordado! Eso es insípido; el trabajo sólo me gusta cuando se ha concluido. No puedo leer sola, y en seguida me canso de la música como no haya nadie para oirme. ¡Ah! de veras; ¡trabajar es una cosa muy estúpida!

—¿Has llorado por efecto de tus reflexiones?

—No, tengo otro motivo para llorar: Fernando me hace desgraciada.

—¡Cómo! Fernando es el más complaciente, el más dulce de los hombres.

—¡Muchas gracias! Ayer me prometió traerme un ramo para mi prima y venir conmigo á su casa, y no he vuelto á verle.

—Tal vez le haya sucedido algo, quizá esté enfermo. ¿Quieres que envíe á pedir noticias suyas?

—Ya he mandado yo—exclamó Anita—y me han contestado que desde por la mañana temprano había salido á caballo. ¿Qué dices de eso? Y se puso á llorar.

Sofía le hizo ver con su dulzura habitual cuán injusta y poco razonable era su irritación, é intentó demostrarle á qué peligros se exponía abandonándose así á la vivacidad de sus impresiones. A esto replicó Anita con violencia:

—Pero ¿crees que consentiré nunca dejar que mi marido me trate con la altivez y la indiferencia que el tuyo manifiesta contigo? Decías anoche que no tenías otra dicha sino la procedente de tu hijo.

—Anoche se me escaparon esas palabras en un momento de cólera pueril—respondió Sofía ruborizándose;—en seguida me retracté de ellas, y hoy tengo otra razón más para retirarlas; porque antes de irse Antonio á la escuela me contó que anoche, luego de irnos, se lo llevó su padre junto á él y estuvo una hora larga enseñándole las estampas y dejándole que hiciese recortes de papel. Ya ves cómo Lindal es más dulce y mejor de lo que pretende aparentar; es un hombre de corazón y de talento. Todo el mundo está unánime en alabar su rectitud, su inteligencia. ¿Ha de ser su mujer quien le acuse? ¿No debe estar orgullosa de él y conceptuarse feliz? Por última vez tocamos juntas este asunto, Anita. Lo que pasa entre dos esposos debe ser un secreto entre ellos y Dios. Pero puesto que hemos llegado á tratar de este delicado capítulo, y puesto que me he permitido entrar yo misma en tus relaciones más íntimas, quiero aprovecharme de esta ocasión para rogarte que en lo sucesivo te abstengas de exclamar que Lindal ya no me ama; me es muy doloroso oirte enunciar tal pensamiento.

—Y yo sufro—replicó Anita—al advertir que no te ama y que ni siquiera teme expresarse claramente acerca de este particular. Una joven de veintitrés años como tú, guapa, graciosa, buenísima, ¿se verá así ultrajada impunemente y tendrá que pasarse el más hermoso tiempo de la vida sin amor, lo único que...?

—Cállate, Anita, no sabes cuánto me afliges, y lo que me estás diciendo es falso. ¿Que no he gustado yo la felicidad del amor? ¿No he sido muy amada por Lindal?

—Ahí tienes un triste pretérito para el verbo amar.

—Pues yo le amo tanto como en otro tiempo—exclamó Sofía.—Y él... ¡ah! si ya no me ama con el mismo ardor, sin

embargo, está satisfecho de mi cariño, y eso es mucho. Por otra parte, soy bastante justa para reconocer que, si tengo algunas cualidades, después no soy sino una pobre mujer que quizá pueda merecer alguna estimación y simpatía, pero que no puedo ser objeto de una constante pasión. Con frecuencia me aflige el reflexionar esto; pero es verdad, y necesito resignarme.

—Pues venimos á parar—replicó Anita—á una idea que me ha preocupado muchas veces. Dícese que cada cual sólo vale lo que él solo cree valer. Pues entonces, ¿por qué te aprecias en tan poco? Has recibido la misma educación que yo, tienes las mismas habilidades, ¿por qué no las luces en sociedad? ¿Por qué no puedes tocar música sino á puerta cerrada, como suele decirse?

—Me gusta la soledad—respondió Sofía,—y para hacer valer el mérito que pueda tenerse, es preciso un talento que yo no poseo.

—La desgracia es que Lindal está demasiado seguro de ti; si pudieses darle alguna inquietud, inspirarle celos, le verías volverse galante como en otro tiempo.

—Pero sufriría él, y no quiero eso.

—¡Ah! estuviera yo en lugar tuyo, le obligaría á amarme.

—No, ese forzamiento no es posible; por otra parte, tengo muy presente el ejemplo de su primera mujer. Al comienzo de nuestra unión me refirió todo lo que ella le había hecho sufrir con sus celos: todos los días le llenaba de improperios, espiaba cada uno de sus pasos, interpretaba de la manera más injusta sus pasos más inocentes. Hasta había llegado á echarle en cara la fortuna que le entregó. Poco á poco le fue alejando así de ella, le hizo muy desgraciado y fue muy desgraciada ella misma. No te diré todos los detalles de esta conferencia, pero no hay uno que no se me haya quedado en la memoria.

Callóse Sofía. Anita se acercó á la ventana, gimió de nuevo por la imperdonable conducta de Fernando, echóse después en el sofá y se quedó dormida. Su hermana siguió traba-

jando algunos instantes, y, acercándose á ella, le dijo por último:

—¿Estás enferma, querida Anita?

—No—respondió ésta;—pero estoy aletargada.

En el mismo instante entró Lindal, exclamando:

— ¡Santo Dios! ¿Pero no comemos hoy? Son las cinco. ¡Qué desorden hay en esta casa! Necesito salir y ya no puedo esperar más tiempo.

—Dispénsame—respondió Sofía;—creo que nuestro reloj se atrasa, pero vamos á sentarnos á la mesa.

Llamó, y quiso que Anita fuese al comedor; Anita respondió que no quería comer.

—Debieras retirarte á tu cuarto—le dijo Sofía;—si sufres, estarás allí más tranquila.

—¿Es que os molesto aquí?—exclamó Anita, llorando.—¡Qué desgraciada soy! Razón tengo para llorar la pérdida de mi madre; ya no tengo parientes ni asilo.

Al decir esta palabra, metió la cabeza entre los almohadones del sofá.

Sofía la miró con sorpresa y se fué.

—¡Qué demonio de carácter!—dijo Lindal, siguiendo á su mujer al comedor.—¡Vaya una alhaja que tenemos aquí!

Lindal y Sofía se sentaron á la mesa, uno frente al otro, sin cruzar una palabra. El niño Antonio se aprovechó de este silencio para contar todos los grandes sucesos del día, es decir, los acontecimientos ocurridos en la escuela. Su madre se interesaba en esos candorosos relatos, y el niño proseguía en ellos con júbilo, cuando, de pronto, su padre le impuso silencio con rudeza.

—Pero, ¿qué tienes, Lindal?—preguntó Sofía. Pareces inquieto.

—No tengo nada, sino que estoy fatigado de esta perpetua inquisición. No siempre se está de humor para saltar sobre los bancos y las mesas. Adiós, no tengo tiempo para tomar el café.

—Aquí lo tienes—dijo Sofía presentándole una taza.

—¡Qué café!—exclamó el Comandante después de haberle probado.

—Pues, ¿qué tiene?—replicó Sofía.—Sé que te gusta fuerte.

—Sí; pero se necesita medida en todas las cosas, y las mujeres caen siempre en algún extremo. Adiós.

Sofía volvió á sentarse en el salón cerca de Anita.

La vista de la joven, tumbada en el sofá, como si estuviese enferma; las penosas impresiones que recientemente había sentido, su aislamiento en el salón, le oprimían el corazón de tal manera, que estaba á punto de llorar. En ese momento se posó en su cuello un bracito, y una voz dulce le dijo:

—Querida mamá, ¿tienes alguna pena?

—Hago mal en estar triste—respondió Sofía,—puesto que tengo un hijo tan cariñoso como tú.

Entonces le cogió en brazos, y se puso á contarle un cuento de hadas, que concluía con estas palabras:

«Cuando se tiene paciencia, no puede tardar en presentarse un genio del bien.»

En el mismo momento apareció ese buen genio; es decir, un verdadero y fiel amigo, Fernando. En seguida notaron Sofía y Antonio que se apoyaba en un bastón y cojeaba. Dijo que había dado un paso en falso, y añadió:

—Anita está sin duda irritada contra mí; pero me era imposible cumplir la promesa que le hice. Tuve precisión de ir ayer al campo, y todavía no hace una hora que he venido.

Aproximóse á Anita, y con las más tiernas palabras trató de justificarse con ella; pero la intratable joven, sin querer escucharle, huyó á su cuarto y cerró la puerta. Volvióse él entonces junto á Sofía, y uno y otro se consolaron de su pesar con su honesta y afectuosa conversación.

Estaban juntos hacía algunas horas, cuando Lindal regresó con mejor talante que de costumbre. El criado sirvió el té y Sofía preparó algunos platos que sabía eran agradables á su cuñado y á su marido. Este reparó con gusto en esa atención,

así como que su mujer había puesto á Fernando una sillita baja para que en ella pusiera el pie enfermo, y en que se ocupaba de él con graciosa solicitud. Llamándole la atención las buenas cualidades de Sofía, y arrepintiéndose de la brusquedad con que la había tratado, dijo mirándola con ternura:

—Querida Sofía, sabes calmar todos los sufrimientos y calmar todas las cosas.

Desde largo tiempo atrás no la había dirigido ninguna frase tan cariñosa; sintió ella ensanchársele el corazón; corrió en busca de Anita y la decidió á que entrase en la sala; pero Anita se sentó en sitio aparte, y sólo contestaba con monosílabos á cuanto le decían.

—Puesto que ya estoy en mi querido círculo de familia —dijo Fernando—bien puedo contaros lo que me obligó á partir á toda prisa; lo que me hizo faltar al compromiso adquirido por mí para con Anita. Supe ayer muy temprano que un curtido y valiente suboficial se había hecho culpable de un acto de insubordinación. Extravíado por la embriaguez, arrebatóse contra un capitán amigo mío. Al mismo tiempo supe que ese capitán salía para el campo, pero que al día siguiente estaría de regreso en la ciudad para dar parte contra el culpable. No hubo más testigos de esa desagradable escena sino un oficial que se interesaba por el veterano soldado, y prometía guardar silencio si el capitán renunciaba á sus persecuciones. No había tiempo que perder, é inmediatamente monté á caballo para prevenir la desgracia que esperaba al suboficial y su familia.

Apenas hubo concluído Fernando su narración, precipitóse hacia él su novia, y exclamó:

—Fernando mío, ¿con que ese es el motivo de tu desaparición? Perdóname tú, el más noble de los hombres; no soy sino una loca criatura indigna de pertenecerte.

En su impetuosidad, derribó la sillita sobre la cual había él extendido su pierna herida, y tropezó tan violentamente con Lindal, que le hizo derramar un vaso de vino que tenía

en la mano. Lindal frunció el entrecejo, y murmuró una palabra de cólera, mientras el pobre Fernando disimulaba lo mejor posible el dolor que le había causado la torpeza de Anita.

—Aunque me he herido al montar á caballo—dijo Fernando—sin embargo, he de señalar este día entre los más felices de mi existencia. Logré buen éxito en la empresa que me propuse, y además tuve el gusto de encontrar á mi antiguo amigo Carlos Sardes.

—¿Cómo?—exclamó Lindal;—¿está Carlos Sardes? ¿Ha llegado también su padre adoptivo, el padre francés?

—Sí, pero me acuerdo poco de él, y me he alegrado de ver que mi excelente Carlos no cambió en nada. Conserva el mismo fuego en el corazón, la misma mirada viva, la misma expresión dulce y melancólica en la fisonomía. Con gran sentimiento por mi parte, no he podido estar con él sino pocos momentos; pero ha quedado en venir á verme mañana por la mañana.

—¿Cuáles son sus proyectos?—preguntó Sindal.—¿Quiere establecerse en este país?

—No, me parece que no; ha seguido á su protector, quien creo que está encargado de una misión secreta.

—¿Se nos permite á nosotras, pobres mujeres,—dijo Anita—preguntar quiénes son esos interesantes personajes?

—Sin duda—respondió Fernando.—Carlos Sardes es un hombre de mi edad, veintiocho años.

—¿Y qué más?

—Somos amigos desde la niñez.

—Eso ya lo sabíamos.

—Bueno; he aquí su historia en pocas palabras. Murió su padre en esta ciudad, teniendo por amigo á un Conde francés llamado Adalberto; al morir, le confió su hijo, de trece años de edad. Adalberto, que no se había casado, adoptó á ese niño; llevóselo consigo á Francia y le dió una excelente educación. Desde hace unos diez años, Sardes ha viajado por diversos países con el Conde, quien tuvo que desempeñar varias

misiones diplomáticas, algunas de las cuales dícese que bastante peligrosas.

—Sí. ¿Te acuerdas—dijo Lindal—lo que nos contó un médico que venía de España?

—Sin duda; nada de lo que atañe á Sardes me es indiferente. Tratábase de Merino. Si Sofía y Anita lo desean, puedo narrarles esta historia.

Ante una señal de asentimiento por parte de ambas jóvenes, Fernando hizo el siguiente relato:

—Viajando por España el Conde Adalberto y Sardes, hará dos años, cayeron enmedio de la partida de Merino, juntamente con el médico de que acabo de hablar, mi hermano y tres oficiales franceses. Era imposible toda tentativa de resistencia; fueron hechos prisioneros y conducidos á una torre, aguardando á que el jefe de la partida resolviera acerca de su suerte. Hallábase Merino por aquel entonces á algunas leguas de distancia; pero iba á llegar de un día á otro, y probablemente condenaría á muerte á los cautivos. Aceptaban con valor esta perspectiva como verdaderos franceses, y trataban de pasar alegres las postreras horas en su prisión.

—Sí—dijo Lindal—en la desgracia se conoce el carácter de los franceses. Quienes sólo eran hombres vulgares en los días prósperos, se engrandecen en el infortunio. Merecía ser su Emperador aquél á quien nunca se olvidará. La adversidad ha consagrado su grandeza; por su triunfo sobre la adversidad ha sobrepujado á todas las demás victorias. Alejandro el Grande deseaba que hubiera otro mundo para conquistarlo. Napoleón conquistó en Santa Elena lo que está fuera de los límites de este mundo.

Cuando Lindal tocaba esta cuestión volvíase otro hombre; le echaban llamas los ojos y veíase todo su rostro como transfigurado. En ese momento se le saltaban las lágrimas, cogió el vaso y lo bebió de prisa como para anegar en él sus lágrimas y recuerdos. Sofía participaba de su emoción, pero Anita exclamó con impaciencia:

—Continúa.

—En aquella cárcel había un guardián que se dejaba dominar enteramente por su joven esposa. Esta española se compadecía de los prisioneros; trataba de dulcificar su situación proporcionándoles vino y otras diversas cosas que mandaba comprar á la ciudad vecina. También les prestó una guitarra; Sardes toca muy bien ese instrumento y canta de una manera muy agradable. Todas las tardes tenían permiso los prisioneros para pasar algunas horas en una gran torre, donde tocaban, cantaban y bailaban. La mujer del carcelero concurría á todos esos recreos, complaciéndose en oir á Sardes cantar, y sintiendo particular simpatía por el joven músico. A menudo hablaba con él aparte y le decía que Merino no era tan cruel como muchas gentes imaginaban; que ella tenía alguna influencia con dicho jefe y deseaba abogar en pro de los cautivos. Una tarde que estaban reunidos en el patio según costumbre, adelantóse aquella mujer hacia ellos, con dos hombres armados, pero sencillamente vestidos, los cuales les presentó como dos amigos suyos. Los tres oficiales y el médico continuaron su baile. El anciano Conde estaba sentado á alguna distancia; cerca de él estaba Sardes, quien al observar á ambos españoles y recordando la descripción que de Merino le habían hecho, no dudó ni por un momento que uno de aquellos dos desconocidos era el temible jefe de guerrillas. En seguida entonó una canción española que celebra la hermosura, valentía y nobleza de la vieja España. Cogiendo luego dos vasos de vino de sobre una piedra, ofrecióselos á los recién venidos al mismo tiempo que vaciaba el suyo brindando por la prosperidad de España. En seguida, inclinándose ante uno de aquéllos con quienes acababa de beber, le dijo en castellano: «Usted es el general Merino; no puede hacernos condenar á mí y á mis compañeros, puesto que ha sido usted nuestro huésped esta tarde. Somos unos pacíficos viajeros extraños á toda hidra política.—Bueno—dijo Merino sorprendido—dénse prisa á cruzar la frontera, les daré una escolta.» Alejóse luego, y dos

horas después viajaban en libertad los afortunados franceses.

—¡Qué bonita historia!—dijo Sofía.

—¡Qué hombre tan interesante!—exclamó su hermana.

—Te ruego que nos lo hagas conocer, tráele mañana; pero no, mañana tenemos que ir al baile.

—Eso no será por gusto de bailar conmigo,—añadió Fernando.

—¡Dios mío!—dijo Anita,—no pienso en mi gusto, sino en que Carlota cuenta con nosotros. Su marido no puede acompañarla, y no puede ir sola á esa reunión sin algún caballero.

Sofía con suaves reflexiones, Lindal con observaciones acres y Fernando con su silencio, trataban de hacer comprender á la joven lo irrazonable de su conducta. Dirigió ella á Fernando una mirada suplicante. Había en su linda cara una expresión de tristeza, pudiendo verse aún huellas de las lágrimas que por la mañana vertió.

—No estés triste, mi buena Anita,—dijo el joven oficial; —tendré muchísimo gusto en venir á buscarte mañana: Anita le dió un abrazo mientras Lindal dijo riéndose:

—Haremos bien en tomar del hospital una camilla para llevarte.

—No, puedo ir en coche—respondió Fernando;—y si no estoy en estado de bailar, me sentaré á una mesa de juego y me regocijará el pensar que he dado una satisfacción á Anita.

Había transcurrido una semana. Anita estuvo en el baile, donde pasó toda la noche. Su complaciente novio, por efecto de la fatiga que experimentó en aquel sarao, tuvo que permanecer en su domicilio.

En casa de Lindal sufrieron todos con motivo de su ausencia, tanto más cuanto que, durante aquella semana, no se presentó ninguna visita ni hubo ninguna distracción. Los caprichos é impaciencias de Anita fueron lo único que distrajo la existencia monótona de la pobre Sofía cuando no estaba ocupada con su hijo. Por eso fue un momento feliz aquel en que se vió reaparecer al bondadoso joven. Sofía preparó para esa

ocasión una comida mejor que de costumbre, y sentóse á la mesa la familia con regocijada disposición de ánimo.

—Vamos, Fernando—dijo Anita,—¿has visto á tu amigo Sardes?

—Sí, ha tenido la bondad de ir todos los días á visitarme en mi aislamiento.

—¿No le has ofrecido traerle aquí?

—No.

—¡Cómo no! ¿No me lo habías prometido? Así eres tú: no puedes sufrir que haya aquí un hombre interesante.

—Es cierto—dijo Lindal;—Fernando debió traer aquí á Sardes por fuerza, con una pareja de gendarmes; pues es probable que ese joven esté tan agobiado de invitaciones, que no podamos conseguir nosotros tenerlo de otra manera.

—No, Sardes desea conocer á mi familia y ver á mi Anita; pero el Conde Adalberto tiene para mi hermano una carta de recomendación de uno de sus amigos de Francia; quiere presentarla él mismo, y desea que le acompañe Sardes en esta visita.

Esa explicación alegró á Lindal, para quien todo recuerdo de Francia era como un rayo de sol. Supuso que la carta sería de un amigo suyo del cual hablaba con frecuencia, y sintió vivo deseo de ver á los viajeros.

—Sardes y su padre adoptivo—prosiguió Fernando—han ido á pasar algún tiempo por las cercanías de Odensée, y durante su estancia en Fionia han visto á menudo á nuestra hermana Carolina. Sardes me ha contado cosas muy tristes acerca de su situación.

—¡Cómo! ¿Nuestra querida Carolina?—exclamó Sofía.

—Sí. Es fácil comprender que en su casa no haya felicidad; pero no creía yo tan deplorable su situación. Sardes afirma que desde hace varios años sostiene ella relaciones ilegítimas con un joven residente ahora en país extranjero, y que su doncella, antes confidente suya y en la actualidad particularmente protegida por el marido, ha llegado á ser la verdadera señora de

la casa, tiraniza á los hijos y se conduce de la manera más impertinente para con Carolina, la cual no se atreve á reprenderla por miedo á que esa muchacha revele su secreto. Espérase que uno ú otro día estalle algún escándalo, pues la situación se hace cada vez más difícil, y nuestro cuñado no es hombre de quien se puede esperar delicadeza ni miramiento.

Irritado Lindal, rompió el vaso encima de la mesa, exclamando:

—¡Dios perdone á nuestros padres la falta que cometieron con Carolina!

—Nuestros padres—replicó Fernando—no fueron tan reprensibles como nuestro tío y nuestra tía, con quienes habitaba Carolina. Habían prometido legarle todos sus bienes, con tal de que se casase con el Barón, que les encantaba; nuestros padres eran pobres, acabóse por convencerles y convencer á Carolina de que era preciso aceptar ese casamiento.

—¡Convencer!—exclamó Lindal.—De que obligaron á una inocente joven á obedecer; lo sé de un modo positivo, pero lo supe demasiado tarde. De haber estado yo allí cuando se concertó aquel negocio, de ninguna manera hubiera permitido que Carolina hubiera sido entregada á un hombre sin un sentimiento bueno y noble, el sér más insípido y más insoportable. ¡Oh! Cuando pienso en aquel suceso, me da rabia; mi único consuelo ha sido saber que ese indigno Barón se había retirado á Fionia, donde pasa el tiempo emborrachándose; al menos, su mujer se ve libre de su presencia.

—Hace casi ocho años que Carolina salió de esta ciudad—dijo Sofía;—tenía yo entonces quince años y ella veintidós. A pesar de esa diferencia de edades y de situaciones, habíase establecido entre nosotras verdadera amistad. Desde aquella época la he visto muy poco; pero creo conocerla tan bien, que rechazo como indigna calumnia los rumores de que es objeto. Carolina puede ser desgraciada, pero jamás culpable.

Fernando movió la cabeza con aire pensativo. Anita exclamó:

—Si esos relatos fuesen verdaderos, Carolina sería una criatura miserable, de quien todos debiéramos apartarnos.

—¡Ay, querida Anita!—respondió Fernando.—No se puede ser severo en demasía con una mujer en la situación de Carolina, casada con un hombre á quien no puede estimar, y que tampoco le es fiel. Viene otro que le da testimonio de respeto y cariño, que la consuela en su sufrimiento; ¿no es fácil concebir que en tal peligro sucumba la debilidad humana?

—Pero tiene tres encantadores hijos—replicó Sofía;—dos niñas y un niño; á causa de ellos.....

—¡Ah!—exclamó de nuevo Anita.—En los salones que frecuenta todos los hombres la cortejan, y eso es bastante para consolarla.

—¡Ya pareció aquello!—dijo Lindal.—La coquetería y la vanidad deben ser el consuelo de todos los dolores, el objetivo de todos los esfuerzos.

—Pues te aseguro, Anita, que estimo en más á una mujer culpable por ímpetu de su corazón y sacrificándose por el hombre á quien ama, que á aquélla que de todo se burla y todo lo sacrifica á la vanidad, como su único ídolo.

—¿Dices eso por mí?—exclamó Anita, levantándose iracunda.

Fernando la cogió la mano y la sosegó con algunas palabras cariñosas. Lindal quiso responder, pero Sofía le contuvo, diciéndole:

—Querido Lindal, no me parece enteramente justo tu pensamiento; paréceme que colocas en la misma línea á la peor especie de las coquetas y á la mejor especie de las mujeres culpables. Hay casos de los que sólo Dios puede ser juez, y acerca de los cuales deben guardar silencio los hombres; si tu hermana es desgraciada, como se dice, con seguridad se encuentra en uno de esos casos de que hablo. Pero, ¿no hay también una coquetería inocente, una honrada satisfacción en agradar á los demás? De ningún modo se pretende hacer conquistas, á ningún precio se querría afligir á aquel á quien se

ama; sólo se desea producir una impresión agradable; ¿hay algún mal en este pensamiento? Vosotros, los hombres, queréis señalaros por vuestro valor y por vuestras obras; á menudo sacrificais, en aras de vuestra reputación aquello que más queréis; ¿no se nos permitirá también á nosotras desear tener un poco de viso en el mundo? Nuestra personalidad y nuestro único poderío, ¿no podemos concederle algún precio?

—¡Ah! Sofía—respondió Lindal,—hablas del coquetismo como un ciego de los colores. Tú no puedes ser coqueta.

—Es una desgracia para mí, pero confieso que me gustaría agradar; si quiero y no puedo conseguirlo, más digna soy de lástima.

Callóse y bajó los ojos.

—Jamás hubiera creído, Lindal—dijo Anita,—que defendieras á una mujer que arroja la discordia y lleva la vergüenza á su familia.

—¡La discordia y la vergüenza!—exclamó Lindal;—no por cierto; no quiero defender eso. Dios guarde á Carolina de echar una mancha en el honor de nuestra familia. No se lo perdonaría nunca.

—De modo, que el único punto esencial para ti—dijo Anita,—es lo que tú llamas el honor; respecto á lo demás.....

—Lo demás es asunto entre Dios y ella. ¡Perfidia y traición! Esas son palabras gruesas; pero yo conozco mujeres que jamás han cometido la menor infidelidad, y sin embargo, en mi sentir, han engañado y hecho traición á su marido, poniéndole en ridículo, contando á sus amigas sus secretos y debilidades; al mismo tiempo podría citar una mujer que en Francia sufrió la muerte, sacrificándose por su marido, y aquella mujer tenía un amante y era infiel, por consiguiente.

—Pues bien—dijo Fernando,—yo no hubiera querido ser el marido de aquella mujer. Cuando se quiere á su mujer, ¿cómo es posible resignarse ante la idea de que ame á algún otro? ¿Cómo se puede soportar la vida en tal desventura?

—Así se piensa cuando se es joven—respondió Lindal;—

recuerdo que cuando estaba yo en París, quise batirme con un inocente joven, porque había bailado él con una personita cuyos hermosos ojos me hechizaban. Más tarde tuve la idea de matarme, y creo que, cual otro Otelo, hubiera sido capaz de matar á mi amada. Pero, ¡bendito sea Dios!, una pasión así, es como un acceso de fiebre, una de esas enfermedades infantiles que sólo se pasan una vez en la vida.

Sofía se puso roja como la escarlata. Para disimular su emoción, fingió tener que ir en busca de un objeto al otro extremo de la sala.

—No obstante—dijo Fernando — creo que se puede amar más de una vez en la vida.

—No es ese mi parecer— respondió Lindal; —no creo que pueda experimentarse por segunda vez la ardiente pasión que yo he sentido.

—Conformes—respondió Fernando;—pero en todo caso, un hombre que ama á su mujer, no puede sufrir que también otro llegue á amarla.

—En eso—dijo Lindal—estaría desacertado; ¿cómo impedir al sentimiento deslizarse dentro del corazón?

—Pero — prosiguió Fernando — el hombre y la mujer juran, al pie del altar, permanecer fieles el uno al otro y amarse constantemente.

—Pueden prometerse esa fidelidad—exclamó Lindal,—pero no pueden estar seguros de un amor eterno. Tal amor no está en poder de nadie; es como si prometiéramos no tener nunca escalofríos ni jaqueca, ni ninguna otra enfermedad de que desea uno preservarse, pero nadie está seguro de eximirse. Todo lo que razonablemente se puede prometer, es ejercitar un justo dominio de sí mismo y conducirse con prudencia.

—Pero, ¡santo Dios!—exclamó Anita; — ¿qué dirías tú si Sofía amase á otro?

—Espero que tendría la suficiente cordura para contenerme, á condición de que la sociedad no hubiera descubierto ese secreto.

En aquel momento Sofía había vuelto á su sitio, junto á la mesa, y Lindal le dijo abrazándola:

—Si ocurriese una cosa así, mi querida Sofía, espero que no dirías nada acerca de ello. Si eres discreta, ya verás que yo también soy discreto.

Sofía le rechazó bruscamente diciéndole:

—No necesito ni de tu discreción, ni de tu indulgencia.

—¿Cómo? Me parece que te enfadas; ven acá, déjame verte la cara. ¡Dios me perdone, estás llorando! Pues bien; eres ciertamente la primera mujer que se aflige por la generosidad de su marido.

—Dí más bien por el desprecio de su marido; pero me consuela el saber que no he merecido ese desprecio, y que no lo mereceré.

Al pronunciar estas palabras, dirigióse hacia la puerta; Lindal la siguió y la rogó que le abrazase.

—Esta noche no; adiós;—respondió ella con voz resuelta, y desapareció.

Salióse un instante después Anita, y quedando solos ambos hermanos guardaron algún tiempo un silencio molesto. Al fin tomó la palabra Fernando, y confió á su hermano que trataba de obtener un empleo en la administración de los montes públicos.

—Si logro conseguirlo, pronto me podré casar.

—No piensas—objetó Lindal—que ese empleo te obligaría á vivir en el campo, lo cual no conviene de ningún modo á Anita. Eso sería una locura más que añadir á la que has cometido dando palabra de casamiento á una muchacha que sólo sirve para brillar como un objeto de lujo. No es capaz de resignarse á vivir en un pueblo, no se halla en estado de dirigir una casa; no ha heredado, como Sofía, sino una módica renta y ni siquiera sabe conservarla. ¡Ah! si se pareciese á su hermana podría yo aprobar tus proyectos.

—Sí, Sofía es un ángel. ¡Pero Anita es tan joven! Con el tiempo podrá mejorar; espero que con el cariño que me tiene

sería feliz en un silencioso y modesto retiro; y pienso también que esa existencia podría desarrollar sus buenas cualidades.

—Anita es una niña mimada—replicó Lindal—y tiene todos los defectos de los niños mimados. Tú la ves con los ojos del amor; no tendrás la misma ilusión cuando estés casado.

—De manera que ¿no hay otro remedio sino tal cambio cuando uno se casa? Oye, Francisco, tú siempre has sido para mí un buen hermano. Tienes más edad que yo y mayor experiencia; no me corresponde increparte, pero permíteme que te hable con confianza. Tienes una esposa que, á mi parecer, y al de todo el mundo, está llena de virtudes y te ama; ¿es posible que no la ames ya?

—¿Quién puede decir que yo no quiero á mi mujer?

—Por el modo que tienes de hablarla se inclina uno á creerlo. La ofendes con frecuencia, la has ofendido esta misma noche.

— Es demasiado quisquillosa y sentimental.

—Tiene una alma profunda—replicó Fernando;—es modesta y reservada; á la vez que tiene animación y alegría, es candorosa y seductora.

—Sí. ¡Pero toma tan pronto un aspecto tan serio! La amo como un hombre debe amar, y ella querría pasión.

—Eres demasiado feliz. ¿Qué dirías si te cogiese la palabra y se dejara tocar en el corazón por otro?

—Eso no es posible á un carácter como el suyo.

—No seas tan presuntuoso. Has sido muy amado; de ahí proviene tu confianza; pero guárdate. Tienes numerosos rivales y Sofía es mucho más atractiva de lo que ella misma sospecha.

—Ya lo sé; hago justicia á su mérito, y podría probarte que me ocupo de ella sin que lo sepa. En los últimos tiempos me he ocupado muchísimo en asegurarla una fortuna para después de mi muerte. Es mucho más joven que yo, y no quiero que algún día pueda hallarse en el caso de depender de su hijo.

—Tienes razón al pensar en el porvenir de tu mujer, pero

también debieras pensar en el presente y hacerle grata la vida. Te ruego que vayas en su busca y le digas algunas palabras cariñosas.

—No—respondió Lindal,—no ha querido darme amistosamente las buenas noches, y es preciso mostrar firmeza con las mujeres.

Pocos días después el Conde Adalberto y el señor de Sardes se presentaron en casa del Comandante, quien aguardaba su visita con impaciencia, y corrió á esperarlos. El rostro del Conde tenía los signos de la vejez, pero de esa vejez prematura procedente de las fatigas intelectuales más que de los años. Su joven compañero no parecía guapo á primera vista, pero cuanto más se le observaba más interesante parecía. En el sonido de su voz, en su lenguaje, en sus movimientos, había un hechizo inexplicable. Hubiérase dicho que los rayos de la belleza moral animaban toda su persona; había en él una extraña mezcla de vivacidad y reserva, y en sus ojos un carácter indecible de soñadora melancolía. Notábase también en él una especie de extremada delicadeza de organización, como si el lazo que ataba su alma á su cuerpo hubiera sido fácil de romper. Quien haya observado los dramas de este mundo, habrá advertido que los papeles de amante casi siempre están desempeñados por hombres de esta naturaleza; hay en ellos un atractivo misterioso que ocupa la imaginación, hace soñar y despierta con facilidad el sentimiento de la conmiseración, que es una de las virtudes de la mujer.

En esa primera visita, que no fue larga, Sardes charló casi constantemente con las dos hermanas, mientras el Comandante conversaba con el Conde Adalberto. A Sardes le impresionaron muchísimo la gracia juvenil tan noble y dulce fisonomía de Sofía. Por su parte, la joven señora adivinó inocentemente los sentimientos que inspiraba y sintió una especie de gratitud por ellos; Anita resolvió incluir al joven entre sus adoradores. Sin embargo, esas impresiones aún eran misteriosas é indefinidas de una y otra parte.

Por la noche contó Fernando que Sardes le había hablado con entusiasmo de su visita á casa del Comandante, y sobre todo le había hecho un gran elogio de Sofía. Esta no pudo disimular el gusto que le daba ese relato; hizo también el elogio de Sardes, y dijo cómo era un hecho notable que no habiendo estado en Dinamarca desde la edad de trece años, no hubiera cesado de estudiar su literatura y hablase su lengua con mucha correción. Anita estaba silenciosa, distraída, y así permaneció toda la velada, aunque animaban la casa de Lindal varias visitas.

El Comandante parecía encantado con sus nuevos conocimientos, y sobre todo por ese comienzo de relaciones con el Conde Adalberto, quien le recordaba memorias de su juventud y le hablaba en francés, idioma cuyos acentos eran para él como una melodía. También le agradaba el joven. Apresuróse á ir á devolverles la visita, y los convidó á comer para el día siguiente. De acuerdo con su mujer, resolvió invitar al mismo tiempo á algunas personas distinguidas, en honor de los extranjeros. Esperaba encontrar así una compensación á los tristes días que acababan de transcurrir, y no se engañó en su esperanza. El Conde, que por lo común estaba muy taciturno en sociedad y parecía aburrirse en ella, estuvo muy alegre en esa reunión, y todas las personas que le rodeaban tenían la misma feliz animación. Sofía estaba sentada entre Sardes y él: un suave rubor coloreaba sus mejillas; manifestábase en sus movimientos y palabras amable vivacidad. El anciano Conde no se cansaba de verla, y parecía rejuvenecerse junto á ella. Anita, colocada junto á Sardes, desplegaba todas sus gracias y gentilezas para llamar la atención al joven extranjero; pero con frecuencia volvíase hacia Sofía y la contemplaba con una mirada ardiente, como si hubiera querido grabar en su alma cada uno de sus rasgos y hasta los pliegues de sus vestidos. Los convidados no advirtieron esa contemplación, excepto el Conde, quien de vez en cuando lo observaba con singular sonrisa. Percatóse también Sofía de aquella profunda atención, y

sintió por ello una turbación indefinible. Lindal sentíase halagado por las galanterías del Conde para su mujer, y le hacía feliz oirla alabar por aquel hombre, hacia quien experimentaba gran simpatía.

Pocos días después, los dos nobles extranjeros pasaron otra velada en casa del Comandante. Encontrábanse ya más á sus anchas en aquella casa; permanecieron allí más tiempo, y poco á poco llegaron á frecuentarla con mayor asiduidad.

El señor de Maltz y su mujer, á la cual llamaban en casa del Comandante la prima Lota, habían encontrado algunas veces en sociedad al Conde y á su hijo adoptivo, á quienes se acostumbraba á llamar sencillamente los franceses. La señora de Maltz, que era entusiasta amiga de todos los extranjeros, sobre todo de los diplomáticos y artistas, no tuvo descanso hasta lograr introducir á esos extranjeros en su salón, donde se reunían las personas más distinguidas, según el dicho de ella.

El señor de Maltz, sujeto á todos los caprichos de su esposa, dirigióse á casa del Conde Adalberto y le invitó á que fuera á pasar la noche en la suya durante la solemne semana de Navidad, uno de esos días que con tanto regocijo se celebran en el Norte. El Conde quería excusarse; pero, como el señor de Maltz añadió que la familia Lindal había prometido ir á aquella reunión, Sardes aceptó el convite con gratitud, y el Conde ofreció ir también.

La familia Maltz ocupaba un gran edificio, donde gustaba de reunir numerosa sociedad, á veces muy heterogénea, y dar fiestas á menudo, muy extrañas.

La señora de la casa, que hacía gala de una afición desmedida por las bellas artes, complacíase, sobre todo, en exhibiciones artísticas, en las cuales no dejaba de representar algún papel. Hizo extraordinarios preparativos para la reunión á que debían asistir los dos franceses. Secundábala en esa tarea uno de sus primos, joven recién salido de la Universidad, pero que ya se había dado á conocer como poeta y crítico, perteneciendo á una de esas camarillas que en Copenhague llaman con

mucha exactitud la secta de los pequeños profetas, porque no profetizan nada bueno. Ese primo Félix arregló él mismo el programa de la fiesta. Como en otras varias ocasiones análogas se había apreciado ya el talento de Anita, resolvióse recurrir también á ella esta vez; nada mejor podía hacerse, pues á lo menos, Anita se distinguía por su gracia y su buen gusto en las conversaciones escénicas, donde figuraba. Celebró entonces largas conferencias con su primo Félix; después notaron en casa del Comandante que cogía por su cuenta al sobrinillo Antonio y pasaba horas enteras con él metida en su aposento. A las preguntas que Sofía le dirigió, contestaba con tono misterioso que el niño tenía que tomar parte en un rigodón, y que ella le daba lección de baile. Sofía se lo refirió á su marido, quien llamó á su hijo y le hizo preguntas acerca del papel que iba á representar.

Antonio, con el rostro radiante, movió la cabeza y se puso un dedo delante de la boca.

—Vamos—dijo Lindal;—dejémosle tomar parte en algunas locuras. ¡Con tal de que no cometa más tarde otras de mayor peligro!

Por fin llega el gran día. El salón principal y algunas piezas adyacentes están cerrados. En otra habitación, donde apenas puede respirarse por el calor que hace, las mujeres están sentadas en rededor de la mesa donde silba la tetera. Los hombres están gravemente á distancia y pasean por los aposentos vecinos. La señora de la casa está ocupada en el misterioso salón.

—¡Gran Dios!--exclamó Sardes.—¿En qué estamos pensando para permanecer aquí como ermitaños lejos de ese círculo de señoras? ¿No podríamos acercarnos á la señora de Lindal y su hermana?

—No,—respondió Fernando;—eso parecería muy raro.

—¡Pero se aburre uno de muerte!

—¡Ah! Tales reuniones no están organizadas para el placer de los invitados á ellas.

Entre tanto, llegan á abrirse las puertas del salón. En uno de sus lados hay un estrado con un piano y algunos atriles.

La señora de Maltz invita á sus convidados á sentarse y ruega á algunos de sus amigos que hagan el favor de tocar un poco de música mientras acaba ella de preparar la dirección escénica de un *cuadro vivo*. Adelantóse una señora hacia el piano, un aficionado coge una flauta, otros dos se arman de violín y empieza entonces un horrible *quator*, donde sobre todo la flauta se hace notar por unas discordancias que desgarran los oídos.

En la última fila de señoras estaba sentada Sofía, y detrás de ella encontrábase de pie Sardes, quien se inclinaba á menudo para hablarle. Su voz resonaba melodiosamente en el oído de la joven. Acordóse de pronto de un concierto donde escuchaban á Lindal, y ese recuerdo difundió indefinible tristeza en su alma.

Anita se puso al piano, y acompañándose ella misma, cantó de un modo brillante una linda *arieta*, que fue muy aplaudida

J. L. Heiberg.

(Se continuará).

RETOS Y DESAFIOS

«Deshonra, tuerto ó daño faziendo un fijodalgo á otro, puédelo desafiar.»

ALONSO X. Part. VII, tít. II.

«E desafiar non es otra cosa, saluo tirar la fé é amistad entre los que se desafían.»

MOSEN DIEGO DE VALERA: *Tratado de rieptos é desafíos.*

I

Aunque la religión del honor no haya sido hecho culminante social y palpitación de la conciencia iluminada, hasta que por opuestos polos difundieron su fe en el fondo de los sentimientos generales el cristianismo que nos vino de Oriente y las irrupciones bárbaras que procedieron del Septentrión, el duelo personal, «el combate entre dos, bajo condiciones previamente estipuladas», como lacónica y elocuentemente le define en su *Esgrima del sable y consideraciones sobre el duelo* el ilustrado maestro de armas D. Adelardo Sanz, proviene de las más remotas edades. Homero lo describe en la lucha singular de Menelao contra Paris, por la posesión de Elena, delante de los dos ejércitos combatientes. Eneas lo sostiene contra Diómedes; Héctor contra Ayax, y Virgilio termina su admirable poema por la muerte de Turno á manos del frigio Eneas, por su esposa Lavinia. ¿Puede, en realidad, decirse con Andrés Alciato, en su libro *De singulari certamine,* ofrecido en 1529 al Rey Francisco I de Francia, después de los retos con el César Carlos V, Rey de España: *fuerunt veteribus grae-*

cis instituti pugiles? La monomaquia de los hijos de Edipo en la *Phenix* del trágico Eurípides, es una consagración más de las ideas y de las costumbres que autorizaron los duelos singulares en el pueblo heleno. Pero en el de Israel no de otro modo se resolvieron entre David y Goliath los destinos del pueblo de Dios. Fuesen promovidos por causa personal ó pública, hay que reconocerles más remota antigüedad. Aunque, repugnándolos y combatiéndolos bajo el punto de vista moral y cristiano, Fortún García de Ercilla, en su *Elegante tratado de los combates de uno por uno que se hacen entre amigos por desafío particular,* que, aunque escrito de orden del Emperador en 1528, permanece inédito todavía, no puede menos de reconocer que son de derecho natural y divino. La lógica de esta apreciación, enteramente racional, nos conduce á otra afirmación más racional todavía: el duelo nació con el hombre y la sociedad. Las Escrituras nos dicen que en el principio del hombre y de las sociedades Caín mató á Abel; pero no nos revelan si el infando fratricidio fue el resultado de la lucha entre los dos.

Del mismo modo que en el libro segundo de Veleyo Patérculo se lee que los germanos dirimían sus querellas privadas por el duelo, en el libro XXVII de Tito Livio se dice, hablando de los primeros naturales de España, y refiriéndose al combate personal por reto, consentido por las costumbres, *nec allium deorum hominumve, quam Martem se judicem habituros esse.* Estas tradiciones y estas costumbres descienden incólumes á las primeras edades de los siglos medios, después de las irrupciones de las razas del Norte, y, aunque de fecha muy posterior, la *Historia anónima de Ludovico Pío* refiere al reinado de Chindasvinto, que ocupó el trono de los godos de España del año 642 al 653, un hecho, que es á la vez narración de un combate personal, como hoy pudiera concertarse, y revelación de un derecho positivo ya existente, y de carácter nacional y propio: «*In palatio quoque Bera, comes Barcinonensis*—dice—*cum impeteretur á quodam vocato Lunida et infideli-*

tatis argueretur, cum eodem, SECUNDUM LEGEM PROPRIAM, *ut poté, quia esterque gothus erat, aequestri praelii congressus et victus.*»

A esta *legem propriam,* que con el curso del tiempo, y constituídos los nuevos pueblos cristianos de la Península, después de la servidumbre que sucedió á la derrota del Guadalete, tomó el nombre de *Fuero de los rieptos,* á que aludieron Alfonso VIII en las Cortes de Nájera, después Alfonso XI en Burgos, al hacer el *Ordenamiento Real de los rieptos é desafíos,* y mucho más tarde el ya citado García de Ercilla, que le apellidó *Fuero antiguo de España,* se sujetó toda la legislación foral y toda la legislación civil, más los actos públicos con esta legislación relacionados durante todo el período militar de la Reconquista. Los *rieptos y desafíos,* y *la lid,* que son su consecuencia, se hallan prescriptos y sancionados en los *Fueros de Sahagún, de Salamanca, de Oviedo, de Molina;* lo regulan el *Fuero Real* y el *Fuero viejo;* lo consagra el *Ordenamiento de Alcalá,* y forma un cuerpo legal completo en la ley 8.ª, título XIV de la Partida III, y en los títulos III y IV de la Partida VII. Alfonso VIII, el de las Navas, mandaba que los fijosdalgo se prometiesen paz y amistad, y que no se «firiessen, nin matassen, nin corriessen, nin desonrrassen, á menos dese desafiar é tornarse la amistad». El Ordenamiento de Alcalá limitaba el derecho al duelo sólo «por muerte, ferida ó prission propia ó de pariente ó por entrar en una casa á yacer con parienta del dueño»; y las *Partidas,* que reconocían que «los sabios que fizieron las leyes, no las tovieron por primera prueba; porque muchas vegadas acaesce que en tales lides piérdese la verdad é vence la mentira»; justificaban, sin embargo, este supremo derecho de desagravio contra «el que matare ó firiere, desonrare, prisiere, corriere ú otras semejantes afrentas é malfetrias», diciendo con elocuente franqueza: «la razón porque fué fallada la lid es, que tovieron los fijosdalgo de España que mejor les era defender su derecho é su lealtad por armas, que meterlo á peligro de pesquisa ó de falsos testigos».

Pero á las leyes civiles, ¿no se habían adelantado las de la

Iglesia, y á unas y otras las ideas generales y las costumbres? La institución del *Juicio de Dios* fue completamente eclesiástica, y entre sus pruebas peligrosas, una era la del combate en pública estacada. A esta prueba se sujetó la provocada para la conservación del rito mozárabe como expresión peculiar de la Iglesia española, ó su proscripción por el ecuménico latino, que presenciaron las márgenes del Pisuerga. En nuestro Archivo Histórico Nacional, se custodian misales antiguos que contienen la *Missa pro duello*. En muchos desafíos, como más adelante se verá, intervinieron Arzobispos, Obispos, Canónigos y otras dignidades de la Iglesia. No es preciso recurrir á las hazañas romancescas del ciclo legendario de Bernardo del Carpio, ni al ciclo histórico del Conde Fernán González, ni al ciclo heráldico y caballeresco del Cid y Guzmán el Bueno, para topar con lances singulares en defensa de intereses y derechos que no arguyen el celo del honor, la exaltación de la generosidad, la protección del débil, el culto de la mujer ó la consagración del valor, ideas que se acumularon por la musa mágica del tiempo á las virtudes que encumbraron nuestros héroes nacionales, y que eran la imagen de los sentimientos encarnados en el espíritu de la raza. El reto entre hombre y hombre, entre amigo y amigo, entre hermano y hermano, entre familia y familia, ofrece ejemplares interesantes, anteriores á los tiempos de la caballería, cuando ya el punto del honor fue la cualidad suprema del ricohombre y del fijodalgo, cuando á semejanza de las mujeres germanas y las celtas, las ricas-fembras castellanas alentaban á luchar á los valientes y adornaban con lazos y joyas, prendas de predilección, las cimeras de los que luchaban con denuedo. La sentencia ó fazaña de D. Pero Ruiz Sarmiento y otros ricos-omes de Castiella en la querella de Fernán Pardo contra su hermano Ruy Pérez, y muchas otras como ésta, no la promovió la honra, sino los intereses, por cuanto Ruy Pérez no quería dejar á Fernán Pardo tomar en paz los bienes que le correspondían por su herencia.

En los lances personales del Cid, no sólo entran el estímulo de la gloria, la limpieza de la lealtad y el conjunto de los sentimientos altivos, que enaltecen el astro diáfano del honor; en algunos de ellos resalta el interés político sometido, en la energía de su temperamento personal, al imperio de la fuerza; en otros los intereses íntimos domésticos. Y, sin embargo, la figura del Cid constituye el supremo ejemplo de la caballería y del honor entre los adornos legendarios y las maravillas épicas de las empresas que le atribuyen el poema y el romance. Su duelo por vengar el ultraje de su padre, entra de lleno en la más alta calificación del honor individual; pero el de los Infantes de Carrión es un asunto puramente de interés doméstico, más que de honra para sus hijas, y el que por la posesión de la ciudad de Calahorra sostuvo con el navarro Simón García, á quien arrojó la manopla en presencia del Rey, y á quien mató en el palenque, fue un hecho esencialmente militar y político. Sin la grandeza de otros actos de su genio político y militar, descendería, por algunos de estos, puramente á un carácter buscaruídos, andariego y pendenciero: cuando más á aquel carácter fabuloso en que el romance y la novela encerraron la centuria de los famosos hechos del Conde Bernardo Barcino y los del Infante Don Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

Lo que la licitud del duelo, de que las cartas forales están nutridas, y en la que ni aun los clérigos se eximen de ser *reptados* ni de tener que probar su verdad en públicos desafíos, como se ve en el que el Rey Don Fernando otorgó á la ciudad de Cuenca, produjo en las libertades anárquicas de nuestros pueblos, después de la introducción de las costumbres caballerescas en el siglo XI, bien se refleja en el *Ordenamiento Real de los Rieptos y desafíos* que expidió en Burgos el Rey Don Alfonso XI cuando las *Partidas* de su sabio bisabuelo ya estaban en vigor. «Por las enemistades, decía, que son entre los fijosdalgo, acaescen muchas muertes dellos é de sus compañeros; por esta razon se fazen muchos males en nuestra tierra

asi en lo realengo, como en lo abadengo, é señoríos é behetrias, é muchas asonadas, é grandes alborotos é bollizios que se mueven entre ellos.» Sus nuevas disposiciones iban encaminadas á que de allí en adelante se viviera en paz y en sosiego; y al articular, de acuerdo con D. Juan Núñez, señor de Vizcaya y de Molina y su alférez, con D. Juan Alfonso de Alburquerque y su hijo D. Juan, D. Diego de Otazo, D. Pedro de Xérica, D. Gaspar Martínez, maestre de Alcántara y despensero mayor, y otros ricos-omes é infanzones y caballeros, las leyes que ordenaba, su primer mandato imponía que «se perdonen unos á otros é que se afíen luego los que son agora en quinze años complidos é se perdonen unos á otros, é si por ellos tienen fecho desafiamiento lo diesen por fecho é que se afíen». Del mismo modo determinaba que se perdonasen y se afiasen luego los que tenían entre sí treguas de menos tiempo de treinta años; libraba de fûero los rieptos que á la sazón estuviesen comenzados ó en trámite, y sólo permitía fincar como estaban los que se hallaban en tregua de sesenta años, ó de mayor ó menor tiempo, hasta los treinta. Temía la desobediencia en la violencia de los hábitos adquiridos y de la relajación en que el acatamiento y la obediencia se encontraban; pero con verdadero é inexorable rigor mandaba que «qualquier ó qualesquier de los fijosdalgo que contra esto fuere matando ó firiendo ó prendiendo un fijodalgo á otro por la enemistad fasta aquí, que muera por ello, é que nos ó la nuestra justicia le mandemos dar muerte de alevoso; é si se fuere, porque non se pueda cumplir la justicia, que sea emplazado, segun es fuero, é si non viniere á los plazos, seyendo oydo el acusado, é si le quiere levar por riepto, que lo lIieve por riepto, et nos que le oygamos é le libremos, segun fuero de los rieptos». Aun probando el acusado que mató «con razon derecha», se le mandaba salir de la tierra «año é dia»; y si en este tiempo entrare en los reynos, por dos años, y si la segunda vez entrara, por cuatro, y si la tercera, «que finque por enemigo, é que le puedan matar dó quier que lo fallasen sin pena, é las nuestras justicias que

lo puedan matar dó quier le fallasen». Y todavía de la lectura del *Ordenamiento* de Alfonso XI se colige más que el desorden público en que se hallaba constituída la sociedad en Castilla á causa de la libertad y frecuencia de los retos y desafíos, y de la declinación del principio de autoridad ante la obediencia de lo que se legislaba. También se colige que en aquellos retos y desafíos debía usarse innoblemente la traición y la alevosía, pues sólo por traición y alevosía puede explicarse el caso de excepción que se introduce en el artículo décimo del *Ordenamiento,* el cual dice: «En este fuero que non se entienda los que se acaescieron en la muerte de Garcilaso de la Vega é de los otros que oy morieron en él, porque es el caso tal en que non ha y logar de fazer nos perdon por aquellos que fueron fallados por la pesquisa, et que nos mandamos pregonar por esta razon.»

Las causas por las que debían considerarse lícitos los retos y desafíos, los casos de sustitución personal y los grados del parentesco en que esta sustitución se podía verificar, los trámites del enjuiciamiento hasta obtener la licencia real para que los desafíos se celebrasen en plaza abierta, lugar seguro, con testigos interventores y tribunal competente y hasta representantes de la fe pública, que pudieran certificar de los accidentes y de la legitimidad del acto, aunque minuciosamente detallados en el Ordenamiento de Alfonso XI, fueron modificados por las costumbres, y, sobre todo, por el ejemplo de otras naciones con quien Castilla se hallaba en contacto, como Portugal, Aragón y Navarra en la Península, y fuera de ella Inglaterra, Francia é Italia; pero de cualquier modo constituían ya un fondo de leyes y prácticas uniformes para todos los Estados peninsulares, cuando Mosen Diego de Valera, en la segunda mitad del siglo XV dedicó al Rey Alfonso V de Portugal el *Tratado de los rieptos é desafíos que entre los caualleros é fijos dalgo se acostumbra hazer, segun las costumbres de España.* «Aquí, dice el autor, es de notar que el desafío solamente ha lugar entre los fijosdalgo é non entre otros: esto por la fé y

amistad que entre ellos fué antiguamente puesta.» Por lo demás, aquel era un código de honor, en el que ni los tratadistas más autorizados que desde el siglo XVI impusieron reglas y leyes á los duelos, como Bernardo Bergonzo y el Conde Gioan Jacome Leopardi, ni los que ahora mismo se hallan más en boga, como Chateauvilard, el Conde Verger de Saint-Thomes y Tavernier, han tenido que modificar sino únicamente lo que en las prácticas del combate cada época necesita concordar con sus costumbres. Y si se echa de ver alguna verdadera conquista en que la civilización de los tiempos poderosamente ha intervenido, esta conquista efectiva no es más que una: la del desafío á primera sangre, que no era conocida de Mosen Diego de Valera ni de García de Ercilla, de Andrés Alciato ni de Antonio Massa da Gallese, de Dario Attendolo ni de Messen Giovan Battista Pigna. El desafío era la muerte. La concesión de la vida sólo se hacía al que se rendía, y en casos especiales, cuando el vencido lo pedía al vencedor alguno de los jueces del campo, como en el desafío ocurrido en Calabría entre el coronel Palomino y nuestro Diego García de Paredes. Había murmurado de éste aquél, diciendo que el célebre soldado extremeño dejaba en los combates morir su gente, y que en la refriega ostentaba más saña que valentía. «Le mandé cartel de desafío, escribe el mismo García de Paredes; respondió feamente: de donde convino combatir. Fue mi padrino el maese de campo Juan de Somano, y Perucho del Gazo el de Palomino; por jueces del campo el Gran Capitán y Próspero Colonna. Combatimos con espadas solas, con calzas y en camisa. Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo, desde el codo hasta la uña del dedo pulgar. Díle yo otra que le cortó el brazo de la guarnición y la mano. Arremetí á tomalle con la mano izquierda, y díle otra en el muslo, que dió con él en el suelo. Quise cortarle la cabeza. Pidiómelo el Gran Capitán por hombre muerto, y yo se lo dí.»

Verdaderamente debía haber majestuoso aparato teatral en la forma preparativa del reto oficial según lo describe Mo-

sen Diego de Valera después de los preceptos del *Ordenamiento de Alfonso XI.* El querellante, después de haber agotado todos los medios decorosos para recibir el desagravio, lo comunicaba verbalmente y en secreto al Rey, diciéndole que le quería «reptar por corte ante su señoría», y pidiéndole licencia para ello. El Rey exploraba su resolución para llevar el desafío adelante y le amonestaba y aconsejaba se aviniese con su contrario, dándole un plazo para ello. Si el plazo se cumplía sin haber habido avenencia, entonces el reptador emplazaba al reptado delante del Rey, en cuya presencia, públicamente, y en corte cuando menos de doce caballeros, le decía: «Señor, este caballero y gentilhombre que está aquí ante vos, fízome tal traycion ó tal aleve, y digo que es por ello traydor y alevoso.» Hecha la acusación, el Rey le proponía «si gelo queria probar por cartas ó por pesquisa, por testigos ó por batalla»; y él, optando por la batalla, contestaba «que le meteria las manos á ello e gelo faria deçir por su lengua ó lo mataría ó echaría del campo por vencido». El retado, cuantas veces se oía llamar traidor ó aleve, replicaba: *¡Miente!* Esta escena se repetía durante tres días. Al retado también, según el fuero y costumbre de España, tocaba escoger alguno de los términos de prueba propuestos por el Rey, y éste no podía consentir el combate «salvo plasciendo al reptado». Si el retado contestaba que se atendría á lo que el Rey mandare y no á batalla, el Rey invitaba al retador á probar lo que decía, y si de la prueba el retado resultaba con la nota infamante de lo que se le atribuía, era extrañado del reino, y el Rey y la corte vestían por él de luto, como si hubiera muerto. La imputación de traidor sólo podía hacerse, según el fuero de España, por los catorce casos en que estaba incurso el delito *lesae majestatis.* La de aleve comprendía el cometido contra la honra ajena, y eran de menor valer el incumplimiento de la palabra empeñada, el desdecirse en juicio de lo que en privado se había dicho, y otras faltas de análoga naturaleza. La injuria ó la afrenta personal y el honor de las mujeres, nunca se redimían

sino por medio del combate. A los desafíos no tenían derecho los tildados de albardanes ó juglares públicos, los que hacían zaharones ó cantaban y bailaban por precio, los usureros y los que lidiaban bestias bravas por dinero. Por último, les era también negado este derecho á todos los comprendidos en la ley IV del título *De los infamados,* de la Partida VII.

La costumbre fue excluyendo paulatinamente la intervención del Rey en los retos y desafíos, aunque con frecuencia los desafiados de naciones fronterizas recurrían á ellos pidiéndoles plaza y campo seguro para combatir. En 1401, mosen Guillem de Castell y mosen Pere Cervelló, caballeros valencianos, se habían desafiado porque, por amor de una dama, había sido requerido Cervelló por Castell á aceptar batalla, retándole primero de palabra «davant lo Besconte de Meus e mosen Maurini e molts altres cavallers e gentilshomens», y después por escrito y «en otra manera en vostras letras contegudes». Habiéndose dirigido, pidiéndole campo y seguro, al Rey de Castilla Don Enrique III *el Doliente*, éste les contestó: «Don Enrique, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon e de Toledo, e de Sevilla, de Cordoua e de Murcia, de Jahen e del Algarue, de Alyezira, e senyor de Vizcaya e de Molina; á vos, mi caro e bien amado mosen Pere de Cervelló, salut e gracia. Sepades que por letras vuestras, las quales me truxo en Ramon Conesa, he sapido en como es acordada batalla *a oultrança* entre vos e Guillem del Castell, segun paresce por letras e cedulas sageladas de vuestras armas de vosotros ambos que me fueron mostradas, e por quanto vos me fagades soplicano que yo quiera ser juez entre vosotros, e vos tenga la plaza segura, e el dicho en Ramon assi me lo ha soplicado de vuestra parte, e porque en las cédulas del dicho Guillem, seilladas á sus armas, paresce que á él plasce que sea axi; por ende, pues, vosotros soys acordes en ello, á mí plasce de vos tener plaza seguramente á vosotros y á vuestros apayeros, e vos asigno plaza por esta mi carta, que á XV dias del mes de setembre primero que viene seades con vuestros apayeros en

la mi cibdad de Segouia: que allí fallaredes la plaza fecha segura para la dicha batalla que entre vosotros es concertada. En certidumbre de lo qual vos envio con Aragon, heraut, esta mi carta firmada de mi nombre e sellada con mi sello. Otra tal envyo á Guillem del Castell, porque amos á dos lo sepades, e seades apercibidos del término que á la dicha batalla con vuestros apayeros debedes venir. Dada en la villa de Duenyas á xiiij de mayo anyo de la Natividad de nuestro Senyor m. iiijc. j.—Yo, Royz Lopez, la screbí, por mandado de nuestro Senyor el Rey.—Yo El Rey.» Cuando la costumbre de hacer intervenir al monarca propio en los desafíos se perdió, y con este precepto el derecho de que ellos fuesen los que señalasen el campo y diesen el seguro, los caballeros de Castilla y de Aragón se dirigieron frecuentemente hasta á la corte de los Reyes moros para obtener el palenque libre donde ventilar sus querellas.

Aunque la palabra *duelo*, por su propia etimología, arguye el combate entre dos, ó como García de Ercilla le llama, *de uno por uno*, los retos y desafíos se hicieron á veces entre varios, y á veces tomaron formas extravagantes, cuando eran promovidos por el estímulo de la gloria ó la fama de la valentía. En tiempo de Don Juan I de Portugal, y después que con el auxilio de los ingleses, sus aliados seculares, venció á los castellanos en la célebre batalla de Aljubarrota, con motivo de las bodas de este Rey con Felipa de Lancaster fueron á las fiestas de Londres doce caballeros lusitanos, no á mantener un simple torneo, sino un duelo formal con igual número de campeones británicos. El combate duró hasta la muerte de un caballero inglés; pero habiéndose declarado el campo por los portugueses, fueron objeto de muchos obsequios y se les hicieron espléndidos regalos. Más geniales que estas batallas fueron las sostenidas casi al mismo tiempo por Ulrich de Lichtenstein, caballero alemán, en Italia, y por Suero de Quiñones sobre el puente de Órvigo, á seis leguas de León y tres de Astorga, en el camino de Santiago de Compostela. Ulrich

de Lichtenstein publicó que todo el que con él rompiese una lanza, obtendría un anillo; mas los que fuesen vencidos tendrían que humillarse hacia las cuatro zonas de la tierra en honor de una dama. El combate lo sostuvo algunos días sobre un puente y consiguió derribar algunos adversarios. El *Caso honroso* de Suero de Quiñones, hijo del Merino mayor de Asturias y nieto por su madre del primer Mariscal de Castilla, señor de Valdecorneja, tuvo mayor solemnidad. Tomó otros nueve compañeros ó justadores, que fueron Lope de Stúñiga, nieto del rey Carlos de Navarra, Diego de Bazán, Pedro de Nava, Alvaro Gómez de Quiñones, Sancho de Ravanal, Lope Aller, Diego de Buenavida, Pedro de los Ríos y Gómez de Villacorta. Fijó carteles con las condiciones del desafío en todas las cortes, y asistido por los primogénitos de las casas de Astorga, Benavente y Alba de Liste, y teniendo por jueces del campo señores grandes y titulados, mantuvo treinta días su duelo en presencia de las damas que presidían los combates, peleando contra sesenta y ocho caballeros, que corrieron ciento veintisiete veces y rompieron ciento sesenta lanzas. Uno solo de los combatientes murió y varios fueron heridos: al primero que se presentó á rescatar el guante de una de las damas, que al pasar por allí sin caballero que las defendiese, lo perdieron, regaló un hermoso brillante, y aunque tan gran locura se hacía en honor de una dama de quien estaba enamorado, nunca se pronunció su nombre en aquel lugar «por respeto á sus magnánimas virtudes.» Así se exaltaba la lealtad, el amor y la valentía, ante cuyos amables fantasmas se rendían sacrificios tan desinteresados.

Ni aun la inviolabilidad de los Reyes fue respetada por las leyes tiránicas de la opinión de los tiempos y de las costumbres. Si la disciplina de la guerra pertenece á la conservación de la república, y bajo este concepto la guerra es lícita y permitida por disciplina y derecho militar, el Príncipe puede pelear con sus propias manos, ahora sea en el haz y concurso de la batalla, ahora sean pocos á pocos; mas nunca se había ad-

mitido el principio de que un monarca pudiera entrar en combate de uno por uno, hasta que el Papa Martín IV instigó á Carlos de Valois, hijo segundo del Rey de Francia, Felipe III *el Atrevido*, á desafiar al Rey Don Pedro III de Aragón, después que con las *Vísperas Sicilianas* concluyó la conquista del cetro que dejó vacante en Sicilia su suegro el Rey Manfredo. Este desafío se acordó en cónclave del Sacro Colegio con el Papa, y su ejecución se concertaba en Burdeos, á pesar de la irrupción de los ejércitos franceses en Cataluña, donde entraron en Perpiñán, tomaron por asalto á Elna y rindieron á Gerona, no llevándose á cabo por la súbita muerte del Rey de Aragón en Villafranca del Panadés. A iguales arrojos se lanzó contra el Rey Don Alonso V *el Magnánimo,* el Duque Renato de Anjou, en 1442, en disputa de la posesión del Reino de Nápoles. Estando los dos ejércitos preparados para la batalla, el Duque mandó al Rey un rey de armas, el cual, en su nombre, echó delante de Don Alonso la manopla en señal de desafío, y en presencia de los grandes de la corte y de los generales del ejército que le acompañaban. El Rey, tomando la manopla, dijo al rey de armas:—«Yo no sé si D. Renato quiere pelear conmigo solo ó de ejército á ejército; mas cualquiera de estos dos combates que él quisiere, lo he yo aceptado». Y porque el rey de armas dijo que quería combatir de persona á persona, con tanto ánimo se aparejó Don Alonso á lo uno y á lo otro, que el Duque de Anjou, habiendo sido el provocador, no quiso sostener el combate de uno ni la batalla del otro.

Sin los desórdenes de anteriores siglos, el XV fue fecundo en desafíos, aunque no produjeron los efectos anárquicos populares de otros tiempos. Un libro de desafíos celebrados en sólo el reino de Valencia, de 1404 á 1480, existe manuscrito y sin primeras hojas en nuestra Biblioteca Nacional, donde se encuentran los carteles y cartas que mediaron para unos doscientos. Muchos se confunden en el número de los que, á fuerza de ordinarios, pudieran llamarse vulgares. Ya á la juventud armada de aquel tiempo gustaba más demostrar valor que

virtud, y la mayor parte de estos duelos tuvieron por base ó la rivalidad en las preferencias del amor, ó la rivalidad en el crédito de la valentía. No obstante, hay algunos que ofrecen más elevado interés. A esta categoría pertenece el reto mantenido por Mossen Pedro Maza de Lizana, consejero y mayordomo del Rey Don Alonso V de Aragón, de quien se acaba de hablar, y D. Diego Hurtado de Mendoza, primer señor de Cañete, guarda mayor del Rey Don Juan II de Castilla, hijo de Juan Hurtado de Mendoza, alferez mayor y ayo de Enrique III y de su mujer Doña María de Castilla, hija de D. Tello, Conde de Vizcaya y Castañeda, nieta de Alfonso XI y sobrina de Don Pedro I y de Enrique II. D. Diego Hurtado de Mendoza fue de los muchos nobles castellanos que acompañaron á Alfonso V á su primera expedición á Nápoles en 1420, y que asistieron á la batalla naval donde este monarca, con sus dos hermanos y muchos magnates aragoneses, quedaron prisioneros. Maza de Lizana acusó á Mendoza de falta de corazón y de valor; de que habiéndole el Rey cautivo invitado á permanecer con él en Italia, se había apresurado á huir á Roma, y desde allí había escrito al Rey Don Juan cartas relatándole aquellos sucesos, en las cuales había falseado la verdad. Mendoza dió el más solemne mentís á todas sus imputaciones; negó haber demandado «el día del desbarato de Nápoles una fusta del señor Rey para se ir», ni qne el Rey le rogara «que yo estuviese ahí»; aseguró «ser verdad que yo escribí á mi Soberano é mi señor el Rey todas las cosas segun en Nápoles hauian pasado verdaderamente, como yo pude ver ó saber, lo qual á mí era dado de fazer»; y desmiente todo cuanto Maza le atribuye de desamor ó de desestimación hacia la persona del señor Rey de Aragón. Le prometió «en Dios é en la su bienaventurada madre é en la buena verdad que yo he de vos fazer conocer que mentides», y le invitó á defender como caballero lo que decía, «no faciendo proceso de scriptura», sino viéndose de persona á persona en buena lid, «sin perder el tiempo en procesos que no es de nuestro oficio ni nos estará

bien.» Las cartas retatorias son de Marzo de 1424; pero á pesar de que Hurtado de Mendoza no quería procesos escritos, sino actos, la correspondencia de réplica y dúplica duró un año, hasta que el castellano se decidió á publicar cartel de desafío, firmado en Almazán, invitando á Maza á devisar armas y buscar plaza dentro de cuatro meses. Al cartel de Mendoza contestó el mayordomo de Don Alonso de Aragón, enviando á Almazán con Gabriel Rojals, ciudadano de Valencia y procurador de Maza, con cédula del Rey Don Alonso, asegurando plaza por todo el mes de Febrero de 1425, y ofreciendo el mismo seguro en todos los pueblos del tránsito por sus Estados para los caballos, arneses, armas, argento y pecunia que Mendoza llevara en su recámara, y para los escuderos y camaradas que quisiera llevar, hasta el número de doscientos; pero Mendoza, protestando de que no podía ser juez por grandes que fueran su equidad y sus respetos, un Príncipe cuya persona y actos eran el fundamento de la cuestión, rehusó el campo. No obstante, pocos días después remitía, por medio de procurador también, á D. Pedro Maza otra carta en papel de Chipre, firmada por D. Pedro de Meneses, Conde de Villarreal y Gobernador de la ciudad de Ceuta, ofreciendo á los desafiados plaza y seguro, tanto más de abonar á la confianza de su contendiente, cuanto se sabía que el Conde era vasallo del Rey de Portugal, enemigo del de Castilla. En su carta de remisión, Mendoza concluía: «En el nombre de Dios y de la su siempre bienaventurada Madre, yo soy contento é me place de lo recebir por nuestro juez.» El duelo, en efecto, se verificó en Ceuta en Abril de 1425, teniendo para el caballero palatino aragonés el más infeliz resultado.

No fue el único lance de honor que provocaron los desastres de Nápoles de 1420 entre los caballeros de distintas naciones que acompañaron la expedición del magnánimo Don Alonso V, y en el libro referido se encuentran algunos más que sería prolijo referir.

Hasta la transformación legal que precedió en Castilla á la

reunión de todas las coronas fundidas peninsulares, no se pensó por los Reyes Católicos en la represión, por medio de las leyes, de unas costumbres que se sostenían porque la nobleza las conceptuaba como parte de sus derechos. En aquella ocasión y para esta empresa, vióse caminar concordes y casi simultáneamente á la Iglesia y al Poder real. De 1480 son las primeras leyes penales promulgadas por los Reyes Católicos, los cuales dieron la nota de aleves á los que se desafiaban y á sus padrinos, y mandaban se les confiscasen sus bienes. Los accidentes de muerte ó de heridas en duelo fueron castigados hasta con pena capital para el que desafió, y de destierro perpetuo para el desafiado. En tanto, la constitución jx de Julio II, *Reges pacifici,* la bula xxix de León X, *Quandiu est hominibus* y otros rescriptos pontificios posteriores, tuvieron por objeto desterrar las ideas que formaban la base de las costumbres, bajo el terror de las censuras eternas. La Iglesia aglomeró sobre los duelistas y el duelo la excomunión y el entredicho, la suspensión de sacramentos, la privación de sepultura en sagrado, la inhabilitación para toda dignidad y beneficio eclesiástico, la infamia pública, la proscripción de bienes, el perdimiento de tierras en que se ejecutasen los desafíos y otros castigos semejantes, en que se comprendían hasta á los Príncipes que los autorizaban ó permitían, y á cuantos los aconsejaban, los auxiliaban ó cooperaban á su ejecución. Pero esta disposición represiva de los dos Poderes, el moral y el político, que gobiernan el mundo y las sociedades, solamente alcanzó despojarles del escándalo de la notoriedad reduciendo el desafío, de una función solemne social á un acto individual privado. Extinguirlo, exterminarlo fue entonces, ha sido después y será perpetuamente un imposible social, contra el que se estrellarán las leyes inviolables de la naturaleza. Mientras ésta, hasta como instinto, nos inspire el sentimiento innato de la propia defensa, el reto y el desafío existirán, sin que basten á desterrarlo de las costumbres sociales ni las predicaciones de la moral ni la minuciosa prolijidad de las leyes.

Nadie acertó, como el sabio Rey Don Alfonso X en las *Partidas,* con la verdadera razón del duelo, que nuestro García de Ercilla, fundado en el instinto natural de la defensa, declaró de derecho natural y divino. «*La razon porque fué fallada la lid, es, que tuvieron los fijosdalgo de España que mejor les era defender su derecho é su lealtad por armas, que meterlo á peligro de pesquisa é de falsos testigos.*» Y el Conde de Fuentes, educado en la escuela del honor del Duque de Alba, cuando por mandato del piadoso Felipe III se le metió en una junta de frailes y leguleyos para dar parecer en una *Consulta hecha á S. M. sobre los desafíos,* decía: «El asunto de la consulta me parece muy bien, así como el tratar del remedio. Pero yo no encuentro camino por donde remediar tan gran daño. Aprobándolos todos, ninguno me parece eficaz ni conveniente. En esto se hará lo que se hizo siempre, aunque digan leyes y se pruebe que la infamia es del que desafía. Yo no puedo con el discurso desterrar que al que dan un bofetón en la cara, ni al que dan con un palo, ni al que le desmienten la palabra, ni al que quitan la mujer ó la hija ó la parienta, ni al que ofenden la reputación y la honra, ni al que hacen tuertos á su libertad, no queden por afrentados. Pero la razón de la espada deshace toda afrenta, aunque la muestra del valor no se haga sin riesgo. Y si el que insulta, ú obra con tiranía ó comete afrenta en otro se acoge al sagrado de la Iglesia, al del Rey ó al de la justicia, es un hombre ruin y gallina á quien los hombres con honra deben desterrar de la vida ó de la república. Esto debe tratarse en Junta de Consejeros de Estado, entrando en ella todos los soldados de gran reputación que hay hoy en España, que, sin ofensa del valor y de la honra, ordene las leyes conforme á razón.»

Las leyes, en efecto, seguían su camino conminatorio, y en 1563 el Concilio de Trento, en su sesión XXV y capítulo XIX *De Reformatione*, volvió á fulminar sus severas censuras contra los que se batían en duelo y contra los testigos. Pero al mismo tiempo, en la propia Italia Peruzza destinaba

su *campo di bataglia* para los duelos; Nápoles su *Carbonara*, y Pavía y otras ciudades, que Massa da Gallese especifica, *un cert'altro simile*. De estos *campos de honor*, de la *maestría de las armas*, y de las funciones de tribunal y de amparo se hizo un uso ignominioso, convirtiendo en una especulación mañosa y aleve el magisterio del honor. Nuestro bizarro caballero D. Luis de Zapata, Señor del Cehel, en su curiosa *Miscelánea*, así describe aquella miserable industria: «Cuando se usaban —dice—los desafíos y campos en Italia, que llamaban *duelos*, que por el Santo Concilio de Trento tan justamente fueron prohibidos y vedados, procuraban *los mejores padrinos* que podían ¡como que les iba la vida en ello!, desafiadores y desafiados; y hubo casi en un tiempo dos, que el que primero los cogía, como al famoso letrado de los pleitos, tenía la victoria en la mano. El uno fue Maese Gaspar de Orihuela, que paró después en maestro de esgrima del Rey nuestro señor (Felipe II) y de los pajes del Emperador, su padre (Carlos V); el cual me contaba de sus sucesos cosas notables: el otro, Millo Maniscotte, que ya era muerto, á quien él reconocía gran ventaja. Maese Gaspar hizo á muchos vencedores con grandes dificultades; pero Millo Maniscotte de cuantos sacó en campo, jamás dejó de vencer ninguno. Hacía á los chicos de cuerpo en las puntas de los ventalles de las celadas poner agudas navajas, con que, juntándose con los altos, los degollaban por las gargantas. A los ahijados altos contra los chicos los armaba todos, dejándoles lo alto de las cabezas desarmadas, adonde el chico no podía alcanzar, y el alto hería en la cabeza, al seguro, al bajo. Y otra vez, cuando el ahijado era chico contra el muy alto, les daba celadas solas en petos, encambronadas, con las vistas tan altas, que el chico veía casi todo el cuerpo del alto, y el alto no veía al pequeño cuando se juntaban, sino los tejados de la plaza y las ventanas. Y siendo el contrario de muchas fuerzas y el suyo muy débil y flaco, henchía el suyo, para que no pudiesen juntarse, de muchas navajas. Otras veces, si su ahijado era cojo ó manco de una pierna

ó de una mano, poníales en las tales piernas grevas con barras de hierro desde el quijote, tan tiesas, que salían á combatir cojos ambos, y manoplas hechas de arte, tan cerradas que iban entrambas manos. Otras veces les dejaba medio lado del pecho desarmado, y tan diestros de una estocada por allí los suyos, que como al matadero salían al campo los contrarios. Y si el ahijado era tuerto, hacía armas con media vista las celadas, y así iban tuertos y cojos y mancos ambos. Y si su ahijado era flaco de complexión ó pesado, tanto le trabajaba luchando y forzajeando y poniéndole zapatos de plomo y gran peso en los pies y en las manos, que los sacaba en poco tiempo duros como mazos de herrero, y sueltos, quitados los pesos, como gabilanes. Y así al cobarde, aun haciéndole fuerte, diestro y ligero, le hacía valiente y le daba ánimo, como en los nidos de las cigüeñas y otras aves, que, tentando el viento y deprendiendo el vuelo de los padres, cuando se hallan para ello suficientes, cobran, para echarse á volar de una torre alta, esfuerzo y ánimo. Nunca tomaba ahijado afrentador; porque decía que no había de ayudar á la soberbia, sino á los flacos, afligidos y afrentados; y así siempre daba él industria en los carteles, que los suyos escogiesen las armas: que, en ver las extrañezas é imposibilidades y diferencias de ellas, quedaban los enemigos espantados, por lo cual, todos, por muy bravos que fuesen, se templaban en toda Italia de no agraviar ni afrentar á otro: que sabían que á Dios, á la razón y á Millo Maniscotte había de tener de su parte el agraviado.»

De estos tipos repugnantes, por más que D. Luis Zapata lo canonice, no tenemos por fortuna ejemplar notorio en España, aunque sí de duelistas pendencieros de industria y de ventaja, que, como el famoso D. Diego Duque de Estrada, de quien él mismo nos dejó la autobiografía novelesca en sus *Comentarios del desengaño*, era un verdadero asesino de oficio bajo formas caballerescas, llenando su vida de vituperables crímenes, cometidos en la confianza de la destreza con que manejaba toda clase de armas.

Las leyes modernas del honor moderan todos estos criminales abusos aun más que los cánones de la Iglesia y los Códigos civiles. No hay que negar que el Estado, siguiendo los pasos de la Iglesia, ha hecho cuanto estaba de su parte por desterrar el duelo, por las armas, de las costumbres; pero las cuestiones del honor no admiten los enjuiciamientos de los Tribunales, ni hacen eficaces las aflicciones de la pena. Sólo la pena es justa cuando retrasa la comisión de la culpa, si verdaderamente puede calificarse de culpa lo que se deriva de un agravio cierto recibido. Y la insuficiencia de los procedimientos de la justicia, más que para impedir los duelos, para reparar los agravios que á ellos dan origen, ha sido patente en todas las tentativas de la legislación y en todos los Códigos establecidos. Después de Felipe III, bajo el Gobierno del Conde-Duque de Olivares, en el reinado de Felipe IV, la cuestión no sólo se llevó á Juntas y Consejos de Estado y Guerra y otros altos Tribunales. D. Gaspar de Guzmán la sometió hasta á las Academias de los hombres doctos, y Gaspar Caldera de Heredia, en su *Arancel político,* dice textualmente: «Esta cuestión ha pasado *per ignem et aquam* en las conferencias de las más ilustres Academias de Sevilla, á donde concurrían los varones de mayores letras y juicio de aquella ciudad.» Debatiéronla el Sr. Inquisidor D. Francisco de Rioja y D. Juan Suárez de Mendoza, sin ponerse nunca de acuerdo. Las leyes de Felipe V, de 1716, contenidas en la *Novísima Recopilación,* no fueron más eficaces en el siglo XVIII que lo han sido en el nuestro los artículos 439 y 447 del *Código penal* vigente. Hasta las *Sentencias del Tribunal Supremo* han tenido que atemperarse con las exigencias de la opinión. Respecto á la de nuestros grandes tratadistas contemporáneos, no hay más que atender los juicios de un espíritu tan moderado como el de D. Joaquín Francisco Pacheco. «¿Daremos una carta blanca—se preguntaba en sus elocuentes *Lecciones de Derecho penal*—para herir ó matar, siempre que esto se haga bajo esas fórmulas convenidas que constituyen el duelo?» Y á

renglón seguido él mismo se contestaba: «Los mismos que condenamos el desafío, los mismos que le colocamos en una alta categoría de crímenes, hombres arreglados, hombres sensatos, hombres que no tenemos el hábito de delinquir, si nos vemos provocados en una de esas que llamamos cuestiones de honra, no tendremos resolución para negarnos á aceptarlo. Lo aceptaremos y concurriremos á él. Digo más aún: si recibimos una de esas injurias que las leyes no enmiendan y que el mundo tiene ordenado se borren con la espada ó la pistola, nosotros mismos nos arrojaremos á desafiar y obligaremos á nuestros adversarios á que acepten el reto; y si se niegan á la lid, los llamaremos cobardes y deshonrados y les escupiremos á la cara, como hombres viles, indignos de nuestra sociedad. ¿No es esto lo que sucede en nuestro siglo, lo que pasa en nuestro alrededor, lo que sentimos en nuestra conciencia?»

Todas las cuestiones del honor que no pueden ir á los Tribunales ni exponerse *á peligro de pesquisa é de falsos testigos,* como escribía D. Alonso *el Sabio,* sin el deshonor del escándalo, la vergüenza de la humillación y la inculpabilidad de la mentira, será perpetuamente el proceso de los desagravios que recoja el duelo. Todas estas cuestiones crean el deshonor, y el deshonor la infamia, y esta es mayor pena que la más aflictiva que la ley imponga. Por el duelo, el hombre inofensivo y el hombre desventurado no quedan á merced del insolente y del malvado poderoso. A veces, para la reparación, cuando se toca en el escollo de la diferencia de las categorías sociales que establecen el poder ó la fortuna, basta con dar la nota para afrontarlo; el que acude á otros medios para rechazarlo, es el que, cualquiera que sea su posición, se coloca en el terreno de los espíritus ruines y bajos.

España ofrece un cuadro hermoso de interesantes duelos en los cuatro últimos siglos de su historia, del cual se han de exponer aquí los ejemplos más culminantes.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO

PRIMER PERÍODO.—LOS APOLOGISTAS RELIGIOSOS Y MONÁRQUICOS: BONALD Y DE MAISTRE.—INFLUJO DEL NORTE: EL OSIANISMO.—LA LIBERTAD: MADAMA DE STAËL

Antes de que apareciese en el horizonte Chateaubriand, ya los excesos del terror y la impresión trágica de las jornadas revolucionarias habían removido en las almas el sedimento religioso, y producido repentinas conversiones, como la del acerbo y mordaz crítico La Harpe, que se volvió á Dios con el alarde de un Saulo perseguidor, herido por el rayo de luz y arrepentido. Las persecuciones, como siempre sucede, aureolaban de poesía á la fe, exaltando los ánimos y predisponiéndolos al lirismo cristiano. La época era propicia á los apóstoles de la palabra, de la estrofa y del libro.

Merced á la libre expansión romántica, el sentimiento religioso renaciente se dividió ya desde un principio en dos ramas: la objetiva ó apologética, la individual ó subjetiva. Las dos pueden fundarse en el *Genio del Cristianismo*, si bien la segunda encontró su expresión culminante en Lamartine.

A la cabeza de la primera dirección encontramos á dos grandes teóricos y publicistas: Bonald y de Maistre. Bo-

nald (1), en el sangriento año de 1793, iba á cumplir cuarenta, de suerte que pudo fijar en la Revolución desencadenada y triunfante la severa ojeada de la edad madura. Había servido en los mosqueteros; combatido y seguido las enseñas de Condé; fijádose después en Heildeberg, desde donde lanzó, en 1796, á la publicidad y á la polémica su *Teoría del poder político y religioso*. El orden restablecido por Bonaparte le permitió regresar á Francia, y, transigiendo con el Imperio, no perdió á los Borbones la querencia. Dícese que esta adhesión de Bonald á la familia desposeída procedía de una sonrisa dulce, de unas palabras bondadosas que antaño, en los albores de su reinado, le había dirigido María Antonieta: ¡tanto pueden conseguir con poco esfuerzo los reyes, y las reinas más aún con su doble corona! Espíritu austero y religioso sin hipocresía, los biógrafos de Bonald recuerdan que, entrando en una iglesia de Heildeberg acompañado de sus dos hijos, como leyese en el altar mayor la inscripción latina *Solatori Deo,* dijo gravemente: «Hijos, estas palabras son para los emigrados.» Tantos dolores, tantas luchas, tantas heridas mortales, no podían, efectivamente, hallar consuelo eficaz más que en Dios.

De la *Teoría del poder*, confiscada por la policía del Directorio, había recibido un ejemplar el General Bonaparte: árbitro ya de los destinos de Francia, después del 18 de Brumario, borró de la lista de emigrados al autor. Bonald regresó á Francia y se dió á combatir en *Los Debates* y en el *Mercurio* las ideas revolucionarias. Las escaramuzas en la prensa fueron anuncios de su obra más importante, la *Legislación primitiva*. En este libro, que más que á la historia literaria pertenece á la historia del pensamiento, Bonald combate la soberanía del pueblo, funda la sociedad en el derecho divino, hace á Dios fuente de todo poder y acaba por decir: «La Revolución, que ha empezado declarando los derechos del hombre,

(1) Ambrosio de Bonald. Nació en Milán en 1754; murió en París en 1840.

sólo acabará cuando se declaren los de Dios.» No nos importa juzgar aquí al teórico: en España hemos tenido, y tenemos, partidos políticos inspirados en el credo de Bonald, y que han realizado el aparente imposible de exagerar sus principios, abrazando el ultraespiritualismo que le llevó á definir al hombre como *una inteligencia servida por órganos*. En el orden filosófico, son patrimonio de Bonald la hipótesis atrevida de la revelación del lenguaje; la del origen de la sociedad en la organización de la familia, en el poder y la fuerza, en la paternidad y la dependencia opuestas á la igualdad y la fraternidad, todo ello iluminado por la mística luz de una síntesis *triple*: la causa, el medio y el efecto; el padre, la madre y el hijo; Dios, el Verbo y el mundo: concepción cuya grandeza es imposible desconocer, y que sólo peca por sobra de lógica, y porque es una abstracción—lo más peligroso en política.

Es el estilo de Bonald de dórica sencillez, escueto y sin galas, como si las desdeñase; carece de gracia, de aticismo, de esa especie de *unción* que atrae y cautiva. Sus raciocinios son complicados; pero, — dice un crítico que no le ha juzgado con excesiva blandura (1),—á veces la cadena de su argumentación se suelda á una fórmula que brilla como un anillo de oro, y sus sentencias se imponen como oráculos. Sabía perfectamente Bonald que no había nacido para *agradar;* era de los que cultivan la impopularidad como otros la simpatía; profesaba el axioma de que la belleza, en todos los órdenes, reviste caracteres de severidad; y como un día se hablase delante de él de la acogida diferentísima que habían encontrado en el público *La legislación primitiva* y *El Genio del Cristianismo,* contestó tranquilamente: «Se comprende: yo les he servido la droga al natural, y él la ha presentado confitada.» Diferencia de lo hablado á lo escrito é impreso. En letras de molde Bonald decía de *El Genio del Cristianismo:* «En tal libro la verdad aparece engalanada como una Reina el día de su coronación.»

(1) Merlet. *Tableau de la litterature française.*

Más alto que Bonald, en el terreno de las letras, es preciso colocar al conde de Maistre (1). De estos dos hombres que no se vieron nunca, que se creían gemelos por la inteligencia, y que sin embargo tanto se diferenciaban, el autor de *Las Veladas de San Petersburgo* es quien ostenta el colorido intenso, el ímpetu pasional, el vuelo de águila y la marca como de garra de león, aunque Bonald le vence en lógica y en inflexible concatenación de ideas. Interesante es el fenómeno de gemelismo intelectual, más frecuente de lo que se cree, que dictaba á De Maistre estas palabras dirigidas á Bonald: «¿Cabe que la naturaleza se haya complacido en formar dos cuerdas tan unísonas como su pensamiento de usted y el mío?» Y Bonald contestaba: «Nada he pensado que usted no haya escrito, nada he escrito que usted no haya pensado».

El Conde José de Maistre era piamontés, natural de Chambery, pero de familia oriunda de Francia. La Revolución le deslumbró y á la vez le horrorizó; donde otros vieron una convulsión política ó una grotesca saturnal, él vió algo bíblico: la cólera de Dios castigando á una generación descreída y prevaricadora. Creyente en los destinos de Francia, á quien tenía por instrumento providencial, De Maistre consideró en los desastres del 93 el vuelo y el ardiente gladio del ángel exterminador, y tuvo la convicción de que asistía á un momento sólo comparable al diluvio ó á la irrupción de los bárbaros. El espanto exaltó su fantasía, convirtiéndole en vidente, no siempre lúcido, pero atrevidísimo, desatado, brillante y sugestivo, como ahora se diría. Anunció el fracaso de la Revolución, y cuando ésta parecía triunfar, formuló antes que Darwin la teoría de la lucha por la existencia, profetizó la restauración de la Monarquía, el descrédito del filosofismo, la sumisión de la Iglesia galicana á Roma, la infalibilidad pontificia, la victoria de la autoridad y de la fe alzándose sobre las

(1) José María de Maistre. Nació en Chambery en 1753; murió en Turín en 1821.

ruinas de la sociedad. Su defensa de la guerra, su hipótesis del exterminio del género humano, su rehabilitación del verdugo, su teoría de la reversibilidad de las penas y de la expiación por la efusión de la sangre inocente; su conversión de las razas salvajes y primitivas en razas decaídas, y su severidad con la mujer, á quien condena á eterna sujeción, son ideas derivadas no sin alguna violencia del dogma de la caída y la redención, y se pueden considerar la nota sobreaguda del providencialismo pesimista; concepción, más bien que de pensador, de poeta fogoso.

Por el brío y la originalidad y extrañeza de sus ideas teocráticas, y la belleza de la forma con que las vistió, De Maistre influyó mucho más que Bonald. Sería interesante un estudio referente á su acción en España, y un paralelo entre él y el gran Donoso Cortés, en quien tuvo otra alma gemela. ¿Y cómo no ensalzar en De Maistre la belleza del estilo, ya caldeado por la elocuencia, ya sombríamente realista, ya sonoro y grave como tañido de campana, ya cortado y aforístico como los versículos del libro de los Jueces ó de los Macabeos? ¡Quién sabrá lapidar la frase mejor que el hombre que contestó, cuando le decían que Napoleón se proclamaba enviado del cielo: «Sí, como el rayo!»

Hoy va cayendo De Maistre en injusto olvido, caso fácil de prever, y que él también profetizó, cuando más ruído producían sus escritos y más se difundía su pensamiento. No debemos omitir que este apologista, á veces sospechoso á la Iglesia por su mismo ardor, era tan sincero como Bonald, y si no fue lo que se llama un santo, ni tuvo del cristiano la humildad y la caridad, fue ajeno á la inconsecuencia, al egoísmo, á la vanidad y al interés. Su vida, consagrada al servicio de un monarca desposeído y combatido por las revoluciones, es un prolongado sacrificio. Al saber que están confiscados sus bienes, sólo se le ocurre decir: «No por eso he de perder el sueño.» La emigración le trae la estrechez y la penuria; vive vendiendo secretamente la plata que le queda, y aspirando sin em-

bargo á representar con decoro en la corte de San Petersburgo á su menesteroso rey: lo precario de su situación le obliga á separarse de su familia, y la falta de un gabán de pieles, indispensable en aquel duro clima, á pasar el invierno sin salir de casa más que cuando tiene que cumplir, á cuerpo gentil, sus deberes diplomáticos. La ausencia de los seres queridos no le es tan indiferente como la confiscación; al contrario: los afectos naturales de padre y de esposo brotan expresivos de la misma pluma que grabó con fuego la teoría de la expiación y la apoteosis de la sangre. Una niña nacida después de la separación, y ya de edad de doce años, la hija á quien no conoce, cuyo rostro se imagina mil veces, es su mayor anhelo precisamente por eso, porque no ha visto su amado semblante. No puede resignarse. «No,—escribe—nunca me acostumbraré. Cada vez que me recojo á casa la encuentro más sola. El temor de dejar el mundo sin haberte conocido, hija mía, es horrible para mi imaginación. No te conozco, pero como si te conociese te quiero. Hasta se me figura que de este duro destino que me ha separado siempre de tí, nace un secreto encanto: el de la ternura multiplicada por la compasión.» Nótese en el párrafo que cito el romanticismo del sentimiento, tan diferente del romanticismo altanero y amargo de Chateaubriand. Cuando á De Maistre se le marcha voluntariamente un hijo al campo de batalla, el padre, el apologista de la guerra, exclama con tierna sencillez lo que una madre podría exclamar: «¡Ah! ¡Nadie diga que sabe lo que es la guerra, si no tiene en ella un hijo!»

Al parecer, murió De Maistre desalentado, amargada la boca por la hiel que también hubo de tragar Bonald: los monarcas de derecho divino aceptando constituciones, cartas, imposiciones del espíritu moderno; la Restauración sancionando, en parte, la obra de la Revolución. «Europa está moribunda y yo también. Me da vueltas la cabeza; este año me he alimentado de agenjo,» escribía José de Maistre poco antes de quedarse paralítico. Su tintero se secó; las *Veladas de San*

Petersburgo no se concluyeron, no por falta de tiempo quizás, sino porque á su vez la voluntad se había secado y paralizado. Y, sin embargo, el escritor tan sagaz para antever los sucesos futuros, no acertó á predecir que aquella casa real de Saboya, á la cual consagró su vida, y eso sería poco, hacia la cual sintió esa lealtad monárquica que inspira tan pasmosos rasgos de abnegación á los personajes de nuestro teatro antiguo, llegaría á despojar de su soberanía temporal al Papa, cuya autoridad infalible sostuvo con tanta elocuencia el mismo Conde de Maistre. Si el teórico de la Monarquía y del Papado levantase la cabeza, ¿cómo haría para ser juntamente vasallo fiel del rey de Cerdeña y buen hijo del Sumo Pontífice? Quizás insistiría lo que ya una vez declaró: que estando todos los actos de los monarcas sujetos á la razón de Estado, fiarse en una corte es como acostarse para dormir en paz sobre las alas de un molino de viento.

El renacimiento religioso provocado por los acontecimientos políticos y sociales, y por la reacción contra la generación enciclopedista; el culto de la naturaleza revelado por Rousseau y Bernardino de Saint Pierre, no fueron las únicas corrientes que afluyeron al romanticismo. Ha llegado el momento de tomar en cuenta otras influencias distintas de las nacionales, pues nunca, y menos en este siglo, dejaron los pueblos de pasarse unos á otros la antorcha encendida; y es hora de recordar que dos años antes de que apareciese el *Genio del Cristianismo,* madama de Staël publicaba su obra *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales,* formulando las leyes de raza y nacionalidad en las letras, pensamiento genial, completado años después por otra obra digna de eterna memoria, el libro sobre *Alemania*. Hoy el contraste entre las dos literaturas y las dos razas, la latina sensual, pagana, plástica, luminosa, pero limitada y sin vistas á lo infinito; la germánica vaga y confusa, saturada de melancolía, envuelta en brumas, más profunda y más reveladora, es una trillada vulgaridad—notemos de paso que la palabra *vulgaridad*

la inventó madama de Staël: — pero cuando la gran literata comparó por primera vez las literaturas del Mediodía y la del Norte, hacía un descubrimiento.

No quiere decir que un país tan culto como Francia desconociese por completo el tesoro del Norte. Voltaire, por ejemplo, trató de imitar á Shakespeare á su modo, y á no sobrevenir la Revolución, quizás desde mediados del siglo XVIII los anglófilos hubiesen precipitado la explosión del romanticismo. Novelas inglesas como la sentimental *Pamela* disputaron á la *Nueva Eloisa* el interés y las lágrimas de los sensibles lectores franceses; el estreno de *Hamleto* en París fue un triunfo, y tanto gusto le tomó el público á Shakespeare, que el mismo Voltaire, desde la antesala del sepulcro, se alarmó viendo en peligro sus convicciones literarias y arremetió contra el inglés tratándole de bárbaro, borracho y grosero, lo cual no impidió que cundiesen las traducciones de novelistas y filósofos británicos. En realidad, esta comunicación con Inglaterra no era una influencia todavía: el nuevo continente estaba señalado, no descubierto; los autores franceses leían á los ingleses sin inspirarse en ellos; y el *oro del Rin,* el genio alemán, ni lo sospechaban.

Antes de llegar á madama de Staël, importadora y definidora de la palabra *romanticismo,* recordemos una influencia del Norte que actuó poderosamente sobre los románticos prematuros: los poemas de Osián.

Cierto maestro de escuela escocés, Macpherson, á quien hoy contaríamos entre los *folkloristas* por su afición á recoger en las aldeas canciones y viejas baladas, dió á la imprenta en 1762 una colección de cantos épicos, atribuídos á un bardo del país de Gales, Osián, hijo del héroe Fingal. El tal bardo Osián había vivido en el siglo III antes de Jesucristo, y Macpherson traducía su ruda lengua gaélica primitiva al inglés moderno, pues de otro modo, sólo los eruditos podrían gustar las bellezas de aquella poesía sublime. Fue saludada la aparición del hijo de Fingal con transportes de entusiasmo, no sólo en

Escocia, halagada en su tenaz patriotismo, sino en Alemania, d onde el famoso Herder, atento á las misteriosas *Stimme der Volker* (voces de los pueblos), se extasió creyendo escuchar en la del viejo bardo de Caledonia la de la raza céltica. No entró menos triunfalmente en Francia Osián. Denis lo celebró porque representaba al Norte, región antes olvidada y obscura como los campos Cimmerios. «Grandes son Homero y Virgilio—exclamaba Denis—pero también Escocia tiene su Eliseo, sus bardos, sus guerreros, sus campos de brezo, sus colinas de plata y luz. Osián! Nunca marchitarán los años esos laureles del Norte agrupados en torno de tu sién.....» El clamor general fue que Homero quedaba eclipsado, y que no servía A quiles para descalzar á Fingal, el de los rubios cabellos. ¿Y quién se atrevería á discutir esta opinión profesada á la vez por el Júpiter de la guerra y por el del arte, por Napoleón y por Goëthe? Mientras Goëthe decía sin ambajes: «Osián ha suplantado á Homero en mi corazón», el vencedor de Europa, á su vuelta de Egipto, murmuraba enojado al oir un canto de Homero: «Basta de palabrerías», y rompía á declamar entusiasmado los poemas de Osián.

Osián traspasó los límites de la influencia literaria: fue una moda y un contagio. En los relojes de sobremesa, en los jarrones de Sèvres de la secatona época imperial, todos recordamos haber visto á Oscar y á Malvina, á Osián apoyado en su arpa, á Fingal moribundo. La fantasía se llenó de rayos de luna y espectros de niebla, de héroes muertos y de cráneos humanos en que se bebía hidromiel; de cascadas espumosas y mugidores torrentes, y estos atributos destronaron á los cipreses, sauces y mausoleos impuestos por el poeta inglés Eduardo Young y sus lúgubres *Noches*. Los poemas de Osián son el romanticismo que le podía caber en la cabeza á Bonaparte: aquella lista de hazañas y aquel culto del heroismo le cuadraban tan bien como las óperas de Wagner á la fundación del imperio alemán.

Hoy cualquiera trata de miopes á los que tragaron como

pan bendito la superchería de Macpherson, que era realmente el único autor y forjador de los poemas á Osián atribuídos. Cuando todo el mundo es miope, como que si no lo fuese nadie. Excepto algunos eruditos ingleses que sospecharon el fraude desde el principio, Osián engañó á la gente de más fuste de Francia, Italia y Alemania. Leyendo yo en un libro acerca de la engañifa osiánica que el falsario Macpherson no tenía talento, pensé qué haría si llega á tenerlo. Más que engañifa se puede llamar á los poemas de Osián restauración artificiosa, pues están inspirados en viejos cantos auténticos y rudos del país de Gales. Por otra parte contienen grandes bellezas; el forjador poseía alientos de poeta, y á no haberse conocido la mácula, los cantos de Osián se contarían hoy entre las obras maestras del arte. No es justo despreciarlos porque los compusiese, en lugar de Osián, hijo de Fingal, un maestro de escuela del siglo XVIII, y Macpherson podría recordar en su abono aquella conocida fábula de Iriarte, que termina así:

«Pues mire usted: Esopo no la ha escrito:
salió de mi cabeza.—¿Conque es tuya?
—Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecía,
critíquemela ahora porque es mía.»

Nadie puede negar á los poemas osiánicos la cualidad de haber satisfecho plenamente las exigencias de una época en que el espíritu, cansado de cuentecillos picarescos, hastiado de las flores de trapo del ingenio, reclamaba á voces un baño de tristeza ensoñadora; no quería sol, y suspiraba por las nieblas y las brumas septentrionales. Eterna gloria de la Staël es haber servido en tan decisivos momentos como de brújula, señalando fijamente hacia el Norte.

La baronesa de Staël (1) es el único escritor francés que á

(1) Luisa Germana Necker, baronesa de Staël Holstein. Nació en París en 1766; murió en París en 1817.

principios del siglo puede hombrearse—empleo á propósito el verbo—con Chateaubriand. Así como éste representa la contrarevolución, el renacimiento del cristianismo estético y el blanco pabellón de las lises, la hija de Necker simboliza la causa de la libertad política, el optimismo y el análisis. Expliquemos bien en qué sentido era revolucionaria aquella mujer magnánima. A nadie le parecieron más odiosas que á Madama de Staël las sangrientas orgías del Terror: y cuando vió á María Antonieta calumniada y arrastrada por el fango, elevó la voz para defenderla con ardimiento generoso. Pero los horrores de la Revolución, que la consternaron, no hicieron vacilar su esperanza consoladora y firme; comprendió que nada violento es durable, y que después del cataclismo tenía que venir una época fecunda de gloria y de luz. Acaso Madama de Staël, al decir de algunos, se hizo la cuenta de aquél que se convirtió al catolicismo por haber visto grandes escándalos en sacerdotes, pensando que, sin remedio, es verdadera una religión que dura y persiste á despecho de tales ministros. Si la libertad salía viva de entre un diluvio de sangre y cieno, es que había en ella divina virtud.

En pocas palabras se cuenta la vida privada de Madama de Staël. La historia de su corazón es sencilla y revela ternura y bondad: profesó un culto ardiente á su padre, el famoso Necker; fue casada dos veces, la primera con un diplomático, el Barón de Staël Holstein, calavera y derrochador, de quien tuvo que separarse; la segunda, con un joven enfermo, llamado Rocca, á quien compadecía y cuidó asiduamente; fue madre apasionada, y penas y afanes maternales quizás contribuyeron á abreviar su vida. Son tan conocidos estos datos como el episodio amoroso con Benjamín Constant, el autor de la indiscreta novela *Adolfo:* pero la vida privada es el elemento secundario de la biografía de la Staël. Los datos significativos y que á la posteridad le importan, son los del dominio público, la historia intelectual y política de una mujer que permaneció de pie mientras los demás se postraban, y creyó mien-

tras los demás caían en el desaliento. Hay que decirlo muy alto—escribe Pablo Albert;—Madama de Staël demostró más valor que casi todos los hombres de su época. Para aquilatar el alcance de este elogio, es preciso recordar cuál fue la suerte de las letras bajo el Imperio; observación que hará comprender mejor que el romanticismo no se desarrollase plenamente hasta la época de la Restauración.

Napoleón atribuía suma importancia á la literatura. No sólo fue escritor de singular energía, orador militar de fascinador laconismo, y, según el dicho de Bourget, el primer psicólogo entre los modernos, sino que, al proponerse reinar y fundar dinastía, aspiró á que se recordase su tiempo como era gloriosa, no sólo en los campos de batalla, sino también en la esfera intelectual. Nadie ignora sus esfuerzos para que floreciese el teatro, su decidida protección á Talma, y su tenacidad en atraerse á los escritores, empezando por el águila, Chateaubriand, y siguiendo por aves de más bajo vuelo, Bernardino de Saint Pierre, Bacur Lormian, Arnault y el hábil Fontanes. A muchos les pensionó, á otros les coronó de laurel, á todos les halagó, mostrándose con ellos expansivo y campechano. Quería que, según se dice «el siglo de Pericles» ó «el siglo de Augusto,» se dijese «el siglo de Napoleón».

Por desgracia, la restauración literaria que Napoleón procuraba fomentar era hermana de la restauración religiosa tal cual él la entendía, y de las demás restauraciones que en todos los órdenes de la vida iban produciéndose: meros resortes de la política imperial. En manos del hombre que declaraba serle indiferentes Mahoma y Cristo, conviniéndole más Mahoma porque al fin predicó con el alfange, la religión se convertía en un bando de buen gobierno, y la literatura en elegante pórtico para el templo de la Victoria. Deseando protegerla, entendía que se sometiese sin chistar. Los alardes de emancipación de las letras y del pensamiento, estaba pronto á castigarlos con el látigo. Iba á su fin aquel hombre, á quien no puede regatearse el dictado de grande, pero cuya grandeza, basada

en desenfrenadísima ambición, estaba toda erizada de pequeñeces, como el puerco espín de púas.

Desde que da el previsto salto de primer Cónsul á César, suprime los periódicos y quiere tener á las letras en un puño. «Toda libertad espira — dice Chateaubriand, — y la moral consiste en escribir lo que agrada al soberano.» La crítica recibe inspiraciones del Emperador: si sale un libro nuevo, pasan por sus manos los juicios. De orden imperial se expide á los autores patente de inmoralidad, de mal gusto y hasta de locura. Si cae un pez gordo—verbigracia, la *Corina* de madama de Staël,—el mismo César coge la pluma y con sus manos vencedoras redacta lo que hoy llamaríamos el varapalo.

Enmedio de la sumisión universal, había en París un núcleo de gentes que tenía la audacia de pensar y decir lo que les parecía: eran los amigos de Mad. de Staël, la cual, siguiendo una costumbre ya tradicional en su familia, gustaba de rodearse de escritores y filósofos, y recibía en su salón á la flor y nata de la aristocracia intelectual. Molestábale á Napoleón el grupo independiente, y llamaba con afectado desprecio á los tertulianos de la Staël «los ideólogos, los metafísicos, buenos para echados al agua, bichos que se pegan á la ropa». Este desdén sañudo contrastaba con la indulgencia otorgada al grupo literario de Chateaubriand. Pablo Albert, que ha estudiado esta época con su acostumbrada sagacidad, hace notar el contraste. Publica Chateaubriand el *Genio del Cristianismo,* y le nombran secretario de Embajada; publica la Staël su obra *De la literatura,* y la destierran, iniciando así la persecución no interrumpida con que engrandeció á la escritora el árbitro del mundo. Y es que los reaccionarios no eran peligrosos para Napoleón: obra de reacción tenía que hacerse, y mejor si la impulsaban las letras. Lo que podía dar cuidado al liberticida era la vestal que amparaba con la mano la llama moribunda del sagrado fuego, la que aún se acordaba de la libertad, de la igualdad, del derecho, y podía hacer que los demás se acordasen. «Repugnábanle á Napoleón—dice Ville-

main—las doctrinas de progreso social, que habían iniciado la Revolución y podían continuarla. La literatura nueva le parecía una especie de insurrección.»

Desigual era la lucha entre el César y una mujer sin más armas que su pluma, pluma que jamás se ejercitó en la sátira y el denigramiento. No cabía en la Staël la prevención de ocultar bajo la ropa el puñal de una invectiva feroz como la que Chateaubriand tituló *De Bonaparte y de los Borbones*. Sería, pues, inverosímil, si no fuese tan cierto, que Napoleón temía á la Staël. Temía, sí, á su mágica palabra, á sus escritos revestidos de la toga viril, á su tertulia, último refugio del alado ingenio. En el libro titulado *Coppet y Weimar* encuentro á este propósito el relato de un curioso incidente. Sabedor el joven barón de Staël, hijo de la escritora, de que Napoleón pasaba por Chambery, tuvo la ocurrencia de presentársele y rogarle que alzase á su madre el destierro. «Dígale usted—respondió el Emperador—que mientras yo viva no volverá á París; porque si volviese, no se reprimiría; recibiría visitas, diría agudezas, á que ella no atribuye importancia y yo sí, porque lo tomo todo en serio. Vivo en París y allí no consiento gente que no me quiera bien. Si va, me levantará de cascos á todos mis amigos; hablará de política; hará mil diabluras... Me gusta que un hijo defienda la causa de su madre, pero no insista usted, que nada conseguirá.»

Ciertamente era Napoleón un hombre rodeado de terribles enemigos, y su caída demostró cuánto se le odiaba en Europa. ¿Qué podía importarle uno más, unas faldas? Pues se diría que ninguno le importó tanto. Contrasta con la moderación y dignidad del tono de la Staël el encarnizamiento de su perseguidor, que aun desde el peñón de Santa Elena, cuando debía rumiar desengaños, se entretiene en hacer que el poco verídico *Memorial* calumnie á la Staël del modo más soez, con chascarrillos de cuerpo de guardia. La guerra de agudezas y chirigotas que Napoleón recelaba, la hacía él por adelantado. No se recuerda ninguna frase de la Staël que se pueda comparar á esta

de Napoleón: «Conocíamos á la urraca ladrona, y ahora aparece la urraca sediciosa.» Bien puede afirmarse que hubo pocas persecuciones más tenaces que la que Madama de Staël sufrió. Empezó por los palos críticos de orden ó puño imperial; siguió por la orden de destierro, en 1803, tan apremiante, que negaron á la desterrada tiempo para consultar á su hija con un médico antes de partir; arreció haciendo extensivos los mismos rigores á los amigos y amigas de la Staël, incluso á Madama Recamier; los periódicos recibieron orden de no dar cabida á ningún artículo suyo, y al imprimirse en París el después famosísimo libro *De Alemania,* siendo ofrecido un ejemplar á Napoleón con una epístola respetuosa en solicitud del alzamiento de destierro, la respuesta fue una carta insultante del duque de Rovigo y la orden de volverse á Suiza ó embarcarse para América. Abrumó á la Staël este último golpe, y le arrancó una queja: «Tal nube de dolor me rodea, que ni sé lo que escribo.»—A veces, sin embargo, el dueño del mundo intentaba congraciarse con la Staël. En cierta ocasión la propuso alzar su destierro si celebraba el nacimiento del rey de Roma: «Todo lo que por él puedo hacer—respondió la Staël—es desearle una buena ama de cría.»

Es fuerza reconocer en este duelo á muerte entre el rey de reyes y la gran literata algo más que el enojo que causan los alfilerazos del ingenio y los fuegos artificiales de una conversación chispeante y arrebatadora. Lo que Napoleón no podía sufrir en la Staël era el pensador independiente, el observador sagaz que le caló á fondo desde el primer instante, y dijo, entre elogios á las superiores facultades del gran capitán: «Este hombre no considera á los demás como semejantes, sino como *hechos* ó *cosas*. Para él no hay sino él; las demás criaturas son cifras. Es un hábil jugador de ajedrez; la humanidad su adversario, y se propone dar jaquemate.» Quien así se expresaba era uno de esos resonantes clarines del pensamiento, á cuyo toque caen por tierra los más recios muros y las torres más altas. Cierto día, quizá acordándose de la Staël, dijo Napoleón

á uno de sus adictos, el consejero literario de Chateaubriand, Fontanes: «¿Sabe usted lo que más me admira en el mundo? La impotencia de la fuerza para organizar. Hay dos poderes, el sable y la inteligencia, y la segunda acaba siempre por derrotar al primero.»

El mejor amigo de la Staël no hiciera más por su gloria de lo que hizo Napoleón al perseguirla de muerte. Los diez años de destierro fueron, sin duda, amarguísimos para aquella naturaleza más expansiva que soñadora, que no podía vivir sin trato y sociedad, que ante el lago Leman echaba de menos el arroyito de su calle en París, y que, sin duda, entre los afectos humanos, prefería á todos la amistad fundada en la inteligencia, y componía sus libros hablando, al fuego creador de la conversación animada y libre. La nostalgia de la sociedad y de la patria debió de precipitar su muerte, ocurrida á una edad en que las facultades del juicio, en ella dominantes, están en su plenitud; pero el destierro maduró el talento y ensanchó el horizonte á la Staël: lo prueba la diferencia entre sus dos libros capitales, *De la literatura* y *De Alemania*. El segundo, el libro del destierro, es la obra maestra. En el primero todavía predomina la influencia del siglo XVIII y las reminiscencias del salón de Necker: en el segundo hay ambiente universal, y lo hay por primera vez en Francia. Es el evangelio de la estética nueva; de ese libro han de derivarse las ideas críticas y el gusto del siglo entero, no sólo en la revolución romántica, sino en las fases sucesivas del movimiento literario: por ese libro es justo el encomio que dedica Menéndez y Pelayo á Madama de Staël, de la cual dice: «Esta mujer, después de haber sido por muchos años la gran sacerdotisa del ideal, todavía influye en nosotros, si no por sus libros apenas leídos ya, por el jugo y la médula que estos libros contenían, y que se ha incorporado de tal modo con la cultura moderna, que muchos que no han leído página alguna de esas obras están penetrados y saturados de su espíritu, y en rigor podrían adivinarlas. Todo el mundo es plagiario de Ma-

dama de Staël sin saberlo. El espiritualismo y el liberalismo de este siglo han estado viviendo á los pechos de esta madre Cibeles.»

Es, en efecto, Madama de Staël un inmenso filón de oro que el siglo XIX ha ido acuñando en moneda que circula por todas partes. Corren esas monedas sin llevar estampada la efigie de Madama de Staël; pero el metal de ella procede. Toda la crítica moderna, la comprensiva y sugestiva, la que enseña á admirar, á disfrutar y á sentir, nace de la Staël. El libro de *Alemania* sólo podía escribirlo después de peregrinar por toda Europa una persona tan saturada de simpatía y de curiosidad intelectual que, sin ser poeta ni artista, vibraba como las cuerdas de las arpas eolias al soplo de las corrientes poéticas. Los descubrimientos y las invenciones de Madama de Staël en materia crítica, no se aprecian ya, á fuerza de estar desestancadas, de beneficiarlas todos. Sucédele á la *Alemania* lo que al *Genio del Cristianismo*: la obra que cumplieron parece que se hizo sola.

Pertenecen á Madama de Staël las siguientes ideas hoy generales: el carácter propio de las literaturas, la rehabilitación histórica de la Edad Media (período que, sin embargo, la Staël no *sentía*), el valor de Shakespeare y de los humoristas ingleses, la influencia de las instituciones y las costumbres en la literatura, la distinción entre el espíritu de la sociedad antigua y el de la moderna, la superioridad de las instituciones políticas inglesas, el valor psicológico del misticismo, la influencia del espíritu caballeresco sobre el amor y el honor, la instabilidad y universalidad de la poesía y, por no alargar más el catálogo, la distinción entre la poesía clásica y la romántica, palabra que por primera vez escribió la Staël en lengua francesa, y el consolador aunque discutible sistema de la perfectibilidad.

De Alemania se sabía en Francia poco ó nada cuando la Staël hizo de Colón de aquel mundo desconocido, que, á diferencia de Colón, descubrió sabiendo que lo descubría. A lo

sumo conocían algunos curiosos el *Werther*. El botín recogido por la Staël deslumbró, y no era para menos. Aquellos nombres ignorados que estampaba la Staël, aquellos escritores y pensadores eran Lessing y Schiller, Goëthe y Herder, Guillermo y Federico Schlegel; eran Kant, entre los hielos de Koenisberg, «contemplando con recogimiento su propia alma», Fichte creando, con la actividad de la suya, el universo entero, Schelling elevando la materia á la dignidad del espíritu, Jacobi fundando la ética en la religión; eran los que desde la fecha de su descubrimiento no han cesado de irradiar sobre Europa. Tal fue la obra del libro de *Alemania,* en que hay que reconocer el sabroso fruto de una madurez enriquecida, no sólo con los dones de la experiencia y la reflexión, sino con esa paz y serenidad que adquieren los caracteres nobles y elevados, aunque les falte el sello de la adversidad, con sólo el paso de los años y la calma de las pasiones. El tiempo, que amarga, enfría ó petrifica otras almas, aclaró y depuró la de Madama de Staël, convirtiéndola gradualmente del racionalismo al cristianismo, de la filosofía del siglo XVIII á las creencias espiritualistas, y mientras Chateaubriand se encastillaba en su egoismo altanero, la Staël, moralmente más grande que su ilustre émulo, daba el ejemplo edificante y nunca bastantemente alabado de la caridad intelectual.

También de la Staël se había apoderado, á última hora, la tendencia espiritualista, idealista y neocristiana, luz del albor del siglo XIX que hoy vuelve á alumbrar los últimos arreboles de su ocaso. Más sincera que la que hoy presenciamos fue la crisis de religiosidad de principios del siglo: la causaban circunstancias y fuerzas de otra magnitud. El gran sacudimiento social á que habían cooperado con su mofa y su crítica gruesa los enciclopedistas, tuvo por desenlace el despotismo militar, y dos períodos tan violentamente activos y á la vez tan represivos como el Terror y el Imperio dejaron á las generaciones abrumadas y exhaustas la herencia de la melancolía. La tierra no estaba cansada de dar flores, según la frase del

poeta, sino de beber sangre y de ser herida por los cascos de los corceles de batalla. Victorias y reveses, páginas gloriosas y páginas de duelo, incendios y entradas triunfales, quintas y levas enormes y carnicerías tremendas, la férrea disciplina y el continuo redoble del tambor, eran grave pesadumbre que comprimía la expansión del alma. Al verse libre de la tiranía de la acción, respiró, recobró sus derechos, sintió el aura emancipadora, y al mismo tiempo la pereza contemplativa, la necesidad de sentarse al pie de un árbol, á contemplar cómo corre el agua y se disipan las nubes del cielo. La Restauración, con la inteligente tolerancia artística de Luis XVIII, favoreció á la plenitud del pensamiento y del sentimiento, de la imaginación y de la razón, y, sobre todo, del individualismo. El romanticismo se anunciaba cristiano y monárquico, y ofrecía, como prenda de su inspiración religiosa, las *Meditaciones* de Lamartine.

EMILIA PARDO BAZÁN.

POETAS AMERICANOS

EL HIERRO

Á Diego Uribe.

Como un negro gigante que dormita,
De Norte á Sur tendido sobre el Ande,
En las entrañas del volcán palpita
Y en la tierra sus hálitos espande,—
Libertador guerrero,
Dominador del Universo entero,—
En silencios recónditos se agita,
Y al son de subterráneas tempestades,
No ansiando más victorias,
Transmite á las edades
Sus terríficas y épicas historias.
El descuajó la recia entalladura
De basaltina colosal montaña,
Venció la bestia uraña
Y abatió la cimera á la llanura;
Y en lid siniestra obscura
Desde Adán á Nemrod halló en el mundo
Al hombre moribundo,

Rotas las manos, mísero, ulcerado,
Comprando á precio de su sangre un fundo,
Y á su destino inapelable atado,
Le vió vagar errante
En triste, enhambrecida caravana,
Y hundir la mar lejana,
Y cruzar el desierto
Sobre un endeble vástago oscilante
Bajo el cálido soplo del levante.
Y en hosco, aciago día,
Le vió demente, incierto,
Asaltar el espacio, y falto de alas,
Fabricar las babélicas escalas
Del barro vil de la soberbia impía,
Y luego derrumbarse. Entonces, rotos
Sus veneros ignotos,
Se reveló al proscrito.
Él, al hallarle, un estentóreo grito
Lanzó de gozo: y dueño del arcano
El pensador humano,
Lo lamina en el riel y lo flagela;
Lo enrola bajo el yunque y lo modela;
En hoces, en cilindros lo transforma;
Ora en escoplo, en broca, en pincho, en garra,
En tenazas ó en barra,
O ya en arados; luego lo pasea
De la nave en la enhiesta chimenea,
Del túnel bajo el negro soterrado
O en recio acantilado.
En donde quiera que su luz flamea
Lo mima, lo acaricia ó lo desgarra,
Y al domeñar la selva con su tajo
Abre al noble trabajo
El tesoro de todas sus arterias:
Que el hallazgo del hierro el oro trajo

Remediador de todas las miserias.
El domador enano,
Su túnica al volver al polvo vano,
Oye al Hierro decir sobre su loza,
Puesto en cruz redentora y misteriosa:
—«Estás vencido ya: yo soy más fuerte
Que tu vida enlazada con la muerte.»
Mas en el mismo instante
El eco de una lira resolante
Responde al hierro duro:—«Atrás, impuro,
Indomable materia: yo, en la altura,
Libre y de nuevo sobre tí triunfante,
Veré triste, errabundo,
En tus negras partículas al mundo,
Flotar rota la nada agonizante.»

AGRIPINA MONTES DEL VALLE.

***

¡PASÓ!

En lo profundo de la selva añosa,
Una tarde al caer el tibio Mayo,
Tocó en la vieja enredadera hojosa
De la luna naciente el primer rayo.
Poco tiempo después, la luz de aurora
Del gas en la estación iluminaba
El paso de una audaz locomotora
Que sobre el riel durísimo cruzaba.
Y en donde en otro tiempo pendió el nido,
Albergue muelle del alado enjambre,
Cruzó el espacio ralo un escondido
Telegrama de amor por el alambre.

J. A. DE SILVA.

CITA

Cuando á mi lecho por la vez primera
La triste muerte se acercó enlutada,
Con suplicante voz la dije:—«Espera:
Me ha prometido un beso mi adorada.
»En otros sitios de dolor invoca;
Busca á los que han gozado y han sufrido;
No sintiendo los besos de su boca,
¿Cómo puedo morir si aún no he vivido?
»Hay para todos unas cuantas flores
Y espinas muchas; ¡el placer es breve!
Dios ya me dió mi parte de dolores;
Mas mi parte de dichas, me las debe.
»No pido gloria: ¡nada más que un beso!
Ni lauros, ni riqueza he codiciado;
Quiero sentirme entre sus labios preso,
Y luego diré á Dios:—¡Ya estoy pagado!
»Deja importuna que amanezca el día:
Irme no quiero con la noche obscura:
Espera unos instantes todavía:
¡Un beso nada más! ¡tan poco dura!
»Siempre temprano la risueña aurora
Tras la noche de amor, surje en oriente,
Y bajaré á la tumba hospedadora
A soñar con su beso eternamente.
»Para todas las flores hay rocío;
Todos los años tienen primavera;
Déjame á solas con el sueño mío;
¡Oh muerte, buena amiga, espera, espera!»

Y la enlutada, pálida y hermosa,
Por mi súplica amante conmovida,
Se alejó de mi lecho, pues piadosa
Me dejó la esperanza con la vida.

. . . . . .

. . . . . .

Pasan los años tristes y pausados;
El dulce beso á mi cariño niegas;
Y pensando en tus labios adorados,
Ya le digo á la muerte:—«¿Cuándo llegas?»

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL AÑO SOCIOLÓGICO 1898

I

Ya el año pasado, al explicar el propósito que perseguíamos escribiendo este resumen del movimiento sociológico en libros y revistas, cuáles son las fuentes á que se indicaron refiere nuestra consulta (1). Las mismas publicaciones, aprovechadas entonces, son las que vamos á poner á contribución esta vez, para dar una idea breve, y á ser posible, clara, de las corrientes que siguen imperando en los cultivadores de la Sociología, de los problemas de esta ciencia que más parece que interesan á los que la estudian, y de las indagaciones más notables efectuadas en los diversos campos de aquélla, durante el período de tiempo á que nuestras fuentes se contraen.

Las publicaciones sociológicas á que se alude, recordará quizá el lector, que son los *Annales de l'Institut international de sociologie* y *L'Année sociologique,* dirigida la primera por el señor Worms, y la segunda por el profesor Sr. Durkheim. Para este artículo nos serviremos del volumen de los *Anales,* publicado en 1899 (2) y que contiene los trabajos originales sobre

(1) Véase *El Año Sociológico*, 1897. La España Moderna, Diciembre, 1898.

(2) París: Giard y Brière, editores.

problemas de Sociología, de los miembros y asociados del Instituto internacional citado, hechos durante el año 1898, y del volumen del *Anuario,* publicado también en 1899 (1) y que contiene el resumen crítico y bibliográfico de los estudios de Sociología que vieron la luz en 1897-1898. Aunque la estructura respectiva de estos volúmenes es la misma que hemos estudiado y descrito en el *Año sociológico* anterior, conviene, sin embargo, decir algo sobre su composición. Los *Anales,* como es sabido, son una publicación destinada, normal y principalmente, á dar cuenta de los trabajos presentados ó discutidos en los Congresos que periódicamente celebra el Instituto internacional de Sociología; pero los años en que, como ocurre en el de 1898, no ha habido Congreso, los *Anales* contienen unas cuantas monografías de los sociólogos asociados Así, de los cinco volúmenes publicados, los de 1895, 96 y 98, contienen trabajos respectivamente de los Congresos de 1894, 95 y 97, mientras los de 1897 y 99 insertan monografías escritas por los sociólogos de los diferentes países, en los años de 1896 y 1898. De este modo, los *Anales* tienen una continuidad más efectiva, y sirven de mejor manera para reflejar las preocupaciones dominantes en la labor sociológica internacional, dando de un modo normal una buena ocasión para que los cultivadores de la ciencia comuniquen al público los resultados obtenidos por algunas de sus más importantes investigaciones. En cuanto al *Año sociológico* poco hay que decir, por lo que toca á su estructura material, ó sea á la composición y distribución de sus elementos de información. Es todo esto casi idéntico á como aparecía en el volumen primero del *Año sociológico.* No obstante, el Sr. Durkheim, obedeciendo á indicaciones atendibles, ha procurado mejorar su publicación. Y así ocurre que el número de los trabajos analizados es mucho mayor, esforzándose por hacer la clasificación lo más racional posible. Hay también en el volumen de este año

(1) París: Félix Alcan, editor.

primeramente una sección más: la de *Morfología social*, y contiene un amplio índice alfabético, que facilita de un modo notable el manejo del libro.

Importa notar más detenidamente, al dar cuenta del *Año sociológico,* como fuente de información científica de la Sociología, y antes de pasar á recoger los datos aprovechables de las dos publicaciones, el carácter propio que el Sr. Durkheim quiere dar á su trabajo, ó, mejor, al conjunto de los trabajos que el *Año* comprende: en otros términos, conviene recoger las indicaciones que el sociólogo citado hace en el prefacio del volumen que estudiamos, para explicar el propósito que con el *Año sociológico* persigue. Revelan estas indicaciones un concepto de la Sociología y de los límites de esta ciencia, que se debe conocer. Ahora bien; para conseguir mi objeto, bastará copiar algunos párrafos del indicado prefacio:

«Se puede, sin duda, censurarnos, dice el S. D., por no ser bastante completos, ó bien por haber ampliado demasiado los límites de la Sociología. Cuando, como ocurre con demasiada frecuencia aún, se ve en la Sociología no más que una disciplina puramente filosófica, una metafísica de las ciencias sociales, los trabajos muy concretos é indefinidos que analizamos acaso parezcan fuera de lugar. Pero *nuestro objetivo principal* (subrayo yo, para hacer notar la interesante opinión del Sr. Durkheim) *es precisamente reobrar contra esta manera de entender y de practicar la Sociología.* No negamos con esto la existencia de una *Sociología general*, que vendrá á ser como la parte filosófica de nuestra ciencia; reconocemos sin dificultad que la Sociología, en sus comienzos, no podía ni debía tener otro carácter. Pero ha llegado el momento de salir de esas generalidades y de especializarse.» (1). Naturalmente que cabe discutir este modo de imaginarse la filosofía social, ó bien la filosofía de la Sociología como una pura sociología general ó, mejor, como conjunto de generalidades; pero sería preciso

(1) *L'Année sociologique* cit., pág. I.

para ello discutir el concepto de la *filosofía* como ciencia de la *realidad social,* y esto nos llevaría muy lejos. Importa más continuar copiando al Sr. Durkheim. Las consideraciones que sigue haciendo son, á mi ver, muy dignas de tomar en cuenta. La Sociología, dice, «no se ha de confundir con las técnicas especiales que desde hace largo tiempo existen... Porque introducirá en ellas un espíritu nuevo. En primer lugar, falta á menudo en las mismas la noción de los tipos y de las leyes. Muchas de esas disciplinas, en efecto, tienden más á la literatura y á la erudición que á la ciencia; procuran más bien contar y describir hechos particulares que constituir géneros y especies y establecer relaciones. Pero lo que principalmente aporta la Sociología, es el sentimiento de que entre todos esos hechos tan diversos que hasta ahora estudian los especialistas con independencia, hay un parentesco estrecho... No sólo son solidarios hasta el punto de no poder ser comprendidos si se les aisla, sino que en el fondo son de la misma naturaleza: son manifestaciones diversas de una misma realidad: la realidad social. Y he aquí por qué el jurista debe estar al corriente de la ciencia de las religiones, el economista de la ciencia de las costumbres, etc., etc., sino que en todas esas diferentes ciencias, que tienen por objeto fenómenos de una misma especie, se debe practicar un mismo método.» Ahora bien; el principio de este método «es el de que los hechos religiosos, jurídicos, morales, económicos, deben ser tratados todos conforme á su naturaleza, es decir, como hechos sociales» (1).

El autor sigue aún haciendo otras oportunas observaciones, encaminadas á mostrar el carácter del método á que se refiere, y á justificar así, de un modo científico, la estructura del *Año sociológico*, el cual comprende, como veremos después en la parte de análisis y crítica de obras, no sólo las de *doctrina* de la Sociología, sino también aquellas en que se investigan las

(1) *L'Année sociólogique,* pág. II.

diversas clases de fenómenos sociales. No es que sean éstas obras de Sociología en su sentido propio, sino que de un lado hay en ellas los materiales sobre que el sociólogo debe trabajar, y además conviene llamar la atención de los sociólogos y de los especialistas de la Historia, del Derecho, de la criminología, de la ciencia de las religiones, de la Economía, etcétera, etc., hacia el lado sociológico de los objetos respectivos de estas diversas disciplinas, llamadas á un tratamiento general, y en lo de general idéntico, en cuanto pueden estimarse, en cierto respecto, como verdaderas ramas de la Sociologia.

II

Pasando ya á examinar los dos libros que tomamos como fuentes para nuestro objeto, cabe hacer una clasificación primera de cierta importancia. Tenemos de un lado las monografías de los *Anales* y las dos monografías también del *Año* del Sr. Durkheim, y de otro los análisis de libros, de artículos de Revistas y de meras indicaciones bibliográficas, distribuído todo ello en secciones, según hube de exponer en el trabajo del año pasado en LA ESPAÑA, y luego veremos; esta segunda parte de la información corresponde por entero al *Año sociológico,* pues el volumen que examinamos contiene también, como el anterior, además de estudios originales, todo el *arsenal* bibliográfico y crítico que la indicación hecha implica. Las monografías sobre asuntos sociológicos son las siguientes: en los *Anales: Plan de Sociología,* de Azcárate; *La inducción en Sociología,* de R. Worms; *La teoría orgánica de las sociedades: defensa del organicismo,* de J. Novicow; *La personalidad libre,* de C. N. Starcke; *Del derecho penal represivo al derecho penal preventivo,* de P. Dorado; *La venganza privada,* de R. de la Grasserie; *Sobre el derecho de coalición,* de A. Jaffé; *Formación y evolución del lenguaje,* de C. Limousin, y *La adaptación,*

¿es la ley última de la evolución hamana?, de F. Puglia. En el *Año: De la definición de los fenómenos religiosos*, de E. Durkheim, y *Ensayo sobre la naturaleza y la función del sacrificio*, de H. Hubert y M. Mauss.

Si ahora con tan numerosos y ricos materiales á la vista, queremos apreciar las condiciones en que se va verificando el movimiento sociológico, y además cómo se va condensando el pensamiento científico en hipótesis más ó menos provisionales, pero al fin y á la postre de valor filosófico ó histórico muy para tenido en cuenta, nos encontraremos al pronto con la misma impresión de indeterminación confusa que advertimos en el resumen del *Año sociológico* de 1897. Persisten idénticas vacilaciones: la Sociología continúa siendo verdadero campo de batalla para cuantos intentan buscar una explicación positiva, y aun para cuantos admiten una explicación trascendental á los fenómenos sociales de la vida del hombre. Sin embargo, cada vez se significa más la necesidad de una constitución sintética, unitaria, de la ciencia social, y de una explicación filosófica de todos los fenómenos sociológicos. Pero prescindiendo de estas apreciaciones, que es más lógico hacer luego que hayamos examinado las fuentes, á fin de introducir algún orden en el asunto, veamos qué respuesta nos dan los materiales que proporcionan ambos anuarios á las cuestiones que en el *Año sociológico* de 1897 formulábamos, á saber:

1.° Qué es la Sociología y cuál es su contenido.

2.° Qué problemas sociológicos interesan más.

3.° Qué aspectos de la vida humana, como vida social, se estudian preferentemente, indicando esta vez el lugar correlativo que cabe señalarles, en atención al número de trabajos que cada uno ha provocado, y

4.° Qué tendencias pueden señalarse como imperantes en la investigación sociológica y en las conclusiones á que ésta va llegando.

III

Son varios los trabajos en los cuales puede encontrarse una determinación más ó menos expresa del campo de la Sociología y hasta una definición de la ciencia. La monografía citada del Sr. Azcárate entraña un ensayo, muy afortunado por cierto, de sistematización de la Sociología, en el cual se señalan los límites de ésta, y además se fija su objeto. La forma de programa del trabajo del Sr. Azcárate no permite inferir con toda claridad los términos exactos y precisos bajo que concibe todo eso nuestro compatriota, pero desde luego se ve de qué modo sabe recoger en una apreciación de conjunto materia tan dispersa y poco integrada como la *social*. El señor Azcárate, á partir de la sustantividad del objeto de la Sociología—naturaleza y vida de la sociedad—desenvuelve su plan dividiendo el contenido de la ciencia sociológica en *Filosofía social*, que se refiere á los principios, y *Biología social* ó *filosofía de la historia social*, que se refiere á las leyes de la vida social, cuyo contenido está en los *hechos*.

Fuera de la monografía del Sr. Azcárate, en el *Año sociológico* se analizan las siguientes obras ó artículos en los cuales se trata del problema capital de la naturaleza y contenido de la Sociología. *Les lois sociologiques*, de G. Tarde; *Representations individuelles et representations collectives*, de E. Durkheim; *Wesen und Aufgabe der Sociologie* y *Die sociale Frage im der Lichte der Philosophie*, ambas de L. Stein; *Dynamic Sociology-The psychic factors of civilization-Outlines of Sociology*, todos de Lester Ward; *Social and Ethical Interpretations in mental development*, de Baldwin; *Principes sociologiques*, de Ch. Mismer; *Elementi di sociologie generale*, de E. Morselli, etcétera, etc. Conviene advertir que aun cuando en todos estos trabajos hay elementos y datos suficientes para inferir un concepto de la Sociología, y á veces una determinación de sus

límites, algunos de ellos, como v. gr. los de Stein, Durkheim y Baldwin, más bien sirven, con los de Schaffle, Goblot y otros, para fijar los caracteres dominantes en las tendencias más florecientes de la Sociología. De los trabajos citados, aquellos en los que el autor parece haberse propuesto el problema que examinamos con más detenida reflexión, son los de los señores Tarde, Ward y Morselli; este último es de carácter elemental, y además el *Año* sólo hace respecto de él una brevísima indicación. *Les lois sociales,* de G. Tarde, interesantísimo trabajo de que ya he dado cuenta en La España Moderna, en las *Notas bibliográficas,* viene á ser un resumen de la concepción sociológica de este autor, expuesta ampliamente en *Les lois de l'imitation*, la *Opposition universelle* y la *Logique Sociale.* La idea capital para G. Tarde, de la Sociología, es la acción espiritual de una persona sobre otra: la imitación. Realmente la Sociología debe analizar los factores simples de la imitación, elevándose á las síntesis de las imitaciones que constituyen el substracto de todos los fenómenos sociales; la concepción sociológica de este ilustre escritor francés, entraña una gran rectificación del evolucionismo spenceriano, del organicismo sociológico, y una afirmación del sentido psicológico en la Sociología, como puede verse confirmado en los desarrollos que de la idea de la imitación ha hecho Baldwin. Las tres obras de Lester Ward, comprenden, como dice muy bien el expositor de las mismas en el *Año sociológico* (p. 167), un «verdadero sistema de filosofía social»: desarrollan una doctrina de la Sociología. El corte de este sistema es análogo á los de Comte y Spencer, emplea su método, y «la Sociología, según el referido expositor, aparece en él como la conclusión de toda una cosmología esencialmente mecánica, materialista y evolucionista». Para L. Ward, la Sociología se refiere á los hechos sociales, los cuales son tan necesarios y posibles de prever como los fenómenos vitales y químicos, pero sin que por eso se los equipare á los biológicos. L. Ward establece diferencias capitales entre la sociedad humana y los organis-

mos, y á pesar del carácter mecánico de la concepción sociológica, el autor entiende que el cimiento fundamental de la Sociología está principalmente en la Psicología. Los hechos sociales provienen de *fuerzas sociales*, las cuales, en definitiva, son variedades de una sola: el deseo que tiende á convertirse en placer. Sería imposible resumir aquí la doctrina de Lester Ward sobre el objeto y esfera de la Sociología, exponiendo sus ideas sobre la *estática* y la *dinámica social*, especialmente su concepto del *arte social* y de la índole teleológica de la acción humana. Sea, en verdad, cual fuere la opinión que se forme de todo esto, por mi parte considero la obra sociológica de Lester Ward como una de las más interesantes al lado de la de su compatriota Giddings. Porque conviene hacer una pequeña indicación, que en cierto sentido cuadra muy bien en este trabajo de pura información científica de la Sociología: hoy por hoy, uno de los países en que la elaboración de la Sociología se lleva con más fortuna y mayor brillo, es en los Estados Unidos; la labor de Lester Ward y de Giddings, unida á los trabajos de Small y Vincent y de Baldwin, constituyen una prueba indiscutible de lo que digo.

IV

Reproduzco la clasificación de las diversas cuestiones sociológicas que en el artículo del pasado año hacía, para determinar el interés despertado por las mismas entre los sociólogos y cultivadores de los diferentes aspectos de la vida social. Indicaré en primer lugar las *cuestiones de sociología propiamente dicha*, dejando para luego las *cuestiones relativas á aspectos sociológicos de la vida humana y de la historia*. Por lo que toca á las primeras, los sociólogos y aun ciertos *teorizadores* de la historia, han estudiado con preferencia problemas de *introducción:* es decir, problemas cuya resolución importa para construir la Sociología como disciplina sustantiva indepen-

diente. Por de pronto corresponden á este orden de investigaciones todos los trabajos que quedan citados más arriba, y referentes á la formación del concepto de la Sociología y á la determinación de su esfera y límites; pero además deben citarse trabajos escritos acerca de los puntos siguientes:

1.° El método en la Sociología ó en las ciencias sociales *L'induction en sociologie*, de R. Worms; los trabajos de Stein, *Sur l'etat actuel et la methode des sciences sociales* de M. Darlu, (art. en la *Revue pedagogique*); *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft* y otros trabajos de K. Lamprecht. *Introduction aux Etudes historiques*, de Langlois y Seignobos, y otros. La nota más interesante que se advierte en estas diferentes indagaciones, la ofrecen, á mi ver, los trabajos de Lamprecht, y consiste en el influjo que las investigaciones sociológicas ejercen en la concepción y procedimientos de la Historia, así como las indicaciones que hace M. Seignobos para determinar el carácter distintivo de la Historia frente á la Sociología. En el excelente trabajo de R. Worms, importa mucho su indagación de la naturaleza de las *leyes*, el carácter especial de las leyes que debe descubrir la Sociología, y las consideraciones que hace para examinar el problema de las leyes que esta ciencia es capaz de formular, así como sobre las dificultades que ofrece la inducción sociológica.

2.° La clasificación de la ciencia social y relaciones de la Sociología, especialmente con la Historia y con la Psicología.—Debe citarse en primer lugar el libro de E. Goblot, *Essai sur la classification des sciences*, en atención á que el autor se eleva á una amplia consideración del conjunto de las ciencias, únicamente para definir de una manera adecuada y fija la posición sistemática de la Sociología. Su punto de vista capital á partir de una concepción de la jerarquía de las ciencias, es que la biología, la psicología y la Sociología se comprenden en un mismo grupo de ciencias, lo cual le lleva á mantener en cierto modo la doctrina orgánica de las sociedades: las sociedades-organismos. De todas las relaciones de la Sociología,

las que más parecen interesar á los sociólogos son las que ésta mantiene con la psicología: basta ver los trabajos del mismo E. Goblot, los ya citados de Tarde, Durkheim, Ward, Baldwin, y *The social Mindl and Education*, de Ed. Vincent.

3.° La naturaleza de las sociedades: problema éste debatido en muchos de los trabajos ya citados y, además, tratado de una manera especial en la monografía de J. Novicow, inserta en los *Anales* de M. R. Worms.

4.° Otras cuestiones especiales, como las tratadas en las monografías de los *Anales*, y en muchos de los libros y artículos del *Año*, según veremos á continuación.

V

La primer observación que se ocurre hacer considerando de una manera general los datos que, sobre todo, el *Año* de E. Durkheim ofrece respecto del movimiento del pensamiento científico acerca de los fenómenos sociológicos, es la gran importancia que alcanzan los estudios sobre las ideas, las instituciones, las costumbres y la vida religiosas. En primer lugar, en las monografías originales del *Año* se trata de este orden particular de la actividad y del saber humanos. Como hemos visto, el Sr. Durkheim se esfuerza por *definir el fenómeno religioso*, y los Sres. Hubert y Mauss escriben un ensayo sobre *la naturaleza y la función del sacrificio*. Por otro lado, en las secciones de análisis y crítica expositiva de obras, la titulada *Sociología religiosa* es la que contiene mayor número de libros examinados: llegan los estudios críticos, largos, detenidos, á cincuenta y cuatro, correspondientes á otras tantas publicaciones sobre introducción—método—religiones primitivas, magia y supersticiones populares, creencias y ritos relativos á los muertos, cultos en general, cultos agrarios, mitos, leyendas, creencias populares, sacrificios, oraciones y misterios, instituciones mona-

cales, ascetismo, etc. Además, los Sres. Durkheim, Mauss, Hubert y Levy, que son los encargados de esta sección, anotan, con más ó menos detenimiento, otros setenta y un estudios sobre las mismas materias indicadas. Cierto es que en la sección de *Sociología económica* se citan algunas obras ó artículos más que en la anterior sección de *Sociología religiosa*, pero téngase en cuenta que sólo se analizan detenidamente veinte trabajos de aquel orden. Estas dos secciones, y la titulada *Sociología moral y jurídica*, son aquellas en que se revela una mayor suma de trabajo científico, y por tanto, aquellas cuyos objetos parecen despertar más interés entre los sabios.

La observación que acabo de hacer respecto de la importancia alcanzada por los estudios sobre Sociología religiosa, está confirmada expresamente por el propio Sr. Durkheim, como vamos á ver, explicándola además de una manera que, si bien puede provocar algunos serios reparos, interesa conocer. «Al frente de estos análisis, encontrarán este año, como en el año último, los que se refieren á la Sociología religiosa. Sorprenderá acaso esta especie de primacía que por tal modo concedemos á esta clase de fenómenos; pero es que son como el germen, de donde todas las demás — ó cuando menos casi todas—se derivan. La religión comprende en sí, desde el principio, aunque en estado confuso, todos los elementos que, disociándose, determinándose y combinándose de mil maneras entre sí, han dado origen á las diversas manifestaciones de la vida colectiva. De los mitos y de las leyendas han surgido la ciencia y la poesía: de la ornamentación religiosa y de las ceremonias del culto, provienen las artes plásticas; el derecho y la moral han nacido de las prácticas rituales. No es posible comprender nuestra representación del mundo, nuestras concepciones filosóficas sobre el alma, sobre la inmortalidad, sobre la vida, si no se conocen las creencias religiosas que han constituído su primera forma.» Podrá, como indicaba, discutirse el fondo filosófico y las razones sociológicas en que el profesor Durkheim apoya estas apreciaciones, pero quedará

en pie siempre el hecho del alto y universal interés despertado por el estudio de los fenómenos religiosos, y la utilidad indiscutible, preconizada por dicho eminente escritor «de llamar la atención de los sociólogos hacia esas investigaciones, haciendo entrever cuán rica es la materia y los frutos que de ella pueden esperarse» (1).

VI

Brevísimo, en verdad, tiene que ser el extracto de la numerosísima bibliografía que el *Año sociológico* contiene. Además de las dos monografías originales, analizan los colaboradores del profesor Durkheim, Sres. Richard, Bouglé, Lapíe, Levy, Fauconnet, Foucalt, Hubert, Mauss, Muffang, Parodi y Simiand, unas ciento setenta y cuatro obras dando noticia de cerca de trescientos trabajos más. Entre las obras de que se da cuenta figuran algunas de españoles: las de los señores Sanz y Escartín (*El individuo y la reforma social*, edición francesa); Giner de los Ríos (*La ciencia como función social*); Dorado (*La función de la justicia en el porvenir*); Pulido (*La pena capital en España*); Soldevilla y Carrera (*La infancia y la criminalidad*); Sales y Ferré (*Tratado de Sociología*) (2).

Pero veamos ya cada una de las diferentes secciones del

(1) Ob. cit., pág. V.

(2) Quizá podría ser más numerosa la bibliografía sociológica de España, pero lucha el Sr. Durkheim con graves dificultades para obtener los ejemplares indispensables de las diferentes publicaciones sociales y sociológicas de nuestro país. Repetidas veces me ha hecho esta indicación el mismo profesor Durkheim, profesor en la Universidad de Burdeos. Realmente, si los editores y autores de libros, folletos y artículos sobre asuntos sociales enviasen á M. Emile Durkheim ejemplares de los mismos, para que de ellos pudiera darse cuenta en el *Año sociológico*, prestarían un buen servicio á la cultura patria, y en nada se perjudicarían á sí propios: todo lo contrario.

Anuario de por sí. Prescindimos de la primera, *sección de Sociología general*, porque más arriba hemos dado cuenta de los diversos trabajos que comprende. La *sección de Sociología religiosa* puede, en rigor, considerarse iniciada con las dos monografías ya citadas sobre la *Definición de los fenómenos religiosos*, del Sr. Durkheim, y sobre la *Naturaleza y la función del sacrificio*, de los Sres. Hubert y Mause. El estudio del profesor Durkheim plantea el problema primero que una Sociología positiva de las religiones como fenómenos humanos debe plantear: á saber la *Definición de los hechos religiosos*. Después de una profunda investigación, Durkheim dice que «los fenómenos llamados religiosos consisten en creencias obligatorias, conexas con prácticas definidas que se refieren á objetos dados en esas creencias» (1), y llamamos además subsidiariamente fenómenos religiosos «las creencias y las prácticas facultativas que se refieren á objetos similares ó asimilados á las precedentes» (2). El trabajo de los Sres. Hubert y Mauss, eruditísimo, recoge todos los antecedentes de la cuestión, y formula y considera los varios problemas que ésta comprende. La brevedad con que tenemos que hacer este resumen no nos permite copiar las diferentes conclusiones interesantísimas á que los autores llegan, y las cuales forman un verdadero sistema de alcance á la vez histórico y general. Los señores Hubert y Mauss parten en sus investigaciones de los profundos trabajos de los Tylor, Robertson, Smith y Frazer, ampliando muchísimo el círculo de sus consideraciones por virtud del análisis de nuevos hechos. La idea de la función y significado del sacrificio es fundamentalmente sociológica. «Como la sociedad está formada no sólo por hombres, sino por cosas y sucesos, presto se entrevé cómo el sacrificio puede seguir y reproducir á la vez el ritmo de la vida humana y el de la naturaleza. Por lo demás, ha podido verse de qué manera creencias y prácticas so-

(1) *L'Année*, pág. 22.
(2) *L'Année*, pág. 28.

ciales, que no son religiosas propiamente, se encuentran en relación con el sacrificio. Sucesivamente se ha determinado como contrato, rescate, pena, dón, abnegación, en las ideas relativas al alma y á la inmortalidad, que aún son la base de la moral común. Con lo cual se advierte la importancia que para la Sociología tiene la noción del sacrificio» (1).

La sección crítica y bibliográfica de *Sociología religiosa* contiene las obras y artículos de que se da cuenta, agrupadas en nueve divisiones (análogamente al *Año* precedente) en esta forma: 1.° Tratados generales y método (redactados los análisis bibliográficos por el Sr. Mauss); dos obras principales se examinan aquí: una especie de *introducción á la ciencia de la religión,* por C. P. Tiele, libro de un carácter esencialmente filosófico, y *The evolution of the idea of God,* de Grant-Allen, cuyo objeto es armonizar la doctrina de Frazer con la Sociología de Spencer, á fin de referirlo todo á una explicación del cristianismo. 2.° Religiones primitivas en general (redactados los análisis también por el Sr. Mauss): la bibliografía de este grupo es bastante numerosa; pero quizá los trabajos más dignos de atención son el libro de Daniel G. Brinton sobre *Religions of primitive peoples,* el cual, según Mauss, puede estimarse como «uno de los mejores estudios de conjunto que tenemos acerca de las religiones de los pueblos primitivos, tal cual el autor las define», y la monografía interesantísima de J. G. Frazer sobre el *Totemismo* (edición francesa): naturalmente, el libro de Frazer no se ha publicado ahora, es ya clásico en la materia: el *Año* habla de él con ocasión de su traducción francesa. Del *Totemismo,* que Smith pone como base de la organización familiar árabe, que Lang conceptúa como el principio de la mitología, habla también L. Marillier en unos artículos de la *Revue de l'histoire des religions (La place du Totémisme dans l'evolution religieuse)* y que en el *Año* se analizan. Importan, además, algunos otros estudios de Seidel,

(1) *L'Année,* pág. 138.

Young, etc. 3.° Magia, brujería y supersticiones populares (redactados los extractos por los Sres. Mauss y Hubert): analízanse en este grupo, entre otros, los trabajos de King, Sehmann, etc. 4.° Creencias y ritos relativos á los muertos (redactados los extractos por los mismos escritores citados): figuran aquí libros tan importantes como el muy elogiado en su anterior edición de Erwin Rode, *Psyche;* J. M. de Groot, *The religions system of China*, «uno de los trabajos más notables que la ciencia de las religiones puede registrar desde hace largos años». 5.° Cultos en general, y más especialmente los agrarios (obra, los extractos, de los mismos autores citados y del señor Durkheim): contiene críticas é indicaciones de varios libros y artículos, entre los cuales figura el trabajo de J. C. Frazer, *Causanias's description of Green* (traducción y comentario), seis volúmenes. 6.° Mitos, leyendas, creencias populares (los extractos, de los citados Mauss y Hubert): es esta la división de la sociología religiosa que más trabajos comprende, figurando en ella obras de la importancia de las de Max Muller, *Nouvelles études de Mythologie;* Lang, *Modern Mythologie* (estudio principalmente polémico); Gruppe, *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte* (parte de un trabajo más amplio, y cuya sistematización aún no se ha hecho); L. Pineau, *Les view chants populaires scandinaves* (estudio de folk-lore), y otros muchos que la falta de espacio impide señalar. 7.° El ritual (redactan los extractos los mismos escritores citados): refiérese á obras de M. Jastrow, Coblentz, Magani, etc. 8.° Las instituciones monacales y ascéticas, con extractos y noticias de los trabajos de Zoeekler, Preuschen, Traube, etc. Y 9.° Estudios diversos sobre las grandes religiones (redactados los extractos y críticas por los Sres. Mauss, Levy y Hubert): se da cuenta en este grupo de los trabajos de A. Bertrand sobre la religión de los galos; de Wellhausen, sobre los israelitas; de Smythe Palmar, acerca del influjo de Babilonia sobre la Biblia y las creencias populares, etc., etc.

La sección siguiente titúlase de *Sociología jurídica y mo-*

ral. Se divide en diez grupos, de la manera que vamos á indicar: 1.°, *Generalidades*, por el Sr. Lapie, en donde se examinan trabajos de filosofía del derecho como los de Vaccaro. *Les bases sociologiques du droit et de l'Etat*, Fragapane. *Obbietto é limiti della filosofie del diritto*, y obras de Laviosa, Secretan, etcétera. Además se da cuenta de un folleto de A. Vierkand, muy interesante en verdad, sobre *las causas de la aparición de las costumbres nuevas*, y en el cual hay indicaciones que estimo muy sugestivas acerca del modo de investigar *la realidad social*, diferente según se trate ó no de la cuestión de orígenes. Por último, se habla de una nueva edición del libro de L. Gumplowich, traducido al español y mejorado notablemente por el Sr. Dorado, *Derecho político filosófico*. 2.°, *Las costumbres según el medio*, por el Sr. Durkheim: comprende extractos de dos libros muy notables de Meyer, *Deutsche Volks-Kunde y Hagelstande*, *La vida de los campesinos en la Alemania meridional en la Edad Media*. 3.°, Moralidad sexual. *La mujer*, por el mismo Sr. Durkheim; dáse cuenta de una obra muy documentada de W. Prudeck sobre la *Historia de la moralidad pública en Alemania*, anotando además otros varios trabajos. 4.°, *La familia*, por el mismo autor: dada la gran importancia filosófica é histórica de este asunto, nada tiene de extraño el buen número de estudios de que da cuenta el profesor Durkheim; figuran, entre ellos, el trabajo de H. Cunow sobre las *Bases económicas del Matriarcado*, ó sea una explicación de esta institución por el principio general del materialismo económico; el de Max Kovalewski acerca de *La organización del clan en el Daghestan;* el de Ciszewski, relativo al *Parentesco artificial entre los eslavos del Sur*, y otros de gran interés de Smirnov, Marçais, Lefas, Cornil, Thomas, etc., etc. 5.°, *El matrimonio*, también por el Sr. Durkheim; se analizan varios trabajos de Hutchinson, *Costumbres nupciales en los diferentes países;* Loebel, *Usos nupciales en Turquía*, etc. 6.°, *El derecho de propiedad*, por los Sres. Levy y Durkheim: deben señalarse los *Orígenes del feudalismo*, de Battaglia; la *Propie-*

dad social, de Garelli, y la *Civilización primitiva*, de Simeón. 7.°, *El derecho penal*, por los Sres. Fauconnet y Durkheim: figuran en este grupo bastantes obras, unas de carácter histórico, como los libros de Gismaro sobre *El derecho penal en el Hamasen* y *el Código Fethâ Neghest*, y otras; y otras de índole filosófica, como por ejemplo el trabajo de R. Saleilles sobre *L'individualisation de le peine*. 8.°, *La responsabilidad*, por el Sr. Fauconnet: en este grupo se comprenden estudios sobre *a) La responsabilidad penal*; A. Hamon, *Determinisme et responsabilité*, y *b) La responsabilidad civil*, J. Girard; *Manuel elementaire de droit romain;* Ch. Muteau, *De le responsabilité civile;* Saleilles, *Les accidents de travail et la responsabilité civile*. Son interesantes, muy especialmente, las consideraciones hechas por el Sr. Fauconner acerca del carácter de la responsabilidad civil, y con ocasión de analizar el libro citado de R. Saleilles. 9.°, *Organización social y política*, por los señores Mauss, Lapie y Durkheim: examínanse libros de R. Fick, *Organización social en la India;* R. de la Grasserie, *L'Etat federatif*, etc.; y 10, *Varios*, por los Sres. Lapie y Durkheim: se extractan libros y estudios de Letorneau y Steinmetz.

Refiérese la *sección cuarta* á la *Sociología criminal*, y toda ella es obra del eminente sociólogo y criminalista G. Richard. Sin duda es esta sección una de las que ofrecen un carácter más sistemático y orgánico, resultado, de un lado del concepto que el Sr. Richard expone de la sociología criminal y de otro de la distribución que el mismo hace de las materias analizadas: el Sr. Richard, que con tanto cuidado sigue el movimiento científico de la criminología, bajo el epígrafe de *Sociología criminal y estadística moral*, comienza por examinar la cuestión del método, con ocasión del folleto del gran estadístico italiano Bosco (*La estadística civil y penal y la reunión del Instituto internacional de estadística de San Petersburgo*); luego analiza trabajos referentes á la *formación del criminal y á la criminalidad infantil*; L. Albanel, *Etude statistique sur les enfants traduits en justice*; H. Heim, *Conscritos y veteranos del crimen*

después extracta y critica varios estudios sobre el *determinismo económico y la criminalidad*; (v. gr.; P. Hirsch, *El crimen y la prostitución*; Nicéforo, *La delinquenza en Sardegna*); y á continuación, analiza unos cuantos estudios sobre *las formas diversas y los diversos factores de la criminalidad*; (verbi gracia; Dupuy, *Prostitución en la antigüedad*; Melignon, *Suicidio en China*; Berad, *La Anarquía*; etc.). Bajo el epígrafe general de *Psiquiatria y antropología criminal*, resume el señor Richard trabajos de Ottolenghi y Rossi, Gross, etc. etc. Por último, expone, bajo el título de *Varios*, estudios de E. Ferri y Perrier.

Comprende la *sección quinta* del *Año sociológico* los trabajos (muy numerosos y variados) sobre *Sociología económica*: está toda ella compuesta y escrita por el Sr. Simiand, teniendo, como la anterior, un corte sistemático su distribución. La sección de *Sociología económica* se halla dividida en cuatro grandes capítulos: el primero titúlase *Concepción de la ciencia económica*, y abarca trabajos sobre economía general y teórica, de Buecher, Schmoller, Cawes, Spencer, etc.; el segundo titúlase *Economía de los pueblos primitivos*, y contiene estudios de Boecher, Schurtz, y otros; el tercero lleva por epígrafe general *Antigüedad clásica* y *Edad Media occidental*, y comprende bajo títulos varios un gran número de trabajos; el cuarto, titulado *Economía moderna y occidental*, contiene el examen de estudios sobre *régimen económico, clases sociales, materiales* etc.; *legislación social, doctrinas socialistas* etc.

Como ya he indicado, la *sección sexta*, destinada á *Morfología social* (y escrita por el Sr. Durkheim), es una novedad del *Año* que examinamos. Pero, ¿qué entiende el profesor Durkheim por morfología social? Nos lo dice en el preliminar de esta sección. «La vida social, escribe, descansa en un substracto que está determinado tanto en su magnitud como en su forma. Lo que lo constituye, consiste en la masa de los individuos que componen la sociedad, la manera según la cual se hallan en el suelo, la naturaleza y la configuración de las

cosas de toda especie que afectan á las relaciones colectivas.» El substracto social cambia según la disposición de todo esto: densidad de población, su concentración en núcleos ó su dispersión territorial, etc., y esta disposición diferente influye sobre los fenómenos sociales... Ahora bien; los diversos problemas que el estudio de cuanto ese cambio de formas sociales supone, es lo que forma para el Sr. Durkheim el objeto de la *Morfología social*. La exposición de los trabajos en que el profesor Durkheim encuentra indicaciones aprovechables de esta nueva disciplina sociológica, se hace conteniendo aquellos bajo los siguientes epígrafes: 1.° *Morfología general*: hace aquí el autor citado un largo extracto de la obra de F. Ratzel (*Politische Geographie*): sabido es que Ratzel es uno de los grandes geógrafos modernos, que se esfuerza por dar á la Geografía política un carácter sólidamente científico, constituyéndola además como una verdadera ciencia social. 2.° *Masa y densidad social:* se extracta bajo este epígrafe la obra de Von Mayr: *Statisk und Gesellschaftslehre*. 3.° *Los grupos urbanos y su evolución*, con indicaciones sobre los trabajos de Rictschel, Kittegel, Meuriot, etc. etc.; y 4.° *Varios*.

La última sección comprende, bajo el epígrafe general de *Variedades*, algunos extractos de trabajos sobre *Ethología colectiva, Metodología estadística* y de *Antroposociología*, haciendo en este último análisis de los trabajos interesantísimos de G. Lapouge, Sergi, Ripley y otros.

VII

Procuraré, para terminar, hacer una brevísima indicación de las tendencias que parecen ofrecerse como más dominantes en los diversos estudios sociológicos que se registran en los *Anales* del Sr. Worms, y en el *Año* del profesor Durkheim. Prescindiendo de todo género de razonamientos, que, por ceñidos que fueran, me llevarían muy lejos, alargando más de lo

debido este artículo, creo que, considerando en conjunto el movimiento sociológico examinado, cabe hacer las afirmaciones siguientes:

1.ª Hay en los cultivadores de la Sociología una tendencia cada vez más acentuada á justificar científicamente, y de una manera altamente filosófica, la sustantividad doctrinal de la Sociología. Los trabajos de los Sres. Worms, Azcárate, Goblot, Ward, Stein y otros, son una prueba de lo que digo.

2.ª Consecuencia de esta tendencia misma son los ensayos indicados en su lugar oportuno, para construir sistemáticamente la Sociología. Véase, v. gr., los trabajos de Ratzenhofer, Stein, Ward y Azcárate.

3.ª Osérvase que cada vez se hace más flexible la indagación sociológica: en efecto, aun cuando los sociólogos en particular persistan en sus puntos de vista exclusivistas, la *materia* de la Sociología se presta á las aplicaciones eficaces de los métodos más diferentes y á las consideraciones filosóficas más diversas: bastaría para demostrar esto, comparar á Tarde con Durkheim, á Ward con Baldwin, á Azcárate con Stein, etcétera, etc.

4.ª Por más que, según se desprende de la afirmación anterior, todas las hipótesis sociológicas tienen sus representantes más ó menos animosos en el actual desarrollo de la ciencia, sin embargo, debe notarse que las tendencias que más dominan en la Sociología novísima son, de un lado, para explicar la naturaleza del fenómeno social, la tendencia psicológica, según puede verse en Tarde, Durkheim, Vincent, Baldwin y el mismo Schäfle en su edición nueva del *Bau und Leben des socialen Koerpers;* y de otro, atendiendo al género de problemas que más parece interesar á los sociólogos, la tendencia *ética:* basta, en efecto, para demostrar esta última indicación, recordar muchos de los temas de las monografías de los *Anales*, y lo nutridas que resultan en el *Año* las secciones de *Sociología religiosa, moral*, y *jurídica* y *criminal*.

5.ª Por último, ciertos estudios sociológicos de un carác-

ter particular á que en el artículo del *Año sociológico* anterior me refería: los relativos á la *sociogeografía* y *antroposociología*, persisten, como ha podido verse en la indicación hecha más arriba respecto de las obras y estudios de Ratzel y Lapouge.

ADOLFO POSADA.

HISTORIA DEL RELOJ

Consideraciones generales acerca de la importancia de este conocimiento.—Los astros fueron los primeros relojes que se usaron.—El reloj de sol.—El invento del reloj no es patrimonio de persona ni pueblo alguno.—Las *Clepsidras*.—El trofeo de Pompeyo.— Primer reloj verdaderamente tal. — Precioso regalo de un Califa á Carlo Magno. — Relojes hidráulicos.— El reloj de arena. — El brillo de las estrellas como reloj. —Primer reloj de ruedas. —Invención del reloj de bolsillo.—El reloj de Ticho Brahé.—Gran influencia del descubrimiento del péndulo en los progresos de la relojería.—Dedicatoria del holandés Huyghens al Rey Luis XIV.—El famoso Jacquemart de Dijón.—Otros relojes notables.— La relojería en Suiza.—El reloj de Newton. — Relojes célebres en España.—Artífices relojeros cuyos nombres han pasado á la Historia.—El reloj de Flora.— El reloj y la ciencia. — Cuerda de la vida humana.— Significación del reloj marcada por la poesía.

I

La historia del aparato que á cada instante nos dice lo que va transcurrido de nuestra existencia, y nos anuncia que se acorta el plazo fatal de su terminación, es una curiosidad que no puede menos de justificarla, no sólo la general cultura, sino el más elemental de los deseos que aspira á conocer el pasado de aquellos objetos que tenemos constantemente á nuestra vista, prestándonos interesante servicio, y siendo nuestro compañero inseparable, que unas veces nos consuela y anima, y otras es acusador inexorable de nuestra negligencia: el olvido.

No me propongo en modo alguno dar una explicación del arte de la relojería, sino únicamente hacer algunas breves

consideraciones acerca de su historia, que se relaciona en gran manera con los estudios científicos y se halla en muchos períodos identificada con ellos, por lo cual corresponde á la historia de la ciencia entender en este asunto, de un interés tan grande, que se hallan por igual comprendidos el tecnicismo científico y la general ilustración que á todas las clases importa.

Porque las indicaciones del reloj son tan necesarias, que constituyen la regulación de la vida, y por tanto, ha de haber brotado de una manera espontánea ese deseo natural de conocer el momento de la existencia en que nos hallamos, y se han de haber buscado indicaciones en cuantos objetos se hallaren en derredor, para investigar tan importante dato.

Medir el tiempo, es justipreciar la vida y señalar su marcha de un modo indefectible, lo mismo en los risueños y alegres días de nuestra juventud, en que aparecen plácidos y claros horizontes coloreados con los carmíneos matices y henchidos de ilusión, que en los tétricos momentos del ocaso de nuestra existencia, en que aquellas preciosas tintas se han tornado en negras y densas nubes, todo lo acusa el implacable reloj del tiempo; fiscal terrible, siempre pronto á formular acusaciones por las horas malgastadas que se han derrochado pródigamente, como precioso capital imposible de recuperar una vez perdido.

Puede decirse que el individuo, la familia, los pueblos y las naciones no existirían sin ese aparato empleado para medir el tiempo. Regula las acciones todas de nuestra vida, y sin su auxilio, el universo sería un caos espantoso en que la humanidad no hubiera podido salir de su infancia. Todo en la vida se halla, pues, supeditado al misterioso movimiento de esas saetas que giran con regularidad sobre una esfera, que caminan con una rapidez vertiginosa para el dichoso, y para el desventurado tienen una lentitud desconsoladora.

La humanidad, no hay que dudarlo, ha de considerar el reloj como su fiel guía y constante compañero, que lo mismo

le señala el instante de placer y de ventura, siempre fugaz y transitorio, que los momentos de dolor y de disgusto inacabables, y nos recuerda incesantemente con tristeza que va agotándose el capital de nuestra vida, muy semejante á la maquinaria que forma el reloj; pues los movimientos del péndulo se marcan también con fatal periodicidad en los latidos del corazón, como señal infalible de la existencia.

El reloj, en efecto, es el afectuoso compañero que rige nuestra vida. Joya artística de gran valor en ocasiones, pasa de padres á hijos con el afecto de un objeto querido que nos recuerda también el cariño de los que desaparecieron de nuestro lado y contaron sus oscilaciones y el girar de sus agujas que les sirvieron de norma, por lo cual es también á veces un cronista que cada uno de sus golpes lleva envuelto en pos de sí un mundo de recuerdos. Nada, pues, más propicio á la contemplación de la historia, que el pasado de un objeto tan indispensable en la vida social.

La salida y el ocaso del sol eran términos que servían en las primeras sociedades para la medida del tiempo, distinguiendo las horas del día por la altura del referido astro en el horizonte, y las de la noche por el sitio que ocupaban en el firmamento las diamantinas estrellas que con sus fulgores indicaban la proximidad ó alejamiento del instante en que había de aparecer el nuevo día, ó el período más ó menos avanzado de la noche. Fueron, pues, los astros, los primeros relojes de que se valió el hombre.

II

En el poético cielo de la India, en sus llanuras henchidas de flores iluminadas por un ardiente sol, pudo el pastor apreciar los cambios de estas flores que les sirvieron para la medida del tiempo. Después se utilizó indudablemente la sombra que proyectaban los cuerpos, colocando una aguja per-

pendicular sobre una superficie plana, que fue ya el primer reloj de sol que usaron los egipcios, satisfaciendo hasta cierto punto la necesidad imperiosa de la medida del tiempo, lo cual era indudablemente un progreso sobre el reloj que se fundaba únicamente en el desarrollo de las flores.

El invento del reloj no es patrimonio de persona, pueblo ni época determinada, pues á su descubrimiento han contribuído de consuno muchos pueblos, hombres y siglos de la historia.

Claro es que las observaciones solares y las fases de la luna habían de ser motivo que sirviera para utilizarlo en la medida del tiempo, y por eso hay que buscar en los caldeos, egipcios y babilonios, esos procedimientos de relojes solares más ó menos perfeccionados.

Un vaso lleno de agua, con un pequeño agujero en la parte inferior, constituía el primer reloj de que hace mención la Historia, conocido con el nombre de *clepsidra,* fundado en el principio de que en una vasija que contenga agua á constante altura, salen de ella iguales cantidades de líquido en tiempos iguales, y se podía medir el tiempo recogiendo y midiendo el volumen de agua que de la vasija salía en un intervalo determinado. Los griegos y romanos emplearon mucho tiempo este aparato, al que alude el gran Demóstenes en sus discursos, diciendo que se apoderan de su agua para indicar que le coartaban el tiempo de sus peroraciones.

Después se fueron modificando estas clepsidras, adaptándolas una esfera con agujas que se movían mediante un mecanismo especial consistente en un flotador que empujaba un hilo arrollado sobre el eje de una aguja, que producía un movimiento de rotación. Luego ya se introdujeron las ruedas dentadas de diferente diámetro para señalar las horas y los minutos. Cuando Pompeyo entró en Roma vencedor, se admiraba como glorioso trofeo de la victoria una preciosa clepsidra que arrebató á un rey de Asia.

Las clepsidras se usaban en el reinado de los Tolomeos,

principalmente en invierno, cuando el sol, oculto entre las nubes, impedía hacer uso de los cuadrantes solares, y también durante la noche, por la misma razón. La Academia Francesa, en 1725, propuso como tema de premio las leyes del movimiento de las clepsidras, y otorgó el galardón á Daniel Bernouilles, no sin hacer constar que aun cuando se había adjudicado el premio, no se resolvió la cuestión por completo.

El empleo de pesos para que giren las agujas de un cuadrante con el auxilio de ruedas dentadas, es ya una idea muy antigua, puesto que Aristóteles la emite; pero han tenido que transcurrir varios siglos para resolver el difícil problema de la regularización del movimiento. El primer reloj mecánico se atribuye á Gerbert, que vivió á fines del siglo X, pero no hay detalles respecto á su construcción, que se dice era una maravilla, y que llevó á cabo en Magdeburgo.

A principios del siglo IX, el califa Haroun-al-Raschid remitió á Carlo Magno, entre otros presentes de gran valor, un reloj de estaño con adornos de oro, que en el momento que pasaba la aguja por delante de una cifra, caían sobre un timbre un número de bolitas de hierro igual al de la hora. Abríanse entonces doce ventanitas, de las que salían doce caballeros armados, que después de ejecutar varias evoluciones se retiraban al interior, cerrándose tras ellos las ventanas.

Es célebre la clepsidra enviada á Carlo Magno por el citado califa Haroun-al-Raschid. Era de estaño y señalaba el tiempo por medio de caballeros que abrían y cerraban un número de puertas igual al de horas, que sonaban haciendo caer esferas en un timbre de oro. Se comprende la sorpresa que causaría esta maravilla en una época en que las artes, y sobre todo la mecánica, se hallaban en un estado grandísimo de atraso.

Pero en el siglo VI, ó sea doscientos años antes, Choririo de Gara describió un reloj singular que constituía la curiosimás notable del pueblo en que residía. En dicho reloj había varias águilas de estaño, colocadas en una misma línea, en número igual al de horas, y cada una de ellas llevaba en sus

garras una corona dispuesta á colocarla en la cabeza de Hércules. El sol daba la señal, revestido con insignias reales, llevando en la mano izquierda el globo celeste y extendiendo la derecha hacia las puertas cuando llegaba el momento, y entonces aparecía Hércules para recibir la recompensa de uno de sus doce trabajos, respondiendo por orden riguroso á cada una de las horas del día.

A Blane de Grenoble atribuyen algunos la invención de los relojes hidráulicos, cuyo mecanismo se mueve por la acción del agua, y á este tipo pertenecen los que hoy se llaman relojes silenciosos, que se aplican á las habitaciones de los enfermos, y cuyo mecanismo es muy sencillo, consiguiéndose evitar el ruido monótono, siempre molesto á las personas que por su estado se hallan forzosamente sujetas á quietud y constante permanencia en el lecho.

Merecen citarse como aparatos destinados en la antigüedad á medir el tiempo, el reloj de arena y el reloj de sol. El primero está formado de dos ampollitas de vidrio, de cuello muy estrecho y unidas entre sí por medio del indicado cuello. Una tiene arena finísima, y el tiempo que tarda en pasar á la otra ampolla sirve para medir el tiempo. En Egipto se empleó desde la antigüedad más remota: los romanos le usaron al propio tiempo que las clepsidras; en la Sorbona se usó hasta el siglo XVII, y en muchas Universidades ha estado en uso para medir la duración de los ejercicios académicos, como exámenes, grados, etc.

El reloj de arena se observa ya en un antiguo bajorrelieve que representa las bodas de Tetis y de Peleo, habiéndolo puesto los artistas en mano de Morfeo, como indicando que era el dueño de los favores que concedía en determinadas horas á los dioses del Olimpo.

En el reloj de sol se aprecia la medida del tiempo por la sombra que proyecta en un plano una varilla colocada perpendicularmente al mismo. Se atribuye su invención á los sabios griegos de la Escuela de Alejandría.

En el siglo X existía en muchos monasterios la costumbre de atenerse al canto del gallo para la celebración de los Oficios divinos, y esa era la señal precisa que servía de norma, sin tener otro medio de determinar el momento de cumplir tan sagrados deberes.

III

La intensidad de la luz solar y la proyección de las sombras durante el día, así como el brillo mayor ó menor de las estrellas por la noche, sirvió durante mucho tiempo en la antigüedad, como sirve hoy todavía á los campesinos, de procedimiento empírico para medir el tiempo, que la práctica consigue en algunos casos llegar á grandes exactitudes, pudiendo asegurar por estos medios vulgares en determinadas ocasiones la hora, con diferencias no muy grandes de las que señala un buen reloj.

Vemos, pues, que el empirismo ó la sencillez eran los únicos factores que se integraban para la resolución de tan interesante problema, marcando, por tanto, la infancia de las artes y los rudimentos de la ciencia, que no había realizado ninguno de los trabajos que más adelante iba llevando á cabo, si bien con bastante lentitud.

En 1370 pudo apreciarse en Francia, en la época de Carlos V, un reloj muy notable, construído por el artífice alemán Enrique de Vic, que acudió á palacio por orden del monarca, quien le señaló una retribución diaria de seis sueldos parisis, para que realizara su trabajo con toda calma y resultase con verdadera perfección. Dicho reloj, colocado en la torre de palacio, tenía por agente motor un gran peso, una pieza oscilatoria por regulador, y su escape. Pero todo esto era, sin embargo, muy rudimentario.

Los primeros relojes de rueda aparecieron en el año 760. El de balanza se atribuye al Papa Silvestre XI en 999, y los

de música aparecieron muy poco después de esta fecha. Los relojes portátiles datan de tiempo de Luis XI, y el reloj de Padua, debido al mecánico Douilis, llamado *horologuim,* se construyó en 1334.

La cuerda de cadena de acero se inventó por Gruel, relojero de Ginebra. El escape de cilindro es debido á Gramhan, y los péndulos y repeticiones al inglés Barlon, en 1776. El reloj de bolsillo parece ser que se debe á Pedro Bell, relojero en Nurenberg en 1500, y el de repetición se inventó por el inglés Barlow, en 1673.

Ya en el siglo XV se comenzaron á usar los relojes en astronomía, con lo cual se inició una era de verdadero progreso en esta difícil é importante ciencia. Pero hay que llegar á la décima sexta centuria, para considerar al astrónomo dinamarqués Ticho-Brahé, de universal renombre, que ya en 1569 poseía en su gran Observatorio de Oranienburgo un reloj que marcaba minutos y segundos, y que, por la categoría científica de su poseedor, ha pasado á la historia como dato de interés.

El descubrimiento del péndulo y sus leyes, fue, indudablemente, un gran paso, que influyó en el progreso de la construcción del reloj, regularizando su marcha merced á la igualdad de duración en sus oscilaciones, ó sea el *isocronismo,* dado á conocer por el genio de Galileo en 1582, mediante el hecho sencillísimo de las oscilaciones de una lámpara en la Catedral de Pisa, que á su privilegiado talento estaba reservado interpretar, aun cuando tuvo que transcurrir un siglo para que el holandés Huyghens pusiese en práctica las ideas de Galileo, aplicando el péndulo á la medida del tiempo.

El invento de Huyghens fue notable, porque reunió ya los dos elementos de la moderna relojería, que son: el muelle espiral y el péndulo, y son notables las frases con que dedicó á Luis XIV su reloj oscilatorio, al decir: «no perderé el tiempo, gran Rey, en deciros cuánta es su utilidad, porque mis *autómatas* introducidos en vuestras habitaciones os llaman á

diario la atención por la regularidad de sus indicaciones y las consecuencias progresivas que han de traer en la astronomía y navegación.»

La fuerza que produce una espiral de acero comprimida, mediante la elasticidad que se desarrolla, ocasiona el mismo efecto del peso motor, y permitió, desde el momento en que se descubrió esa acción, construir relojes de bolsillo y fácilmente transportables; pero aunque ya han indicado como probables los anteriores datos, no puede fijar bien la historia, de un modo indudable, la fecha en que esto tuvo lugar, ni el nombre del autor que construyera los primeros relojes de esta índole. De todos modos fue un paso progresivo en esta clase de construcciones, y es un verdadero adelanto mecánico.

IV

La mecánica, auxiliada por otras ciencias, ha ideado maravillas en la construcción de estos objetos, pudiendo decirse que se han ido marcando sucesivamente los progresos de esta parte de los conocimientos humanos en la variedad de relojes que las diversas fábricas han producido, hasta el punto de realizar portentos tales, que apenas puede concebirlos la imaginación, aun enmedio de los más soñadores caprichos.

En Europa, los italianos y los alemanes fueron los que primero se distinguieron en el arte de la relojería, y es precisamente en esos países donde se construyeron relojes que señalaban las horas con bastante exactitud, y eran entonces un verdadero prodigio de mecánica.

No puede hablarse de relojes célebres sin mencionar el famoso Jacquemart de Dijón. El origen de esta curiosa obra de arte está rodeada de gran obscuridad; se sabe, sin embargo, que perteneció primitivamente á la ciudad de Courtrais, de donde le quitó Felipe el Atrevido, Duque de Borgoña, para

castigar á sus habitantes el no haber dado á Carlos VI las espuelas doradas de los caballeros franceses muertos en 1312.

El Jacquemart consiste en dos hombres de hierro colocados bajo el campanario y que golpean las horas sobre la campana con un martillo.

En el siglo XIV se admiraba en Lund en (Suecia) un reloj tan artísticamente combinado, que cuando sonaban las horas se encontraban dos caballeros y se daban tantos golpes como horas habían de sonar; después se abría una puerta, y en el fondo aparecía un teatro, donde la Virgen María, sentada en un trono y teniendo en sus brazos al niño Jesús, recibía la visita de los magos, seguidos de una corte de caballeros: prosternábanse los Reyes y ofrecían sus presentes, sonaban dos trompetas durante la ceremonia, y después concluía todo este espectáculo de un modo brusco para comenzar de nuevo en la hora siguiente.

Más famoso todavía es el reloj astronómico de la capital de Strasburgo. Se construyó para reemplazar otro reloj astronómico que pasaba en el siglo XIV por la tercera de las siete maravillas de Alemania. Se halla en el interior de la iglesia, en el ala meridional. Comprende el cómputo eclesiástico en calendario perpetuo, con las fiestas movibles; un planetario según el sistema de Copérnico, que presenta las revoluciones medias trópicas de cada uno de los planetas visibles á simple vista, las fases de la luna, los eclipses de sol y luna, el tiempo aparente y el tiempo sideral; una esfera celeste que marca la precisión de los equinoccios, las ecuaciones solares y lunares para la reducción de los movimientos medios del sol y de la luna en tiempo y lugar verdaderos, etc. Las horas, sus divisiones, los días de la semana con los signos de los planetas que les corresponden, están marcados en el interior y en el exterior; además, un cuadrante interior, que no tiene menos de 9 metros de circunferencia, indica la letra dominical y el santo del día. Dos genios alados se hallan unidos á los dos lados del pequeño cuadrante por un autómata que representa

las edades de la vida. La Infancia da el primer cuarto, la Adolescencia el segundo, la Virilidad el tercero y la Vejez el cuarto. La Muerte, que se dispone á sonar en el último cuarto, se halla sobre un pedestal al lado de la Vejez, y es la encargada de sonar las horas; y en cada vez el segundo de los genios alados que se han dicho invierte un reloj de arena que sale en una hora. Al medio día, cuando suenan las doce, sale una procesión de doce apóstoles que, inclinándose reverentemente, saludan á Cristo, el cual, colocado sobre un pedestal, extiende sobre ellos las manos en actitud de bendecirles. Al mismo tiempo un pájaro, colocado á la vuelta, agita sus alas y deja oir tres veces el canto de victoria. Diversos carros con figuritas salen alternativamente de un grupo de nubes, é indican los días de la semana. Este magnífico reloj se restauró, ó más bien se rehizo, en 1842.

La repetición se inventó en el siglo XVII por el relojero de Londres, Barlow, según se ha dicho. En este siglo, Lebón, Pero Leroy, Gaudron, Enderlin, en Francia, y Graham y Harrison, en Inglaterra, se hicieron célebres por la construcción de notables relojes en ejecución y combinación, así como por la publicación de obras de relojería. Después vinieron Lepin, Berthoud, Breguet y Robert. Por entonces es cuando empezó Suiza á descollar en esta industria, que cada día fue en progresivo desarrollo.

El reloj de la torre del Palacio de Justicia en París es también una curiosidad histórica, del mismo modo que el de Versalles, instalado en tiempo de Luis XIV, constituye una maravilla mecánica, y ambos se citan como verdaderas curiosidades que merecen ser conocidas y apreciadas por los visitantes como recuerdos que forman ya una leyenda en los sitios indicados.

El sabio Newton construyó en sus juveniles años un reloj de sol que todavía se enseña en Woolstrop como recuerdo glorioso del grande hombre, colocado en la pared de la casa que habitaba, cercano al jardín, y el viajero contempla con respe-

to la huella de la juventud de uno de los grandes genios de la humanidad, cada día más venerada á medida que transcurre el tiempo, y considerada cual monumento científico que á toda hora consigna los primeros pasos de la vida de un privilegiado cerebro.

En España hay no pocos relojes que tienen verdadera celebridad histórica y pueden citarse como ejemplos que recuerdan hechos interesantes ó que son á su vez notables por algún concepto. No es posible hacer una enumeración general, bastando indicar alguno entre los muchos de que se tiene noticia.

Muy conocido en Madrid es el reloj existente en la torre del Convento de monjas de San Plácido, hoy parroquia de Covadonga, en la calle del Pez, con fachadas á las de San Roque y la Madera, que el Rey Felipe IV, en el siglo XVII, mandó colocar en dicho sitio, y que el tañido de su campana recuerda el toque de difuntos, cuyo reloj se colocó como recuerdo de cierta aventura galante del Rey con una religiosa, con cuyo motivo formó la Inquisición un proceso que llegó hasta Roma, y de cuyo asunto se ha apoderado la fantasía poética de algunos escritores, que lo han llevado al teatro y á la novela.

También tiene gran celebridad el reloj existente en la catedral de Burgos, grandioso monumento que recuerda la España de la Edad Media, en cuyo reloj hay una figura que, al sonar las horas, abre desmesuradamente la boca, y por cuyo motivo se llama Papa-Moscas, y es uno de los objetos que se citan al hablar de la antigua cabeza de Castilla, mencionado por el ilustre Bretón de los Herreros en una de sus célebres comedias, designada con el calificativo de *Una noche en Burgos.*

No están conformes los autores respecto á cuál fue el primer reloj de torre que hubo en España, pues Capmañy dice que en 1396 se colocó uno en Barcelona, y Mariana asegura que en 1396 se puso en la célebre Giralda de Sevilla. Lo que sí se sabe es que eran de gran tamaño.

V

Se citan los relojes de muchos personajes cual objetos dignos de veneración y de verdadero valor histórico, porque indican también algún dato respecto á la época en que vivieron sus primeros poseedores, pues la forma de construcción ha cambiado algún tanto con relación al tiempo en que se consideran, así como también la elegancia, los adornos, los detalles artísticos de que estaban provistos, han experimentado multitud de cambios en los diversos períodos en que pueden considerarse.

El gran Carlos I tenía pasión por los relojes, y poseía en Yuste rica y variadísima colección. La gran figura histórica de este monarca, que con su nombre llenó el mundo, ha dado interés á esta regia afición, que inspiró al ilustre Campoamor una de sus bellas doloras, cuando dice:

> Y entrando un día:—¿Qué tal?
> le preguntó el confesor.
> Y el relojero imperial
> dijo:—Yo ando bien, señor,
> pero mis relojes mal.

El Emperador, en el Monasterio de Yuste, se consagró, pues, á la construcción de relojes, donde le acompañó el gran mecánico Giovanni Torniano. Disgustado el augusto monarca de la discordancia de sus relojes, puso empeño en corregirla, aun cuando no lo consiguió.

Y así como han adquirido celebridad los poseedores de relojes, han conquistado gran renombre algunos artífices de estos objetos. Breguet alcanzó con justicia una fama universal. Suizo, pues nació en Neuchatel el 10 de Enero de 1747, murió en París el 17 de Septiembre de 1823, aprendiendo en Versalles el arte en que tanto brillo alcanzó, no sin experimentar grandes contrariedades y sin tener que luchar á brazo

partido con la suerte. De las obras é inventos que realizó, ninguno de más mérito que su contador astronómico, con el que se aprecian á la simple vista centésimas de segundo, al cual seguía el del cronómetro portátil para los marinos, todo lo cual le valió que le abriera sus puertas el Instituto de Francia, aun cuando también experimentó en las cumbres de la fama las amarguras que le produjo la envidia de sus émulos.

Los nombres de Berthond, Breguet, Hourriete de Locle, Pedro Leroy y en nuestros días el español Losada, deben figurar como ilustres personalidades en el arte de la relojería, dignas de que la fama las perpetúe y de que la historia las consigne en letras de oro, por haber impreso á sus obras el sello progresivo de sus admirables adelantos. No pueden pasar en silencio unas personalidades que han alcanzado tan ventajosa notoriedad universal.

Hay algunas flores que abren sus pétalos en determinadas horas, para lo cual los fenómenos atmosféricos tienen marcada influencia. Linneo, que estudió estos fenómenos con gran cuidado, dió el significativo nombre de reloj de flora á este conjunto de datos, que han tenido importancia en botánica y que sólo cito á título de curiosidad, por más que no haya tenido más aplicación que para el conocimiento detallado de las propiedades de algunas plantas.

También suele denominar el vulgo relojes á unos geranios que la ciencia conoce con el nombre de *Geranium molle*, porque se produce una curvatura periódica ó enroscamiento en sus pedúnculos, que va siguiendo con alguna regularidad las horas cuando se fijan sobre un objeto, y ese carácter ha justificado el nombre vulgar que lleva. Pero únicamente citamos este vegetal incidentalmente, por llevar el referido nombre vulgar, sin que tenga en la historia del reloj un lugar determinado.

La ciencia se halla identificada con el reloj, de tal suerte que sus progresos se han apoyado en multitud de casos en las

indicaciones de este aparato; por lo tanto, la historia científica, lo mismo que la historia literaria, habrá que buscarla en lo que marcan las esferas de los horarios, al referir el tiempo que han de durar las operaciones químicas, para obtener perfectos resultados; la mayor ó menor rapidez del pulso en la marcha de las enfermedades; la duración de los ejercicios en exámenes ú oposiciones, ó el tiempo que un orador ha de invertir, ya sea en una Cámara legislativa, en una Academia ó en un Tribunal sentenciador. Es, en todos casos, el reloj quien ordena y señala de una manera fatal los plazos indicadores.

Los latidos de nuestro corazón, son, en efecto, un reloj que marca nuestra existencia, y su marcha constituye la regularidad de nuestro ser, que empieza á regir con el primer suspiro y termina con el postrer aliento. La velocidad de esos latidos, comparada con la que indica la aguja de segundos, sirve de norma para revelar si nuestra salud se altera ó permanece normal, y, por tanto, es nuestro ser un reloj que no admite paradas, y que al órgano encargado de señalar los movimientos vitales, se le exige despóticamente que trabaje sin descansar en lo más mínimo, desde que vemos la primera luz, hasta que termina nuestra vida.

La frase vulgar y conocidísima de que «el hombre es un reloj que tiene cuerda para setenta años», indica claramente que se ha condensado en pocas palabras un pensamiento que es la expresión de una idea de semejanza que surge de un modo espontáneo al comparar la vida con un reloj.

Puede, por fin, sintetizarse la significación del reloj en los siguientes versos de Zorrilla:

«¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia, ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared;
Ver en números escrito,
De nuestro orgulloso sér,
La miseria..... el polvo..... nada,

Lo que será nuestro *fue*.
Es triste oir de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados pies
De la muerte, que viniera
Nuestra existencia á romper.»

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

APUNTES PARA UN ESTUDIO

SOBRE LAS CATEDRALES ESPAÑOLAS

I

Si la Arquitectura fue siempre la más fiel representación de cada época en sus costumbres, usos y religiones, la Catedral es, en el arte cristiano, la *Arquitectura* por antonomasia. Ella compendia por sí sola cuanto producía la inteligencia, cuanto necesitaban las costumbres para su manifestación externa, cuanto bastaba á llenar el corazón de las edades medias. Hacer la historia de ciertas catedrales es relatar la vida de la ciudad que la erigió, biografiar á los hombres notables que en ella florecieron y reseñar las costumbres del pueblo que á su alrededor habitaba. Estudiad cuanto se ha escrito sobre las artes de la Edad Media, y veréis siempre relegado á secundario término, si bien importante, cuanto á la arquitectura civil atañe, dominando por completo la historia del arte religioso, y, dentro de éste, la de los templos episcopales.

Nacida la sociedad cristiana bajo el dominio casi absoluto del elemento eclesiástico, *la cathedra* ó silla del Obispo, el trono episcopal colocado en una iglesia como el asiento del Juez en la antigua Basílica, simboliza el doble carácter civil y religioso que desde el principio tuvo la Catedral, verdadero lazo de unión entre la Basílica pagana y la iglesia cristiana.

Pero hasta el siglo XII, la sociedad, sometida á poder feudal en su doble aspecto monástico y civil, vejetó oprimida bajo el duro yugo del monje que abatía los vuelos de su inteligencia comprimiéndola en formas herá ticas y obligándola á seguir determinados senderos, ó sujeta al poder feudal, que tiranizaba su cuerpo y sus acciones, poniendo á sus derechos frenos y valladares que no reconocían otro origen que su capricho, su codicia y su orgullo. Al finalizar la duodécima centuria, por causas muy complejas y varias, y porque así estaba dispuesto en la marcha de la humanidad, el poder real cobró más importancia, el episcopal sintióse más vigoroso, el pueblo adquirió la fuerza de su conciencia, y el aspecto de la sociedad varió por completo. Un notable autor, el insigne Viollet-le-Duc (1), afirma que en tal cambio se funda la importancia que en esta época toma la construcción de las catedrales. Pequeñas cuando el poder feudal lo absorbía todo, se engrandecen al adquirir su importancia el elemento popular, que pone en su construcción toda su inteligencia y sus energías todas, en la exaltación de su protesta contra los lazos que hasta entonces la oprimieran. Son las grandes catedrales la expresión pétrea de esta protesta: un edificio *idea* erigido enfrente del castillo feudal. Tal es, en síntesis, la opinión de tan insigne autor.

Séame permitido hacer algunas observaciones á lo anteriormente expuesto, en cuanto á nuestra patria se refiere. Faltos casi por completo de libros que traten los puntos generales de Arte con la necesaria extensión y competencia; reducidas nuestras obras arqueológicas á interesantísimas pero breves monografías, solemos inspirar nuestra crítica y nuestros estudios artísticos en tratados extranjeros, aplicando fechas y sucesos de otros países á nuestros monumentos. No es, por lo tanto, ocioso advertir que las notabilísimas obser-

(1) *Dictionaire raisonné de l'Architecture française.*—T. II.—*Cathedrale.*

vaciones del insigne restaurador de Nuestra Señora de París, escritas en una historia del Arte francés, no tienen exacta aplicación en nuestra patria. Márcanse las épocas de la humanidad por caracteres generales á todos los países, por acordadas tendencias y por ideas similares. Pero esta uniformidad no excluye los distintos matices, dentro del mismo tono, según las condiciones particulares en que su desarrollo se presenta. Común era á toda Europa el régimen feudal, y sin embargo, bien diferente el semisalvaje feudalismo sajón del férreo dominio del barón alemán ó del señor francés y del blando yugo de los nobles españoles. Nunca alcanzaron éstos—dice un notable historiador (1)—la independencia y el poder que obtuvo la nobleza en Alemania, Francia é Inglaterra, ni se conoció aquí la organización jerárquica del feudalismo. A pesar—añade—de los derechos dominicales y jurisdiccionales que los reyes de León y Castilla otorgaban á los nobles, Obispos y Abades, y de que éstos tenían sus vasallos privativos, nunca los monarcas se desprendieron de la suprema autoridad sobre todos sus súbditos, y conservaron el derecho inalterable de apoderarse, en caso necesario, de los castillos y fortalezas de los señores. La guerra continua con los árabes obligaba á los cristianos españoles á agruparse en derredor de un poder central, y los señores tampoco podían vivir mucho tiempo encastillados como los barones feudales, ni el desarrollo del régimen municipal les permitía abrogarse la soberanía que en otros países. La necesidad de repoblar las villas y ciudades que arrancadas á los moros pasaban á ser muralla y valladar contra las invasiones enemigas, los privilegios que los monarcas concedían á los que se prestaban á repoblar estas ciudades, y por ende las franquicias que los señores se veían obligados á otorgar á sus siervos, temerosos de que abandonasen sus tierras y Estados para acogerse á las ventajas que les concedían las cartas-pueblas, y el apoyo mutuo y roce

(1) Lafuente: *Historia de España.*

continuo de señores y vasallos á que les sujetaba un común enemigo, constante en la brecha, anularon por completo el feudalismo en nuestro suelo. Pruébalo el estudio de los Fueros de León y Castilla, Navarra y Aragón, que precedieron en tiempo y excedieron en cantidad á cuanto se legisló en Europa sobre derechos, franquicias y libertades comunales; afírmanlo acuerdos como los del Concilio de León de 1020, y lo testifican disposiciones en que se concede á los *caballeros* y *cibdadanos* el derecho de concurrir á las Cortes, consignado en las de Burgos de 1169, y á los pueblos la facultad de elegir señor, que consta en el Fuero de Molina de 1152; franquicias que no pueden concebirse en un pueblo que no llevase largos años de existir con independencia del estrecho régimen feudal, y que denotan la infiltración constante en las costumbres del sentimiento comunal.

Pues si con la autoridad de tan irrebatibles argumentos podemos afirmar que en España no existió nunca el tiránico yugo feudal en su verdadera acepción, mal podremos aplicar á la fundación de nuestras catedrales el origen que el insigne arquitecto francés atribuye á las del Dominio Real y la Champagna. Más exacto, y al par más dulce y consolador, es reconocer á las nuestras un origen puramente religioso y social: la exaltación de la fe y el desenvolvimiento de los medios intelectuales y materiales que hicieron encontrar mezquinas y ahogadas las románicas iglesias, juntándose como factores principalísimos al impulso hacia el nuevo arte que por transformaciones sucesivas se había extendido por Francia. Permítaseme, pues, afirmar que á estos móviles es debida la creación de nuestras grandes catedrales, verdaderos *libros de piedra* donde una pléyade de artistas se concentraba alrededor de un sublime ideal, derramando á manos llenas su inspiración, su entusiasmo y su poder, y legándonos esos monumentos, escuelas perennes donde el alma aprende á sentir y la inteligencia á crear.

II

Cuatro períodos pueden señalarse en la historia de las catedrales españolas. Comprende el primero el final de aquellos azarosos tiempos en que los descendientes de Pelayo y Sancho Abarca, tras dos siglos de tenaz lucha contra los árabes, apenas tuvieron alientos sino para elevar las toscas y primitivas iglesias de San Miguel de Lino, Santa Cristina de Lena y otras similares. Mas seguros ya en la posesión de buena parte de la Península, construyen los primeros templos que pueden ostentar el dictado de catedrales. Abarca este período las centurias XI y XII, que levantaron varias iglesias episcopales, entre las que descuellan por su capital importancia en el arte nacional las catedrales de Santiago y la vieja de Salamanca.

Márcase el principio del segundo período con el prodigioso paso de gigante que señala la fundación de la iglesia leonesa, que con las de Burgos y Toledo, las tres monumentales creaciones de los siglos XIII y XIV, señala el apogeo de la arquitectura ojival, cerrado con el inconcluso y colosal templo de Sevilla.

Abrese el tercer período en plena lucha del estilo gótico con el pagano Renacimiento; pero firme todavía el primero, da forma á las nuevas catedrales de Salamanca y Segovia, si bien su visible decadencia deja palpables huellas en ambos templos, fundados en el último tercio del siglo XV y el primero del XVI.

Dominado por el estilo del Renacimiento italiano, empieza Diego de Siloe en 1529 la catedral de Granada, abriendo el último período de los cuatro citados. En el mismo arte se elevaron también las de Málaga y Jaén, edificios los tres de planta y estructura ojival, y elementos y detalles del nuevo estilo.

Cuanto el arte religioso produjo en España con posterioridad á las obras de los Siloes y Valdelviras, no debe llamar

nuestra atención, embargada por las magníficas creaciones de los siglos XII al XVI, y no puede considerarse más que como un apéndice á los períodos citados, si interesante como documento en la historia del arte, secundario en absoluto en la del buen gusto.

Pasemos, pues, al estudio de los monumentos de la Edad Media, que, á despecho de los tiempos y de los hombres, han llegado á nosotros, así como la belleza inmaterial y las ideas del bien y la justicia atraviesan inmaculadas las revoluciones y los absurdos filosóficos de las edades.

III

En el obscuro período que cerró la catástrofe del Guadalete aparece nebulosamente esbozada la Catedral toledana, desconocido edificio de estilo ignorado, pero sin duda concebido en la bárbara degeneración del arte romano; templo que constituye la prehistoria de nuestras iglesias episcopales (1). Pasó por España el huracán de la invasión mahometana; surgió Pelayo entre los breñales asturianos, y allá, en la recién fundada Oviedo, levantó Alfonso el Casto, hacia el año 800, la primera Catedral de que se conserva alguna noticia; ruda edificación en la que Tioda ó Teudis dió forma, á la que puede considerarse como embrión de nuestras catedrales. Ningún vestigio queda de la traza y disposición de esta basílica, desaparecida en el siglo XIV; pero es presumible su tosquedad, producto de la pobreza de los tiempos y del temor de las irrupciones de los árabes. Pronunciemos, sin embargo, con veneración el nombre del godo Tioda, primer arquitecto cuyo

(1) Véase *Toledo Pintoresca*, por D. José Amador de los Ríos. Madrid, 1845, págs. 11, 12 y 279.

Véase también *Nociones fisionómico-históricas sobre la Arquitectura de España*, por D. M. de Assas. *Semanario Pintoresco*, 1857.

recuerdo nos ha conservado la historia de los siglos medios, é imaginémosle trazando con tosco carbón sobre pétrea lámina las groseras ideas que amplía en latín bárbaro á sus obreros, indoctos artífices de tan primitiva construcción (1).

Transcurrió más de un siglo, y dueños ya los cristianos de extenso territorio y tranquilos en su posesión, vieron surgir sobre las antiguas termas romanas legionenses la basílica de Ordoño II, más tarde reedificada y luego desaparecida. Los ilustres restauradores que en el presente siglo ha tenido esta Catedral han puesto al descubierto los incompletos cimientos de aquella antigua iglesia, intentando describirla, en lo que permiten los obscuros datos recogidos (2).

Por fin, como primer punto luminoso en estas tinieblas, aparece la majestuosa Catedral compostelana, que aunque mutilada y maltrecha, ha llegado á nosotros llena de grandeza, como primer peldaño de esa escala ascendente del arte románico en nuestro suelo, que termina en aquel notabilísimo fragmento, en la puerta del Palau de la Catedral de Valencia, brillante despedida de un arte que moría.

Pero antes de emprender la observación de las catedrales que de este período nos quedan, permítasenos hacer algunas consideraciones necesarias á nuestro objeto. Sabido es que el arte romano, degenerado al marchar hacia Oriente, engendró el *bizantino* bajo las influencias asiáticas, y al venir á Occidente, á través de las invasiones de los bárbaros, dió forma al estilo que llamóse *latino-bizantino,* y más tarde al *románico.* Dos tipos existen, pues, en la Arquitectura de la época, que salen del mismo tronco: Italia, donde, al amalgamarse ambos, se produce ese arte peculiar que admite de la basílica romana las naves y los ábsides, y de la iglesia bizantina, las cúpulas;

(1) Véase *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de Arquitectura empleados en España*, por D. José Caveda. Madrid, 1849, cap. IV.

(2) *Monografía de la Catedral de León*, por el Ilmo. Sr. D. Demetrio de los Ríos y Serrano, Arquitecto Director de sus obras de restauración. —Madrid, 1895.—Tomo I.

de aquélla las columnas y capiteles, de ésta los dorados mosaicos y las hieráticas pinturas.

En los países que, como el nuestro, se encuentran al Occidente de esta madre común, dominó casi por completo el tipo latino. Hay, sin embargo, cierto número de iglesias en las que se percibe la influencia bizantina, no en sus detalles (de secundaria importancia), sino en su verdadera característica, la cúpula. Este elemento constructivo transmitióse á España directamente ó por el camino que señalan Santa Sofía, de Constantinopla; San Marcos, de Venecia; Saint Froud, de Perigord, y la Catedral de Angulema.

Mezcla del arte latino que cubre las naves de sus iglesias con bóvedas de cañón seguido y de arista, y del bizantino que corona los compartimientos de sus plantas con cúpulas, elévanse en Francia las iglesias de San Esteban, de Nevers; Nuestra Señora del Puerto, en Clermond Ferrand, y en España la iglesia monacal de Ripoll, edificada en 1018; la de Santa Cruz de la Serós, en Huesca, del siglo XI igualmente; la benedictina de San Pedro de Camprodón (Gerona) y la de San Pablo del Campo, en Barcelona (1), y otras varias.

Más avanzados los tiempos, al mediar la duodécima centuria, cuando ya las bóvedas de crucería proporcionaban á la construcción soluciones que antes parecían inabordables, se levantan en España algunos templos que, como las catedrales de Salamanca y Zamora, y la Colegiata de Toro, elevan en sus cruceros esos pintorescos cimborrios en que aparece, por su construcción nervada, una mezcla de la cúpula bizantina y de la bóveda de crucería románica. Pero dicho elemento es característico de las iglesias de esta región; las restantes de tal época, cierran el encuentro de sus naves con crucerías, más ó menos ingeniosas, como la de San Millán, de Segovia; San Vicente, de Avila, y la de Santa María de las Huelgas, de

(1) Véanse las láminas de *Los monumentos arquitectónicos de España.*

Burgos, de plena transición, notabilísimas por todos estilos, pero apartadas completamente del tipo de la cúpula de Salamanca.

Otro elemento característico, en el que debe pararse la atención, es el de contrarresto del empuje de la nava alta. Abandonadas por los constructores del siglo XI las armaduras de madera en sus iglesias, apelan al cañón seguido, la bóveda más sencilla que habían heredado de los romanos. Para resistir el empuje de este cañón, empléase desde el citado siglo, en algunas iglesias francesas, el sistema de contrarresto por medios cañones, construídos sobre las bóvedas de las naves bajas; procedimiento racional como construcción, pero lleno de inconvenientes en cuanto á la manera de dar luces á las naves altas. Este sistema aparece empleado en las catedrales de Santiago, de Lugo y Tuy, y es el origen de los exentos arbotantes de la arquitectura ojival, pues lógico era oponer contrarrestos aislados á empujes que habían dejado de ser continuos.

Vemos, pues, esbozarse entre los monumentos españoles de los siglos XI y XII dos escuelas distintas, con caracteres comunes á la época, pero con sistemas diferentes. Constituye la primera escuela, que pudiéramos llamar *galaica,* las catedrales de Santiago, Lugo, Tuy y Orense, de admirable construcción, francamente latina en sus formas generales, con tres naves, cañón seguido en la mayor, y bóvedas de arista sin nervios en las bajas, contrarrestando el empuje de aquélla por medios cañones sobre éstas.

Forman la segunda, las iglesias que cubren sus naves con bóvedas por arista con ó sin nervios, según se originen de tiempos puros ó de transición, y cierran sus cruceros con sencillas cúpulas, cual las iglesias de Cataluña, Aragón y Navarra, ó con el intermedio de esas célebres linternas, cuyo apogeo marcan las catedrales hermanas de Salamanca y Zamora, y la Colegiata de Toro.

Percíbese la influencia normanda en las del Noroeste de

España, cuya ornamentación abarca toda la escala, apareciendo rudimentaria y salvaje, como en Sigena y Jaca, para alcanzar el mayor grado de finura y delicadeza en Lérida y Valencia, con marcado sabor bizantino, y extendiéndose varia y compleja, ya bizantina, ya latina, ya celta, en los templos de Salamanca, Segovia y Avila.

Pero dejando estas ya largas observaciones, dignas de más concienzudo estudio, enumerar emos las principales catedrales de este período.

La de Santiago fue fundada en 1078, en aquella época en que los Prelados compostelanos, en constante lucha con su pueblo, necesitaban elevar un edificio al par santuario y fortaleza. Parecía que el carácter del guerrero Apóstol inspiraba á aquellos belicosos Obispos, que, como el célebre Gelmírez, viéronse precisados más de una vez á hacerse fuertes en el templo del Señor contra sus ovejas, convertidas en fieros lobos. El maestro Bernardo proyectó este majestuoso templo de forma latina, de largas naves, con crucero y ábside que estuvo rodeado de capillas y con un pórtico ó *nartex,* bajo una disposición que recuerda la Basílica romana, y cuyo parentesco con las antiguas iglesias de San Sernín de Tolosa, y la de Conques en Francia, de la misma data, no es difícil encontrar. Dentro del tipo constructivo de la iglesia de Nuestra Señora de Clermond-Ferrand se caracteriza por el triforio, primero que aparece con su verdadera importancia en España, cuya abovedada techumbre sirve de lógico contrarresto al cañón de su nave mayor. Su actual crucero, elevado por el maestro Martís en 1384, no logra consolarnos de la falta de la cubierta que destinara para este sitio el maestro Raimundo, y que, de ser conocida, constituiría un dato inapreciable para el estudio de las escuelas de nuestro arte románico. Como joya estimabilísima de tal estilo ostenta el templo del Apóstol su célebre pórtico de la Gloria, creación del último tercio del siglo XII, donde el maestro Mateo desarrolló, con cuantas galas puede inspirar la fe á un artista, el más completo simbolismo de la Iglesia de

Cristo (1). Enterrado bajo las piedras que animó su cincel, su alma debe percibir constantemente la admiración que produce tan sublime obra.

No menos infeliz que otras esta Catedral, vió desfigurada su estructura primera con infinitos agregados y hoy verdadera construcción *enfundada,* si vale la palabra, dentro de otra, apenas deja entrever por algún intersticio de su moderno manto un interesante trozo de la primitiva forma que, cual la Puerta de las Platerías, nos hace deplorar las posteriores modificaciones.

Toda obra maestra deja en el mundo intelectual profunda huella, verdadera obsesión ejercida sobre el alma humana, cuya influencia se refleja en todas sus posteriores concepciones. Así la Catedral de Santiago y su pórtico de la Gloria *hicieron escuela;* y Lugo encargó en 1129 al mismo maestro Bernardo la erección de su Catedral, bajo análogas formas; y Tuy y Orense construyeron las suyas, esculpiéndose en la última el pórtico llamado «El Paraíso», inspirado directamente en la inmortal creación del maestro Mateo.

La Catedral vieja de Salamanca fue trazada hacia 1120. Ocupaba la episcopal silla salmantina D. Jerónimo Visquio, natural de Perigord, uno de los prelados franceses que Bernardo, Arzobispo de Toledo, hizo venir de su país, y que, después de la pérdida de Valencia, fue nombrado para aquel Obispado por el Conde D. Ramón y su mujer doña Urraca, los cuales habían fundado la Iglesia salmantina en los primeros años de la duodécima centuria. Dato importantísimo es el de la historia del prelado Visquio para explicar el parentesco que pueda tener la cúpula de la Catedral vieja de Salamanca con las célebres de Saint Frond, de Perigord (2), edificadas en

(1) *El Pórtico de la Gloria,* por D. Antonio López Ferreiro.—Santiago, 1893.

(2) Véase mi artículo «La antigua Iglesia de Gilos», publicado en *La Ilustración Española y Americana* del 22 de Enero de 1899.

los primeros años del siglo XII, si hemos de dar por buenos los argumentos de los arqueólogos franceses, que niegan en absoluto fecha anterior al notabilísimo templo bizantino (1).

Es nuestra Catedral el más completo tipo de las iglesias pertenecientes á la escuela que pudiéramos llamar *salmantina*. Gracias al desacostumbrado y feliz acuerdo que se tomó en 1513, al construir la nueva Catedral, de respetar la antigua (si bien inutilizándola en su izquierdo brazo) podemos admirarla casi íntegra. ¡Ojalá hubiese dominado el mismo criterio en todos los casos análogos, y hoy podríamos contemplar catedrales como las primitivas de Oviedo, León, Palencia, Pamplona y Barcelona, que tanta luz habían de arrojar en este obscuro camino de las investigaciones arqueológicas!

Éntrase comunmente á la vieja Catedral de Salamanca, atravesando la nueva, en la que Juan Gil de Ontañón dió tan patentas muestras de su pericia en el arte de construir. Y cuando, después de pasar bajo aquellas elevadísimas bóvedas de estrellada crucería, sostenidas por pilares semejantes á ligero haz de juncos, y que dan forma á aquel templo lleno de luz y animado con las armonías del culto cristiano, se traspone la puerta que comunica ambas basílicas, el violento contraste que ofrecen produce inefable impresión de recogimiento y misteriosa tranquilidad ante el abandonado recinto de

---

(1) Por todo extremo interesante es la polémica que sostienen en la actualidad los arqueólogos franceses, sobre la famosa iglesia de Saint Front, de Perigord. Merecen consignarse, como puntos extremos de la discusión, el parecer de Mr. Verneilh, que fija la fundación de aquel templo entre los años 984 y 1047, considerándole como hermano de San Marcos, de Venecia, y las opiniones de Mrs. Berthelé, Ramé y Brutails, que no admiten que sea anterior á 1120, afirmando el primero de estos arqueólogos, y con él Mr. Corroyer, que no hay en las cúpulas de Saint Front más que una imitación de las bizantinas, mientras Mr. Chois niega que exista parentesco de ninguna clase entre unas y otras, ni en la estructura y aparejo, ni en el trazado y forma exterior. (Véase *Revue de l'Art Chrétien.*—1895-1896).

aquella severa construcción, con aspecto al par guerrero y monacal, no turbada por el bullicio y esplendor de las ceremonias litúrgicas. Comparando ambas catedrales, dijérase que la una es el impenetrable santuario, vedado para los profanos á los misteriosos ritos, y ante cuya puerta queda detenida la muchedumbre, que, movible y bulliciosa, puebla las naves de la otra. Alegre y esbelta la moderna y severa y pesada la antigua, pudiera creerse que aparecían juntas en histórica panoplia la cincelada espada milanesa del siglo XVI y el tosco mandoble de la undécima centuria.

Consta de tres naves, crucero y triple ábside, y sus bóvedas, donde apunta la ojiva, son de crucería, con robusta nervatura. Dentro del tipo latino, por lo que se refiere á estos elementos, aparece en ella una influencia bizantina en la cubierta del crucero, donde, sobre pechinas, se eleva un cuerpo cilíndrico, circundado de arcadas, apoyo de una doble cúpula peraltada al exterior y construída al interior por un curiosísimo sistema de plementos curvilíneos sobre los recios nervios. Esta originalísima cubierta, sin semejante en ningún país, según confiesa el célebre arquitecto inglés Street (1), es, á mi modo de ver, una amalgama de la cúpula oriental y de las crucerías del último período románico. Como construcción, aparece aquí contrarrestado su empuje, no por nichos como en Santa Sofía ó San Vital, de Rávena, ó por medios cañones como en Nuestra Señora del Puerto, de Clermond-Ferrand, ó por enormes machos como en Saint Front; sino por cuatro torrecillas cilíndricas, aplomadas sobre los vértices del cuadrado de la planta, y que con sus redondas masas y su gravitación oponen fuerte resistencia á los empujes de la cúpula. Respecto á la decoración, es verdaderamente arquitectónica, no buscada por mosaicos ó pinturas como en las desnudas bóvedas bizantinas, sino por las líneas de sus arcaturas y de sus nervios al interior, y por el sabio sistema de contrarresto y su

(1) *Some account of Gothic Architecture in Spain.*—London, 1865.

útil y lógico escamado al exterior, que producen ese pintoresco conjunto que ha hecho célebre en el Arte la torre del Gallo de la Catedral vieja de Salamanca.

Como cuanto tiende á estudiar tan curioso monumento no puede menos de ser interesante, permítaseme una digresión con el ligero estudio que voy á tratar de hacer de la románica iglesia del Monasterio de Hirache, en Navarra; que si tal estudio se sale del cuadro de estos apuntes, puede proporcionarnos algún dato para la historia de semejantes construcciones en España.

La iglesia de Hirache fue construída en el siglo XII dentro del carácter cluniacense. Pertenece, pues, al estilo románico, puro en su ábside y crucero y con indicios de transición en las naves. Prescindiendo por completo de las demás partes, diremos que el crucero presenta hoy una insignificante cúpula, con degeneradas trompas. Pero sobre este postizo descúbrense los restos de la primitiva traza que he podido estudiar bajo la inteligentísima dirección del notable arquitecto y académico D. Ricardo Velázquez, al que se debe el anteproyecto de restauración que voy á detallar. Sobre los cuatro arcos torales elévanse gruesos muros que cortados á igual altura, ofrecen un paso alrededor de todo el cuerpo del crucero. Sobre este paso lánzanse otros cuatro arcos torales, que pudiéramos llamar *de descarga*, en los que se apoyan las pechinas, que, al alcanzar la planta circular, darían asiento á la cúpula hoy destruída. El empuje de esta bóveda está contrarrestado por cuatro torreones con casquetes esféricos por cubierta, acusados al exterior en su totalidad.

El sistema constructivo es, como se ve, análogo al empleado en Salamanca; pero desnudo, frío en este templo. Transportémosle recibiendo el calor artístico que le falta; amalgámese con las arquerías, canecillos y archivoltas románicas; facilítese su construcción con la nervatura de las bóvedas de crucería de transición, y tendremos el cimborrio de la Catedral de Salamanca.

Presenta este templo multitud de elementos decorativos, capiteles, impostas, archivoltas y canecillos, historiados unos y de celtas entrelazos ó exuberante flora otros; y en los enjarjes de las bóvedas de la nave alta colocó el arquitecto sendas estatuas de santos, que producen excelente efecto artístico, constituyendo un verdadero museo del arte decorativo en el estilo románico, con todas sus influencias.

Algo posterior á la vieja iglesia de Salamanca, y hermana suya en disposición y elementos, aunque de más robustas formas, se eleva de 1151 á 1174 la Catedral de Zamora, con su cúpula contrarrestada por torrecillas, sistema seguido en la Colegiata de Toro, y acaso primitivamente en la Catedral de Ciudad-Rodrigo, comenzada hacia 1170, donde quedan algunos restos que parecen indicar la existencia de un triforio, cuya suposición, de confirmarse, haría de esta iglesia el punto de enlace de ambos tipos, *galaico* y *salmantino*.

Vemos, por lo tanto, cómo la Catedral de Salamanca creó *escuela* y de especialísimos caracteres, tan alejados de los que distinguen las iglesias bizantinas del Sur y Oeste de Francia y del Nordeste de España, como de los que marcan el estilo de los templos latinos, si bien participan de ambas tendencias.

Contemporánea de la iglesia de Salamanca, se eleva en 1128 la Catedral de Tarragona, trazada por ignorado arquitecto, bajo la influencia normanda, y en suelo donde romanos y árabes dejaron poderosos restos de sus artes. Preséntase maciza y robusta en sus machones, con aspecto de fortaleza en el amatacanado ábside, y con reminiscencias del de aquellos pueblos en sus elementos ornamentales. El arte ojival encargóse posteriormente de terminar su crucero y su fachada, bajo la dirección de Fray Bernardo, maestro de las obras en 1250, y la de los dos Vallfogona, que al fin del siglo XIV y principios del XV empleaban sus talentos de escultores y arquitectos en la terminación de la fábrica.

Es común á casi todas las iglesias elevadas en España en

los siglos XI y XII el carácter guerrero que á su exterior presentan los fuertes torreones de sus fachadas, los matacanes y almenas de sus cornisas y sus aspilleradas ventanas. Pero este carácter no aparece marcado en ninguna con el vigor que en la catedral de Avila. Templo y Alcázar de la ciudad al mismo tiempo, emplazóse en la muralla, de modo que el ábside constituye un enorme cubo del recinto, y sobre las bóvedas de sus naves elévanse los pasos fortificados que la defensa exige. Al ver los lisos y fuertes muros, la enorme y doble coronación de matacanes y almenas y el general aspecto, recuérdase involuntariamente que más de una vez, en aquellos belicosos siglos XII y XIII, el estrépito de la lucha sobre las capillas sostenida, turbaría el reposo del sagrado recinto. Es, en suma, el ábside de la Catedral abulense símbolo de la íntima unión que se estableció en España en los tiempos medios entre el elemento eclesiástico y el guerrero; representación pétrea de aquellos prelados que cobijaban su alma de teólogos y santos bajo la férrea cota del soldado.

Obscura es la fecha de su fundación, que algunos fijan en 1091. Se sabe únicamente que por el año 1195 erguíase ya el amurallado ábside, parte la más antigua de su fábrica, de marcado sabor románico, pero presentando ya la disposición de la girola rodeada de capillas, no seguida hasta entonces en España, y característica de las iglesias de los siglos XIII al XVI. El trazado de esta parte del templo es singularísimo. Cada una de las capillas absidales está formada por un cuerpo á manera de exedra que apenas sobresale de la línea que circunvala el ábside, y por un tramo de bóveda trapezoidal ó antecapilla, que, en su unión con las correspondientes á las inmediatas, forman el segundo colateral del ábside, separado del primero por una serie de columnas aisladas. Esta disposición, única, según creo, en España, presenta cierta analogía con la de las catedrales de Chartres (construida en 1194) y la de Coutances, de los primeros años del siglo XIII, ambas, por consiguiente, de fecha posterior á la de Avila, y de más per-

fecta estructura (1). Créese que el ábside de la iglesia abulense es obra del arquitecto Eruchel, que figura como maestro en 1192, y cuya procedencia extranjera explica la exótica traza de esta fábrica.

Consta la Catedral de Avila de tres naves y crucero, y elévase hasta la altura de las colaterales del cuerpo principal dentro de las proporciones y elementos del arte románico. Lo prueban sus toscas molduras, las archivoltas de cuadrado perfil, y sus sencillos capiteles. Pero salvado aquel nivel, lanzáronse al espacio sus bóvedas, ya concebidas en el estilo ojival, y sus pilares, no amparados entre sí por otros elementos que por enorme tracería de piedra, que ocupa todo el vano, del mismo modo que en León. La nave alta carece hoy de triforio, siendo presumible que las bajas estuviesen destinadas á ser cubiertas por armaduras en pabellón; curioso sistema que también se observa en la citada Catedral legionense, siguiendo la escuela de Amiens.

Es, pues, el templo de la ciudad de los Caballeros un notable ejemplo de iglesia de transición, ojival primitiva por su planta y sus bóvedas, pero románica por su ábside y por las proporciones y elementos de las naves bajas. Acaso por esta falta de unidad, por la índole de los materiales en ella empleados y por la rudeza de sus elementos ornamentales, presenta este templo un carácter particular y no del todo agradable; no inspira la misteriosa impresión de la vieja iglesia de Salamanca, ni el sublime encanto de la de León.

La Catedral de Sigüenza, fundada en 1169, afecta los caracteres comunes á las iglesias de transición, con señales de haber tenido tres ábsides, sustituídos por la girola edificada en 1385.

Ultima Catedral erigida en el estilo románico, aparece la

(1) También son de notar los caracteres comunes del ábside de Avila, con el de la iglesia de Morienval, en Francia, que Gonse considera como el prototipo de la arquitectura ojival.

de Lérida como protesta de la invasión de las nuevas formas, que por los mismos primeros años del siglo décimotercero daban vida á la ojival iglesia de León. En mala hora la situaron en la plaza de armas de una fortaleza. Tratada como parte integrante de ella por los soldados de Felipe V, debemos al poder militar la cruel mutilación y el abandono de este monumento. Dividióse en dos partes su altura para utilizar un piso más, cerráronse sus arcadas con tabiques, mutiláronse sus ornatos y se destrozaron sus sepulcros, y así ha llegado á nosotros la obra atribuída al maestro Pedro de Cumba; triste destino, en el que han acompañado á la Catedral leridense el morisco alcázar zaragozano de la Aljafería, convertido igualmente en cuartel y parque de armas después de la guerra de Sucesión, y más modernamente, en tiempos tenidos por ilustrados, los alcázares de Segovia y Toledo, que han sido destruídos por el afán de buscar aplicación útil á lo que no debe ser más que objeto conservado para recreo del espíritu y enseñanza de las generaciones; como si los monumentos históricos y artísticos no cumplieran con esto su finalidad. ¡Dios haga que el futuro destino de estos palacios no sea causa de que desaparezca para siempre lo que dejaron en pie los anteriores desaciertos!

Pero volviendo á la fundación de Don Pedro I el Católico, diremos que la Catedral de Lérida, de planta de cruz latina, con brazos muy cortos y un solo ábside, es de construcción románica; pero elevada desde 1203 á 1278, al propio tiempo que León, Burgos y Toledo veían levantarse sus ojivales templos, presenta en su traza notables influencias del nuevo estilo. Y como joya inapreciable del arte, posee esta Catedral la portada llamada de los Infantes, de trazado románico, con arcos de medio punto magníficamente decorados, con capiteles de cúbica silueta, con basas que conservan el perfil ático decadente y un voladizo tejaroz, apeado por canecillos. Pero en todos sus detalles campea el gusto y la perfección alcanzados por los artistas de la escuela ojival, que si componían en el

estilo viejo, ejecutaban en el nuevo, aunque sujetando su cincel á las minuciosidades bizantinas.

Digno remate de este primer período histórico de las iglesias episcopales en España, es en la ciudad reconquistada por Don Jaime I la puerta del Palau ó de Lérida de su Catedral; interesantísimo y único fragmento del arte románico, en una iglesia construída en 1262, dentro de la época ojival. Unida esta puerta á una tradición en que aparecen como protagonistas las doncellas de Lérida, y llevando el nombre de dicha ciudad, no es más que una repetición, hermoseada si cabe, de aquella puerta de los Infantes que acabamos de describir: el mismo trazado, idénticos elementos ornamentales, igual perfección en el entalle. Un sentimental y poético autor ha llamado á esta puerta *el último suspiro de un Arte que moría*; exacta y feliz expresión para caracterizar este fragmento que, separado por el tiempo y la distancia de sus progenitores y hermanos, parece haber venido á morir bajo el amparo de una Catedral que se elevaba en un estilo lleno de juventud y de fuerza.

IV

Empezaba el siglo XIII, edad de oro de los tiempos medios, que nacido al calor místico de la inmensa caridad del Santo de Umbría, fundador de aquellos humildes *frailes menores* que fueron protesta y reacción del poder alcanzado por los abades feudales de las anteriores centurias, moría sintiendo vibrar la potente inspiración del poeta florentino. San Francisco de Asís y el Dante, el coloso de la acción y el de la inteligencia, abarcan esa centuria donde descuellan Reyes como Luis de Francia y Fernando de Castilla, pensadores como San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, polígrafos como Raimundo Lulio, legisladores como Alfonso el Sabio, conquistadores como Jaime de Aragón, artistas como Andrea

Pisano, el Giotto, Juan de Orbais y Enrique (1); siglo que presenció en lo político la muerte del poder feudal; en la literatura, la formación de las lenguas de Tostana y de Castilla; en la ciencia, las Tablas astronómicas; en el Derecho, las Siete Partidas, y en el arte, la erección de las catedrales sublimes.

Ensanchadas las aspiraciones de la sociedad, creciente la inteligencia y el poder popular, parecían insuficientes las ahogadas iglesias románicas. Necesitábanse mayores espacios, que al ser cubiertos por bóvedas de más amplitud, sostenidas por pilares de reducida sección, obligaron á llevar al exterior los empujes, ya disminuídos por la adopción del arco apuntado y aislados por el empleo de las crucerías. Constituyéronse los estrechos contrafuertes exteriores; lanzáronse hasta las naves los atrevidos botareles, lógica transformación de los medios cañones de contrarresto que hemos visto empleados en la arquitectura románica; ayudóse su efecto mecánico con la agregación de los pináculos; decoróse todo con elementos libremente inspirados en la flora local, abandonando los absurdos y monstruosos simbolismos del arte hierático que preconizaba las escuelas de Cluny, tan anatematizados por San Bernardo; y de todos estos elementos, libremente manifestados en cada país, según sus condiciones y necesidades locales, surgió el estilo ojival, lógico en su sistema constructivo, razonado en la satisfacción de las necesidades á que responde, magnífico en su ornamentación y sublime en la impresión estética que produce. ¿Qué más puede pedirse á una arquitectura para ser perfecta?

El arte español del siglo XIII es tributario del francés, como puede probarse con el análisis que luego intentaremos de nuestras tres más insignes catedrales. Justifican esta dependencia, por una parte el predominio que el estilo ojival

(1) Arquitecto de las catedrales de León y Burgos, muerto en 1277. (Véase *Historia del templo catedral de Burgos*, por el Dr. D. Manuel Martínez y Saenz.—Burgos, 1866.)

adquirió en la nación vecina, fuente donde se inspiraron los demás paises; y por otra la influencia que en nuestras costumbres ejercían los hijos de Francia desde la expedición extranjera formada para la conquista de Toledo, aumentada más tarde con el natural influjo de las Reinas que compartían el solio, de los condes franceses con que casó Alfonso VI á sus hijas, y de los abades y monjes de aquella nación, que poblaron nuestros monasterios. Pero la influencia del arte francés déjase sentir más en la disposición general de las catedrales, que en sus accesorios; pues el especial desarrollo que el arte románico había adquirido en nuestro suelo, y el contacto incesante con los árabes, dieron á muchos detalles del arte ojival singular fisonomía, que al desenvolverse con la marcha de los tiempos, produce nuestro estilo florido de la décimaquinta centuria, exuberante cual ningún otro.

Enorme empresa sería la de analizar todas las catedrales que nos legaron los siglos XIII, XIV y XV. Entre ellas brillan como astros de primera magnitud las tres iglesias de León, Burgos y Toledo. Su estudio condensará, por lo tanto, el de todas las demás. Considerémoslas, pues, aisladamente, para terminar por compararlas entre sí, tal como las edades sucesivas las han hecho llegar á nosotros, con todas sus mutilaciones y todos sus espléndidos ó absurdos agregados.

***

La Catedral de León fue fundada en el reinado de Alfonso IX. Ignórase la fecha exacta, aunque parece la más probable la de 1202. Desconócese, igualmente, quién fue el arquitecto que dió su admirable traza. ¿Sería acaso aquél Pedro Cebrián que aparece como maestro del anterior templo en 1175? Posible es, aunque cuesta trabajo concebir que imaginase tan esbelta planta quien necesariamente había de estar influído por el arte románico que imperaba á la sazón. La Catedral legionense es un monumento sin premisas en España.

Supremo adelanto sobre la apenas esbozada iglesia de Ávila con su rudimentaria girola, no puede encontrarse en nuestro país la gradación que caracteriza siempre la marcha del Arte, y por la cual ascendiésemos insensiblemente de las pesadas iglesias románicas á la esbelta é incomparable *Pulchra leonina*. Hay, por lo tanto, que buscar su inspiración fuera de nuestro suelo. Contemporánea de las catedrales de París, Bourges y algo posterior á la de Chartres, en esta última hallaremos la fuente donde se inspiró el autor. Tiene tres naves, lo mismo en el brazo mayor que en el del crucero, y su girola está provista de capillas absidales.

En este tipo, cuya nota característica es la disposición del crucero, en el que vuelven las naves bajas, construyéronse posteriormente la de Reims, en 1212; la de Amiens, en 1220; la de Beauvais, en 1225, y la de Colonia, en 1248, de cinco naves estas dos últimas.

La Catedral de León, anterior á todas, las aventaja acaso, ya que no en sus dimensiones, en la armonía de sus partes. En su perímetro no existen otros macizos que las reducidas pilas, y de una á otra, en toda la altura de su nave, extiéndese enorme vano, formado en su primera zona por los arcos de la nave baja; en la segunda, por el calado triforio, y por inmenso ventanal en la tercera. El constructor quiso obtener el mayor efecto disponiendo el triforio de modo que diese entrada á la luz exterior, para lo que pensó cubrir sus naves bajas con armaduras en pabellón, en lugar de hacerlo por pendiente *á un agua*, apoyada en el muro de la nave alta, sobre la galería del triforio; disposición adoptada en el ábside de la iglesia abacial de San Dionisio, de París, construída en 1240, y en las Catedrales de Amiens y Troyes.

Nada más armonioso que la planta de esta iglesia; nada más audaz que su construcción; nada más lógico que sus hastiales, verdaderas secciones transversales de sus naves, en las que se acusan todos sus elementos: triforios, arcos, fajones, piñón de armadura, botareles y contrafuertes; nada más so-

brio que su ornamentación. Tales son los rasgos característicos de esta Catedral que, por fortuna para el arte, debe su restauración completa á distinguidos arquitectos modernos (1) que, al reparar los ultrajes que el tiempo y los hombres causaron en ella, nos la han devuelto tal como la concibió su insigne y anónimo autor.

Ejercía el poder real el Santo Fernando III, cuando en 1221 puso la primera piedra de la Catedral de Burgos. Tampoco es conocido con certeza su autor, pues para atribuirla al maestro Enrique, primero que figura como arquitecto de la Catedral, habríamos de suponer que la concibió á los veinticinco años, temprana edad para poseer tan vastos conocimientos.

Su planta es de cruz latina, con tres naves, girola y capillas absidales; pero las naves bajas no vuelven por la del crucero, sino que mueren en él, lo que quita al conjunto la ligereza y diafanidad que tiene la de León. Pertenece, por lo tanto, al tipo iniciado en Francia por la Catedral de Noyon, en 1150, y seguido en la de Tours y Sens, ambas de los primeros años del siglo XIII, dentro de una escuela un tanto pesada. La girola presenta hoy las trazas de sus cinco capillas absidales, de las que únicamente la de San Gregorio conserva su planta primitiva, pues las cuatro restantes fueron destruídas para elevar las suntuosas que hoy desfiguran la primitiva disposición de esta parte del templo. Las naves bajas no alcanzan la altura que la necesaria proporción, con la mayor, pediría, y los altos ventanales corecen de esbeltez y de gracia, pues su mezquina tracería y la rudeza de sus perfiles le roban uno de los mayores encantos que el arte ojival ha dado á sus catedrales. El triforio es, en cambio, un trozo de originalísimo estilo, acaso sin ejemplar (2). Compónese de ligeras colum-

(1) Véase la *Monografía* citada.

(2) Mi opinión en este punto concuerda con la de M. Street. Obra citada.

nas que sostienen ancha losa perforada, con arcos y ojos lobulados, cobijada por saliente archivolta que decoran cabezas humanas esculpidas. El conjunto es de un efecto pintoresco sin igual, distinto por completo de las tradicionales arcaturas de los triforios de este arte. La parte que al exterior ha quedado de su primitiva fábrica, es del más puro y rico estilo en sus hastiales, contrafuertes y arbotantes. Es, en suma, la catedral burgalesa, en sus fábricas primitivas, una gallarda manifestación del arte ojival, si bien en sus proporciones y en alguno de sus elementos se percibe cierta rudeza que hoy desaparece bajo el espléndido manto con que Arzobispos y potentados, arquitectos y artífices de todas clases, han cubierto el monumento desde el siglo XIV, convirtiéndole en museo de sepulcros y retablos, rejas y estatuas, estrelladas bóvedas y caladas agujas (1).

Mediaba el siglo XV cuando el célebre Juan de Colonia emprendió la terminación de las torres, coronándolas con las caladas agujas ó pirámides, que tan célebre han hecho esta Catedral. Nada más absurdo, desde el punto de vista de la lógica, que tales remates; *cubiertas que no cubren* y bajo las cuales necesariamente ha de colocarse otra construcción que defienda de las aguas el cuerpo de las campanas. Pero nada tampoco tan ideal, tan artístico y tan atrevido. Su octógona pirámide, con sólo 0,30 metros de espesor, se eleva 30 metros sobre la plataforma de las torres, presentando en sus caras las más variadas tracerías. Hay que buscar en la patria del célebre maestro alemán que las dirigió el original de estas *agujas,* de cercano parentesco con las de la Catedral de Colonia. Tan sutil encaje no podía desafiar por muchos siglos la labor del tiempo; y hoy, maltrechas y descompuestas, deben á recientes apeos una vida que, para desgracia del arte, está próxima á concluir.

El crucero de la iglesia de Burgos debió estar cubierto pri-

(1) Véase la Historia citada.

mitivamente por sencilla bóveda, sustituída más tarde por la linterna que el Arzobispo Acuña construyó á sus expensas al finalizar el siglo XV. Comenzaba el año 1539, cuando se hundió; catástrofe á la cual se debe la admirable obra de Juan de Vallejo, que sustituyó á la arruinada. Construyóla dentro del estilo del Renacimiento; pero de tal modo la admirable silueta de las agujas y pináculos de las torres y de la capilla del Condestable subyugaban al artista, que su fábrica, vista á distancia, dijérase elevada por los mismos Colonias que concibieron aquéllas. Acaso influyó en su traza la del derrumbado cimborrio, que, á creer á testigos oculares, *era elevadísimo y remataba con ocho pirámides, con muchas efigies, labrado todo con mucho arte y delicadeza.* ¿No se ve en esta descripción las mismas cualidades distintivas de la actual linterna? Pero si queremos buscar más lejos la fuente de inspiración de esta obra, tan diversa de las agujas que coronan las catedrales de París, de Colonia y otras francesas y alemanas, parécenos que no sería difícil encontrar en aquella Torre del Gallo, de Salamanca, el origen de la costumbre española de colocar sobre los cruceros de nuestras catedrales estos cuerpos, que á su vez, y por degeneraciones sucesivas é influencias de los estilos, vinieron á parar en la cúpula con que Churriguera cubrió el crucero de la nueva Catedral de Salamanca.

En el mismo emplazamiento y con el propio ingreso de una de las cinco capillas absidales, construyó Simón de Colonia, en 1482, la del Condestable, espléndido alarde del arte ojival en su último período, de elevadísima bóveda en estrella, cerrada por una de las maravillas de la rejería española, con la que Cristobal de Andino sentaba en 1523 su reputación de artista sin igual, colocando digna guarda á aquellos tesoros, á aquellos retablos y sepulcros que hacen de esta capilla un monumento de subido mérito.

Pasemos por alto el magnífico claustro procesional, y sus varias capillas, de fábrica suntuosa, llenas de sepulcros, retablos, rejas y estatuas, en que los Colonias, los Siloes, Vallejos

y Andinos dejaron el cimiento de su gloria. Bástenos decir que la Catedral de Burgos, hermosísima en su traza primitiva, debe, sin embargo, su mayor importancia en el arte á las edades sucesivas á su fundación, que á porfía la han enriquecido, si bien desfigurándola. Pero no deploremos demasiado este caso, ya que en otros muchos vemos análogos agregados, sin que el postizo nos haga olvidar por su hermosura la del elemento desaparecido.

Coinciden á veces en la marcha de los tiempos y por modo providencial, hombres que se completan, genios que se ayudan. Fernando III, Rey de Castilla, y D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, se encontraron en la vida; y al juntar su fe, sus energías y sus talentos, surgieron las conquistas de Jaén y Córdoba en el campo de la guerra, y la Catedral de Toledo en el de las artes. Ambos sentaron la primera piedra en 1227, según traza de ignorado arquitecto. ¿Fué Pedro Pérez, que aparece como primer maestro de la obra y que murió en 1285? No es fácil saberlo; pero como dato que se presta á más amplios estudios, diré que Mr. Enlart, en un estudio sobre Villard de Honnecourt, notable arquitecto francés del siglo XIII, apunta la idea de que acaso el Petrus Petri que conocemos no sea otro sino Pedro de Corbie, colaborador de Villard de Honnecourt; curiosa noticia que no he visto citada por ningún autor español (1).

Sea de ello como quiera, resulta que el autor de la iglesia primada parece haberse inspirado en la planta de Nuestra Señora de París, que data de 1160, y cuya construcción hallábase muy adelantada hacia 1223, y en la de Bourges, fundada al

(1) Mr. C. Enlart y M. Street, haciendo notar la disposición del ábside de la catedral de Toledo, donde alternan las capillas rectangulares con las semicirculares, análogamente á lo que se observa en la planta trazada por Villard de Honnecourt y por Pedro de Corbie para la iglesia de Vaucelles, dice lo siguiente:

«Si es casi seguro que el primero de estos arquitectos no estuvo en Toledo, nada prueba que el segundo no haya trabajado allí. ¿Quién sabe si

comenzar el siglo XIII. Ambas son de cinco naves, y la segunda no tiene crucero como la nuestra. Es, pues, indudable que entre la de París y la de Toledo existen visibles semejanzas y analogías.

Pero lo que distingue de ambas citadas á la iglesia toledana, lo que la avalora y singulariza, es el trazado de su doble girola. Sabidas son por cuantos se han dedicado á estos estudios constructivos y artísticos, las enormes dificultades con que tropezaron los arquitectos de los siglos XII y XIII para resolver el problema de cubrir los trapezoidales tramos de las girolas de sus iglesias. Todas las combinaciones adoptadas pecan de dificultosas y, entre ellas, es notable la que presenta el ábside de la iglesia de San Remy, de Reims, más por lo ingeniosa que por lo satisfactorio de su solución. Admira la sencillez del trazado del ábside de Toledo, en el que aparecen

---

el maestro *Petrus Petri*, de Toledo, muerto en 1290 (*a*), no es el mismo *Pedro* de Corbie? Esta idea no se le ocurrió á Street; pero nada se opone á que este *Pedro*, apellidado en su epitafio en la Catedral de Toledo por el nombre de su padre, *Pedro* (Petri), lo fuese otras veces por el de su ciudad natal, *Corbie* (*b*); y si hacia 1230 empezó sus trabajos con Villard de Honnecourt, pudo vivir hasta 1290. Esto no es, entiéndase bien, más que una hipótesis; pero vale tanto ó más que muchas de las que se han emitido sobre los arquitectos de la Edad Media» (*c*).

Véase *Villar de Honnecourt et les cirterciens*, por Mr. C. Enlart.—*Bibliotheque de l'Ecole des Chartres* (LVI Année 1895).—Véase también la obra citada de Viollet-le-Duc, tomo I. *Architecte*, pág. 111.

(*a*) No existe conformidad acerca de la fecha de la muerte de Petrus Petri, grabada en su epitafio de la capilla de Santa Marina. Cean Bermúdez y Llaguno, en su obra de *Los Arquitectos y la Arquitectura de España*, «copia:.....

..... era de MCCCXXVIII (1290 de J. C.).

Cuadrado y Lafuente, en el tomo III de *Castilla la Nueva* de la obra *España*, transcribe:.....

..... era de MCCCXXIII (1285 de J. C.).

Y el Sr. Vizconde de Palazuelos, en su *Guia de Toledo*, dice que en el citado epitafio consta:.....

..... era de MCCCXXVIIII (1291 de J. C.).

(*b*) *Corbie*, ciudad de Francia (Somme), á 17 kilómetros de Amiens.

(*c*) Véase mi estudio. *El trazado de la Catedral de Toledo y su arquitecto Pedro Pérez;* conferencia dada en la Sociedad Central de Arquitectos el 20 de Mayo de 1898, y publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—Enero de 1899.

vencidas la mayor parte de las dificultades. Su doble colateral presenta dividida el área en compartimentos rectangulares, cubiertos por crucerías en las que no se presenta ya dificultad alguna, y las diferencias de perímetro entre la línea de la capilla mayor y la de la fila intermedia de pilares, y entre ésta y la de entrada á las capillas absidales, véncese con aumentar el número de apoyos; quedando divididas, en suma, ambas naves en una serie de compartimentos rectangulares y triangulares alternados, de la más lógica traza y del más hermoso efecto. Esta disposición no aparece hasta entonces empleada en ninguna Catedral española, ni el estudio de las plantas de las principales iglesias francesas me lo ha mostrado, si se exceptúa en las de Saint Martín des Champs, en París (1), y en la Catedral de Mans, cuyo ábside fue construído en 1220 (y es, por lo tanto, algo anterior al de Toledo) el cual presenta en el segundo colateral una alternada ordenación de compartimientos rectangulares y triangulares, empleados por cierto de un modo mucho menos lógico que en Toledo, puesto que por seguir la citada disposición en la parte recta de la nave, donde era innecesaria, tuvieron que trazar bóvedas de planta trapezoidal, cayendo en el defecto que pretendían evitar (2).

Consecuencia de tan bello trazado es en esta Catedral una ordenación de capillas absidales de dos distintas dimensiones, según que tienen su ingreso en los formeros de los tramos rectangulares ó en los de los triangulares.

Estas capillas absidales, así como las que aparecen á los lados del brazo mayor de la cruz, son de reducidas dimensiones, y por algunos signos que se perciben en los muros exteriores, pudiera deducirse que las últimamente citadas son posteriores á la construcción del templo, aprovechando el salien-

(1) Véase Viollet-le-Duc, obra citada, *Abside.*

(2) Véase Viollet-le-Duc, obra citada, *Architecture.—Cathedrale.*

te de los contrafuertes, á semejanza de lo efectuado en 1245 en Nuestra Señora de París.

Si notable es la Catedral de Toledo por la traza de su planta, no lo es menos por la de su alzado. Distínguese desde luego por la carencia de triforio en la verdadera importancia que este elemento tiene en las iglesias de los siglos XIII y XIV, pues no aparece al interior y queda reducido á un paso para el servicio del templo en los arranques de los ventanales de la nave mayor y de las intermedias (1). En la del crucero existe el triforio, y en el ábside aparece una sencilla galería con arcos lobulados, teniendo, finalmente, una arquería de arcos entrelazados, de marcadísimo sabor oriental, en torno de la nave mayor. La falta casi absoluta de tan importante elemento de la arquitectura ojival contribuye acaso al efecto de severidad que produce la nave mayor, pues su misma simplificación de líneas y sobriedad de elementos aumentan su imponente majestad.

Adicionad aquella capilla del infeliz valido de D. Juan II, elevada en 1450, no menos rica que la del Condestable en Burgos; unidla á la de San Ildefonso, de igual fecha; poblad su recinto de obras maestras como el retablo de Diego Copin, el coro de Felipe de Borgoña y Alfonso de Berruguete, y las rejas y púlpitos de Villalpando y Céspedes, y comprenderéis que no en vano ostenta la Catedral de Toledo título de obra maestra de las Artes españolas en las centurias que abarcan, como gigantes de la historia, Fernando III el Santo y Carlos V el Emperador (2).

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,
Arquitecto.

(Se concluirá.)

---

(1) No falta quien opina que primitivamente tuvo triforio, y que este desapareció en una restauración del siglo XIV.

(2) Véase *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia. Castilla la Nueva*, tomo III.—Barcelona, 1887.

CRÓNICA LITERARIA

Las letras españolas en 1899.—*De la enseñanza superior en España*, por D. Miguel de Unamuno. — *Los hidalgos (La vida en el siglo XVII)*, por D. J. Martínez Ruiz.

No es difícil de hacer el balance de las letras en el año 1899 (en España, se entiende), pues sus partidas ni son muchas ni de gran importancia. Si algún carácter ofrece es negativo: la paralización en los principales géneros literarios, la falta absoluta de obras de primer orden. Empleando una frase, como popular, expresiva, puede decirse que ha sido un *año muerto* para la literatura.

En los teatros especialmente, esa infecundidad ha sido manifiesta. Los pocos laureles dramáticos que se han cosechado, han correspondido á compañías extranjeras y obras extranjeras. La obra más celebrada, la que puede llamarse la obra del año ha sido *Cyrano de Bergerac*, una traducción del francés... representada en el teatro Español, para que resultase más patente ese carácter de la temporada. Las compañías de Teresa Mariani, Sarah Bernardt, la Réjane, con su repertorio francés, alemán, ingles é italiano, han llamado mucho más la atención del público (y no sin razón) que las compañías de comediantes españoles, de las cuales las del *teatro grande* han puesto en escena más arreglos, adaptaciones á comedias inspiradas en

obras extranjeras, que producciones originales de nuestros dramaturgos.

Hasta el *género chico*, que con su tendencia á resucitar el tradicional sainete (género secundario, pero castizo) parecía el refugio que le quedaba al ingenio dramático nacional en su decadencia, se ha visto amenazado de una terrible competencia extranjera. No es que ya se traduzcan sin rebozo los *vaudevilles* y piezas francesas que han solido ser, por mucho tiempo, una de las fuentes de inspiración más frecuentadas por nuestros autores cómicos. La competencia exótica ha aparecido bajo la forma de un género más chico todavía, del que llamó con gracia Zeda *género mínimo*, ó sea el remedo de los cafés *concerts* franceses, que hemos visto aparecer en gran número de salones de espectáculos donde se han exhibido tantas *chanteuses, danseuses, diseuses, excentriques,* etc. (por lo general, los desechos de este género en Francia), alternando á veces con el *baile andaluz* y el *cante jondo*, como si se confundiesen en una especie de alianza franco-española de burdel el flamenquismo y el can-cán. La clausura de la mayor parte de estos espectáculos, por razones de moral pública, no ha hecho más que conjurar el peligro para nuestras tiples y nuestros saineteros. Las *chanteuses* volverán... más seguras que las golondrinas.

Las obras que mejor éxito han obtenido en los teatros principales, han sido arreglos: además de *Cyrano de Bergerac*, arreglo del melodrama de Rostand, *Los Reyes en el Desierto*, de Daudet, arreglado por D. Alejandro Sawa; *Cuento de amor*, de Benavente, adaptación notable de *Como gusteis*, de Shakespeare; *La enamorada*, de Marco Praga, arreglo de D. Manuel Bueno; *La vida de bohemia*, por Palencia; *Colinette*, por el Marqués de Altavilla, etc. *La Duquesa de la Vallière*, del Sr. Cavestany, estrenada últimamente en el teatro de la Princesa, no es un arreglo, pero, cuando menos, tiene francés el asunto, y por su corte pertenece al género de *Madame Sans Gêne* (traducida: *La Corte de Napoleón*), es decir, á aquella

clase de obras de gran espectáculo, en que el decorado y vestuario figuran como atractivos muy principales.

De las obras originales (dramas y comedias de costumbres), las más importantes han sido *Los caballos,* de Sellés, y *Sin rumbo*, de Fernández Villegas, producciones dramáticas, cuyo éxito material en la escena fue, sin duda, inferior á su mérito, y que merecieron, con justicia, la atención de la crítica.

La zarzuela *grande*, es decir, la zarzuela en tres actos, ha tenido sus éxitos: *Don Lucas del Cigarral*, de Fernández Shaw y Luceño, con música de Vives; el *Clavel rojo,* de Perrín y Palacios, con música de Bretón, y últimamente *La Cara de Dios,* de Arniches, con música de Chapí, han sido las obras más celebradas en este género. En el *chico*, pueden citarse un sainete de Ricardo de la Vega: *Amor engendra desdichas ó...* no sé cuantas cosas más, pues este autor abusa demasiado del amaneramiento de los títulos largos; *La muela del juicio,* de Ramos Carrión, y *La sala de armas,* de Vital Aza, estrenadas en Lara, y otra media docena de obras más ó menos ingeniosas y entretenidas, distribuídas por los escenarios de Apolo, la Zarzuela, Lara, Eslava. Claro es que los estrenos han sido bastante más, pero las obras admisibles si pasan de aquel número no excederán de él en mucho.

En la novela, Galdós se ha llevado, como de costumbre, la palma de la fecundidad: en 1899 ha publicado cinco *Episodios Nacionales* de la tercera serie: *De Oñate á la Granja*, *Luchana*, *La Campaña del Maestrazgo*, *La Estafeta romántica* y *Vergara*. De sus obras antiguas, se han impreso nuevas ediciones de *Marianela* y *Doña Perfecta*, que alcanzan ó rebasan ya la cifra de 25.000 ejemplares. Relativamente, este número, aunque obtenido en un período de más de veinte años, representa como triunfo para el autor, casi más que los cientos de miles de ejemplares por que se cuentan ya las principales obras de Zola. La proporción entre los lectores españoles de novelas y los lectores no ya franceses, sino universales de Zola, hace

que dentro de esta proporción iguale ó supere al autor de *Los Rougon Macquart,* bajo este respecto, el de los *Episodios.*

Aparte de las obras de Galdós, la producción novelesca ha sido muy escasa. D. Juan Valera nos ha dado *Morsamor*; Don Armando Palacio Valdés, *La alegría del Capitán Ribot.* Con esto y algún tomo de cuentos de la señora Pardo Bazán, podría cerrarse el balance de la novela en 1899, á no haberse dado á conocer un novelista nuevo, el Sr. Gutiérrez Gamero, que ha empezado por donde no acabaron muchos y cuya novela *El ilustre Manguindoy* llamó justamente la atención del público y de los críticos. También el malogrado Macías Picavea dió en la segunda parte de su *Tierra de Campos* una muestra de las sobresalientes aptitudes que poseía para el cultivo de este género literario.

En la poesía lírica el cuadro es aún más pobre. El poeta del año ha sido D. Vicente Medina, autor de los *Aires murcianos*; pero le falta mucho para que podamos ver en él un heredero de Becquer, ya que no de Campoamor ó Nuñez de Arce, á los cuales se parece poco.

Tampoco han abundado los trabajos de erudición ni de crítica. El Centenario de Velázquez, celebrado sin entusiasmo público, no ha dejado tras sí más que un excelente libro de D. Jacinto Octavio Picón acerca del gran pintor español; otro del Sr. Beruete (en francés) y otro del Sr. Mesonero Romanos (hijo), acerca de las obras de Velázquez que no figuran en el Museo del Prado. Entre las obras de carácter didáctico referentes á problemas sociales y políticos de actualidad, pueden citarse algún que otro libro como *El problema nacional*, de Macías Picavea; *El problema cubano*, del Sr. Alzola; el estudio del Sr. Sánchez de Toca sobre el poder naval de España, poder que, dicho sea entre paréntesis, es pura hipótesis.

Y esto es todo..... pues aunque la anterior enumeración, como hecha de memoria sea incompleta, puede asegurarse que después de llenar sus lagunas y omisiones, no se alteraría el concepto general sobre la producción literaria en 1899.

Obra verdaderamente notable no ha habido ninguna, y en todos los géneros ha sido muy corto el número de las buenas ó superiores á la medianía.

No es tiempo suficiente un año para que de sus datos puedan sacarse inducciones firmes sobre el estado de la literatura: la evolución de ésta se verifica en mucho más largos períodos, pero el año 1899 ha venido, tras otros, si no tan pobres, semejantes; y hay sobre todo un síntoma de decadencia, transitoria acaso, que es de los que menos duda admiten: la falta de elementos de renovación. La última generación literaria brillante, apareció por los tiempos de la revolución de Septiembre ó se formó en ellos; muchos de nuestros actuales literatos de primera línea pertenecen á un período histórico anterior; desde entonces se espera en vano á la generación nueva que debía de suceder á estos ingenios; algunas personalidades sueltas han aparecido de vez en cuando, pero seguimos esperando á los sucesores de Nuñez de Arce y de Campoamor en la poesíu lírica, de Echegaray y de Sellés en el Teatro, de Galdós, Pereda y Valera en la novela.

Hoy, sin embargo, se lee más que hace veinte años, y la prensa, el moderno elemento de propaganda, presta mayor atención á la literatura y á las artes. No es nuestro público muy numeroso ni está muy educado, pero ha habido en él acaso más progreso que en los autores. De ahí que cada día sea mayor la competencia que hace á la nuestra la literatura extranjera, ya traducida, ya en su idioma original, cuando éste es asequible á las personas de alguna cultura, como sucede con el francés, que es el caso más frecuente, por ser la literatura francesa la más conocida entre nosotros y la que mayor influencia suele ejercer sobre nuestros escritores, siendo además el vehículo por donde generalmente vienen á nosotros las ideas y las creaciones literarias de otros pueblos, de los cuales nos separa más la diferencia de idioma y la falta de comunicaciones de vecindad. Por donde resulta que, lejos de ejercer nosotros una hegemonía espiritual y una verdadera

influencia literaria sobre los pueblos de nuestra lengua, á duras penas conservamos en nuestra misma literatura la independencia del carácter propio, de escuelas propias, de ideas y procedimientos originales y castizos. Mas no hay que achacarlo todo á afición al extranjerismo, á perversión del gusto ó capricho de la moda, que haga preferir lo exótico á lo nacional. La principal razón de esas influencias extrañas está acaso en la inferioridad relativa de nuestra literatura contemporánea. Basta considerar lo distante que se halla ésta, en mérito y abundancia, de la literatura española del siglo XVI, mientras que la francesa bien puede decirse que en el siglo actual no sólo ha igualado, sino que ha superado á la de sus clásicos; de suerte, que el verdadero siglo de oro suyo ha sido el XIX, más todavía que el XVII. Nada tiene de extraño que el vínculo de parentesco y proximidad espiritual que supone la connacionalidad no baste para que una literatura decadente y escasa pueda resistir la competencia de otra en pleno florecimiento y vigor, afín, aunque sea extranjera y perteneciente á una lengua fácil, difundida y de la misma estirpe que la nuestra.

Esperemos que llegará algún dia, más tarde ó más temprano, esa nueva generación literaria que se aguarda hace años. Entre tanto, sólo vemos de ella algunas raras avanzadas, algunos contados exploradores. Quizás el actual estancamiento de las ideas y la falta de pasión por ellas hace que su advenimiento sea más tardo y trabajoso. Puede señalarse en nuestra historia literaria de este siglo la coïncidencia de los períodos de producción activa con los momentos de fermentación política y social, de combate por las ideas. Quizás nos ha faltado también sentido de la realidad y de nuestra historia para saber cultivar nuestra tradición, sin hacerla objeto de un culto idolátrico, ofuscados hasta el punto de considerar que la España del siglo XVI fue la fórmula definitiva de la perfección social y de la inspiración artística, ni menospreciarla tampoco movidos por pasiones contrarias, hasta el extremo de pensar

que no hubo en nuestro pasado más que aberraciones lastimosas. Entre una y otra exageración oscila nuestra crítica histórica, y ni unos ni otros, ni los admiradores ni los detractores de la España que fue saben dar á la tradición su verdadero valor, distinguiendo lo que hay en ella de temporal y pasajero, y hasta de accidental, de lo que es revelación del carácter permanente de un pueblo.

Prescindiendo de causas generales, siempre vagas y remotas, quizás influyen en la exigüidad de nuestra producción literaria otras causas próximas más modestas, pero cuya acción transitoria es eficaz. Tal vez no hay lectores bastantes en España para que sea posible y natural, como lo es en Francia y en los demás países adelantados de Europa, la convivencia de un periodismo cada vez más extendido y enciclopédico, y de una literatura floreciente. Quizás la prensa, que prepara y educa lectores para la literatura de mañana, priva entre nosotros á las letras de buena parte de los ingenios que habrían podido emplearse en ellas. El periodismo, y sobre todo, el periodismo tal como se ejerce en España, es profesión tan absorbente, que no deja, á los que en ella se ocupan, el ocio y el reposo necesarios para la producción de las obras literarias de empeño. Y es evidente que la prensa, como camino áspero y difícil, pero camino al fin que conduce á las posiciones políticas y á la notoriedad ambicionada por los escritores, atrae hacia sí y encadena á sus tareas penosas y subalternas, desde el punto de vista estético, á la flor de la juventud que maneja la pluma, á una verdadera *élite,* que por lo común malgasta la frescura de su ingenio y pierde los hábitos de estudio y de perfeccionamiento en este ejercicio de improvisación forzada, literatura democrática que tiene que hablar al vulgo en su lenguaje y en su tono, y que es, bajo tantos conceptos, ajena á la esencia verdaderamente aristocrática, de producto refinado y de excepción, de las genuinas producciones literarias.

Pero, sean estas ú otras las causas, el hecho está ahí, escueto, irrefutable. Y el hecho es que el movimiento literario

en 1899 dará poco que hacer y poco que escribir á los futuros historiadores de nuestra literatura en el siglo XIX.

*
* *

Pocas más de 100 páginas tiene el folleto del Sr. Unamuno, *De la enseñanza superior en España;* pero hay en él más pensamiento, más médula intelectual que en muchos abultados volúmenes, tan revestidos de apariencias doctorales, que no parece sino que fueron escritos vestido el autor de toga y calado el birrete.

A su mérito intrínseco presta una circunstancia que contribuye á avalorar su sinceridad: es una crítica de la enseñanza, escrita por un catedrático. Es, pues, una protesta viva contra el *espíritu de clase,* que puede calificarse en España de verdadera plaga, amparo de los abusos que redundan en beneficio de alguna colectividad particular, rémora de las reformas útiles, sostén de las rutinas, encubridor de vicios, pregonero de alabanzas propias, baluarte de *derechos adquiridos,* aunque haya sido malamente; tacto de codos y egoismo colectivo, disfrazado con pretextos de utilidad pública.

Este funesto espíritu de cuerpo hace que los males de las colectividades por él dominadas, no encuentren remedio en el interior de ellas y tengan que recibirlo de fuera, á ciegas y acaso á mano airada. Nadie mejor que un catedrático puede comprender los defectos de la enseñanza; pero, generalmente, los catedráticos se creen obligados á sostener, por decoro *de la clase,* que el cuerpo docente es lo mejor, y la enseñanza lo menos malo que hay en España. Hablo de catedráticos, porque se trata ahora de un folleto sobre enseñanza; pero no es, ciertamente, el profesorado la clase donde aquel espíritu colectivo hace mayores estragos: en el ejército, en la magistratura, en la burocracia, tiene más hondas raíces y brotes más pujantes.

Unamuno se muestra emancipado de esta servidumbre. El cuadro que traza de la enseñanza no templa los colores de la realidad con ninguna atenuación interesada; es profundamen-

te verídico y nada laudatorio. Pinta á la cátedra convertida en órgano de repetición oral de la que dicen, acaso mejor, los libros, en órgano de exposición de *asignaturas,* de ciencia *hecha*, petrificada, no de ciencia en elaboración viviente; muestra al oficio de catedrático mirado como una prebenda cuya propiedad absoluta con su *jus utendi et abutendi,* se adquiere de una vez con la oposición, ejecutoria de dominio como la escritura de compra de un predio; lamenta, en fin, la falta de fe en la enseñanza y de espíritu científico que priva á aquélla de actividades vitales y de verdaderos frutos.

Todos los que hemos pasado por las aulas, llevando á ellas alguna ilusión de cultura, algo más que la resignación del forzoso aprendizaje para alcanzar un diploma profesional, algo más que la idea de servir á Laban cinco ó seis años para lograr el desposorio con la ciencia oficial, conservamos en la propia experiencia un repertorio más ó menos abundante de datos y recuerdos que se ajustan exactamente á la pintura trazada por el sabio profesor de Salamanca. Ese tipo del opositor que se *quema las cejas* durante algunos años, y revuelve textos y pone en tortura su intelecto y su memoria para alcanzar con la cátedra una posición cómoda y segura, una canongía laica, sin otra obligación que la hora y media de clase (la asistencia al coro, siguiendo la comparación), es muy español; de ahí tantas cátedras que podrían ser ventajosamente suplidas para el alumno con media hora de buenas lecturas; tantos libros de texto que nada enseñan y sólo representan una industria accesoria del profesorado; tantos profesores que entienden que, despachada la hora de clase, ya *el resto del día es domingo*, como dijo uno de ellos á Unamuno.

A esta clara visión de la realidad, y á ese juicio sereno é imparcial para juzgarla, une el autor del folleto, y en éste se refleja, una potente originalidad intelectual que llega á veces á los límites de la paradoja. Así, al refutar el dicho vulgar: «más industriales y menos doctores», después de advertir agudamente que de nuestras escuelas industriales saldrían licen-

ciados y doctores en industria, por la manera de ser teórica y verbalista de nuestra enseñanza, sostiene Unamuno que todavía hacen falta más doctores famélicos, más *declassés* salidos de las Universidades, más proletarios de levita, en fin, cuyo descontento sirva de palanca para corregir las injusticias sociales. Hay todo un programa revolucionario en esa opinión. Pero ¿quién nos responde de que esos *ratés* de la enseñanza universitaria, una vez llegados á la meta, serían mejores ni lo harían mejor que los privilegiados de hoy?

Con la abundancia exuberante de ideas, que parece como que manan en tropel á medida que va avanzando el discurso, casa bien el carácter especial del estilo de Unamuno, espontáneo, vivo, natural, apartado cuanto es posible de la simetría de las formas retóricas, producto de reflexión y de lima. En los escritos de Unamuno no es el lenguaje vestidura de las ideas, sino como cuerpo en que éstas se encarnan con tales apariencias de naturalidad, que se diría que no hay solución de continuidad entre la representación primera del pensamiento en lo interior y su salida al mundo exterior revestido de palabras. Este mismo folleto, que versa acerca de una cuestión didáctica, y sobre didáctica universitaria, en que podían tener fácil acceso todos los artificios lógicos de método, sistema, clasificación, parece escrito con la propia inspiración de un poema en un arranque en que la concepción y la expresión parecen simultáneas. De poesía hablo, y poeta es Unamuno tanto como filósofo, aunque no haya publicado versos, y acaso por ser filósofo es poeta. Filosofía y poesía tienen la misma honda raíz y la propia estirpe, aunque el vulgo se las figure tan diferentes, no viendo en la una más que una frívola canción, ni en la otra más que un estudio abstruso y escolástico.

Estilos como el de Unamuno, que desprovistos casi de todo ornato retórico, ejercen, sin embargo, viva sugestión sobre el lector, son la mejor demostración de que la importancia de los artificios retóricos no es tan grande como se supone, ni tan decisivo su influjo para determinar el valor de las creaciones li-

terarias. Al cabo, las formas retóricas no son en absoluto una determinación necesaria como la forma del cristal en las especies minerales. Son un producto *á posteriori* de la experiencia literaria, que al formularse como regla parecen alejar de sí este modesto origen de resultados de la experiencia de los literatos que escribieron sin preceptiva, y adquieren con el carácter dogmático la apariencia de formas precisas, de moldes obligados. La historia literaria, al mostrarnos la transformación de esas reglas y de esos tipos de la preceptiva literaria, nos enseña implícitamente lo que tienen de caducos, de transitorios, de históricos. ¿Dónde está ya la forma de la tragedia helénica? ¿Dónde, aún tratándose de disciplinas científicas y de formas lógicas, el sistema silogístico de los escolásticos? Para condenar á los innovadores y á los independientes habría que admitir la teoría de la cristalización definitiva de las formas retóricas, dando á esta cristalización el alcance no de una determinación histórica, como es, sino de algo permanente é invariable.

*
* *

En su opúsculo *Los hidalgos* ha querido presentar el inteligente escritor Sr. Martínez Ruiz algunos rasgos salientes de la fisonomía de la sociedad española del siglo XVII.

No se trata de un trabajo de investigación histórica encaminado á aclarar algún punto dudoso, sino de un ensayo afortunado de exposición literaria de algunas notas sintéticas de un período histórico. Los siete capítulos de esta obrita, titulados, *La hacienda, La casa, El amor, La moda, La inquisición, Los literatos* y *La prosa castellana,* son de fácil y agradable estilo y revelan sentido de la historia y lecturas bien elegidas y bien asimiladas.

En esta clase de literatura histórica, que no tiene apenas fin didáctico, y que viene á ser una interpretación estética de la historia, la fantasía es cualidad indispensable para reconstituir lo que debieron ser los tiempos y los hombres pasados

que el autor ha elegido como objeto. Y no sólo en este género de escritos históricos, si no en todos, hasta en aquellos en que hay más investigación científica que arte literario, la imaginación es elemento indispensable. Las fuentes históricas no nos ofrecen más que una mínima parte de los acontecimientos, la parte más externa, la mera corporeidad de los sucesos, no su espíritu ni su mecanismo interior; ni tampoco nos hablan más que de los hechos sonados y extraordinarios, pues de los comunes y corrientes que formaron la trama de la vida de la inmensa mayoría de los hombres, apenas nos ofrecen noticias incompletas, y de lo referente á la vida psíquica de nuestros semejantes de otras épocas, nos brindan tan sólo aventuradas interpretaciones. El resto tiene que reconstruirlo la fantasía, á la manera que el arqueólogo por los vestigios de algún monumento reconstruye su traza y disposición primitiva, sin haberla visto ni tener de ella explicaciones completas. La historia tiene que ser, en gran parte, obra de artista y de poeta, de *vate,* de adivino.

Claro es que la imaginación ha de partir de la realidad, y ha de procurar mantenerse en contacto con ella, caminando siempre en la dirección de las posibilidades más probables. De otra suerte, la historia traspondría el límite que la separa de la novela.

Ese consorcio de la imaginación, facultad evocadora y artística, con el material histórico, dato objetivo, lo presenta el opúsculo del Sr. Martínez Ruiz, en el grado necesario en los escritos de su género, que deben ser, ante todo, literarios, sin dejar de ser históricos.

El Sr. Martínez Ruiz ha progresado mucho como pensador y como escritor. En sus primeros escritos, en que nos daba á conocer con excesiva franqueza intimidades reservadas de la bohemia literaria, revelaba ya una personalidad. Sus últimos libros, *La evolución de la crítica*, *La Sociología criminal* y *Los hidalgos,* le acreditan de literato de elegante estilo y fecundo pensamiento.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Filosofía: «La verdadera vida» de Tolstoi.=Literatura: La novela contemporánea inglesa.—El teatro en Italia.=Biografía: José Chamberlain.=Historia: Los jesuítas y los kuanes.=Política La degeneración del régimen parlamentario.=Impresiones y notas: Una instalación eléctrica conventual. — Pensamientos de Ruggero Bonghi.—La votación automática.—Los herederos de los archimillonarios.

FILOSOFIA

«La verdadera vida» de Tolstoi (1).—La tercera parte de *La verdadera vida,* trabajo inédito de Tolstoi, publicado por la *Nouvelle Revue Internationale,* se titula «Las seducciones».

Aunque desde los tiempos más remotos los hombres han dictado leyes contra las consecuencias de los pecados, castigando el robo, el asesinato y los demás crímenes, éstos han seguido cometiéndose á causa de las *seducciones*, trampa en que el hombre cae atraído por una apariencia de bien y en la que encuentra su perdición.

Mientras el hombre tiene solamente intención de pecar, no ve claramente el desacuerdo entre sus actos y su conciencia; pero una vez cometido el pecado, se revela ese desacuerdo, y para hacerlo desaparecer, el hombre trata de justificar su con-

(1) Véase el número anterior de nuestra *Revista de Revistas.*

ducta: esa serie de justificaciones, transmitidas algunas por la tradición para servir de excusa á los pecados, es lo que constituye *las seducciones.*

Las seducciones son cinco: seducción individual ó de preparación, seducción familiar ó de continuación de la especie, seducción del trabajo ó de la utilidad, seducción del compañerismo ó de la fidelidad, y seducción social ó del bien común. La primera consiste en justificar sus pecados por la preparación á una actividad que será útil á los hombres en el porvenir; la segunda justifica los pecados por el bien de la familia; la tercera por la necesidad de llevar á cabo la obra comenzada, útil á todos; la cuarta por el bien de los hombres, con los que se está en relaciones exclusivas; y la quinta por el bien del grupo, de la nación, de la humanidad: es la representada por Caifás pidiendo el asesinato de Cristo en nombre del interés público.

Para ser realmente útil á mis semejantes—se dice el hombre,—necesito, ante todo, asegurar mi propia existencia. Ocupado en la conservación y perfeccionamiento de su personalidad, olvida el fin de esta preparación, no piensa más que en sí mismo, y comete pecados de sensualidad, de ociosidad, de apropiación y otros, disipando sus fuerzas y dañando ó pervirtiendo las ajenas. Tal es la *seducción personal.*

Al crearse lazos de familia, el hombre piensa que el amor á los suyos es su principal deber, y que los pecados que se ve obligado á cometer por el bien de la familia son perdonables. «Si no tuviese mujer, si no tuviese marido, si no tuviera hijos —se dicen,—viviría de otro modo; y si no me sometiese á esta vida de familia, la especie humana desaparecería de la tierra.» Satisfechos con este razonamiento, se quitan tranquilamente unos á otros el fruto de su trabajo; les obligan á penar, con detrimento de su salud; se apoderan de sus tierras ó privan á un hijo de la leche de su madre para que alimente á otro. Tal es la *seducción familiar.*

El hombre necesita ocuparse en algo, y toda ocupación

exige ciertos actos en el momento oportuno. «Tengo que terminar la labor de mis tierras y sembrarlas—se dice;—si no lo hago en este instante, perderé mi trabajo y mis semillas.» Y razonando así, el hombre no abandona su labor para ayudar al vecino á levantar su caballo, ni interrumpe su tarea urgente para asistir á un enfermo, ni detiene su fabricación para que los obreros no sufran. Al contrario: está dispuesto á quitar al enfermo su enfermero para que éste termine sus tareas, y á minar la salud de generaciones enteras á trueque de acreditar su fábrica. Tal es la *seducción de la actividad.*

Colocados en condiciones análogas de existencia, los hombres tienen la tendencia á dividirse en clases; entonces nace en ellos el espíritu de cuerpo, y sólo ven los intereses del grupo á que pertenecen, sobreponiéndose estos intereses á todos los demás. En nombre del compañerismo se cometen los actos más salvajes é insensatos, tales como el envenenamiento por el vino ó la cerveza, los disfraces en corporaciones distintivas que provocan animosidades, riñas y asesinatos, y otra multitud de pecados, todos realizados por la *seducción del compañerismo.*

Los hombres viven bajo cierto régimen social; pero los que consideran el orden de cosas existente como más provechoso para ellos, estiman que es también el mejor de todos, y para mantenerlo se creen con derecho á ejecutar los más abominables crímenes colectivos, tales como las ejecuciones capitales, el encarcelamiento, las guerras, la esclavitud y el proletariado. La posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo por hombres que no los usan se considera como justa, y debe ser defendida hasta el punto de encarcelar y ejecutar á quienes se sublevan contra este régimen, estimándose asimismo lícito por el provecho social, no sólo sostener un ejército, sino matar en masa á los hombres de otra nación. Tal es la *seducción social.*

Si las seducciones no existieran, ningún hombre podría gozar de lo superfluo enmedio de los que perecen por carecer de lo necesario, y esos ricos no llegarían nunca al estado de ocio-

sidad que les hace la vida inútil y fastidiosa, mientras los viejos, los niños y los débiles trabajan en su lugar para sostener su fausto. Las consecuencias de la existencia de los pecados son la miseria y opresión de unos, y la saciedad y ociosidad de otros; el reparto desigual de los bienes, las luchas, procesos, ejecuciones y guerras, el desorden y el salvajismo; las seducciones consagran esas consecuencias, y nos reducen al estado social, intelectual y moral en que nos encontramos.

La cuarta parte de *La verdadera vida* se titula «Las mentiras de la fe y los medios de librarse de ellas».

La mentira de la fe—dice Tolstoi—es la confusión buscada de las nociones de fe y de confianza; se afirma que el hombre no puede vivir ni pensar sin fe, lo que es muy cierto; pero se sustituye á la noción de fe—es decir, á la conciencia de que existe algo que no puede ser definido por la razón: Dios, el alma, el bien—la noción de la confianza ciega en la existencia de un Dios en tres personas que ha creado el mundo en tal momento, haciendo tal revelación en tal instante y por tales profetas.

La verdad no necesita ninguna confirmación por el ejemplo, pues es aceptada libremente por todos los que la comprenden: la mentira, por el contrario, exige procedimientos especiales para obligar á los hombres á sufrirla y admitirla. Estos procedimientos, aplicados á la fe, son los mismos en todos los pueblos: 1.° La falsa interpretación de la verdad. 2.° La creencia en lo maravilloso. 3.° La sustitución de intermediarios entre el hombre y Dios. 4.° La acción sobre los sentidos. 5.° La enseñanza á los niños de la falsa fe.

Para vivir según la doctrina de Cristo, el hombre debe destruir los obstáculos que dificultan la verdadera vida, la manifestación del amor; esos obstáculos son los pecados; pero los pecados no pueden desarraigarse mientras el hombre esté bajo la influencia de las seducciones, y de éstas no puede librarse sino librándose antes de las mentiras de la fe, emancipando su razón de su yugo.

LITERATURA

La novela contemporánea inglesa.—En la primera mitad del siglo — dice en la *Rivista politica e letteraria*, de Roma, Olindo Malagodi—en el período de Walter Scott, la literatura inglesa producía dos novelas por semana, y ya entonces parecía mucho. Hoy, sin contar los folletines y las novelas de Revistas, la estadística revela una producción media de 40 novelas por semana ó 2.000 por año, siendo de notar que la más modesta no se tira á menos de 4.000 ejemplares, y que las producciones de los autores favoritos del público llegan frecuentemente á ediciones de 100 y de 200.000 ejemplares, y debiéndose también tener en cuenta que con las bibliotecas circulantes y las colosales máquinas de difusión, como la London Library, la Muddie Library y tantas otras, cada ejemplar pasa por las manos de cientos de lectores, llegando al máximum de su circulación.

La novela, en tales condiciones, deja de ser simple fenómeno literario para pasar al rango de fenómeno social; entra en la categoría de los objetos ordinarios de consumo como la cerveza, el te y el tabaco, y se somete necesariamente al proceso fatal de la industrialización. Los editores imponen al autor su criterio fijando el tamaño, el tipo, el carácter y hasta el estilo de las obras; los autores se convierten, de artistas, en simples manipuladores. La obra de arte se hace cada vez más rara, y el éxito perdurable es sustituído por el éxito efímero, pero lucrativo, del momento.

El público inglés (y en él entra el norteamericano, el canadiense y el australiano) que consume novelas, es uno de tantos productos psicológicos de la democracia industrial, y se distingue profundamente del novolatino y del eslavo; nuestro público español, francés, ruso ó italiano, es un público restringido, pero de cultura refinada, si no varia y profunda; el

público inglés es un público vastísimo, pero de cultura más grosera; aquél está formado por propietarios, funcionarios y profesionistas, á quienes las necesidades de la vida material ocupan poco, y sus energías intelectuales, dirigidas largos años en liceos, gimnasios y Universidades en el sentido de la cultura ideal, tiende á desenvolverse en el mismo sentido, engendrando naturalmente una literatura sutil, delicada, refinada, propia para satisfacer los gustos aristocráticos de nuestros intelectuales; el público inglés está formado por las clases industriales, que no hacen ni pueden hacer de la cultura artística un fin, ni puede tener el refinamiento del público latino-eslavo. En la sociedad agrícola-aristocrática, el campo y la agricultura forman el elemento principal: en la sociedad industrial los términos se invierten y las ciudades obreras absorben la población campesina. La ciudad industrial inglesa y la ciudad aristocrática italiana, son los símbolos de las dos almas diversas de ambos pueblos; en la una, brillan los marmóreos y artísticos palacios del Renacimiento, hoy muertos y solitarios; en la otra, las fábricas antiestéticas de hierro, llenas de vida y energía. La evolución industrial ha destruído en Inglaterra la clase de propietarios medios y de funcionarios ociosos, que son el terreno propio para el desarrollo de la cultura refinada; ha concentrado la riqueza en manos de unos cuantos, sometiendo el resto de la población al trabajo continuo; la clase artesana ha formado el proletariado manual, y la media el proletariado intelectual. En política esta transformación ha producido un gran progreso; en moral un progreso parcial; en arte un retroceso.

El público inglés, poco culto y sujeto á la necesidad del trabajo mecánico, no se halla en condiciones de gozar el placer puro de la contemplación intelectual, ni de acumular esas energías psíquicas que en un momento feliz irradian esplendorosamente produciendo la obra de arte. La meditación tranquila, casi soñadora, que es el estado propio del espíritu que crea, y que apareciendo semejante al ocio encierra en reali-

dad una actividad profunda, compleja y admirable, es incompatible con el mecanismo del trabajo diario. Tal es la razón por la que las sociedades materialmente activas y prácticas no son artísticas, y por qué los períodos históricos de acción son pobres en artes y en pensamientos.

Otro carácter del público inglés es el predominio del elemento femenino: la mujer en Inglaterra lee más que el hombre; los dos tercios de los abonados á las grandes librerías circulantes son mujeres; de aquí la gran influencia que los gustos y las tendencias de la mujer ejercen en la literatura popular.

La psicología del público explica los caracteres de la literatura. La vida práctica del público explica por qué la novela se ha desnaturalizado hasta convertirse en un vehículo de cuestiones prácticas, religiosas, políticas y económicas del momento. Esta misma vida, con su monótona regularidad, explica el gusto por lo imprevisto, y por lo mismo, la novela fantástica, que hace en Inglaterra el papel del opio en la China, alegrando con los vivos colores del sueño el horizonte uniformemente grisáceo de la vida. Toda esta literatura, buena por el momento, se pone en seguida rancia, y pasa con ella lo que con la lectura de los diarios: nada más interesante que las noticias y discusiones del día, ni más atractivo que la lectura del periódico que las trae; pero un periódico atrasado parece un montón de cenizas. Lo mismo ocurre con toda esta literatura efímera, á pesar de la habilidad de factura con que frecuentemente se presenta.

Y no es que Inglaterra carezca de autores distinguidos y de público culto; posee unos y otro. Pero así como la aristocracia histórica ha perdido la dirección de la vida política y social, así la aristocracia literaria no tiene influencia alguna en el mercado de la literatura, y los más insignes novelistas se quedan en la obscuridad, admirados por un público tan escogido como limitado, que no puede alcanzar á recompensar materialmente á sus autores en proporción de la admiración que por ellos siente. Uno de ellos sobre todo, que no tiene

en la literatura moderna más rival que Balzac, Jorge Meredith, y cuya primera obra maestra data de 1857, no ha visto premiada su labor hasta estos últimos años.

De aquí el problema: ¿Está destinada á desaparecer la aristocracia literaria democratizándose, ó se aristocratizará el industrialismo literario? ¿Matará el libro del día al libro del siglo? Mientras la sociedad inglesa siga siendo lo que es, la literatura industrial mantendrá su prepotencia, y la literatura artística seguirá siendo pasto de un público tan selecto como escaso.

La clase más numerosa de novelistas y el tipo más propio de novelas, es el relacionado con los problemas de la moral; esta preocupación moral ha entrado en la literatura inglesa á fines del siglo pasado, se ha afirmado con Dickens y con Thackeray, y domina hoy como inviolable ley. Ha transformado la novela en un sermón dramatizado, conquistando así el apoyo de la Iglesia; los *clergymen,* en sus predicaciones del domingo, desarrollan frecuentemente la tesis de las novelas en boga, y los fieles las compran.

El más ilustre representante de esta escuela es la señora Humphry Ward, cuyas novelas, grises y monótonas, no sólo desarrollan siempre una tesis moral, sino que están empedradas de trozos de elocuencia religiosa; María Corellí, de origen italiano, la ha sucedido y sobrepujado en el favor del público, no por su mayor valor positivo, sino por su fácil y profusa imaginación meridional; en *Barrabás, Los dolores de Satanás, Una novela de dos mundos*, etc., se ponen en juego los grandes delitos y pasiones, riquezas fabulosas y misterios impenetrables, ángeles y demonios y todos los elementos de la dramática popular. Otro escritor del género es Hall Caine; su último libro, *El Cristiano,* lleno de sensualismo disimulado y de misticismo romántico, es su obra maestra, especie de síntesis de lo que pasa ordinariamente á los ojos del pueblo londonense, despertando su curiosidad.

Dentro del mismo género, pero enfrente de la moral orto-

doxa, está la heterodoxia. Los iconoclastas de la moral actual, interesados sobre todo en las cuestiones conyugales, han creado la novela *sexual,* cuyos principales representantes son Sarah Grant, Jorge Egerton, Mona Caird, Arabela Kenealy, Grant Allen y Tomás Hardy. Sarah Grant, la enemiga del varón, ha flagelado la brutalidad del hombre, que sacrifica la mujer á sus placeres, siendo sus obras más conocidas *Heavenly Twin* y *Beth Book*; Mona Caird sostiene, en *Las hijas de Danao*, que la mujer no debe estar sometida ciegamente á los deberes de la maternidad; Grant Allen ha patrocinado en sus obras la teoría del amor libre, y Hardy en las suyas ha pintado con vivos colores las desilusiones de la vida sexual.

El segundo puesto por la importancia y el primero por la profusión y la difusión, lo ocupan las novelas de intriga, la *plot-novel,* ramificada en multitud de especies: la criminal, la de aventuras, la de descubrimientos de tesoros, la fantástica y muchas otras. El mismo Darwin hacía de estas novelas su principal recreo intelectual, mientras le dejaban frío los dramas de Shakespeare, fenómeno que él atribuía á la atrofia del sentido estético por el uso excesivo de la observación. El *plot* ó intriga ha llegado á ser un artículo de comercio, habiendo autores que se dedicau á forjar *plots* para venderlos á escritores de poca imaginación.

Los autores más en boga de este género, son: Walter Besant, novelista de intrigas contemporáneas, cuya novela más famosa es *All sorts and conditions of men;* Miss Braddon, la más fecunda de todos; Merriman, Carlos Benham y Frank Barret, que han picoteado en todo género de intrigas; Antonio Hope, que se ha ceñido á una especialidad de narraciones; Rider Haggard, dedicado á la evocación de tiempos y países remotos; Clarke Russel, especialista en aventuras de piratas, y Wells, especie de Verne psico-metafísico.

La novela de costumbres, simple fotografía de la realidad, es de las más florecientes, y entre sus cultivadores figuran Norris, Zangwill, Morrison, Crocket, Emma Marshall y Ma-

claren, que han puesto á contribución todas las clases y todas las provincias, creando la novela aristocrática, la profesional, la militar, la clerical, la del Norte y la del Sur, la escocesa y la irlandesa, la comercial y la burguesa.

Otro especialísimo género de novela lo ha dado la afición de los ingleses á los viajes y el desarrollo inmenso de su poder colonial. Entre los novelistas de costumbres extranjeras figuran algunos de los mejores escritores contemporáneos, como Rudyard Kipling, el pintor de la vida de la India; la Señora Steele, cultivadora de narraciones de la misma región; Oliva Schreiner, narradora de escenas de costumbres del Sur de Africa, y Luis Beck, cronista de los tiempos históricos de la conquista de Australia y del Pacífico.

Entre los miles y miles de novelas que produce Inglaterra, es rarísima la aparición de una obra de arte. Entre los autores, si bien es cierto que la mayoría son simples manufactureros, no faltan quienes posean notabilísimas facultades artísticas. Kipling es escritor de vigor extraordinario, con vivísimo sentido de los efectos dramáticos; Hope tiene una imaginación tan fina como graciosa; Morrison y Gissing, los pintores de la vida obrera de Londres, son observadores profundos. Pero la producción literaria, hasta en sus mejores resultados, queda fuera del verdadero campo del arte, por la preocupación didáctica y moral, por la necesidad de hacer interesante el libro á un público falto de sentido estético, adaptándolo, como un periódico, á las cosas del momento.

Los dos novelistas que en Inglaterra representan el arte puro son Jorge Meredith y Tomás Hardy; pero su éxito en el gran público ha sido escaso y lento, no habiéndolo llegado á medio conquistar sino á fuerza de producir obras maestras. Meredith ha cumplido ya sus setenta años y su labor puede estimarse conclusa; es una obra colosal, como la de Balzac. El primero de estos libros, *Ricardo Feverel,* es la más alta representación de la literatura inglesa del siglo, superior á la de Dickens por la riqueza, variedad y altura de propósitos, y á la

de Thackeray por el poder creador y el esplendor poético que la colorea. La labor de Meredith es la gran epopeya de la juventud y de la actividad: de todas sus páginas parece brotar una voz que os dice: «¡Vivid! vivid como podáis, sin dejaros jamás vencer por el sueño ni el dolor.» Como psicólogo y pintor de la juventud, de sus ilusiones y sus generosidades, Meredith es único en la literatura universal; como psicólogo y pintor de mujeres no tiene quizá más rival que Shakespeare; su galería de mujeres, no sólo es la más rica de la literatura moderna, sino que tiene propia originalidad por su maravilloso carácter objetivo. El arte de componer y el estilo de Meredith llevan tambien en su originalidad el sello del genio; no falta quien tache de artificioso su método, pero representa, por el contrario, la reacción de la verdadera naturaleza contra la naturaleza convencional.

Tomás Hardy es otro verdadero artista, aunque bastante distante de Meredith, por no tener ni la riqueza de su fantasía creadora, ni sus ideas múltiples y varias de la vida, ni su objetivismo y superior serenidad. Hasta representa la tendencia opuesta: el subjetivismo, el pesimismo doloroso y la sublevación contra las leyes de la vida. Sus personajes, extraña procesión de figuras pálidas y mal vestidas, inútilmente inteligentes y buenas, presentan vivo contraste con la familia señoril de Meredith, rica de todos los dones de la naturaleza y de la sociedad. El arte de Hardy, si tiene menos variedad de tonos que el de Meredith, tiene algunas notas más delicadas y profundas, siendo más directa é intensa su acción. La tristeza que se desprende de las obras de Hardy no es la tristeza del pensamiento, como en Leopardi, ni la del sentimiento como en Musset; es una especie de tristeza instintiva, más fatal y profunda, que podía llamarse la tristeza natural de la vida por oposición á la alegría de la vida, de Meredith. De los dos grandes procesos perennes de la naturaleza, el nacimiento y la muerte, el desarrollo y la decadencia, la formación y la disolución, Hardy está fascinado por el segundo, y

en toda cosa y en todo hecho siente la presencia de la muerte. A primera vista la idea fundamental de la labor de Hardy parece idéntica á la de Flaubert; pero la diferencia es profunda: Flaubert odia la vida, é intenta deprimirla y envilecerla; Hardy otorga amplia parte á la belleza y al bien, y esta fusión de la bondad y la tristeza, de la belleza y de la muerte, vela con magnífica poesía su pesimismo, dando á sus libros una originalidad y un encanto que los distinguen de todas las demás obras pesimistas de la literatura contemporánea.

***

El teatro en Italia.—El teatro en Italia vive en condiciones especialísimas. En España—dice Lyonnet en la *Nouvelle Revue Internationale*—las piezas nuevas se crean en Madrid y en Portugal en Lisboa; y esta regla es casi inmutable. En Italia cualquier obra nueva puede estrenarse indistintamente en Milán, en Roma, en Turín, en Florencia ó en Venecia. Las compañías jamás tienen domicilio fijo y recorren todas las grandes capitales en cada temporada, labor de judío errante á que los artistas italianos están sujetos, sin exceptuar ni á la Duse, ni á Novelli, ni á Zacconi, ni á la Tina di Lorenzo.

Claro es que para los provincianos es una gran comodidad ver desfilar ante sus ojos, sin molestarse en viajar, las más famosas compañías y los artistas más célebres. Pero ¿qué sería entonces de nuestros teatros de París ó Madrid, sino vastos locales que alquilar al primer empresario de paso, en lugar de ser asiento fijo de todas las celebridades de la escena?

Estas costumbres dramáticas italianas son enteramente distintas de las nuestras, punto en que importa insistir. No hay en Italia, en materia artística, ninguna verdadera metrópoli en torno de la cual todo gire, y el antiguo fraccionamiento político de este país ha dejado en esto profundas huellas; es una gran desventaja para los autores y para las obras, cuya *mise en scène* es siempre necesariamente pobre.

Una compañía que viaja sin cesar, puede todavía llevar fácilmente su vestuario en sus maletas; pero cuando se trata de variar en un mes todas las noches de espectáculo para dar á conocer un repertorio, no es fácil de arreglar el llevar consigo un *atrezzo* y unas decoraciones adecuadas. De ahí una sobriedad en trajes y decorado de que no es fácil dar idea. ¿Cómo obrar de otro modo, además, en un país donde el teatro es barato y donde una compañía de importancia monta su repertorio en decoraciones y trajes por 15.000 francos?

Como el año teatral principia en Cuaresma, cada compañía sabe aproximadamente, con un año de anticipación, dónde ha de ir, pues tiene que contratar los teatros con oportunidad para no quedarse sin local. Tal empresario que comienza sus tareas por la Cuaresma en Roma, pasará la primavera en Venecia, el verano en Génova, el otoño en Turín, si es que no recorre de paso Liorna, Nápoles ó Florencia. Dada esta situación, fácil es formar idea del estado de la escena en Italia.

—¡Oh, la Italia!—dirá cualquier sediciente perito.—¡El arte dramático italiano! ¡Qué fecundo campo de estudio! ¡Qué artistas!

—Dispensad; pero.....

—Por de pronto la Ristori.

—¡Ah, caballero! La Ristori se ha despedido de la escena y vive en Roma muy retirada.

—Olvidaba ese detalle. Ernesto Rossi también ha muerto hace poco. Pero, ¿no tenéis á Salvini?

—Sin duda. Pero Tomás Salvini, casi septuagenario, apenas se exhibe ya. Vive en Florencia, no aparece en público sino en circunstancias excepcionales, y el teatro de que es propietario está cerrado.

—Pero, ¿y la Duse, caballero? ¡La Duse!

—Después de haber descansado todo el invierno por causa de salud, la Duse ha salido para Egipto. Y estamos hablando de Italia.

—Pase todavía por la Duse, cuya salud es muy instable,

y que representa casi siempre fuera de Italia. Pero no diréis que no tenéis á Novelli.

—Sí, á quien tengo la fortuna de conocer por haberle visto trabajar en Barcelona y en Valencia, porque también Novelli es de los que se reservan para el extranjero.

Italia, como España, encierra toda una pléyade de valiosos artistas cuyos nombres son en Francia completamente desconocidos; sólo que en Italia, consecuencia de la difusión del personal dramático en diez capitales, hay que abandonar toda clasificación metódica, y para conocer los artistas y las compañías de valor, hay que dejar correr los sucesos y abandonarse un tanto al azar.

POLITICA Y BIOGRAFIA

José Chamberlain.—Hace unos años—dice Ouida en la *Nuova Antología*,—en el momento en que Chamberlain, habiendo dejado el partido liberal, era adorado por el conservador, le contemplaba yo una noche en uno de los palacios de Belgrave Square. Estaba de pie, rodeado por la flor y nata de la aristocracia inglesa, que le rendía pleito homenaje, gratísimo para él. Era espectáculo curioso, y me imagino que Chamberlain, sin demostrarlo, gozaba y hasta se reía un poco de aquella idolatría. Su fisonomía indica su carácter: no es distinguida, pero sí repleta de energía, de inteligencia y de obstinación; es la fisonomía de un comerciante, no de un estadista; su eterno monóculo en el ojo sirve para velar su expresión, y su nariz, corta y remangada, da vulgar aspecto á su perfil, que de otro modo resultaría regular y fino. En estos últimos años ha envejecido más de lo que su edad justifica, y se dice que está atormentado por la gota y la neuralgia. ¡Uno sólo de estos males sería bastante! Chamberlain viste siempre bien,

«demasiado bien», y no se halla sin una orquidea en el ojal de su levita, flores venidas de aquel famoso invernáculo de su propiedad que tanto deseaban quemar los conservadores no hace mucho tiempo, cuando Chamberlain era por ellos odiado, condenado, y considerado como el Antecristo.

Se dice, y probablemente con acierto, que Chamberlain dejó á los liberales por sus celos de Gladstone, por la irritación que le causaba el imperio que Gladstone ejercía siempre sobre sus colegas, y además porque entre los liberales estaba Lord Rosebery, que entonces prometía mucho, y en el partido del *Home rule* el genio de Parnell, en quien Chamberlain ha debido sentir siempre un superior invencible. Si esas fueron las razones, debe estar satisfecho, porque en el Gabinete de Lord Salisbury, el Ministro de las Colonias es de hecho, si no de derecho, el verdadero jefe del Gobierno, siendo fenómeno curioso el ver á Roberto Cecil, Marqués de Salisbury, bajo el dominio del antiguo comerciante de Birmingham.

El hecho es que cuando Chamberlain renunció al partido liberal no dejó de acertar, atendiendo á su triunfo actual. Si la posteridad lo alabará ó lo censurará es otro asunto, pero Chamberlain es hombre á quien debe importar poco lo que digan de él después de muerto. Es duro y fuerte, con buena dosis de cinismo, y á un hombre político de tal empaque le importa un bledo la Historia. El gran Napoleón, después de la campaña de Egipto, dijo: «Si yo muriera mañana, tendría ya siquiera media página en un Diccionario universal.» A Chamberlain le sería probablemente indiferente tener media página ó una página entera. Lo que le satisface es dominar. ¿Habría tenido el mismo éxito hace cincuenta años? No es de creer. Hace cincuenta años se admiraban en los políticos cualidades muy distintas de las suyas; en época más animosa, íntegra y noble que esta, un gran partido hubiera recibido con desdén al tránsfuga; hoy, las cualidades de Chamberlain son las que privan, y los conservadores ingleses le reciben con los brazos abiertos, haciendo de él su ídolo, sin atender á su origen ni á

su historia, ni siquiera á su filiación religiosa de unitarista (1).

Él es quien ha concebido y fraguado la guerra del Transvaal, á la que puede llamar «su guerra», como la Emperatriz Eugenia llamaba la guerra de 1870 «*ma guerre à moi*». La guerra ha sido concebida, deseada é impuesta por el Ministro de las Colonias. Quien haya seguido atentamente la acción de Chamberlain antes y después de la comisión real sobre Cecilio Rhodes y la incursión de Jameson en el Transvaal, no puede dudar de las íntimas relaciones entre Rhodes y Chamberlain. Los dos primeros días de su examen, Rhodes estaba excesivamente nervioso; luego, tranquilizado, recobró toda su estólida indiferencia; y no son éstas sospechas ni chismes; son verdades que brotan claramente de los informes de esa comedia de comisión de 1897. Más tarde, unos meses después, la *Chartered Company*, de Africa, se veía algo apurada; fue comprada por el Gobierno, del que formaba parte Chamberlain, por un precio bastante elevado; todos sabían perfectamente que Chamberlain era gran accionista de la Compañía, y en la Cámara se hizo, aunque tímidamente, una pregunta sobre aquel negocio; pero Chamberlain respondió atrevidamente que no había tratado de la venta al Estado, y que no estuvo presente á la votación sobre aquel asunto; y con respuesta semejante nadie se atrevió á replicar.

Chamberlain es hombre que ha llevado á la carrera política el criterio y las costumbres de un *commis voyageur* sin escrúpulos. Un día se alababa en un discurso de pertenecer al partido de los *gentlemen*, pero si hubiera sido un verdadero *gentlemen* no lo hubiera dicho. El comerciante puede tener grandes cualidades, gran inteligencia y gran audacia; pero no por eso es un gentilhombre, ni tiene las condiciones de gran jefe político. El comerciante en la vida pública lleva las tradiciones de su oficio, buscando siempre el modo de arrollar á

(1) Secta que sólo cree en Dios, pero no en Cristo ni en el Espíritu Santo.

los demás, y la vida política debe ser algo más que un negocio en que la única aspiración es la de superar á los propios rivales.

Chamberlain es un truhán; pero su truhanería no tiene aquella máscara elegante y sonriente que tuvo la truhanería de Disraeli. No tiene el talento, superior en el hombre político, de refugiarse en frases exquisitas que no dicen nada. Ni tampoco habla con franqueza: su réplica ó llega en derechura á la brutalidad, ó es equívoca. Se irrita fácilmente, y en los nervios de su rostro se ve que no tiene aquel dominio de sí mismo, que constituye un don de la Naturaleza, tan precioso en el gentilhombre de raza. Ha llevado al *Treasury Bench* (Banco de los Ministros) las maneras que antes tenía en el Municipio de Birmingham. Cuando es sincero, es vulgar: su comparación del presidente Kruger con una esponja que hay que estrujar, es una muestra de su género de elocuencia. La Cámara no hubiera podido soportarle en los días de Palmerston ó Melbourne, cuando los oradores citaban versos en griego y latín, seguros de que todos los comprendían. La Gran Bretaña, que sufre y que aplaude á Chamberlain, no es ya la Gran Bretaña de lord Grey, de Canning, de Wellington, de los primeros años de Gladstone y... «Disraeli ha pasado por allí».

Disraeli y su doctrina han dominado y penetrado la vida inglesa en sus más altas esferas, como una fiebre perniciosa entra y reina en una comarca. Falta espacio para explicar aquí el fenómeno de aquel judío veneciano que dominó por completo á la aristocracia inglesa; pero ningún espectáculo ha sido más prodigioso, y la influencia de Disraeli existe y crece todavía en la singular Asociación que se llama la *Primrose League*, así llamada por la preferencia atribuída á Disraeli por la modesta flor primaveral. Disraeli, con todo su genio, tenía la pasión del reclamo con su falso brillo, y consiguió arraigar aquella pasión en el reservado carácter inglés. La primera señal de esta enfermedad fue cuando la nación permi-

tió á Disraeli cambiar una Monarquía antigua é ilustre en un Imperio nuevo y de oropel. Tras este paso, la manía de las falsas grandezas ha penetrado en todo el país, haciendo que aquella nación, verdaderamente grande y noble, se sintiese hinchada por sus riquezas, y proclamara á gritos su superioridad, como si la vanidad no fuese tan ridícula en una nación como en un individuo.

Este cambio, obra sin duda de Disraeli y de la plutocracia, ha preparado el terreno á Chamberlain, que, sin el idealismo de Disraeli, tiene más vanidad y es más cruel, teniendo muchos menos escrúpulos, si es que tiene alguno. Hay ya señales de que el país está cansado de lord Salisbury, deseando estar bajo la sola tutela del audaz comerciante de Birminghan. Salisbury tiene demasiados escrúpulos, demasiado honor, demasiada dignidad para la nueva época, y da pena ver á semejante hombre hacerse apologista y eco de un sujeto del empaque de Chamberlain. Parece increible que lord Salisbury haya consentido en repetir la fábula de que la guerra surafricana se haya hecho por dotar de derecho electoral á los *Ouilanders*, emigrantes que han ido al Transvaal á trabajar y hacer fortuna. Los ingleses que viven en Italia no votan allí, y á nadie se le ocurre por eso pensar que Italia ofende á Inglaterra. ¿Por qué, pues, ha de sentirse ofendida Inglaterra en el Transvaal porque allí no voten los ingleses?

La guerra no tiene disculpa ni tendrá gloria, porque cuando una nación enormemente rica y poderosa se bate por motivos de codicia con un pueblo pequeño, pobre y sin apoyo, ninguna victoria del poderoso puede jamás ser noble ni digna. Los más ilustres pensadores ingleses, como Herbert Spencer, Morley y Harrison han protestado inútilmente contra la locura de lanzar el ejército inglés al fondo del África para defender los intereses de los accionistas de la Chartered Company; todo en vano, porque es tan fácil embriagar á un pueblo con el brebaje de la vanidad y de la brutalidad, como difícil hacerle escuchar los consejos del buen sentido y de la justicia.

El reinado de la reina Victoria ha sido una larga sucesión de guerras, ninguna de las cuales ha sido necesaria ó inevitable. Pero tampoco ninguna ha sido interior; el ciudadano ó el campesino inglés no sabe nada de las agonías de la guerra; nunca ha sufrido personalmente viendo su casa quemada, su familia hambrienta, sus campos devastados, sus hijos muertos en una carga de caballería ó en un bombardeo. No ha visto nunca en su provincia ó en su ciudad una batalla ó un sitio, y no comprende el daño atroz que hace cuando, al aplaudir á un político, lanza el espíritu infernal de la guerra sobre países y pueblos lejanos. Esta es la disculpa de la nación; pero al mismo tiempo es la condena inexorable de quienes llevan por malos caminos á un pueblo generoso y bueno, apelando á sus más brutales instintos y abusando sin escrúpulo de su ignorancia.

La moral de este breve estudio es esta: no deseéis una victoria ni una conquista fácil á los ingleses en el Transvaal, porque producirá seguramente el ascenso de Chamberlain al poder supremo y el triunfo consiguiente de todo lo que Chamberlain representa y significa.

HISTORIA

Los jesuítas y los kuanes.—Víctor Charbonnel intenta demostrar en la *Revue des Revues* que San Ignacio de Loyola se inspiró, al fundar la orden de los jesuítas, en las congregaciones ó cofradías musulmanas, especialmente en las *Quadryas* y en las *Chadelyas,* fundándose en el conocido encuentro de San Ignacio con el moro de Manresa al ir á Montserrat, en el viaje que hizo á Palestina, en la comparación de las congregaciones cristianas y musulmanas con la Compañía de Jesús, y en las acusaciones de mahometismo que la Inquisición lanzó contra San Ignacio, y que dieron por resultado su encarcelamiento en Alcalá primero, y en Salamanca después, obligándole á

salir de España y á refugiarse en París, donde fundó definitivamente la Compañía.

Lo más interesante de la demostración de la tesis sustentada por Charbonnel está en la comparación entre el *kuanismo* musulmán y el jesuitismo, comparación de la que resulta efectivamente la existencia de no pocos rasgos comunes, no negados por los mismos jesuítas, pero sí explicados como meras coincidencias, nacidas de que el kuanismo había seguido en varios puntos las reglas y el espíritu de las órdenes monásticas cristianas, punto de partida común del jesuitismo y del kuanismo.

La comparación hecha por Charbonnel versa sobre cuatro extremos: los métodos de iniciativa, la organización interior, el concepto de la autoridad y el espíritu y fines de ambas instituciones.

Métodos de iniciación.—A todo el que quiere entrar en una orden religiosa de la Iglesia se le impone un noviciado de un año y un día por lo menos. En las congregaciones musulmanas se prescribe, antes de toda admisión, un retiro ó *kelna* de treinta ó cuarenta días: el iniciado debe aislarse; no hablar con nadie más que con su *cheikh;* pedir por señas ó por escrito lo que necesita; no comer absolutamente nada por el día, tomando por la noche la cantidad estrictamente necesaria de alimentos; rezar, repitiendo la misma fórmula diez ó veinte mil veces, y cerrar los ojos para iluminar su corazón. En la Compañía de Jesús se exige también un retiro de treinta á cuarenta días, sin ver ni hablar más que á su director espiritual, con prohibición absoluta de reir ni de emplear palabra alguna que excite á reir, y dedicando cuatro horas del día y una de la noche á la meditación más profunda sobre la muerte y el infierno. Son, como se ve, los mismos procedimientos de quebrantamiento físico y moral.

Hasta en los detalles son sorprendentes las semejanzas: los kuanes ven en su ritual «un libro venido del cielo»; los jesuítas tienen el libro de los *Ejercicios* como una «revelación de

Dios.» Los kuanes leen en su regla ó *Ouerd*: «Cuando el adepto es de naturaleza vulgar, conviene iniciarle poco á poco, imponiéndole sólo oraciones fáciles»; los jesuítas leen en sus *Ejercicios:* «Si el que da los ejercicios reconoce que quien los recibe tiene poca capacidad, es más conveniente darle sólo ejercicios fáciles.» Los kuanes repiten su *Dikr* cientos y miles de veces, hasta atontarse; los jesuítas repiten lo mismo ciertas frases y fórmulas para llegar al mismo estado de vaga inconsciencia. A los kuanes se les recomienda que tengan fija su mirada, durante la oración, en un solo punto, sin apartarla de él; á los jesuítas se les hace en los *Ejercicios* la misma recomendación. Los kuanes rezan á compás ó con cadencia, de modo que entre respiración y respiración no se profiera nunca más de un nombre; los jesuítas tienen también en su «tercera manera de rezar» este rezo cadencioso, consistente en decir, á cada respiración, una palabra del Padrenuestro ú otra oración, de modo que «no se pronuncie más que una sola palabra entre una respiración y otra», empleándose el tiempo sobrante en considerar la significación de esa palabra. Los kuanes quieren que en la oración «el verdadero creyente vea, toque, oiga, huela y guste el objeto de sus meditaciones»; los jesuítas tienen el método de orar «por la aplicación de los sentidos», según el cual el religioso «ve, oye, huele, gusta y toca aquello sobre que medita.» Los kuanes sufren cinco pruebas, que son: las de «servir á los pobres, hacer una peregrinación á la Meca, hacer durante mil y un días trabajos domésticos, enseñar el Korán al pueblo y predicar solemnemente»; los jesuítas tienen también estas cinco pruebas, teniendo que cuidar durante un mes á los enfermos; hacer una peregrinación, ejecutar los trabajos abyectos en el convento; enseñar la doctrina cristiana á los niños y á los rústicos, y ejercitarse en la gran predicación.

Organización interior.—En las órdenes monásticas, fundadas en el principio de la fraternidad, la ley es común para todos: los novicios profesan, y los profesos son electores y ele-

gibles dentro de ciertas condiciones. En las congregaciones musulmanas, los grados de iniciación y los rangos jerárquicos son múltiples, y sólo el *cheikh* los confiere á su arbitrio, sin leyes ni traba alguna. Lo mismo ocurre en la Compañía de Jesús: el novicio, á los dos años se hace *escolástico;* el escolástico, á los cuatro años de estudios, pasa á *coadjutor temporal,* éste á *coadjutor espiritual* y éste á *profeso de tres votos* (castidad, obediencia, pobreza) y luego á *profeso de cuatro votos* (consagración á la Compañía); en todos estos grados, el general juzga y resuelve, pudiendo mantener á un iniciado eternamente en la condición de escolar aprobado, ó hacerle recorrer los grados todos de la jerarquía, sin que haya nada fijo que pueda sujetar al general á llevar á cabo una promoción en determinado tiempo.

Los kuanes practican el ocultismo y forman sociedades secretas, obligándose por juramento á la reserva, respecto de los profanos, y aun respecto de los iniciados de grado inferior. Lo mismo hacen los jesuítas: sus orígenes son secretos, su organización secreta, sus constituciones y gobierno secretos, en lo posible; los jesuítas tienen sus *Monita secreta,* que sólo reciben los grandes iniciados, y que hasta los Papas desconocen.

Los kuanes no tienen traje especial. Los jesuítas tampoco, y aunque suelen vestir el hábito ordinario del sacerdocio, no es para ellos una regla, y pueden vestirse, si quieren, de seglares.

Los kuanes tienen afiliados laicos, kuanes externos, dispuestos á todas las tareas temporales, especialmente las políticas, que ejecutan secretamente. Los jesuítas tienen agregados de la misma clase, cuya afiliación se conserva secreta; mediante esta especie de *profesión tácita,* como la llama el P. Petitdidier, Papas, Cardenales, Ministros y hombres políticos de todas clases, llegan á ser *jesuítas secretos,* sin contar los que, dentro ya de la Compañía, reciben la *despedida simulada* ó la *limitada,* mediante las cuales el general puede secula-

rizar aparentemente á los jesuítas profesos que estima conveniente. Las terceras órdenes de las diversas congregaciones son una imitación de esta institución de jesuítas laicos.

Concepto de la autoridad.—En todas las comunidades religiosas, sobre el Superior está siempre la Regla ó Constituciones de la comunidad. Entre los kuanes, la autoridad del *Cheikh* es absoluta; si consulta á alguien es porque quiere, sin que jamás se le pueda contradecir; la Regla es él. La misma autoridad absoluta tiene el General de los jesuítas, quien, según las *Constituciones*, «podrá obrar en todo como quiera, y será siempre preciso respetarle y obedecerle como representante de Jesucristo»; puede consultar á un Consejo de Ancianos, pero nunca está obligado á seguir su dictamen; él es la Regla viva, el único intérprete y dispensador de la Regla.

Los kuanes, bajo la autoridad absoluta de su *cheikh*, están obligados á la más absoluta obediencia. Los jesuítas tienen el mismo deber de obediencia absoluta á la autoridad absoluta de su General. «Serás entre las manos de tu *cheikh*—dice el texto musulmán—como el cadáver entre las manos del lavador de muertos.» «Que los que viven en la obediencia—dicen los textos de San Ignacio—se dejen conducir por su Superior como el cadáver que se deja revolver y manejar en todos sentidos.»

El espíritu y los fines.—La divisa misma de los jesuítas, el *A. M. D. G. (ad majorem Dei gloriam,* á la mayor gloria de Dios), es una fórmula del Korán, donde se halla frecuentemente repetida, y de los rituales de los kuanes, que la reproducen á menudo. Esta mayor gloria de Dios—dice Charbonnel—no es más que la teocracia en provecho de un santonismo que se esfuerza en confundir el poder espiritual con el temporal, la religión con la política, dominando por el poder del misterio y del dogma las conciencias y las voluntades.

Las congregaciones musulmanas, con pretexto de vida mística, no suelen ser más que una perpetua conspiración política; á veces mensajeros del *cheikh* recorren las regiones isla-

mitas, y cambiando con los kuanes palabras sagradas y anunciando las órdenes del jefe, predican la guerra santa. Algunas semanas ó algunos meses más tarde, brota una insurrección inesperada en un punto cualquiera del territorio, y surge un nuevo *sherif*, enarbolando el estandarte verde del profeta; las autoridades ignoran á veces el motivo real y los móviles de aquel levantamiento, pero pronto adquieren la certidumbre de que todo es obra de las cofradías religiosas, de las sociedades secretas del Islam, que animadas de fanático ardor, son tanto más peligrosas cuanto que obran más en secreto y á la sombra. ¿No es todo esto la propia historia de la acción política y social de los jesuítas en el mundo cristiano? ¿No obran unos y otros en nombre de la caridad, de la religión, del apostolado social y de la salvación de las almas?

POLÍTICA

La degeneración del régimen parlamentario.—En todo el viejo mundo, si se exceptúa Inglaterra — dice en la *Rivista politica e letteraria*, E. Spagnolo — el régimen parlamentario atraviesa profunda crisis. ¿Cuáles son sus causas? Varían con los países; pero hay una general, que la excepción de Inglaterra explica claramente: mientras la acción política de los países constitucionales arranca de conceptos abstractos y de una idea exagerada de la soberanía popular, en Inglaterra el concepto abstracto ó la teoría de la libertad aparece como derivación de instituciones lentamente producidas, del propósito de innovar sin destruir por eso completamente la tradición; mientras en otras partes la libertad política es considerada como fin, en Inglaterra lo es como medio, como «la más fuerte salvaguardia del orden, de la propiedad, de la moral», según frase de Macaulay.

Esta diferencia típica demuestra el error de los que hacen derivar la fortuna de una nación de los resultados del sufra-

gio: la mala elección lo mismo puede salir del sufragio universal que del restringido, de la elección por doble grado que de la pluralidad de votos según la capacidad, de la representación proporcional que de la exclusión de las minorías. La idea de que basta variar la forma del sufragio para que el Parlamento pierda su impotencia y mediocridad, es un error evidente. La primera vez que Roland se presentó en la corte de Luis XVI, el descuido de su vestir produjo pésima impresión; la falta, especialmente de hebillas en los zapatos, pareció cosa intolerable; el maestro de ceremonias, acercándose á Dumouriez, le dijo señalándole á Roland con voz trémula de indignación:—«¡Oh, señor! ¡No tiene hebillas en los zapatos!»—«¡Ah, señor!—contestó Dumouriez conteniendo la risa—¡todo está perdido!» Los que intentan curar los males del régimen variando la forma del sufragio, se parecen al maestro de ceremonias de Luis XVI.

No es posible negar que la gran difusión del sufragio, ese desmenuzamiento de la soberanía en millares de átomos iguales y solitarios, expuestos á todas las sugestiones, no influya naturalmente en las instituciones sociales; pero la cuestión es substancialmente mucho más alta y compleja que la organización del sufragio ó la reducción del número de representantes ó la independencia del poder ejecutivo de los votos del Parlamento. En Francia la crisis resulta de la oposición entre el espíritu profundamente democrático y el régimen puramente representativo del país; en Italia, de la falta de una verdadera opinión pública, del fraccionamiento de los antiguos partidos en manípulos obedientes á jefes sedientos de honores ó dominados por profundo hipercriticismo, del estado de atonía de los más importantes cuerpos sociales y del divorcio entre la Italia legal y la Italia real.

Es frecuente el lamento de que en los cafés, en los comités organizados por unos cuantos, se prepara la elección de un diputado que, una vez elegido, representará solamente los intereses particulares de aquellos á quienes debe su triunfo. En

Inglaterra se suele decir: *Public business is private business of every man;* es decir, «los negocios públicos son los negocios privados de cada cual»; en los demás países se suele decir y hacer lo contrario. ¿Es por culpa de la legislación parlamentaria? No; sino por culpa de la opinión, por culpa de todos, porque nadie se interesa real y efectivamente en la cosa pública.

Los nuevos partidos, agotado en breve el contenido de su primer programa, el de las esperanzas, se muestran incapaces de formular nuevos conceptos de gobierno, abriendo nuevos horizontes á la actividad política del país; y, como ningún Ministerio ni Parlamento alguno ha sabido ejecutar ninguna de aquellas reformas que dejan huellas y obtienen la fe de los ciudadanos, se ha ido poco á poco difundiendo en el cuerpo electoral el convencimiento de que tanto valían los unos como los otros, llegándose al escepticismo actual. ¿Se puede creer en serio que semejante crisis aguda de las instituciones parlamentarias se remedia restringiendo el derecho electoral, ampliando las facultades del Poder ejecutivo ó escogitando nuevas gradaciones de capacidad? Ya hemos adquirido la experiencia de que los medios mecánicos no producen mejora alguna directa.

El mal primero, el verdadero origen de todo el embarullamiento presente, que desacredita cada vez más el sistema constitucional, está en la falta de una diferenciación absoluta entre grupo y grupo, por la que sea posible resolver en cada caso lo que puede esperar ó temer el país del predominio de uno ú otro partido. Siendo esta la causa primera, el primer remedio debe ser este: que quien tenga autoridad bastante lance un programa que tenga la virtud de agrupar en torno suyo á los que tengan fe en aquellas ideas, y de poner enfrente á cuantos las combatan.

Claro es que la tentativa de reconstruir los partidos sobre la base de criterios determinados de acción y no de obsequio á personas determinadas, ha de hacerse con sinceridad, sin

prejuicios, con altura de miras. Una actividad que desaliente á la indolencia ajena, una austeridad que intimide la indulgencia de otros, una rigidez de principios que sea como un acicate del oportunismo contrario, ayudarían ciertamente, pero no bastarían. Y estas aspiraciones no habrán de lanzarse al aire por lanzarlas, sino que habrán de representar algo vivo y eficaz capaz de atraer las voluntades, porque los partidos no se forman como una sociedad anónima ó en comandita, no se hacen con pacto preventivo, y toda combinación artificiosa está en ellos fatalmente condenada al aborto.

No queremos decir con esto que baste oir de la boca de cualquier taumaturgo la fórmula sacramental para que los partidos salgan de la tumba en que los han sepultado sus egoismos y ambiciones. La degeneración del parlamentarismo tiene otras causas además de la indicada. El Parlamento, por rápida transformación, se ha convertido á sí mismo en Gobierno, y tiene todos los defectos de los Gobiernos más arbitrarios y absolutos, transformando al legislador de perro guardián del contribuyente en lobo devorador de sus ahorros. Por otra parte, el régimen parlamentario tiene que luchar con los partidos subversivos que, enamorados de los métodos revolucionarios ó facciosos, han introducido en las costumbres el obstruccionismo sistemático, que es la tentativa de proclamar la impotencia de las funciones y ficciones constitucionales. Pero queda posible, con un esfuerzo de sinceridad, el funcionamiento normal de los partidos, y el resto puede lograrse por los medios llamados mecánicos, como la nueva organización del sufragio, deducida, no del desprecio de los hechos ni de excesiva confianza en las teorías, sino de la realidad de la vida, de las condiciones fisiológicas de la sociedad moderna.

IMPRESIONES Y NOTAS

Una instalación eléctrica conventual.—El desarrollo de la energía eléctrica de las cataratas del Niágara ha permi-

do—según *L' Elettricitá*—la implantación en el nuevo Hospicio de carmelitas, situado á dos millas de la cascada, de una instalación eléctrica de alumbrado y calefacción, que es única en el mundo. El convento está iluminado por 300 lámparas de incandescencia y sus habitaciones caldeadas por caloríferos eléctricos de cuatro caballos; en las alcobas hay otros caloríferos de conmutador para obtener dos temperaturas diferentes. En el comedor hay tres cafeteras de cinco galones y una jarra para calentar agua; la cocina tiene una superficie caldeable de dos metros cuadrados, y tres hornos, pudiéndose preparar al mismo tiempo en el mayor de estos hornos cuatro asados de 25 libras cada uno; en el más pequeño se puede cocer pan en dieciocho minutos. Baste decir que el 15 de Junio, día de la inauguración del edificio, se pudo guisar con semejante instalación eléctrica, una comida para 250 personas en sólo dos horas y media.

***

Pensamientos de Ruggiero Bonghi.—Con motivo de la inauguración del monumento erigido á la memoria de Ruggiero Bonghi, el Municipio de Lucera ha publicado un volumen de pensamientos del ilustre escritor italiano, del que entresacamos los siguientes, extraídos de la *Nuova Antologia*.

«Todos los dias me crece el deseo de saber y la conciencia del no saber. Moriré de sed espiritual.»

«Si vuestro adversario razona en serio, tomadlo á risa; si lo toma á risa, razonad en serio. Regla del siglo V antes de Jesucristo, que todavía es buena dieciocho siglos después.»

«La Italia se ha hecho, pero si los italianos no se rehacen, la desharán.»

«Muchas veces en mi vida mis amigos me han hecho mal y mis enemigos bien; pero yo no he dejado de llamar amigos á aquéllos y enemigos á éstos.»

«Es indicio de vejez amar las alabanzas; agrada que entre

la multitud ó en una calle, si le señalan á uno con el dedo ó es pronunciado vuestro nombre, llegue, nuevo ó no, á los oídos de quien lo oye; y es gran debilidad. Es juventud, y fuerza hacer, hacer, hacer; y en el hacer sin esperar nada, hallar todo el contento y satisfacción del ánimo.»

«Entre los burgueses y los nobles hay la diferencia de que los primeros hablan siempre de los segundos, y los segundos nunca de los primeros. Esta diferencia da gran superioridad á los nobles sobre los burgueses, y es superioridad que no se pierde, porque se reconoce en el hecho mismo de negarla.»

«Los hombres pueden dividirse en dos órdenes: productores y consumidores. Tan modestos en su género son los primeros como presuntuosos los segundos. Así tienen en todo cualidades opuestas: aquéllos pensadores y éstos locuaces; aquéllos contentos con todo y éstos con nada; aquéllos ajenos á salir de su propia ocupación, y éstos creyendo propia suya la ocupación de cualquiera, ó mejor dicho, que su oficio consiste en regular la ocupación de los demás, y gozar de sus frutos. Los primeros son gobernados; los segundos gobiernan.»

«Las cuestiones políticas no se resuelven sino formulando su solución en una frase que ninguno entiende bien, pero que todos se imaginan entender.»

«Los que dicen que los exámenes son inútiles ó los desprecian, no han visto jamás un colegio cuando los exámenes se acercan.»

«Premiar á los buenos es un modo de castigar á los malos.»

«Hoy, María, que es tu santo, quiero decirte un secreto: de todo cuanto he leído y estudiado, sentido y visto, he sacado esta enseñanza: sólo una cosa vale: ser buenos.»

«El cristianismo es la emersión del yo; el socialismo la sumersión del yo.»

«Quien ha sentido la necesidad, da si ve que otros la sienten; pero quien nunca la ha sentido, es más tardo en dar.»

«Si quieres que el espíritu no se te enmohezca, debes bruñirlo todos los días, y su esmeril es pensar.»

«Sin un granito de locura, nada se hace en el mundo grande y sabio.»

«Nada educa tanto el carácter como la costumbre constante de decir la verdad.»

«Dios es la última investigación, el último enigma y la última respuesta.»

***

La votación automática.—Gino Trespíoli, ayudado por su hermano Fausto, ha conseguido realizar una invención que puede ser de gran resultado para la práctica del régimen parlamentario. Ha construído una máquina que facilitaría extraordinariamente las operaciones electorales, haciendo imposibles la mayor parte de los fraudes. El aparato consta de una cajita que contiene la urna y un teclado, cada una de cuyas teclas corresponde á un candidato, designado con una letra del alfabeto. La urna está encerrada en la cajita, y cuando se saca, se corre un pestillo, no pudiéndose abrir la urna sino con la llave entregada al magistrado que preside el escrutinio. El teclado luego no funciona sino en el momento en que el presidente, identificado el elector, oprime el registro con un timbre, ligado á una cadenita que permite obrar al pestillo. Cuando el votante toca una tecla, lo que puede hacer sin ser guiado por nadie, aparece al costado de la máquina un número que indica las veces que ha accionado el mecanismo. Mucho dudamos, á pesar de los elogios que del aparato hacen los periódicos italianos, que con él se obtengan resultados prácticos, en España por lo menos, pues como los abusos, más que por los electores, se cometen por las mesas electorales, esa máquina no garantizaría nunca la corrección de la mesa, sino que sería quizá un arma más de falsificación del sufragio.

***

Los herederos de los archimillonarios. — Continuando L. de Norwins sus curiosas relaciones sobre la vida de los multimillonarios americanos, consagra el último de sus artículos de la *Revue des Revues* al estudio de la existencia de los hijos de aquellos legendarios nababs.

Como tipo de recien nacido presenta al presunto heredero de Harry Payne Witney, nieto de Vanderbilt. Su abuelo materno le ha obsequiado con una pesada cadena de oro con un broche de diamantes, y el paterno con un sonajero formado por un colmillo de elefante incrustado de oro y piedras preciosas y guarnecido de campanitas de oro; los Wilson con una guarnición de turquesas rodeadas de brillantes; los Sloane con un collar de coral montado en brillantes, y así los demás parientes y amigos. Su canastilla, regalo de su abuela, ha costado 400.000 francos. La criatura descansa en una cuna de oro esmaltado, pendiente de cuatro columnas de idéntico trabajo y cubierta por un cielo de seda azul guarnecido de antiguos encajes de Venecia. Tres mujeres, enfermeras con título, velan al niño, y cuatro médicos le asisten, visitándole cada uno de ellos á las ocho de la mañana, á la una, á las siete y á media noche; cada cual redacta un parte de su asistencia, que se telefonea á la familia, y se lleva 250 francos por su visita. No se tienen cuidados semejantes ni con el más encumbrado heredero de las casas reales de Europa.

Como tipo de niño de tierna edad presenta Norvins al primo del anterior, llamado, á estilo de monarca, Cornelio V Vanderbilt, como quien dice, Alfonso XIII de Borbón ó Nicolás II Romanoff. Tiene un año y algunos meses, y su servidumbre especial se compone de dos doncellas, que velan día y noche por el niño, dos cocheros, una costurera, una modista y dos mozos de servicio. Nadie, ni aun su madre, puede besarle, para que no se le pueda comunicar enfermedad ninguna. Todos sus sesenta trajes son blancos y sus habitaciones están esmaltadas de blanco, desde el suelo al techo. Su guardarropa ha costado más de 200.000 francos, y lleva al cuello un collar

de perlas de 60.000 francos de valor. Uno de sus sombreros es de historia, por estar adornado con tres admirables plumas de avestruz del blanco más perfecto: estas plumas estaban destinadas al príncipe de Gales, pero la señora Vanderbilt las pagó al proveedor del heredero del trono de Inglaterra á un precio tan increíble, que el príncipe se quedó sin ellas. La pobre criatura está siempre aislada, no dejando sus padres que ningún otro niño se acerque á él. Su única distracción consiste en salir de paseo en un cochecito de mano, que es una maravilla, empujado por las doncellas y custodiado por dos fuertes mocetones para que nadie se aproxime.

Como tipo de niño ya formado, puede tomarse á Jack Astor, de ocho años. Como Cornelio V, vive siempre solo, teniendo á su disposición un ala entera del palacio de su padre. Allí pasa su tiempo del modo más aburrido, sin que ningún niño de su edad venga á compartir sus juegos; cuando sale en su carruaje, con un cochero y dos lacayos, su aya, que va detrás en otro coche, tiene orden de no dejarle hablar con nadie. Su servidumbre se compone de un aya francesa, dos doncellas, dos ayudas de cámara, dos lacayos, dos cocheros y seis mozos de caballerizas. Sus cocinas están admirablemente montadas, y sus padres se proponen educarle de modo que jamás tenga que ir al colegio ni á la Universidad, para no mezclarse con gentes de condición inferior á la suya. Para ello aducen el ejemplo de los reyes de Inglaterra ó de los emparadores de Rusia, que jamás han ido á un colegio. Y si se les objeta con el ejemplo de los hijos de Luis Felipe, hacen una mueca desdeñosa diciendo que «un Astor debe buscar modelos superiores y no inferiores á él.»

Lo que de semejantes condiciones de existencia puede salir, fácil es adivinar que ha de ser desastroso. Pero así las gastan los Cresos de la quinta Avenida de Nueva York.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Pensieri di varia filosofía e di bella letteratura, di Giacomo Leopardi.—Volume terzo.—Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1899.—Un vol. de 483 páginas, 3,50 liras.

Los lectores de La España Moderna recordarán que en ella se dió cuenta á su debido tiempo de la aparición de los dos primeros tomos del *Zibaldone di pensieri* del gran Leopardi.

La publicación continúa, habiéndose dado á luz hace poco el tomo tercero.

El cual es tan heterogéneo como se dijo eran los anteriores, cosa que se explica teniendo en cuenta que el *Zibaldone* no es sino una serie de impresiones que el autor iba estampando en el papel á medida que se las iban produciendo, y por el mismo orden que se las iban produciendo las lecturas que hacía. Se conoce, sin embargo, que desde Junio á Octubre de 1821 (período en que fueron escritos todos los pensamientos incluídos en este tercer tomo), las meditaciones de Leopardi recaían con mucha frecuencia sobre uno de los temas que siempre predominaron en su mente: el de la relatividad de nuestras ideas y nuestros juicios. Multitud de párrafos del tomo tratan, bajo diferentes aspectos, esta cuestión,

v. gr. los siguientes: «La ley natural varía según las naturalezas. Un caballo, que no es carnívoro, considerará acaso injusto á un lobo que asalta y da muerte á una oveja, lo odiará por sanguinario y experimentará gran repugnancia é indignación al presenciar cualquiera de sus carnicerías. Pero no le sucederá lo mismo á un león. *El bien y el mal moral no tienen, pues, nada de absoluto.* No hay otras acciones malas sino aquellas que repugnan á las inclinaciones de cada clase de seres operantes, ni son malas las que perjudican á otros seres, siempre que no repugnen á la naturaleza de quien las ejecuta».—«Se suele decir que todas las cosas, todas las verdades tienen dos caras diferentes ó contrarias; más bien tienen infinitas. No hay verdad alguna que, tomando de más ó menos lejos el argumento y caminando por una vía más ó menos nueva, no pueda demostrarse con evidencia que es falsa... Esta observación (que puede especificarse y desarrollarse mucho) ¿no desmuestra que *ninguna verdad ni falsedad es absoluta*, ni siquiera con respecto á nuestro modo de ser y de razonar, ni aun dentro de los límites de la concepción y de la razón humana?»—«La idea de lo bello es relativa y mudable y dependiente, no de modelo alguno invariable, sino de la habituación, que cambia según las circunstancias.»

P. Dorado.

Des religions comparèes au point de vue sociologique, por Raoul de la Grasserie.—Un vol., XVII de la *Bibliotheque sociologique internationale*, 396 páginas.—París, Giard y Brière, editores, 1899.— Su precio, 7 francos.

El estudio de las religiones, tanto desde el punto de vista histórico, como del psicológico, del científico y del confesional, es quizá hoy uno de los que más interés despiertan entre los sabios de todos los países. La *literatura* religiosa, ó bien sobre las religiones consideradas como ideas, como creencias, ó en general como manifestaciones de la actividad del hom-

bre, es tan numerosa y rica, que bien puede estimarse como la más importante de las *literaturas* referentes á los variadísimos fenómenos caracteríscos de las sociedades humanas. Bastaría ojear el *Año sociológico*, recientemente publicado por el Sr. Durkheim (vol II), y del cual hablo largamente en otro lugar, para convencerse de cuanto dejo dicho. Ahora bien, uno de los aspectos más dignos de examen en las religiones—aspecto muy oportunamente señalado por el malogrado Guyau—es el sociológico, no meramente en el respecto del influjo social de la religión, sino en el de la consideración de éste como un fenómeno social ó sociológico por sí mismo.

El libro del Sr. de la Grasserie, cuyo título va al frente de esta nota, está dedicado principal, ó acaso exclusivamente, á estudiar, como su título indica, las religiones desde el punto de vista sociológico; en otros términos: la religión como cosa ó como obra social, ó mejor todavía, la *sociedad religiosa*. Y cuenta que aun cuando, según indicaba más arriba, la literatura religiosa ó sobre las religiones es tan abundante, sin embargo, el punto de vista sociológico, tal y como lo concibe nuestro autor, no ha sido considerado hasta ahora como merece y debe ser considerado: «las religiones, dice el señor de la Grasserie, han sido comparadas desde el punto de vista psicológico, pero muy poco desde el sociológico.» Se ha insistido mucho sobre el influjo social de las religiones, sobre su evolución como parte integrante de una evolución humana más amplia, pero no se ha insistido sobre el estudio de la religión como una sociedad por sí misma, una sociedad que entraña relaciones particulares, que trascienden del medio social natural y ordinario, en cuanto comprenden los seres que ya no existen, que no están presentes. Realmente un estudio completo de la sociología de las religiones comprendería primeramente el examen de las relaciones entre las sociedades religiosas, ó la Iglesia con la sociedad civil; luego el examen de la constitución de la sociedad humana religiosa á través de las otras, y por fin la observación de la religión como uno de

los fenómenos sociales; pero no sólo esto: comprendería, además, por el lado que pudiéramos llamar *interno* y en el supuesto de que la religión abarca una especie de *sociedad cósmica*, ó de *supra sociedad*, la consideración de ésta como un todo verdaderamente *orgánico* y específico á su modo.

Para verificar la tarea del estudio sociológico de las religiones comparadas, el señor de la Grasserie examina con gran atención, erudición rica y razonamiento vigoroso: 1.° Las ciencias *cosmosociológicas*. 2.° El lugar de la religión entre esas ciencias. 3.° El lazo social cósmico; los objetos del lazo religioso; la religión se considera primero como subjetiva, luego como objetiva, y por fin, como subjetiva de nuevo. 4.° La teoría orgánica de la sociedad religiosa interna; aplicación ingeniosa de la teoría orgánica sociológica al desenvolvimiento y constitución de la religión. 5.° Las sociedades interdivinas é intradivinas. 6.° Las sociedades divinas contrarias y sus conflictos. 7.° Constitución de la sociedad religiosa externa. 8.° Constitución de las sociedades religiosas externas más estrechas. 9.° Las relaciones entre las sociedades religiosas. 10 Las sociedades religiosas y la sociedad civil. 11 La clasificación de las religiones; y 12 El porvenir de las religiones.

A. Posada.

Juvenile offenders.—*A report, based on an inquiry instituted by the committee of the Howard Association.*—London, 1898.—Un folleto de 40 páginas.

Pertenece esta publicación á la serie de folletos de propaganda que la Sociedad penitenciaria inglesa, que lleva el nombre del filántropo Howard, viene publicando—según costumbre muy general en Inglaterra y los Estados Unidos—con el propósito de difundir entre el pueblo las doctrinas y soluciones que los propagadores tienen por acertadas, ganándose de

esta manera la opinión (y formándola al mismo tiempo) en favor de las reformas legales que preconizan, las cuales se hacen de este modo viables, por estribar en una base sólida. La asociación Howard, aun no teniendo más que un carácter meramente privado, constituye hoy en Inglaterra una fuerza de sumo poder (no ciertamente para intrigas políticas, cual en otras partes hacen ciertas agrupaciones, sino exclusivamente para el bien), uno de tantos factores como en dicho país concurren á producir ese constante descenso en la delincuencia y ese aumento de bienestar social en todos los órdenes que ven con ojos de envidia otros pueblos; y el principal secreto á que debe semejante fuerza la asociación está en su activa propaganda. La gran mayoría, por no decir la totalidad, de las reformas penitenciarias realizadas en la Gran Bretaña y sus colonias (y muchas en países extranjeros, merced al influjo irradiador de dicha Sociedad, á imitación de la cual se ha formado, verbigracia, la no menos poderosamente influyente *Société générale des Prisons*, de París), han sido pedidas y preparadas por la *Howard Association,* entre cuyos miembros se cuentan muchos representantes del Parlamento.

La *Howard Association* suele preparar sus trabajos, para darles verdadera consistencia, por un procedimiento que cada vez va teniendo mayor extensión en los países cultos, y al que éstos acuden con frecuencia (como Bélgica y sobre todo la misma Inglaterra y los Estados Unidos) para formar las leyes: el procedimiento (que no es otra cosa sino una imposición del sentido realista de la vida social, opuesto al antiguo sentido abstracto engendrado por el idealismo revolucionario) de hacer informaciones detenidas para conocer el estado de hecho de aquella esfera sobre la que se pretende legislar, recogiendo al efecto datos reales que formen el ancho pedestal sobre que la construcción legislativa podrá elevarse con la indispensable solidez.

Con esto queda explicado cuál es el contenido del opúsculo á que la presente nota se refiere, y que indica ya su mismo

subtítulo: es una información sobre el tratamiento penal que debe aplicarse á los delincuentes jóvenes. Los estudiosos de cuestiones sociales y penales saben que este problema preocupa muchísimo dondequiera («dondequiera» es un continente del que, bajo este respecto, no forma parte España) á los pensadores y á los gobernantes, porque saben que el tratamiento penal en general, pero singularmente el de los jóvenes, los más sensibles á él (como á todo influjo exterior, ya beneficioso, ya perjudicial), tiene una inmensa trascendencia. La Sociedad Howard abrió recientemente una información relativa al problema indicado, dirigiendo al efecto una circular á aquellas personas que, por razón de sus ocupaciones, cargos ó estudios especiales, podrían tener más competencia para responder á las preguntas incluídas en ella (magistrados, altos empleados, personal de cárceles, jefes de policía, etc.). Las contestaciones dadas, íntegras, y un informe basado sobre ellas, en que se trata el problema de la criminalidad de los jóvenes brevemente, pero bajo diversidad de aspectos, dando en pocas líneas substanciosas multitud de puntos de vista y sugiriendo sinnúmero de ideas, eso es lo que el lector puede encontrar en el folleto *Juvenile offenders*. Sobre todo, á los que quieran tener una idea del asunto, orientarse en él sin consagrarle mucho tiempo ni largos estudios, puede servirles ese folleto admirablemente. A los gobernantes que quieran hacer algo, algo más que charlar en las Cortes y prometer lo que luego no dan, podría, el opúsculo de que se trata, prestarles mucha utilidad, porque les abriría mucho los ojos sobre un asunto de gran interés.

Entre las conclusiones á que llega en su *report* el Comité de la *Howard Association*, mencionaremos estas: los jóvenes no deben entrar en la cárcel, á no ser en casos de graves delitos ó de mala conducta bien determinada; debe usarse más cada vez de la *probation of first offenders act* (equivalente á la condena condicional), pero creando *probation officers* que vigilen, como en Massachusetts, á los jóvenes que se ha-

llen en libertad condicional; á los reformatorios y barcos de educación no deben ser llevados sino los jóvenes delincuentes más peligrosos y sus enganchadores; debe reforzarse la responsabilidad de los padres por abandono de sus hijos; no conviene imponer multas á los jóvenes.

P. Dorado.

Soggettivismo ed oggettivismo nella scienza del diritto penale, per Leonardo Restano, professore di diritto e procedura penale nella R. Università di Genova.—Modena, 1898.—Un volumen de 281 páginas, 5 liras.

Desde que apareció en Italia la llamada «nueva escuela penal», puede decirse que cuantos en ese país escriben sobre asuntos penales lo hacen para defender ó para combatir á dicha escuela. Y así es raro que se publiquen estudios verdaderamente imparciales, serenos, hechos como si la escuela positiva no existiese. Parece que todos han tomado por divisa aquello de *qui non est mecum contra me est,* sin considerar que puede muy bien no estarse *por* ni *contra* nadie, y sí sólo por la verdad. Y lo particular del caso es que el mismo prisma blanco ó rojo con que suelen mirar sus propios escritos lo aplican también á juzgar las obras de los extranjeros, siendo la principal de sus preocupaciones, al juzgar éstas, la de poder arrimar á sus autores al bando á que el crítico pertenece, bien sea el de los amigos, bien el de los adversarios.

No forma excepción á esta regla el Sr. Restano. El cual, en sus anteriores trabajos, á lo menos en los que yo conozco (y los conozco casi todos), no ha hecho otra cosa que discutir alguna de las afirmaciones fundamentales de la «nueva escuela» (la no existencia del libre albedrío), ó criticar las doctrinas de ésta acerca de determinados puntos (las relaciones entre la sociología y el derecho penal, la injuria y la calumnia, la prisión preventiva, la tentativa de delito).

El libro á que esta nota se refiere tiene la misma índole. Comiénzase en él por sentar los caracteres diferenciales entre

la escuela clásica de derecho penal, la positiva y la positivo-crítica (la llamada *tercera* escuela), pasando después á discutir y juzgar el criterio subjetivo (mejor sería acaso decir subjetivista) que la primera emplea para resolver cierto número de problemas de los que actualmente preocupan á los estudiosos del derecho penal, tales como estos: si en esta disciplina debe preferirse ó no el examen del delincuente al del delito; si es ó no necesario dar el concepto anticipado de este último para que sirva como de base á toda la ciencia penal; valor del criterio de la temibilidad; valor de los motivos determinantes para inducir esa temibilidad; valor del criterio de la indeterminación absoluta de las penas; la reparación civil del daño y juicio acerca de este medio penal; juicio del criterio subjetivo tocante al problema de la tentativa; ídem tocante al concurso de varias personas en un mismo delito; ídem tocante á los delincuentes por pasión; ídem tocante á los delitos de la muchedumbre; ídem en cuanto al concurso de delitos; ídem respecto á la reincidencia, á la prescripción penal, á la liberación condicional, á la condena condicional, á la rehabilitación de los penados, á la reprensión judicial, y al procedimiento penal.

Como se ve, el profesor Restano, con ocasión de someter á examen crítico algunas afirmaciones de la «escuela penal positiva», va estudiando y pasando revista á una gran parte de la materia constitutiva del derecho penal. El subjetivismo de dicha escuela lo tiene por exagerado; mas tampoco acepta en absoluto las soluciones de la escuela clásica, el ontologismo ú objetivismo de ésta: sólo las hace suyas por mitad, compartiendo sus simpatías entre ellas y las de la escuela positiva. Es decir, que se coloca en un punto de vista intermedio, ecléctico, muy en alza hoy (ejemplo: el notable libro de Saleilles y el estado de espíritu de casi todos los que forman la *Société des Prisons* de Paris, gran parte de los penalistas alemanes contemporáneos, etc.); mas no por eso se suma con los de la tercera escuela, también intermedios. Según Restano, sin ne-

cesidad de crear una *cuarta* escuela subjetivo-objetiva, cabe combinar y deben combinarse las doctrinas del subjetivismo con las del objetivismo para constituir «un sistema penal fecundo, vital y verdaderamente científico».

P. Dorado.

Gerardo Hauptmann e l'opera sua letteraria, di Cesare de Lollis.—Firenze, successori Le Monnier, editori, 1899.—Un vol. de 190 págs., 2 liras.

Gerardo Hauptmann, no obstante su juventud (aún no llega á los cuarenta años), figura en primera línea entre los dramaturgos alemanes, y sus obras, de las llamadas «de tesis», despiertan en el mundo de los pensadores y estudiosos de cuestiones sociales el mismo grado de interés que en el mundo de los literatos, hallándose al nivel de las de Ibsen y demás escritores revolucionarios (de pluma) del Norte de Europa, de esos de que tanto se viene ocupando la generación actual de literatos en todos los países que se dicen cultos.

César de Lollis, en el opúsculo á que se contrae la presente nota (editado por la casa florentina de los sucesores de Le Monnier, con la limpieza y esmero tipográficos que es habitual en ella), además de darnos unas breves pinceladas biográficas de Hauptmann, hace un estudio bastante detenido de sus diferentes obras, en otros tantos párrafos, cuyos títulos son casi siempre los mismos que los de aquéllas, á saber: *Primeras tentativas literarias*, *La suerte de los Prometideos (Promethidenloos)*, *Antes del alba (vor Sonnenaufgang)*, *La fiesta de la paz (Das Friedensfest)*, *Seres solitarios (Einsame Menschen)*, *Los cuentos*, *El guardián Thiel (Bahnwärter Thiel)*, *El apóstol (Der Apostel)*, *Los tejedores (Die Weber)*, *El colega Cramptom (College Crampton)*, *La piel de castor (Der Biberpelz)* *Ascensión al cielo de Juanilla (Hanneles Himmelfahrt)*, *Florian Geyer (Florian Geyer)*, *La campana sumergida (Die versunkene Glocke)*, *El cochero Henschel (Fuhrmann Henschel)*, *Conclusión.*

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Albuerne y Cañedo (R.)—Manual novísimo de cuentas ajustadas del obrero. En 4.°, 203 págs.: 2 pesetas.

Alcaide de Zafra (J.)—Trébol; poesías. En 8.°, 92 págs.: 2 pesetas.

Almagro y Cárdenas (A.)—Catálogo de los manuscritos árabes que se conservan en la Universidad de Granada. En 4.°, 19 págs.: 1 peseta.

Almanaque Bailly-Baillière. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica. En 8.°, 466 págs.: 1,50 pesetas.

Almanaque del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. En 8.°, 161 págs.: 1 peseta.

Amor y Neveiro (C.)—Examen crítico de las nuevas escuelas de Derecho penal. En 4.° mayor, 330 páginas: 3,50 pesetas.

Ascarza (V. F.)—Tratado elemental de Física, Química é Historia Natural. En 8.°, 270 págs.: 2 pesetas.

Ayot (D')—Las vírgenes de Mayo; poema en prosa. En 8.°, 15 páginas: 25 céntimos.

Bartrina Capella (J. M)—Aritmética para el primer curso de la segunda enseñanza. En 8.°, VIII-150 páginas: 2 pesetas.

Burillo Stolle (A.)—Aritmética y contabilidad. En 8.° mayor, 198 páginas: 4 pesetas.

Cabrerizo Sánchez (F.)—Cantares agridulces. En 4.°, 94 págs.: 1 peseta.

Cadalso (F.)—Diccionario de legislación penal, procesal y de prisiones. En 4.° *Tomo I A-C.* XV-975 páginas: 15 pesetas.

Carreras (L.)—España militar en próximo porvenir y solución del problema económico. En 12.°, 32 páginas: 50 céntimos.

Castelló y Carreras (S.)—Avicultura; resumen de un curso completo de gallinocultura é industrias anexas. En 4.°, 815 páginas: 12 pesetas.

Castillo (M.)—Análisis gramatical ó primer curso de Gramática de la Lengua Castellana. En 4.°, VI-161 páginas: 4 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.)—D. Ramón de la Cruz y sus obras; ensayo bio-

gráfico y bibliográfico. En 4.°, 612 páginas y 8 de música: 10 pesetas.

Covarsi (A.)—Narraciones de un Montero. En 4.°, 372 págs.: 6 pesetas.

Dalmau Pujadas (J. M.)—Elementos generales de Anatomía. En 8.°, 192 páginas con 30 grabados: 2 pesetas.

Domínguez Berrueta (J.)—Aritmética para uso de los alumnos del Bachillerato. En 8.°, 108 páginas: 2 pesetas.

Estévanez (N.)—Calandracas. En 12.°, 130 págs.: 50 céntimos.

Ferreiroa (U.)—Historia apologética de los Papas. *Tomo VIII.* En 8.° mayor, 392 págs.: 2,50 pesetas.

Ferri (E.)—Los delincuentes en el arte. En 8.°, 336 págs.: 3 pesetas.

Fola Igúrbide (J.)—El hijo del aire; melodrama. En 4.°, 109 páginas: 2 pesetas.

Font y Sagué (N.)—Historia de Catalunya. En 8.°, 168 páginas: 1,50 pesetas.

Fortuny y Durán (A.)—Del análisis de la orina en la clínica. En 8.°, 228 págs.: 4 pesetas.

García Icazbalceta (J.)—Obras. *Tomo X.* Opúsculos varios: VI. México. Impr. de V. Agüeros. 1899. En 8.°, 500 págs.: 6 pesetas.

Gil (J.)—La Nunciatura; breve noticia de lo que es, representa y hace en España. En 12.°, 71 páginas: 1 peseta.

Gil Alvaro (E. y A.)—El año del ejército. 1889. Revista anual histórica, técnica y legislativa. *Volumen I.* En 4.°, 331 págs.: 3 pesetas.

Gil de Oto (M.)—Amores de un paje del siglo XIV; novela. En 8.°, 175 págs.: 50 céntimos.

Gimeno de Flaquer (C.)—Evangelios de la mujer. En 8.°, 271 páginas: 3 pesetas.

Giner de los Ríos (H.)—Nociones de lógica. En 8.°, 107 págs.: 2 pesetas.

González (N.)—Guía-itinerario de Málaga. En 8.°, 192 págs.: 2 pesetas.

González García-Valladolid (C.)—Reseña histórica de la milagrosa imagen de María Santísima de San Lorenzo. En 4.° mayor, LXXXVII páginas y una lámina: 2 pesetas.

González Rebollar (H.)—Algunas observaciones acerca de los problemas fundamentales de la Ley Hipotecaria. En 8.°, 115 páginas: 2 pesetas.

Gorostiza (M. E. de).—Obras. *Tomo II.* Teatro II. México. Imprenta de V. Agüeros. 1899. En 8.°, 387 págs.: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 24.

Hoyos Sáinz (L. de).—Lecciones de Antropología. *Tomo III.* Etnografía, clasificaciones, prehistoria y razas americanas. *Segunda edición*, aumentada y corregida. En 8.°, 375 págs.: 4 pesetas.

Iñiguez é Iñiguez (F.)—Primer curso de aritmética. En 8.°, 126 páginas: 1 peseta.

Laugi (J. de).—Carmen (novela). En 8.°, 198 págs.: 2 pesetas.

Laredo Blanco (J.)—Geografía médica española; datos para el estudio médico-topográfico de Ponferrada. En 4.°, 212 págs.: 3 pesetas.

Limendoux (F.)—«El Disloque»,

Sociedad cómico-lírica, escena cómica en prosa. En 4.°, 9 páginas: 1 peseta.

López García (J.)—Virtud, paz, amor; idealismos de un jornalero cristiano. En 4.°, VIII-363 páginas: 3,50 pesetas.

Martínez Sierra (G.)—Diálogos fantásticos. En 8.°, 117 págs.: 2 pesetas.

Octavio de Toledo (L.)—Teoría formal de las progresiones. En 4.°, 10 págs.

No se pone á la venta.

Odriozola (V.)—La patata; su cultivo y explotación. En 4.°, 92 páginas: 2 pesetas.

Pardo (M. E.)—Todo un pueblo, novela. En 8.°, 254 págs.: 2 pesetas.

Pereda y Barona (J.)—Historia sagrada. En 8.°, 104 págs.: 1,50 pesetas.

Pérez Zúñiga (J.) y Díaz de Quijano (J).—La gente del patio, pasillo cómico lírico en un acto y en prosa. En 4.°, 30 págs.: 1 peseta.

Administración lírico-dramática.

Presa (J. de la).—El Rey y el porvenir de España. En 8.°, 77 páginas: 1 peseta.

Ramos Merel (L.)—La reorganización del Estado, ó economías y reformas radicales que las circunstancias exigen. En 8.°, 96 págs.: 1 peseta.

Redel (E.)—San Rafael en Córdoba. En 4.°, 295 págs.: 5 pesetas.

Rodríguez (L.)—Hacienda pública y reconstitución nacional. En 8.°, 256 págs.: 3 pesetas.

Rodríguez Alonso (L.)—Historia eclesiástica; segundo curso de religión. En 8.° mayor, 48 páginas: 1 peseta.

Idem.—Primer año de religión para los alumnos de segunda enseñanza. En 4.°, 357 págs.: 5 pesetas.

Ruano Prieto (F.)—Anexión del Reino de Navarra en tiempo del Rey Católico. En 8.°, VI-412 páginas: 4 pesetas.

Sánchez-Morate y Martínez (J.)—Nociones de fisiología é higiene. En 8.°, 208 págs.: 2,50 pesetas.

Santonillo.—Artistas célebres: Rafael Guerra (*Guerrita*). En 8.° mayor, 36 págs.: 75 céntimos.

Soriano (C.)—El amante del divino Corazón de Jesús. En 12.°, 231 páginas: 75 céntimos.

Sota y Lastra (R. de la).—Manual teórico y práctico de las enfermedades de la nariz y de sus senos accesorios. En 8.°, XVI-495 páginas: 5 pesetas.

Torre-Vélez (C. de).—Defensa del Excmo. Sr. D. Enrique Sostoa y Ordóñez. En 4.°, 136 páginas.

No se ha puesto en venta.

Valencia (G.)—Poesías. Bogotá. Papelería de Samper Matiz, 1898. En 8.°, 144 páginas y un retrato: 3 pesetas.

Villar (A.)—Trabajos de puente ó coronas continuas. En 4.°, 150 páginas: 5 pesetas.

Zurita Nieto (B.)—Estudios de legislación mercantil comparada. *Tomo I.* Los actos de comercio considerados en sí mismos y en relación con los comerciantes. En 4.°, 151 págs.: 3 pesetas.

INDICE

	Págs.
Sendas peligrosas (novela), por J. L. Heiberg	5
Retos y desafíos, por Juan Pérez de Guzmán	35
La Literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán	56
Poetas americanos: El hierro, por Agripina Montes del Valle.—*¡Pasó!* por J. A. de Silva.—*Cita*, por Miguel Gutiérrez Nájera.	75
El Año sociológico 1898, por Adolfo Posada	80
Historia del reloj, por Joaquin Olmedilla y Puig	102
Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas, por Vicente Lampérez y Romea	118
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	147
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	159
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada	191
Obras nuevas	200

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas.
175	Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil.	4
177	Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3
178	Anónimo. — ¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma	1
180	Araujo.—Goya	3
183	Arenal. — El Delito colectivo	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
114	Arnold. — La crítica en la actualidad	3
172	Asensio.—Fernán Caballero	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	Asser. — Derecho Internacional privado	6
111	Balzac. — César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet	3
112	— La Quiebra de César Birotteau	3
62	— Papá Goriot	3
76	— Ursula Mirouet	3
2	Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel	3
131	— La Hechizada	3
120	— Las Diabólicas	3
124	— Una Historia sin nombre	3
110	— Venganza de una mujer	3
130	Baudelaire.— Los paraísos artificiales	3
163	Becerro de Bengoa.— Trueba	1
174	Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos)	1
169	Bourget.—Hipólito Taine	0,50
300	Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra	6
185-186	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)	14
187	Buylla.—Economía	12
36-37	Campe. — Historia de América (dos tomos)	6
156	Campoamor.—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas	3
69	— Ternezas y flores	3
188	Carnevale. — Filosofía jurídica.--Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte	3
102	Caro.—Costumbres literarias	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX	3
65	— El suicidio y la civilización	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
127	— Littré y el Positivismo	3
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	—La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
38	— El sitio de París	3
13-14	Jack (dos tomos)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio	3
301	— **Dowden.**—Historia de la literatura francesa	9
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**— Nuevos estudios de Antropología	3
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (dos tomos)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas (dos tomos)	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (dos tomos)	15
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito	4
200	— La criminología	10
202	— La superstición socialista	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas	3
167	— Enrique Heine	1
132	— Madama de Girardín y Balzac	3
121	— Nerval y Baudelaire	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres	3
261	**Giddings.**—Principios de Sociología	10
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres	5
164	— Lord Macaulay	1
287	**Goethe.**—Memorias	5
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux	3
205	— Historia de la Pompadour	6
204	— Historia de María Antonieta	7
44	— La Elisa	3
61	— La Faustín	3
129	— La señora Gervaisais	3
6	— Querida	3
11	— Renata Mauperín	3
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (dos tomos)	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros	7
208	**Grave.** — La sociedad futura	8
209	**Gross.**—Manual del juez	12
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico	10
211	— Lucha de razas	8
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia	8
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria	2

N.º del Catál.º		Pesetas.
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
41	**Heine.**—Memorias.....	3
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
217	**Kells Ingram.** — Historia de la Economía política.....	7
218	**Kidd.** — La evolución sosocial.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7
135	— Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
99	— La Vida dichosa.....	3
28-29	**Macaulay.** — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6
294	— La Educación.....	7
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal.....	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.**—María Estuardo.....	6
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas.....	3
229	**Meyer.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**—Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
296	**Mommsen.**—Derecho público romano.....	12
170	**Molins.** — Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega.....	10
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
157	**Pardó Bazán.**—Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala.....	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (dos tomos).....	6
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
285	**Rod.**—El silencio.....	3
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
49	— Tres mujeres.....	3
84	**Sardou.**—La Perla Negra.....	3
240	**Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislacion...	3
242	**Schopenhaüer.** — El mundo como voluntad y como representación.	12
78	— Estudios escogidos...	3
241	— Fundamento de la moral.....	5
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas.
245	— Teoría positiva de la complicidad.....	5
256	**Spencer.** — De las leyes en general.....	8
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	10
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	6
246	— La justicia.	7
247	— La moral	7
249	— Las instituciones eclesiásticas.	6
251-252	— Las instituciones políticas (dos tomos)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (dos tomos)...	12
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
250	— Las instituciones sociales.....	7
292	**Stead.** — El Gobierno de Nueva York.....	3
136	**Stendhal.** — El Amor...	3
138	— Curiosidades amatorias.....	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	12
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias.....	3
291	**Sudermann.** — El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.** — El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7
265	— Historia del Derecho..	8
264	— La guerra según el Derecho internacional...	4
266	— Las instituciones primitivas	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	12
96	**Taine.** — El Arte en Grecia	3
101	— El ideal en el Arte...	3
66	— Filosofía del Arte....	3
106	— Florencia.....	3
268	— Historia de la literatura inglesa contemporánea.....	7
269	— Historia de la literatura inglesa. — Los orígenes.....	7
270	— La Inglaterra.....	7

N.º del Catál.º		Pesetas.
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3
108	— Milán.....	3
103	— Nápoles.....	3
104-105	— Roma (dos tomos).	6
107	— Venecia.....	3
272	**Tarde.** — El duelo y el delito político	3
109	— Estudios penales y sociales..	3
273	— La criminalidad comparada.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
239	**Thorold Rogers.** — Sentido económico de la Historia	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli..	3
34	— El sitio de Sebastopol.	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
115	— Fisiología de la guerra.....	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
20	— La muerte.....	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse..	3
48	— Los Cosacos.....	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión.....	3
113	— Mi infancia.....	3
126	— Mi juventud.....	3
75	— Placeres vicio.....	3
94	— ¿Qué hacer?.....	3
294	**Trevelyan.** — La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.** — Aguas primaverales.	3
97	— Demetrio Rudín.....	3
25	— El judío..... ...	3
123	— El reloj.....	3
47	— El Rey Lear de la Estepa.....	3
8	— Humo.	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
139	— La Guillotina.	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.	3
80	— Primer amor.	3
60	— Un desesperado.	3
281	**Uriel.** — Historia de Chile.....	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos. .	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (dos tomos)...	15
277	— Novelas y caprichos. .	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos. ...	3
278	**Vivante.** – Derecho mercantil.....	10
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.	3
279-280	**Wolf.** — Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).	15
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.	3
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (dos tomos)	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— La novela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (dos tomos)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	— Nuevos estudios literarios.....	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1

España moderna

AÑO 12. NUM. 134.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

FEBRERO, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

SENDAS PELIGROSAS

(NOVELA)

(CONTINUACIÓN).

Abriéronse luego las puertas de uno de los gabinetes vecinos, y tras una fila de antorchas, en un fondo donde á propósito se había dejado obscuro, apareció un grupo que representaba el *Amor* según el cuadro de *Stuhs*. La posición del grupo era bastante exacta, y las figuras parecían haberse elegido, acaso hecho para imitar la obra del habilísimo artista, parodiándola. La señora de Maltz, que se empeñó en elegir el papel de Psiquis, era muy corpulenta. El traje de malla que había tenido que ponerse y la ligera túnica que llevaba, hacían resaltar más sus amplias dimensiones y su tez purpúrea, no pudiendo de ningún modo dar idea de una delicada doncella lánguida y desmayada. El primo Félix, que representaba el Amor, era, por el contrario, seco y enclenque, formando, con lo flaco de sus formas, extraño contraste con su ideal amada. Cuando bajó el telón después de ese cuadro, tenía curiosidad por ver qué impresión había producido en los espectadores. Unos, que no comprendían el significado de aquel grupo, se miraban confusos; algunas mujeres estaban tan conmovidas por aquel delicioso cuadro, que se les arrasaban los ojos en lágrimas; otras, por el contrario, se sonreían irónica-

mente, y no faltaban quienes manifestasen su impresión con epigramas.

—¡Ah!—decía una señora;— no era cosa fácil para Céfiro el llevarse una Psiquis así.

—Bien se ve — añadía otra — cuál de los dos amantes ha sufrido más con su pasión. Psiquis goza de brillantísima salud, y el Amor se ha desmirriado en su dolor.

—Para hacer ver el ardor devorante del Amor — decía una tercera—es por lo que los miembros de éste son como cerillas.

A esta escena siguió un nuevo cuarteto, tan aburrido como el primero, durante el cual, y después de ponerse otro traje, fué la señora de Maltz á sentarse junto á Sofía. Acercóse el marido y le dijo en voz baja:

—Mina está llorando, y dice que no se atreve á declamar su poema.

—¿Está loca?—respondió la señora de Maltz.—Voy á darla una lección.

Sofía intercedió por la pobre y tímida criatura.

—No, querida prima—replicó la imperiosa madre;—nunca cederé á los caprichos de mis hijos.—Mina tiene trece años, y es preciso que empiece á presentarse en sociedad. Nuestro excelente Félix ha escrito para ella unos versos encantadores, por el estilo de los de Castelli; Mina se los sabe de memoria y tiene que declamarlos, cueste lo que cueste.

Al pronunciar estas palabras salió de la sala; regresó un instante después; volvió á tomar asiento con aire alegre junto á Sofía, y le dijo:

—Verás que buen éxito se obtiene con un buen cachete.

Mina fue introducida solemnemente por su primo Félix; había llorado en abundancia, y tenía la cara muy enrojecida, sobre todo en el lado izquierdo, donde su madre había cargado la mano; temblaba, y no sabía qué hacerse de los brazos. Por fin, después de inclinarse ante los contertulios, recitó con dolor é impetuosidad los versos compuestos para ella; así que

hubo acabado esa tarea penosa, púsose al piano un aficionado, y recreó, al menos por un momento, á los oyentes, con una música bastante buena.

Anita se puso á buscar á Antonio, y acabó por encontrarle en un cuarto donde jugaba muy alegre con otros niños; no tenía la menor gana de abandonarlos para desempeñar el noble papel que le estaba destinado.

Lindal llegó tarde á esta reunión. El Conde Adalberto se alegró de verle; y en cuanto pudo reunirse con él, llevósele consigo á otra habitación, y le dió quejas del aburrimiento que le producía aquella velada.

—¡Qué diferencia — le dijo,— de la que pasamos últimamente en casa de usted! La vida de sociedad ha tomado aquí un aspecto triste, como en París y en otras ciudades; ya no se encuentran en un salón las grandes emociones que podía esperarse sentir enmedio de una sociedad numerosa, y en unas estancias espléndidas, ni el encanto de una conversación ingeniosa en una tertulia íntima. Las hechiceras veladas de París no existían ya cuando entré yo en la sociedad; pero podrían renovarse, y en casa de usted he visto un ejemplo de ellas.

—Es usted benévolo en demasía—respondió Lindal.—Mi casa de Copenhague no merece tantos elogios; la que tengo en el campo vale más; espero recibirle en ella en este verano.

Mientras el Comandante y su amigo se comunicaban sus ideas acerca de las nuevas costumbres sociales, abrióse por segunda vez la puerta del gabinete mágico y se vió un cuadro representando *La Mañana*, grupo compuesto de una figura femenina con una antorcha en la mano y un genio esparciendo flores. Eran Anita y su sobrinillo Antonio, ambos artísticamente engalanados, llevando en los hombros unas alas parecidas á las de las mariposas. Esta aparición fue saludada por vivos aplausos. Los dos genios daban vueltas, hacían mil giros, y escapándose por una puerta lateral, entraron en el salón, donde se les había reservado un sitio para bailar. Anita

había aleccionado muy bien á su sobrino, y era cosa bonita de ver las graciosas posturas y los ligeros movimientos de aquel niño; todo su rostro irradiaba júbilo. Daba saltos riéndose y disparando flores entre los contertulios, quienes le alababan en alta voz, mientras su madre le contemplaba dichosa; los piececillos de Anita apenas tocaban al suelo; en sus rápidas evoluciones agitaba la antorcha y parecía cernerse en los aires.

—En verdad—murmuró Sardes á Fernando, quien miraba á su novia con una especie de éxtasis,—he ahí una Mañana que promete un día hermoso.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, dijérase que un espíritu malo puso empeño en desmentirlas: la antorcha de Anita, como las que emplean en el teatro, estaba llena de algodón empapado en alcohol. El primo Félix no había escatimado el combustible. En uno de los rápidos movimientos de Anita escapóse de la antorcha una mecha y prendió fuego á las alas de Antonio. Rápida como la llama lanzóse hacia su hijo Sofía, le arrancó las tiras de telas ligeras que formaban las alas, así como la corona que tenía en la cabeza, y estrechándole entre sus brazos ardieron sus propios vestidos. Un grito de espanto resonó en la sala. Lindal, Adalberto y otros espectadores, se precipitaron hacia la joven. Antes que ellos acudió Sardes; con impetuosa mano rompió los vestidos de encajes de Sofía, enlazó á la madre y al hijo, y pasando sus brazos por ambos cuerpos, apagó hasta la última chispa de las llamas que de ellos se habían apoderado. Tanto celo y habilidad tanta puso en la faena, que en un instante acabóse todo. Antonio estaba pálido como la muerte, y temblaba con todos sus miembros como si hubiera tenido fiebre. La madre parecía próxima á desmayarse. Lindal tomó en brazos á su hijo, levantándole en vilo, y reconoció con gozo que no tenía ninguna quemadura. Sardes aún sostenía en sus brazos á Sofía. Clavábanse sus ojos con una mezcla de embriaguez y espanto en los de la joven, que le miraba con gratitud. Su corazón pal-

pitaba junto al de ella; este embriagador contacto fue rápido como un relámpago. Llevaron á Sofía á un sillón é hiciéronla que aspirara sales. Bien pronto recobró las fuerzas, pero Antonio aún estaba tembloroso. En atención á éste quería retirarse ella, y rogó á Lindal que hiciese venir su carruaje, induciéndole empero á continuar con Anita en casa de la prima. Accedió él á su petición.

—¡Al diablo todas esas necias invenciones! ¿No es una locura querer traerle á esta reunión? Pero siempre que me he tomado la libertad de oponerme á ello, parece como si me hiciera reo de un acto de barbarie.

Haciendo con tono muy acerbo esta reflexión, llevóse el niño al coche. Sardes ofreció el brazo á Sofía. Como le diera gracias por el servicio que la había prestado, atrevióse él á cogerla la mano y la dió un beso cuyo calor sintió ella á través del guante. Sin duda, el accidente que había asustado á Sofía y á su hijo no era muy peligroso en una reunión donde tantas personas podían acudir en su auxilio; pero Sardes no estaba por eso menos contento de haber sido el primero en socorrer á la joven, y le había inspirado un sentimiento de gratitud. Palpitante aún con la felicidad que había sentido al tenerla un instante tan cerca de él, volvió á entrar en el salón con la cara resplandeciente. Al mismo tiempo que él, entraba como una sombra el Comandante. Dirigió con tono breve y haciendo una especie de esfuerzo alguna frase de agradecimiento al amable extranjero, y después fué á colocarse en una mesa de juego, junto al conde Adalberto. La pobre Anita, causa inocente de aquella catástrofe, estaba sentada en un ángulo del salón junto á su novio, quien se esforzaba en consolarla; pero, apartóse ella de él con impaciencia y se puso la cabeza entre las manos para llorar con más libertad. Con su vestido de ninfa, sin alas, los brazos desnudos hasta el hombro y los cabellos flotantes, parecía en aquella actitud el genio del dolor llorando sobre una tumba. Sardes, que en la plenitud de su alegría hubiera querido consolar todos los dolores humanos,

reunióse con Fernando para disipar su tristeza. Después de haberle dirigido algunos cumplimientos, le dijo:

—Tenga usted la seguridad de que esta noche no ha sido Antonio el único que se ha quemado las alas con su antorcha.

Anita levantó de pronto la cabeza al oir esas palabras que resonaban en su oído como una declaración. Díjose que Sardes la amaba, y recobró la alegría.

Al día siguiente, en cuanto estuvo á solas con su hermana, le contó el apuro que había sentido cuando de pronto llegó á descubrir la pasión de Sardes. A menudo había hecho confidencias de esa especie á Sofía, respondiéndole ésta algunas veces con ligera burla y siempre con dulzura. Pero esta vez, contra su costumbre, enfadóse y reprendió con viveza á la joven por su incurable vanidad y su ingratitud con Fernando.

Anita la miró atónita por tal sermón, y luego exclamó riéndose con malicia:

—No; eso es lo que nunca hubiera creído; ¿eres tú, Sofía, á quien veo tan emocionada? ¡Los dioses nos protejan! mi virtuosa hermana se ha acercado demasiado, no á mi antorcha, sino á la antorcha del *Amor*.

Al decir estas palabras, salió saltando. Dejaba á Sofía en un estado de turbación y confusión, en el cual podía permanecer largo tiempo sin desear darse cuenta de él.

Interrogó vivamente á su conciencia, después de lo cual prometióse velar con rigidez por su corazón y guardar en su conducta extremada reserva.

A partir de ese día, Sardes volvió con más frecuencia á casa del Comandante, y bien pronto estuvo allí, hasta cierto punto, como en su casa. De vez en cuando llevaba á las jóvenes al teatro, asistía con ellas al espectáculo, y con frecuencia se lo hacía más agradable con su chispeante conversación; algunas veces también con galantes alusiones que la modesta Sofía temblaba de tomar para sí, pero que su hermana se las apropiaba sin dificultad. Era costumbre en casa del Comandante que

los hombres se reunieran bastante tarde; sus ocupaciones y las del Comandante les había obligado á contraer ese hábito. Sardes, que estaba mucho más libre, acudía algunas horas más pronto y animaba la soledad de ambas hermanas, ya con grata conversación, ya con lecturas en alta voz, para lo cual tenía notable habilidad. Algunas veces llevaba consigo la guitarra, y se acompañaba cantando romanzas: tenía una voz muy armoniosa y muy expresiva. Por último, algunas veces cantaba á dúo con Anita. Sofía estaba entonces á alguna distancia, y mirábala él á cada momento con ojos tiernos, mientras la coqueta Anita figurábase que sólo de ella se ocupaba. Ni una sola vez se le ocurrió á Anita la idea de asociar á su hermana en esas distracciones musicales. Apoderábase del piano y no parecía sospechar que Sofía estuviese dispuesta para cantar su parte. La joven señora hubiera tenido gusto en cantar; pero con su modestia no lo pedía, estaba silenciosa aparte.

Una noche que se encontraba sola, llevó Sardes una nueva pieza de música, que deseaba ensayar, é invitó á Sofía á sentarse al piano. No tenía la ligereza de dedos que Anita, pero acompañaba mucho mejor; hechizó al extranjero con la dulzura y flexibilidad de su voz, sintiendo ambos indecible placer en cantar juntos. El talento que Sofía acababa de desplegar era una revelación para Sardes. Expresóla con tal emoción el placer que sentía, que se le llenaron de lágrimas los ojos.

—¡Ah!—exclamó riéndose,—me vuelvo ciego y nervioso; esta es la segunda vez que hoy lloro. Esta mañana salí con deseos de ver nuevamente la casa donde vivieron mis padres y pasé mi infancia; como toda ella está ocupada por personas á quienes no conozco, me valí de astucia para visitar los aposentos que quería ver. Llamé atrevido, y pedí entrar en la habitación que se arrendaba. Una sirviente respondió que allí no alquilaban ninguna habitación. Como yo insistiese, me dejó para írselo á preguntar á sus amos; entre tanto pude dar un vistazo al aposento que fue aposento de trabajo de mi padre, y aquel donde yo había crecido, lleno de honda tristeza por los

séres que perdí; fuíme al cementerio donde están sepultados mis padres, y donde descansan también mis dos hermanas. Lloré allí como un niño, y bien podía llorar. ¡Estoy tan solo en mi tierra!

Sofía le respondió con dulces y afectuosas palabras. Animábala un generoso sentimiento: decíase á sí misma que quisiera reemplazar junto al joven huérfano á las hermanas que había perdido; también le habló del Conde, quien le daba testimonio de paternal solicitud.

—Sí—respondió Sardes,—doy gracias á Dios por la merced que me ha hecho poniéndome en manos de ese hombre excelente; pero no puede usted figurarse cómo esas negociaciones diplomáticas y esos asuntos políticos comprimen los sentimientos que más me parecen ennoblecer la vida. A menudo sólo siento una gran indiferencia por las cosas que en más aprecio tiene, y trabajos á los cuales consagra sus vigilias no me parecen dignos del menor esfuerzo. Le amo y le venero, pero falta entre nosotros yo no sé qué simpatía, simpatía que por fortuna existe entre el cuñado de usted y yo. A ese excelente Fernando debo la felicidad de conocer á usted. Una hora como esta me consuela del negro tedio de muchos días. Creo que antes de haberla visto, aun antes de saber que existiera un sér como usted en el mundo, por usted suspiraba y le dirigía mis pensamientos; eso es lo que haré en lo sucesivo, cuando me halle lejos de usted, cuando la suerte nos haya separado; pero usted no sabrá nada de eso y no podrá responderme como esta noche.

Desde aquel día apoderóse del alma de Sofía un dulce é indefinible sentimiento, el cual no la inquietaba de ningún modo, pues decía para sí que era el de una hermana por un hermano. Tampoco se disimulaba á sí propia que Sardes la amaba, mas ese amor parecíale de una pureza irreprensible. Una noche trajo Sardes una melodía que había compuesto para Lied, de Goëthe: *Trost en Thriänen* (consuelo en el llanto). Anita se puso al piano. Sofía se colocó detrás de ella, y

Sardes cogió la guitarra. Cantó con una expresión que conmovió el corazón de Sofía esta estrofa:

«No se desean las estrellas, gozamos de su brillo, se las mira con gozo en el sosiego de las noches.»

Cuando llegó este verso «¡cuántas veces la he contemplado con arrobamiento!» fijó en la joven una mirada tan ardiente, que, no pudiendo ella permanecer en su sitio por la emoción que sentía, retiróse á otro aposento y lloró, mientras modulaba Sardes con tono lastimero el final melancólico de esta romanza.

Sofía no se engañaba por completo acerca del amor que había inspirado. En efecto, era un amor ideal, digno de la romántica España, donde Sardes había vivido tanto tiempo, y cuya poesía y carácter había impreso en su alma.

Por lo demás, había en él una extraña mezcla de la naturaleza septentrional y de la meridional. Si bien había tenido ya algunas aventuras galantes al menos, lo cierto es que Sofía era su primer amor. Todos sus ensueños, todos sus pensamientos estaban fijos en ella: como aconteciese tener que pasar un día sin verla, estaba triste é inquieto. Ni la lluvia ni la nieve podían impedirle ir á pasearse al pie de sus ventanas: necesitaba ver alguna cosa que la perteneciese. Algunas veces, cuando regresaba á su domicilio después de haber permanecido junto á ella durante toda la tertulia, salía de nuevo á pasearse otra vez delante de aquella casa querida, por ver brillar en ella una luz á través de los visillos.

Sofía, á quien á menudo le ofendía la indiferencia de su marido, habíase acusado á sí misma de esa indiferencia. Ahora se veía querida y respetada por un hombre de naturaleza superior, cuyos homenajes ambicionaba en vano más de una mujer; sentíase con eso realzada con su propia estimación, adquiriendo una confianza en sí misma que le dió nueva gracia. Durante mucho tiempo se había mostrado tímida y taciturna. Ahora, sin perder nada de su púdica reserva, tenía más libertad en sus movimientos, entraba en una nueva fase.

En todas partes donde aparecía excitaba una admiración más viva. Anita, que siempre se había considerado como muy superior á su hermana, observó con molesta envidia los triunfos que aquella modesta hermana obtenía en sociedad. Además veía en ella una rival. Seducida por las novelescas cualidades de Sardes, hubiera querido inspirarle una pasión, y no podía disimularse que él se ocupaba mucho de Sofía. Habíase obrado también una notable mudanza en el ánimo de Lindal; viendo á su mujer tan buscada y tan festejada, puso más atención en las cualidades de que ella estaba provista. Reconoció también la pasión que había inspirado á Sardes, pero sin comprender toda su fuerza. Ese marido, antes tan presuntuoso ó tan indiferente, adoptó una actitud nueva. Halagábanle los atractivos de su mujer, y al mismo tiempo sentía por ellos cierta inquietud. Parecíale descubrir por vez primera toda la gracia y el ingenio que en ella había. En ciertos momentos le daban impulsores deseos de estrecharla entre sus brazos, de referirla su admiración. Deteníale al punto el miedo de parecer ridículo en sus transportes de enamorado. También debemos decir que Sofía ya no era la misma para con él; si su marido estaba en una de sus horas tristes, fingía ella no notarlo, ó dejaba de preguntarle la causa. En todas sus relaciones con él conservaba más dignidad y más firmeza; por el contrario, Lindal empeñábase en demostrar más deferencia. Si sentía alguna contrariedad, tomaba á pecho el disimulársela. Ya no bajaba por la mañana al comedor sin haberse vestido con esmero, y por la noche no extendía ya las piernas encima del sofá.

Estos cambios ocurrieron poco á poco, durante el transcurso del invierno, de tal modo que los extraños que frecuentaban la casa del Comandante no advertían ninguna novedad, cuando realmente había acontecido allí una especie de revolución. Aproximábase la primavera, estación en que la familia del Comandante solía salir de Copenhague para dirigirse á sus posesiones junto al mar, en una bahía, y que por ese motivo lle-

vaban el nombre de Hauslunde. Lindal hacía de vez en cuando un viaje á ellas. Un día que regresaba á Copenhague después de haber pasado una semana en el campo, dijo para sí: «¡Cuántas veces, al entrar en casa, me he alegrado de encontrar á mi mujer y á mi hijo. Pero nunca he sentido lo que siento hoy: es como si estuviese enamorado, y estoy confuso con este amor. No me conviene afiliarme entre los melancólicos y soñadores. Sin embargo, me apena el pensar que voy á encontrarme en casa con ese quejumbroso ruiseñor, con ese dulzarrón de Sander. Ama á mi mujer, estoy seguro. ¡Vamos! ¿A qué voy á inquietarme por eso? ¿Acaso un veterano como yo debe tener tales preocupaciones? ¿Puede prohibírsele á un hombre amar? Si estuviese yo en su puesto, ¿no haría otro tanto? ¡Que suspira por Sofía! ¿Puedo ofenderme por eso? Ella no le ama, no; conozco la pureza de su alma. Está enteramente dedicada á su marido y á su hijo. No es de esas mujeres que se dejan conmover por una galantería, y él ni siquiera podrá dirigirla una declaración. ¡Pobre mozo, me da lástima!»

Mientras se entregaba á estas reflexiones entraba el coche en el patio de su casa; pero ni Sofía ni Antonio salieron, según costumbre, á su encuentro. Subió la escalera con zozobra y oyó resonar música en el salón.

—¡Santo Dios!—dijo para sí.—¡Aún voy á encontrar á ese cantor sempiterno!

Abrió la puerta y vió á Sofía sola, sentada al piano. Levantóse ella con presteza, pero no con la misma alegría que en otros tiempos.

—Bien venido. Me parecía oir un coche, pero no pensé que fuera el tuyo. No te esperaba hasta mañana.

—Pero, ¿dónde está Antonio?—preguntó Lindal.

—No le veo—respondió Sofía;—aquí estaba hace poco.

Buscóle ella y le encontró dormido al otro extremo del salón, gritándole entonces:

—¡Antonio, aquí está tu padre!

El niño se arrojó en brazos de su padre, quien le dijo:

—¿Por qué te duermes así?

—Porque me aburro—contestó Antonio;—mi madre no ha parado de tocar y cantar toda la tarde.

Sofía se puso encarnada, y le dijo:

—Sin embargo, ¿no tienes costumbre de dormir durante el día?

—No, en otro tiempo me contabas bonitos cuentos; por la noche me dabas lecciones. Ahora me dejas solo, y por más que hago no puedo aprender la lección sin tí.

Esta inocente acusación puso en un aprieto á Sofía; cogió en brazos á su hijo, y, para dar otro sesgo á la conversación, preguntó á Lindal si necesitaba algún refresco. Contestando afirmativamente, salió ella para prepararlo. Entre tanto, el Comandante sentó á su hijo en las rodillas y se puso á hablarle de su potro, de su cabra y de los bosques de Hauslunde.

Cuando volvió á entrar Sofía, preguntó Lindal por Anita, y supo entonces que había estado todo el día en casa de la prima Lota, de donde regresaría por la noche con Fernando. Preguntó luego qué novedades habían ocurrido.

—El Conde ha recibido orden repentina de su Gobierno para que vaya á Suecia—respondió Sofía.—Mañana, por la mañana, se marcha con Sardes; ambos me han rogado que te haga presente su saludo.

—¿Van á quedarse allí?—preguntó Lindal.

—No, vuelven dentro de quince días; su misión no es de mucha importancia.

—En ese caso, luego iré á darles mi adiós y les invitaré á que vengan á pasar con nosotros la pascua de Pentecostés. Para celebrar esa fiesta de un modo más brillante que de costumbre, y hacernos gratos á nuestros vecinos, he pensado en organizar una especie de torneo, en el cual tomarán parte nuestros amigos y varios labriegos que han servido en el ejército.

—Ya sé lo que quieres decir; he leído descripciones de torneos, pero nunca he visto espectáculos de esa especie.

—Ya no es propio del espíritu de nuestro tiempo—prosiguió Lindal;—sin embargo, espero que pueda ser mucho más atractivo que la mayor parte de las distracciones usuales hoy. Ocurrióseme la idea la otra noche, en casa de nuestra prima, durante mi conversación con Adalberto; él y yo recordábamos haber presenciado un torneo en las posesiones de uno de mis amigos de Francia. Con mucho gusto dedicaré á tal fiesta unos cuantos centenares de escudos.

—Aún falta mucho para Pentecostés—dijo Sofía.

—Sí; pero quiero estar seguro de contar con Adalberto; no se sabe cómo dispondrá de su tiempo en Flintenborg.

—¿En Flintenborg?—repitió Sofía.

—Sí. ¿No sabes que en casa de uno de sus parientes, que reside en Flintenborg, es donde pasará el tiempo que aún ha de permanecer en Dinamarca?

—¿En casa de nuestro más próximo vecino?—exclamó Sofía.

—Sí, á dos leguas de Hauslunde; en el mes de Agosto regresarán á su país.

Al cabo de un instante de silencio, Sofía dijo de pronto:

—Se me olvidaba una noticia: Fernando ha obtenido la plaza que solicitaba.

—¿De veras?—respondió Lindal.—Es lástima que los gajes no sean más considerables.

—Por eso quisiera rogarte.....—replicó Sofía.

—¿El qué?—dijo el Comandante, cogiendo la mano á su mujer.—¿Temes dirigirme una petición?

—Querido Lindal, temo ponerte en un aprieto con mi súplica; quisiera hablarte de Fernando, pero no decirte nada de mi proyecto. Se me había ocurrido que como el arrendatario de Klostergaarden se va y esa pequeña hacienda está lindando con el monte que Fernando ha de administrar, podrías ofrecer allí una residencia muy á propósito á tu hermano.

Lindal guardó silencio un rato, y contestó luego:

—Estoy conforme en ayudar á Fernando, pero no de esa

manera; he hecho otro edificio y nuevas reformas para embellecer á Klostergaarden, y no quiero meter á nadie en esa casa.

—¡Pero á tu hermano!—Piensa en que entonces podría casarse.

—¿Con Anita?—exclamó Lindal.—Tiempo tiene.

—Todo irá mejor de lo que te figuras—prosiguió Sofía;—y por cariño á los dos novios, quisiera yo.....

—No, no, eso no puede ser; tú no sabes..... ya te contaré otra vez mis motivos.

—Lo siento mucho—murmuró Sofía;—esperaba que esta noche hubieras dado un alegrón á tu hermano.

En ese momento entró Anita.

—¿No ha venido Fernando contigo?—dijo el Comandante.

—No. ¿Dónde está Sardes? ¿No ha venido aquí esta tarde?

—No—replicó Lindal en el mismo tono.

—¿Dónde está Fernando? ¡Pero si había prometido Sardes venir—dijo Anita.

—Por tercera y última vez—exclamó Lindal,—¿dónde está Fernando?

—No lo sé—respondió Anita, pegando impaciente con el pie en el suelo.

—¿Pues quién te ha acompañado hasta aquí?

—Carlota, con la cual me fuí á paseo después de comer.

—¡Vaya un gusto, con el viento y el frío que hace!—dijo Lindal.

—Poco me importa el tiempo; además, no hemos estado paseando de continuo, sino que también hemos ido á tomar unos sorbetes.

—¿Cómo es eso?—replicó Sofía.—¿Os habéis atrevido tú y Lota á salir de ese modo por la tarde?

—No te enfades, querida hermana; el señor de Ruth iba con nosotras.

—¡Cómo!—exclamó el Comandante.—¿El señor de Ruth, aquel comerciante de Berlín á quien respondiste tan desdeñosa cuando te ofreció su mano y su fortuna?

—En eso tenía razón mi hermana—dijo Sofía;—porque ese hombre es vulgar, y tuvo la poca delicadeza de querer casarse con Anita sabiendo que era la prometida de Fernando.

—Pero no comprendo cómo te has atrevido á ir con él por la calle y entrar juntos en un café.

—¡Ah!—respondió Anita.—No es tan desagradable, y además iba Lota con nosotros.

Fernando entró en ese momento con gran disgusto, por haber buscado á Anita en balde toda la tarde, y aun se enfadó más cuando supo que ella había estado paseando con el señor de Ruth.

Anita, sin tomarse el trabajo de dar ninguna excusa, le preguntó bruscamente:

—¿Dónde está Sardes?

—Dispénsame, querida Anita—dijo Sofía;—aún no he podido hacerte saber que mañana se va con su padre adoptivo, y no vuelve hasta dentro de quince días ó tres semanas. Estuvo aquí en cuanto saliste tú.

—¿Qué oigo?—exclamó Anita.— ¡Sarde se va sin decirme adiós! ¿Por qué no enviaste en mi busca? ¿Por qué no vuelve esta noche?

—No tiene tiempo; el viaje se ha resuelto de pronto.

—¡Eso es horrible!

—¿Qué hay en ello tan horrible?—preguntó Lindal riéndose.

—Sardes—replicó Sofía—está muy ocupado en los asuntos del Conde.

—Lo cual no le impide—dijo Anita —dedicarse á la música y al estudio de las letras.

—Pues bien, querida cuñada—dijo Lindal;—voy á ir á su casa, y le diré la conmovedora pena que sientes por esa larga ausencia de quince días.

—¿De veras vas á su casa? ¡Oh! vamos también nosotros, Fernando.

—No; yo me he despedido ya de él, y no conviene que hagas tú semejante visita.

—¿Piensas enseñarme las conveniencias sociales? Iré con Lindal, y así nadie tiene nada que decir.

—Estás loca—respondió el Comandante;—no quiero llevarte.

Durante esta conversación, Sofía se había acercado á su costurero y tomado de él un objeto que parecía producirle apuros. Volvióse donde estaba su marido, y le dijo:

—Tengo que enseñarte un regalo que me ha hecho Sardes.

—¿Un regalo?

—Sí—contestó ella ruborizándose;—es una reliquia que le dió en España un fraile, diciéndole que aseguraba la felicidad en la casa donde se conservase.

Al decir estas palabras, enseñó una cabecita de ángel, hecha de marfil, cincelada con arte, y puesta en un marco de oro.

—Es una cosa muy bonita—dijo Lindal atrayendo á su mujer;—pero nuestra casa no necesita ninguna reliquia. ¿No eres tú su ángel protector?

Estas palabras, que algunos meses antes hubieran regocijado el corazón de Sofía, le produjeron en aquel momento una impresión desagradable. No respondió nada, y volvió á guardar la cabecita de ángel.

Así que Lindal hubo salido para visitar á Sardes, Anita empeñóse otra vez con su novio en que la llevase á la casa de los franceses para decirles adiós. Aun siendo tan irrazonable esta petición, el bueno de Fernando estaba conmovido con las lágrimas y las súplicas de la joven. Esta, después de los ruegos, recurrió al enfado. Declaróla él entonces, con todas sus letras, que no podía acceder á su deseo. Anita exclamó que se ponía mala, y se la llevaron á la cama como si fuese una criatura.

—¡Ah, Sofía;—dijo Fernando;—qué desgraciado soy viendo que tengo un rival, y que ese rival es uno de mis mejores amigos!

—¿Qué piensas?

—Pienso que Anita ama á Sardes. ¿Podrá él ser indiferente á tantos hechizos?

—Tu amigo—murmuró Sofía con voz conmovida—es inocente con toda certeza.

—Sí—replicó Fernando con extraña sonrisa;—yo también creía haber advertido que su corazón estaba ocupado por otra. Pero ¿quién puede fiarse de las inclinaciones de un corazón movible como el viento?

Apenas pasaron algunos días desde la marcha de Sardes, sintió Sofía un profundo vacío y una tristeza que por primera vez la iluminaron acerca del verdadero estado de su alma, y le produjeron descontento de sí misma. Tanto sufría con su agitación moral, que cayó enferma y tuvo que quedarse en cama. La fatiga que sucede á la fiebre, sosiega algunas veces las agitaciones del alma y el retorno á la salud en la edad juvenil: es como una nueva primavera; siéntese uno más ligero y más alegre. Eso es lo que aconteció á Sofía. Estaba sola en su aposento, un poco pálida, pero con una palidez que aún más la embellecía, contemplando con soñadora mirada los tiestos de flores puestos en la ventana, mientras procuraba poner de acuerdo su conciencia con los sentimientos que no podía vencer.

—¿Tengo yo la culpa — pensaba — si á despecho mío se han apoderado de todo mi sér esos sentimientos? ¿Tengo yo la culpa, si la indiferencia que Lindal me demuestra desde hace varios años me ha obligado en cierto modo á recobrar mi libertad? Nunca he dejado de reconocer su mérito, mientras que él parecía desdeñar lo que puede haber de bueno en mí. ¡Cuánto no he hecho para agradarle, y cuántas noches no he pasado llorando al ver su frialdad! ¿Qué delito he cometido para que así transcurra mi juventud sin goces? Porque sólo el amor es quien da encanto á la vida. ¿Quién podría permanecer insensible al amor de Sardes? Aquel día en que Lindal me hizo verter tantas lágrimas, que aún siento vergüenza por ello, ¿no me decía que si dos esposos pueden prometerse fide-

lidad eterna no pueden prometerse eterno amor, y que si llegaba yo á amar á algún otro, sólo tenía el deber de procurar el secreto? Eso es lo que haré; no confiaré á nadie este amor que será puro como el cielo, que me dará más fuerza para cumplir mis deberes, que ennoblecerá mi alma; poco tiempo me queda ya de ver á quien ha subyugado mi corazón, de oir la voz que me ha entonado una canción mágica. Pronto pasará este verano, se irá Sardes, y no volveremos jamás á vernos; pero el recuerdo del amor que he inspirado, el recuerdo de semejante amor, y de tal hombre, brotará para consolarme, para darme fuerzas con que soportar en lo sucesivo todos los dolores que puedan herirme.

Tranquilizada Sofía por esos razonamientos, dedicóse con nuevo celo á cumplir sus deberes, á poner en orden su casa y á velar por la educación de su hijo. Pero no triunfaba en sus esfuerzos, su cara no estaba despejada como en otros tiempos, y Antonio se aburría con ella. No podía explicarse ella misma cómo fracasaba en sus tentativas; parecía que el alma estaba ausente de su labor. Cuando daba una lección á su hijo, sentía una secreta impaciencia, que en vano trataba de reprimir; si le contaba historias distraíase, lo notaba luego el niño, y él mismo la interrumpía en sus relatos. Los momentos más agradables para ella eran los en que se sentaba al piano y repetía las canciones que Sardes le había enseñado; entonces se olvidaba del mundo entero. Quedábase sola con frecuencia. Anita salía de continuo, ya para ir de paseo con su prima Lota, ya al teatro ó á alguna reunión; la acompañaba á menudo el señor de Ruth, pues no podía hacerlo Fernando al verse obligado por su nuevo empleo á largas excursiones por el campo. Transcurrieron los quince días que habían de estar ausentes ambos forasteros, y aun otros quince días más, careciéndose de noticias acerca de su viaje; por fin el Comandante recibió un día carta del Conde, anunciándole que Sardes había caído muy enfermo y por ello tenía que aplazar su regreso á Copenhague; en cada línea de la carta veíase la ansiedad que le

producía el estado de su hijo adoptivo. Al leer Sofía estos tristes detalles, sintió una emoción tal, que estuvo á punto de ponerse mala.

Por fortuna, en el mismo momento en que el Comandante le entregaba la carta del Conde fue llamado para que saliera fuera de la sala, y no pudo percatarse de la emoción de su mujer. Esta tuvo tiempo para adquirir un aspecto más tranquilo y disimular su dolor; pero persiguióla día y noche la idea del peligro á que estaba expuesto Sardes, la imagen de este amigo enfermo y quizá moribundo. También ella enfermó, y su marido, que no adivinaba la causa, le prodigó más cariños y atenciones que nunca. Sofía recibió esos testimonios de ternura con una gratitud tanto más viva cuanto menos digna de esas pruebas de afecto se sentía, y dijo para sus adentros: «Lindal es un buen amigo; he hecho muy mal en pretender obligarle á ser un enamorado.»

Aquellos días tan penosos para Sofía no eran mucho mejores para Anita, incapaz de soportar una contrariedad, ignorante del modo cómo emplear el tiempo é inepta para encontrar sosiegos y satisfacciones duraderas. En cuanto se quedaba un par de días en casa, era presa de tétrica melancolía. Una vez que estaba en una de esas malas fases, dijo á Sofía:

—Sé que me criticas porque ando de acá para allá con tanta frecuencia y me dejo acompañar por el señor de Ruht; también confieso que quizá habré hecho últimamente más de alguna simpleza, pero era efecto de la desesperación. ¡Cuán desgraciada soy! ¡Qué perspectiva me aguarda! A pesar de mis deseos, Fernando abandona el ejército para retirarse como un oso á un bosque desierto, y quiere que yo también me sepulte allí. «Dentro de un año—me dice—podremos casarnos y vivir con economía.» ¡Bonito porvenir! Yo quisiera que oyeses las reflexiones que me hace Lota, diciéndome: «¿Es propio de tí el desterrarte en un obscuro retiro, estando hecha para brillar en la buena sociedad? Sé razonable, abandona á Fernando y accede á los deseos del señor de Ruht. Es rico, tiene una gran

casa en Berlín, te ama, hará todo cuanto quieras en cuanto estéis casados, te llevará consigo á París. Advierte también que es joven y no más desagradable que mi marido, con quien vivo muy tranquila desde hace algunos años.» Esto es lo que Lota me repite de continuo.

—¿Y qué le contestas tú?—preguntó Sofía.

—¿Qué voy á contestarle? Que no amo al señor de Ruht.

—Pues si amas á Fernando, ¿por qué no has de ser feliz viviendo con él en el campo? Estoy segura de que pondrá todo su empeño en hacerte tu casa lo más agradable posible.

—Eso no basta, es preciso que haga lo imposible.

Al cabo de un instante de silencio, Anita tomó la palabra otra vez y dijo suspirando:

—¡Ah! Sofía, no es ese mi único cuidado; hay otro mucho más cruel para mí. ¡Ese pobre Sardes está enfermo, Dios mío!

Sofía la miró, ruborizándose, y Anita prosiguió:

—Hace mucho tiempo que todos notan su melancolía. Por desgracia para él y para mí, me ama; pero el miedo de ofender á su amigo Fernando no permite á su alma caballeresca expresarme su amor. ¿No lo has adivinado todo? ¿No se descubría su secreto en todas sus palabras y canciones? Pocos días antes de marcharse, estando á solas con él, le dije: «Es fácil ver que está usted enamorado; sin duda se dejaría el corazón en España, en Francia ó sabe Dios en qué país.» «No—me respondió,—quisiera poder abandonar mi patria con tanta facilidad como las naciones de que usted me habla.» No pudiendo yo conseguir que se me declarase.....

—Pero, Anita—exclamó Sofía,—semejante conversación por parte de una señorita, es increíble.

—No me sermonees; yo soy más hábil que tú para dirigir un diálogo. Volviendo á Sardes, después de algunos rodeos, acabó por decirme: «No trate usted de hacer que descubra mi secreto; si lo conociese, perdería en la estimación de usted. Aquélla á quien amo no puede saber mis sentimientos, y ni aun me atrevo á desear que llegue á saberlos.» ¿Qué dices de

esto, Sofía? ¿No era bastante claro? ¡Dios mío, por haber luchado contra su pasión está enfermo, y yo desconsolada al pensar que he destruído para siempre el sosiego de un hombre así, porque sus sentimientos son profundos y su amor no es un juego.

Aunque Sofía tuvo otro convencimiento muy distinto que su hermana, sin embargo, desagradóle muchísimo esa confesión. Despertáronse en ella dudas y celos. Con frecuencia había temido que Sardes le expresase con claridad su amor; ahora deseaba con viveza conocer el fondo de su pensamiento.

Poco tiempo después, la familia del Comandante salió para Hauslunde; sólo Fernando tenía que pasar aún en Copenhague una pequeña temporada.

II

Dos días antes de la Pascua de Pentecostés, una tarde deliciosa, acercábanse á Hauslunde dos jinetes: eran Fernando y Sardes. Cabalgaban despacio y parecían muy entretenidos en su conversación.

—Te doy las gracias por tu confianza, querido Carlos—dijo Fernando;—perdóname el haberte descubierto tu secreto con mis injustas sospechas. Inexplicable alivio siento al saber que no eres mi rival. Eranme tanto más penosos los celos, cuanto que mi mejor amigo los causaba.

—He querido tranquilizarte—dijo Sardes;—pero también noto consuelo al poder hablarte de mis sentimientos.

—Confianza por confianza. No puedo prometer buen éxito á tu amor. Sofía está por encima de todas las debilidades de su sexo.

—¡Dios mío!—exclamó Sardes.—¿Qué entiendes por buen éxito? Adoro á Sofía, y mejor quisiera morir que atacar en lo más mínimo á su dignidad, aunque pudiese. No sé lo que deseo; pero estoy seguro de sentirme feliz sólo con que pudiera

saber cuánto la amo y que guardaba de mí un recuerdo..... Pero lo incomprensible para mí es que tu hermano no la ame

—Te equivocas—replicó Fernando.—Algunas veces le he vituperado por el modo de conducirse con ella; pero le está más fuertemente adherido de lo que él mismo piensa y sufriría de una manera cruel si la perdiese.

Hablando así ambos amigos, costeaban la caleta, á orillas de la cual se erguía la casa del Comandante. Pasaron frente á una casita, junto á la que había un embarcadero y unas redes de pesca.

—¿Ves?—dijo Fernando;—ahí vive un pescador viejo. Detrás de aquella verja está el pabellón del jardinero. Mira ese bosque rodeado casi por el mar: es uno de los sitios más bellos de Seelandia. Parémonos aquí á contemplar este paisaje; allí se alza, detrás de grandes árboles, el gótico castillo de mi hermano. Mira cómo han reverdecido en primavera esos árboles, cómo se han abierto las flores en el jardín.

—Sí. Es un pequeño paraíso, respondió Sardes. Pero, ¿de donde viene ese toque de campana que tan bien se armoniza con el canto de las aves?

—Es la campana de la iglesia, que suena así todas las tardes.

—¿Y qué monumento es ese que entreveo en el jardín?

—Es una especie de obelisco que mi hermano hizo erigir en memoria de su primera mujer. Es de mármol blanco, y su inscripción dice así: «¡A la memoria de María!»

—Paréceme que esa piedra blanca enmedio del obscuro verdor de los árboles, sólo puede producir una impresión desagradable, como un aparecido que se presentase en una regocijada fiesta.

—Tu imaginación crea seres fantásticos—respondió Fernando—en los cuales no piensa aquí ninguna persona. Tan acostumbrados estamos á ver ese monumento, que nadie pone atención en él, excepto Sofía, que algunas veces va á colgar alguna corona de flores, como para aplacar á los manes de aquella á quien sustituyó en el corazón de Lindal.

—¡Qué buena es Sofía! La reconozco en ese acto. Pero dime, tú que conociste á la primera mujer de tu hermano, ¿cómo era?

—Todo lo contrario de Sofía: buena moza, altiva é imperiosa; bastante guapa, pero de una belleza varonil; montaba muy bien á caballo, recorría los campos á galope, disputaba con los labriegos, zurraba á las mujeres y trataba con mucha crueldad á toda su servidumbre. Sin embargo, quería apasionadamente á mi hermano, y hasta creo que ella misma se lo declaró. Él era joven y quedó conmovido por ese afecto; ella le enriqueció, pero en cuanto fue mujer suya, le hizo sufrir horrores con sus celos y su carácter impetuoso. A consecuencia de aquella unión, le ha entrado un temor desmedido de dejarse dominar por ninguna mujer. Ese miedo hace que ni siquiera se atreva á manifestarse dulce y cariñoso. No tiene razón en eso, porque Sofía es de un carácter tierno, y le ama.

—¡Dios mío, le ama y él es insensible á su amor!—exclamó Sardes.—¡Qué horrible es eso!

En aquel momento fueron interrumpidos por un pescador, quien se ofreció á llevarles por mar.

—No—respondió Fernando—tenemos que seguir en línea recta nuestro camino.

Dirigiéndose luego á Sardes, dijo:

—Sin embargo, recuerdo que tengo que dar un rodeo para ver si han traído todas las cosas que remití ayer para la fiesta. Mi hermano desconoce aún todas las disposiciones que he tomado con ayuda de algunos amigos míos. Esta noche le hablaré de ello, para que de ningún modo crea que los preparativos por mí dispuestos son por el estilo de los de la señora de Maltz. Por supuesto, ya ha pensado él acerca de esa diversión, y cuantos hayan de tomar parte en ella encontrarán recursos para equiparse en Landsvy.

La barriada de Landsvy era un conjunto de casitas muy modestas, habitadas por obreros á quienes Lindal había hecho venir de diferentes lugares. Vivían en ellas un herrero,

un carpintero, albañiles y otros diversos artesanos á quienes el Comandante concedió casa gratis con jardín, y que tenían bastante trabajo para ir viviendo. También había escuelas para los niños del uno y del otro sexo, y una especie de asilo para los ancianos. Complacíase Fernando en enseñar á su amigo esa obra inteligente y liberal de Lindal; en cuanto á Sardes, no podía menos de admirar el espectáculo de aquella industriosa colonia. En el quicio de cada puerta, hombres vestidos con pulcritud descansaban á aquella hora de la tarde de sus faenas del día; las mujeres estaban sentadas á uno y otro lado, ya hilando, ya teniendo en brazos á sus hijos. Levantáronse todos y saludaron con respeto á los dos compañeros de viaje. Cerca de Kroen dijo Fernando á Sardes:

—Tengo que seguir un poco más lejos; aquel es el camino del castillo. Nadie sabe tu regreso ni te aguarda; te dejo que entres solo en casa de mi hermano, pero muy pronto me reuniré contigo.

Alejóse al decir estas palabras, y Sardes, palpitándole el corazón, abrió la puerta que para él era como la del Paraíso.

En Hauslunde todo el mundo estaba ocupado con los preparativos de la fiesta. Como ya hemos dicho, ocurriósele á Lindal la idea de organizar para entonces una especie de torneo que, en sentir suyo, había de complacer á las señoras y ocupar gratamente á los campesinos después de los trabajos propios de la estación. El Comandante deseaba que hubiese alegría y animación en sus dominios. Todos los domingos por la tarde se reunían junto al castillo, en una verde pradera, los colonos de su hacienda para jugar y bailar. Había cerca de allí una cocina donde mandaba preparar para ellos una comida rústica. Esta vez quiso celebrar el gran día de la Pascua de Pentecostés de un modo enteramente nuevo, y procuró que tomasen parte en el torneo todos los jóvenes propietarios de los alrededores y algunos amigos suyos de Copenhague. También instó á cierto número de campesinos que se distinguían por su habilidad en el tiro al blanco ó en otros ejercicios.

Hauslunde tenía verdadero aspecto de castillo; una de sus alas estaba reservada toda ella para los extranjeros, y Sofía se ocupaba en ordenarla desde algunos días atrás. Aquella tarde, después de haber estado todo el día ocupada en sus faenas, bajó al jardín y dirigióse á un banquito solitario, oculto entre arbolillos y cerezos, que á la sazón difundían por el aire el aroma de sus odoríferas flores. En torno de ella cantaban los ruiseñores.

Sentóse en aquel poético retiro, contemplando la hermosura del lugar y aspirando el aire embalsamado de la tarde.

—¡Qué delicioso asilo! ¡Cuántas veces he venido aquí y me he gozado en pasar largos ratos de recogimiento! En otro tiempo, cuando venía yo aquí, sentíame libre como un pájaro escapado de la jaula. Cuando Lindal ó Anita me habían dado algún disgusto, cuando pasaba yo algunas veces la noche llorando, sentía nuevo bienestar viniendo aquí. Mi Antonio jugaba en rededor mío, y al sentarme en este sitio, muchas veces olvidé todas mis penas. Parecíame que los genios buenos revoloteaban en torno mío y se complacían en devolver la alegría á mi corazón. ¿Por qué no sucede así ya? ¿Qué mal he hecho? ¿A quién perjudican los sentimientos que tengo en mi alma? ¡Era yo tan feliz este invierno con el amor que Sardes me demostraba!... Estaba orgullosa, y ahora me siento humillada, atormentada no sé por qué... ¿Su amor he dicho? ¡Ay! ¿Es seguro que á mí sea á quien ame? ¿No será más bien á Anita? Esta cree en ese amor como yo misma lo creí. ¡Hace tanto tiempo que no hemos tenido noticias de él!..... ¿Quién sabe (es horrible esta idea), quién sabe si aún vive ó si languidece en la soledad y el sufrimiento? ¡Y aquí se prepara una fiesta! ¡Ah, Dios mío; sálvale, por compasión! Me ha dado este talismán, que, según él dijo, había de proteger á esta casa. ¿Por qué no lo guardó para protegerse él mismo? ¡Queridito querubín—añadió, llevándose á los labios la reliquia,—si es cierto que los ángeles cuidan de los afligidos, ruega por Sardes y por mí!

Dijérase que un ángel invisible había escuchado los votos de la joven, pues en el momento de acabar de pronunciarlos estaba Sardes á sus pies. Iba él á paso lento por las calles del jardín, cuando al dirigir á una y otra parte la mirada vió á través del follaje un vestido blanco; aproximóse con precauciones, y bien pronto reconoció á su amada. Oculto por los árboles pudo contemplarla sin que le descubriese. Vió que lloraba, que tenía en la mano y se llevaba á los labios la reliquia dada por él; no pudo dominarse por más tiempo, y se arrojó ante ella, besándola los pies y los pliegues de la falda. Declaróle su amor llorando, le cogió la mano y exclamó que el fraile no le había engañado al hablarle de la virtud de ese talismán, puesto que acababa de abrirle la puerta del cielo. Sofía estaba tan sorprendida, tan confusa, que no pudo responder ni una palabra. Serenóse por fin, y rogó á Sardes que se levantara. Este tomó asiento en el banco, tan estrecho, que no podía permanecer junto á ella sin tocarla.

—Querido Sardes,—dijo así que hubo recobrado la tranquilidad.—Bien sabe Dios cuánto me alegro de volver á verle; pero debo confesar mi parecer de que da usted excesiva importancia á la emoción en que me sorprendió.

Sardes la miró con tal aire de tristeza, que á Sofía le produjo una verdadera conmoción. Y añadió con los ojos bajos:

—Siempre he tenido cariño al culto de los ángeles. En las horas de aflicción se experimenta una necesidad instintiva de dirigirse á seres invisibles y poderosos, capaces de acordarse de nosotros. Acordábame de lo que usted me dijo al darme este talismán: invocaba á un ángel bueno.

—¿Conque estaba usted afligida? ¿No tiene usted confianza en mí para decirme cuál era la causa de su tristeza?

En aquel momento corrían las lágrimas por su rostro varonil. Sofía no pudo verlas sin emocionarse; le cogió las manos y le dijo:

—Pensaba en que estaba usted gravemente enfermo, languideciendo, tal vez moribundo; y me afligía el advertir que

aquí se preparaba una fiesta, mientras un amigo tan querido...

No acabó la frase. Sardes la estrechó entre sus brazos exclamando con una explosión de júbilo:

—¿Es posible Sofía? ¿Ha llorado usted á un amigo ausente, y se apartaba de esa fiesta su pensamiento para dirigirse á él? ¡Oh, cuántas gracias doy á Dios que me ha hecho vivir suficiente tiempo para escuchar estas palabras! Cuando estaba enfermo, de buena gana hubiera muerto sólo por obtener de Sofía un recuerdo, una lágrima.

—¡Ay de mí! — dijo Sofía — ¿Puede usted dudar que no haya estado inquieta por usted, que no haya echado de menos á un amigo á quien debo unas horas tan dulces? Pero, se lo ruego: dígame que será para mí un amigo, un hermano, pero no un.....

—Comprendo, — respondió Sardes; — pero no tema nada; perdóneme haberla hecho una declaración que no quería hacer. No condene de ningún modo la dicha que siento al poder hablarle del sentimiento que llena mi alma entera. Sí, usted es el ideal que había yo soñado sin poder encontrarlo; usted reune todo cuanto puede hechizarme; suyo es mi corazón en vida y muerte; no cometerá contra usted la menor infidelidad. Pero la venero como á un sér de naturaleza superior, y ni uno de mis deseos será ofensivo para su virtud. Aquí está mi sitio, aquí, á sus pies; aquí es donde estaré siempre con el pensamiento, cuando ya no esté á su lado.

Arrodillóse de nuevo al decir estas palabras, le cogió las manos y se las besó con ardor.

—Me llaman,—dijo Sofía levantándose.

Y en efecto, una voz acababa de pronunciar su nombre. Salieron ambos de su escondite y se encontraron con Anita, quien al ver á Sardes se dirigió á él con exclamaciones de alegría. Se cogió á uno de sus brazos, mientras Sofía iba cogida del otro; con las mejillas rojas y centelleantes los ojos, entraron así los tres en el salón, donde estaban Fernando y Lindal. Este último tuvo que hacer algún esfuerzo para dar la bien-

venida á su huésped; pareció más satisfecho cuando supo que el Conde Adalberto debía llegar al día siguiente.

Sintióse revivir Sofía, y la fiesta próxima se le representaba como un día solemne; continuó sus preparativos con gozoso ardimiento. Al otro día el castillo estaba lleno de forasteros, entre los cuales figuraban Adalberto y el Sr. de Ruth.

Las jóvenes se encaminaron de Laudsby y encargaron trabajo á varios artesanos.

Por la tarde las mujeres estaban ocupadas en la habitación de Sofía, y les hicieron una visita Fernando y Sardes; ocupábanse ellas en arreglar los premios que habían de otorgarse á los vencedores en el torneo. Eran de dos especies: unos para los caballeros, otros para los campesinos. Por ejemplo: si un caballero ganaba el primer premio recibiría un par de pistolas; si lo ganaba un campesino daríanle un vaso de plata; premios inferiores eran diversos objetos de un valor meramente ideal. Sofía enseñó un lazo de cintas que había llevado en un baile y dijo:

—Si un aldeano gana este adorno se lo regalará á su novia, quien ha de alegrarse de llevarlo puesto.

—No,—exclamó Sardes,—nadie me arrebatará este tesoro.

Se ha notado con frecuencia que el día de una fiesta que ha preocupado mucho no es tan grato como su víspera. La del día de Pentecostés, cuando la familia de Lindal se sentó á la mesa con sus convidados, cada uno experimentaba un bienestar indecible. Era una hermosa noche de verano, estaban abiertas todas las ventanas, refulgía la luna en el cielo é iluminaba el salón. Fuera, en el prado, habíase servido la cena para una buena banda de músicos ambulantes que iban á quedarse en Hauslunde durante las fiestas. Para manifestar agradecimiento al Comandante por su hospitalidad, entonaron cánticos que daban nuevo hechizo á aquella velada. Lindal era muy hábil para hacer los honores de su casa, y regocijábase en aquel momento por el placer que manifestaba su amigo Adalberto.

Se habló de los sucesos probables del día siguiente, de la gloria que iban á conquistar los caballeros; y algunos de los justadores trataban ya de interesar el corazón de las hermosas damas por quienes debían romper una lanza. Preguntóse á las señoras cuáles eran sus colores. El señor de Ruth hizo esa pregunta á Anita. Fernando le interrumpió diciendo á gritos:

—Sólo yo puedo llevar los colores de mi novia.

—Mi color es el de la rosa—dijo Anita—y á nadie prohibo que lo tome.

—En ese caso—replicó el señor de Ruth—cuidaré de proveerme de una cinta de color de rosa.

—Y yo tambien,—exclamaron otros dos caballeros.

El rostro de Fernando se puso como la escarlata; mordióse los labios y guardó silencio. Sardes, que estaba sentado junto á Sofía, dijo á ésta:

—Creo conocer el color favorito de usted: es el del cielo.

En aquella reunión estaba un joven oficial que durante algunos años había parecido ocuparse mucho de Sofía. Acercóse á ella y dijo con tono modesto:

—¿Me es lícito preguntar á la señora de la casa cuál es el color predilecto suyo?

—De veras no sé si prefiero alguno de ellos—respondió Sofía;—sólo puedo decir que me gustan todos los matices alegres de la luz.

—El blanco es la luz misma—replicó el oficial—y me parece que ese es el que usted prefiere. En este momento lleva usted vestido blanco y cintas blancas, con un ramito de violetas: lo recordaré.

Al oir Sardes estas palabras sintió tales celos, que hubiera querido que en el combate del día siguiente se empleasen espadas desnudas. Lindal, que había oído esas mismas palabras, regocijóse de ellas al pensar que podían afligir á Sardes.

J. L. Heiberg.

(Se concluirá).

APUNTES PARA UN ESTUDIO

SOBRE LAS CATEDRALES ESPAÑOLAS

(CONCLUSIÓN)

Sepultada bajo inmensa balumba de absurdos agregados, con habitaciones sobre sus naves, lisos muros cubriendo sus capillas absidales, espantables linternas sobre el crucero y sinnúmero de construcciones híbridas, desaparece al exterior la Catedral de Toledo. No es posible imaginar más desdichado conjunto, en el cual apenas si puede adivinarse la primitiva forma, ora por aislada ojiva, ya por olvidado trozo de imposta ó aislado pináculo que, como vago recuerdo, aparece tímidamente entre las fábricas modernas. Las portadas, los restos más importantes de los siglos XIV y XV, han sido adicionados bárbaramente. ¡Qué archivoltas del greco-romano más degenerado para coronar riquísimos arcos abocinados! ¡Qué medallones barrocos sobre calados doseletes! ¡Qué pesadas estatuas alternando con las ideales creaciones de Alvar Martínez y Anequin Egas! ¡Y para remate de tanto desacierto, aquellos absurdos é inútiles arcos en espolón con que el arquitecto Durango coronó el hastial Oeste para cobijar el simulacro de la Sagrada Cena, encaramado allá en lo alto del frontón, á manera de escena de teatro en elevado y rústico escenario! Cuando desde las alturas del alcázar de Alfonso VI

contémplase aquel conjunto de piedras, tejas y pizarras, divísase la linterna de la capilla que guarda los restos de D. Alvaro de Luna, con sus cubos y contrafuertes de belicoso aspecto, única construcción que se destaca de aquel caos, irguiéndose cual enérgica protesta contra la invasión de tan extraños elementos.

Curioso por demás sería un detenido estudio comparativo de las tres catedrales que sintetizan el apogeo del arte ojival en España. Nos falta competencia para esta empresa, y basta á nuestro propósito apuntar los principales rasgos de analogía ó disparidad que ofrecen.

La Catedral lecnesa supérale en el atrevimiento de su construcción, si bien es de más reducidas dimensiones.

La superficie total es de 3.400 metros (1). La nave mayor tiene 30 metros de elevación hasta la clave, y 78 metros de arco entre cada tramo de bóveda. Los pilares que la sustentan ofrecen en su base una superficie de 1,70 metros, que se reduce á 0,80 metros en el arranque de las ventanas altas. No es posible pedir mayor atrevimiento constructivo.

La de Burgos, que indica mayor timidez en sus proporciones, tiene 3.800 metros de superficie, con tramos de bóveda de 60 m. s. y 26 m. l. de altura, sostenidos por pilares de 3,40 metros de área en su base.

La reducida elevación de sus naves bajas y el terminar éstas en la del crucero, quitan elegancia á su interior, defecto que se nota más en el ábside, falto á un tiempo de la gracia que distingue á la de León, y de la incomparable girola toledana.

La planta de ésta, de sin igual grandeza, representa el apogeo del arte ojival en España.

Su amplia superficie, que alcanza 6.000 metros; la elevación de su nave, de 30 m. l.; sus tramos de bóveda, de 119 metros

(1) Las dimensiones que se citan no son más que aproximadas, bastando éstas para nuestro objeto.

de área, sostenida por pilas de 13 metros de superficie en su base; su magnífica girola y su espléndido crucero, le dan esa sublimidad no igualada por ninguna otra en nuestro suelo.

Presenta la de León el puro y sencillo triforio, con sus dos calados paramentos, sostén de los enormes ventanales que dan al templo una diafanidad que falta á la de Burgos, de triforio menos razonado, aunque artísticamente concebido, y de sencillos ventanales, exentos de esbeltez; y muéstrase la nave de Toledo desprovista de triforio, primer paso en la transformación de este elemento constructivo del arte ojival, en cuya decadencia se redujo á aisladas tribunas ó simple ándito en el arranque de las bóvedas.

Es, en suma, la Catedral de León de incomparable serenidad arquitectónica, apenas turbada por aislado sepulcro ó modesta verja. Admírase en ella la pureza de la línea, la franca y lógica disposición de sus elementos, sin postizos ni agregados, y apenas distraída por sobria ornamentación, trazada con la mayor sencillez de líneas. La contemplación de este monumento produce en el ánimo verdadera tranquilidad, porque está de tal modo aparente la disposición de sus elementos, y éstos se acusan por todas partes con tanta ingenuidad, que el espíritu se apodera sin esfuerzo del misterio de su existencia. Contribuyen á tal efecto por modo muy importante, aunque secundario, la singular circunstancia de que este templo no ha sido desfigurado por aditamentos posteriores, que, aun siendo tan suntuosos como los que avaloran las catedrales de Burgos y Toledo, no por eso dejan de alterar su traza, destruyendo la armonía que ha de ostentar todo edificio para la completa impresión estética.

Menos feliz en este punto la Catedral de Burgos, ve casi cubierta su masa por espléndidas obras de arte, cuyos primores hacen menos deplorable la mutilación del cuerpo en virtud de la magnificencia del ropaje.

Olvídase en su interior la desaparición de las capillas absidales ante las bellezas que ostentan las del Condestable y San-

tiago; admírase el pétreo *artesonado* que corona el crucero (pues como tal debe considerarse su estrellada bóveda); piérdese al exterior la vista de sus esbeltos arbotantes, ocultos por las capillas laterales y humillados ante las incomparables siluetas de las flechas de fachada, de la linterna del crucero y de las agujas del Condestable; y al interior distráese el ánimo ante aquella serie de sepulcros y retablos, nota característica de este templo, cuyo exterior no tiene igual en nuestro país.

Majestuosa impresión de grandiosidad produce el interior de la Catedral de Toledo. La amplitud de su área, la elevación de sus naves y la esplendidez de su girola, causan sin igual efecto. Por modo diferente que la de Burgos, aquí se admira en toda su pureza la primitiva fábrica, pues la magnitud del monumento ahoga en su conjunto los suntuosos agregados. La desaparición de algunas de las primitivas capillas absidales no se nota tampoco en igual medida, pues reducidísimas en esta iglesia, eran casi meros accesorios. En la de Burgos, las construcciones posteriores á la traza original roban la atención desde luego; aquí hay que buscarlas; allí perjudican el edificio; aquí apenas se perciben.

Si de lo constructivo pasamos á lo ornamental, veremos que en la legionense las cardinas y *crochets* de impostas y cornisas, archivoltas y pináculos, de marcado sabor francés, están ejecutados con trazos sencillísimos, casi geométricos. Pertenecen á una escuela naciente, pero que tiene perfecta idea del efecto decorativo *á distancia*. Observad si no aquellos *crochets* de las archivoltas de los hastiales, de los piñones de las armaduras y de los gabletes de las ventanas. De silueta casi esférica, cuya nervatura se acusa vigorosamente, produce un enérgico efecto de claro obscuro, así como las cardinas de sus cornisas, de anchas hojas y angulosa silueta, y las bichas de sus gárgolas, sobriamente concebidas y tratadas.

La ornamentación de la Catedral de Burgos ofrece tres diversos tipos. Sobria también y severa durante el siglo XIII, conviértese en opulenta manifestación en el siglo XIV. Acaso

no haya en España riqueza ornamental comparable á aquélla, que en los capiteles y archivoltas del claustro alto presenta la flora más varia en hojas de cardo, de yedra, vid y palma, flores de lis y de azucena, tratado todo con perfecto estudio del natural que no excluye la estilización propia de las buenas escuelas decorativas. Ya no son los geométricos tallos de León; el cincel busca el picado de las hojas, la nervatura de los tallos y el movimiento de las flores. Semejante escuela produjo un siglo después la sustuosísima ornamentación con que los Colonias y Siloes llenaron los sepulcros de Villegas y Fuente Pelayo, los retablos del Condestable y de Santa Ana. En ellos el artista extrema ya su observación, y para buscar mayor efecto de claro obscuro y de silueta, violenta el movimiento de las hojas y suple detalles minuciosos que el natural no da, pero todo ello tratado con grandiosidad, con inimitable maestría y con infinito gusto, no alcanzado jamás, en mi sentir, por ninguna de las escuelas españolas del siglo XV. Y allá en el XVI, cuando Vallejo levantó la linterna del crucero, la ornamentación, llena de gracia y soltura, había olvidado totalmente su objeto, cincelando en aquellas inmensas alturas nimios detalles de orfebrería, bellísimos en sí, pero completamente inútiles en tales sitios.

La ornamentación de la Catedral de Toledo, sencilla y hermosa en sus comienzos, peca, en mi opinión, de prolija y falta de grandiosidad en las obras del siglo XIV. Observad las portadas del hastial Oeste, y decidme si aquella flora y aquella imaginería están en proporción con la inmensa arcatura que decoran. Diríase que la escuela ojival, al fundirse en Toledo, ya mediado el siglo XIV, con el arte mudéjar que construía sinagogas y palacios, habíase dejado influir por el prurito de la nimiedad dominante en las decoraciones de aquel estilo.

Respecto á la estatuaria, preséntase algo arcáica en algunas obras decorativas de las catedrales de León y Burgos. Ofrece, sin embargo, aquélla un trozo de sin igual belleza: el tímpano de la portada principal. La escena del juicio de las

almas está tratada con una finura y una sencillez de líneas, que, sin excluir el idealismo característico de la estatuaria de esta época, alcanza la perfección del Renacimiento florentino. La figura del ángel que pesa las almas es digna del cincel de un florentino.

Las obras que esculpieron en la *Caput Castellæ* los artistas de los siglos XIV y XV presentan un estudio casi perfecto de los paños, sin olvidar el idealismo de las cabezas y de las actitudes. En Toledo se manifiesta ruda en los lienzos exteriores del coro y de la portada Norte, con rasgos que recuerdan el arte románico; pero se afina y pule, y llega á la mayor perfección en aquella sin igual portada de los Leones, cuyas figuras, de marcado sabor alemán, parecen arrancadas de un dibujo de Alberto Durero ó de un tríptico de los Wan-Eyk. Es, en suma, la estatuaria de esta puerta bastante á inmortalizar el nombre de Anequin Egas, y marca, en mi sentir, el límite de la escuela del siglo XV, si bien con un carácter exótico que le aleja de las de Burgos y San Juan de los Reyes.

Finalizaba el siglo XIV cuando Barcelona veía comenzar su Catedral, en la segunda manera del arte ojival, con sus dos torres en el crucero y su linterna levantada por excepción en el comienzo de la nave baja y no en el crucero como en las demás iglesias castellanas. Llama la atención en aquélla el esbeltísimo ábside, que puede contemplarse sin estorbos al interior, gracias á la tradicional costumbre seguida en Cataluña de excluir de sus templos los inmensos retablos mayores, reduciéndolos á sencillo y exento baldaquino, según se hacía en las buenas épocas del arte ojival.

Transcurrió el siglo XIV, en el que se edificaron en 1315 la Catedral de Gerona, de amplia y única nave; en 1350, la de Oviedo; en la misma época, la Seo, de Zaragoza, de originalísimo ábside mudéjar; la de Murcia, en 1388, y la de Pamplona, en 1397. Esta última es digna de especial mención por su singular ábside, de capillas triangulares, y presbiterio termi-

nado en ángulo agudo, trazado que no conozco en ninguna otra.

Al principiar la décimaquinta centuria, Sevilla, rica, poderosa y mal avenida con su antigua mezquita, sienta en 1402 los cimientos de su iglesia, *que había de ser tan grande, que los que la viesen, hubieran de tener por locos á sus autores,* según la frase conservada por la tradición. De cinco naves y capillas laterales, con linterna elevadísima, que, construída en 1506 por Alonso Rodríguez, vino á tierra cinco años después, presenta sus naves inconclusas.

Incompleta como ha llegado á nosotros, con su decadente estilo y su viciosa construcción, produce en el ánimo singular efecto de grandiosidad, bien distinto del experimentado en Toledo, pero no por eso menos sublime. Martín Gainza suplió en 1551 la falta del ábside; y aquel monumento, con sus naves ojivales, su alminar y su patio árabes, su capilla real plateresca y su sagrario y sacristías greco-romanos, presenta la amalgama más heterogénea y pintoresca que pueda imaginarse.

La Catedral de Sevilla es la última de las concebidas en la verdadera época ojival. Con ella concluyó aquel arte, lleno juntamente de simplicidad y magnificencia. Allí terminó también la vida del arquitecto anónimo que creaba, de la masonería que ejecutaba, del poder popular que juntaban sus energías para dejar enhiesto el manumento de su fe.

V

Luchaba el moribundo estilo ojival con el pagano Renacimiento, cuando en 1513 fue trazada la nueva Catedral de Salamanca. No carecía de fuerza en España la naciente escuela; representábanla Juan de Badajoz, Alonso de Covarrubias, Berruguete y Borgoña. Pero no se derrota fácilmente un es-

tilo que en tres siglos de dominio sembró nuestro suelo de monumentos. Contendieron encarnizadamente los partidarios de ambas escuelas sobre la forma artística de la futura Catedral, y sometido el acuerdo á un verdadero Congreso de arquitectos, decidióse al fin que el nonnato templo se ejecutase en el estilo *viejo*, es decir, en el ojival, siguiendo la traza de Antón Egas y Alfonso Rodríguez, y encomendando los trabajos á Juan Gil de Ontañón. Obra nacida de criterio tan ecléctico, de influencias tan opuestas, había de carecer necesariamente de calor y de unidad. Y así resulta que el colosal monumento, de enormes dimensiones, que contrastan con la subdivisión de las molduras de sus pilares y arcos que le dan aspecto de debilidad, con prolija ornamentación en sus portadas, donde apunta el plateresco, ofrece un conjunto suntuoso, pero frío y sin vida; un cuerpo bello, pero débil, con un alma que no se percibe. Es, pues, una iglesia de decadencia, con desproporcionadas naves sin triforio y con el crucero cubierto por una cúpula que elevó Churriguera en 1705, y es acaso la menos extraviada de sus obras.

Más acertada en sus proporciones y más pura en sus detalles aparece la Catedral de Segovia, en la que el mismo Juan de Ontañón dió muestra de su gran pericia trazando en 1525 la planta del templo que había de sustituir á la iglesia en mala hora destruída por las revueltas de que fue teatro Segovia en 1521. ¡Lástima que no haya llegado á nosotros esta Catedral, que, como edificada en el siglo XII, sería, á no dudar, un hermoso ejemplo del más castizo estilo de transición! Consolémonos, sin embargo, ante la contemplación de la actual iglesia, de una pureza y simplicidad de líneas y proporciones que encantan. De tres naves con girolas y capillas absidales y crucero coronado por greco-romana cúpula construída en 1615; con sus esbeltos pilares en que no se nota la aparente debilidad que afea los de su hermana la de Salamanca; sobria de ornamentación y llena de luz, supera á aquélla en estilo y en impresión, ya que no en dimensiones. Emplazada en ciudad más pobre que la salman-

tina, libróse de los delirios arquitectónicos del siglo XVI, que hicieron de la torre de la Catedral de Salamanca y de las pechinas de su cúpula campo abierto á sus aberraciones; y aunque su campanario, su crucero y sus portadas no son del más puro estilo, debe á la suerte haber conservado un interior tranquilo y puro y un exterior claro y lógico.

El arte ojival, que moría en estas dos Catedrales, agitóse agonizante, destrozando en sus convulsiones la mezquita cordobesa de Abderramán, y dando como última muestra de su poder aquel templo elevado por Fernán Ruiz en 1523, y en el que apenas se perciben trazas y detalles del estilo en su más completa decadencia.

VI

Dominaba ya el arte importado de Italia. El arquitecto Siloe, que había dejado en diversas comarcas de España muestras de su talento, trazó en 1529 la Catedral de Granada. Tan perfectamente satisfacen las necesidades materiales y morales del templo cristiano las disposiciones de la arquitectura ojival, que los hombres del Renacimiento no sabían, ó no querían, apartarse de ella. Imaginad una planta del siglo XIII con sus tres naves, su crucero, su girola y sus capillas absidales; elevad sobre ella pilares con las alargadas proporciones características del estilo ojival y con análoga agrupación de elementos; vestidlos con desproporcionadas columnas grecoromanas; en donde el rígido módulo ha desaparecido; coronadlos con clásicos entablamentos; tended sobre ellos estrelladas bóvedas y romanas cúpulas, y tendréis idea de esta Catedral. Análoga estructura presentan la de Málaga, comenzada en 1528, y la de Jaén, de 1552. Semejante amalgama no ha podido producir más que híbridos engendros, á los que el talento de los Siloes y Valdelviras apenas si acertó á dar un falso aspecto de grandiosidad. Y no podía ser de otro modo.

Aparte del divorcio absoluto existente entre las ideas que informaron el paganismo y el cristianismo; aparte de la diferencia de los tiempos y de los medios de construcción, existen entre el arte clásico y el ojival una disparidad en el principio fundamental de ambas arquitecturas, que las hace antitéticas. Como ha dicho el insigne Viollet-le-Duc (1), los órdenes clásicos se emplean siempre variando la dimensión, nunca la proporción. «Quitad — dice — la escala al dibujo de un monumento clásico, y os será imposible adivinar las dimensiones de sus elementos.» En el arte ojival, por el contrario, la escala *humana* se encuentra siempre independientemente de las dimensiones del edificio. En la mayor Catedral, lo mismo que en la más modesta iglesia de aldea, las dimensiones de los elementos son iguales, puesto que la figura humana, que es el *módulo* de este estilo, no varía. Unid, pues, dos artes cuyos principios están separados por tal abismo, y decid si es posible obtener un efecto armónico. Menos lógicos los Siloes y Valdelviras que Bramante y Miguel Angel, quisieron unir el espiritualismo ojival con las formas paganas, si bien avalorándolas con la sencillez de medios y la gracia de los detalles.

* * *

Y aquí puede darse por terminada la historia de las españolas Catedrales. La formación de la unidad nacional parece que trajo aparejada la muerte de la unidad de la fe; y falta la nación de aquel espíritu que en las últimas centurias de la Edad Media impulsara á todos, reyes y prelados, nobles y plebeyos á una sola empresa, disgréganse las iniciativas y desaparece aquella entusiasta y anónima colaboración que dió forma durante largo período de tiempo á nuestras Catedrales, sustituyéndose por individual iniciativa, que edifica muchas y

(1) Ob. cit., *Architecture.*

casi siempre mezquinas iglesias para el servicio de comunidades y fundaciones piadosas; espíritu parcial que, coincidiendo en breve plazo con el apogeo de las riquezas de las Indias y con el perigeo del gusto artístico al principiar el siglo XVII, cierra la historia de nuestras iglesias episcopales, historia que tiene como epílogo la Catedral de Valladolid, enorme y helador fragmento que parece concebido por Herrero y atajado en su construcción por la Providencia para simbolizar el truncamiento del verdadero arte religioso en España, enterrado bajo tan dura y fría losa sepulcral. Pero aquella desgraciada época, falta de alientos para elevar templos dignos de una grandeza de la que tanto alardeaba, abundaba en ellos para mutilar los sagrados cuerpos que nos legaron las anteriores épocas; y Churriguera, Tomé, Donoso y tantos otros, verdaderos inquisidores del arte, se encargaron de destruir hermosas y racionales bóvedas de crucería para colocar absurdas cúpulas; tirar interesantes capillas, para elevar espantables engendros, y demoler retablos y sepulcros, para sustituirlos por retorcidas creaciones; y León, Burgos y Toledo (por no hablar más que de las tres joyas españolas) vieron construir fábricas que, como el hastial y el crucero legionense, la burgalesa capilla de Santa Tecla y el Transparente toledano, contristan el espíritu haciendo lamentar que falsas apreciaciones estéticas hayan podido influir en lo que no debiera ser jamás cuestión de moda.

No terminaron aquí las desdichas de nuestras Catedrales, pues el gusto del siglo XVII, que ensalzaba á Moratín denigrando á Lope y Calderón, tenía que armonizar tan peregrina teoría estética apreciando en más las frías y correctas columnatas greco-romanas de D. Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva, que las sentidas concepciones de los Mateos, Cebrianes y Enriques. Líbrenos Dios de negar el talento de aquellos eximios arquitectos, su exquisito gusto, su observación profunda de las proporciones y su concepción grandiosa. Glorias serán siempre del arte arquitectónico el nonnato tem-

plo de Covadonga, el Museo de Pinturas de Madrid y tantas otras obras notabilísimas: fundamento mayor para deplorar que la equivocada idea que su tiempo tenía del genio medioeval les hiciese despreciarlo, calificando de *bárbaro* precisamente el arte más sutil é ingenioso que ha existido, negándole todo valor y sustituyéndole en muchos casos por sus frías concepciones, muy hermosas en sí, pero fatales para ser aplicadas sin juicio estético. Ejemplo la infeliz portada de la Catedral de Burgos, que sustituyó á los abocinados arcos, y la interesante imaginería ojival; y los absurdos arcos en espolón, desdichado remate del hastial de la iglesia toledana, que al negar á los pintados vidrios las luces con que contaran los Vergaras para el lucimiento de sus transparentes imaginerías, han privado á todos la contemplación exterior de la magnífica rosa central. Y al ver arrumbados en un rincón del interior de la Catedral de Pamplona los hermosísimos capiteles que pertenecieron á su primitiva fachada, deploramos amargamente su demolición para ser sustituída por el actual pórtico greco-romano, á pesar de su hermosura; que si, como dice Víctor Hugo, por el dedo se conoce al gigante, por aquellos restos se deduce lo que sería el hastial del templo pamplonés.

¡Desdichado arte el de la Arquitectura donde caben monstruosidades semejantes, que no pasaran sin protesta en otro alguno! ¿Qué reflexiones no hubiesen sugerido al insigne Jovellanos, al justo enaltecedor de D. Ventura Rodríguez (1), la sustitución en antiguo y mutilado pergamino de alguna estrofa de Jorge Manrique ó el marqués de Villena por clásico fragmento de la Eneida? ¿Hubiesen alabado los Mengs, Tiépolos, Bayeus y Maellas el cambio en ideal tríptico de Fra Angélico de Fiésole, de alguna de sus seráficas figuras por pagana bacante de las que á la sazón descubría en los frescos de Pompe-

(1) Véase *Elogio de D. Ventura Rodríguez*, por D. Gaspar Melchor de Jovellanos.—Madrid, 1790.

ya nuestro gran Carlos III? Tamaños desafueros no hubiesen pasado sin protesta en el mismo siglo en que se enaltecían las más absurdas sustituciones en nuestros monumentos arquitectónicos. ¿No hemos de lamentar, por lo tanto, que lo que parecía inaceptable atrevimiento en un arte, mereciese entusiastas elogios en otro?

VII

Aquí finalizaría el estudio que de nuestros templos episcopales he bosquejado, si no hubiese de reseñar los trabajos que corresponden á nuestro siglo XIX. Epoca de fiebre, de intensas luchas, de grandes decaimientos y de materiales aspiraciones, no podía pedírsele lo que no estaba en su mano dar. Pero hagámosle justicia: si sus energías no van dirigidas por los senderos del arte cristiano, no por eso ha olvidado la conservación de los monumentos que nos dejaron los anteriores siglos. Quizá le guía en esta empresa, más que la fe, la cultura general fomentadora de los estudios arqueológicos. Pero, sin profundizar en este punto, ensalcemos á los hombres que han vuelto la hermosa iglesia de León á la vida que estuvo á punto de perder, haciéndola revivir entre sus ruinas; que reparan la catástrofe de la de Sevilla; que han dotado de nueva fachada á la de Barcelona; que acuden á defender y restaurar la de Burgos, y que tienen constantemente puesta la vista en todas nuestras Catedrales, prontos á remediar los daños que los tiempos y los hombres puedan causar en ellas.

Y como epílogo á nuestra tarea, dirijamos la vista al legendario Cubo de la Almudena, donde, á costa de esfuerzos sin cuento, va surgiendo una nueva iglesia, inspirada en la contemplación de nuestras antiguas Catedrales, como si quisiese resumir la espléndida serie que, empezada en aquella pobre basílica que Tioda construyó en Oviedo, fue desarrollán-

dose esplendorosa y magnífica, al par que nuestra gloriosa historia, para decaer con nuestra grandeza: nueva y elocuente prueba de que la Arquitectura, la madre de todas las artes, es el símbolo y compendio de las épocas y de los hombres. ¡Quiera la Providencia que la nueva Catedral de Madrid se eleve en breve plazo, rica y espléndida, para escuela de nuestras artes y fortrleza de nuestros decaídos ideales!

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,
Arquitecto.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

III

EL ROMANTICISMO

PRIMER PERÍODO.—LA POESÍA LÍRICA.—LAMARTINE.—DELAVIGNE.—BÉRANGER.—ALFREDO DE VIGNI.—SAINTE BEUVE.—ALFREDO DE MUSET.

El que venía á renovar la poesía y á expresar el estado general de conciencia que siguió á la caída del Imperio, Alfonso de Lamartine (1), tenía un gran antecedente: era lo menos literato posible, en el sentido profesional de la palabra. Hízose literato años después, compelido por la inexorable necesidad; pero cuando apareció en escena, nadie como él pudo compararse en frescura á la violeta silvestre. Chateaubriand, al publicar su primer libro, poseía ya un pasado literario, relación y trato con gente del oficio, esbozos y manuscritos guardados en carpetas; no así Lamartine. Influencias del hogar y de la religión; una infancia tranquila y dulce pasada en el campo, en la solariega residencia de Milly; una madre amante y tierna, empapada en las teorías pedagógicas de Juan Jacobo; un

(1) Alfonso María de Lamartine, nació en Macon, en 1790; murió en París, en 1869.

colegio católico, el de Belley, formaron apaciblemente el alma de Lamartine. La Revolución no pudo hacerle pesimista como al conde de Maistre, porque Lamartine estaba en la cuna cuando regía el terror; en cambio, el Imperio, su seco positivismo y su brutalidad de acción, le lastimaron y repugnaron.

Contaba Lamartine treinta años ya; había servido en los Guardias de Corps, había viajado, amado á la supuesta Elvira, y no había impreso ni un renglón desigual. Un amigo suyo, publicista, acertó á ver sobre su mesa un manuscrito: eran las *Meditaciones*. Tan ajeno estaba á sospechar que Lamartine compusiese versos, que le preguntó si aquellos eran suyos: leyólos con sorpresa, con asombro, con éxtasis; amenazó con publicarlos, y Lamartine se alarmó sinceramente: trazadas aquellas estrofas para desahogar su corazón, para evocar un recuerdo querido, para derramar la plenitud del alma, no aspiraba á la celebridad, y hasta temía profanar sus sentimientos más puros si entregaba á la multitud lo que debe guardarse sellado en lo íntimo. Este recato, este miedo á rasgar el velo de la poesía, y al par los estremecimientos de vocación poética, nadie los contará mejor que Lamartine mismo; oigámosle: «Siempre recordaré»—dice en su lírico estilo—«las horas pasadas en la linde del bosque, á la sombra del silvestre manzano, ó corriendo por las colinas en alas del interior entusiasmo que me devoraba. La alondra cantora huía impulsada por el viento; así mis pensamientos arrebataban mi alma en un torbellino incesante. ¿Eran mis impresiones de tristeza ó de alegría? No lo sé. Participaban á la vez de todos los sentimientos; eran amor y religión, presentimientos de la vida futura, gozo y lágrimas, desesperación y esperanza invencible. Era la naturaleza que hablaba á un corazón virgen; pero, en suma, era poesía. Yo trataba de expresar esta poesía con versos; y estos versos no tenía nadie á quien leerlos; me los leía á mí propio, y encontraba con dolor y asombro que no se parecían á los demás que yo veía por ahí en los tomos flamantes recien publicados. Y pensaba: no van á hacer caso de los míos; parece-

rán raros, extraños, locos; por lo cual, apenas borrajeados, los quemaba. He destruído así tomos enteros de esta primera y vaga poesía del corazón, é hice bien, pues si los publicase caerían en ridículo y concitarían el desprecio de los que alardeaban de literatos entonces.»

He citado estas palabras del poeta porque el estado de exaltación en que se pinta, el transporte que le causan las voces de la naturaleza es un fenómeno general de 1815 á 1820: reinaba entonces indefinible inquietud, y aspiraba á concretarse en forma poética y musical, como sólo podía expresarla Lamartine. A la generación sanguínea del Imperio sucedía la generación nerviosa, sentimental y neocristiana de la restauración, y el joven obscuro y desconocido que rasgaba ó quemaba sus versos según iba componiéndolos, iba á encarnar en estrofas deliciosas esas aspiraciones de su edad, iba á exhalar los sollozos divinos; se preparaba á sustituir las cuerdas de la lira mitológica con las fibras del corazón humano, pulsadas y conmovidas por los estremecimientos del alma y las voces de la naturaleza.

Por muy espontáneo que fuese Lamartine al amanecer en el horizonte de la poesía, tuvo antecesores y confesó maestros: no sólo le precedieron las tiernas elegías de Millevoye, en especial la titulada la *Caída de las hojas,* sino también, y muy principalmente, Bernardino de Saint Pierre, el Tasso, Osian , Goethe con su Werther, influyeron en la formación del genio lamartiniano. Sólo que en Lamartine estas influencias pierden el carácter de literarias: van á depositarse en el sentimiento, no en la memoria, y en vez de dictar imitaciones más ó menos felices, infunden un modo de ser que es ya genial y propio, cuando por primera vez se manifiesta. Si Lamartine atravesó ese período en que un poeta titubea siguiendo los pasos de otro poeta, jamás lo sabremos, porque al publicarse las *Meditaciones* ya no se proponía modelo, sino que producía obra perfecta en sí, donde se revela de una vez el gran poeta nuevo, superior al pasado, igual únicamente á sí mismo.

En este respecto, Lamartine se diferenciaba de cuantos le habían precedido, de los románticos de la época imperial. Ni Chateaubriand, que practicó el romanticismo sin entender su teoría; ni la Staël, que definió y teorizó el romanticismo sin practicarlo, consiguieron desechar el lastre del siglo XVIII que llevaban como se lleva al cuello una piedra pesada. El primer romántico puro y sin aleación de clasicismo, y el primer cristiano sin mezcla de paganismo ni de rebeldía, es Lamartine.

Los temas de la poesía de Lamartine se reducen á dos principales, y que acaban por fundirse: Dios y el amor. Una de las fuentes más secas y más cubiertas por arena infecunda y abrasada en el siglo XVIII, fue el amor humano. De él habían hecho asunto para estampitas galantes, tema para madrigales libertinos, en que la frivolidad de la forma no acertaba á velar el descarnado materialismo del fondo. Parecerá á primera vista que no cabe juzgar á una sociedad según su manera de entender, de describir y de expresar por medio del arte el sentimiento amoroso; y, sin embargo, hay pocos síntomas tan elocuentes y tan significativos para el observador: como se siente, así se vive. Aquella aridez de la época de Voltaire, sólo contrastada por las efusiones de Rousseau; aquella licencia del Directorio, aquel cortejar á paso de ataque del Imperio, son característicos. De manera bien distinta sentía ya la generación de Lamartine, la que entre 1820 y 1830 sufría las borrascas del corazón y el ansia de lo infinito; y el poeta que encerró en estrofas melodiosas la fórmula de su manera de sentir, aparece como un revelador, casi como un apóstol. En la poesía de Lamartine, el amor es una especie de efusión platónica que se eleva hasta la religiosidad y que por el camino de la exaltación sentimental viene á abismarse en Dios. Las almas de los enamorados, píntalas Lamartine ascendiendo juntas al través de los ilimitados espacios sobre las alas del amor, y convertidas en un rayo de luz, caen transportadas en el santuario de la divinidad, y se confunden

y mezclan para siempre en su seno. Es un reflejo del Paraíso de Dante, que ilumina el lirismo moderno, y aspira á remontarse hasta Platón y la escuela alejandrina, cuyas doctrinas bebía Lamartine en las lecciones de Víctor Cousín, ya que no en el texto mismo del filósofo de la armonía y la pureza.

Al lado de este culto del amor que le ganó los corazones de las mujeres y de la juventud—según él mismo solía decir—Lamartine envió al cielo el incienso de otro culto: el de la inspiración, el de la Musa. Los versos de Lamartine, aquellos que ocultaba y se resistía á entregar á la curiosidad del vulgo, eran como holocausto ofrecido á una deidad, como el himno que entonan los bramanes alzando las manos en figura de copa. Hay que leer la protesta de Lamartine cuando le acusaron de poner su musa al servicio de las pasiones políticas. «¡No,» exclamó: «no he cortado yo las alas del ángel para amarrarlo aullando al carro de las facciones! Lo que hice con la Musa fue conducirla á lo más secreto de la soledad, como hace con una cándida hermosura un celoso amante; defender sus lindos pies de los guijarros y del barro de la tierra, que herirían y mancharían su tierna desnudez; ceñir su frente de inmortales estrellas, perfumar mi corazón para albergarla, y no permitir que bajo sus alas se cobijasen sino el amor y la oración!»

Cuando el amigo que sorprendió el manuscrito de Lamartine consiguió llevárselo á la imprenta; cuando cayó su maná celeste sobre las almas que peregrinaban en el desierto; cuando las ondas del lago lamartiniano derramaron su frescura misteriosa, esencia de la poesía misma, estalló un clamor de entusiasmo. Muchos no habían encontrado esperanza ni consuelo en las demostraciones apologéticas del *Genio del Cristianismo*, ni en las flamígeras visiones y los vaticinios del conde De Maistre, pero sintieron penetrar hasta los huesos el dulce rocío de los versos de Lamartine, y lloraron, como lloró Alfredo de Musset en una negra noche de desesperación, al escuchar su acento divino. Lamartine había nacido para ser un foco que

atrajese los rayos dispersos de la simpatía; poeta elegiaco, nada tuvo de misántropo, ni su dolor y sus quejas se parecen en cosa alguna al amargo esplín de René, ni al tedio de Werter. Lamartine es un creyente, aunque por momentos desfallezca y dude; un alma embebida de resignación y paz; un optimista que se entrega en brazos de Dios; uno de los que no han renegado, ni blasfemado, ni escupido al cielo; de los consoladores, de los que llevan en las manos el bálsamo de nardo para ungir á la humanidad, aunque al verter la fragante esencia la mezclen y disuelvan con sus lágrimas. Sencillo, espontáneo, revestido de paciencia y conformidad, pero siempre noble. Muchos tienen á Lamartine por el poeta más verdadero del período romántico, en el cual representa el lirismo, el elemento íntimo de la poesía, el que revela el alma, y no un alma excepcional, ulcerada y misantrópica como la de un Byron ó la de un Alfredo de Vigny, sino un alma-espejo, donde todos ven reflejarse la suya propia, y cuyas efusiones, por lo mismo, tienen que ser en alto grado humanas y universales. Lamartine gozó de este privilegio, porque, según la feliz expresión de un crítico francés, al hacerse centro del mundo no olvidó que el centro supone la circunferencia. Desde Lamartine, la poesía, y en general la literatura, van paulatinamente desviándose del público, situándose aparte y fuera de él, hasta llegar á completo divorcio. Hubo otros poetas más populares que Lamartine en un momento dado, por ejemplo, Víctor Hugo; más predilectos de la juventud, y lo fue Alfredo de Musset; más familiares al vulgo, más activos, y lo fue Béranger; pero más dulcemente pegados al corazón que Lamartine, más en armonía con un sentimiento general perenne, que ni depende de la edad, ni de las vicisitudes políticas, ni de las escuelas literarias, sino de un fondo moral y religioso constante en nosotros sin que nos demos cuenta de su presencia, no los hubo entonces, y ¡quién sueña en que los haya ahora!

Lamartine era simpático, cualidad difícil de analizar, como

no sabemos analizar la sensación del calor, pero que á manera de calor se percibe y siente. Simpático, no al estilo del calvatrueno Alfredo de Musset, que escandalizaba á las gentes timoratas, ni al del burgués y campechanote Bérauger, sino al modo que es simpático un caballero noble y apuesto, algo melancólico, á quien atribuímos sentimientos elevadísimos, en quien no podemos concebir acción grosera ni baja. El nombre de Alfonso Lamartine tiene el sonido del órgano en una Catedral al anochecer.

Tal vez el secreto del atractivo de Lamartine consista en que, efectivamente, fueron sus versos melodías de órgano, música religiosa, y su alma, á pesar de ciertos dejos panteísticos, un alma innegablemente cristiana.

Las virtudes que emanan de la poesía de Lamartine, especialmente de las *Meditaciones* y de las *Armonías*, son la resignación, la oración, la castidad, la paciencia, y un cristianismo exento de toda pasión política, sin tendencias reaccionarias. Es realmente angélica en sus primeras poesías y en mucha parte de *Jocelyn* la inspiración de Lamartine; le brotan en los hombros alas de inmaculado candor.

No extrañemos que cuajase pronto la leyenda de Lamartine, y que la figura del gran idealista se idealizase, convirtiéndose en algo inmaterial y etéreo. Lemaître describe al Lamartine de la leyenda «pío, célico, lánguido, afeminado, de pie sobre un promontorio, entre nubes, el cabello flotante, el harpa de David apoyada contra el luengo levitón». Era el cisne, que no se comprende sino bogando en el lago azul, á la sombra de los pensativos sauces; á su nombre latían apresuradamente los corazones femeninos, y de los rincones de provincia, de ciudades arcaicas semejantes á las que describe Balzac en algunas de sus novelas, recibía Lamartine cartas henchidas de suspiros, con tímidas declaraciones y petitorios de rizos de pelo, ó cuadernos de poesías donde un alma solitaria exhalaba sus querellas imitando las estancias de las *Meditaciones*, y queriendo seguir al poeta al través del espacio.

El verdadero Lamartine en nada se parecía á ese sér espiritado y quimérico. Era el Lamartine real y efectivo un hombre sano y de arrogante presencia, alto, esbelto y musculoso; su temperamento equilibrado se debía á los años de infancia y juventud pasados en el campo y á una sangre rica y pura. La vida agreste, la caza, el ejercicio, semanas enteras en el monte, entre los pastores de ovejas, le robustecieron el cuerpo; el cariño de sus hermanos y su madre le saneó el corazón. No se crió pegado á las faldas, ni con la candidez seráfica que la leyenda le atribuía; vivió, antes de la celebridad, á estilo de señorito de provincia, de alegre estudiante que tiene aficiones literarias, que opta á premios de juegos florales, que corre aventurillas amorosas, que juega alguna vez, contrae deudas y escribe á su madre para que le saque de apuros. La leyenda, lo mismo que el arte, transforma cuanto toca. Así, Lamartine, para sus fervientes admiradores, las damas que le adivinaron poeta y prepararon con triunfos de salón otros universales, fue un caballero del Cisne. Nunca debemos pisotear una leyenda, sino acariciarla y llevarla en el seno, á estilo de gusano de seda que ha de hilar la materia primera de una tela riquísima. En una de sus poesías, Lamartine, de quien se ha dicho satíricamente que poseía el don de la inexactitud, y que bordaba sus recuerdos hasta desfigurarlos, habló de cierta yedra tupida que tapizaba las paredes de su casa de Milly. Jamás había existido tal yedra; pero la madre del poeta, con piadosa mano, apresuróse á plantarla, y hoy se enseña al viajero. La madre del poeta, al plantar la yedra, colaboró para el ideal.

Del hidalgo campesino y del cazador que duerme en la majada y se levanta con estrellas, aparecen rastros á cada instante en los versos de Lamartine. Familiarizado con la naturaleza, la sintió y describió con efusión piadosa, y el fondo campestre de *Jocelyn* es su mayor encanto. Las estrofas de Lamartine, si á veces huelen á incienso, otras veces trascienden á heno recien segado. No es Lamartine, sin embargo, un pai-

sajista de profesión; el paisaje le sirve de fondo, nunca de asunto; y si en otros poetas la tierra pesa y las montañas abruman, en Lamartine todo es vaporoso y fluído; con razón se ha dicho de sus descripciones que tienen por objeto hacer leve, y como á flor de sentidos, la sensación.

Rebosa Lamartine espontaneidad y facilidad, que á veces rayan en negligencia. Improvisador genial, no trabaja sus versos á cincel y martillo como Víctor Hugo: los canta. La blandura y la ondulación, la penumbra y el misterio de la cadencia de las cláusulas, delicadamente engarzadas en diamantina y sutil cadena, son las dotes de Lamartine, poeta sugestivo ante todo; por ellas se explica el actual renacimiento lamartiniano, el culto que los decadentistas rinden al cantor de Elvira. En sus versos saborean la dulzura del período lento y flexible que puede compararse al *largo assai* en la melodía; de él podrían aprender la voluptuosa languidez y la incidencia suave; en él encuentran la exquisita *morbidezza,* la estrofa indecisa de contornos, vista á la claridad de la luna y como al través de un velo de encaje: el anhelo del decadentismo, para eterna desesperación de sus adeptos realizado por un poeta natural, sencillo y sincero, de quien se ha dicho que por momentos hasta parece un poeta primitivo, poseedor de la abundancia caudalosa y la inocencia juvenil que caracteriza á las edades pastoriles y agrícolas del mundo.—Este sabor primitivo de Lamartine se ha demostrado comparando trozos de sus poesías á otros sacados de los antiquísimos poemas indios, del Mahabarata, el Ramayana y el libro sagrado de los Vedas.

En todo autor fecundo hay una ó dos obras que se destacan de entre las demás, ó por expresar mejor su ser artístico, ó por ejercer mayor acción literaria. De Chateabriand, escogeríamos, por influyente, el *Genio del Cristianismo* y *René*, por lo bien que descubre el alma del poeta. Las dos obras significativas de Lamartine son las *Meditaciones* y *Jocelyn*. En las *Armonías* se aisla del mundo, es abstracto y metafísico; en las *Meditaciones*, tierno y claro. *Jocelyn,* anunciado como epi-

sodio de un poema interminable, del cual era otro fragmento suelto *La caída de un ángel,* causó transportes parecidos á los que acogieron las *Meditaciones*: el sacrificio del cristiano, el platonismo del enamorado, la caridad heroica del sacerdote, despertaron ese entusiasmo ardoroso y refrigerante á la vez que causa la obra de arte cuando se armoniza con lo más elevado y noble de nuestro ser moral, y nos hace estrechar en un solo abrazo la bondad y la belleza, hermanas no siempre unidas. Abarcarlas juntas, es el sueño que hizo soñar Lamartine, y el alma humana se lo agradeció.

No cabe aquí un estudio completo de las obras de Lamartine; son tantas, que hasta la lista parecería enfadosa. Si desde el año 48 puede decirse que su misión poética terminó, hasta el día de su muerte, hasta los setenta y nueve años de edad, siguió produciendo, apremiado por las deudas. Poseía el peligroso don de la facilidad y la fluidez de estilo; brotábale la elocuencia, á manera de manantial que no se agota. Las obras de Lamartine que han dejado memoria, son, sin duda, en verso, las *Meditaciones*, las *Armonías* y *Jocelyn;* en prosa, la *Historia de los Girondinos,* las *Confidencias* autobiográficas, con los encantadores episodios de *Graziella* y *Rafael,* y algunas páginas insuperables que se encuentran en las *Biografías,* entre ellas la semblanza de Fenelón, de tanta felicidad expresiva como un buen retrato. Lo demás es trabajo encargado por editores, cobrado con una mano y entregado con otra á los acreedores impacientes: no hay para qué hablar de él, como no sea para lamentar que á tal extremidad se viese reducido el Cisne.

Lamartine no sabía calcular; era fastuoso y liberal como un magnate, y aunque en algunos de sus biógrafos se lee que casó con mujer rica, lo cierto es que ni aun tuvo esa previsión: tomó esposa,—son sus propias palabras, y no hay motivo para dudar de ellas—«para ordenar severamente su inútil existencia; para vivir según las leyes establecidas, divinas y humanas; porque los días corren, los años se van, acábase la vida,

y necesitamos para ella un objeto, y objeto elevado, á fin de agradar á Dios, fuera del cual todo es nada. Así encontraremos la paz del alma y la verdad interior». Excelente era el propósito, pero al ordenar el corazón y las pasiones, no supo Lamartine ordenar la bolsa: tuvo la imprevisión de la cigarra, que canta y no entroja para el invierno. A Lamartine, por otra parte, no le estaría bien el papel de hormiga. Su viaje á Oriente lo realizó con la magnificencia de un soberano: aspiraba á la aureola que los países lejanos dan á los peregrinos de la poesía, y que si no era la ganada en Grecia por Byron, podía competir con la que de América trajo Chateaubriand. Después, la caída de los Borbones y el advenimiento de la rama de Orleans le empujaron á la política; su campaña tribunicia fue brillante y no tan vacía de ideas como algunos aseguran: su conducta honrosa y hasta heroica; su papel, decisivo en la Revolución de 1848. Esta página de la vida de Lamartine merece ser estudiada. Existe hoy una escuela fundada y capitaneada por el profesor italiano César Lombroso, que sostiene y pretende probar con datos estadísticos, por cierto muy incoherentes y nada exactos, que el genio es una psicopatía, y los individuos superiores ó progenerados, á manera de dementes, que doran su enfermedad con la luz de la gloria. Los escritores y poetas que por ahora hemos conocido, en estas páginas, dan un mentís á la teoría de Lombroso. No me atrevo á afirmar que en Rousseau y en Chateaubriand no hubiese algo anormal y psicopático: pero en la Staël, en Lamartine (y de seguro en Víctor Hugo, Jorge Sand y Alejandro Dumas) comprobamos y seguiremos comprobando una salud mental á prueba del trabajo más asiduo, y una óptima complexión que da por fruto longevidad envidiable y senectud fecunda. De estos individuos normales en todo, excepto en el genio, el más normal, el más firme de sentimiento y de espíritu es acaso Lamartine. Su vanidad inofensiva, su indulgencia y su desprendimiento, no son anomalías, sino accidentes de un carácter abierto y generoso, que infun-

día respeto y cariño visto de cerca. La medida de ese carácter la dió en pocas horas; pero horas decisivas y críticas. «No conozco nada más bello ni más heroico—escribe Lemaître, en su completo estudio dedicado á Lamartine—no conozco nada más digno de ser vivido que los cuatro meses de poder de Lamartine, después de que, con la *Historia de los Girondinos*, derrocó un trono. Cosa inverosímil, que ya sólo concebimos en las antiguas Repúblicas: Lamartine reinó efectivamente por medio de la palabra. El día en que, acorralado contra una puertecilla del Hotel de Ville, de pie sobre una silla de paja, viendo cómo le apuntaban los cañones de los fusiles, picándole las manos la punta de los sables, accionando con un solo brazo mientras con el otro estrechaba á un hombre de la plebe, un andrajoso que se deshacía en lágrimas; el día en que, oponiéndose al populacho, ciego é irresistible como el mar, lo contuvo con frases y arrancó la bandera roja de manos del motín, el mito de Orfeo fue realidad, y Lamartine tan grande cuanto cabe que lo sea el hombre» (1).

Pasó aquel momento; retiróse á la vida privada Lamartine, y, uncido el Cisne á un carro de labor, empezó á ganarse la vida como humilde jornalero de las letras. Escribió en la cama, para evitar el frío; escribió al dictado, al lápiz, al vuelo, sin tregua ni reposo: novela, historia, biografía, autobiografía, confesiones, crítica, drama, libros de vulgarización, y hasta no sé si textos para las escuelas de niños. Hay una página de las *Nuevas Confidencias,* que no puede leerse sin pena: en ella refiere Lamartine cómo, después de haber vendido las primeras *Confidencias* para descargar de hipotecas la amada posesión de Milly, el asilo de su infancia, el sepulcro de sus padres, sus *Charmettes;* después de entregar á la voracidad

(1) Cuando escribí este párrafo vivía aún, y asistía á oirme en el Ateneo, el español más semejante á Lamartine en muchos respectos: el insigne Emilio Castelar. Lo que entonces no podía decirse por no herir modestias, debe hacerse observar hoy: este párrafo parece escrito para él.

del público migajas de su corazón; después de ser acusado de impudor, de inconveniencia y de mal gusto, nada menos que por Sainte Beuve, el sacrificio había sido estéril, el precio no alcanzó á salvar la finca, y Milly se vendió... «Alégrense mis detractores» exclama Lamartine, con amargura en él extraña..... Sólo dos años antes de su muerte, en 1867, se determinó Francia á ofrecer, á título de recompensa nacional, una renta anual de cinco mil duros al hombre que había evitado el derramamiento de sangre y las trágicas escenas de la revolución desencadenada en París; al que salió del Poder con las manos limpias y alta la frente, y al que en ella ostentaba una corona de laurel inmarcesible. Fue el óbolo de Belisario; y así y todo, honra á la nación que lo votó, no porque suponga gran liberalidad—todos sabemos cómo suele repartirse el presupuesto—sino porque supone reconocimiento de jerarquía—lo más raro en estos tiempos de igualdad vanidosa y desigualdad infundada.

El Renacimiento cristiano tuvo de su parte, como hemos visto, á Chateaubriand y Lamartine, y no olvidemos que también á Víctor Hugo en sus primeros años. Sin embargo, no cabía unanimidad en una generación mal purgada de las doctrinas del siglo XVIII. La contrarrevolución fue poderosa, sobre todo en los años del Imperio y en los primeros de la Restauración monárquica; pero ya vuelve á levantar cabeza, sin programa, el jacobinismo.

Sin salir de los dominios de la poesía lírica, vamos á encontrar estas tendencias, representadas por Casimiro Delavigne y por Béranger.

Casimiro Delavigne se hizo popular dos años antes que Lamartine, con las *Mesenianas,* elegías patrióticas, donde, como refieren los *Viajes del jóven Anacarsis,* que lamentaba los mesenios su decadencia y opresión, el poeta lloraba la afrenta de la patria, sometida al yugo extranjero; la rota de Waterlóo; la destrucción del veterano ejército, vencedor en cien campañas,—y evocaba la mística figura de Juana de Arco,

la Valkiria de las Galias, para echar otra vez de Francia á los invasores. Delavigne fue un poeta mediocre, y no le nombraría yo aquí si no hubiese acertado á iniciar, con Béranger, la apoteosis de la gloria militar y la rehabilitación poética del Imperio, que es una tendencia hoy muy difundida y activa en Francia.

Mientras el Imperio existió, y Napoleón pesó sobre los destinos de Francia y de Europa, hízose aborrecible á los poetas y á los artistas, hasta á los mismos que pensionaba; apenas cayó precipitado de su columna, y probó, como decía Manzoni, el triste destierro, la epopeya napoleónica se impuso á la imaginación y se hizo una sola carne con la patria. Las *Mesenianas* tuvieron la suerte de interpretar el sentimiento nacional, menos difuso, más enérgico y acérrimo que otros sentimientos puramente humanos. Acordóse Delavigne, como se acordó entre nosotros Quintana, del ejemplo de Píndaro; comprendió que las circunstancias, cuando son extraordinarias y de dignidad suma, pueden inspirar á los poetas sin desdoro, y fue el vate de circunstancias, que sigue el filo de la opinión, que da forma y voz á la cólera y á la esperanza de un pueblo. Arrastrado por la ola patriótica, contribuyó á encresparla. De ahí dimanó su popularidad; de ahí también su caducidad; por eso, veinte años después de su muerte, sus obras dormían ya bajo una capa de polvo, y no se pensaba en reimprimir aquellas *Mesenianas* tan celebradas un tiempo. Aunque se dijo de Delavigne, con notable exactitud, que representó en arte, en política y hasta en su vida llana y vulgar el justo medio, que ni fue clásico ni romántico, ni bueno ni malo, las tendencias de su musa, rebosando de los límites del liberalismo vago y benévolo, llegaron al jacobinismo sañudo. La campaña contra los *hombres negros*, como llamaba Béranger á los jesuitas, la sostuvo en la poesía seria Delavigne; á su voz, salió de la tumba el amarillento espectro de Voltaire.

Pedro Juan Béranger (1) es otro enemigo, más encarnizado

(1) Pedro Juan de Béranger.—Nació en París en 1780; murió en París en 1857.

y temible aún, de la monarquía restaurada, de la aristocracia de sangre y del catolicismo; en general de la contrarrevolución. Procedía Béranger, por filiación intelectual, del siglo XVIII; había asistido, en tiernos años, á la formidable escena de la toma de la Bastilla, y sus biógrafos aseguran que el canto de la Marsellesa le arrancaba lágrimas. Hay en Béranger una nota propia: mientras la literatura, desde la Revolución hasta los primeros años de la Restauración, es obra de la clase aristocrática, ó al menos ennoblecida, y la lista de los grandes escritores parece una página de la Guía—vizconde de Chateaubriand, vizconde de Bonald, conde de Maistre, baronesa de Staël, conde de Vigny, conde Hugo,—únicamente Béranger hace brillar en las letras un nombre francamente plebeyo—*vilain et trés vilain,*—como decía al jactarse de que su abuelo era un pobre sastre. No se parecía en esto á su maestro Voltaire, que no pudo resignarse nunca á no figurar entre la nobleza que se remonta á las Cruzadas. Si Béranger no pregonase su baja extracción y su educación deficiente, podríamos adivinarlas en sus canciones, tan á menudo adocenadas y groseras en el sentir, con un no sé qué de mal gusto y ordinariez. A los catorce años, Béranger, que vivía en Perona, entró de cajista en una imprenta; ni cursó las aulas, ni estudió latín; y los admiradores que le pusieron al nivel de Horacio, mejor debieran compararle al verde y fresco Lafontaine, saturado, como Béranger, de lo que llaman allende el Pirineo *gauloiserie*. Aunque Béranger se alababa de haber despertado á las abejas en el monte Hymeto, lo cierto es que carecía de humanidades.

Volvió á París Béranger, y dejando correr los días de la mocedad entre la miseria, alegremente combatida (¡qué bien se pasa en una bohardilla á los veinte años!, dice el estribillo de una de sus canciones), empezó á brujulear su vocación literaria. En aquel período fue Chateaubriand—¡quién lo dijera!—el que subyugó su fantasía y el modelo que se propuso; y antes de conseguir el hallazgo de un género propio, la viva y sucinta *chansonnette,* Béranger escribió *Meditaciones* y hasta ensalzó

en rimas soporíferas el restablecimiento del culto. Por fin, en 1813, con una oportunidad fulminante, con una malicia trascendental, lanzó su primer canción, la famosa y deliciosa titulada *El rey de Ivetot:* he aquí dos estrofas traducidas en prosa:

«Había una vez cierto rey de Ivetot, de quien la historia no hace gran caso. Se acostaba tempranito, se levantaba tarde, y dándosele un comino de la gloria, dormía tan ricamente. Su corona era un gorro de algodón: en su palacio de techo pajizo hacía cuatro comidas diarias, y recorría el reino montado en un asnillo, sin más guardia ni escolta que un can. No sería gravoso á sus vasallos, si no padeciese una sed inextinguible: á cada moyo de vino le cargaba de impuesto una olla; pero, ¡qué diablo!, un rey que hace felices á sus súbditos, también es justo que viva.»

Relacionemos con las circunstancias la cancioncilla, y comprenderemos su efecto. Era el momento en que las guerras de España y Rusia, infaustas para las armas francesas, habían engendrado descontento profundo; en que Napoleón pedía á la nación exhausta, no la olla de vino del buen rey de Ivetot, sino nuevos é incalculables sacrificios de dinero y trescientos mil soldados más; en que Luis XVIII, en cambio, ofrecía desde el extranjero paz y amnistía; en que todas las potencias europeas se coligaban contra Francia, y los aliados disponíanse á marchar sobre París; el momento en que se acercaban la abdicación, Elba y después Santa Elena. El pacífico rey de Ivetot, que se ríe de la gloria, que no estruja al pueblo, parecía un ideal. Los liberales vieron en *El rey de Ivetot* la sátira del despotismo; los partidarios de la Restauración, el elogio de las tendencias que representaba. Napoleón hubiese podido ver en la canción satírica una lección de filosofía profunda: el rey de Ivetot, con su gorro de algodón por diadema, caballero en su jumento, era más feliz que el árbitro del mundo.

Lo curioso es que Béranger, después de estrenarse con la apología de la paz, apenas cae Napoleón siéntese inflamado en

ardor bélico y no sueña—dice graciosamente un crítico—más que en aconsonantar *gloria* con *victoria*.

Ni el mismo Víctor Hugo contribuyó á formar la leyenda napoleónica como el autor de los *Mirmidones*, de la *Bandera vieja* y de los *Recuerdos del pueblo*. Sobre el pedestal de la adversidad, más grandioso que el de la fortuna, el vencido de Waterloo, con su levitón gris, la mano en la solapa, empezaba á señorear la imaginación. La literatura le había derrocado y la literatura vindicaba su memoria.

La campaña de Béranger no se redujo á combatir á los Borbones con el prestigio de los recuerdos bonapartistas. También sacó á relucir el herrumbroso arsenal de Voltaire y Diderot contra la Iglesia. El cancionero tocó todos los registros: ya estoico, ya epicúreo, ya deista bonachón, ya impío descarnado, no sólo satirizó las creencias, sino que ridiculizó ciertas ideas éticas, cristianas en su origen, pero admitidas y respetadas hasta por los racionalistas, y en conjunto por la sociedad, que en ellas descansa. A la honestidad la calificó Beránger de sandez; al decoro, de hipocresía; cuantos pisaban la iglesia fueron para él detestables mojigatos; escarbó la ceniza hasta reavivar el fuego de la negación dieciochena, y preparó y apresuró la caída de las lises.

La fuerza de las canciones de Béranger reside en su misma brevedad y agilidad, en el sonsonete del estribillo que las grabó en la retentiva, y permitió cantarlas al choque de los vasos y al retintín de los cuchillos que los hieren á compás. Se cantaron á los postres, en las mesas de familia y en las cuchipandas entre estudiantes y grisetas, en los *caveaux* con ribetes literarios y en las tabernas y chiscones; las cantó su autor, las cantó la burguesía, las cantó la plebe, y si se perdiese la edición entera de las canciones, en la memoria de los franceses se encontrarían archivadas, como el Romancero estuvo un tiempo en la de los españoles. Entre una copa de Romanée y otra de Chambertin, desde los brazos venales de Fretillon y Liseta, las canciones de Béranger anunciaban el advenimien-

to, primero de la monarquía ciudadana de Luis Felipe, de gorro de algodón como el rey de Ivetot, y después del segundo ensayo de República.

Ofreció Béranger un ejemplo nada común: versátil y hasta contradictorio en las ideas, fue consecuente en la conducta. No quiso aceptar sueldos ni cargos, no quiso entrar en la Academia; prefirió ser hasta su último instante el cancionero popular. Cuando Chateaubriand, muy abatido y viejo, le decía: «¡Hola, Béranger! Ya tiene usted su República», Béranger contestaba con perfecto idealismo: «¡Ah! Prefería soñarla.»

Porque coloco á Béranger entre Lamartine y Víctor Hugo, no se crea que les igualo. Béranger es un poeta que chorrea el jugo de su raza; galo hasta la médula, hasta cuando parece respirar el ambiente de Horacio ó de Tíbulo, ó cuando produce la ilusión fugaz de un moderno Anacreonte; artista, porque sabe encerrar un asunto en corto espacio, y disparar la flecha satírica emplumada en la riente copla; pero jamás pudo Béranger salvar la misteriosa valla que separa al genio del ingenio; y el que quiera notar la diferencia de estatura que hay entre dos satíricos de los cuales sólo uno es poeta excelso, compare la *Bandera vieja* de Béranger con la sublime invocación á las banderas contenida en *Los castigos* de Víctor Hugo.

Ejemplo edificante desde el punto de vista de la fraternidad literaria, fue la estrecha amistad que unió á Béranger con Chateaubriand, Lamennais y Lamartine. Sainte Beuve dice con donaire que cuando se figura reunidos á estos tres bajo el emparrado del cancionero, cree estar viendo *El Carnaval de Venecia* de la literatura. Si buscamos contrastes, ninguno como el que forman Béranger y Chateaubriand; no es ya contraste, es irreductible oposición; el plebeyo demócrata y el hidalgo legitimista; la alegría de vivir y de beber y el incurable tedio; la prosa poética y la poesía prosáica—porque Béranger, fuerza es confesarlo, muchas veces rimó prosa pura, y si se exceptúan sus canciones socialistas, como *Juana la roja* y *El Viejo vagabundo*, y algunas fantasías como *El Hombrecillo gris*,

diríase que pone en verso artículos revolucionarios. Aunque sus canciones parecen la facilidad, la improvisación misma, era realmente premioso y laborioso, y hasta rebuscado, violento y académico en la forma—él, que prefería á la Academia de la Lengua la cueva de los bebedores. El siglo XVIII le había hecho mal de ojo, como tenía que hacérselo á los que en él buscasen veta poética, y por eso Béranger, con toda su malicia chispeante, con sus dotes de miniaturista y de grabador de camafeos, nunca figurará sino entre los poetas menores.

He dicho que Chateaubriand era la antitesis de Béranger. Con más exactitud debí decirlo por el desdeñoso Alfredo de Vigny, (1) tan cuidadoso en evitar la popularidad como Béranger en solicitarla. El báquico emparrado de Béranger y la torre de marfil de Vigny..... ¡qué ideales tan opuestos! Mientras Béranger trabajaba para la hora presente, se uncía al carro de la opinión, Vigny, lejos de la muchedumbre, preparaba con mano segura el porvenir de su fama. En vida, y sobre todo en sus primeros años, no fue Vigny un ídolo como Lamartine; pero hoy, cuando la crítica hila delgado y se contrastan y depuran méritos, el olvidado nombre de Vigny asciende cada día, y se coloca en primera línea, á corta distancia de los más grandes.

Aquella idea peregrina que se formaban de Lamartine sus cándidas adoradoras provincianas, realizábala Vigny plenamente; tenía el lindo rostro y los rubios rizos de un querube, y era un dechado de delicadeza y finura, hasta de inmaterialidad. Cuéntase que nadie consiguió sorprenderle sentado á la mesa, y Alejandro Dumas refiere que la actriz señorita Dorval, después de ser por espacio de siete años amiga íntima de Vigny, contaba con asombro, casi con terror, que, en tanto tiempo, sólo una vez le había visto comer.... ¡un rábano! Aunque Alejandro Dumas sea fuente turbia y sospechosa, la anécdota

(1) Alfredo de Vigny. Nació en Loches, en 1793; murió en París, en 1863.

retrata á Vigny, y confirma el dicho humorístico de Sandeau, el cual aseguraba que con Vigny nadie de este mundo se había tratado familiarmente, ni Vigny mismo. Pulcritud, reserva y corrección, eran la armadura tersa y glacial con que resguardaba su pecho el más desesperado de los románticos.

Al tener que decir en qué se funda la estimación creciente hoy otorgada á Vigny, siento un recelo muy natural: el riesgo que corro de extrañar y contristar á los que me leen. Quisiera poderos justificar la admiración tardía que inspira Vigny, y para ello necesitaría largos comentarios. En Vigny se celebra, más que al poeta, al pensador; se alaba la profundidad y elevación de ideas, la trama intelectual que bordó de poesía. Y aquí está lo triste: las ideas de Vigny no son otra cosa sino el pesimismo más hondo y radical que se ha conocido en este siglo, con ser el siglo de Leopardi y de los filósofos de la nada, desde Schopenhauer hasta Nietzsche.

No hay erial ni desierto que al alma de Vigny pueda compararse. Hijo de uno de aquellos filósofos de la generación enciclopedista, que se nutrían de la negación apasionada, transformó los principios de su padre en otros más desconsolados cien veces: forjó para su uso, despreciando la propaganda, un completo nihilismo moral é intelectual. Seria y concienzudamente ateo, no sólo en religión, sino en amor, esa otra religión de los poetas líricos, no lo proclamaba á gritos, y su programa consistía en oponer un frío silencio al tenaz silencio de la divinidad (son sus palabras). El pesimismo de Alfredo de Vigny es tan glacial y denso, envuelve tan completamente su alma estoica, que muchos críticos preguntan qué desgracias pudo sufrir para petrificarse hasta tal punto, y no encuentran en su vida nada que justifique el dolor de este nuevo Job sin paciencia. Vigny no era rico, pero tampoco estaba en la miseria precisamente. Al pesimista, por otra parte, no lo hace la desdicha, sino una especial disposición y contextura de su espíritu: como que la desdicha algunas veces, lejos de destilar ponzoña, destila bálsamo de resignación y de espe-

ranza; y un caso de esta bella transformación del alma por el dolor es el que estudió Javier de Maistre en su precioso diálogo *El leproso de la ciudad de Aosta*,—lo más contrario á las doctrinas de Vigny.

Vigny no creía en nada, de tejas arriba ni de tejas abajo. El caso es más singular de lo que se piensa: no creer en nada requiere esfuerzo inaudito. El entendimiento, ante la sombría puerta de la negación absoluta, se detiene como atacado de vértigo. Rectifico: en algo creía Vigny: creía en una virtud no divina, sino humana; virtud sin palma celestial, que parece brotar de la tierra: el honor. Una chispa del rayo que abrasó la soberbia frente de Luzbel había caído sobre la de Alfredo de Vigny, y su orgullo, brillante vicio del alma superior, era estela de bronce que se mantenía enhiesta entre la desolación y la ruína. El orgullo de Vigny se revelaba con los modales y las costumbres, en esa misma reserva cortés propia del trato muy exquisito, y que acaso es la forma más caracterizada del desdén; en el horror á la exhibición ruidosa de los sentimientos y de las heridas morales; y este modo de ser peculiar, este aislamiento y claustración en la ebúrnea torre contribuye á que Vigny suba cuando baja el romanticismo, pues en él reconocen un verdadero precursor los partidarios de la impasibilidad y los teóricos del arte refinado, á quienes hasta repugna el aplauso del vulgo.

Hoy Vigny es más grande por su influencia y por haberse adelantado á sus contemporáneos, que por méritos propios: es artista superior, poeta corto de resuello, sutil y alambicado, sin el vuelo de águila de Víctor Hugo, ni el suave bogar de cisne de Lamartine; pero Hugo, Lamartine, Leconte de Lisle, Baudelaire, Sully Proudhomma, todos se inspiraron en él. *La caida de un ángel* proviene de *Eloa*; las españolerías de Musset proceden de *Dolorida*; Víctor Hugo, en *La leyenda de los siglos*, se acordó de *Moisés*. Fue asimismo Vigny el primer novelista walterescotiano que tuvo Francia, y el primer autor dramático que siguió las huellas de Shakespeare. Anunció

también el simbolismo: sus poemas *La cólera de Sansón, Eloa* y *La casa del pastor*, son realmente simbólicos. Con todo el caudal de nuevas direcciones que trajo Vigny á la literatura, el público apenas le conoció: y si no le lisonjearía la ruidosa popularidad, tampoco le agradaría pasar inadvertido para los contados inteligentes que produce cada época literaria: su personalidad era sobrado intensa y enérgica para resignarse al olvido, y tenía que sorprenderle que, v. gr., Caro, al escribir un libro sobre el pesimismo en el siglo XIX, y estudiar á Leopardi en concepto de poeta de la desesperación y la infelicidad, no le dedicase á él, Alfredo de Vigny, su compatriota, ni un párrafo, ni dos líneas siquiera. Y, sin embargo, el pesimismo de Vigny es más entero que el de Leopardi todavía, y sin duda más espontáneo, pues al cabo Vigny no era contrahecho, ni desconocía las amorosas venturas, que es fama ignoró el poeta de Recanati. Nunca éste, ni en sus más acerbas inspiraciones, atribuyó á la naturaleza lenguaje tan cruel como le hace hablar Vigny: «No escucho vuestros clamores ni vuestras quejas; apenas noto que sobre mí se desarrolla la comedia humana; sin mirarlos ni oirlos, confundo el hormiguero y la inmensa capital; no distingo el terruño de la ceniza; al soportar á las naciones, me desdeño de aprender su nombre. Me llaman madre, y soy una tumba; mis inviernos desmochan el árbol de la humanidad, y mis primaveras no sienten vuestra adoración.» «Desde entonces—añade el poeta—detesto á la naturaleza impía; veo en sus aguas nuestra sangre, bajo sus praderías nuestros muertos, cuyo jugo chupa la raiz de las plantas... La odio, sí, con odio invencible.» Pero este poeta que reniega de la naturaleza, ¿al menos creerá en el sentimiento, en el amor, en una Nerina, como Leopardi? ¡Menos! La mujer, para Vigny, es un sér impuro de cuerpo y de alma; domina al hombre porque le acaricia desde la cuna, y arrullado por ella contrajo la necesidad de reclinarse en su tibio seno; pero ¡ay del incauto! Toda mujer es más ó menos Dalila... ¿Y el cielo? El cielo es sordo, mudo, ciego, insensi-

ble..... y el hombre, altanero y crispado, no debe llorar, ni rezar, sino morir cerrando la boca, sin exhalar ni un suspiro. Cuando un poeta profesa tales doctrinas, no en pasajeros arrebatos de rabia, sino sistemáticamente; cuando por ellas, precisamente por ellas, toma incremento su fama y se le ensalza y pone en las nubes, ¿no es verdad que advertimos y notamos un terrible síntoma, una indicación bien amarga y triste del estado del pensamiento contemporáneo? Y no se diga que las teorías de Vigny triunfan porque las reviste forma poética soberana. Sin duda hay bellezas en Vigny, pero no es el artista, es el desesperado el que cautiva á la generación actual.

Otro pensador en verso es el famoso Sainte Beuve, (1) respetado como crítico, como poeta arrumbado ya, pero que tuvo su hora y su papel peculiar en la historia de la poesía romántica francesa. Los primeros versos de Sainte Beuve vieron la luz bajo el pseudónimo de José Delorme, joven médico que había muerto del pecho. Los que nacimos después de mediado el siglo, recordamos que en nuestra niñez aún conservaba cierto prestigio poético la tisis: era enfermedad en cierto modo ideal y bella, propia de organizaciones selectas, de espíritus soñadores, y de la juventud sobre todo: el tísico moría mecido por ardorosas ilusiones, excitado por una especie de fiebre dulce, y se extinguía como el pájaro, cantando... y también tosiendo. Hoy la tisis ya es la tuberculosis; hoy se idealizan la salud y la fuerza, y si hay enfermedad de moda en las letras, es la neurosis; pero, antes que Alejandro Dumas (hijo) en la *Dama de las Camelias*, Sainte Beuve creó el romanticismo de la tisis en las *Confesiones autobiográficas* del supuesto doctor.

Otro tema nuevo trajo Sainte Beuve. Fue también iniciador de lo que después se llamó poesía intimista, género en que han descollado Coppée y Teodoro de Banville, y desplegó la

(1) Carlos Agustín Sainte Beuve. Nació en Boulogne, en 1804; murió en París, en 1869.

bandera de un realismo familiar y democrático, pintura de género inspirada por la lectura asidua de los poetas ingleses de la escuela lakista, Wordsworth y Coleridge; ideal de llaneza que contrastaba con la tendencia aristocrática de Chateaubriand y de Hugo en sus primeros tiempos, y con el altivo aislamiento de Vigny: por lo cual no faltó quien diese á Sainte Beuve el título de *Lamartine de la burguesía*. Ciertas afirmaciones que estaban comprendidas en la esencia misma del romanticismo, si no podia Sainte Beuve encarnarlas por carecer de facultades poéticas de alto vuelo, tenía que definirlas y verlas con claridad, por lo mismo que era crítico ante todo. Medio frustrado como poeta, no se equivocó en el juicio y ejerció en el Cenáculo y respecto á Victor Hugo el papel de legislador y maestro. En concepto de tal definió las condiciones esenciales del verso romántico, reduciéndolas á tres: movilidad de la cesura, libertad del encabalgado y riqueza de la rima. La rima, en su opinión, es la primer ley poética; en ella reside aquella fuerza natural é innata, parte divina y misteriosa de la inspiración; y por esta teoría, que identifica la técnica con el ápice sumo del arte, Sainte Beuve es el nuncio de los parnasianos y de los partidarios del arte formal y puro. En Sainte Beuve, poeta arrinconado, y, sin embargo, de acción tan fecunda, se cumplió la ley que dispone que los artistas de segundo orden contribuyan más que los de primera línea al movimiento estético y á la aparición de escuelas nuevas; porque el verdadero genio no tiene imitadores: sólo se pueden imitar, exagerándolos, los defectos y la manera.—Cargado de merecimientos Sainte Beuve en la crítica, nunca se resignó á ver marchitos sus laureles de poeta, y un fermento de añeja envidia le llevó á arañar felinamente á Lamartine y á Alfredo de Musset.

Al nombrar á Alfredo de Musset (1) siento la dificultad de expresar con palabras el encanto de este poeta que en Francia

(1) Alfredo de Musset. Nació en París en 1810; murió en París, en 1857.

es moda desdeñar ahora, porque representa la frescura juvenil en un período del siglo en que la gente nace ó aparenta nacer con el espíritu envejecido.

Alfredo de Musset es una mezcla de sentimiento romántico y de lucidez picaresca, propiamente clásica, *gauloise*. Lo prueba el oficio que desempeñó en el Cenáculo, donde empleaba su humorismo y su donosa ironía en satirizar las risibles exageraciones de la escuela, los paseos nocturnos á contemplar la luna que asoma sobre su amarillento campanario. Para traer á los románticos al terreno del sentido común, Musset esgrimió las acicaladas armas del ingenio: la ocurrencia, la cuchufleta, el desplante y el gracejo más ático. No sólo en la célebre *Balada á la Luna*, que cayó á modo de ducha glacial sobre las calientes cabezas y las revueltas greñas de los cofrades en romanticismo, sino en las preciosas *Cartas de Dupuis* y *Cotonet*, el joven poeta supo demostrar raro instinto crítico, y ejercitar una cualidad muy francesa: la percepción de la ridiculez y el don de corregir las exageraciones con la risa.

La agudeza, la humorada, el desenfado con ráfagas sentimentales, caracterizan la primera época de Alfredo de Musset, aquella en que hacía, según propia confesión, versos de niño. Ya entonces, y quizás entonces más que nunca, poseía en alto grado el *esprit*, mezcla de vivacidad y agilidad en comprender, y donaire y concisión en expresar; don de cazar al vuelo lo más saliente y marcado de cuanto se ofrece y propone á nuestra consideración en el vario espectáculo del mundo, y condensar su esencia en una frase gráfica, ligera é insinuante como exquisito aroma. Aparte del *esprit*, se destaca otro elemento peculiarísimo en Alfredo de Musset, y para precisarlo habría que definir una cosa indefinible, que no es precisamente la elegancia, ni la distinción, pero se les asemeja: el *dandysmo*. La palabra no es castiza, pero no puedo sustituirla con otra equivalente.

¿En qué consiste el *dandysmo*, brillantemente representado dentro de las letras inglesas por lord Byron, y de las fran-

cesas por Alfredo de Musset? No ciertamente en los blasones, pues Musset no los poseía: pertenecía á una familia de la clase media acomodada. Tampoco en llevar vida calaveresca, ni en llenar de nombres femeninos una lista como la de Don Juan, ni en tener desafíos, ni en jugar fuerte, ni menos en raspar con un trozo de vidrio el paño del frac á fin de adelgazarlo, según se refiere que hacía el rey de los *dandyes*, el célebre Jorge Brummnel. Los requisitos del *dandysmo* pueden reunirse en un sujeto, sin dar por resultado un *dandy*. El *dandysmo* es un aura, un vapor, un granito de sal, una futesa, cualquier cosa; un modo de presentarse, de hablar; una insolencia fina, un incopiable estilo propio que hace rabiar á los imitadores; y, en literatura, un acento desdeñoso que no se confunde con otro acento, un desenfado que subyuga y hechiza, porque es la negación de la pedantería, de la ñoñez y del apocamiento; una malicia aristocrático-intelectual que trasciende. Entre los literatos contemporáneos españoles, Campoamor ha tenido á veces el estilo *dandy*.

Ante la imposibilidad de sugerir por medio de la frase lo peculiar de la primera época de Musset, recurro á decir que sus versos producen el efecto del Champagne, no el de ningún otro vino, ni siquiera el que imaginamos que producirá la ambrosía de los dioses: el del Champagne solamente. Cuando el Champagne, leve, chispeador, con la áurea transparencia del topacio bohemio, cae en la amplia copa de cristal; cuando al rozar los labios su delicada espuma se despierta el cerebro, se avivan las percepciones y se enciende la fantasía, apresúranse las ideas con el ritmo de un corro de ninfas danzadoras, de ninfas, entiéndase bien, no de desenfrenadas y ébrias bacantes. No diré que el Champagne sea espiritual, pero sí que presta espiritualidad á la materia,—y lo mismo sucede con los versos de Alfredo Musset.

Así y todo, después de haber escanciado á sus contemporáneos ese vino de luz; después de producir *Nasmuna* y *Don Paez*; después de burlarse solapadamente del Cenáculo á pretexto de la

casta Diana, y de evocar las serenatas y las estocadas de las callejuelas españolas, Musset no era todavía lo que se llama un gran poeta, un poeta que desde la imaginación llega á lo hondo, á las fibras secretas del alma. No lo fue hasta que le sucedió..... ¿qué? ¿Alguna extraordinaria aventura? No en verdad; sino la más usual y corriente; pero aventura que, según hace notar con su habitual acierto el insigne crítico Fernando Brunetière, no obstante su vulgaridad, no le acaeció ni á Lamartine ni á Víctor Hugo: sentir una pasión grande y sincera y sufrir un mortal desengaño.

Esta página es toda la biografía de Alfredo de Musset. No hay para qué transcribirla aquí: es sobrado pública, como que se ha divulgado á campana herida, y casi diré que á toque de rebato, en periódicos y Revistas, y hasta en gruesos volúmenes, escritos expresamente para defender, ya la causa del poeta abandonado y vendido, ya la de la ilustre inconstante. Al arte y á las letras no les importa el nombre ni la ocasión: lo único que les interesa es que á la cruenta herida del alma de Musset se deben sus obras maestras, las que le harán inmortal; sus *bellos clamores*, sus *gritos divinos*, según frase de Gustavo Flaubert; las incomparables *Noches*, más apasionadas que el *Lago* de Lamartine, y casi tan puras como él, porque Musset, al contacto del dolor, acendró su inspiración y la elevó á la dignidad y á la hermosura sublime que sólo procede del verdadero sentimiento; dejó de ser el pajecillo, el dandy, y fue el hombre. Ni *Rolla,* ni *Namuna*, ni los proverbios, cuentos y comedias, ni la *Balada á la Luna*, ni aun el tierno *¡Acuérdate!* consagraron á Musset para la incorruptibilidad de la gloria, sino las *Noches* y la *Epístola á Lamartine*, poesías donde vierte sangre un corazón desgarrado, y donde la variedad y el contraste de los afectos, la indignación terrible y la repentina calma dolorosa, la invectiva y el ruego, los sollozos y los himnos, alternan con el magnífico desorden y el soberbio empuje de las olas del mar en día de desatada tormenta. Bien comprendía el poeta que de sus lágrimas iba á formarse su co-

rona de laurel, y en *La noche de Mayo* pone estas palabras en boca de la Musa, consejera del poeta: «Por más que sufra tu juventud, deja ensancharse esa santa herida que en el fondo del corazón te hicieron los negros serafines. Nada engrandece como un gran dolor: que el tuyo no te haga enmudecer; los cantos desesperados son los más hermosos, y los conozco inmortales que se reducen á un gemido. El manjar que ofrece á la humanidad el poeta es como el festín del pelícano: pedazos de entraña palpitante».

Cuatro son las admirables elegías tituladas *Noches:* la *Noche de Mayo,* la *Noche de Diciembre,* la *Noche de Agosto,* la *Noche de Octubre.* Están escritas en tres años: desde Mayo de 1835 á Octubre de 1837: tanto duró la impresión violenta y trágica que dicta sus estrofas. Tres de ellas tienen forma de diálogo del poeta con la Musa: el poeta solloza y se retuerce, y la Musa, la consoladora, la amiga, la hermana, la única fiel, le murmura al oído frases de esperanza, le vierte en el corazón los rayos lumínicos de su túnica de oro. En la *Noche de Diciembre* no es ya la Musa quien habla al poeta, sino una fúnebre visión, un hombre vestido de negro, que se le parece como un hermano. «Dondequiera que he llorado; dondequiera que he seguido ansioso la sombra de un sueño; dondequiera que, cansado de padecer, he deseado morir..... ante mis ojos se apareció ese infeliz vestido de negro, mi propia imagen.» Al final de la elegía sabemos el nombre de la visión: es la soledad, es el abandono..... compañero eterno del poeta, hermano gemelo de su alma. Sin duda la *Noche de Mayo* y la de *Octubre* son las más bellas de las cuatro elegías, y así lo declaran los críticos por unanimidad; pero en la de *Diciembre* hay una melancolía más penetrante y más incurable.

Hasta en prosa, lo mejor que escribió Musset fue inspiración directa de la historia de amor que él llamó misteriosa y sombría, aunque no pudo llamarla secreta. La *Confesión de un hijo del siglo,* novela autobiográfica, encierra, y no en germen, sino bien desarrollados ya, los temas y casos pasionales que con

fortuna aprovecha hoy para sus celebradas novelas psicológicas Pablo Bourget; y al calor de la humillación y de la rabia, se forjó la intencionada é ingeniosa sátira *El mirlo blanco,* digna de ser comparada á los mejores cuentos alusivos de Voltaire. Cuando se cicatriza la llaga; cuando se mitiga el padecimiento y vuelve al espíritu de Musset la serenidad perdida; cuando la Musa cumple su misión consoladora; cuando atónito le parece que es otro y no él mismo el que tanto sufrió, al disiparse la embriaguez de la pena se disipa el estro: las últimas producciones de Musset ya no traen el sello de fuego, ni son obra de los negros serafines: el poeta acaba decadente y frío como la placa de hierro apartada del horno. El ejemplo de Alfredo de Musset debiera hacer reflexionar á los que creen, como creía Flaubert, que la efusión del sentimiento, el grito arrancado por la pena, son cobarde exhibición de flaquezas vergonzosas, y que el poeta ha nacido para callarse cuanto realmente le importa, á ejemplo de cierto diplomático famoso, que suponía que la palabra nos ha sido otorgada, no para revelar, sino para encubrir y disfrazar el pensamiento. Bendita flaqueza, si lo fuese, la que nos valió esas *Noches* incomparables, la verdad misma, porque brotan empapadas en lágrimas amargas; *Noches* en las cuales, según la sugestiva frase del poeta, diríase que fermenta á deshora el vino de la juventud.

Emilia Pardo Bazán.

POETAS AMERICANOS

EL DIÁLOGO DE LAS TUMBAS

Á D. José Echegaray.

En el fúnebre y lívido paisaje,
Donde salta el panteón blanco y austero,
La luna riega mortecinos lampos,
Que platean la sombra del follaje,
Brillan sobre la arena del sendero
Y huyen después á los vecinos campos.....
Perece que la luz se acobardara
Al romper en la tumba: es como el riego
De un agua pura, refrescante y clara,
En un campo de sed que es todo fuego!
¿Por qué tiemblas, oh luna misteriosa?
¿Por qué pareces vacilar? Tú, acaso
No eres un astro muerto? Ama la fosa;
Desata tus collares cristalinos
Sobre las tumbas; y con firme paso,
Cruza por la alameda de los pinos,
Que fingen ayes de crujiente raso!.....
Alineadas las tumbas, ora abiertas
Como bostezos de hambre, ora cerradas
Como ojos de pereza, siempre juntas,

Bóvedas son á cuyas anchas puertas
Se asoman de la luna las miradas,
En busca de las vírgenes difuntas.....
Acaba de morir la Ofelia casta,
De alma de cera y juventud de lumbre:
¿Quién el cirio apagó? Pasión nefasta
Con soplos de huracán. Fue un ansia loca,
Que arrojó un corazón, desde la cumbre
A la profundidad, como una roca.....
Dulce Ofelia, ¿en qué sueñas? ¿En la vida?
Torna á la realidad; salta; despierta:
Tal como hablabas al soñar dormida,
Debes hablar también soñando muerta.
¿Qué Hamlet criminal y pensativo
Te ha sepultado en su alma taciturna?
¿A dónde está quien apagó tu aliento
Con su aliento mortal? ¿Acaso vivo?....
Rasga el silencio de la paz nocturna
Un suspiro, un rumor, un hondo acento,
Que viene á tí, desde lejana ürna,
Como confiado á la piedad del viento.....
¡Es su voz! ¡Es la voz de tu asesino,
Implorando perdón! Y se oye apenas,
Como si se tardara en el camino
Toda una eternidad..... Es clamor de ola,
Que rompiendo en su límite de arenas
Se esfuerza por gritar:—¡No, no está sola!.....
¿Qué respondes, Ofelia? ¿Qué respondes
A ese grito de horror? ¿Por qué te escondes,
Como una flor que plega su corola?
¿Tienes miedo tal vez?..... ¿Qué puede hacerte?
¡Repulsión, odio..... No, no sabes de eso!
Hoy tú no eres más débil, ni él más fuerte:
Doblegados estáis al mismo peso.....
Y un arma tieanes: tu virgíne palma.

¡El penetró en tu vida, con la muerte;
Pero no pudo penetrar en tu alma!.....
Oye su voz y dile tu reproche:
Que, entre la paz de la callada noche,
En la que apenas el follaje zumba,
Tendrás, cediendo á su postrer instancia,
Mientras el viento borra la distancia,
Un diálogo con él de tumba á tumba.....
—¡No, no estás sola, Ofelia! Eras mi vida
Y contigo acabé..... Pero, despierta;
Que es lo mismo estar muerta que dormida.....
—¡Dormida, para Dios; para tí, muerta!
—Ténme piedad y escúchame un instante,
El instante fugaz que nos separa
De la justicia eterna..... Delirante
Como nunca, corrí tras de tu huella;
Y, al mirarte volar, con mano avara
Cogí tu vida y me escapé con ella!
Robé tu vida así: tú me robaste
El corazón, que es más. Ya sé que he sido
La sombra de tu sol; y si el contraste
Resaltar hace más el bien perdido,
Más saltará tu mérito, que asombra
Y seduce á mi espíritu, afligido
Y orgulloso á la vez de ser tu sombra.....
¿Mas por qué deshojar la flor temprana,
Antes que rompa su cerrado broche?
La rosa sólo vive una mañana
Por salvarse del hielo de la noche!
¡Ah! si hubieras sentido un solo instante
La sed de fuego, el ansia delirante
Que mi lóbrego espíritu sentía,
Mayor angustia desgarrase tu alma
Que la angustia furaz de la agonía,
Tras la que vino tu perpetua calma.

Duele así la inyección de adormidera,
Que, si hiere la piel, infunde sueño
Reparador al fin: mas suerte fiera
Es la del infeliz que desespera,
Y desvelado en excitante empeño
Pasa sin descansar la noche entera.....
¡Qué horrible es el dolor cuando perdura
Y se goza en matar así las galas,
Una tras otra, en siglos de amargura!....
¡Nada importa el dolor cuando tiene alas!
Hoy gozas de la paz. ¿No oyes el grito
De eterna lid de los humanos séres,
Que conturban la paz de lo infinito?
Te libré de la vida ¿Qué más quieres?
La vida es el dolor: la mejor parte,
Del dolor siempre fue. ¿Mas, tú quién eres
Para saber de la revuelta sirte
Del pesimismo arrollador? Tú mueres
Como viviste, sin por qué. Yo el arte
Sé, en cambio, del dolor. ¿Quieres medirte
Con la vara del mal? Mira tu huella;
Y fíate después en la falacia
De la vida..... ¿La ves? Repara en ella;
Te creías feliz, porque eras bella;
¡Y tu felicidad..... fue tu desgracia!
—Es que yo era feliz porque en mi pecho
A espiritual amor prestaba abrigo.....
—Pero el rico, ¡oh mujer! tiene derecho
De insultar con sus pompas al mendigo?
Cuando la ley de la armonía irradie
Como un sol, en las cumbres de la idea,
Podrá gozarse el bien que se desea,
¡Si gozar ese bien no daña á nadie!
Tu bien era mi mal. Si fue egoismo
Arrastrarte hacia mí, ¿también no lo era

En tí, vivir sin reparar siquiera
Un punto en mi pasión? Era lo mismo.
¡Qué mal era mayor? ¿Qué alma más fuerte?
¿Cuál pudo ser la senda preferida:
La paz reparadora de tu muerte
O la lucha angustiosa de mi vida?
Y ya que estás en la mansión serena,
Ya que plegaste por la fuerza el ala,
Confiésame: la muerte menos buena
Es mejor que la vida menos mala!....
—¡Oh Hamlet! ¿Y tú hablaste de armonía?
Deja que tras de ti mi rumbo tuerza
Y que te arguya ante la suerte mía,
Que nadie quiere el bien, cuando es por fuerza.....
—¿Y yo por fuerza no te amé? Y acaso,
¿La fuerza no es el título de muerte,
Con que Naturaleza va á su paso
Arrollando á los débiles? El fruto
Vale más que la flor, porque es más fuerte,
Porque tiene más vida; así en el bruto,
Así en el hombre, así. ¿Qué bestia insana
Pudo hacer lo que yo: matar por celo
Y matarse después? Es que mi anhelo
Tiene una fuerza superior: ¡la humana!
—Perdona ¡oh Hamlet! que saber pretenda
El ardor, el afán, el vivo fuego,
Que te empujó por la terrible senda
Ciego de amor.....
—Es que el amor es ciego.
Te amé, te quise mía; y como tu alma
Era ya de otro amor, pensé en la calma
De los sepulcros, y cedió mi suerte,
Cual cede al viento la marchita hoja;
Y, á modo de Colón hacia otro mundo,
Quise arrojarme al seno de la muerte

Desde mi juventud, como se arroja
El ágil nadador al mar profundo.....
Ya que era refractaria el alma mía
A la flor de los locos entusiasmos,
Tuve sed de gozar en mis espasmos
La voluptuosidad de tu agonía.....
Te maté, porque sí: fue tu destino.
Ofrecerte mi vida era muy poco:
Quise ofrecerte más; me sentí loco,
Y te ofrecí mi honor: ¡fui tu asesino!
Así lo quiso nuestra infausta suerte:
Para siempre apartados en la vida
O para siempre unidos en la muerte.....
Y si culpable fui, no lo fui en vano;
Que al empuñar el arma del suicida
¡Me hice justicia con mi propia mano!.....
—¿Pero no te arrepientes? ¿No te llena
De zozobra ese Dios, que acaso escucha
Cómo conturban la mansión serena
Las desgarradas voces de tu lucha?....
—¡Miedo! ¿Por qué? ¡Sorpresa de alegría;
Puesto que en nada mi razón creía
Y me encuentro que hay Dios! Es lo que siente
El mendigo, que, huyendo maldiciente
Del vano ruido del festín sonoro
Por las escuetas calles, de repente
ve brillar en el suelo un disco de oro....
Dios juzgará. Filósofo elocuente
En breve frase mi razón encierra:
Amarse y generar es solamente
Perpetuar el dolor sobre la tierra.....
Halle del griego el epitafio impío
Quien el misterio de mi tumba viole:
¡Oh! qué felicidad, si el padre mío
Hubiera muerto, como yo, sin prole!....

No en vano hasta Satán, ya que le veo
Acercarse hacia mí, razón me muestra;
Pues si enmedio al ardor de su deseo
Y si enmedio al fragor de su palestra
Oyese el ¡ay! de un hijo, en su locura
No sabría que hacer: Dios lo maldijo;
Pero, entre su indecible desventura,
No aumentó su dolor con el de un hijo!.....
—Calla, calla, por Dios!
—Ofelia amada,
No estás sola: aquí estoy!....
. . . . . .
Era ya hora
De que en la obscuridad, cual carcajada
Enmedio de un dolor, saltase Aurora.
Aurora. Allá en los límites distantes,
Que de visiones el misterio puebla,
Rompieron á temblar los vacilantes
Diálogos de la luz con la tiniebla.
La luna, como Ofelia, se moría
Llena de palidez, lánguidamente,
Copiando, en su agonía, la agonía
De la marmórea virgen inocente.....
Rumoreaban los árboles. Las aves
Trinaban en el hueco de las fosas.
Soplaban brisas de perfumes suaves,
Llevándose y trayendo mariposas.....
De pronto, en la capilla, entre la urna,
Donde yace un Jesús de la Agonía,
Al desgarrar la lobreguez nocturna,
Espántase la luz del nuevo día;
Porque, saltando del recinto estrecho
Que sujeta sus miembros mal ligados,
El Cristo, enmedio de una paz que arredra,
Sentado se halla sobre el duro lecho,
Mientras que de sus ojos entornados

Deja rodar dos lágrimas de piedra.....
¿Por qué llora? ¿Por qué? Toda la noche
Oyendo estuvo el diálogo elocuente;
Y á las últimas frases que, en derroche
De luz y sombras, desató el demente,
Sintió acaso nublarse la conciencia,
Porque pensó, con alma arrepentida,
Que debió haber dejado descendencia
¡Como ejemplo de amor para la vida!....

José S. Chocano.

Lima, 1899.

RETOS Y DESAFIOS

II

Desafío de Barleta.—En el libro titulado *Il duello,* de Mesier Giovan Battista Pigna, dedicado al Signor Donno Alphonso da Este, Prencipe di Ferrara, y publicado en Venecia en 1560, se define el duelo «batalla entre dos»; pero se añade que puede hacerse entre varios, siendo igual el número por cada parte é iguales las condiciones. «*Questi più con ugual numero distinto*—se añade—*sono stati veduti alle mano con la conditioni che al duello di due soli si richiezzono; una volta sono stati spagnnoli è francesi; un'altra francesi è italiani.*» La versión de nuestro Fortún García de Ercilla difiere de la del ferrarés Pigna en que afirma que el desafío de 1502 se llevó primero á cabo entre franceses é italianos, y después se verificó el de los españoles con los franceses. «Viviendo Hernando V—escribía García de Ercilla, en 1528,—hizo por Gonzalo Hernádez de Córdova dos combates, concertados de tantos á tantos. El primero entre trece franceses y otros tantos italianos. Se decía en el ejército francés no había cosa más inútil que los soldados italianos que había en el ejército español. Se disputaron cien ducados, y el caballo del vencido para el vencedor. Se hizo la batalla entre Adria y Quadrata, en la Pulla.

Los trece italianos vencieron á los trece franceses, y con trompetas y ministriles los llevaron presos á Barleta, siguiendo el ejército español aquella victoria, y dando voces los españoles *¡Italia! ¡Italia!* y los italianos *¡España! ¡España!*»

Sobre el segundo combate de los españoles con los franceses, tenemos otras tres versiones: la de la autobiografía que escribió Diego García de Paredes, ó *Suma de las cosas que le acaescieron fasta que se halló enfermo del mal que murió;* la de la *Crónica del Gran Capitán* y la del *Nobiliario de la casa de Córdova,* también inédito. La *Suma* de García de Paredes dice: «Complida la tregua ovo concierto entre los campos *comandados por los Reyes*, que combaterian doce por doce.» El *Nobiliario,* en cambio, dice así: «Un lunes, anochecido, entró en Barleta un trompeta francés. Fuése derecho á la posada de D. Diego de Mendoza; pidió le llevase al Gran Capitán. Puesto en su presencia, le dió un cartel de once caballeros franceses, por el cual desafiaban á otros tantos españoles para otro día á las nueve, deseosos de echar de ver cuál de las dos naciones se adelanta á la otra en las armas, fuerza y destreza en gobernallas. Pusieron condiciones ordinarias: una de ellas, que los vencidos quedasen prisioneros del vencedor, y dieron en rehenes un caballero francés. Admitió el Gran Capitán el desafío con las condiciones propuestas. Envió en rehenes al capitán Esteban Gayo, y señaló once caballeros españoles, buenos soldados, dejando á los demás bien envidiosos.»

En la nómina de los once soldados escogidos, «cuyos nombres—dice el *Nobiliario*—no es razón olvidemos, pues honraron nuestra nación», tampoco están concordes este documento y la *Suma* de García de Paredes. Este nombra al coronel Villalba, al coronel Aldana, al coronel Pizarro, al coronel Santa Cruz, al capitán Juan de Haro, al capitán Juan de Somano, al capitán Alvarado y á otros dos capitanes de la gente de armas; y el *Nobiliario* al alférez Gonzalo de Arévalo, Gonzalo de Aller, Pedro de Oñate, el alférez Segura y Moreno, su hermano Rodrigo Piñar, Martín de Fuerta, Diego de Vera, ca-

pitán de la artillería, el alférez Andrés de Olivares, Jorge Díez y Diego García de Paredes, «en fuerza y en valor uno de los más señalados españoles que ha habido.» Arengólos el Gran Capitán en el momento de partir para la estacada, acompañólos con Próspero Colonna y otros caballeros un buen espacio, y los nuestros llegaron con sendos pajes y cuatro trompetas al puesto una hora antes que los caballeros franceses. Cogieron un lado de la pica, dejando el otro á los contrarios, y á vista de la flor de los capitanes de uno y otro ejército, al ruído de las cajas y clamor de las trompetas, con gallardía nunca vista se fueron unos á otros, azuzados de la aclamación de los suyos. Al primer encuentro de los nuestros derribaron en tierra cuatro franceses, matándoles los caballos, y al segundo derribaron éstos un español, Gonzalo de Aller, contra el cual arremetieron los cuatro franceses que habían quedado á pie, hasta que lograron rendirle y sacarle fuera del campo. Diego de Vera, capitán de la artillería, hirió con el estoque á un caballero francés, que cayó muerto del caballo, y Andrés de Olivares derribó otro de los adversarios, rescatándolo y sacándolo también de la empalizada. En la cuarta embestida cayó otro de los nuestros, y, para hacerle rendir, dieron contra él todos los franceses. Los nuestros, para defenderle, pelearon valentísimamente, matando otros cinco caballos de los contrarios y ellos dos de españoles. Quedaron á caballo ocho castellanos famosos y siete de los enemigos; mas éstos se metieron entre los caballos muertos, amparándose de ellos, y aunque los españoles les acometieron con denuedo y valor grande, no hacían efecto, porque los caballos vivos se espantaban de los muertos. Al cerrar la noche, los franceses tenían uno de los suyos muerto, otro rendido y nueve caballos muertos; los nuestros un caballero rendido, dos heridos, tres caballos muertos y dos heridos. Los franceses movieron plática, declarando conocían su yerro y que se excedieron en afirmar que los españoles no eran tan diestros en las armas como ellos, y pidieron que, pues era tan tarde, se satisficiera con

lo hecho y saliesen todos del campo con el honor de buenos y valientes soldados. Los nuestros aceptaron la satisfacción, si, como trofeos de su superioridad, se les daban las armas que habían quedado en el suelo de los muertos y desjarretados. Así se les concedió; se trocaron los dos rendidos, y dos á dos fueron saliendo del campo.

Este lance tuvo además varios apéndices. El alférez rendido, Gonzalo de Aller, quiso batirse cuerpo á cuerpo con el francés rendido, objetando que él se rindió á cuatro que le hostilizaban y el francés á un español solo, Andrés de Olivares. Su cartel no fue contestado. Diego García de Paredes retó á otro capitán francés á batirse con porras de hierro. Admitido el combate por la fama del caudillo español, y hallando el francés dificultad en el manejo de la porra, acometió á García de Paredes con el estoque, hiriéndole por la escarcela del arnés: «é yo le dí—dice el mismo García de Paredes—con la porra en la cabeza, que le hundí el almete en ella, é murió.» El Gran Capitán propuso otro combate á pie entre veintidós hombres de armas nuestros, y otros tantos infantes franceses. No quisieron admitir, contestando que campo á campo se verían presto. Los gloriosos éxitos militares del Gran Capitán en aquella campaña, dieron, en efecto, presto á su nombre el lauro inmortal de la victoria y del heroismo.

***

Desafío del Rey de Francia, Francisco I, al Emperador Carlos V, Rey de España.—En el reto del Rey de Francia Francisco I al Emperador Carlos V, las opiniones estuvieron por mucho tiempo divididas en Europa. Andrés Alciato no halló causa dirimente para que se pudiera rehusar el duelo personal en la desigualdad de jerarquía, «*qua propter Comes á Marchione vel Duce non refutabitur: omnes enim spectabiles sunt.*» Mas Darío Attendolo aprobaba que el Marqués de Pescara, general del Emperador, hubiese rehusado el reto de

Monseñor Vandanesio, que le acusaba de haber faltado á su fe en la toma de Como; y respecto al del Supremo Jerarca del Imperio, creía que el Rey Francisco no le hubiera provocado, de haber sido Carlos V solamente Conde de Flandes. De esta opinión también habían sido en España el Duque del Infantado, en la *Consulta* que el Emperador le dirigió el 15 de Junio de 1528, y el ilustre jurisconsulto Fortún García de Ercilla, en el *Discurso histórico y jurídico* que sobre el mismo desafío escribió de orden de Su Majestad en el año que queda referido, y que fue el mismo en que se provocó el lance.

Las rivalidades entre Francisco I y Carlos V, nacieron con su accesión á sus respectivas coronas, y fueron, por parte de Francia, herencia que dejaron al fundador de la dinastía de Angulema, Carlos VIII y Luis XII, los perpetuos enemigos de Fernando V de Aragón. Las cuestiones de Italia, así la antigua de Nápoles como la nueva de Milán, bastaron, por sí solas, para recalentar aquellas emulaciones; pero á las querellas que de las dos emanaron, se unió la febril acedía de la elección del Imperio. Todavía no habían acabado de extinguirse en la Península los incendios de los agermanados de Valencia y de los comuneros de Castilla, cuando en 1521 empezaron las rebeliones de los Países Bajos, y Carlos imputó á Francisco que, hallándose con él en paz, prestara ayuda y socorros con sus hombres de armas á Roberto de La Marche y al Duque de Güeldres. La guerra, al cabo, estalló entre los dos jóvenes y ambiciosos Príncipes, hasta que en 1525 el Rey Francisco fue derrotado por las armas españolas en el Parque de Pavía, de donde vino prisionero á Madrid. A concertar su rescate llegó en persona á la corte de Carlos, la Duquesa de Alenzon, Madama Margarita, hermana del Rey cautivo, y en Madrid se estipularon las condiciones de su redención, que firmaron por parte del Monarca español, Carlos de Lanoys, Don Hugo de Moncada y el secretario Juan Alemán, y por la del Rey de Francia el Arzobispo de Ambrún, Juan de Selne y Felipe Chavot, sus embajadores. Y aunque por precio del

rescate se restituyó al Rey Carlos la antigua flor de lis de los Condes de Flandes y por rehenes al Delfín y al Duque de Orleans, habiendo jurado en fe de buen Príncipe que, caso de que dentro del tiempo de seis semanas no hubiera cumplido las capitulaciones firmadas «vendrá luego á Su Majestad en cualquier parte que él sea, é se rendirá su prisionero de guerra, como es al presente, para tener prision donde placerá al señor Emperador de mandar tanto y tan largamente que lo contenido en esta capitulacion sea enteramente acauado y cumplido.» Viniendo los dos Príncipes á Madrid en unas mismas andas, según atestigua García de Ercilla, y «entrando en plática, prometió otra vez Francisco á Carlos delante de una cruz que estaba en el camino, que es la mayor señal, de se tornar á Madrid, si no se guardase lo concertado». A esto el Emperador dijo: —*Si no lo hiziéredes, bien podré decir que lo hazeis vil y bajamente, y demandaroslo hé de mi persona á la vuestra.*» Y el Rey respondió «que él guardaría su fe, y que si no lo hiziese, ternia razon de hazerlo asi.» En el proceso escrito que el Emperador mandó formar, constan, además de los artículos de las capitulaciones referentes á estos compromisos, varias cartas dirigidas por el Rey Francisco al Emperador desde Francia, todas autógrafas, y en las que en la antefirma le llamaba «vuestro hermano, amigo *é por jamás obligado.*» (1)

(1) Las deferencias que Carlos V tuvo, é hizo tener á todos hacia la persona de Francisco I, durante su cautiverio, nada lo expresa más bizarramente que la carta que escribió á su médico el Doctor Alfaro desde Segobia en setiembre de 1525. Dice así: — «✠ El Rey.—Doctor Dalfaro, nro. médico: por q. el xpianisimo Rey de françia está con alguna yndispusycio | yo vos mando que luego como esta veays todas cosas dexades, os partays y vays á la villa de madrid donde está y le cureys todo el tiempo q. fuere menester como lo haríades a my Real persona | q. en ello seré servido | y yros eys a alarcon q. le tiene en guarda | q. él os yuyará como lo aveys de hacer. Del bosq. de segobia cinco de setiembre de mdxxv años.—Yo el Rey.»—(Acad. de la Hist.—*Papeles de familia de Gerónimo de Zurita.*—A. 110, fol. 13.—Este documento ha sido publicado por el Sr. Rodríguez Villa en su bello libro *Italia después de la batalla de Pavía.*)

Por Marzo de 1526, permaneciendo incumplimentadas las capitulaciones de Madrid, al señor de Castilmont, segundo Presidente del Parlamento de Burdeos y Embajador que el Rey Francisco había enviado con sus credenciales «para residir cabe vos é de día en día os hazer sauer de mí nuebas é vos dezir algunas cosas que le é mandado», escribió el Rey Carlos en Granada «que el Rey de Francia, vuestro amo, havia hecho *laxemente* y *maxchantemente* de no me hauer guardado la fée que yo tengo dél, segun la capitulacion de Madrid, y que si él quería dezir en contrario, yo le mantendré de mi persona á la suya; y que son estas las mismas palabras que yo dixe al Rey, vuestro amo, en Madrid; *que yo le ternia por* LAXCHET ET MECHANT *si él me faltaba de su fée que tengo dél; y en lo deçir, yo le guardo mejor lo que e prometido, que él no haçe á mi.*» Aunque á esto el Rey Francisco no contestó, en Enero de 1528, hallándose la corte del Emperador en Burgos, llegaron heraldos de los Reyes de Francia y de Inglaterra á desafiar al Emperador. Recibidos con gran aparato y cortés cordialidad, y dadas sus embajadas, y contestadas convenientemente, el Emperador dijo á Guiena, el Rey de armas del francés: «*Bien haueys oydo lo que tocante á vuestro officio os é dicho: lo que soys obligado á dezir, os ruego que lo hagays.*»—El Rey de armas respondió:—«*Syre, sin falta alguna yo lo haré.*» —Entonces el Emperador le dijo: — «*Allende desto, direys al Rey, vuestro amo, que creo no a sydo auissado de çierta cosa que yo dixe en Granada al presidente, su embaxador; que á él ba mucho, y que le tengo yo por tan gentil Príncipe, que si lo oviese sabydo, me haurya ya respondido: que hará bien de sauerlo de su embaxador; porque por ello conosçerá como le e yo mejor guardado lo que en Madrid le prometí, que no él á mí. Yo os ruego que se lo digays assi al Rey, y mirad que no hagays falta.*»—El dicho Guiena, Rey de armas, respondió:—«*Sin falta alguna, Syre, yo lo haré.*»—Y hecha la reverencia, se fué.

En la *Historia de la vida y hechos del Invictísimo Emperador Don Carlos de Austria, V de este nombre, Rey de España,*

que por su mandado escribió Pero Mexía, su cronista, que no llegó sino hasta la coronación imperial de Bolonia, que manuscrita conservó en su despacho el Cardenal Granvela y que permanece inédita todavía, se anuda el hilo de los sucesos, diciendo: «Guiena, pues, dió el recaudo al Rey, y siendo avisado del dicho embajador, si no lo había sido antes de las dichas palabras, queriendo hacer el cumplimiento que le pareció sobre ello, desafiando al Emperador, aunque con más dilación de lo que parecia que fuese menester, estando el Emperador en Aragon, en la villa de Monzon, haciendo Cortes de aquellos reinos, en el mes de junio de este año, cuando el cerco y guerra de Nápoles estaba en el mayor hervor y furia, llegó alli Guiena, Rey de armas, acompañado de un gentilhombre, llamado Montalvo, que era gobernador de Fuenterrabía, que por mandado del Emperador había con él venido para guiarle y hacerle tratar bien.»

Desde esta parte nada puede escribirse más lacónico y elocuente que la *Relación que envió el Emperador al Duque del Infantado,* en 15 de Junio, al pedirle su parecer sobre el desafío. Dice así: «En el día de la Trenidad, 7 días del mes de junio de 1528 años, Guiena, Rey de armas del Rey de Francia, llegó á las cinco horas después de medio día, á la villa de Monzon, que es en el Reyno de Aragon, acompañado de un gentilhombre, llamado Gonzalo de Montalvo, el cual es Gobernador de Fuenterrabía, por mandado que el Emperador Rey, nuestro Señor, había ordenado para que tanto mejor el dicho Guiena fuese tratado, guiado y enderezado por el camino á que ninguno osase hacerle ningún desplacer. El dicho Guiena, para cumplir lo que S. M. había mandado para siempre le hacer buen tratamiento, vino á apearse á la posada de Juan Aleman, señor de Bonclanes y del Concejo, y primer secretario de S. M., y el Guiena dijo al dicho señor de Bonclanes, cómo él venía para cosas muy importantes, que tenía á cargo declarar á S. M. y no á otro ninguno; y preguntándole el dicho señor de Bonclanes si había bien entendido la diligencia que

S. M. había mandado hacer para enviar al dicho Guiena el salvoconducto que había deseado, aunque no le fuera necesario, según los privilegios de su oficio, entonces el dicho Guiena dijo, que era verdad, que desde 4 días de mayo, más cerca pasado, que él era venido á cartas al embajador Micer Nicoló Perinot, señor de Granvela, para le rogar de le hacer haber el dicho salvoconducto para entrar en los reinos de acá y venir á ejecutar su cargo, tal diligencia había sido hecha que había placido á S. M. de le hacer enviar tres salvoconductos por tres partes de la frontera de Francia, y había sido bien tratado en los reinos de acá, segun que S. M. de su liberalidad y bondad lo había mandado; y que además, él había encontrado en su camino por este reino un correo de S. M. con cartas del dicho señor de Bonclanes al dicho gentilhombre Gonzalo de Montalvo, encargándole otra vez de parte de S. M. el buen tratamiento del dicho Rey de armas, y que no le fuese dicho ningún desplacer: y que dicho gentilhombre le había dicho que cuanto mayor diligencia hiciere en venir á ejecutar su cargo, tanto más placer recibiría S. M., y que en este negocio hiciese libremente y á su voluntad, todo lo que el dicho Rey, su amo, le había mandado sobre la materia por lo que venía. El dicho señor de Bonclanes respondió al dicho Guiena que fuese bien venido, y que S. M. entendia que así fuese hecho en su tratamiento, como el dicho Montalvo le había dicho, y que siempre debía ser mejor tratado y honrado en estos reinos él fuese, y que avisaría á S. M. de su llegada, y no hacía duda que él sería bien y muy presto despachado.»

»Y el dia siguiente, que fue lunes, ocho dias del dicho mes de Junio, á la mañana, el señor de Bonclanes, por mandado de S. M., dijo al dicho Guiena que podia demandar audiencia cuando quisiese, porque S. M. deseaba mucho saber su cargo. E sobre esto el dicho señor de Bonclanes hizo dar aderezo al dicho Guiena para ir al señor Conde de Nassau, Marqués de Zenete, camarero mayor de S. M., para saber de él la hora que placia á S. M. de la dar para su audiencia. El dicho Guiena,

llegado al dicho señor Conde de Nassau, en su posada, le dijo haciendo la reverencia: «*Señor, yo tengo cargo del Rey, mi amo, é soberano señor, os rogar de saber la hora que yo podré ser oido de S. M.; porque tengo mandamiento de le presentar un cartel e le decir algunas cosas de parte del dicho Rey, mi amo, que son de grande importancia*». Sobre que el dicho señor de Nassau le dijo:—*Rey de armas, el Emperador os verá de muy buena voluntad, y yo me voy á hablar á S. M. para saber la hora que le placia de os dar audiencia, y esperadme, que yo os traeré luego respuesta.* Lo que el señor de Nassau hizo, diciendo al dicho Rey de Armas:—*El Emperador ha mandado que vengais á las cuatro horas, despues de mediodia; que él os oirá de muy buena voluntad, y que os enviará á llamar á la dicha hora; porque S. M. quiere que seais honrado y bien tratado, y que no os sea fecho desplacer ninguno.*

»El dicho dia, lunes, 8 de Junio, á la hora de las cuatro, después de mediodía, el Emperador y Rey, nuestro soberano señor, seyendo en la dicha villa de Monzon en la casa donde posaba el Duque D. Hernando de Aragón (Príncipe de Calabria) Virrey de Valencia, en la cual casa solía posar el Rey católico, de gloriosa memoria, seyendo S. M. en una gran sala estando en su silla real aderezada como á su dignidad imperial pertenecía, y acompañado de los excelentes ilustres Duque D. Hernando de Aragon, Virrey de Valencia; D. Hernando, hijo del Rey de Bujia, y el Arzobispo de Zaragoza, Don Juan de Aragon; el Obispo de Sigüenza, Virrey de Cataluña; el Arzobispo de Tarragona, Canciller de Aragon; el Obispo de Palencia, el Obispo de Barcelona, e muchos otros Obispos; el Duque de Cardona, Marqués de Pallás, Condestable de Aragon; el Conde de Benavente; el Conde de Nassau, Marqués de Zenete; los Condes de Rivagorza, de Aranda, de Salinas, de Belchite, de Fuentes, de Santiago, Caballerizo mayor de Aragon; D. Juan Manuel; el Conde D. Hernando de Andrada; D. Juan de Lanuza, Visorrey de Aragon; los Comendadores mayores de las Ordenes de Calatrava y Alcántara; elseñor de La-

Xao, Micer Luis de Flandes, señor de Peraet; Micer Nicoló Perinot, señor de Granvela y muchos otros nobles y grandes de Estado y de autoridad de muchas naciones que sería prolijo nombrarlos todos; hizo venir al dicho Guiena, Rey de armas, honradamente acompañado, e despues que el dicho Guiena fue entrado en el cabo de la sala, vistió su cota de armas, y andando hacia S. M. hizo tres reverencias hasta el suelo, e desde la grada más baja del estrado, donde S. M. estaba, el dicho Guiena, teniendo una rodilla en tierra mientras hablaba, dijo lo siguiente: —*Sire, segun los buenos tratamientos que de antes me habeis mandado me hacer, y al presente os ha placido que se me hiciesen, suplico á V. M. sacratísima me dé licencia de hacer mi oficio, y que despues yo me pueda volver seguro como yo soy venido.* —S. M. le respondió:—*Rey de armas, decid lo que habeis á cargo: que yo quiero que seais siempre bien tratado.*

«Entonces el dicho Guiena se levantó en pie y dijo lo siguiente: «*Sire, el Rey, mi amo e soberano señor, habiendo entendido por mí las palabras que V. M. me dijo e mandóle decir, e lo que antes e despues vos habeis dicho e proferido contra su honra, queriendola dar por limpia e pura e sin nenguna sospecha delante del mundo, como verdaderamente él lo puede hacer, me mandó por respuesta os traer este presente escrito, firmado de su propia mano, el cual, Sire, os placerá de ver, porque por él vos conocereis que él satisface enteramente en todo: y en lo demás me quiera dar V. M. licencia de me poder volver al dicho Rey, mi amo, porque no tengo comision ni cargo de otra cosa.*» El dicho Guiena, diciendo las palabras sobredichas, tenía en su mano un papel, mostrando que era para lo presentar é dar á S. M., sobre que S. M., antes de tomar ni recibir el dicho papel, dijo al dicho Guiena: «*Rey de armas; ¿habeis vos comision del dicho Rey, vuestro amo, de leer ese escrito que vos traeis?*» El dicho Guiena respondió: «*Sire, el Rey, mi amo, no me ha dado cargo ninguno de lo leer.*» Entonces dijo S. M. al dicho Guiena: «*Rey de armas, yo entiendo lo que me habeis dicho, y veré el escrito que me traeis, y haré de manera que yo*

satisfaga á ello y guardaré mi honra, y esto tomo yo á mi cargo. El Rey, vuestro amo, habrá mucho que hacer en lo hacer asi, y le seria casi cosa imposible: y cuanto á lo que puede tocar á mi derecho, mi canciller dirá lo que ha de decir.»—Y entonces el Gran Canciller dijo lo siguiente:—«*S. M., á las protestaciones de antes hechas, protesta que cualquier cosa que diga ahora ó despues él no entiende perjudicar ni derogar á los derechos que le competen y le pertenecen por el tratado de Madrid y por la observancia de ello otramente; antes entiende esos derechos deben quedar en su fuerza e vigor, y que esta protestacion se entienda ser repetida en todos autos que S. M. hará ó podrá hacer de aquí adelante, tocantes á esta materia.*»—Esto dicho por el señor Gran Canciller, S. M. en el mismo instante dijo al dicho Guiena lo siguiente:—«*Rey de armas, aunque yo tenga algunas causas por las cuales el Rey, vuestro amo, podrá ser tenido por inhábil de hacer tal auto, fuese contra mí ú otro, esto no obstante por el bien público de la Cristiandad e por ivitar mas grandes derramamientos de sangre, y que las guerras hayan fin, pues por otro medio no ha querido entender en ello, yo le quiero tener en este caso y no en otro por habilidado.*»—E diciendo esto, S. M. tomó en su mano el dicho escrito que el dicho Guiena, Rey de armas tenía, e así cogido el dicho papel, como estaba, S. M. le tuvo después en su mano, sin leer, ni ver lo de adentro durante este acto.—El dicho Guiena dijo á Su Majestad: «*Sire, si la respuesta que vos hareis al Rey, mi amo, es la seguridad del campo e que os plega de me mandar de la llevar, yo tengo mandamiento expreso de lo hacer; pero si fuese otra cosa que la dicha seguridad, yo no tengo comision, ni mandamiento alguno de llevar nada de ello: por ende os placerá, Sire, de otra manera no me constreñir, como no es acostumbrado, ni enviar nada al Rey, mi amo, otra cosa que la dicha seguridad del campo, porque él no faltará de se hallar en ello con las armas, en las cuales él tiene intención de se defender como él os escribe: y cuanto á mí os placerá me otorgar licencia de me volver al dicho Rey, mi amo y soberano señor, para le dar*

cuenta de mi cargo.» —S. M. respondió al dicho Guiena: —«*A vuestro amo no es á me dar ley por la cual yo me deba conducir. Yo haré, como ante vos he dicho ya, esta causa; y porque puede ser que habrá cosa en el escrito que ahora vos me habeis dado, á la cual yo querría responder y enviar persona propia, yo os encargo de me hacer haber un salvoconducto para la dicha persona, pues que vos no quisísteis venir sin mi salvoconducto.*»—Entonces Guiena dijo:—«*Sire, yo haré todo lo posible en el dicho Rey, mi amo, y le escribiré para haber el dicho salvoconducto, y creo que no habrá falta en ello.*»—Y sobre esto, sin tener otra causa de cargo, se partió para salir de la sala, Su Majestad, en el mismo instante, presente el dicho Guiena, mandó al dicho Juan Alemany, de su Consejo y primer secretario, hacer auto de todo lo sobredicho.»

Apenas se ausentó el Rey de armas, después de firmar el acta que se había levantado, y de que dió fe «como verdadero diçiente, que es el antiguo nombre de mi oficio», el Emperador, que continuaba en el solio y rodeado de toda su corte, mandó leer el *Cartel del Rey de Francia*, que decía así: «Nos François, por la gracia de Dios Rey de Francia, señor de Génova, etc., á vos, Carlos, por la misma gracia Emperador de los Romanos y Rey de las Españas, hacemos saber que nos, seyendo avisados que en algunas respuestas que habeis hecho á nuestros embajadores y heraldos á vos, por el bien de la paz, queriéndoos sin razón excusar, nos habeis acusado diciendo que habeis nuestra fe, e que sobre ella, ultra de nuestra promesa, nos eramos idos e partido de vuestras manos e de vuestra pujanza para defender nuestra honra, la cual en este caso seria demasiadamente cargada contra verdad, habemos bien querido os enviar este cartel, por el cual, *aunque todo hombre guardado no puede tener obligación de fe, e que eso nos fuese excusa suficiente*; esto, no obstante, queriendo satisfacer á cada uno en nuestra dicha honra, la cual Nos hemos querido guardar e guardaremos, si á Dios pluguiese, hasta la muerte, os hacemos entender que si vos nos habeis querido ó

quereis cargar no solamente de nuestra dicha fe e deliberanza, pero que Nos hayamos hecho jamás cosa que á un gentilhombre, guardando su honra, no debe de hacer, Nos decimos que vos habeis mentido por la gola, y que tantas veces que la direis, vos mentireis, siendo deliberado de defender nuestra honra hasta el postrero cabo de nuestra vida: por ende, pues que contra verdad vos nos habeis querido, como dicho es, cargar. Y de aqui adelante no nos escribais alguna cosa; *antes Nos asegurareis el campo e Nos llevaremos las armas;* protestando que, si despues de esta declaración, en otras partes vos escribis ó decis palabras que sean contra nuestra honra, *que la vergüenza de la dilación del combate sea vuestra*, visto que, viniendo al dicho combate, es el fin de todas las escrituras. Hecho en nuestra buena villa e ciudad de Paris á *28 dias del mes de Marzo de 1528 años,* antes de Pascua.—*(Firmado).*—FRANCOIS.»—Este cartel se leyó en francés, y luego traducido al castellano, y cuando en la lectura venían las palabras *mentis*, el Emperador, «así como con risa» dijo que «aquel que había hecho y firmado el cartel era el mentiroso».

La presentación del cartel se hizo por Guiena el 8 de Junio, y el 15 escribía el Emperador al Duque del Infantado, enviándole todo el proceso escrito, más «por ser el caso de la calidad é importancia que es», y no queriendo contestar, «deseando ver primero vuestro parecer»; le encargaba disponerle su respuesta antes del día 25, tanto porque su partida de Monzón sería muy en breve, y quería dejar antes terminado este negocio, «porque de camino no había buenas disposiciones para ello», cuanto porque «pues vos conoceis las mañas del Rey de Francia, y cuánto me conviene responder con brevedad, porque con la dilación no pueda tomar, ni tome ocasión de ponellas por obra», importaba todo cuidado y diligencia. La respuesta del Duque del Infantado salió de Guadalajara el día 20; el Duque contestó, «no con nombre de consejo, mas con aviso de lo que yo haría si tal caso por mí pasara con otro de mi medida»; y en su dictamen se halló tan conforme con las ideas y

las determinaciones del Emperador, que éste mandó en seguida escribir á su dictado su *Cartel* al Rey de Francia. Con él salió sin pérdida de días Borgoña, su Rey de armas, para Fuenterrabía á esperar el salvoconducto que se había pedido por medio de Guiena, con orden de que no encontrándolo allí, despachase un trompeta para pedirlo, no debiendo descansar un momento hasta poner en manos del Rey Francisco la réplica imperial; en lo cual y el señalamiento del campo quedaba demostrado que «en ningun tiempo faltó el Emperador, como escribe Pero Mexía, que el desafío hubiese efecto, lo que de parte del Rey no pasó ansí».

Respecto á la réplica del César, he aquí sus principales párrafos:—«Carlos, por la divina clemencia, Emperador de Romanos, Rey de Alemania y de las Españas, etc.—Hago saber á vos, Francisco, por la gracia de Dios, Rey de Francia, que ocho de este mes, recibí vuestro cartel fecho á 28 de Marzo, *el cual de más lejos que de París pudiera haber venido más presto,* y conforme á lo que de mi parte fuí dicho á vuestro Rey de armas, os respondo á lo que decís que en algunas respuestas por mí dadas á los embajadores y reyes de armas que por amor de la paz me habeis enviado, que, *riéndome yo, sin causa excusar,* os acuso á vos que yo no he visto algun Rey de armas vuestro, sino el que me vino á Burgos *á intimar la guerra,* y cuanto á mí, no habiéndoos en nada errado, ninguna necesidad tengo de excusarme; *mas á vos vuestra falta es la que ahora os acusa;* y á lo que decís tener yo vuestra fé, decís verdad: entiendo por la que me distes por la capitulación de Madrid, como parece por escrituras firmadas de vuestra mano, *que volveriedes á mi poder como mi prisionero de buena guerra, en caso que no cumplieredes lo que por la dicha capitulación habeis prometido;* mas haber yo dicho, como decís en vuestro cartel, que estando vos sobre vuestra fé contra vuestra promesa, os erades ido y salido de mis manos é de mi poder, palabras son estas que yo nunca dije, *pues jamás yo pretendí tener vuestra fé de no iros, sino de volver en la forma capitulada. Y si vos esto hi-*

ciérades, ni faltara, ni faltárades á lo que debeis á vuestros hijos ni á vuestra honra. Y á lo que decís que para defender vuestra honra, que en tal caso sería contra verdad muy cargado, habeis querido enviar vuestro cartel, por el cual decís que aunque hombre guardado no puede haber obligación de fé, y que esto os era excusa harto suficiente; no obstante esto, queriendo satisfacer á cada uno y también á vuestra honra que dezís quereis guardar y guardareis, si á Dios place, hasta la muerte, me haceis saber que si os he querido ó quiero cargar, no solamente de vuestra fé y verdad, mas de haber hecho jamás cosa que un caballero amador de su honra no deba hacer, decís que he mentido por la gola, y que tantas cuantas veces lo dijere, mentiré, estando deliberado defender vuestra honra hasta la fin de vuestra vida, á esto os respondo que, mirada la forma de la capitulación de Madrid, vuestra excusa de ser guardado no puede haber lugar, mas que tan poca estima haceis de vuestra honra; no me maravillo que negueis ser obligado á cumplir vuestras promesas: y vuestras palabras no satisfacen á vuestra honra; porque yo he dicho é diré, *sin mentir,* que *vos habeis hecho muy ruinmente y muy villanamente* en no guardar la fé que me distes, conforme á la capitulación de Madrid. Y diciendo esto, *no os culpo de cosas secretas imposibles de probar,* pues parece por escrituras firmadas de vuestra mano, las cuales vos no podeis excusar, ni negar; y si quisiéredes afirmar lo contrario, *pues yo os tengo habilitado ya solamente para este combate,* digo que por el bien de la cristiandad, y por evitar efusión de sangre, y poner fin á esta guerra, y poder defender mi justa demanda, *mantendré de mi persona á la vuestra ser lo que he dicho verdad.* Mas no quiero usar de palabra con vos, *pues vuestras obras, sin que yo ni otro lo diga, son las que os desmienten,* y también porque *cada uno desde lejos puede usar de tales palabras, más que de cerca.*

»A lo que decís que contra verdad os he querido cargar, y que de aquí adelante no os escriba cosa alguna, más de aseguraros el campo, *que vos traereis las armas,* conviene que ha-

yais paciencia que se digan vuestras obras y que yo escriba esta respuesta; por la cual digo que *acepto dar el campo* y soy contento de asegúraroslo por mi parte por todos los medios razonables que para ello se podrán hallar; y á este efecto y por más pró de expediente, desde ahora *os nombro lugar para el dicho combate, sobre el rio que pasa entre Fuenterrabía y Hendaya, en la parte y de la manera que de comun consentimiento sea ordenado por más seguro y conveniente;* y me parece que de razon lo podeis de ninguna manera recusar, ni decir no sea harto seguro, *pues en él vos fuisteis soltado, dando vuestros hijos por rehenes y vuestra fé al volver*, como dicho es; y también visto *que pues en el mismo rio fiásteis vuestra persona y la de vuestros hijos, podeis fiar bien ahora la vuestra sola, pues yo pondré tambien la mia,* y se hallarán medios para que no obstante el sitio del lugar, *ninguna ventaja tenga mas uno que otro*, y para este efecto, y *para concertar la eleccion de las armas, que pretendo yo pertenecerme á mí y no á vos;* porque en la conclusion no haya largas ni dilaciones, podremos enviar gentiles hombres de ambas partes al dicho lugar, con poder bastante para platicar y concertar así á la igual seguridad del campo, como la elección de armas y el dia del combate y la respuesta que tocará á este efecto. Y si dentro de cuarenta días, despues de la presentación de éste, no me respondeis, ni me avisais de vuestra intención sobre esto, bien se podrá ver que la dilación del combate será vuestra, y que os será imputado e ayuntado con la falta de no haber cumplido lo que nos prometisteis en Madrid.»

El sesgo que desde aquí tomó el desafío del Rey de Francia al Emperador Rey de España, no correspondió á la idea de la grandeza de carácter que la historia atribuye al monarca francés. Antes de concluir Junio el Rey de armas Borgoña se estableció en la frontera hispano-francesa en el lugar que el Emperador había determinado. Todas las gestiones para obtener el salvoconducto pedido por el Emperador mismo á Guiena se frustraron, hasta que en el mes de Septiembre, y fia-

do en la inmunidad y los privilegios de su oficio, se presentó en París. En los *Anales de Aquitania*, impresos en Poitiers, y escritos por el mismo secretario del Rey Francisco que presenció y certificó todo lo que ocurrió en París, Mr. Gisbert Bayard, señor de Neuville, Baile de Montplasier y Vizconde de Mortaing, se halla la descripción de la audiencia concedida á Borgoña, en la cual, por parte del Rey Francisco, se faltó á todas las leyes de aquella exquisita cortesía con que Guiena había sido recibido por el Emperador en Monzón. Ciñéndonos al acta que suscribió é insertó después en sus *Anales*, excusamos juicios que pudieran tildarse de apasionados del cronista Pedro Mexía, del jurisconsulto Fortun García de Ercilla, ni de los demás que escribieron de estos sucesos con los documentos originales en su presencia.

Mr. Gisbert Bayard escribe así: — «En el principio de setiembre de 1528, el embajador de Hungría se fué á hablar al Rey. A los diez días fue avisado el Rey que el de Armas del Emperador electo era venido en París, y quiso, de parte de su amo, presentar algunas cartas. El Rey lo recibió en la gran sala; á mano derecha estaban sentados el Duque de Alenzon y el de Berry, y los Condes de Foix y d'Armagnac, el Duque de Vendôme, Par de Francia, y otros grandes, y los mayordomos y oficios palatinos y el Parlamento de París, y un número de gentiles hombres, no menor de doscientos. Entre los grandes estaba el embajador que había sido de España, Messer Juan de Calvimont. El Rey dijo á Borgoña:—*Rey de armas, ¿traes tú la seguridad del campo tal que mi agresor, tu amo, debe dar á un defendiente como yo?*—Borgoña respondió:—*Sire, vuestro placer será de me dar licencia de hacer mi oficio.*— El Rey:— *Dame la patente del campo, é yo te daré licencia de decir después todo lo que querrás de parte de tu amo.* — El Rey de armas empezó su discurso diciendo: — *La sagrada Magestad.*— El Rey le interrumpió y le dijo: — *Muéstrame la patente del campo: ca yo pienso que el electo Emperador sea tan gentil Príncipe, ó lo debe ser, que él no querría usar de tan gran hi-*

pocresía que de enviarte sin la dicha seguridad del campo, considerado lo que le he enviado á decir, y también tú sabes que tu salvo conducto contiene que tú traes la seguridad del campo.— El Rey de armas respondió:—*Sire, yo creo y pienso traer cosa de que vuestra alteza se debe contentar. Debiérase acordar el Rey de los ilustres franceses, pues dicen que es tan entendido, que la mejor y la mayor parte de la fortaleza consiste en sofrir y en tener paciencia: que como de la fortaleza se trata en los peligros de muerte, que son mancomún en la guerra, así consiste principalmente, no en anticiparse á ellos, mas en sostenerlos.*— El Rey:—*Rey de armas, dáme la patente del campo, dámela: y si ella es suficiente, yo la acepto, y después di lo que quieras.*— El Rey de armas:—*Sire, yo tengo mandamiento del señor Emperador, mi amo y soberano, de no la dar sin que primeramente le digese alguna cosa de que encargo hé.* — El Rey: — *Tu amo no puede dar leyes en Francia y de otra parte las cosas son venidas á tal punto, que ya no es menester más palabras: y debes saber que yo no he hecho llevar palabras por mi Rey de armas á tu amo; mas lo que le he enviado á decir ha sido por escrito signado de mi mano, al cual no era menester otra respuesta que la dicha seguridad del campo, sin la cual no estoy determinado de darte audiencia. Ca tú podrías decir cosa que no te sería pasada, y tampoco no eres tú á quien yo tengo de hablar é de someter; mas solamente al electo Emperador.* — El Rey de armas dijo entonces que le diese licencia y salvoconducto para volverse: lo que el Rey le otorgó, y dijo al dicho Rey de armas: —*Toma auto,*—y después lo pidió á Maestre Gisbert Bayard, consejero, notario y secretario de Estado y de la Cámara del Rey, que se lo dió.»

En toda Europa se afeó que el Rey Francisco se hubiera negado á oir al Rey de armas del Emperador, violando el derecho público de las gentes. El Rey Francisco se defendió rechazando hasta el sitio del campo asegurado que el Emperador le daba, y Carlos V arguyó por medio del jurisconsulto García de Ercilla, que realmente no podía disponer de otros:

«No había seguridad en Inglaterra, decía, pues el Rey Enrique tenía desafiado al Emperador; ni en Hungría, porque el Rey era hermano de Carlos V; ni en Portugal, dos veces cuñado y primo hermano. Y para ir á otro lugar, ó había que atravesar por Francia, ó ir por los mares, infestados de enemigos. Con todas estas cosas, tuvo el Emperador voluntad de tentar otra vez si podría atraer al Rey de Francia á pelear, y redobló las diligencias convenientes para el combate; pero viendo transcurrir el tiempo sin que el Rey Francisco tomase otra determinación que pensionar á Pedro Aretino, á Andrés Alciato y otros escritores á fin de que saliesen á su defensa en Italia y otras partes de Europa, para hacer más cumplidamente lo que debía, escribió el Emperador á todos los Grandes de España, Alemania, Flandes é Italia, exhortándoles á darles su parecer, no como vasallos, sino como caballeros. A todos pareció que toda la solicitud que el Emperador pusiese en hacer más diligencias sobre este combate, sería sobrada y en vano; porque habiendo el Rey de Francia estado en poder del Emperador por vencido y prisionero, y habiéndole libertado y restituído á su reino y héchole tan grandes bienes, si no habían bastado los beneficios, ni la obligación de ser agradecido, ni la necesidad y el bien de la paz, ni el juramento y pleito homenaje del Rey y del caballero, no se debía esperar que él osase combatir con él mayormente sobre causa tan injusta y de tan gran culpa. Todos afearon su proceder y declararon al César que era indigno de pelear con caballero tan cumplido como lo era el Emperador.

Convencido éste al cabo de que el Rey de Francia «sólo quería dilatar este negocio, más con fraude que con intención de llevarlo á cabo,» renunció al duelo personal con su enemigo, y para buscar otros medios para dar la paz á Europa, en seguida marchó á Italia para coronarse en Bolonia, ir á socorrer á su hermano contra los turcos y á contener la propagación de la herejía de Lutero, que perturbaba todo el continente.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

EL MARQUESADO DE BOGARAYA

(CUESTIÓN LEGAL)

Erit lex..... manifesta..... ne aliquid per obscuritatem in captione contineat.
S. Isidoro.—*Etimologías.*

¿Qué mayor desgracia puede suceder á una nación, que la de no tener leyes y reglas fijas por donde gobernarse?
Sempere.—*Vínculos y Mayorazgos.*

I

La Gaceta de 19 de Diciembre de 1899, publicó el siguiente anuncio de la *Dirección General de Contribuciones directas:*

«Transcurridos más de seis meses que señala el Real decreto de 28 de Diciembre de 1846 y la Instrucción de 14 de Febrero de 1847 desde el fallecimiento de D. Gonzalo Saavedra y Cueto, Marqués de Bogaraya, sin que conste que interesado alguno haya obtenido la sucesión en el antedicho título, se publica por *primera vez* la vacante con objeto de que los que se consideren con derecho á él, dirijan sus reclamaciones al Ministerio de Gracia y Justicia, en demanda de la Real carta de sucesión en la expresada dignidad, en el término preciso de seis meses señalado por las citadas disposiciones.—Madrid, 16 de Diciembre de 1899.—*El Director General*, Angel González de la Peña.»

Ocho días después, el 27 de los referidos mes y año, presentaba en Gracia y Justicia una instancia D. Rodrigo Saavedra y Vinent, Marqués de Villalobar, como más próximo heredero, según dice, de su tío D. Gonzalo Saavedra y Cueto, Marqués de Bogaraya; y tres días más tarde otra D. Hernán Ramírez de Saavedra y Alfonso, primogénito del Duque de

Rivas, como *inmediato sucesor* de su padre, heredero del Marquesado de Bogaraya, por muerte, sin descendencia, del último poseedor, segundo de la Casa de Rivas.

Son, pues, los dos solicitantes primos hermanos, nietos ambos, por línea de varón del célebre Duque D. Angel. Representa D. Hernán Ramírez de Saavedra la línea primogénita (1); y ostenta el Marqués de Villalobar la representación del tercero de los hijos varones del insigne poeta (2).

Tratándose de una familia que se ha manifestado en nuestra época como modelo de familias unidas, siendo proverbiales no sólo el común ingenio, sino el fraternal amor de todos sus individuos, alimentado por el diario comunicar de ideas y de afectos, y la reunión constante alrededor de aquella mesa presidida por el talento y la autoridad de la noble compañera del *Cantor de Malta*, no hay que buscar la presente pugna en motivos menos levantados que los del deber (3). Más que el

---

(1) Que conserva el patronímico *Ramírez*, honrado por el famoso D. Francisco, conquistador de Málaga y marido de *la Latina*, fundadores de dos mayorazgos en cabeza de sus dos hijos Fernando y Onofre (Nuño), progenitores de los Condes de Bornos y de los Duques de Rivas.

(2) D. Angel Saavedra, tercer Duque de Rivas, tuvo los siguientes hijos, enumerados por orden de edad: Octavia, Marquesa de la Ribera; Enrique, Marqués de Auñón; Malvina, Marquesa del Villar; Gonzalo, Marqués de Bogaraya; Corina, Señora de Rubianes; Leonor, Marquesa de Heredia; Ramiro, Marqués de Villalobar; Teobaldo, Marqués de Viana, y Fausto, Conde de Urbasa. Todos tienen descendencia, menos Gonzalo y Teobaldo.

(3) Digo en *nuestra época*, porque en otras no se libró la ilustre Casa de Rivas de la grave carga de familiares disensiones. «El jueves, día de la Ascensión—escribe Pellicer en sus *Avisos de 3 de Mayo de 1644*—se celebró la boda del hermano tercero del señor Duque de Béjar, con la señora doña Leonor Velázquez Dávila, hija mayor y heredera del señor Marqués de la Puebla. No se halló en ella el señor Marqués de Rivas, medio hermano por su madre de la novia. Poco antes apartó casa y se retiró á Rivas, por razón de los pleitos que él y el señor Conde de Castellar, su hermano, han empezado á tener con su padrastro, en razón de la hacienda.»—(*Semanario Erudito*. Madrid. MDCCXC. Tomo XXXIII, pá-

ejercicio de un derecho, nos place declarar desde luego, que en esas opuestas solicitudes aparecen los dos sobrinos del Marqués de Bogaraya cumpliendo la que consideran sagrada obligación de conservar un título que recordará siempre á un simpático caballero, Príncipe de los jinetes españoles durante cerca de medio siglo, excelente Alcalde, querido y respetado Gobernador de Madrid.

Nobleza obliga, y la de los deudos del popular Marqués de Bogaraya no podía permitir caducase una dignidad, que ha logrado notoriedad en nuestros días y fue reivindicada para su Casa después de reñido pleito. Sin el anuncio de la Dirección de Contribuciones, el actual Duque, guardado el año de luto, impuesto por la costumbre y por el cariño que profesaba á su hermano, hubiera solicitado se extendiera á su favor la real carta; pero la penuria del Tesoro, sin duda, ó el más exacto cumplimiento de las disposiciones legales y la *Instrucción* de 5 de Diciembre último, le ha impedido hacer valer su derecho, causando el de *sus dos inmediatos sucesores*. Bien sabe el actual Duque de Rivas que no hubiera sido rechazada su instancia, por ser esa disposición legal, como tantas otras, letra muerta; pero hombre de un espíritu de rectitud, como conocemos muy pocos, entusiasta por la justicia, y naturaleza á quien instintivamente repugna todo lo que no sea marchar con la cabeza muy levantada por el camino recto, no ha querido exponerse á que se le recordara el riguroso precepto de los artículos 9.° del Real decreto de 28 de Diciembre de 1846, 6.° de la *Instrucción* para llevarle á efecto, y 136 del *Reglamento sobre procedimiento administrativo del Ministerio de Gracia y Justicia*. Si otros no, el Duque de Rivas cumple esas,

gina 170.) En los *Avisos* de 12 de Enero del mismo año, da cuenta del fallecimiento de doña Francisca de Ulloa, Marquesa de la Puebla, casada en primeras nupcias con el quinto Conde de Castellar, de quien dejaba al Conde *que hoy es*, al Marqués de Rivas, el aguerrido D. José Ramírez de Saavedra, y á doña Beatriz de Saavedra, Marquesa de Quiria, en Valencia.

como todas las leyes; la Patria y su Rey le han tenido siempre á su servicio: con envidiable perspicacia, aplaudido celo y caballeresca lealtad, representó á España y á su desventurada Reina en Florencia; cortesano de la desgracia, compartió con Isabel II las amarguras del destierro; formó parte de sus Consejos y mereció la confianza y amistad del malogrado Don Alfonso, á quien acompañó desde París á Madrid y á quien representó en los funerales del Príncipe Imperial. Cánovas, conocedor del mérito que, á pesar de la modestia empeñada en ocultarle, reconocen todos en el digno heredero del gran Duque de Rivas, le ofreció la cartera de Estado: rechazó ese y otros importantes cargos que pudieran redundar en su provecho ó personal honor y brillo; pero, á la menor indicación de la augusta madre de su Rey, prescindiendo entonces de enfermedades y achaques, que jamás ha padecido su enérgica voluntad, fué á Granada y presidió aquellas solemnes fiestas de la coronación de Zorrilla, representando á su soberana, como lo hicieran en tiempos mejores, y en más arduos negocios, un Diego Hurtado de Mendoza, un Saavedra Fajardo ó un Condestable de Castilla.

II

«Los Títulos se equiparan en cuanto á la sucesión á los mayorazgos y, por lo tanto, lo mismo que respecto de estos acontecía, la sucesión es perpetua en todas las líneas: principio no sólo conforme con la voluntad presunta del fundador, en cuanto ésta supone ser que dure y se perpetúe, cuanto con los principios á los cuales se debe en los Estados la existencia de una aristocracia titulada, según los cuales, para que ésta cumpla los fines de su institución, debe entenderse y transmitirse de sucesor á sucesor por una continuidad de tiempo ilimitada» (1).

(1) Dictamen de la Sección de Estado y Gracia y Justicia del Consejo Real en el expediente sobre sucesión en el Marquesado de Valle-Ameno,

Porque en los títulos de Castilla, según la jurisprudencia constante del Tribunal Supremo, «se sucede por el orden de los mayorazgos regulares, si no se previene otra cosa en la concesión» (1); «se reputa regular todo mayorazgo, mientras no se acredite lo contrario» (2); y «todo mayorazgo se presume regular y sujeto en el orden de sucesión al que establece la ley 2.ª, tít. XV, Partida 2.ª, siempre que el fundador no haya dispuesto expresa y claramente lo contrario (3). Es la famosa ley de sucesión á la Corona, que rige ordinariamente la de los títulos de Castilla, como no se trate de alguno de libre elección ó irregular, pues en la sucesión de títulos, como en la de los mayorazgos, «todas las reglas ceden á la voluntad del fundador, según dispone la ley 5.ª, tít. XVII, libro X de la *Novísima Recopilación*» (4).

Es indudable, pues, que la antigua legislación vincular subsiste hoy en lo referente á Títulos y Grandezas: las leyes desvinculadoras que introdujeron tan radical modificación, cambio tan profundo en el régimen de la propiedad material, no destruyeron los fundamentos de esta otra menos tangible, y que, como de carácter honorífico, se vió inmune de los ataques que despertara la codicia.

«Los títulos, prerrogativas de honor y cualquiera otra preeminencia de esta clase, que los poseedores actuales de vinculaciones disfrutan como anejas á ellas, *subsistirán en el mismo pie, y seguirán el orden de sucesión prescrito en las concesiones* escrituras de su fundación ú otros documentos de su

---

13 Julio, 53, pág. 31 del folleto *Grandezas de España y Títulos del Reino.—Compilación de las antiguas leyes, Reales decretos y Reales órdenes, dictadas desde el año 1846, de la jurisprudencia del Tribunal Supremo y de varios dictámenes del Consejo de Estado.*—Madrid.—Imprenta de la *Revista de Legislación*....., 1898.

(1) Sentencia de 6 de Diciembre de 1879, pág. 34 del folleto citado.

(2) Idem de 4 de Octubre del 62, pág. 35 del folleto.

(3) Idem de 27 Jul. 82, pág. 36 del íd.

(4) Sentencias: 13 Marzo 65; 26 Enero 66, y 5 Abril 69, pág. 35 del íd.

procedencia», dijo el art. 13 de la ley desvinculadora del año 20, que constituye, después de la de 19 de Agosto de 1841, el verdadero estado de derecho en la materia.

Importa rectificar el error de que los títulos y grandezas han sido *desamortizados*, pues lejos de ello, subsisten *en el mismo pie* que antes de la Revolución española; siguen vinculados, y están sujetos á las normas del régimen jurídico que les dió vida.

Por eso pudo declarar el Tribunal Supremo en 12 de Julio de 1879, que «la voluntad del fundador debe cumplirse en todo cuanto sea compatible con *la libertad de los bienes, único objeto que se propuso la ley de 11 de Octubre de 1820*», y por eso escribió el insigne Pacheco: «El punto y objeto principal de esta ley, tal como lo habían concebido los legisladores de 1820, estaba terminado con los artículos de que hemos hecho mención hasta el presente (1). Ya se había dispuesto la desamortización de las fincas que componían las vinculaciones, ya se habían dado las reglas que deberían seguirse en su disolución y extinción. Con más ó menos acierto estaba concluída la obra capital á que llevaba á nuestras Cortes el espíritu liberal de la época; la razón económica había triunfado enteramente de las antiguas razones políticas, y héchose completo lugar en nuestra legislación española. Pero había algo adherido á los vínculos que no consistía en bienes materiales, y que, sin embargo, tenía en realidad valor é importancia en una nación como la nuestra. Sin hablar de privilegios y prerrogativas que no estuviesen conformes con la Constitución y los principios de igualdad legal consignados en ella, podían ocurrir, desde luego, al ánimo, varias distinciones de honor concedidas á los poseedores de los vínculos, varios derechos personales perpetuados también en éstos, y que ni los unos ni los otros eran capaces de división entre sus hijos y descendientes. Las grandezas y títulos por un lado, los derechos de presentación y pa-

(1) Los doce primeros.

tronazgo por otro, correspondían, sin duda, á tales clases, y exigían por lo mismo alguna declaración que completase el cuadro de la reforma proyectada. Las Cortes lo conocieron así, y decretaron el artículo que acabamos de copiar (1). Por él *conservaron la vinculación de los títulos nobiliarios...*» (2).

Mucho se engañará, no obstante, quien crea que esa vinculación fue absoluta. Influídos aquellos legisladores por el espíritu de la época, establecieron en el mismo art. 13 una excepción que vulneraba gravemente el principio vincular. «Pero si los poseedores—de las prerrogativas que salvaba de la supresión dice — disfrutasen dos ó más grandezas de España ó títulos de Castilla, y tuviesen más de un hijo, podrán distribuir entre éstos las expresadas dignidades, reservando la principal para el sucesor». Esta facultad, concedida á los *poseedores* actuales, ó sea coetáneos de la ley, se hizo *extensiva á los sucesores de aquéllos* por la ley de 17 de Junio de 1855 (3), entendiendo la sección correspondiente del Consejo de Estado que se trata de una *facultad absoluta sin preferencia de sexo ni edad*. En virtud de facultad tan amplia, vemos continuamente poseídos por segundones títulos y grandezas que, según el puro espíritu de la legislación vincular, debieran llevar los primogénitos.

El rigor de la ley ha sido, fue, mejor dicho, suavizado por la costumbre. Los poseedores de varios títulos no se han creído con derecho á disponer de ellos sin contar con sus inmediatos sucesores; y en 1865, el Duque de Rivas, antes de ceder el Marquesado de Bogaraya, solicitó y obtuvo el permiso de su hijo primogénito el Marqués de Auñón; y hoy, D. Alonso Alvarez de Toledo, segundo del Marqués de Martorell, ha impetrado el consentimiento del jefe de su casa, el Duque de Medi-

(1) El 13.

(2) *Comentarios á las leyes de desvinculación...*, por D. Joaquin Francisco Pacheco.—Cuarta edición.—Madrid, 1850, pág. 61.

(3) Pág. 62 del folleto.

nasidonia, y de sus inmediatos sucesores, antes de pedir la Real Carta de sucesión en el Marquesado de Villanueva de Valdueza, vacante por muerte de su tío D. Pedro, hermano menor del actual Jefe Superior de Palacio. Pruebas son estas de cortesanía y buena crianza que no mandan las leyes, y mucho menos á los bien nacidos, por suponer las aprendieron desde la cuna. De ridículo ha sido tachado el art. 6.° de la Constitución de Cádiz, que enumera entre las obligaciones de los españoles la de *ser justos y benéficos*, y extemporánea sería la prescripción legislativa que recordara, á los que presumen de nobles, la necesidad de mostrarse urbanos y fieles observantes del cuarto precepto del Decálogo, primero de los que se refieren al provecho propio y del prójimo, y base de toda organización social. Las Casas, como las sociedades, no pueden mantenerse sin grandes hábitos de respeto, sin rodear á la autoridad y á la persona que la ejerce de todo género de consideraciones, pues en ellas es la jerarquía tan indispensable como en todo humano consorcio. Labor verdaderamente patriótica realiza el que se esfuerza en fortificar los vínculos de subordinación, hoy tan relajados, y en restablecer la disciplina social, harto menospreciada al presente. No se olvide que el cuarto mandamiento es el único que lleva aparejado su premio y sanción en este valle de lágrimas, y que en ese precepto «Honra á tu padre y á tu madre para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará», comprendidos se hallan los superiores. Nadie duda, en familias tradicionales y católicas, que lo sea el hermano mayor, á quien Dios *da á entender quel adelanta y le pone sobre los otros porque lo deben obedecer et guardar así como á padre et á señor* (1). Rendido á la evidencia de estas enseñanzas, solicitó el Marqués de Viana de su hermano mayor, jefe de su Casa, antes que de su Reina, el permiso que juzgó necesario para disponer de su Título y Grandeza en favor de su sobrino el Conde de Urbasa; y de tal modo obse-

(1) De la famosa ley 2.ª, tít. XV de la Partida 2.ª

quioso con el representante de la autoridad familiar ha de mostrarse siempre quien tenga en algo los derechos de la sangre y aspire, no al mero nombre, sino á la realidad de bien nacido, digno de ostentar una distinción nobiliaria. ¡Desdichado del pueblo ó del hombre que no cumple más deberes que los escritos en las leyes humanas!

Pero, apartándonos de esta digresión á que nos ha llevado el pesar producido por los hábitos de insubordinación é indisciplina que connaturalizándose con nosotros amenazan destruir todo espíritu de obediencia, y con él todo germen de ordenada vida social, repitamos con el competente comentarista Pacheco que los legisladores del año 20 *conservaron la vinculación de los títulos nobiliarios.*

Este es el principio, la ley, la norma suprema que puede sufrir la modificación pasajera á que autoriza la facultad que hemos citado, pero sin quitar á los títulos su esencial carácter vincular. Así, por ejemplo, el padre de tres hijos, poseedor de dos títulos, podrá, reservando el principal al primogénito, ceder el otro al menor, pero no evitar que por ministerio de la ley vaya ese título cedido al respectivo primogénito, ó al sucesor inmediato. En una palabra: la facultad de distribuir los títulos no comprende la de variar el orden de sucesión: el poseedor es un mero usufructuario, no es fundador, ni por tanto legislador, sino súbdito: por concesión graciosa de la ley puede privar, *por una vez*, al inmediato sucesor de alguno de los títulos que sin el uso de esa facultad heredara, pero no le es lícito convertir en perpetuamente irregular un mayorazgo regular.

III

El 25 de Julio de 1683 publicóse en la Real Cámara la merced de Título de Castilla concedida por el Sr. D. Carlos II á D. Francisco José de Zapata Bernuy de Mendoza, el cual designó como sujeto y nombre de la dignidad con que se le hon-

raba su cortijo de Bogaraya, antiguamente Bocharaya, fertilizado por una de las ramblas de la sierra granadina, que hace de aquel suelo uno de los más privilegiados de la naturaleza (1). En 12 de Agosto de 1687 se canceló el título de Vizconde por el de Marqués, que siguió transmitiéndose por las leyes de sucesión á la Corona, ó sea de un mayorazgo regular, llevándolo en 1831 con el marquesado de Lugros, D. Francisco de Paula Mora y Chirino.

Cuando la *Guía Oficial* empezó á publicar en 1848 el *Catálogo alfabético de los Grandes de España y Títulos del Reino, que están legalmente autorizados para hacer uso de sus respectivas dignidades*, debía estar vacante nuestro marquesado, pues no figura en ese Catálogo hasta la *Guía* de 1866, en que aparece en cabeza del último poseedor, D. Gonzalo Saavedra y Cueto, que obtuvo la Real Carta el año 1865 en virtud de la cesión que le hizo su padre, previa la renuncia de su hermano el Marqués de Auñón, hoy Duque de Rivas. El padre de ambos no cedió de un modo absoluto, sino que, previendo el caso de que D. Gonzalo muriese sin descendencia, declaró ser su voluntad volviese á la casa ducal de donde procedía, estableciendo la cláusula de reversión, considerada como implícita en estas concesiones. Creemos que dicha condición era perfectamente inútil, pues no hacía más que confirmar el regular orden sucesorio: esto es, con ella y sin ella, el marquesado de Bogaraya, título desprendido de la casa ducal de Rivas, hubiera vuelto á ella, porque se trata de un mayorazgo regular, y así como si el último Marqués D. Gonzalo hubiera tenido hijos, nadie disputaría á su primogénito la cualidad de heredero de su padre, temerario es disputar al hermano mayor y á su línea esa cualidad.

«En las vinculaciones regulares se sigue el orden establecido en la ley 2.ª, título XV, partida 2.ª, para la sucesión á

(1) Pertenece hoy al término municipal de Canjayar, provincia de Almería.

la Corona. Con arreglo á las prescripciones de dicha ley, *la línea del primogénito debe ser preferida á las demás,* á las cuales sólo pasa el mayorazgo después de extinguida la primera, y en todas ellas tiene lugar el derecho de representación.» Tal es la doctrina, que repetimos con palabras del Tribunal Supremo, según las transcribe oportunamente el apreciable folleto *Grandezas de España y Títulos del Reino. Compilación de las antiguas leyes, Reales decretos y Reales órdenes, dictados desde 1846, de la jurisprudencia del Tribunal Supremo y de varios dictámenes del Consejo de Estado,* útil acopio de materiales para la prometida ley sobre esta materia, llevado á cabo, según tenemos entendido, por el digno Jefe del Negociado correspondiente en el Ministerio de Gracia y Justicia, Sr. D. Camilo Marquina y Kindelán (1).

Contra lo terminante de la ley y lo explícito de la sentencia citada no caben opiniones ni dictámenes, aunque sean tan dignos de respeto como los del primer Cuerpo Consultivo de la Nación. Si éste creyó «que lo más contrario al espíritu de la ley del año 20 es que reviertan á la línea desposeída los títulos distribuídos», el Tribunal Supremo, interpretando fielmente la legislación vincular, ha sentado siempre la verdadera doctrina de que *la línea del primogénito debe ser preferida á las demás, á las cuales sólo pasa el mayorazgo,* ó el título, *después de extinguida la primera.* Y ello es indudable, pues de las cuatro cosas á que hay que atender en materias sucesorias, la *línea,* el *grado,* el *sexo* y la *edad,* la primera es la *línea,* y por eso la sobrina menor de la línea primogénita excluye á los hermanos segundones, aunque puedan por su edad ser abuelos de la tal sobrina. «En los vínculos de sucesión regular—dijo el Tribunal Supremo en su sentencia de 24 de Febrero de 1865 y en cuantos casos han ocurrido,—radicado el derecho de suceder en una hembra, cuando ésta muere le tiene su hija única, con preferencia al hijo varón de su hermano menor.» Los tí-

(1) Página 36.

tulos, como la Corona, son heredados por aquellos que vienen por *liña derecha;* y á falta de descendientes varones ó hembras, *debe heredar el regno,* ó el título, *el más propinco pariente que hi hoviere.* ¿Se atreverá alguien á sostener que el hermano menor es *más propinco pariente* que el hermano mayor? Los dos, se contestará, están en el mismo grado; pero el mayor ha de ser preferido, porque es de mejor *línea* y de más *edad.* Así se ha entendido siempre, y por eso, para citar casos notorios, muerto el Duque de Feria, D. Antonio María Fernández de Córdoba y Ponce de León, segundo de la Casa de Medinaceli, sin hijos, volvió el Ducado á su hermano D. Luis Tomás, abuelo del actual; y de igual suerte, muerto sin descendientes el Marqués de Viana, hubiera ido este título á su hermano mayor el Duque de Rivas; y para evitarlo, solicitó y obtuvo la real autorización, en cuya virtud se lo dejó á su sobrino el Conde de Urbara, hijo de su hermano menor é *inmediato sucesor,* según la extraña teoría del Consejo de Estado en el aludido dictamen.

IV

«La recta acepción en que se toma la palabra *inmediato sucesor*—dice tan singular dictamen—hace suponer que las líneas, llamadas en casos como éste, son las inmediatas á la favorecida con el título, ó sea la que le sucede en el orden de genitura.» Aquí, como se ve, tómase la palabra *inmediato* por siguiente, posterior, lo que viene detrás, traducción antigramatical, pues según el origen etimológico, sancionado por el Diccionario de la Real Academia Española, *inmediato* es sencillamente *contiguo,* lo que está al lado de otro sin que haya nada enmedio ó entre los dos. De aquí que tan *inmediato sucesor* sea el padre, como el hijo, como el hermano, según el orden de los llamamientos ó las leyes de sucesión. También se emplea anfibológicamente en el dictamen la palabra *suceder,*

que no indica siempre el posterior en tiempo, sino el posterior en derecho. Cierto que ordinariamente los hijos posteriores en tiempo no lo son en derecho, á pesar de la conocida máxima *prius in tempore, major in jure;* pero no menos cierto que á falta de hijos, según la mayor parte de las legislaciones, entre ellas la castellana, heredan ó suceden los padres, lo que demuestra no ser cierto lo imaginado por muchos, de que las herencias no retroceden nunca, yendo siempre adelante. Por monstruosa se tiene en Castilla á la legislación aragonesa, según la cual los hermanos y sobrinos apartan de la herencia á los padres y abuelos, porque *en las sucesiones de Aragón los bienes bajan, pero no suben* (1).

«Segund el curso de natura, é la voluntad de los padres, deben heredar los fijos los bienes dellos..... mas porque acaesce á las vegadas, que los fijos mueren ante que los padres é los abuelos..... conviene que digamos, como deben heredar los ascendientes á aquellos que descendieron dellos», (2) escribió Alfonso el Sabio en su inmortal Código: y las leyes 6.ª y 7.ª de Toro, corrigiendo las de Partida, dispusieron: «Los ascendentes legítimos por su orden é línea derecha sucedan ex testamento é abintestato á sus descendientes, y les sean legítimos herederos, como lo son los descendientes á ellos *en todos sus bienes de cualquier calidad que sean,* en caso que los dichos descendientes no tengan fijos ó descendientes legítimos» (3). «El

(1) Véase *Concordancias..... del Código Civil Español,* por..... don Florencio García Goyena.—Madrid, 1852. Tomo 2.°, pág. 182.

(2) Ley 4.ª, tít. 13, part. 6.ª

(3) Como los ascendientes, á falta de descendientes, son herederos suyos, *en todos sus bienes de cualquier calidad,* el padre hereda el Título del hijo que muere sin descendencia, y lo hereda *ipso facto* por ministerio de la ley, según ha declarado Gracia y Justicia en cuantos casos han ocurrido. Si los derechos hereditarios nunca *subieran,* sería imposible la sucesión, no sólo en la línea ascendente, sino en la transversal, pues el hermano y el sobrino suceden *en representación* del padre ó del abuelo, tronco común, ó lazo de unión, según los casos, del difunto y de su here-

hermano para heredar *ab intestato* á su hermano, no pueda concurrir con los padres ó ascendientes del difunto.» Los Reyes Católicos prefirieron el Fuero Real á la Novela 118, pues sabido es que la ley 1.ª, título 6.°, libro 3.° de aquel Código dispone: «E si home qualquier muriese sin manda, y herederos no hobiere..... el padre é la madre hereden toda su buena comunalmente..... é si no hobiere padre ni madre, heredenlo los abuelos, ó dende arriba.» Ya el Fuero Juzgo había dicho: «En la heredad del padre vienen los fijos primeramente. E si non oviere fijos, devenlo aver los nietos; é si non oviere nietos, devenlo aver los bisnietos. E si non oviere fijos, ni nietos, ni padre, ni madre, devenlo aver los abuelos» (1).

Y este es el derecho consignado en el Código Civil.

«La sucesión, dice el artículo 930, corresponde en primer lugar á la línea recta descendente.» «A falta de hijos y descendientes legítimos del difunto le heredarán sus ascendientes, con exclusión de los colaterales,» prescribe el 935. Paréceme que no puedo presentar argumentos legales más concluyentes contra los que afirman que la herencia jamás sube. Pero quiero ofrecerles otro argumento de hecho y decisivo, pues que se trata de sucesión á la Corona. Muerto Luis I sin hijos, *no bajó* la sucesión al Trono, sino que *subió*: y Felipe V, á pesar de su absoluta y terminante renuncia, y del parecer de la Junta de Teólogos, contrario al del Consejo, volvió á ser Rey de España; como el gran Duque de Rivas, D. Angel Saavedra, si viviese, hubiera heredado de su hijo el marquesado de Bogaraya.

Porque, y conviene recordarlo, los títulos, á semejanza de

---

dero. En la cuestión objeto del presente artículo los dos pretendientes *representan* á sus padres respectivos, el Duque de Rivas y el Marqués de Villalobar; los cuales son llamados, ó tienen derecho al Marquesado de Bogaraya, cada uno en su lugar, porque *representan*, á su vez, al padre de ambos, al Duque D. Angel. No hay árbol sin tronco, ni parentesco natural ó de consanguinidad sin ascendiente común.

(1) Ley 2.ª, tít. 2.°, lib. IV.

los mayorazgos, se heredan *ipso facto*, por ministerio de la ley, sin declaración de ningún género: el Príncipe de Asturias sucede al Rey de España inmediatamente de morir éste, y el heredero de un Título sucede en él desde el momento de morir el último poseedor causante de la herencia. Lo que hay es que ni el Rey, ni el título pueden, ó deben, al menos, usar de sus derechos y prerrogativas sin cumplir ciertas formalidades que servirán para manifestar ó declarar el derecho, pero no para crearlo.

V

Elemental es la distinción entre poseer un derecho y tener su ejercicio. El diácono á quien confieren el sacerdocio, adquiere por la ordenación el alto y sublime derecho concedido por Cristo, Nuestro Señor, la noche de la Cena, y, sin embargo, no puede ejercerle sin permiso del Obispo. Un presbítero, desde el punto de serlo, tiene facultad de consagrar, y, no obstante, necesita licencia para decir misa. Pues lo mismo el heredero de un título adquiere su derecho á él desde que muere su causante, pero no puede llamarse tal título si no ha pagado los derechos correspondientes. Como en el Señorío de Bizcaya y en la Monarquía aragonesa no se llamaba Señor ni Rey al heredero de la Corona hasta después de jurar los fueros. (1)

Ahora bien; puede darse el caso de que el heredero no cumpla esas formalidades, y como los derechos no han de estar á merced de un particular y separados de su ejercicio, la ley fija un término, dentro del cual se entiende que renuncia á él, causando el de sus inmediatos sucesores, pues sería inicuo que el error ó falta personal de un solo individuo perjudicase á toda una familia.

---

(1) Por esta razón no figura D. Luis I entre los señores de Bizcaya: y se resistió en Aragón reconocer al hijo de Carlos I.

Oigamos al legislador: *Todo sucesor de Grandeza ó Título que á los seis meses de haberlo heredado estuviese sin pagar el derecho establecido..... y sin sacar la correspondiente carta..... se entiende que ha renunciado por sí su derecho á la Grandeza ó Título..... siguiendo el mismo plazo de seis meses para cada uno de sus dos inmediatos sucesores.* (1) Tan grande es la importancia de este Decreto, expedido en virtud de la autorización concedida al Gobierno por la Ley de Presupuestos de 1845, que por él se rigen las sucesiones de las Grandezas y Títulos; y á él están subordinadas las leyes de Partida y de la Novísima; según declaró el Tribunal Supremo en sentencia de 31 de Diciembre de 1863.

Si pasado el término de los seis meses expresados estuviese el sucesor en la Grandeza ó Título vacante sin satisfacer el derecho establecido, se hará constar así en los índices y registros abiertos, y se publicará además por la Dirección general (2) *en la* Gaceta, *para que desde entonces se empiecen á contar las dos sucesiones posteriores que deben preceder á la supresión del Título ó Grandeza* (2).

Al ocurrir la vacante de un título nobiliario, se anunciará de oficio por seis meses en la Gaceta de Madrid *y* Boletín Oficial *de la provincia del domicilio del último poseedor, dentro de cuyo plazo habrá de solicitarlo el inmediato sucesor; si éste no se presentara caducará su derecho, y se publicará por otros seis meses citando al segundo, y si tampoco concurriera tendrá lugar la tercera y última publicación, para que en otro plazo igual el que le siga en orden de sucesión, acuda si se cree con derecho.*

Al pie de este art. 136 del Reglamento de 17 de Abril de 1890, sobre procedimiento administrativo del Ministerio de Gracia y Justicia, dice acertadamente el autor de la Compila-

(1) Art. 9.° del Real decreto de 28 de Diciembre de 1846.

(2) De Contribuciones.

(3) Art. 6.° de la Instrucción de 14 de Febrero de 1847.

ción citada: «Como las vacantes de los títulos los anuncia en la *Gaceta*, no el Ministerio de Gracia y Justicia, sino la Dirección general de Contribuciones directas, este Centro sigue ateniéndose para ello al R. D. de 28 de Diciembre de 1846, el cual dispone que sean dos los llamamientos». En lo que hace muy bien el Ministerio de Hacienda, pues el Reglamento *interior* del Ministerio de Gracia y Justicia, ni le obliga á él ni puede modificar un Real decreto y una Instrucción para llevarlo á efecto.

Torpe anduvo el redactor del tal Reglamento, porque prescindiendo de la enormidad jurídica que supone el no creer con derecho á quien *siga en orden de sucesión*, si lo que quiso, como parece, fue alargar el plazo de la caducidad en favor del heredero, debió decirlo claramente, no embrollando lo que está claro, y produciendo la duda de si el heredero ó el inmediato sucesor, como él lo denomina, pierde su derecho á los seis meses de heredado, que es lo que dice el Real decreto y lo racional, supuesta la justicia del plazo, ó á los seis meses después del primer anuncio. Decimos que lo racional es lo que se hace en Hacienda, porque el heredero de un Título adquiere su derecho á él desde que muere el último poseedor, y sin necesidad de anuncios ni llamamientos puede entenderse que renuncia á él si en el plazo de *los seis meses* no manifiesta su voluntad de ponerse en condiciones de usarlo pagando en Hacienda, y sacando la Carta en Gracia y Justicia. Y en este caso lo racional es lo legal, pues como hemos visto por el anuncio de la Dirección de Contribuciones, no se llama al heredero, ó al inmediato sucesor, sino *á los que*, supuesta la caducidad del primer llamado, del heredero, *se consideren con derecho*. Estos no pueden ser más que los *dos inmediatos sucesores*, no del último poseedor del título sino del heredero, *del que á los seis meses de haberlo heredado estuviese sin pagar*, etc.

En este caso se hallaba el Duque de Rivas al publicarse el anuncio en la *Gaceta*, y por eso no ha solicitado se extienda á su favor la Real Carta: y en el mismo caso se encontraría el

Marqués de Villalobar, si fuese realmente, como asegura, el *más próximo heredero* de su tío el último Marqués de Bogaraya. En las sucesiones vinculares, y en general en todas, no hay herederos *más ó menos próximos,* sino sencillamente herederos. En los mayorazgos existe sólo un heredero, pues los vínculos son indivisibles; y en las otras herencias puede haber varios herederos, ostentando todos la misma *proximidad,* sin más ni menos, bien sucedan *in capita,* bien *in stirpes,* por derecho de representación. El Marqués de Villalobar no es el *más próximo heredero* de su tío el Marqués de Bogaraya, pues en su mismo caso se encuentran todos sus primos hermanos, sobrinos carnales, como él, de D. Gonzalo Saavedra; y si ha querido decir su más próximo pariente, tampoco se ha expresado con exactitud, pues viven aún cuatro hermanos de su difunto tío, los cuales *son más parientes* que él. Porque la proximidad del parentesco se determina por el número de generaciones, y en la línea colateral se sube hasta el tronco común y se baja hasta la persona con quien se hace la computación; y el Duque de Rivas no dista más que dos grados de su hermano el Marqués de Bogaraya, y su sobrino el Marqués de Villalobar, tres.

Pero, concédase á D. Rodrigo Saavedra la cualidad que se atribuye de *más próximo heredero*, de *inmediato sucesor* al Marquesado de Bogaraya; supóngase que entre él y su tío no hay nadie que pueda ostentar mejor derecho: pues siendo así, ha renunciado á tal derecho, su derecho ha caducado, porque dentro de los seis meses de heredar, ni ha pagado en Hacienda, ni ha obtenido la Carta en Gracia y Justicia. La Dirección General de Contribuciones en ese supuesto, no llama á él, sino á sus *dos inmediatos sucesores.*

Aun cuando en el Ministerio de Gracia y Justicia se le reconociera personalidad, sus pretensiones no pueden prevalecer contra el derecho de su primo, que lleva la representación de su padre, jefe de la Casa de Rivas, hermano varón mayor y único superviviente del Marqués de Bogaraya.

Si no se reconoce el derecho de D. Hernán Ramirez de Saavedra, preciso será considerar sin vigor, no sólo la famosa ley 2.ª, título 15 de la Partida 2.ª, sino el artículo 60 de la Constitución, que conforme con aquélla dice (1): «La sucesión al Trono de España seguirá el orden regular de primogenitura y representación, *siendo preferida siempre la línea anterior á las posteriores.....*»

Preferida siempre, entiéndase bien, *la línea anterior.*

¿Cual de las dos líneas, la del Duque de Rivas ó la del Marqués de Villalobar es *la anterior?*

Esta, y no otra, es la cuestión sometida, por ahora, al Ministerio de Gracia y Justicia.

José de Liñan y Eguizabal,
Conde de Doña-Marina.

Madrid, 7 de Enero de 1899.

---

(1) Para satisfacción de mi conciencia y conocimiento de quienes lo ignoren, debo decir: que ni este artículo de la Constitución, ni la famosa ley de Partida, son, en mi humilde sentir, la ley fundamental de sucesión á la Corona de España. Un respetado y querido maestro, escribe: «Felipe V, educado en la escuela de Luis XIV, siguió el parecer de los consejos contra el más discreto de los grandes; pero á pesar de su resuelta determinación de gobernar sin Cortes, hubo de convocar las de Madrid de 1712 y 1713..... para dar mayor firmeza á la pragmática sanción que varió el orden de suceder en la (Corona) de España. En efecto, con el consentimiento de todas las ciudades en Cortes, del cuerpo de la nobleza y del estado eclesiástico, sin cuyo requisito la nueva ley fundamental de la Monarquía no sería válida, fueron excluídas las hembras de la sucesión.» (*Cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla.—Introducción escrita y publicada de orden de la Real Academia de la Historia, por su individuo de número D. Manuel Colmeiro.—Madrid, 1883.* Tomo 1.°, página 104.) Esta *ley fundamental*, impropiamente llamada *sálica* y á la que cuadraría mejor el nombre de *gombeta*, pues no excluye en absoluto á las hembras, es la 5.ª, título 1.°, lib. 3.° de la *Novísima Recopilación de las leyes de España* y no ha sido derogada jurídicamente. Las *leyes fundamentales* de España no pueden derogarse sin el concurso del Rey *legítimo* y del pueblo *legítimamente* convocado y reunido en Cortes. Y nadie entiende por pueblo la *gente menuda*, sino el ayuntamiento comunal de los mayores, é de los medianos, é de los menores.

CRÓNICA LITERARIA

Los teatros: *¡Pobres hijos!*, comedia, por D. Eusebio Blasco.—Libros: *Problemas del día*, por D. César Silió.

En poco ha estado que asistiésemos, con motivo de la comedia de D. Eusebio Blasco: *¡Pobres hijos!*, á escenas parecidas á las del estreno del *Hernani*, de Víctor Hugo, cuando más encendida andaba la disputa entre clásicos y románticos. Aquí, claro es que no se trataba de cuestión alguna semejante á la del clasicismo y el romanticismo. Las cuestiones literarias no interesan lo bastante á las gentes para sacarlas de sus casillas. Y lo más curioso es que la dificultad no surgió en la noche del estreno, que es ordinariamente el momento de prueba para los autores. *¡Pobres hijos!* se estrenó con aplauso, *tuvo una buena prensa*, siguió en el cartel, pasaron noches, y llegado un viernes, día aciago, pero de moda en el teatro de la Comedia, los abonados la dieron un solemnísimo *pateo*, como dicen en la jerga de entre bastidores.

Blasco, con la irritación natural en un autor á quien le *gritan* una obra cuando ya la ha visto salvada y hasta celebrada, protestó en un artículo violento de las muestras de desagrado del público elegante de los viernes. El cual público trataba, según parece, de reincidir en las susodichas manifestaciones, á las que pensaron, por su parte, contestar los ami-

gos del autor con una contraprotesta proporcionada, ó quizá desproporcionada, que en estas cosas es muy difícil guardar la proporción. Estábamos, pues, en vísperas de una batalla como la del *Hernani,* en que los combatientes, si no las luengas melenas y los chalecos multicolores y extraña indumentaria de los románticos de entonces, hubiesen llevado á la pelea parecida pasión, si bien por motivos diferentes. Al cabo, la empresa, que era naturalmente del partido de la paz, puso en escena otra comedia el viernes, y evitó la batalla.

¿Qué hay en esa comedia del Sr. Blasco que así excita los ánimos?, se preguntará el lector. ¿Qué nuevo romanticismo, qué audaz innovación literaria, qué osada solución de problemas religiosos, morales, políticos ó *sociales* (en el sentido parcial de lucha de clases) contiene esa obra para despertar tales iras en unos, tales entusiasmos en otros? En realidad, nada de esto hay en la comedia, que si bien se mira, tiene poco de revolucionaria y más bien se ajusta á los cánones tradicionales de la dramática, que no representa una atrevida descubierta hacia los senderos problemáticos de lo porvenir.

De ahí que esa repulsa tardía de una parte del público haya parecido poco justificada y hasta poco explicable. No hay en *¡Pobres hijos!* atrevimientos de esos que la moral mundana tolera fácilmente en las obras representadas en italiano ó en francés por compañías extranjeras, pero reprende á los autores y cómicos españoles. A no ser por la presentación en escena de cierta beata pedigüeña, personaje concebido y presentado desde el punto de vista anticlerical, no se acertaría á calcular en qué ha podido herir Blasco las susceptibilidades estéticas ó morales de ese público, á quien él ha llamado *fariseo.*

Pero ¿está seguro el ingenioso escritor de no haber rendido culto él también en su obra á una moral farisaica, falsa, convencional? Si el juicio literario sobre las producciones dramáticas hubiere de limitarse á su lenguaje y estructura, á la propiedad y elegancia con que se expresan los personajes (cuando

se expresan así), á la soltura y naturalidad del diálogo, á la acertada sucesión de las escenas y al hábil desarrollo de la acción, casi todo merecería aplauso en la comedia del Sr. Blasco. Pero el argumento es también materia literaria, y por ahí es por donde flaquea la obra.

Como la literatura no es un mero ejercicio filológico, no basta que las obras estén *bien escritas* y compuestas con arreglo á los preceptos de la retórica. Ni aun siquiera es esta parte externa la principal. Si lo fuera, Homero y Virgilio no nos interesarían hoy, ó interesarían tan sólo á un reducido número de humanistas, capaces de apreciar á conciencia en su lengua original las creaciones de ambos poetas. La mejor prueba de que la literatura no es arte formal, es que sus obras maestras pueden ser vertidas de uno á otro idioma sin que pierdan la parte principal de su valor. Ahí se ve que el pensamiento es lo fundamental, y la forma externa, lo que aporta el lenguaje á este género de obras artísticas, elemento en cierto modo secundario y accidental, si bien por la íntima comunidad entre la palabra exterior y el verbo interior, por pensar cada hombre en su idioma, aunque sepa y domine varios, la forma natural de la obra literaria es la de su lengua original, perdiendo al pasar á otra algo de su carácter y algo de su nativo aroma, como las flores y los frutos conservados artificialmente. Mas la superioridad de lo espiritual sobre lo sensible en la obra literaria, del elemento psíquico sobre el elemento filológico y retórico, es evidente. Hasta puede decirse que la traducción es la suprema piedra de toque de las creaciones de las letras. Obra que no pueda resistir esta prueba, no es obra de las que perduran y subsisten; podrá agradar pasajeramente, pero lleva en sí la sentencia de su caducidad.

Digo esto para que no parezca fuera de propósito y ajeno á la órbita de la competencia literaria el tratar del asunto de la comedia del Sr. Blasco, y el considerar que la manera que ha tenido el autor de concebir y plantear su problema dramático es uno de los principales datos para juzgar del mérito de aquella.

En *¡Pobres hijos!* el problema está mal planteado y resuelto con absoluta inconsecuencia. Evidentemente el autor ha querido presentar al público una de las infinitas acciones dramáticas posibles, en que se esterioriza en algún caso concreto esa especie de herencia moral y de fatalismo social que hace expiar á los hijos los pecados de los padres. Por eso dice: *¡Pobres hijos!* Mas la comedia misma es la refutación de la tesis en que se halla inspirada, puesto que en ella la madre culpable es quien expía sus propias culpas, y los hijos no padecen cosa mayor.

Importaría poco que la conclusión fuera esta ú otra, si se hallase en armonía con las premisas; pero como ocurre lo contrario, la inconsecuencia que resulta perjudica de ahí grandemente al efecto dramático, hace antipáticos á los personajes que el autor quiso hacer simpáticos, y los que concibió víctimas le resultan verdugos. En suma, si en la dramática se tratase de demostraciones, podría decirse que el autor demuestra lo contrario de lo que se proponía demostrar. El pensamiento, el tema de la obra, está en abierta pugna con la expresión.

Para mostrar más concretamente en qué consiste la inconsecuencia radical de esta comedia, forzoso es referirse á su argumento y dar alguna idea de sus personajes principales. Son estos cuatro: *Lucía*, viuda, todavía joven, rica; tiene amores secretos con *D. Agustín*, vividor madrileño que... *enamora á* la viuda con su cuenta y razón, pues á la vez que amante es administrador de los bienes de aquélla, y acaba por arruinarla; Salomé, hija de Lucía, novia de Enrique de Guzmán, capitán de Ingenieros, de familia noble, el cual acaba de regresar de la guerra de Filipinas al empezar la acción de la comedia.

Las pecaminosas relaciones de la viuda con D. Agustín las sabe todo el mundo. La fama ha llegado hasta las Visayas (que es llegar), donde Enrique ha tenido un duelo en defensa del honor de su futura suegra. Los únicos que ignoran estas relaciones amorosas, ó no creen en ellas, son Salomé y Enrique. Un incidente casual los pone en autos. Repítese en la co-

media del Sr. Blasco la conocida anécdota (fantástica á todas luces) de Felipe IV y la Reina Isabel: *¿Sois vos Conde?* El Conde es aquí D. Agustín, la Reina la viuda y el Felipe IV que recibe la delatora respuesta, Enrique, el novio de la niña.

Hasta aquí la exposición del conflicto dramático. En vista de lo que ha descubierto, Enrique pone por condición al matrimonio proyectado que Salomé salga depositada judicialmente de su casa; la novia accede tras leve resistencia, y la pobre Lucía se queda á la vez sin hija y sin amigo, porque D. Agustín encuentra muy á tiempo otra viuda que le tiene más cuenta. Su especialidad, como se ve, son las segundas nupcias, justas ó injustas. Al quedarse viuda de veras, perdida la paz doméstica, y en lenguas la fama, Lucía no halla otra solución que retirarse á un convento como *señora de piso*.

No *¡Pobres hijos!* sino *¡Pobres padres!* como ha observado con mucha razón Zeda, ó *¡Pobres madres!* debería titularse la comedia. La moral de ésta es una moral casuística y antipáca. Enrique resulta un fatuo irresistible, á quien no se le caen de la boca sus cruces, su campaña, el título de su padre y los tópicos de una concepción del honor que se reduce, en suma, á miedo al *qué dirán*, como si no fuera lo lógico que los maldicientes tuviesen mucho más que decir al ver que, estando concertado el matrimonio y admitido el novio, Salomé sale depositada judicialmente para casarse. Es sencillamente echar carne á las fieras.

Y de Salomé, ¿qué diremos? Me imagino á un espectador sencillo contemplando á aquella hija que no defiende á su madre ni su mismo decoro; que pasa por todo con tal que no se desbarate la boda. Lo mejor que se le ocurrirá decir, será: «Miren la muy..... y qué ganas tiene de irse con el novio.»

Es repulsivo, contrario á todo sentimiento de piedad filial aquel abandono de la madre. Los hijos no son jueces de sus padres. Abandonarlos fríamente para no contaminarse con la mala opinión que les dieron sus pecados ó sus faltas, será siempre una acción vil y baja. Si el hijo goza de los bienes

morales y materiales del padre, y recibe honra y lustre de las virtudes y renombre de éste, ¿cómo no ha de ser inhumano que quiera hacerse extraño á él y romper la solidaridad establecida por la naturaleza, cuando el padre claudica? Tratándose de madre é hija, todavía parece más odiosa esa deserción de los deberes filiales.

Pero hay más: ¿es tan estrecha nuestra moral mundana, y tal la rigidez de nuestras costumbres, que los amores pecaminosos de una viuda, dueña al fin de sus actos, puedan traer tal suma de deshonra cuando no hay escándalo y se guardan las apariencias? Nuestros dramaturgos suelen ser mucho más indulgentes con el adulterio, que aunque sea el *pecado simpático* en el teatro, es al cabo más feo y más inmoral que esos otros amores sin daño de tercero. Y el Sr. Blasco, que es hombre de mundo, sabe de sobra que, si la sociedad fuese tan severa con las viudas enamoradizas, no habría en todos los conventos de Madrid celdas ni pisos suficientes para las señoras que se viesen en el caso de adoptar la resolución de su heroina.

A fuerza de querer ser moral, resulta inmoral la comedia del Sr. Blasco. *Summum jus, summa injuria.* Se sacrifica allí á la moral convencional, la verdadera moral humana. El gran defecto de la obra es su falsedad: falsedad en la hipótesis del conflicto; falsedad en los caracteres, que son opuestos á lo que deberían ser, dada la tesis dramática; falsedad en la moraleja. Sólo los personajes secundarios, la segunda viuda que conquista D. Agustín (la cual viuda es, acaso, el personaje mejor acabado de la obra) y el susodicho D. Agustín, tienen apariencia de realidad, que hace de ellos algo más que maniquíes y máscaras de teatro.

Pero, con todo esto, no hay en esa producción dramática cosa que racionalmente pudiera herir la especial pudibundez de nuestro público elegante. Las causas de la protesta han debido de ser otras. Es posible que los *¡Pobres hijos!* de Blasco hayan pagado las culpas del socialismo cristiano de éste y de sus artículos anticlericales. Es posible también que si el autor

no saca á escena á la monja pedigüeña, los abonados no hubiesen tenido nada que decir de la comedia. En el teatro hay que contar siempre con las ideas y sentimientos del público, y hasta con sus preocupaciones.

Desde el punto de vista literario, la protesta contra la obra del Sr. Blasco no estaba justificada. Aunque adolece dicha comedia, á juicio de quien esto escribe, de los defectos indicados, es superior á otras muchas que han sido benévolamente recibidas. Un literato como Blasco, aunque dormite á veces cual Homero, no puede menos de dejar algún rasgo de su ingenio, alguna huella de su fantasía en las producciones de su pluma, hasta en aquellas que no son de las mejores. En *¡Pobres hijos!* el conjunto, la invención dramática y la composición general de la obra dejan mucho que desear; pero hay pormenores acabados y algunas escenas encantadoras, como, por ejemplo, aquella en que D. Agustín emprende la conquista de la segunda viuda.

Es probable que, en resumen, haya ganado más que perdido la obra del Sr. Blasco con estas protestas y estas disputas. La indiferencia es lo peor para las letras. Los mismos ataques suelen ser una propaganda ó un incentivo para la curiosidad del público.

*
* *

Pasando del teatro á los libros, merece mención preferente, por su actualidad, el que con el título de *Problemas del día* acaba de publicar el estudioso escritor D. César Silio, que se dió á conocer, hace algunos años, con un libro jurídico interesante: *La Crisis del Derecho penal*.

Su nueva obra es una colección de estudios de política y sociología. Los títulos de estos dos dan suficiente idea de sus respectivos asuntos: *Despues del desastre* (*¿Un país ó un hombre?*) *La civilización y la moral, Contra el anarquismo, El gran problema* (el de la población), *El regionalismo*. Varios de ellos,

especialmente el primero y el último, se refieren á la situación presente de España, y corresponden á esa *literatura de la regeneración* que tiene ahora entre nosotros bastantes cultivadores, de muy desigual mérito. Como la regeneración anda despacio, tiene esta literatura tiempo por delante, y no hay medio de que le falte asunto.

El libro del señor Silió es más doctrinal que literario. Su estilo es claro pero no conciso, y peca, á mi entender, de demasiado oratorio. Bien mirado, no es de extrañar que así sea. El señor Silió es abogado y periodista, profesiones esencialmente oratorias, aunque una de ellas sea de oratoria escrita. Las influencias profesionales rara vez dejan de reflejarse en el estilo. Se dice que éste es el hombre, y esa frase tan vulgarizada es el enunciado gráfico de una verdad profunda. En el estilo está, en efecto, el hombre y aun todo el hombre, con su temperamento, su cultura, el medio especial en que vive, sus ejercicios habituales y las influencias que sobre él se ejercen.

En el primero de sus opúsculos plantea el ilustrado autor del *Problemas del día*, la cuestión teórica de si son los grandes hombres ó es la masa colectiva el instrumento del progreso de las naciones, quien las levanta en sus caídas y las transforma en prósperas, de decadentes. Teórica llamo á esta cuestión, porque en la práctica no se puede elegir. No tienen siempre los pueblos á su disposición grandes hombres de que echar mano, ni los hombres superiores disponen tampoco en todos los casos de la masa social que necesitarían para que su ideal pasara de la potencia al acto. No puede negarse la influencia individual de los grandes hombres en el adelantamiento de las sociedades humanas, pero entre la teoría de los *héroes* en sus distintas formas, desde Evehmero á Nietzsche, y las teorías socialistas que niegan casi la influencia de estos individuos excepcionales y hacen de la comunidad el verdadero sujeto de la historia, atribuyendo frecuentemente sus sucesos prósperos ó adversos á factores externos y materiales (la doctrina del materialismo histórico, por ejemplo), hay menos error en la últi-

ma que en la primera, aunque ambas sean explicaciones parciales é incompletas. Al cabo, como los grandes hombres no son dioses, les está vedada la creación *ex nihilo*, de suerte que siempre hay que contar con el factor colectivo.

Para España la cuestión es puramente ideal. Nuestros grandes hombres están por descubrir. No tenemos otro *uebermensch* disponible que el Sr. Paraíso, y hay que mirarle con un microscopio de gran aumento. Es dudoso que llegue á tener su Carlyle, ó su Nietzsche, ni aunque nos trasladásemos al país de Gulliver. Y en resumen, ¿nos ha ido tan bien con nuestros grandes hombres? Tuvimos á Cánovas, y sin embargo..... Si no nos reformamos nosotros mismos poco á poco, modestamente, lo más probable es que tengamos que esperar sentados al Mesías de la regeneración; si es que no nos sucede cosa peor, y nos envía Júpiter, como á las ranas, en vez del rey de palo, un culebrón que acabe con nosotros.....

En *La Civilización y la moral*, refuta acertadamente el señor Silió la supuesta antinomia entre ambos términos. En su otro opúsculo *Contra el anarquismo*, propone como medio de defensa social el confinamiento forzoso de los anarquistas en alguna isla remota, donde pudieran construir á su sabor y con entera independencia la *sociedad futura* de sus ensueños. Sería un experimento interesante, que acaso reservaría á todos sorpresas, y desde luego menos bárbaro y no más ineficaz que los reactivos penales ensayados contra esta enfermedad moderna.

El problema de la población es otro de los asuntos tratados en estas monografías. Los temores de Malthus no preocupan ya á las naciones. El malthusianismo moderno no se inspira en razones de utilidad social, sino en el egoismo individual ó familiar; no es ya el problema de las subsistencias, sino el problema de los hijos únicos, tan artísticamente presentado por Zola en su *Fecondité*.

No es este el aspecto español del problema de la población, como observa exactamente el señor Silió. El nuestro no es un

problema de natalidad, sino de mortalidad. En lo que cabe discutir del autor, es que la solución del último sea más fácil. Así como la restricción de la natalidad es la plaga de las naciones ricas y corrompidas, donde no se quiere disminuir las raciones del festín de la vida, admitiendo muchos convidados nuevos, la mortalidad excesiva es la plaga de los pueblos pobres y atrasados. La proporción de la mortalidad es casi siempre indicio seguro del grado de civilización. Pero la civilización y la higiene son caras, y nosotros pobres, y más que pobres, entrampados, con nuestro presupuesto, sobre el que pesan las colosales hipotecas de una Deuda cuantiosa y de gastos militares excesivos que sólo por razones de prudencia política se sostienen, pues no hay quien crea en su utilidad ni quien espere en su eficacia.

Trata, por último, el Sr. Silió, de la cuestión del regionalismo, que es nuestro magno problema, aquí que la cuestión social no reviste aún, ni revestirá probablemente en mucho tiempo, en razón á nuestro atraso industrial y á nuestra condición de país agricultor, de propiedad bastante dividida, las proporciones amenazadoras que toma en otros pueblos de Europa. El autor de *Problemas del día* impugna briosamente las tendencias regionalistas, atribuyendo su incremento á la mala administración del centralismo. Esta es, en efecto, una de las causas, al menos una de las causas ocasionales, aunque la principal de todas las de este orden sea el enflaquecimiento del poder y del prestigio nacional á consecuencia de la *capitis diminutio* que ha sufrido España. Pero hay otras más hondas, que atañen más á la constitución histórica de la nacionalidad española, porque el regionalismo no es un problema de hoy.

También esta cuestión es de las que erróneamente se plantean en el terreno especulativo, discutiendo si es más conveniente que la variedad local la uniformidad de las instituciones nacionales, en vez de considerarla desde el punto de vista histórico y real, donde aparece que el regionalismo no es una

doctrina ni una invención de unos cuantos locos ó unos cuantos *felibres*, sino un hecho real que arranca del proceso de la evolución de los antiguos Estados peninsulares, y que para ser objeto de transformaciones en el sentido unitario moderno requiere la mayor dosis de prudencia política y de habilidad que puede exigir problema alguno español de nuestros días. No se tiene en cuenta, generalmente, al hablar del regionalismo, que la unidad nacional ha sido hasta principios del siglo una unión federal, de la cual quedan aún en pie muchos vestigios.

En su libro muéstrase animado el Sr. Silió de espíritu optimista. Desde el punto de vista de la utilidad, el optimismo es la disposición de ánimo que conviene más á los pueblos que aspiran á reformarse; es una *idea-fuerza* que les da alientos y confianza en su porvenir y sus destinos. Pero es asunto de fe..... y la fe en lo humano no es infalible.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.=Conflictos en la Argentina. — La cuestión de límites ante el árbitro de la Gran Bretaña. — Acelerado viaje del Ministro Alcorta á Londres.— Lo que se teme del conflicto actual. — Conflictos interiores en el orden político y en el orden económico.—Mitristas y Pellegrinistas.—Necesidad de la concordia común.—Chile: su crisis económica y la nueva acuñación de plata para aumentar la circulación. — Primer disentimiento en el Perú entre los elementos del Presidente Romaña y los del ex-Presidente Piérola.—Total pacificación del país. — La notificación á los Gobiernos de la erección de Pando á la Presidencia de la República de Bolivia.—El primer proyecto presentado á la Convención Nacional.—La República de Acre.—Novela de una aventura sospechosa.— Venezuela.—Revoluciones de Colombia y Guatemala.—La miseria en Cuba.— Triunfo de Vico en Chile.— El regreso del *Nautilus*. — El viaje de la *Sarmiento*.— Telegramas del General Roca á los españoles de Manila.

¿Va cubriéndose de nubes el celaje de la política argentina, al terminar el año 1899 y al comenzar el año 1900? Si se investiga la conexión íntima que entre sí puedan tener algunos hechos particulares, al parecer aislados, y al parecer insignificantes, no es preciso pecar de demasiado suspicaces para atribuirles un valor de extraordinaria trascendencia, luego que entre sí se relacionan. Inopinadamente se ha visto surgir en Londres, entre los miembros que forman la parte auxiliar de la delegación diplomática que entiende en la cuestión del arbitraje sobre la demarcación de la frontera andina, una serie de conflictos inexplicables que ha hecho necesaria en la capital de Inglaterra la presencia nada menos que del

Sr. Alcorta, el distinguido hombre de Estado que por tanto tiempo ha estado al frente de la gestión de los negocios exteriores, y á cuya habilidad incontestable, con razón, se había atribuído el éxito pacífico en la campaña diplomática que sobre tan enojoso asunto evitó el conflicto inminente de la guerra con Chile. Desde la visita del Presidente Roca á Río Janeiro, parece que el eje de la política de este hombre de Estado ha cambiado enteramente de dirección. Ya no se promueven, ni se han repetido, las manifestaciones que hicieron tan simpática su actitud en toda Hispanoamérica, al verificarse las entrevistas de Punta Arenas con el Presidente de Chile, Sr. Errázuriz. La visita de Río Janeiro parece que ha anulado enteramente los efectos de la visita al Estrecho de Magallanes, y para poner los puntos sobre los íes en este cambio radical de conducta, vienen los actos personales del General Roca á abrir un horizonte infinito de metafísicas conjeturas acerca de lo que ahora se propone, y acerca del polo hacia que ahora se dirige. Unos periódicos han divulgado la noticia de que la ciudad de Buenos Aires en breve sería visitada por el Presidente de los Estados Unidos, Mac-Kinley. Esta noticia se ha rectificado después, y no es el Presidente Mac-Kinley quien tiene, al parecer, el propósito de visitar la hermosa capital del Río de la Plata, sino el General Roca el que ha pedido y obtenido de la Cámara argentina la autorización constitucional para poder ausentarse en el año corriente de la sede capital de su mandato, y transferirse á Washington, para corresponder á la invitación que el Presidente de los Estados Unidos le ha dirigido, por medio del ex-Ministro Berchanam, á fin de que asista á la apertura solemne de la Exposición de Buffalo. Por otra parte, la prensa bonaerense que hostiliza los actos del General Roca y de su Gobierno, censura con acritud el pensamiento que se le ha atribuído de hacer á Inglaterra, en su actual conflicto en el Africa austral, el regalo de 800 caballos, por valor de 6.200 libras esterlinas, equivalentes á 31.000 pesos oro, y mientras la vigilancia de los pe-

riodistas y la comunicación del telégrafo denuncia que en las faldas de los Andes ha habido un encuentro reñido entre un destacamento de caballería argentina y un grupo de chilenos, la prensa, que está á los quites de los actos políticos del General Presidente, recarga cuanto puede sobre la llegada á Buenos Aires del Coronel alemán Arent, que ha sido llevado de Alemania para ponerlo al frente de la Escuela Superior de Guerra, y de sus entrevistas prolongadas con el General Roca.

¿Son todos estos hechos puramente accidentales, volvemos á preguntar, y no tienen entre sí ninguna relación, ni constituyen síntomas de nuevos pensamientos y de nuevas direcciones? Dése la explicación que se quiera á los antagonismos ó los disentimientos personales que se hacen aparecer en Londres entre el perito Sr. Moreno y el asesor letrado del plenipotenciario Sr. Domínguez, el doctor Montes de Oca, los que presencian de lejos y como meros espectadores estas cosas anómalas no pueden dejar de sospechar que, como en anteriores revistas habíamos previsto, los intereses que en la cuestión de límites la Argentina defiende, abroquelada en los derechos que sustenta, deben pasar ante el tribunal arbitral de Londres por dificultades de tal gravedad, que han hecho necesaria en la capital de Inglaterra la presencia del estadista de mayor habilidad que la Argentina posee.

Atendiendo sutilmente al cuadro de los hechos que se han expuesto en el párrafo antecedente, la Argentina, en esta cuestión en que tan interesado se halla su amor propio, no ha tenido previsión bastante para haber evitado á toda costa exponerse á ser cabeza de turco en la lucha tácita de influencias que en el continente americano sostienen, á pesar de sus pretendidas inteligencias amigables y á pesar de sus cacareadas atracciones hacia una alianza de raza, los Estados Unidos é Inglaterra. Los Estados Unidos decidieron en favor de la Argentina el arbitraje del naciente departamento *de los Andes*, como ya se llama al territorio de la Puna de Atacama, que en

el láudo arbitral le fue atribuído. Los Estados Unidos creyeron con esto asegurarse la benevolencia de la Argentina hasta la sumisión. Los Estados Unidos trataron de conseguir romper con esta dedada de miel los pactos de Punta Arenas, que llegaron á ser estimados en la Casa Blanca de Washington como un obstáculo serio para los proyectos del porvenir, y en Londres es muy posible que se tome la revancha de la parcialidad manifiesta con que obró en la arbitraria disposición de su láudo el árbitro yankée, en pró de Chile, el aliado constante y tradicional, desde su independencia, de la Gran Bretaña. El General Roca envía por un lado á su estadista más hábil á Londres y halaga en la crísis por que atraviesa el sentimiento de los ingleses con el regalo de los caballos que se remitirán para la guerra del Africa del Sur, á fin de templar con la sagacidad de lo uno y el agradecimiento de lo otro la benevolencia británica; mas por otro se pone al amparo del poder de los Estados Unidos para imponer el respeto á lo que en Londres se falle. De ser esto así, ¿sería acertada esta política? Si las cosas pasaran en los términos que de estos razonamientos se deducen, el General Roca tendría que confesar la equivocada inspiración de sus cálculos, que pueden hacer perder á su país todos los derechos por que pugna, después de haber destruído á la vez cuanto en Punta Arenas hizo concebir y esperar de la alianza de las dos repúblicas andinas á toda la América española, que siente sobre su cabeza la gravedad inminente de una misma amenaza. ¿Qué aprecio hará Inglaterra de los 800 caballos que la Argentina le regala? ¿No ha enviado la Gran Bretaña á la Argentina, desde que comenzó la guerra, sus comisiones oficiales que han adquirido á todo precio en la República del Plata con destino al Africa del Sur, ganado, carnes conservadas, café, azúcar, calzado y hasta tejidos? Inglaterra es bastante opulenta para soportar con toda la riqueza una guerra *pequeña*, como la de los boers. Otras han sido las pretensiones de Inglaterra con la Argentina, desde que se designó el arbitraje de la Reina Vic-

toria en la cuestión de los límites andinos, y la Argentina ha hecho oídos de mercader, aunque á las márgenes del Chubut y en las columnas del *Morning-Post* estas pretensiones han sido bastante elocuentemente declaradas. ¡Los arbitrajes! ¡Oh! ¡los arbitrajes! Ya irán aprendiendo los pequeños lo que son los arbitrajes en las manos de los poderosos. Colombia lo ha sabido harto penosamente con el de la cuestión Cerruti, y Venezuela acaba de aprenderlo también con la de la Guyana inglesa. ¡Ojalá sean inciertos los temores que abrigamos en el arbitraje de la demarcación de los Andes!

***

Entre tanto la situación interior de la Argentina no deja de ofrecer problemas arduos que resolver, tanto en la cuestión económica como en la política, y puede decirse que aquel espíritu común benevolente con que fue recibida y aclamada la segunda magistratura del General Roca, está muy lejos ya de producir en ningún asunto resoluciones unánimes. El problema económico ha prestado argumento y ocasión para hacer revivir los antiguos antagonismos de sus viejos partidos, que en la Argentina, como en todos los Estados jóvenes de la América española, han sido fuente histórica de sus mayores perturbaciones. Los proyectos del señor Pellegrini, que habían hallado decidido calor en el ánimo del General Roca, han sido el explosivo que ha hecho saltar la tapa que cubría las pasiones latentes, dormidas pero no extinguidas, y la actitud de Mitre y Vedia en sus discursos de la Cámara, la propaganda tenaz del órgano autorizadísimo que los de este partido tienen en la opinión, y el voto de una gran mayoría mitrista en contra de la conversión del billete fiscal á razón de 44 centavos oro, por peso de papel, han sido un reto lanzado á los nacionalistas para definir actitudes y adoptar posiciones independientes. ¿Conviene á la Argentina volver á despertar aquel ambiente tumultuoso de otros tiempos, que no se sabe á qué

términos pueden conducir? Las viejas escuelas que en aquel, como en este continente, sostenían el principio de que la existencia de los partidos antagónicos que ejerciten sus actividades con entera independencia y que recíprocamente fiscalicen sus procedimientos respectivos y los hagan rectificar, han pasado ya de moda, porque la experiencia ha demostrado los peligros á que conducen en la inevitable pasión con que el hombre de todos los países defiende la superioridad pretendida de sus ideas en las luchas de la política. La realidad se ha impuesto en todas partes. Cada nación ha reconocido que dentro de su jurisdicción respectiva, los problemas del acaso no constituyen para todos los colaboradores de la obra pública sino problemas nacionales, y el antiguo y desacreditado espíritu de partido que ha dado margen á tantas agitaciones siniestras, se sustituye ya con común ventaja por resoluciones concordes, en que los puntos de vista aislados, y no colectivos, sólo sirvan eficazmente para perfeccionar la labor en que por igual se halla empeñado el interés de todos. Apenas en la Argentina se ha visto emplear en los debates económicos la táctica del hijo del ilustre y veterano General Mitre, que es á la vez Vicepresidente de la Cámara de los Diputados, para relajar los vínculos que últimamente se han intimado entre el General Roca y el señor Pellegrini, ¡cosa estupenda! se ha vuelto á pronunciar la palabra fatídica y terrorífica de *¡Revolución!* ¡Una revolución mitrista, enfrente del horrible problema económico que hace ascender el servicio anual de la Deuda pública á seis pesos oro por habitante, enfrente del problema internacional que ha obligado á Amancio Alcorta á dejar la cartera, donde tanto prestigio personal ha conquistado, para acudir con rapidez á Londres á fin de salvar en lo posible el conflicto que se echa encima sobre el prestigio de su país, y enfrente de las ambiciones de los invasores poderosos que saben que las extensas costas de la República están indefensas, que los inmensos territorios que la constituyen están casi despoblados, pues no puede casi llamarse habitado un territorio que

cuenta 1,4 habitantes por kilómetro cuadrado, que sin cesar pide al exterior población y capitales, y que aunque llegan de todas partes del mundo ni se nacionalizan ni se incorporan definitivamente á su suelo, y en que colonias como las de los galenses se dirigen á Londres en demanda de protección, de intervención ó de independencia, y colonias tan numerosas como la italiana sugieren á su metrópoli la idea de buscar en aquel hemisferio sus expansiones territoriales y le ofrecen más de un millón de connacionales allí establecidos y dispuestos á obedecer la primera orden que se les dé!

Por fortuna, la respetabilidad del jefe ilustre de esa parcialidad que se desbanda es demasiado profunda y está demasiado suficientemente justificada, para que los amagos que se formulan bajo la terrorífica palabra de *Revolución* no se entiendan sino como una presión enérgica de influencia. Sin embargo, convendría más que esa palabra dejara de emplearse; porque aunque al emplearla sólo haya tenido una aplicación local y circunstancial á un caso determinado en la provincia de Buenos Aires, el eco fatídico que deja se parece al ascua que, escondida entre cenizas, las recalienta, reseca la hojarasca cercana, y el menor soplo de brisa la convierte en el foco del incendio. Un país como la República Argentina, tan opulento, tan vasto, tan despoblado, atrae sobre sí muchas miradas y despierta muchas ambiciones; y sus hombres eminentes de Estado, más que esterilizar energías en llamarse recíprocamente atáxicos y valetudinarios, en bien de la patria común harán bien en estrechar sus vínculos de aproximación y concordia, y confluir en sus empeños en dotar á su país de la unidad nacional, de que carece, á causa de la amplitud con que recibe y distribuye las irrupciones emigradoras que sin cesar llegan á sus riberas de todos los polos del planeta.

En un país de tanta opulencia, las estrecheces accidentales del Erario, aunque produzcan alguna perturbación en la circulación y en el cambio, ni son problemas irresolubles, ni son problemas perpetuos. Un Estado es siempre rico cuando

lo es la nación que lo constituye. Si un sistema que se ensaya no prospera, otro alcanzará más eficacia, y no importa que se gasten hombres y ensayos infructuosamente, hasta que salga de lo desconocido la mente, la voluntad y el brazo capaz de dar solución á los problemas más abstrusos. En la América latina ¿no está vivo y triunfante el ejemplo de Méjico? Cada día ofrece la Argentina un nuevo prodigio de las riquezas que dejó por herencia á todas sus antiguas colonias esta España en su administración colonial tan vilipendiada. La guerra anglo-boer ha puesto sobre los mercados militares del mundo la nueva mercancía del caballo argentino, que nosotros transportamos á sus pampas. No es solamente Inglaterra la que ha enviado á buscarlos al mayor Aspinwall, que los ha hallado excelentes, de cinco á diez años, gordos, sanos, mansos, fáciles para ser montados, entre los 145 y los 155 centímetros de alzada y en número ilimitado, aún desechando los de pelo claro, overo ó muy blanco; sino Italia, que preparándose militarmente para alguna aventura, aún no divulgada, *en que indudablemente tendrá que intervenir España*, además de la actividad que está imprimiendo á sus construcciones navales, y además de la adquisición cuantiosa que acaba de hacer á la casa Krupp, de Alemania, de armamento de artillería de tiro rápido, ha comisionado en la Argentina al general Volpini y al caballero Victorio Musso para la adquisición de dos á tres mil caballos con destino á la remonta de su ejército. No son luchas ideales de la política lo que la Argentina necesita para superar ninguna de las cuestiones que la asedian, comenzando por la económica y siguiendo por la internacional *de ambos mundos*, sino temperamentos de concordia y la fuerza que dan las voluntades unidas.

*
* *

Su hermana y rival trasandina alcanza mayor regularidad en su vida pública, aunque en Chile hayan sido tan frecuentes

en los últimos tiempos los cambios de Ministerios. Comparado con la Argentina, Chile es una nación limitada y pobre, que con escasísimo y escabroso suelo y sin vecindades por donde extenderse, sólo tiene delante de sí la inmensa planicie y la inmensa soledad del Océano. También lo persiguen las sombras de las revoluciones pasadas; también lo agobian los empeños de una Hacienda arruinada, aunque nacida ayer de mañana; también el problema económico crea en él una situación constante dificilísima, y también lo abruma la perspectiva de un conflicto internacional que no salvan las costumbres admitidas en materias de arbitrajes. Se acercan, además, las elecciones, que siempre son pastos laboriosísimos en las naciones latinas, y en todo se camina por pendientes dificultosas. Pero Chile está constituído bajo una unidad más compacta que la de la Argentina. El sentimiento nacional es más firme; el hábito de la economía en la administración, más constante y arraigado: y aunque los partidos entre sí se hostilizan con pasión incesante, la tendencia general tiene una conciencia más profunda y juiciosa de sus necesidades, y todos se emplean en satisfacerlas. Chile, que carece de las riquezas naturales y fácilmente explotables de la Argentina, crea con tesón una industria y hace cuanto humanamente puede por avivar los vínculos de su comercio. Con naves propias visita ya todas las plazas comerciales del Pacífico ó subvenciona líneas de comunicación que la relacionen más estrechamente cada día con sus lejanas hermanas del Centro, con los puertos Pacíficos de Méjico y de los Estados Unidos; y habiendo admitido las propuestas de la Trasatlántica española, cuenta, como con instrumentos propios de navegación, con buques de expediciones periódicas y regulares con que medir desde el Estrecho todas las riberas del Atlántico y transportarse con sus mercancías á los de Europa. Españoles é italianos se conciertan allí para el establecimiento de nuevos Bancos de crédito con pabellones unidos; y el que se domiciliará en Valparaíso con sucursal en Santiago y agencias en las demás ciudades importantes de la República, pres-

tará en breve las mayores facilidades al comercio general del país, y especialmente á las colonias que lo fundan y residen en él.

Aunque tan debatida por la Comisión de Hacienda de la Cámara de los diputados, después de desechada la idea de una nueva emisión de papel moneda, se ha acordado la acuñación hasta veinte millones de pesos en monedas de plata de valor de un peso, de 20 gramos y con ley de 0,700 milésimas de fino, para aumentar la circulante, y la multitud de empresas que se acometan para hacer más fecunda, por todos los medios posibles, la producción nacional, abre el ánimo á la esperanza de una mejora progresiva en la prosperidad del país, que al cabo se sobreponga á las largas disipaciones de setenta años de esfuerzos infantiles.

***

En el Perú, su vecino, la sucesión de la Presidencia del General Piérola parece va entibiando los antiguos furores de la ambición ó el despecho, y puede decirse que el Sr. Romaña ha entrado con muy buen pie en la suprema magistratura que desempeña. El horizonte político se encuentra casi totalmente despejado de las nubes revolucionarias, que con razón preocupaban más al nuevo Gobierno que los demás puntos de la administración pública, que el anterior había dejado funcionando con plausible regularidad. En Lima fue descubierto y capturado el agente de que se servían Billinghurst y Durand para repartir sus comunicaciones al Comité revolucionario de aquella capital, y que estaba presidido por algunos diputados, que al amparo de la inmunidad que la ley les ofrecía, barrenaban sin descanso los fundamentos de aquella sociedad. Por las declaraciones del preso y por los papeles que se le ocuparon, el Gobierno pudo adquirir los informes más precisos sobre las nuevas tentativas sediciosas que se preparaban en Lima mismo y en el Callao, y para complemento de este golpe de fortuna, el orden público ha sido completamente res-

tablecido en las provincias de Chinchas y de Cañete, donde la perturbación había sido tan prolongada, mediante la sumisión á los agentes del Gobierno constitucional del coronel D. Felipe Santiago Oré, que puede llamarse el último caudillo de las montoneras del Sur.

Hasta para hacer más intensas las simpatías de la opinión hacia su nuevo gobernante, un pequeño conflicto parlamentario surgido entre el Gobierno del Sr. Romaña y los elementos demócratas ó pierolistas de la Cámara, ha venido á producir cierto alejamiento de relaciones que, en realidad, ha sido simpático generalmente en todo el Perú, aunque de este conflicto haya surgido la primera modificación ministerial. La opinión común estaba persuadida de que la elevación de Romaña á la Presidencia de la República era una continuación, por ambas partes consentida, de la alta dirección política del General Piérola. El Gobierno supremo de 1899 se consideraba como una hechura sometida á la paternidad manifiesta del Gobierno supremo de 1895. Toda situación falsa se presta á notorios inconvenientes, y bajo el peso de esta creencia, en el concepto público, padecía alguna cosa el del Sr. Romaña, de quien, por otra parte, se conocían y ponderaban lealmente las bellas prendas de gobernante y hombre público que le adornan. Además, no hay país que acepte sin protesta la existencia de poderes supremos limitados ó cautivos. El enfriamiento de relaciones que necesariamente ha tenido que derivarse de este encuentro de rivalidad, ha sido acogido con aplauso por parte de la masa sumisa de la opinión sana y honrada, que aborrece todos los convencionalismos que desdoran. No quiere esto decir que por tal incidente la respetabilidad adquirida por el General Piérola en el acierto de su Gobierno se haya resentido ó haya sido ya desconocida. Pero todos se congratulan de un rompimiento que dejará á Romaña desarrollar las resoluciones de su propia iniciativa, pues en él están puestas ya todas las esperanzas.

* * *

Del lado de Bolivia, el nuevo Presidente D. José Manuel Pando, ya ha comunicado oficialmente á los Gabinetes de los Dos Mundos su erección á la silla presidencial de aquella República. La Convención Nacional, entre tanto, reunida en Oruro, se ocupa actualmente en discutir la forma de Gobierno que definitivamente se ha de dar á aquel Estado. El proyecto de Constitución que se debate, y que fue presentado por los convencionalistas Jemis, Iturralde y Vargas Bazo, está reducido á dos artículos ó párrafos que dicen así: *Primero:* «Bolivia, libre é independiente, se constituye en República Federal, y adopta para su Gobierno la forma democrática representativa.» *Segundo:* «La presente Convención Nacional sancionará la Constitución que deba regir los Estados federados de la República.» Como es natural, conteniendo esta proposición el pensamiento común, el informe que acerca de ella se dió fue favorable y unánime; no obstante, desde la reunión de la Convención se han dejado notar dos corrientes contrapuestas: la de los que opinan por la declaración inmediata del federalismo, y la de los que abogan por el aplazamiento de esa importantísima cláusula constitucional. Pero como todo aplazamiento envolvería una incógnita acerca del pensamiento ulterior de los que le apoyan, la tendencia que á él se inclina tendrá que desaparecer, pues no es posible concebir que este Parlamento, formado en virtud del triunfo de la Revolución, pueda contener en su seno quienes estén disconformes con los principios que sirvieron de bandera para lanzar al Presidente Alonso de la cima de la legalidad, y promover las escenas sangrientas que antes de ahora se han descrito en estas páginas.

A la Convención Nacional presentó el día de su apertura el Secretario General de Estado D. Fernando E. Guachalla, una *Memoria* comprensiva de todos los acontecimientos desarrollados desde que se inició la revolución, y cuya *Memoria* forma dos gruesos volúmenes documentarios. La impresión que produce la obra del actual Ministro de Relaciones Exte-

riores del Gobierno de Pando, sería indudablemente de admiración hacia los fanatismos del ideal y hacia los milagros de la constancia, si para lograr el triunfo conseguido no se interpusiese el triste recuerdo de las escenas de violencia, ultraje y muerte, que no pueden apartarse de la memoria con todos sus horrores sangrientos. La *Memoria*, por lo demás, envuelve un plan reconstructivo, que no puede ser completo, ni estar concienzudamente meditado; porque escrita entre las vicisitudes y el oleaje de fuego de la guerra civil, no ha tenido su autor aquel reposo de espíritu necesario al desarrollo de un gran parto de la reflexión.

***

Por cierto que entre el fragor de las armas y de la revolución encendida, ha surgido en los aún mal definidos límites de Bolivia con el Brasil un incidente curiosísimo, en que se halla envuelto el nombre de algunos españoles procedentes de la para nosotros desgraciada insurrección de Cuba. Se trata nada menos que de la fundación y organización de una nueva República, la República de Acre, que en un año de existencia ha conseguido constituirse casi de un modo peregrino y formal, y cuyos fundadores se agitan en la actualidad cerca de los Gobiernos de Río Janeiro, Oruro y Buenos Aires y los demás limítrofes, para que se les reconozca y concedan los derechos de un Estado independiente.

El iniciador de esta novelesca aventura, aunque de apellido extranjero, es un español que ha servido en nuestro ejército de Cuba y que aún conserva los derechos de la nacionalidad española. Llámase D. Guillermo Uhloff. Habiéndose dirigido después de la paz de París y de la evacuación de la que fue nuestra gran Antilla á buscar fortuna en la Argentina, donde se casó con una señorita del país, oyó hablar de un *país de las gomas*, del que se referían en Buenos Aires tantas curiosas maravillas, como en el siglo XVII y XVIII entre los españo-

les de Cármen de Patagonia de la llamada entonces *la ciudad de los Césares*. En este *país de las gomas*, según se decía, y ahora el Sr. Uhloff confirma, un niño de diez años, haciendo una pequeña incisión en los árboles que las producen, puede recolectar cada cuatro meses por valor de 4.000 pesos. ¡Considérese su fortuna al llegar á los veinte años, sin más que consagrarse á esta ocupación tan sencilla! El Sr. Uhloff, que debe ser un espíritu muy emprendedor, con semejantes revelaciones no se detuvo en pelillos; se trasladó inmediatamente á Bolivia con el objeto de establecerse definitivamente en *el país de las gomas* para explotar esta producción, y se llevaba un nombramiento que ya desde la capital de la Argentina se había impetrado del Sr. Fernández Alonso, ántes que estallara la revolución del Sr. Pando, y admitiendo en su compañía á cierto Sr. Paravicini, á quien el Presidente Alonso le impuso como su delegado. Establecidos en el país de las gomas, llegó á ellos la noticia de la revolución, con la cual el Sr. Paravicini consideró concluída su misión y se retiró á su país. También el Sr. Uhloff envió su renuncia á los vencedores de Alonso; pero entonces se le ocurrió la idea de declarar al Acre República y Estado independiente. Contrató gente decidida á todo, admitió un socio en otro español de apellido Gálvez y con éste y con otros compañeros formó una Junta de gobierno y se apoderó del país. A este movimiento se adhirió unánimemente la población de todo aquel vasto y lejano territorio, compuesta de 120.000 habitantes, y apenas establecido un gobierno regular, confió á Gálvez la jefatura, para no perder él los derechos de súbdito de España, adquirieron armas modernas y se puso en pié militar una fuerza permanente de 2.500 hombres.

Es el Acre una vastísima extensión de territorio colocada en el afluente del Rigüi, ramificación del Amazonas, á donde se va saliendo de Pará y atravesando Manaos, en cuya ciudad hace pocos meses ocurrió un cierto conflicto con un cañonero norteamericano, el *Wirmington*, que, estando prohibida la na-

vegación del Amazonas, se internó hasta ella, la cual se alborotó contra aquellos extranjeros, sobre lo que mediaron reclamaciones y notas entre el Gobierno de Río Janeiro y el de Washington, cuyo simple recuerdo y la simultaneidad de aquella sorpresa con los actos del Sr. Ulhoff, hacen sospechosa la nacionalidad española del autor y agente en estas aventuras, así como la participación que ha atribuído, hablando de esto con algunos periodistas argentinos, «á algunos voluntarios españoles que habían servido en la guerra de Cuba» para la proclamación de la emancipación é independencia de la nueva República.

Enmedio de la revolución boliviana, la noticia del atentado de Ulhoff y Gálvez en la región del Acre obligó á los miembros del Gobierno provisional de Oruro á enviar allí un nuevo delegado, el Sr. Kranmer, con el único objeto de disuadir á los independientes de Acre en general, y al Sr. Ulhoff en particular, de la empresa en que se habían metido, y para resolver amigablemente el conflicto, devolviendo el territorio de Acre á Bolivia. Pero el Sr. Kranmer tuvo que retirarse, sin alcanzar que se arriase el pabellón acrense, enarbolado en los edificios públicos de la nueva República desde el 5 de Enero del año anterior de 1899; y habiendo llegado á Manaos, allí murió antes de volver á Bolivia á dar cuenta de su cometido.

La República de Acre, al constituirse, se ha dado una bandera, que consiste en un paño rectangular, dividido diagonalmente en colores verde y amarillo, con una estrella roja en el triángulo del último color: además, se ha constituído en Gobierno regular, nombrando Ministro de Hacienda al brasileño D. Domingo Piñeiro; del Interior, á D. Ezequiel Araujo Primo, también del Brasil; jefe de policía, á otro brasileño, D. Sebastián Panos; jefe de la guarnición de Puerto Alonso, á D. Francisco Montes, español, de Cádiz; secretario de la Capitanía del puerto, á D. Juan Bautista Olivero, español, de Granada, y cura párroco, á Mons. Leyte, del Brasil. Por último, la fuerza pública, llamada Guardia nacional, y distribuída en ocho dis-

tritos, cada uno con su capitán, dos alféreces y trescientos hombres, se ha armado con fusiles Winchester, de fabricación americana.

Mientras en Oruro se disponia una expedición militar á Acre mandada por el jefe Sr. Velasco, el fundador de la República del Acre, Sr. Ulhoff, se ha dirigido primero á Río Janeiro y después á Buenos Aires, de donde parece pasará á la capital accidental del Gobierno de Bolivia, para gestionar la aprobación de los hechos consumados y el reconocimiento de la independencia proclamada y del Gobierno constituído, asegurando en todas partes que las fuerzas bolivianas del Sr. Velasco no se aproximarán siquiera al territorio de la nueva República, cuyos habitantes están decididos á sostenerla á toda costa. Pero contra las esperanzas del Sr. Ulhoff y los ofrecimientos que parece se le habían hecho de parte de los ministros del Brasil, el representante diplomático de Bolivia en Río Janeiro, Sr. Salinas Vega, se ha apresurado á suscribir, por mandato del Gobierno del Sr. Pando, un tratado definitivo que pone término á la vieja cuestión de límites con el Brasil, y que, como es consiguiente, comprende el territorio de Acre. Por este protocolo, Bolivia queda autorizada para establecer en Puerto Alonso, el puerto comercial de la República de Acre, la Aduana que antes allí tenía, y que fue destruída el 1.° de Mayo último por un grupo de brasileños capitaneado por el juez de Florencio Peixoto, sobre cuyo hecho se fundó el establecimiento del Estado que han querido constituir el Sr. Ulhoff y el Sr. Gálvez, acaso para traspasarlo más adelante á algún sindicato de los Estados Unidos, de los que ya les han dirigido proposiciones para el acaparamiento de las gomas, que tienen más valor que el cauchú.

***

El reconocimiento de los Gobiernos de los Estados Unidos, España, Alemania é Italia del Gobierno de hecho del general

Cipriano Castro en Venezuela, augura la estabilidad de la nueva situación que allí se ha creado.

El primer acto del Gobierno que se ha constituído ha sido la remoción de una gran parte del cuerpo consular de la República.

Las elecciones presidenciales para legalizar los hechos consumados se están preparando con gran diligencia, y la opinión, sedienta de paz, consolidará el triunfo del general Castro con sus votos. ¿Cuándo en América concluirán los Gobiernos de hecho?

***

Tres meses de revolución en Colombia y una nueva tentativa de revolución en Guatemala, no caben ya en los estrechos límites que nos quedan en esta Revista. Por fortuna, nos cabe la satisfacción de anunciar, mientras podamos detallarlas con más extensión, que en Colombia el principio de la autoridad constitucional ha triunfado contra el partido liberal en armas, después de haber reñido también sangrientos combates, que son un escarnio de la ceguedad, en presencia de los conflictos abrumadores de otro orden que Colombia tiene delante de sí.

¿Se discute sobre la anexión de Panamá á los Estados Unidos, y hay partidos políticos, que proclamando reformas constitucionales, que no están cerradas por la vía legal, se arrojan al campo de la revolución? ¡Qué ceguedad! ¡Qué desastrosa ceguedad!

En las fronteras orientales de Guatemala también se ha tratado de levantar la bandera de la rebelión contra el gobierno del Sr. Estrada Cabrera. Los departamentos de Jutiapa y de Chiquimula fueron invadidos por los enemigos del Gobierno establecido; pero, no encontrando eco los trastornadores del orden en las poblaciones, las fuerzas constitucionales lograron rechazar sus primeros movimientos y hacer presa del armamento que los revolucionarios llevaban. A la

cabeza de los trastornadores se habían puesto José León Castillo, el General Alonso Rosales, Salvador Toledo y Belisario Gómez. En el encuentro de la fuerza pública con la facción se le tomaron 57 prisioneros, y en la capital, al hacerse públicas manifestaciones en pro del Presidente, toda la prensa ha calificado el hecho criminal de *puñalada á la nación*.

***

¡Cuba recuerda ya la vilipendiada dominación española! En toda la isla, el imperio de la miseria es espantoso, y el Senador norteamericano Howard, Presidente del Comité de socorros á los cubanos, ha escrito lo siguiente:

«La mayor parte de los viajeros norteamericanos, que sólo han visto á Cuba desde los balcones de la fonda en que se hospedan, ó desde la ventanilla del vagón, ignoran el estado de miseria que oculta la magnificencia de la naturaleza.

»En los establecimientos rurales que hemos creado, trabajan *á real la hora los antiguos hacendados*.

»Por el aspecto de aquellas gentes, presumo que sólo se alimentan con yerbas y raíces. En el poblado de Ceiba Mocha, no he podido saber, á pesar de una detenida averiguación, de qué se mantienen los habitantes.»

¡Ni una palabra más!

***

En Chile, la presentación de nuestro Antonio Vico en el teatro, en *Vida alegre y muerte triste,* de Echegaray, ha valido al insigne artista la mayor ovación que recuerda haber recibido en su vida. En Santiago, según se lee en los periódicos de aquella capital, no se recuerda que ningún otro actor haya alcanzado triunfo semejante.

***

El regreso rápido é inopinado del buque-escuela *Nautilus,* que se hallaba en el puerto de Montevideo, á España, llamado por los telegramas del Ministerio de Marina, produjo muchos comentarios que el Ministro de España tuvo que rectificar, explicando las causas de su llamamiento al Ferrol.

***

Los españoles residentes en Manila hicieron un magnífico recibimiento á los marinos de la República Argentina que, á bordo del *Sarmiento,* dan la vuelta al mundo.

El General Roca, sabedor de aquellas muestras de simpatía, ha dirigido un telegrama muy expresivo de gracias al Presidente del Casino Español.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

U MARIO.—Filosofía: «La verdadera vida,» de Tolstoi.—Viajes: La señora Ratazzi y España.=Costumbres: La «bohemia».=Literatura: Cómo ha nacido la novela italiana.—Una novelista de los boers.=Biografía: Siluetas parisienses: Melchor de Vogüé, Pablo Déroulède, Enrique Fouquier y Ludovico Halévy.=Teología terapéutica: La secta religiosa de los «Scientistas».=Impresiones y notas: Berlioz anatómico.—Mitrídates y la sueroterapia.—La música en la antigüedad.—Las siete plagas y las siete bellezas de Italia.—El año 00.—Animales caballerescos.—Krüger y Mucio Scévola.—El predominio de las lenguas.

FILOSOFÍA

«La verdadera vida» de Tolstoi (1).—Titula Tolstoi la quinta parte de su obra «La emancipación de las seducciones.»

Libre de los embustes de la fe, el hombre sería apto para practicar la doctrina de Cristo si no sucumbiese á las seducciones. Consciente del pecado cometido, trata de evitar el remordimiento, no luchando contra el mal, sino disculpándolo y recurriendo á la mentira. El hombre debe tener el valor de reconocer la verdad si quiere alcanzar la felicidad, no mintiendo nunca ni temiendo el arrrepentimiento de sus pecados. Veamos cómo debe librarse de las diferentes seducciones, de *preparación*, *ocupación*, *familia*, *compañerismo* y *patria*.

La seducción más generalizada es la que consiste en creer

(1) Véanse nuestras dos anteriores *Revistas*.

que es necesario prepararse para la vida en lugar de vivirla inmediatamente. La superchería de esta seducción hace falsear la vida del presente, la única real, aplazando la verdadera vida para el porvenir, que no nos pertenece. Si el hombre prevé el mañana, debe prever el pasado mañana, y el día siguiente, y todos los demás; debe, pues, prever su muerte que es inevitable, y si la prevé, no puede prepararse para el porvenir en esta existencia á término, puesto que la muerte destruye el fin á que tiende en esta vida. Para evitar esta seducción, el hombre debe comprender que no puede pasar su existencia en preparativos, que debe vivir en lo posible inmediatamente y en el estado en que esté, que el único perfeccionamiento indispensable es el amor al prójimo y que éste sólo se produce en el presente. Debe, pues, vivir sin retraso alguno, en todo instante, con todas sus fuerzas, al servicio de Dios, es decir, al de todos los que le necesitan, y no debe olvidar que cada momento puede quitarle la posibilidad de este servicio y del cumplimiento de esta su misión en el mundo.

Cuando un hombre está ocupado, le parece que no puede abandonar su ocupación para hacer lo que le pide su conciencia, es decir, Dios. Admitir que una ocupación, aun la más útil, como la labor de la tierra, es más importante que la obra divina, es hallar siempre ocupaciones que nos creemos obligados á terminar antes de servir al prójimo; y así no se vive nunca la verdadera vida. Para evitar esta seducción debe uno acordarse de que toda obra humana no puede ser fin de la verdadera vida, de la vida inmortal, que consiste en la participación en la obra infinita de Dios, en la manifestación más intensa del amor. Por eso el hombre no debe nunca entregarse á una ocupación que comprometa la obra divina, es decir, el amor al prójimo. Debe estar dispuesto en todo instante á dejar su ocupación favorita en cuanto una obra divina solicita sus esfuerzos; debe ser como un obrero al servicio de un amo, no pudiendo dedicarse á sus propios trabajos sino cuando el amo no le emplea.

La seducción de la familia es la que mejor disculpa nuestros pecados; si hay quien se libre de las seducciones de la preparación y la ocupación, es raro quien no sufre, las mujeres sobre todo, la seducción de la familia. En nombre del amor á la familia, el hombre se considera como emancipado de sus obligaciones para con los demás hombres y comete con toda tranquilidad pecados de venalidad, de ociosidad y de sensualidad, sin ver en ellos nada reprensible. El mal que resulta de esta seducción es aumentar el pecado de apropiación, haciendo más áspera la lucha entre los hombres, y quitando toda posibilidad de distinguir el verdadero sentido de la vida. Puede uno entregarse sin desconfianza al amor al prójimo, pero no se puede amar así á los suyos, porque este amor conduce á la ceguera y á la justificación de muchos pecados. Para evitarlo, el hombre debe comprender que el amor no es verdadero ni da la vida y la felicidad sino cuando no busca ni espera recompensa; el amor á los suyos es un sentimiento animal, sólo bueno dentro de los límites del instinto y cuando no se le sacrifican las aspiraciones espirituales. Por eso todo hombre debe hacer por los demás lo que quiere hacer por los suyos, sin hacer por éstos más que lo que estaría dispuesto á hacer por los demás.

Los hombres creen que formando grupo separado pueden emanciparse de las reglas generales de la conciencia. El error de esta seducción de compañerismo es no ver que esta división en grupos impide el compañerismo natural de todos y hace faltar al deber más sagrado en provecho de obligaciones artificiales. Para sustraerse á esta seducción se debe pensar en que las reglas del compañerismo pueden ser infinitamente diversas, variables y contradictorias, mientras la ley divina es inmutable. Toda regla artificialmente establecida deja de ser obligatoria si es contraria á la ley del amor; toda agrupación exclusiva limita la extensión de la comunión entre los hombres y destruye la condición principal de la dicha, la posibilidad del amor de todos los humanos; por eso en lugar de

formar sociedades y grupos parciales, hay que evitar todo lo que puede aislarnos de los demás hombres de la tierra.

La seducción nacional es la más funesta: engaña á los hombres por doble modo: por la sugestión de la mentira á los niños, y por el esplendor de la pompa de las ceremonias sobre los sentidos de los adultos. Casi todos los hombres se hallan cogidos, en el momento en que su conciencia se despierta, en las redes de la seducción nacional, y viven en la convicción de que su pueblo y su régimen social son los mejores, y de que para el progreso y la dicha de los mismos hay que someterse ciegamente al Gobierno existente, debiéndose, mediante sus órdenes, molestar, herir y matar á sus semejantes. Desde el momento en que el hombre admite la posibilidad de sacrificar el bien de uno en provecho del bien de una colectividad, no puede fijarse límite á este principio: todo acto puede hallar en él su justificación y no hay mal que no pueda cometerse en su nombre. La suposición de que los hombres pueden conocer la dicha futura de la masa, ha sido en otro tiempo mantenida por el tormento, la inquisición y la esclavitud, y lo es hoy por los tribunales, las cárceles y la propiedad territorial. En virtud de este principio, Caifás hizo matar á Cristo, y hoy matamos en las guerras millones de hombres. Para evitar esta seducción hay que comprender que antes de pertenecer á un Estado ó Nación, el hombre pertenece á Dios como miembro del reino universal y que él solo es responsable de sus actos. El hombre no debe nunca preferir sus compatriotas á los demás hombres; nunca debe hacer daño á su prójimo en nombre de la dicha futura de la multitud, ni debe creerse obligado á obedecer más que á su conciencia.

VIAJES

La señora Ratazzi y España.—De sus impresiones del último viaje á España, publicadas por la princesa Ratazzi en sus amenísimos artículos de la *Nouvelle Revue Internationale*,

entresacamos algunos párrafos descriptivos ó anecdóticos, impregnados de ese delicioso aroma que se desprende siempre de los escritos de la ditirámbica escritora cosmopolita, derrochadora de adjetivos agradables.

Mil veces—dice—he descrito ya la impresión que se siente al pasar de Francia á España, siendo la transición tan brusca, que no puede menos de sentirse siempre alguna emoción. No hay frontera más caracterizada que ésta, ni línea de demarcación más sorprendente. No cambia sólo el aspecto de la naturaleza, la lengua y el traje, sino sobre todo «el modo de ser» de las gentes. Hay á la vez, como curioso contraste, más apresuramiento y más abandono que al otro lado de los Pirineos; más ruído, ciertamente, y quizás menos trabajo, más arrogancia y más pasividad, más severidad en los reglamentos y más abandono, más testarudez y menos perseverancia. En ninguna parte muestra el hombre más precisados que aquí sus defectos y sus cualidades; en ninguna parte son estas cualidades más salientes ni más reales. Lo que desde luego salta á la vista es que esa especie de pereza ó indolencia que el extranjero encuentra en el español es real é innegable, y, sin embargo, es sólo una máscara engañosa. Se adivina que ese español que se está horas enteras sin hacer nada á la puerta de su casa con la mirada hundida en el vacío y el pensamiento mecido por dorado sueño, es capaz de todos los heroismos, de todos los sacrificios, de las más nobles transfiguraciones.

La primera vez que Sarah Bernhardt vino á Madrid fue hace diez años, y la princesa Ratazzi, que hacía poco se había casado con Rute, tuvo la buena ocurrencia de aprovechar la estancia en Madrid de la genial trágica, recién casada con el joven Damala, y que había elegido España para pasar su luna de miel, de dar una recepción en su obsequio. Rute, subsecretario de Estado, había alquilado el palacio de la Perla en la calle de Montalbán, una maravilla creada por la duquesa de Santoña; la señora de Rute apresuró su instalación ha-

ciendo verdaderos milagros, y la recepción se celebró, y Sarah fué presentada á la más escogida sociedad de la corte.

Allí estaban Castelar, el orador inimitable, Echegaray y Moret, Sagasta y Jovellar, López Domínguez y el duque de Rivas, Correa y Abascal y muchos otros más, todos con nombres famosos en la política, la literatura y el arte. La misma Maria Buschental en persona, María Buschental, la única, la heroína de todos los libros y folletos, ídolo de todo un pueblo y con sin par corte de amigos (los más ilustres de Madrid), María Buschental, que no salía nunca, llegó al final de la comida para saludar á Sarah, y el mismo Cánovas penetró en los salones minutos después con el mismo objeto.

Detalle típico. Cuando Sarah entró, el ujier anunció á *los señores Damala*. Así se hacía anunciar la eminente actriz con toda la deferencia de su reciente amor. Pero no sabiendo la Ratazzi á punto fijo qué clase de persona era el marido de Sarah, presentó á Sarah á todo el mundo, y su marido á Sagasta únicamente; Damala, sin embargo, tenía una personalidad: diplomático griego y notable actor de salón, se enamoró locamente de Sarah al paso de ésta por Atenas, y su pasión le hizo abandonar su carrera y convertirse en actor, primero, de la compañía de Sarah y en su esposo después. Este matrimonio tuvo la suerte de sus similares: tras la embriaguez de algunos años, Damala pudo notar que no estaba hecho para ser el marido de una estrella como Sarah, enamorada tan sólo del arte y de su hijo Mauricio; su presencia era á la vez una necesidad, una alegría y un tormento; se entregó á la morfina, y un día le hallaron muerto en un sillón, con la sonrisa en los labios, en todo el esplendor de su juventud. Sarah le lloró y le echó de menos, y luego pasó adelante en busca de nuevos triunfos y laureles.

La Ratazzi dedica un párrafo al efecto que le produjeron las carreras de caballos en Madrid, con las tribunas medio vacías, el peso desierto, la pista sin animación, y las apuestas reducidas á un puñado de jóvenes, y reconoce que esta diver-

sión, falta de ambiente en España, jamás podrá aclimatarse en un país donde existe el espectáculo animadísimo y eminentemente nacional de las corridas de toros.

En cuanto al feminismo, del que también trata en su amena crónica la Ratazzi, declara que en España no existe, y no porque no haya en España aspiraciones de reivindicación para la mujer, sino porque no se formulan de modo que produzcan movimientos ruidosos que tiendan á la emancipación social del bello sexo. Existen espíritus cultos sin duda, pero de tal modo aislados y faltos de cohesión, que hacen creer que la educación de la mujer en España está por bajo de todo nivel; la inteligencia, por otra parte, implica la modestia, y la modestia la falta de iniciativa, y ese es el gran defecto de los españoles, que les deja siempre tímidos y vacilantes ante toda nueva idea. Y no es que la Ratazzi sea de esas exaltadas que enarbolando la bandera de la revolución aspire á la emancipación de la mujer por medios violentos; todos esos excesos de las ultraradicales le parecen ridículos, pero entiende que debe hacerse algo, y que es criminal permanecer indiferente. Camilo Lemonnier, en su libro admirablemente atrevido *El macho*, ha dicho: «La mujer está hecha para amar, parir y criar á sus hijos»; pero aun siendo esto verdad, no es obstáculo para que no deba permanecer ignorante de las grandes ideas que ennoblecen el alma, encerrándose exclusivamente en esa misión pasiva y puramente material que se le quiere asignar.

«Ninguna de las notabilísimas mujeres que España encierra—dice—me contradirá si les digo que hay en ellas egoismo en no favorecer el desarrollo de las doctrinas que ellas mismas profesan y que constituyen su superioridad»; debiéndose agradecer á la señora de Flaquer—una de las poquísimas mujeres que con Emilia Pardo Bazán y Patrocinio de Biedma cultivan el periodismo—la publicación de sus *Evangelios de la mujer*, libro evolucionista que viene á ser como un grito de alarma y un generoso llamamiento á todas las buenas voluntades.

COSTUMBRES

La «bohemia».—El reestreno de *La vida de bohemia*, de Murger, como los estrenos de *La bohemia,* de Puccini y de Leoncavallo, ha puesto sobre el tapete la vida y costumbres de los artistas y de los poetas, despertando sentimientos ficticios que no había despertado la miseria real de Pablo Verlaine, vagando de hospital en hospital, y paseando por calles y cafés su máscara socrática y sus harapientos trajes.

Murger, con conciencia ó sin ella—dice Camilo Mauclair en la *Revue des Revues*.—ha hecho á la burguesía, contra la que tanto ahullaba el romanticismo, la más delicada lisonja de amor propio que pueda imaginarse: le ha mostrado á los artistas, esos seres que la burguesía envidiaba y aborrecía, y de los que se sentía separada por miles de leguas, y le ha permitido decir: «¡Cómo! Pero, ¿no es más que eso?» Y le ha mostrado que esos hombres, sedicentes superiores, eran holgazanes, mal educados y egoistas, porque así son en *La vida de bohemia*. Y la burguesía se ha frotado las manos de gusto al sentirse superior á semejantes golfos.

El libro de Murger ha arraigado en la clase burguesa la idea de que el artista es un tipo sucio, con hongo abollado, pantalones de cuadros y corbatas á la Colín, que no paga nunca á sus proveedores, que no tiene educación aunque sea de buena familia, y que, en suma, es un ente desatornillado. Murger se convierte así en el más precioso aliado del burgués contra la altiva elegancia de Baudelaire, el purismo de Gautier, el aristocratismo de Vigny y de Lamartine, el sombrío genio de Delacroix, el lirismo loco de Berlioz y la arrogante intransigencia de Flaubert.

Hay que decirlo sin esperar más: la bohemia no tiene relación ninguna con la vida del artista pobre. Hay gentes que, con mucho dinero, son bohemios, porque les gusta holgaza-

near, poner los codos en la mesa, fumar pipas en las tabernas, tumbarse en divanes de taller, rehacer farsas ó teorizar indefinidamente, medir lo largo de las aceras, bostezar en coro y perseguir obreras bonitas. Hay jóvenes que en la miseria se visten sin corbatas de sangre de toro, no abollan su sombrero, son corteses, trabajan y van á buscar su «puchera» al figón para comérsela discretamente en su bohardilla. Frente á los calaveras de Murger está Berlioz llevando su pan por la calle con la serenidad de un sabio; está Wagner viviendo en el barrio del Mercado y formando parte de las orquestas de café-concierto meditando de paso su *Lohengrín*.

Lo que constituye la bohemia no es la falta de dinero, sino la de educación moral, de imperio sobre sí mismo y de pudor intelectual. Todos hemos conocido el bohemio en nuestros comienzos, le hemos visto expansivo, bonachón, charlatán, contando al primero que pasa, ante un bock, sus proyectos, sus sueños y sus amores. En realidad, bajo aquella charla indiscreta y mordaz, estaba oculto el roedor de la envidia, la impotencia más ó menos conocida, el burguesismo más exagerado, la vanidad de estrechar manos célebres, de figurar entre los literatos, de pasar por mártir del ideal. Casi todos los verdaderos artistas han sido pobres en los comienzos de su carrera; pero se han arreglado para trabajar, y han considerado su pobreza como estado transitorio del que era preciso salir á fuerza de trabajo. El bohemio tiene su fin en su mismo estado transitorio, y es un espíritu falso; su grosería la bautiza con el nombre de «amplitud de ideas», su pereza con el de «inspiración» que está esperando. En realidad el bohemio es el parásito del artista pobre, á quien se echa en cara la regularidad de su trabajo como estigma de burguesía, viviendo, sin embargo, de sus ideas, falsificando sus obras é imponiéndole su compañerismo.

En cuanto á las costumbres de la bohemia, es irritante verlas atribuir á quienes, por su misma profesión, se acercan más al ideal de distinción y de refinamiento de la delicadeza

moral. Si alguien debe ser perito en materia de nobles actitudes, en matices de sentimiento, en gestos sobrios, es el ser que, alejado de todo negocio y de toda violencia, sirve intereses abstractos, haciendo del pensamiento y de la plástica su principal estudio. ¿Cómo es, sin embargo, que en toda reunión de ciudadanos pueda reconocerse á un creador de pinturas ó de poemas por alguna falta de gusto, por cierto extravío, por una actitud distraída, que no es precisamente la torpeza ni la timidez, sino lo que se llama el «aire artista»? ¿Son las cabelleras hirsutas ó las corbatas monumentales restos tenaces de la tradición romántica? ¿Es el fastidio de estar entre burgueses, y no saber hablar sino de lo que no les interesa? ¿Es la rigidez vejada de verse allí como curioso aperitivo? ¿Es simplemente el hábito de soñar? De todo hay en el «aire artista».

Hay todas las niñerías del intelectual acostumbrado á la libre soledad y á la despreocupación del taller; hay el amor propio, el estar fuera de su centro y, sobre todo, en el fondo, una timidez especial, procedente de que el artista está fuera de la sociedad, y no sabe nunca si se le acepta ó si reina en ella. De ahí ese orgullo receloso que disimula mal la indecisión, y ese candor, esa sencillez singular propia de los habituados á la abstracción y, en general, de los seres desinteresados.

Hay que acabar con los trajes excepcionales y las costumbres desordenadas, siendo preciso decir que las tres cuartas partes de nuestros jóvenes pintores y poetas piensan y obran ya de este modo, y sólo los antiguos románticos supervivientes se quejan de ello. La concepción distingue al individuo, no el hábito; no tenemos que censurar las corbatas de encaje de d'Aurevilly, ni el chaleco rojo de Gautier; saludamos con respeto el fieltro apabullado de Marcelino Desboutin y soportamos las capas y justillos de Peladan, porque todos estos hombres han producido hermosas obras; pero están ya lejos de nosotros, y si creyeron que el espíritu de cuerpo de los ar-

tistas requería un uniforme, nosotros entendemos hoy que el artista no tiene que mostrarse como un ser excepcional que haga reir, sino como dominador, imposible de criticar, debiendo dejar á un lado esa última niñada de vestirse ó presentarse de modo descuidado.

Contemplemos los creadores modernos. ¿Qué mundano, qué *dandy* tuvo jamás la arrogante afabilidad de Edmundo de Goncourt, el encanto lírico de Banville, la seducción de Alfonso Daudet? ¿Que refinado inventó jamás la suavidad misteriosa, la nobleza infinitamente delicada que Mallarmé mostraba en su saloncito? ¿Qué gran señor vale lo que Whistler, ni tiene más corrección que el pintor Gándara, el poeta Regnier ó el músico d'Indy? ¿Qué decidor reputado brillará más que Pablo Adam ni mostrará la ironía perfecta de Pablo Hervieu? ¿Hay algún gentilhombre que se atreva á asumir la regia y dolorosa actitud de Villiers de l'Isle Adam? ¿Ha existido personaje más majestuoso que Puvis de Chavannes, ni hombre más fundamentalmente sencillo que el pobre y gran Ernesto Chausson? Cuando Jorge Rodenbach hablaba en un salón, ¿quién hubiera llegado á su distinción sonriente, á su finura exquisita? ¿Qué hombre de mundo tiene la facilidad de maneras de Alberto Besnard? ¿Qué *clubman*, educado en las más puras tradiciones de la *gentry,* tendría nada que decir de la elegancia de Julio Cheret? ¿Qué «buena sociedad» equivale á la de Rogerio Marx ó Pedro Roche?

Verdad es que la recientísima actitud de los «arribistas» es mortificante y, á veces, grosera; pero les sirve al menos para esquivar la suprema injuria de la compasión de la mediocracia que Murger mendiga para sus héroes. Lo que debe ser la última palabra *exterior* de una miseria de artista, es cierta sonrisa que detenga en el acto ciertas conmiseraciones, y no permita la fraternidad sino entre sus iguales. La fuerza de cohesión de la mesocracia ha faltado siempre á los artistas; su nerviosidad y su morboso afán de perfección, les ha impulsado, más que la ambición ó la envidia, á denigrarse y desunir-

se. La burguesía oculta sus llagas mientras que los artistas carecen de tan prudente hipocresía. La prensa, además, se apodera del menor escándalo en que toman parte, centuplicando la importancia de sus desórdenes por el ruido que hacen, cuando, en realidad, las costumbres de los artistas son mucho más leales y puras que las de la burguesía. Hay pocos artistas realmente pervertidos, aunque haya muchos desarreglados.

Cada vez cae más, con el romanticismo, la idea de que la literatura y el arte son carreras brillantes, honoríficas y divertidas, cuando son misiones pesadas, graves, que empobrecen y están llenas de desengaños. En resumen: Schaunard y Rodolfo agonizan, con los principales clichés del sentimentalismo de este siglo, en este duro y saludable período en que estamos, que analiza con fría y triste resolución todas las metáforas y todas las nociones aceptadas por el vulgo.

LITERATURA

Cómo ha nacido la novela italiana.—La novela italiana dice V. Morello en la *Rivista política e letteraria*—no es ya una melancólica aspiración nacional como lo es hace siglos el teatro, sino una viva y floreciente realidad. Hay la novela francesa, la inglesa y la rusa, y hay también la novela italiana, á la que dan variedad de carácter escritores de todas procedencias, Verga y D'Annunzio, Capuana y Matilde Serao, Fogazzaro y Barrili, Farina y d'Amicis.

La novela italiana ha nacido, puede decirse, á la sombra de la francesa; pero desarrollada de súbito, vive en su propia luz, de su real fuerza y valor, representando un modelo de perfección frente á las formas de que procede. La novela italiana ha nacido siempre en la fermentación de los elementos literarios acumulados de otros países. *I promessi sposi* no tiene tradición nacional, como no la tiene el *Orlando furioso;* y

así como el maravilloso poema de Ariosto desciende de las canciones y romances caballerescos de Francia é Inglaterra, así trae su orígen de Inglaterra y Francia la famosa novela de Manzoni. ¡Extraña naturaleza la del ingenio italiano! Antes de llegar á Balzac, los franceses han necesitado dos siglos de pruebas y ensayos, desde D'Urfé á Le Sage, pasando por Gomberville y Scarron, la Calprenède y Furetière, la señorita Scudery y Courtils. Los italianos, sin preparación ninguna, abren un día los ojos sobre los campos lombardos, y asisten al milagro de la aparición de *I promessi sposi;* pero en seguida los cerraron porque los milagros no se repiten. El desenvolvimiento orgánico ha faltado á la novela italiana, como antes había faltado la preparación nacional. En torno de *Los novios* se produjo un gran movimiento; pero lo cierto es que de toda la labor del medio siglo que siguió á la obra de Manzoni no han quedado más que las intenciones.

Sin embargo, si bien miramos las producciones que no han tenido el honor de llegar á las supremas alturas del arte—y sin contar el exquisito Rufini, más inglés que italiano—puede fácilmente descubrirse cierto movimiento para llegar á reproducir en la novela la realidad de la vida. ¿Qué ha faltado á Mastriani para ser el Zola italiano? El arte ciertamente, pero también la tradición; no era un estilista, como es preciso ser para dar sello personal á sus obras, pero tampoco tenía á las espaldas doscientos años de historia de novela. La miseria y el hambre hicieron del pobre escritor napolitano más un esclavo que un señor de la pluma, y aunque en sus obras hay aquel «olor de pueblo» que Zola ha sabido infundir en muchas páginas de su *Assommoir,* sin tradiciones y sin educación no podía sino demostrar una vez más que el arte no es ni puede ser mera improvisación.

Constituída la unidad italiana, y libres de preocupaciones políticas, religiosas y militares, los escritores transalpinos comenzaron á estudiar en serio el arte por el arte, el arte en sí mismo, como fin y no como medio, como satisfacción de nece-

sidades estéticas; y como empezaron á moverse desde donde los demás habían llegado, y como el límite de la gloria en la novela era el alcanzado por el naturalismo francés, el naturalismo francés fue la escuela de la novela italiana.

Verdad es que el naturalismo ha pasado hoy de moda; pero la obra de Zola produjo todos sus efectos. Los escritores italianos, ayudados por su buen sentido y por su buen gusto, supieron siempre mantenerse alejados de aquellas exageraciones, contentándose con recoger el criterio de simplificación naturalista que hace más segura la representación de la vida en todas sus varias formas y del ambiente en su doble relación con la vida de los individuos y de los grupos humanos.

Antes de que Verga renovase la novela italiana sobre los moldes del naturalismo francés, los escritores más audaces exageraban en el espíritu y en la letra las últimas tendencias y antítesis sentimentales y sociales del romanticismo. Dumas hijo fue un gran fascinador de los espíritus italianos, hasta que el arte de Zola desplegó sus banderas victoriosas, y aun Verga en sus primeras novelas se mostró dócil y apasionado imitador del arte romántico-aristocrático del autor de *La Dama de las Camelias*. Pero, ilusionado por las nuevas fórmulas, se convirtió en seguida en el más rígido y fuerte naturalista. Ya el mismo Capuana, que fue su evangelista, reconoce sin envidia la superioridad de los efectos obtenidos por su amigo en las aplicaciones del método naturalista. Y en verdad que no hay novela más impersonal que los *Malavoglia:* el autor se ha sustraído completamente del libro y quedan en acción los personajes, que ven con sus ojos, piensan con su cerebro y hablan con su pobre lengua de pescadores, sin que jamás los ojos, el cerebro ni la lengua del escritor suplan sus deficiencias; más que un *tour de force*, son los *Malavoglia* una verdadera revelación.

El grado de conciencia se eleva en los personajes de *Mastro don Gesualdo* y con la conciencia de los personajes el arte de Verga. En sus 527 páginas, llenas de frescura de observa-

ción, densidad de sentimiento y vivacidad de representación, se narra la historia íntima de las agitaciones de un aldeano siciliano, al renovarse su fortuna y sus dominios, y es la historia de todos los países donde la envidia, la soberbia, la vanidad y la lujuria mueven los corazones y mortifican la vida. En el mundo imaginado por Verga se agitan cincuenta tipos diferentes, y todos tienen su carácter, sus sentimientos, su signo exclusivo, particular. Enmedio de aquel mundo se encuentra *Mastro don Gesualdo*, el obrero, que á fuerza de fatigas y sudores, de truhanería y abnegación, se levanta y conquista poco á poco su nueva posición, atrayendo á sí las corrientes de la producción y recogiendo en su mano los hilos todos de la riqueza de sus convecinos. Por toda la novela corre un aire de tristeza y de dolor que aterra; y la tristeza y el dolor no son obra del autor, sino que brotan naturalmente de las cosas y de los hombres, como el aroma de las flores.

Con este *Mastro don Gesualdo* entró la novela italiana á plenas velas en el gran reino de la Verdad humana, no habiendo en ninguna obra de Zola más vasta ni más profunda observación que la que contienen esta novela y los *Malavoglia*. Dado este paso, fácil era avanzar en el camino abierto, y detrás de Verga y á su lado ha surgido la pléyade creadora de «la novela italiana», digna de ocupar en la historia literaria del mundo culto honrosísimo y bien ganado puesto.

***

Una novelista de los boers.—Así llama la *Nuova Antología* á Oliva Schreiner, inglesa de nacimiento, casada con un boer, que es el Gobernador de la colonia del Cabo; sus obras, especialmente *A Story of an African farm* y *Trooper Peter Halket of Mashonaland,* merecen que se le dé ese nombre.

La primera de estas obras representa la vida del *kraal,* dominando en ella el tipo holandés ó boer, que ha llegado al mayor grado de adaptación al medio ambiente surafricano, apa-

reciendo á su lado el tipo inglés, que no logra olvidar su personalidad anglosajona ni la convicción de su superioridad, y el tipo alemán, aislado, tenaz y laborioso. La escena es una rica factoría boer, bajo el siempre cerúleo cielo; su dueña, una *boerwoman,* viuda de un inglés, tercero de sus maridos, lleva una vida puramente material, con inteligencia bastante torpe, sin que tenga á su lado más persona, capaz de dominarla, que su fina y hermosa hijastra inglesa, pues su propia hija, aunque procedente del mismo padre, representa un papel obscuro é insignificante.

Dueña de cientos de cabezas de ganado, la señora boer espera al cuarto marido, que debe presentarse á cortejarla de un momento á otro. La señal de que la corte es aceptada es cuando la señora se queda una noche en vela con el aspirante que ha venido á tratar del negocio. Se preparan al efecto dos sillas de respaldo recto, una frente á otra, una cafetera y una sola vela; el joven toma de cuando en cuando un sorbo de café, y la señora, acurrucada en su silla, se defiende de la somnolencia que pesa sobre sus párpados, hasta que se acaba la vela; después de esto se prepara la boda.

El mozo que guarda el rebaño es alemán, mezcla de fuerza muscular y de fuerza de abstracción continua, fascinado por la inglesita, que le quiere, le protege y le cuenta sus aspiraciones y entusiasmos. La joven va al colegio de la ciudad, y el muchacho se desarrolla bajo la sola influencia de la naturaleza. La inglesita vuelve finalmente á casa, pero enteramente cambiada, disipados sus sueños de niña y sus exaltadas aspiraciones; corta involuntariamente el idilio de su hermanastra, seduciendo al joven inglés, á quien ésta amaba, y huye con él; pero, no encontrando en su amante su ideal espiritual, lo abandona, y sola, en lejano país, da á luz una niña muerta, quedando ella misma moribunda. En tanto, todo se trastorna en la factoría, y el mozo alemán, fiel siempre á sus promesas, sale en busca de la fugitiva, luchando donde quiera con todo género de obstáculos, y el inglés marcha también en

busca de su ídolo, hasta que logra encontrarla, cuidándola como perrillo fiel hasta la muerte. Sólo queda en la casa la sufrida, aunque desilusionada hermanastra, que se resigna con un suspiro á recoger á su novio infiel cuando vuelve á ella con los despojos de la difunta.

Trooper Peter Halket, libro que en Inglaterra ha hecho bastante ruido, es una obra original, ni novela ni disertación, entre parábola evangélica y alegoría dantesca, viva protesta contra los abusos de la Chartered Company y de Cecilio Rhodes, escrita en forma clara y sobria y vigorosa.

El *trooper* es un voluntario asalariado por la Compañía, que, habiéndose perdido, se ve obligado á pasar una noche solo sobre un cerro aislado del Mashonaland. Ante el fuego que ha encendido para alejar las fieras, ve aparecer un forastero con ojos tan brillantes, que apenas se le puede mirar, y con rostro suavemente melancólico; le habla de cosas vistas y países recorridos, de la suerte de Inglaterra y de los negros; el forastero, que es Jesucristo, no contradice al *trooper* en sus invectivas contra los negros; pero refiere episodios conocidos, haciendo ver la injusticia con que se juzgan, observándolos desde puntos de vista equivocados. Poco á poco, el soldado se exalta, escucha con fervor las palabras del Maestro, y promete obedecerlo.

Después de aquella noche memorable, Pedro Halket vuelve á las filas enteramente cambiado, siendo este cambio un misterio para sus camaradas. Puesto á prueba, al recibir la orden de sus jefes de apalear á un negro, permanece fiel á sus promesas, y, lejos de cumplir la orden, le da de comer y deja escapar al negro, quedándose él mismo para pagar su desobediencia. El jefe, enterado de lo ocurrido, descarga su revólver y el *trooper* muere, negándosele honrosa sepultura.

Si este libro, por la ocasión en que se ha publicado y el fin á que tiende, ha impresionado mucho en Inglaterra, por las ideas generales y nobilísimas que contiene es digno de ser conocido por todos, siendo hermoso ejemplo de la sobriedad de

forma que puede revestir un arma político-literaria de bien distinta eficacia que las añejas polémicas que son plaga de nuestra vieja Europa.

BIOGRAFIA

Siluetas parisienses: Melchor de Vogüé.—Dos libros de crítica—dice Zadig en la *Revue Bleue*—habían bastado para hacer célebre á Melchor de Vogüé, y dos novelas han bastado para hacerle perder su reputación. Vogüé creyó que, una vez conquistada la fama de pensador, necesitaba escribir libros para aumentarla. Se tomó en serio á sí mismo y lo echó á perder. El snobismo que le había creado, debía necesariamente abandonarle.

Melchor de Vogüé es una gran víctima del snobismo. Glorificado de pronto, quedó aturdido por su gloria y se empeñó en justificarla vagando laboriosamente por los varios dominios del pensamiento, siempre amarrado á su voluntaria cadena. No era culpa suya que le hubieran atribuído inmensas aptitudes, pero fue su desgracia. Perpetuamente estuvo desorientado enmedio de las ideas y entre los hombres. Creía que le bastaba presentarse para ser vencedor, y no era vencedor sino hasta que se presentaba. Teniendo ideas generales, olvidó demasiado que era sencillamente un periodista y un diputado, y como dominaba en veinte salones se creyó dueño de ambos continentes.

Lanzando sus miradas sobre el Universo, Vogüé no descubrió en él nada más que su persona. Por eso en su obras es tan visible su personalidad; el gentilhombre domina al pensador. Melchor de Vogüé es noble, y ha puesto todas sus obras en salsa de nobleza; su estilo es pomposo y solemne, pero sus pompas son verdaderas pompas fúnebres, siendo sus libros tan tristes como su alma desencantada. Tal es, hasta hoy, la his-

toria verídica de este hombre muy sincero, muy estimable, muy noble, en fin, y que no ha sido embajador de Rusia.

***

Pablo Deroulede.—¡Pobre Deroulede! Sus amigos le abandonan y sus enemigos le juzgan, que es la peor manera de combatirle, dice Zadig. La suerte no dejó nunca de ser desfavorable á este desgraciado, y su destino le obligó á fracasar en todo con estrépito. Sus disposiciones intelectuales le excitaban á ser soldado; pero un inoportuno y vulgar accidente de caballo le privó de ser útil á su país, haciéndose matar en el campo de batalla. Entonces, como amaba tanto á Francia, escribió versos, y luego se dedicó á figurar enfáticamente en los entierros.

Como cierto Perrin, director de teatro, no le admitió un drama, Deroulede acusó al ministro Ferry y empezó á declarar intolerable el parlamentarismo; distribuyó á los gimnastas banderas patrióticas, y habiendo encontrado un general buen mozo, quiso reformar con él el Estado. El general pasó la frontera y hasta fue condenado por los senadores; Deroulede se fué á enterrar á Boulanger, llevando en un saco tierra francesa para derramarla sobre la sepultura, y pronunciando con tal motivo palabras ininteligibles y sublimes. Poco después hizo dramas en prosa, y empeñado en reformar el Estado cogió un día el caballo de un general por la brida; pero el caballo, buen republicano, se encabritó, y Deroulede fue encarcelado, juzgado y desterrado. ¡Pobre Deroulede! Siempre fracasado. ¡Estaba escrito!

¡Y está enfermo! Y da lástima ver á este hombre, que sólo valía por sus agitaciones exteriores, confinarse en una celda, enfermando como un senador. ¡Y le han abandonado! Escribió á cierto Dumonteil: «No hagais nada para libertarme.» ¡Cobardes! ¡Y ni siquiera han sitiado el Luxemburgo!

Evidentemente Deroulede tiene una generosidad natural

que le arrastra á hacer tonterías, y ha carecido siempre de amigos discretos. Conoció en seguida la importancia de su personalidad, y se juzgó incapaz de obrar de otro modo que como jefe de partido. Este hijo de notario era jefe por temperamento, y siendo poeta tenía enorme capacidad de ilusiones. Enemigo de los parlamentarios, fue candidato perpetuo á la diputación. Y no es que le desprecien ni le odien, porque es amable y estimable, sino que los electores son cuerdos.

La fuerza física de Deroulede era la fuente de su influencia. ¡Ah! ¡Qué músculos, qué pulmones, qué estatura! En los tiempos primitivos, los jefes eran siempre los hombres más robustos; Deroulede, gigantesco y vigoroso, era un jefe de los tiempos primitivos. Un conductor de pueblos no podría estar anémico, y Deroulede es un conductor de pueblos. Las ideas son invenciones de hombres debilitados; Deroulede no necesita de las ideas para nada, y quizá por no tener ideas ha podido tener partidarios leales.

Pero aunque no tiene ideas tiene una doctrina amplia y vaga, como conviene á un poeta: quiere el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Con esto basta. Dicen que en la cárcel ha estudiado Deroulede las Constituciones de Europa, y ha hecho mal, porque bien sabe él que á los pueblos no se les gobierna con Constituciones sino con la generosidad que viene del corazón; sólo los pueblos guerreros son patriotas, y sólo los pueblos patriotas son fuertes. Esa es la verdadera política; se gobierna con patriotismo, y el presupuesto se equilibra como se pueda. ¡Pobre Deroulede! Es un excelente sujeto y ama de veras á Francia, aunque demasiado estrepitosamente.

***

Enrique Fouquier.—El otro día—dice Zadig,—sin saber qué hacer, é incapacitado para ningún trabajo útil, me puse á leer las crónicas de los diarios, y leí tres ó cuatro, si no fue-

ron cinco, de Fouquier; y luego, inclinándome á seguir perdiendo el tiempo en puerilidades, me fuí á la Escuela del Periodismo y oí las lecciones de Fouquier. Ni de la lectura, ni de las lecciones, he sacado nada en limpio, pero he pasado el rato y matado el tiempo perfectamente.

La labor del periodismo es ilusoria, y Enrique Fouquier es maravillosamente apto para trabajar en vano. Le basta querer escribir para que sobre todos los asuntos se le ocurran ideas sin cuento, ideas sin fin, ideas..... ¡Qué perniciosa abundancia la de que es víctima este hombre! Porque su atroz facilidad es la que condena á Enrique Fouquier á ser un especialista universal. Sabe á fondo todas las cuestiones, ó casi, y las que no sabe le sugieren por lo menos innumerables ideas generales. Conoce sobre todo el corazón de las mujeres y el gobierno del Estado; las leyes que obligan á los hombres, las mujeres que se burlan de las leyes, el nacimiento y la muerte, el matrimonio, los disgustos, el divorcio, los placeres de la vida, la educación, la evolución, las revoluciones, la física, la música, la química, la astronomía, las manchas y los agujeros de la luna, luego las mujeres, las mujeres. Enrique Fouquier habla de todo eso. Y no se quedará corto si queréis que os diga los peligros de las guerras coloniales, las modas y las civilizaciones que cambian, la existencia de Dios, la utilidad de la zarzuela y de los periodistas, y que trate hasta de cosas serias. Y hablará de las mujeres, de la mujer; y todo se resume en la doctrina de que en este mundo, sin contar los demás animales, hay hombres y mujeres, y que las mujeres son uno de los dos sexos más importantes, que su alma es imperiosa, y que, por añadidura, hacen muy mal en gastar corsé. Hacen muy mal en llevar corsé, y Fouquier no se cansa de decirlo, porque es moralista, naturalmente.

***

Ludovico Halévy.—Ludovico Halévy, que tenía por sí solo tanto talento, tuvo el mérito extremado de no tener me-

nos en colaboración, asociándose á Meilhac para regocijar finamente á toda una generación. Los resultados de esas cooperativas de producción literaria suelen ser muy impersonales. Meilhac y Halévy se unen, se mezclan hasta confundirse, siendo imposible determinar la parte que á cada uno corresponde en la obra común. Ludovico Halévy, sin embargo, tiene su fisonomía, si no su personalidad: alto, delgado, de facciones regulares y finas, tiene un no sé qué de elegancia nativa de cuerpo y de espíritu, y este hombre, que ha hecho reir tanto, tiene más bien aspecto melancólico.

Cuando este siglo tenía sesenta años, y el absolutismo imperial extendía en Francia su tiranía, y Morny era el árbitro de la elegancia francesa y de los destinos de Europa, Ludovico Halévy, tan joven como guapo, era empleado y empezaba, sin embargo, á tener talento, habiendo firmado una pieza en la que Morny había insertado algunos *couplets*. Luego extendió su graciosa verbosidad por los géneros más diversos, historia y poesía, novelas y dramas, como lo han hecho casi todos los hombres de genio; y en todos derramó ese encanto indefinible que conquista los corazones.

En el teatro recorrió los siglos del brazo con Meilhac, y á su paso surgieron criaturas deliciosas, desde *La bella Elena*, hasta la exquisita *Froufrou*. Luego vienen sus novelas, en que se juntan el vicio más refinado con la más tolerante moral: *Criquette* y los *Cardenal*, y tantas otras. Y al fin aparece la historia, la verdadera historia, triste como toda la realidad, con los episodios de *La Invasión*.

De todas estas obras se desprende ese encanto fugitivo que no se puede definir porque es una impresión que escapa al análisis. Y se siente uno arrobado con esa gracia adorable en su ligereza, con esa inmoralidad fácil y ficticia, con ese vicio, risueño en su delicadeza, con esa distinción tan elegante y natural, con esa coquetería del libertinaje; y se ama ese espíritu francés lo mismo que al vino de Champagne, del que la dicción de Halévy tiene la espuma y el aroma. Y todas esas impresio-

nes son vagas y por lo mismo seductoras, pues por una fortuna inapreciable, Ludovico Halévy es demasiado espiritual para ser profundo. Ludovico Halévy representa ese espíritu parisién que comprenden cuantos con él se han puesto en contacto.

TEOLOGIA TERAPEUTICA

La secta religiosa de los «scientistas».—Fundada por una señora, María Baker Eddy, en 1876, y sin contar al nacer más que con seis adeptos, la secta de los *scientistas cristianos* (*Cristian scientists*), figura hoy entre las 147 sectas cristianas en que se reparten los fieles de los Estados Unidos de América, y está dando no poco que hablar por su desarrollo y por las distintas aplicaciones de su doctrina y de su culto.

Tres años después de su fundación, en 1879, la nueva Iglesia no contaba todavía más que con 26 miembros; pero una vez consagrada la señora Eddy en 1887 como Pastora ó sacerdotisa del *scientismo,* la secta comenzó á prosperar llegando á contar en 1890 con 8.724 afiliados, que subieron en 1897 á 40.000, con 3.500 Pastores, y en 1898 á 70.000 con 10.000 Pastores. Y no hay que olvidar que este número es el de los miembros de la Iglesia, pues contando todos los fieles, se acerca el total á un millón de sectarios, que tienen su templo principal en Boston, uno de los más importantes de la ciudad.

Según el artículo que consagra en la *Revue des Revues* Alberto Schinz al *scientismo,* la señora Eddy, que había sido curada en 1862 de una grave enfermedad por Fineas Parkust Quimby, célebre curandero, homeópata al principio y que más tarde operaba por la sola persuasión, llegó á descubrir definitivamente en 1886 «el método científico de curar de un modo puramente metafísico». Su doctrina terapéutica-teológica está contenida en un libro: *Ciencia y salud con la clave de las Escrituras,* que sus adeptos veneran como una segunda

Biblia, y que ha tenido ya 166 ediciones, á pesar de su fabuloso precio de 17,50 francos. La señora Eddy enseña además especialmente su doctrina á sus alumnos, mediante la suma de 1.500 francos que cada uno le paga, y en solo 12 lecciones, repartidas en tres semanas.

La tesis fundamental del *scientismo* es bien sencilla, reduciéndose á este razonamiento: Dios es todo, y como Dios es espíritu, todo es espíritu, y como la materia no es espíritu, la materia no existe. El cuerpo es materia, luego el cuerpo no existe. Y si el cuerpo no existe, tampoco puede sufrir, y por consiguiente, el sufrimiento es pura imaginación, una aberración del espíritu; el espíritu es el que hay que atacar para curar el sufrimiento de esa ilusión que llamamos cuerpo. Partiendo la medicina corriente de la suposición de que el cuerpo es el enfermo, toma el efecto por la causa, resultando inútiles los remedios aplicados por nuestros doctores. Si el sufrimiento está en el espíritu y no en el cuerpo, hay que emplear medios espirituales de curación y curar al espíritu por el espíritu. ¿Y de qué está enfermo el espíritu? Precisamente de que atribuye, como el médico, el origen del sufrimiento al cuerpo; arránquesele esa falsa creencia persuadiéndole de que la materia no existe, y de que su espíritu se engaña al creer enfermo al cuerpo, y desaparecerá la enfermedad.

Hay casos, sin embargo, en que los más convencidos y exaltados *scientistas* fracasan; si se rompe un hueso, la misma señora Eddy aconseja que se recurra á un cirujano; la razón está en que ese pícaro prejuicio de la existencia de la materia está tan arraigado en la inmensa mayoría de los hombres, que opone á la acción de la terapéutica espiritual un obstáculo inconsciente é insuperable. Es como una especie de maldición de la especie humana, algo así como un pecado original, que esteriliza la fe individual del *scientista*. En principio, sin embargo, nada se opone á la curación de una fractura, y hasta la señora Eddy se alaba de haber curado *in absentia* la fractura de una pierna al Sr. B. de Cincinnati. Pero hasta que la

fe no se haya generalizado más, estas curaciones seguirán siendo rarísimas. Cuando ese caso llegue y las creencias de la humanidad se hayan hecho más etéreas, entonces todo cambiará, y ni siquiera hará falta comer, cosa de que, por ahora, sería locura privarnos, aunque en principio no haga falta el alimento para vivir.

En cuanto al pecado, es otro error del espíritu mortal. El espíritu, al creer en la existencia del pecado, cree en la desarmonía del Universo, la cual es imposible, pues Dios es todo y Dios es bueno. El pecado, en resumen, consiste en creer en el pecado, como la enfermedad consiste en creer que se está enfermo; ni hay tal enfermedad ni tal pecado. Si á uno le duele una muela, pura ilusión; si le dan una puñalada, pura ilusión también; con no creer que ha recibido tal puñalada ni el que se la da creer en que hace tal cosa, ni hay dolor ni crimen, ni enfermedad ni pecado; todo es pura ilusión de nuestro espíritu. La doctrina *scientista* no puede ser más clara.

Claro es que en toda esta teoría hay poco de nuevo, pues los escépticos de los tiempos clásicos, y Berkeley en tiempos más modernos, han sostenido la no existencia de la materia; y en cuanto á las curaciones metafísicas, los Pitágoras y los Apolonio de Tyana, como más tarde muchos santos cristianos, luego Mesmer, y por último, los espiritistas y los hipnotizadores, han curado por procedimientos semejantes. La novedad está en el conjunto de la doctrina, y en la amalgama de la teoría idealista y religiosa con las aplicaciones terapéuticas. El secreto del éxito de la señora Eddy está en la envoltura religiosa con que ha presentado sus ideas. Y sus adeptos los cuenta, no entre las clases desheredadas, sino entre las más cultas y ricas, donde menos podía esperarse que germinara semejante semilla. Y es que hay gentes que por lo mismo que tropiezan con frases misteriosas, quieren encontrar su sentido y se jactan de comprenderlas. ¿Qué quiere decir la señora Eddy con que «no hay noche salvo en el fruncimiento de Dios ni día más que en su sonrisa», ó con que «el idealismo silen-

cioso se duerme dulcemente en los murmurantes departamentos de la imaginación», ó con que «la discordia es la nada del error y la armonía es el algo de la verdad?» Pues hay gentes que dicen que entienden estos embolismos, y creen á pies juntillas que la señora Eddy es el ángel del Apocalipsis.

Este ángel apocalíptico, que niega la existencia de la materia y que lleva 1.500 francos por cada serie de 12 lecciones, vende su evangelio de 250 páginas á 17,50 francos; su poema ilustrado *Cristo y Navidad,* á 15 francos; sus retratos, á 5 y 10 francos, y su cuchara-recuerdo, en cuyo hueco figura la vista de su quinta y en el mango su retrato, á 25 francos, negándose siempre á dar recibo de ningún donativo para su Iglesia, y habiendo llegado á reunir una fortuna de 360.000 duros de renta, una bonita renta para una señora de ochenta años.

La señora Eddy, que apenas tenía enemigos, ha empezado á tenerlos, y no á causa de sus doctrinas, sino por los numerosos fracasos de sus apóstoles. Existen hoy más de 2.600 curanderos *scientistas,* personalmente autorizados para practicar por la señora Eddy, y que se anuncian como tales en los periódicos, y no hay día que no se señalen nuevos casos en que la «Ciencia cristiana», en lugar de curar, ha producido la muerte. Por otra parte, la señora Eddy parece que ha enseñado oralmente que si Jesucristo había sido engendrado por el Espíritu Santo, no es necesaria la unión sexual para la procreación, bastando «un supremo esfuerzo del espíritu de la mujer», del mismo modo que basta otro supremo esfuerzo del espíritu maligno para hacerla procrear sin unión sexual. Con este motivo no pocas familias se han disuelto, y en otras ha penetrado la discordia. Y lo gracioso es que la señora Eddy, que así quiere hacer renunciar á sus fieles á los lazos de la carne, no ha tenido menos de tres maridos, y tiene un hijo que, según parece, no ha nacido ni del Espíritu Santo ni de ninguno de los maridos que se han conocido á la santa mujer.

Y sin embargo, el hecho positivo es el crecimiento del número de los *scientistas,* fenómeno que sólo puede verse en

América, pues, como dice Alberto Schinz, profesor de la Universidad de Minnesota, la psicología del alma americana es interesantísima, y al escribirla sólo se correría un peligro: que los americanos se negaran á reconocerse en ella, y que los europeos, que no han visto, no la creyesen tampoco.

IMPRESIONES Y NOTAS

Berlioz anatómico.— El famoso Berlioz, hijo de un médico de aldea, estuvo á punto de llegar á colmar las aspiraciones de su padre siguiendo la carrera de Medicina, á que querían dedicarle. El profesor de Anatomía de París, Amussat, «un artista con vuelos de genio», hubiera llegado á realizar el milagro, seduciendo al refractario Berlioz con sus brillantes lecciones, si el espectáculo del anfiteatro anatómico, y sobre todo el teatro de la Opera, no se hubieran interpuesto para apartar al apasionado músico del cultivo de la ciencia hipocrática para lanzarle de lleno en los dominios del arte de Glück.

«¡Ser médico!—exclama Berlioz en sus *Memorias*.—¡Estudiar anatomía! ¡Disecar! ¡Asistir á horribles operaciones, en lugar de entregarse en cuerpo y alma á la música, ese arte sublime cuya grandeza ya entonces comprendía yo! ¡Dejar el Empíreo por la más triste morada de la tierra, los ángeles inmortales de la poesía y el amor y sus inspirados cantos por sucios enfermeros, horrorosos mozos de anfiteatro, asquerosos cadáveres, gritos de pacientes y lamentos y estertores de moribundos!..... ¡Oh, no, no! Todo eso me parecía el trastorno absoluto del orden natural de mi vida, y monstruoso, imposible..... Y sin embargo, fue.»

Su visita á la sala de disección de la Piedad dejó hondas huellas en su espíritu. «El aspecto de aquel horrible matadero humano—dice,—aquellos miembros esparcidos, aquellas cabezas haciendo muecas, aquellos cráneos entreabiertos, la sangrienta cloaca que pisábamos, las bandadas de gorriones dis-

putándose trozos de pulmones, las ratas mascullando en los rincones ensangrentadas vértebras, me llenaron de tal espanto, que, saltando por la ventana, escapé corriendo y llegué jadeante á mi casa, como si la muerte, con su horrible séquito, me hubiera ido á los alcances.»

La segunda vez la impresión fue menos penosa, y se redujo á una sensación de «frío asco»; pero cuando ya «se iba haciendo», fue un día á escuchar la ópera *Las Danaides,* de Salieri, y dió al traste con todos sus estudios médicos, sin volver á pensar más que en la música, donde tan glorioso nombre conquistó.

***

Mitrídates y la seroterapia.—El Dr. Lampadarios, de Sira, ha elegido como tesis del Doctorado la demostración de haber sido Mitrídates el precursor de los inventores de la vacuna y la seroterapia. Mitrídates solía tomar veneno todos los días, corrigiendo sus efectos con un antídoto y llegando así á la composición de su famoso electuario, parecido al de los primeros botiquines homeopáticos, y obteniendo así lo que hoy se llama inmunización artificial. Pero el rey del Ponto parece que no se limitó á esto, sino que había hecho investigaciones para hacerse refractario al veneno de la víbora, llegando á resultados semejantes á los hoy conocidos para introducir en el organismo el suero antitetánico ó antidiftérico. Había pensado en añadir al antídoto la sangre de animales que se alimentaban de serpientes venenosas para poder tomar así el veneno atenuado ó modificado, suponiendo que, tomado así, el veneno no provocaría manifestación alguna de envenenamiento, sino que poseería alguna acción preventiva, en apoyo de lo cual cita Lampadarios el testimonio de Celio Aureliano y de Plinio.

***

La música en la antigüedad.—Camilo Bellaigue, en la *Revue des Deux Mondes*, estudia el desarrollo de la música en la antigüedad, especialmente entre los griegos. Quien busque en el mármol el secreto del genio de Grecia no tiene más que contemplar los frontones de sus templos ó los rostros de sus dioses; pero la revelación de ese mismo genio por la música es empresa harto más dificultosa. Antes de las últimas excavaciones de Delfos, apenas se conocían de la música antigua tres medianos himnos del siglo II de la era vulgar; los últimos descubrimientos nos llevan hasta la época clásica, del siglo III antes de Jesucristo; pero ofrecen muy frágil base para el estudio general del arte. Por fortuna, á falta de las obras han quedado las teorías, y con ellas y la ayuda de Gerart, Croisset, Emmanuel y Combarién, el autor trata de descubrir la práctica del arte antiguo.

De los cuatro elementos de la música, melodía, ritmo, armonía y timbre, hoy tienen predominio los dos últimos, mientras que en Grecia preponderaban los dos primeros. Los diversos *ethos* de los ritmos, modos é instrumentos, pueden reducirse á dos principios generales y contrarios, que se han dividido la doctrina y las obras de la música antigua: el *dionísico*, principio de fuerza exuberante y ciega, y el *apolónico*, que se expresaba ordinariamente en el modo dórico, y cuyos instrumentos predilectos eran la lira y la cítara, principio de calma, de paz y de contemplación ideal. Y este fue el espíritu más puro del arte de los griegos, que no sólo intervenía como elemento de belleza, sino como principio de moral universal. Nada más contrario al genio griego que la doctrina del arte por el arte, ni que el concepto burgués y miserable del arte para divertirse.

* * *

Las siete plagas y las siete bellezas de Italia.—Así se titula un libro publicado por Ernesto Tissot en Paris, resu-

men de los repetidos viajes del autor á la «tierra clásica,» y de sus observaciones y estudios.

Las siete plagas son: la mentira, la falta de matices, la influencia alemana, la prensa, la descentralización, la *Cavallería rusticana* y los cafés conciertos.

Las siete bellezas son: el orgullo, el cosmopolitismo, el encanto de Roma, el decorado católico, las novelas de Gabriel de Annunzio, el *Falstaff* de Verdi y la señora Duse.

Por fortuna, el autor advierte que estas dos series simétricas de siete capítulos, deben estimarse tan sólo como «conversaciones de sobremesa.» De ese modo.... ¡pase!

* * *

El año 00.—Muchas gentes, todas las que tienen mucha correspondencia, han adquirido la costumbre de fechar en abreviatura, y en lugar de poner 1898, 1899, ponían las dos últimas cifras, 98, 99, escribiendo *3-4-98* en lugar de *3 de Abril de 1898*. ¿Cómo escribir, sin embargo, 1900 en abreviatura? No pocos se habían echado á discurrir sobre esto, cuando las Administraciones de Correos de todo el mundo han dado al problema la única solución posible. Como en los timbres con que se inutilizan los sellos de las cartas figura la fecha en abreviatura, y no hay hueco más que para dos números, ó había que renovar todo el material de este servicio, cosa algo cara, ó había que optar por seguir siendo consecuente con el sistema adoptado, y puesto que las dos últimas cifras de 1900 son dos ceros, fechar en abreviatura con 00, y así, en efecto, se ha hecho, como cualquiera puede ver en las cartas que reciba.

«Y he aquí—como dice *Le Réformiste,* de París—nueva materia de cálculo para los aficionados á ciertas estadísticas, si el público no quisiera aceptar, como no acepta, esta resolución, y en vista de que no hay otra, se decidiera por este año á escribir íntegra su cifra, ó, por lo menos, á marcarla con la cen-

tena, poniendo 1900 ó 900. ¿Cuánta tinta, pluma y papel han de gastarse más al día, al mes y al año, en virtud de la supresión de la abreviatura? ¿Qué mayor consumo de energía y fuerza muscular supone el esfuerzo necesario para escribir tres ó cuatro números en lugar de dos, y qué gasto inútil de energía ha de hacer la humanidad *fechante* por este concepto? La materia bien vale la pena de atormentar la imaginación de los estadísticos, siquiera para que vengan después otros calculadores á averiguar el tiempo perdido por los primeros en tan inútiles cálculos.

***

Krüger y Mucio Scévola.—El valor y la fuerza de voluntad y de resistencia del simpático Krüger, son dignos de figurar al lado del rasgo heroico de Mucio Scévola.

Un día—dice la *Nouvelle Revue*—estando Krüger de caza, estalló su escopeta y le llevó un trozo del dedo pulgar. Krüger no se alarmó por eso gran cosa; pero al cabo de algún tiempo, presentándose síntomas de gangrena, fué á ver á su cirujano, que le aconsejó se amputara la mitad del brazo; Krüger se negó porque entonces no podría servirse de su escopeta. El cirujano le dijo que por lo menos era preciso amputar la mano por la muñeca, y como tampoco Krüger se prestara á esto, el cirujano se marchó resuelto á que el paciente se las arreglara como quisiera. Krüger cogió su cuchillo de caza, lo afiló hasta dejarlo tan cortante como una navaja de afeitar, puso su dedo en una piedra, y de un solo tajo hizo saltar la última falange. Pero ya era demasiado tarde; la gangrena estaba más adelantada y era preciso sacrificar algo más; Krüger volvió á poner su dedo en una piedra y con mucho cuidado se fue quitando toda la carne que rodea la primera falange; la operación salió bien y Krüger se sirve desde entonces de su índice izquierdo como de pulgar, cogiendo los objetos con los dos primeros dedos de la mano izquierda.

Krüger se ha educado en el campo, habiendo pasado su juventud combatiendo á los cafres y á las fieras, acampando al aire libre y durmiendo en un carro ó en una tienda de campaña. Se dice que una vez, perseguido por los zulús, se encontró de frente con un león; Krüger disparó su escopeta, pero falló el tiro, y como el león le saltara encima, Krüger lo recibió á culatazos hasta que le hizo escapar. Su aprendizaje de hombre de Estado lo ha hecho recorriendo á caballo el Africa transvaaleuse, luchando con salvajes y con fieras, sin haber leído jamás otro libro que la Biblia y llegando á ser sin embargo tan consumado diplomático que el gran Bismark declaraba que era el único hombre con quien había tropezado en su larga carrera á quien consideraba capaz de envolverle. Jefe de un pueblo libre, no entiende de distinciones de clases, creyéndose igual cuando no superior á los reyes.

Un día le presentaron un duque inglés, y Krüger no se quitó la pipa de su boca.—Es un miembro del Parlamento—le dijo el intérprete—¡Bueno!—contestó Krüger soltando una bocanada de humo con la mayor impasibilidad.—«Un lord»—Otra bocanada.—«Un duque».—Otra nube de humo.—«Un virrey».—¿Y qué es eso?—Pues es casi un rey.—«Decidle que yo he sido pastor».

***

Animales caballerescos.—Los animales—según el Doctor Hutchinson dice en la *Contemporary*—tienen del deber clarísimo sentimiento, dentro de los límites de la defensa propia ó de «la clase» y sobre todo de «la familia». El hábito de defender á sus hijos está muy difundido en el reino animal, y todos pueden ver el valor con que la cobarde gallina defiende á sus polluelos ó el cerdo á sus lechoncillos.

Esto es harto sabido para que haya necesidad de insistir en ello. Lo que no lo es tanto es el desarrollo de lo que podríamos llamar, con *Alrededor del Mundo*, la «caballerosidad»

de los brutos, el sentimiento intuitivo del respeto y de los miramientos á las hembras, que en algunos casos supera al de los hombres por el bello sexo. Ningún perro «decente» morderá jamás á una perra, salvo necesidad extrema de defensa, aunque las perras no sientan el menor escrúpulo de maltratar á cualquier perro de fuerza inferior á la suya. Una perra de mal genio causa más desorden en una jauría que tres perros de la misma clase; porque en cuanto se siente contrariada, se queja de tal modo que siempre encuentra algún perro caballeresco que haga suya su causa, armándose enseguida una batalla. Esta cortesía llega á ser molesta cuando se trata de cazar lobos, pues la mayor parte de los perros se resisten á atacar á la loba, y á veces ni siquiera quieren seguir su pista. Los caballos—¿cómo no, si de sentimientos «caballerescos» se trata?—suelen conducirse también del mismo modo, y se da el caso de que un caballo indómito que cocea y muerde á un compañero si con él se siente apareado, se resigna sin protesta ninguna si el compañero es una yegua.

***

El predominio de las lenguas.—De un artículo de Juan Finot, «Francia ante la guerra de las lenguas,» extraemos los datos siguientes relativos al desarrollo adquirido por las principales lenguas de Europa en los últimos siglos:

En el siglo XV hablaban el ruso 3.000.000, el inglés 4.000.000, el español 8.000.000, el italiano 9.000.000 y el alemán y el francés 10.000.000.

En el siglo XVI el ruso y el inglés se nivelan con 6.000.000 cada uno, sucediendo lo mismo con el español y el italiano, que llegan á los 11.000.000, llegando á 14.000.000 los que hablan francés, y poniéndose el alemán á la cabeza con 15.000.000.

En el siglo XVII el inglés ocupa el puesto más bajo de la escala con 8.500.000, el ruso se iguala con el italiano llegan-

do á los 12.000.000, el español gana un puesto con 17.000.000, el francés sube á los 20.000.000, y el alemán continúa ocupando el puesto preferente con 22.000.000.

En el siglo XVIII, el italiano se queda en el último puesto con 15.000.000, el inglés asciende á los 21.000.000, el español á los 26.000.000, y el alemán pierde su supremacía quedándose con 30.000.000, vencido por el francés y el ruso, que se igualan, llegando á los 31.000.000.

La caida de Napoleón, al cambiar el mapa político, produjo también profundos cambios en el desarrollo de las lenguas: el inglés ha llegado á subir al puesto culminante con 116.000.000, el ruso vino á continuación con 85.000.000, el alemán le siguió con 80.000.000, el francés con 58.000.000, el español con 44.000.000 y el italiano con 34.000.000.

Las conquistas lingüisticas son fiel reflejo de la expansión colonial, y siendo evidente que los pueblos que más y con mayor éxito han engrandecido en este siglo su territorio son Inglaterra y Rusia, el inglés y el ruso, y tras ellos el alemán, son las lenguas hoy preponderantes, estando en baja el francés, el español y el italiano, que sufren la desgraciada suerte de las naciones latinas.

En cuanto á la facilidad de aprendizaje de las lenguas europeas, atendiendo principalmente á la ortografía y á la sintaxis, Finot establece una escala (inglés, italiano, español, alemán, francés y ruso), que si es exacta en cuanto á la gradación de facilidad en el aprendizaje, no lo es en cuanto á las causas de esa facilidad, pues semejante escala no se ajusta ni á la ortografía ni á la sintaxis. Atendiendo á la ortografía, el inglés, puesto por Finot como la lengua de más fácil ortografía, es la de ortografía más difícil, pudiéndose fijar la gradación siguiente: italiano, español (sin el retroceso de la Academia Española en el buen camino del fonetismo para volver al abandonado de la ortografía etimológica, estas dos lenguas irían á la par) alemán, francés, ruso é inglés. Atendiendo á la sintaxis, el orden es: francés, italiano, español, inglés, alemán

y ruso, y sólo atendiendo á la morfología ocupa el primer puesto el inglés, viniendo después el italiano, el francés, el español, el alemán y el ruso. Como la morfología es precisamente lo que más contribuye á facilitar el aprendizaje de una lengua, en relación con la menor complicación de formas que sus palabras ofrecen, de ahí que el inglés pueda ocupar el primer puesto de la escala de la facilidad.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La reforma de la legislación, por D. Roberto Espinoza.—Concepción (Chile), 1899. Un folleto de 80 págs.

Según dice el autor, este trabajo no es sino un bosquejo de otro más amplio á que se viene consagrando y que concluirá cuando el estado de su salud, delicada hoy, se lo permita.

En dicho bosquejo va tocando los múltiples puntos que una reforma legislativa completa ha de abarcar, y lo hace demostrando que antes de poner pluma en papel ha adquirido la preparación conveniente. Se inspira el Sr. Espinoza bastante en las enseñanzas de las distintas disciplinas modernas, singularmente en las de la Sociología y en las de la nueva Filosofía jurídica.

P. Dorado.

La condizione giuridica del marito nella famiglia matriarcale. Contributo alla giurisprudenza etnologica, pel Dott. Giuseppe Mazzarella.—Catania, 1899.—Un volumen de 145 páginas, sin indicación de precio.

Saben bien los estudiosos de cuestiones étnicas y sociales cuán grande controversia se ha producido de algunos años á esta parte acerca de la organización de la familia humana en las fases primitivas de la evolución. El Dr. Mazzarella viene ahora á tomar parte también en esa contienda, aunque lo hace concretándose al puro campo de la llamada «Jurisprudencia

etnológica» y dejando á un lado otros aspectos sociológicos del problema.

Según sea la organización de la familia, así será mejor ó peor la condición jurídica de los diferentes miembros que la formen. Esta idea ha llevado á nuestro autor á investigar cuál fuese la situación del marido—jefe de la familia actual y siempre un elemento importantísimo de la sociedad doméstica—en los grados primeros de la evolución, pues conocida la posición del marido en la familia, es fácil inferir cuál fuese la constitución de ésta.

El Sr. Mazzarella, apoyándose en los datos que han reunido en sus obras diferentes cultivadores modernos de la Etnología y de la Jurisprudencia etnológica (Post, Wilken, Dargun, Kohler, Waitz, etc.), encuentra que el matrimonio ambiliano (es decir, aquel en que el marido, por el hecho del matrimonio, entra á formar parte de la familia de la mujer) existe, ora en su forma pura, bien más ó menos atenuado y mezclado con otros elemeńtos antitéticos á él, en multitud de pueblos actuales que atraviesan por las fases primitivas de la evolución, ó están muy próximos todavía á ellas. Y como los pueblos de referencia pertenecen á todos los grupos étnicos, y no exclusivamente á alguno ó algunos de ellos, cree el autor poder inducir que «el matrimonio ambiliano no puede constituir un hecho dependiente de causas particulares [locales, geográficas etc.], sino que debe ser considerado como el producto de una etapa general de la evolución matrimonial, etapa que han debido atravesar todas las razas humanas.» Esa etapa es el matriarcado. «El matrimonio ambiliano fue, por tanto, el único sistema matrimonial que se practicaba normalmente en la fase puramente matriarcal de la evolución social».

P. Dorado.

Elementi di Sociologia generale, del Dr. Emilio Morselli.—Un volumen (perteneciente á la serie de los Manuali Hoepli) de 170 páginas.—Milano, 1899.—Ulrico Hoepli, editore; 1,50 liras.

Escribir hoy un *Manual* de Sociología general, una especie de catecismo ó epítome en el que se condensen, para ponerlos al alcance de todo el mundo y singularmente de los principiantes, los resultados más incontrovertibles de la moderna investigación sociológica, es empresa bastante difícil, no cabe duda. Valdría ello tanto como poder sentar ya á estas horas las bases fundamentales y axiomáticas sobre que ha de asentarse tan nueva y complicada disciplina y recoger como el producto, como el sedimento de la agitada labor (que bien puede llamarse química, analítica) de los estudios de cuestiones y problemas sociales en los últimos tiempos.

Mas aún no estamos en este caso, ni á bastante distancia, por lo visto. Justamente por su doble carácter de novedad y complejidad, está la Sociología impedida de hacer aún lo que otras ciencias menos recientes y complicadas vienen haciendo: prontuarios, resúmenes, libros de texto. Todo está en ella en el estado de duda, todo en discusión, en ebullición, *in fieri*, sin haber cristalizado nada. Ni siquiera se sabe de un modo seguro si la tal Sociología ha de constituir un cuerpo de doctrina aparte de otras ciencias que vienen existiendo tiempo ha, ó ha de confundirse con alguna de ellas. No se sabe cuál haya de ser su contenido, ni en lo tanto si le corresponde ó no lo que los lógicos escolásticos llamaban objeto material y formal propios, ó sea lo que modernamente se denomina sustantividad científica.

En tal estado las cosas, lo que puede hacerse es: *a*) bien manifestar el escritor la solución que á juicio suyo cabría dar á los diferentes problemas que hoy suelen afrontar los sociólogos, y entonces no tenemos sino una opinión más ó menos fundada y aceptable, no axiomas, resultados seguros, verdades demostradas; *b*) bien resumir ó exponer los puntos de vista de

los sociólogos actuales más autorizados sobre cada cuestión en particular; *c*) bien mezclar ambos sistemas.

El Sr. Morselli ha usado el segundo en el libro á que se refiere esta nota. Recoge, por lo tanto, opiniones ajenas. Pero solamente en lo relativo á algunos asuntos de los que al presente discuten los cultivadores de la Sociología, á algunos de los más generales (como el del método sociológico, el de la vida social y sus bases, el del concepto del fenómeno social, el de la sociedad y sus orígenes, el del origen de la familia y del Estado, el de las leyes sociológicas, el de la previsión sociológica, el de la sociología criminal, etc.). También hace indicaciones sobre el origen de la Sociología y sobre el estado de ella en los principales países europeos. Además, contiene el libro dos apéndices, uno respecto de la teoría de la evolución de Spencer, y otro respecto de la posibilidad de una ciencia de la sociedad.

P. Dorado.

Principii elementari per la teoría dell'interesse, del profesor Emilio Cossa.—Ulrico Hoepli, editore; Milano, 1900.—Un vol. de XIII-143 páginas, 3 liras.

De las diferentes partes en que ha venido dividiéndose la Economía política por los tratadistas de esta ciencia, la que más preocupó á los llamados economistas ortodoxos (y en buena parte sucede aún lo mismo con sus representantes de hoy, los economistas liberales) fue la primera de todas, la de la *producción* de la riqueza. Y como buenos economistas, no dejaban de tener razón en ello: al cabo, desde el riguroso punto de vista económico (ó cuando menos, desde el que presenta al primer aspecto semejante carácter—pues ahondando un poco, quizá no sea tan verdad aquello que aparece serlo), lo que importa es obtener la mayor suma posible de riqueza con el menor esfuerzo y costo posible (es decir, con la mayor *economía).*

Después han acontecido las cosas de otro modo. Sin desconocer la importancia social que tienen los perfeccionamientos técnicos, y todo cuanto signifique aumento de la masa total de medios y recursos económicos, se ha ido poco á poco considerando que para el bienestar colectivo (fin supremo á que ha de aspirar la Economía política), interesa más todavía que el de la producción, el problema de la *distribución* de la riqueza: no tanto se busca que haya mucha riqueza en conjunto, aun cuando exista infinidad de individuos, la gran mayoría, que carezcan de lo más necesario, como que se halle bien repartida, que todo el mundo pueda disfrutar de un bienestar relativo y vivir como personas, no como brutos ó como esclavos. Lo cual equivale á decir que las cuestiones que preocupan actualmente á los economistas son cuestiones *de justicia*, más que cuestiones puramente económicas. Los asuntos que están á la orden del día, y en cuya discusión «se baten el cobre» los estudiosos de la disciplina económica, son los relativos á la repartición equitativa del producto; los relativos á si el capitalista ha de recibir alguna parte de éste, y cuál, ó si ha de entregarse el producto íntegro al trabajador, y en uno y otro caso, qué procedimiento conviene adoptar para el logro de lo que se persigue.

El profesor Emilio Cossa toma parte en esa contienda con el opúsculo á que esta nota hace referencia, y la toma «rompiendo una lanza», como suele decirse, en favor del capital, defendiendo la legitimidad del rédito ó interés que á éste corresponde como uno de los elementos de la producción. Al efecto, comienza por dedicar varios capítulos á la determinación del concepto del capital (del capital como riqueza, del capital fisiológico, del capital económico en sus varias formas, del capital privado, del capital nacional, etc.) y á su formación económica, para venir después á discutir las razones que, á su juicio, abonan la justicia de la retribución que el capital recibe por su intervención en la producción (ya empleándolo en ella directamente su dueño, ya entregándoselo á otro para

que éste lo utilice), á rebatir los argumentos que contra esa retribución aducen los adversarios de la misma y á rectificar los errores en que muchos de sus amigos suelen incurrir, según el autor.

P. Dorado.

The criminal insane in the United States and in foreing countries. Report by S. J. Barrows.—Washington, 1898.—Un folleto de 81 págs.

The indeterminate sentence and the parole law. Reports prepared for the internacional prison commission, by S. J. Barrows. — Washington, 1899.—Un folleto de 63 págs.

Penological questions. Reports prepared for the international prison commission, by S. J. Barrows.—Washington, 1899. — Un folleto de 64 páginas.

Todos estos folletos se han publicado por orden del Departamento de Estado de los Estados Unidos, y pertenecen al número de publicaciones oficiales de propaganda, tan frecuentes en aquel país. Los dos últimos se han hecho para ser presentados á la Comisión penitenciaria internacional, á fin de que ésta dé cuenta de su contenido al próximo Congreso penitenciario de Bruselas, y todos ellos han sido dispuestos por mister S. J. Barrows, representante de los Estados Unidos en dicha Comisión penitenciaria internacional.

El folleto primero contiene un resumen de la información abierta en 1897 por la *Société générale des Prisons de París*, acerca de los locos criminales, legislación relativa á los mismos y conducta que con ellos se sigue en los diferentes países (información cuyos resultados dió á conocer á su debido tiempo la *Revue pénitentiaire*, órgano de la referida *Société)*, y además, ó mejor, en primer término (puesto que va antes que el otro), el resumen de otra información llevada á cabo, con ocasión de la primeramente mencionada, en los Estados Unidos, información que abarca á todos los Estados que forman la gran República de Norte América.

El segundo folleto contiene varios estudios tocante á la sentencia indeterminada (historia de la misma, formas de su aplicación, efectos que ésta produce, etc.) en los Estados Unidos, país de origen de la institución y único todavía donde se practica. Se ha compuesto este folleto con el fin de satisfacer los deseos manifestados por la Comisión penitenciaria internacional de que á los congresistas del de Bruselas se les hablara de tal institución «americana», principalmente por americanos, que son los que mejor pueden conocerla.

Y en el folleto tercero se hallan reunidas algunas ponencias de individuos de competencia reconocida en materias penitenciarias al otro lado del Atlántico, ponencias tocantes á diversos puntos del programa del mentado Congreso de Bruselas (v. gr., á la indemnización á las víctimas de los delitos, al delito de *chantage,* al servicio médico y sanitario de las prisiones, al sistema del aislamiento, al tratamiento de los niños abandonados, desamparados y delincuentes, á los reformatorios para jóvenes delincuentes, etc.)

El mayor interés que estas publicaciones ofrecen es el de encontrarse en ellas muchísimas noticias acerca de lo que en materias penitenciarias se practica en los Estados Unidos, y sólo allí, noticias cuyo conocimiento puede sugerir aquí, en Europa, la introducción de ciertas reformas en nuestra, por lo general, todavía desdichada manera de tratar á los delincuentes. No sería esta la primera ni la única vez que nos viene de allí el ejemplo en semejantes cosas.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Almanaque-album de «La Ilustración» para 1900, dirigido y compuesto por D. Antonio Garrido. En 4.° mayor, IV-100 páginas, con láminas en negro y en colores: 2 pesetas.

Arnal Ramos (G.)—Detalles del mando de compañía. En 8.°, 107 págs.: 1 peseta.

Ballesteros y Márquez (F.)—Educación didáctica, pedagógica y práctica. En 4.°, VIII-470 páginas: 6,50 pesetas.

Bargiela (C.)—Luciérnagas (cuentos y sensaciones). En 12.°, 78-XXV págs.: 1,50 pesetas.

Bark (E.)—Política social; soluciones positivas de la Sociología Contemporánea. En 8.°, 176 páginas: 3 pesetas.

Belio (J.)—Oráculos de Napoleón, ó el libro del destino. En 8.°, 64 páginas: 1 peseta.

Bellido Carbayo (J. M.)—Tratado de química inorgánica. En 4.° mayor, 429 págs.: 9 pesetas.

Blanco Román (F.)—La peste bubónica, sus causas, síntomas, profilaxis y tratamiento. En 8.°, 126 páginas: 2,50 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—Cuentos grises. En 12.°, 237 págs.: 50 céntimos.
Biblioteca selecta, tomo 91.

Bray (P. E. de) y Sempau (R.)—El capitán Dreyfus. En 8.°, 2 tomos: 2 pesetas.

Brunel (J.)—La fotografía en colores. En 8.°, 160 páginas con grabados: 1,50 pesetas.

Burgos y Tamarit (J. de).—Zarandajas. En 12.°, XVI-201 páginas: 2 pesetas.

Calderón (A.)—De mis campañas. En 8.°, 322 págs.: 3 pesetas.

Cánovas y Vallejo (J.)—Lances de amor y fortuna (cuentos). En 8,°, 241 págs.: 2,50 pesetas.

Casanueva (V.)—Versos. En 8,°, 120 págs.: 2 pesetas.

Cervera y Topete (P.)—Guerra hispanoamericana. Colección de documentos referentes á la escuadra de operaciones de las Antillas. En 4.°, 218 págs.: 1 peseta.

Concas y Palau (V. M.)—La escuadra del Almirante Cervera. En

4.°, 233 páginas y 2 mapas. 5 pesetas.

Crespo León (V.)—Manual práctico de abonos y enmiendas para la vid. En 8.°, 133 págs.: 1,50 pesetas.

Cuéllar (J. de).—Neurosis. En 8.°, 159 págs.: 60 céntimos.

Díaz (F.)—Panegírico de Santo Tomás de Aquino, En 4.°, 86 páginas.

Díaz de la Quintana y Sanchez Bremón (A.)—El contagio de la peste (observaciones propias). En 4.°, 104 págs.: 3 pesetas.

Díaz y Rodríguez (M.)—Defensa de las islas Canarias. En 4.°, 80 páginas y un mapa. 1 peseta.

Díez de Ulzurrun y Orue (C.)—Los delitos y las penas, ó exposición práctica de las reglas de aplicación de éstas á cada uno de aquéllos. En 4.°, XIII-609 pág.: 6 pesetas.

Fernández y Sánchez (I.)—El divino maestro; cuadros de la vida de Jesús. En 4.°, 134 págs.: 2,50 pesetas.

Frías (H.)—Tomochic. En 8.°, 256 páginas: 1 peseta.

García de Quevedo y Concellón (E.)—Excursiones por la provincia de Burgos. En 4.°, 28 págs., 5 fototipias: 2 pesetas.

García Goyena (J.) — El chaval (cuento andaluz). En 8.°, 94 páginas: 1 peseta.

Gómez (P.)—Historia Sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento. En 4.°, 317 págs.: 4 pesetas.

Gómez de Requejo (L.)—Adeodato ó la salvación por el sacrificio. En 4.°, 222 págs.: 1 peseta.

González Serrano (U.) — Siluetas. En 16.°, 94 págs.: 75 céntimos.

Guadalajara (R.)—Amalia; páginas del primer amor. En 8.°, 251 páginas con grabados: 1 peseta.

Gutiérrez Jiménez (M.)—Legislación de primera enseñanza. En 12.° *Tres tomos.* Cada tomo, 2 pesetas.

Jardinero (El) moderno, guía práctica y completa para criar toda clase de plantas, arbustos y flores. En 8.°, 332 págs. con 142 grabados. Tela: 3 pesetas.

López y Gómez (L.)—Biografía melitar del cabo López (Cómo y por qué le hicieron cabo); relato escrito por el propio interesao. En 12.°, 28 págs.: 50 céntimos.

Llorens Torres (L.)—Al pie de la Alhambra; versos. En 8.°, 143 páginas: 2,50 pesetas.

Martínez Carrillo (J.)—Cosas que pasan; cuentos y artículos. En 8.°, IV-140 págs.: 50 céntimos.

Martínez Castrillo (J.)—Memorándum de patología y clínica dental. En 4.°, IV-224 págs.: 10 pesetas.

Martínez Vigil (R.)—El Escándalo. Pastoral. En 4.°, 62 páginas.

Máximo.—El matrimonio cristiano. En 8.°, 220 págs.: 1,50 pesetas.

Menéndez Pidal (R.)—Antología de prosistas castellanos. *Edición oficial.* En 8.°, XIV-271 págs.: 1,50 pesetas.

Mesa y Alvarez (P. de).—La riqueza minera y metalúrgica de España. En 4.°, 64 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Morales de Peralta (J.)—Apuntes de un cazador. En 8.°, 95 páginas: 1 peseta.

Muñiz de Quevedo (J.)—Apuntes de un furriel (Ajiaco). En 8.°, 301 páginas: 2 pesetas.

Muñoz Cuéllar (M.)—Memorándum de la familia. Libro primero de

Código civil. En 8.°, 168 páginas: 1,50 pesetas.

Ocantos (C. M.)—Pequeñas miserias (Novela argentina). En 8.°, 403 págs.: 3,50 pesetas.

Pérez-Villamil (M.) — Estudios de historia y arte. La catedral de Sigüenza erigida en el siglo XII. Con noticias nuevas para la historia del arte en España, sacadas de documentos de su archivo. Obra ilustrada con 40 grabados y fototipias. En 4.°, XIX-482 páginas: 8 pesetas.

Pinamonti (P. J.)—El director de las almas; método para dirigirlas por el camino de la perfección cristiana. En 8.°, 471 págs.: 2 pesetas.

Rampón (C.)—Los enemigos de la agricultura; insectos perjudiciales. En 4.°, 396 págs.: 6 pesetas.

Redondo (L.)—Guerrita, su tiempo y su retirada. En 8.°, 312 páginas: 3 pesetas.

Ribot (Th.)—La evolución de las ideas generales. En 8.°, VII-272 páginas: 3 pesetas.

Ruiz Gardi (F.)—De mi vademecum; algunos pensamientos en verso. En 8.°, 256 págs.: 4 pesetas.

Serred Mestre (J.)—Romances baturros. En 8.°, 142 págs.: 1 peseta.

Soriano (C.)—Ejercicios espirituales. En 8.°, 571 págs.: 3,50 pesetas.

Tiempo (El); historia íntima de este periódico, por un ex-redactor. En 8.°, 301 págs.: 2 pesetas.

Urbano (R.)—Tristitia seculæ; soliloquio de un alma. En 8.°, 31 páginas: 50 céntimos.

Valle Inclán (R. del). — Cenizas; drama en tres actos. En 8.°, 96 páginas: 2 pesetas.

INDICE

	Págs.
Sendas peligrosas (novela), por J. L. Heiberg	5
Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas (conclusión), por Vicente Lampérez y Romea	34
La Literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán	48
Poetas americanos: El Diálogo de las tumbas, por José S. Chocano.	77
Retos y desafíos, por Juan Pérez de Guzmán	85
El Marquesado de Bogaraya (cuestión legal), por José de Liñán y Eguizábal, Conde de Doña-Marina	105
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	124
Revista Hispanoamericana, por Iob	135
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	154
Notas bibliográficas, por P. Dorado	189
Obras nuevas	196

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas.
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
178	**Anónimo.** — ¿Académicas?.....	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
180	**Araujo.**—Goya.....	3
183	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
111	**Balzac.** — César Birotteau.....	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
31	— La Hechizada.....	3
20	— Las Diabólicas.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
124	— Una Historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.** — Eugenio Mouton (Merinos)	1
169	**Bourget.**—Hipólito Taine.....	0,50
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
187	**Buylla.**—Economía....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América (dos tomos)..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores....	3
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica.--Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
127	— Littré y el Positivismo	3
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	—La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
38	— El sitio de París	3
13-14	Jack (dos tomos)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes.	3
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**— Nuevos estudios de Antropología	3
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (dos tomos)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas (dos tomos)	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (dos tomos).	15
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito	4
200	— La criminología	10
202	— La superstición socialista	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas	3
167	— Enrique Heine	1
132	— Madama de Girardín y Balzac	3
121	— Nerval y Baudelaire	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres	3
261	**Giddings.**—Principios de Sociología	10
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres	5
164	— Lord Macaulay	1
287	**Goethe.**—Memorias	5
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux	3
205	— Historia de la Pompadour	6
204	— Historia de María Antonieta	7
44	— La Elisa	3
61	— La Faustín	3
129	— La señora Gervaisais	3
6	— Querida	3
11	— Renata Mauperín	3
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (dos tomos)	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros	7
208	**Grave.** — La sociedad futura	8
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico	10
211	— Lucha de razas	8
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia	8
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria	2

N.º del Catál.º		Pesetas.
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
41	**Heine.**—Memorias.....	3
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
217	**Kells Ingram.** — Historia de la Economía política.....	7
218	**Kidd.** — La evolución sosocial.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
288	**Lemonnier.**— La Carnicería (Sedán).....	3
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7
135	— Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
99	— La Vida dichosa.....	3
28-29	**Macaulay.** — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas, (dos tomos)....	14
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal.....	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.**—María Estuardo.....	6
118	**Merimée.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas.....	3
229	**Meyer.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**— Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
170	**Molins.** — Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega.....	10
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
157	**Pardó Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala.....	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (dos tomos).....	6
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
285	**Rod.**—El silencio.....	3
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
49	— Tres mujeres.....	3
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
240	**Savigny.**— De la vocación de nuestro siglo para la legislacion...	3
242	**Schopenhaüer.** — El mundo como voluntad y como representación.	12
78	— Estudios escogidos...	3
241	— Fundamento de la moral.....	5
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas.
245	— Teoría positiva de la complicidad	5
256	**Spencer.**—De las leyes en general	8
253	— El organismo social	7
254	— El progreso	7
257	— Etica de las prisiones	10
255	— Exceso de legislación	7
248	— La beneficencia	6
246	— La justicia	7
247	— La moral	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas	9
249	— Las instituciones eclesiásticas	6
251-252	— Las instituciones políticas (dos tomos)	12
258-259	— Los datos de la Sociología (dos tomos)	12
250	— Las instituciones sociales	7
292	**Stead.** -El Gobierno de Nueva York	3
136	**Stendhal.**—El Amor	3
138	— Curiosidades amatorias	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho	12
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva	7
265	— Historia del Derecho	8
264	— La guerra según el Derecho internacional	4
266	— Las instituciones primitivas	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil	12
96	**Taine.**—El Arte en Grecia	3
101	— El ideal en el Arte	3
66	— Filosofía del Arte	3
106	— Florencia	3
268	— Historia de la literatura inglesa contemporánea	7
269	— Historia de la literatura inglesa.—Los orígenes	7
270	— La Inglaterra	7
74	— La pintura en los Países Bajos	3
108	— Milán	3
103	— Nápoles	3
104-105	— Roma (dos tomos)	6
107	— Venecia	3
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político	3
109	— Estudios penales y sociales	3
273	— La criminalidad comparada	3
271	— Las transformaciones del Derecho	6
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea	3
5	**Tolstoy.** — Guerra y paz	3
7	— El ahorcado	3
71	— El camino de la vida	3
63	— El canto del cisne	3
77	— El dinero y el trabajo	3
10	— El Príncipe Nekhli	3
34	— El sitio de Sebastopol	3
81	— El trabajo	3
15	— En el Cáucaso	3
115	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil	3
117	— La escuela	3
20	— La muerte	3
1	— La sonata á Kreutzer	3
95	— Lo que debe hacerse	3
48	— Los Cosacos	3
90	— Los hambrientos	3
3	— Marido y mujer	3
85	— Mi confesión	3
113	— Mi infancia	3
126	— Mi juventud	3
75	— Placeres vicio	3
94	— ¿Qué hacer?	3
294	**Trevelyan.**— La Educación de Lord Macaulay	7
89	**Turgueneff.**— Aguas primaverales	3
97	— Demetrio Rudín	3
25	— El judío	3
123	— El reloj	3
47	— El Rey Lear de la Estepa	3
8	— Humo	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
139	— La Guillotina.	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.	3
80	— Primer amor..... .	3
304	— Tierras vírgenes.....	5
60	— Un desesperado.	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos. .	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (dos tomos)...	15
277	— Novelas y caprichos. .	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos. ...	3
278	**Vivante.** - Derecho mercantil.....	10
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.....	3
279-280	**Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).	15
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.	3
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.....	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (dos tomos)	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— Lanovela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (dos tomos)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	— Nuevos estudios literarios.....	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1

OBRAS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Tolstoy: Resurrección.—**Nietzsche:** Así hablaba Zaratustra.—**Fitzmaurice Kelly:** Historia de la Literatura Española, con prólogo de Menéndez y Pelayo.—**Carlyle:** Historia de la Revolución francesa.—**Garnet:** Historia de la Literatura italiana.—**Westermarck:** Historia del matrimonio.—**Nansen:** Hacia el Polo.—**Gosse:** Historia de la Literatura inglesa.—**Aston:** Historia de la literatura japonesa.—**Emerson:** Hombres simbólicos.—La Ley de la vida.—Estudios.—Sociedad y Soledad.—El carácter inglés.—Ensayo sobre la naturaleza.—Discursos y lecturas.—**Menger:** El Derecho al producto íntegro del trabajo.—**Kropotkin:** Campos, talleres y fábricas.—**Taine:** Notas sobre París.—Historia de la literatura inglesa.—Los filósofos clásicos del siglo XIX.—Los orígenes de la Francia contemporánea. — **Sohm:** Derecho privado romano. — **Mommsen:** Derecho penal romano.—**Amiel:** Diario íntimo.—**Sabatier:** Vida de San Francisco de Asís.—**Arnó:** Distinción entre las servidumbres rústicas y urbanas.—**Formiggini:** La estimación en la celebración de los contratos.—**Boissiere:** Cicerón y sus amigos.—**Schopenhauer:** El mundo como voluntad y como representación (2.ª parte).—**Balfour:** Tratado de física.—**Lemcke:** Estética.—**Lombroso:** Medicina legal.—**Goncourt:** La Du Barry.—La Duquesa de Chateaurous y sus hermanas.

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

BIOGRAFÍAS

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Lange.— Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Meneval. — María Stuardo, 6 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. —La Reforma integral de la legislación civil, (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero. — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas. —El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemauia, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.

Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo. — La criminalogía, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González. — Derecho usual, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross. — Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz. — Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y

Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

ECONOMIA

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.

Schopenhañer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprende: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

— El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas. Ètica de las prisiones, 10 pesetas.

HISTORIA

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.

Muarry.—Historia de la Literatura clásica y griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELANEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis, Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Varios autores.—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

SOCIOLOGÍA

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garófalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 pesetas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kidal.—La Evolución social, 7 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología*. Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

Idem.—*Principios de moral*. Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Varios autores.—Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turguenef. — Tierras vírgenes, 5 pesetas.

España moderna

AÑO 12. NUM. 135.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MARZO, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

SENDAS PELIGROSAS

(NOVELA)

(CONCLUSIÓN).

A la mañana siguiente todo era movimiento en Hauslunde y sus cercanías.

Los campesinos se congregaron en Landsvy, y á las diez fueron en procesión á la pradera del castillo. Lindal, su familia y sus amigos asomáronse á las ventanas para ver aquella muchedumbre, imponente en verdad. Iban primero los músicos y después los mozos campesinos á caballo, con ramos de flores en el pecho, y cintas y ramas de árboles en el sombrero. Marchaban luego muchos niños con ramos en las manos. Cerraba la comitiva una cohorte de jóvenes de las cercanías, todos á caballo, con cascos y corazas de cartón dorado, plumas, bandas y escudos con diversas divisas.

Por último, tras esa legión brillante iban aún muchos hombres y mujeres con niños pequeños; eran tan numerosos, que no pudieron entrar todos en el patio del castillo. Los demás formaron círculo delante de la casa, y tres veces diferentes resonó el aire con sus vivas. El jefe de la cabalgata, guapo y vivaracho labriego, avanzó escoltado por dos bailios de las parroquias, descubrióse la cabeza, y con voz sonora pronunció la arenga siguiente:

—Nosotros, labradores y obreros de los dominios de Hauslunde y de Klostergaard, nos reunimos aquí por invitación de nuestro amo, para celebrar alegres la festividad de Pentecostés. Damos gracias á nuestro buen señor y á nuestra señora. Desde el año último más de uno entre nosotros ha experimentado la generosidad de nuestro señor y la de su noble esposa, que visita á los enfermos y consuela á los afligidos. No hay un amo semejante en el reino entero. ¡Viva nuestro buen señor, el Comandante Lindal, y viva su noble mujer! ¡Dios les dé largos años de alegría, y que su hijo sea digno de ellos!

Después de tales palabras resonaron á lo lejos nuevos gritos, mientras los aldeanos tiraban al aire los sombreros y las ramas de árboles. Lindal y su mujer, conmovidos por tal testimonio de cariño, bajaron la escalera seguidos de un criado que conducía en una bandeja vino y cerveza.

Sofía ofreció por sí misma un vaso al orador; después fueron invitados los otros á tomar parte en el refresco.

Toda aquella multitud se retiró enseguida en el mismo orden al son de la música, y los jinetes dirigiéronse al lugar que á cada uno le estaba señalado.

Habíase hecho un gran circo con pequeños postes, donde se entrelazaban cintas. Allí tenían que correr la sortija los jinetes, llevarse á punta de lanza unas águilas de cartón puestas encima de perchas, combatir con floretes y tirar al blanco con escopetas y pistolas; en el borde de ese circo había gradas para los espectadores. Alzábase una tribuna sombreada por ramaje de árboles y guirnaldas de flores. Era el sitio reservado para las señoras, para los jueces del torneo, para Antonio y otro niño de su edad, vestidos de pajes y encargados de entregar los diferentes premios á Anita, constituída por Sofía reina de la fiesta, y que en tal concepto debía de coronar á los vencedores. El Comandante hubiera querido entrar en la liza, pero le pareció que sus deberes de dueño de la casa no le permitían luchar contra sus convidados, y se resignó á desempeñar con Adalberto la tarea de juez del combate.

Bien pronto aparecieron en el circo los jinetes con sus escudos y emblemas. A la cabeza de ellos iban Fernando y Sardes, aquél con una rosa y un letrero en derredor de ella, que decía «*Hiere y encanta*»; éste con unas cintas azules y una estrella de oro, al pie de la cual veíase esta leyenda: «*Inexpresable é intangible*». Venía luego el joven oficial que trató de conocer el color favorito de Sofía; llevaba cintas blancas, una violeta en el escudo, y esta divisa tomada de Luis XIV: «*Cuanto más se esconde, más hermosa.*» Lo mismo que la señorita de Lavallière, Sofía descubrió con su rubor la inclinación secreta de su corazón, cuando su hermoso caballero Sardes la saludó al pasar por delante de ella. También el señor de Ruth se había puesto armadura, y fiel á su carácter de negociante, hizo pintar en su escudo un barco con este letrero: «*¡Viva el comercio, la navegación y el amor!*»

Fernando y el caballero blanco se distinguieron en las primeras justas; también algunos campesinos ganaron premios. En cuanto uno de los competidores lograba una victoria, iba al son de la música á arrodillarse delante de Anita, besábala la mano, y recibía su recompensa. Sardes no había tomado parte en esos ejercicios; pero así que llegaron al asalto de florete lanzóse al palenque, desarmó á varios de los que entraban en lucha con él, y, por último, atacó al caballero blanco, emprendiendo una lucha tan seria y ardiente, cual si fuera un verdadero duelo. Ambos eran en extremo ágiles y duchos, durando largo tiempo el combate. Lindal hacía votos por el caballero blanco, al paso que Sofía miraba con zozobra todas las evoluciones de los dos adversarios, temblando quedase vencido Sardes.

Viéronse al cabo cumplidos sus deseos: Sardes hizo volar el florete de manos de su competidor, y fué á recibir de las de Anita el lazo de cinta que había jurado conquistar. Prendióselo con altivez en el hombro, y cruzó con Sofía una expresiva mirada, que advertida por Lindal le afectó profundamente. Sardes cogió una pistola, y maravilló á los espectadores con su habilidad.

Después del torneo, sentáronse los campesinos á unas largas mesas con blancos manteles, servidas en abundancia, y tras de lo cual dieron los músicos señales de dar comienzo al baile. Anita lo abrió con el jefe de la banda de campesinos. En vez de mezclarse en esas ruidosas danzas, algunas personas preferían pasear por las calles del jardín y por los senderos del bosque, sobre los cuales proyectaban rayos luminosos las fogatas de las cercanías, las arañas y los candelabros encendidos en el pabellón.

Sardes, sin poder alejarse de Sofía, paseaba también con ella de un lado para otro, y al llegar junto al obelisco de mármol, notó que ese monumento estaba adornado con una corona reciente.

—¡Ah!—dijo Sardes.—Usted es quien ha colgado esas flores; usted no se olvida de los muertos ni de los ausentes. Este pensamiento será muy pronto mi consuelo.

Sofía le miró con profunda expresión melancólica.

—¡Ay de mí!—prosiguió Sardes.— Sin embargo, soy feliz y estoy orgulloso.

—¿Por qué?—dijo la joven bajando los ojos.

—Por el recuerdo de la hora en que lloraba usted, pensando en mí.

Así, encontraba á cada instante ocasiones de dirigirle algunas palabras conmovedoras, é iba turbándole el corazón cada vez más.

Después de media noche, todos cuantos habían tomado parte en la fiesta estaban de regreso en sus respectivos domicilios.

Al entrar Sofía en su cuarto, que daba al jardín, oyó los sonidos de una guitarra. Era Sardes, cantando una de sus romanzas españolas. Adelantóse ella al balcón, complaciéndose en escuchar de nuevo las melodías que había ya más de una vez oído, cuando Lindal se acercó á ella y la cogió de pronto un brazo exclamando:

—¿No hemos tenido bastante música hoy? ¡Cargue el de-

monio con todos esos instrumentos extraños, y con todas las gentes que no pueden dejar á los demás que descansen!

Sofía se retiró en silencio; pero aún resonaban en su oído los sones de la guitarra y se unían con sus ensueños. En cuanto á Lindal, en vano trató de dormirse. Las fatales impresiones que sufrió durante el día y se había esforzado en reprimir, fatigaban de nuevo su espíritu. Descontento de sí mismo y de los demás, atormentado por los celos, pasó la noche formando toda clase de proyectos, de los cuales ni uno solo le devolvía la tranquilidad.

A la mañana siguiente, las campanas de la iglesia anunciaban la festividad religiosa. El Comandante y su familia no podían dejar de asistir á la función, y á pesar de las fatigas de la víspera los campesinos acudieron en montón.

En aquel templo no se veía ningún banco más elevado que los otros; el banco señorial que existe en la mayor parte de las iglesias adscritas á dominios nobiliarios, Lindal lo había hecho quitar, diciendo que en la casa de Dios no puede haber distinciones de clases. Tomó asiento enmedio de los fieles, quienes, según costumbre del país, se dividían en dos grupos: los hombres á un lado y las mujeres al otro. Cuando oyó resonar las graves notas del órgano, parecíale que una voz consoladora iba calmando poco á poco la tempestad de su corazón. Frente á él estaba sentada Sofía, con vestido blanco y los cabellos partidos hacia las sienes, un poco pálida, pensativa, seria. Contemplábala Lindal, y decía para sus adentros: «¡Cuán graciosa y modesta es; qué pura y religiosa fisonomía! No; es imposible que bajo semejantes facciones se esconda un carácter pérfido; no, esta mujer no puede manchar la honra de un hombre. Está llena de delicadeza y de dignidad; pero, ¿me basta con eso? No; ella le ama y esto es lo horrible, pues ahora reconozco que la amo con una pasión que ya no creía sentir más; amo á esta mujer, cuyos testimonios de ternura recibía yo con frialdad hace pocos meses. Entonces ¡ah! era dichoso, demasiado dichoso, y mi felicidad me había llenado

de presunción. Yo sólo soy el culpable. ¡Qué conversación tuve con ella una noche! Lloraba y no supe consolarla con una frase de cariño; ahora me parece que esas lágrimas corren como fuego en mi conciencia. ¿Qué le decía yo? ¡Que nadie puede responder de su corazón! Y, sin embargo, eso es verdad. ¿Puedo acusarla porque buscó consuelo en otro cuando yo la rechazaba? ¡Y este otro la adora! Pues yo le pediré cuentas de ello á ese traidor que ha destruído la felicidad en mi hogar. Allí está, cerca de mí; no puedo verle sin horror..... Pero, ¿cómo, qué ha hecho? ¿No me conduje yo así también en mi juventud? ¿Es, pues, tan culpable por amarla? No hay entre ellos sino una especie de ensueño ó una recíproca inteligencia muda, que sólo mis celos adivinan, y que una imprudencia mía es capaz de hacer que estalle. ¡Cuántas veces me he burlado de los maridos celosos! ¿Iré yo mismo á aumentar su número? No; la pérdida del cariño de aquella á quien se ama, es un dolor mortal; los celos son el más horrible de los tormentos; pero yo soy la causa de mi desventura, y ahora sólo me queda soportarla con firmeza varonil. Eso haré: conquistaré la estimación de Sofía, venceré á mi rival con mi generosidad. Conozco á Sofía, puedo fiarme de su natural noble; dentro de pocas semanas se marchará Sardes para no volver más. Cuando esté lejos, trataré de recuperar el amor de mi mujer. Hasta entonces me conduciré con ella como un amigo. Pero, ¿tendré fuerzas para guardar esa actitud? ¿Podré reprimir los tempestuosos impulsos de mi corazón? ¡Oh, Dios, acude en mi auxilio, sostenme en las sensatas ideas que sin duda me has inspirado, ayúdame á llevar á cabo mis resoluciones!»

En aquel momento terminaba la función religiosa. Juntó las manos Lindal, y levantóse con lágrimas en los ojos.

Los forasteros que se habían reunido en Hauslunde abandonaron poco á poco aquella mansión hospitalaria. Adalberto y su hijo adoptivo permanecieron aún allí otro par de semanas, dirigiéndose después á Fenitenberg; pero como en este último punto estaban á breve distancia de la casa del Coman-

dante Sardes, les hacía frecuentes visitas. Desde que descubrió los sentimientos de Sofía, su amor había adquirido un carácter nuevo; parecíale haber conquistado con eso sagrados derechos que nadie podía disputarle. Celoso de cuantos se la aproximaban, ávido al mismo tiempo de no inferir el menor agravio á la honra de la joven casada, era presa perpetuamente de las ideas más contradictorias, creándose á sí propio y á Sofía penosos cuidados.

Con suma habilidad inventaba todos los medios posibles de sentarse á la mesa, junto á Sofía, darla el brazo en paseo y llevarla en coche cuando los demás habitantes del castillo salían á pie ó á caballo. A cada momento le cogía la mano al descuído, ó murmuraba á sus oídos algunas palabras tiernas. Si Sofía intentaba reprimir esas libertades, en el mismo instante entristecíase ó se irritaba él. Estando á solas con ella, aún era más grave la cosa. Algunas veces la cogía con tal ímpetu entre sus brazos, que ella le rechazaba con miedo. Prorrumpía entonces Sardes en quejas, improperios ó sollozos, y Sofía estaba tan confusa que ni siquiera podía calmarle con sus palabras.

Tan penosas se le habían hecho tales escenas, que al ver venir á Sardes experimentaba una especie de terror. Pero como tardase algunos días en volver, suspiraba y desesperábase con la idea de su próxima partida. A veces, también Sardes aparecía humilde y tímido, como pidiéndole perdón; después hablaba de morir, y de esta suerte destrozaba aún más el alma de aquella por cuyo descanso hubiera vertido con gusto su sangre.

Ambos sufrían mucho con esta situación. Notábala también Lindal, sufriendo lo mismo, pero sin decir nada. Con frecuencia se iba de casa y permanecía días enteros en Klostergarden ó visitando á los diversos propietarios de los alrededores. Durante las pocas horas que pasaba en su domicilio, dominábase de un modo pasmoso; había en él una dignidad que le sentaba perfectamente. Sofía decía para sí: «No sé si

será efecto de mi imaginación, pero me parece que Lindel tiene un temple sin igual.»

¡Ay de mí! ¿Por qué no ha podido amarme? Su amor me hubiera preservado de una situación que tanto me hace sufrir. A menudo he tenido envidia de las mujeres que inspiraban una pasión ardiente. ¡No sabía yo con qué tormentos expían su gloria!

En honor de ambos amantes, preciso es decir que nadie advirtió nada vituperable en sus relaciones; sólo Anita, sospechando la verdad, no tuvo ya ningún miramiento en cuanto creyó haberlo descubierto; reñía á su hermana aun en presencia de Lindal, enfadábase luego contra su infeliz prometido, lloraba después y concluía por decirse enferma y meterse en la cama. Pero esta impresión no fue duradera; bien pronto volvía á creer que Sardes la amaba, y para obligarle á declararse ponía en juego todas las artimañas de la coquetería, y trataba de darle celos manifestándose muy afecta al Señor de Ruth.

Sardes no puso la menor atención en esas maniobras, pero el negociante alemán, que las tomó por lo serio, iba de continuo á Hauslunde y desesperaba á Fernando.

Entre tanto Sardes tenía que abandonar muy pronto á Dinamarca. Un día, después de hacer un viaje á Copenhague, se presentó á Sofía y le suplicó que le concediese una entrevista á solas. Nada más fácil: Lindal, Anita, hasta el niño Antonio no estaban en casa en aquel momento. Sofía condujo á Sardes á su cuarto, y le dijo:

—Si tiene usted algún secreto que confiarme, cuente con mi cariño como cuento yo con el suyo.

Tomó Sardes una silla, y poniéndola á alguna distancia, respondió:

—Quiero sentarme aquí, lo más lejos posible de usted, y hablar con tanto sosiego y aplomo como pueda; suplícola que me escuche de igual modo y no me interrumpa sin necesidad. Sabe usted que la amo, y es harto formal y justa para creerse

ofendida si un hombre le consagra su corazón y su alma. Sólo en usted pienso, y todo el mundo desaparece para mí ante este pensamiento. La vida lejos de usted me parece más cruel que la muerte. Por tanto, puede imaginarse lo que sufro, si considera que debo abandonarla muy pronto para no volver á verla sino dentro de algunos años, y acaso nunca. En esta fatal perspectiva, la suerte me ofrece un medio de salvación. Un amigo mío me propone un empleo en Dinamarca; el cargo no es brillante, pero me permitirá vivir en el mismo suelo que usted. En sus manos pongo mi destino.

—¿Su destino?—exclamó Sofía con una mezcla de gozo y perplejidad. Pero el Conde, que ha hecho para con usted las veces de padre.....

—Me he conducido con él como un hijo. Dos veces tuve la suerte de salvarle la vida. No puede exigir que renuncie al único lazo que me une con la existencia.

—Le echará de menos, no podrá vivir sin usted.

—Si así fuese, ¿por qué no viene también á residir en Dinamarca? Ha manifestado ya el propósito de dejar los negocios y retirarse junto á Burdeos en una de sus posesiones.

—Pero, á su edad—replicó Sofía—¡abandonar su país, sus bienes!.....

—Si le importan más sus bienes que yo, el cariño que me tiene no es comparable con mi amor á usted. Pero se duele usted del Conde y no se inquieta por mí; quiere usted desterrarme de su presencia, aunque yo no pueda vivir lejos de usted.

—¡Ay de mí, Sardes!—respondió Sofía,—bien sabe usted que no le vería partir sin profundo dolor, y que le echaría de menos mientras viviese.

—¿Es verdad?—exclamó Sardes.—¿Es posible tal felidad y tal honor?

Echóse á los pies de ella, y levantándose en seguida dijo:

—No, quiero estar sereno; de ningún modo quiero aventurar el fallo que ha de pronunciar usted, aunque haya en ello para mí una cuestión de vida ó muerte.

—¿Un fallo?—replicó Sofía.—¡Me asusta usted!

—Sí, la amo y la respeto; antes moriría que inferirla la menor injuria; pero no soy un ángel como usted, soy un hombre. Algo debe usted conceder á un amor sin igual, una prenda de cariño como la que una joven da á su prometido. Hasta ahora, ¿qué razón tengo para creerme, respecto á usted, más que cualquiera otro amigo, más que Fernando, por ejemplo? No; debe usted corresponder á mi amor y darle una garantía con una confianza de la cual no abusaré nunca. Por esa felicidad sacrificaré con gozo todas las perspectivas de fortuna, obedeceré la menor señal suya, romperé todos los lazos que no me unan con usted.

—Olvida usted que pertenezco á otro—respondió Sofía en tono grave.

—¡Ah, qué crueles palabras! ¿Qué entiende usted por pertenecer á otro? Si su corazón no es de usted, ¿por qué ha de ser usted suya? No la ama y yo la adoro. ¡Por una vana preocupación quiere usted renunciar á todos los encantos de la vida! Tanto valdría que se enterrara en un claustro con la esperanza de hacerse agradable á Dios, que es el amor mismo.

No pudiendo ya resistir más tiempo esas emociones, cubrióse el rostro con las manos Sofía y se deshizo en lágrimas.

—¡Ah, Sofía, tenga compasión de mí!—prosiguió Sardes, arrodillándose ante ella.—Lo que le imploro no perjudicará á nadie, y me dará una felicidad celestial. No me deje partir desesperado; y si debo marcharme, no me aliente en mis deseos.

—¿Qué puedo contestarle?—replicó Sofía volviendo hacia él su rostro bañado en llanto.—Paréceme razonable lo que me dice; y, sin embargo, en mí hay un sentimiento que no puedo explicar y que se opone á sus deseos.

—Pero, querida amiga, ese sentimiento ¿no es un prejuicio arraigado desde la infancia, no es una idea jamás discernida por la razón? ¡Y esta idea ha de separarnos! Sin embargo, me he prometido dejarla obrar libremente y según su volun-

tad. No me responda hoy nada; aguarde algunos días, examine el fondo de su corazón, piense en sí misma y no en mí. Pasado mañana volveré á que me notifique la sentencia..... Pero no, no tendré alientos para venir en persona; enviaré á mi criado y él me entregará una señal de la resolución. Aquí hay dos libros que me pertenecen, uno de viajes y otro las poesías de Ovidio. Si me sentencia á partir envíeme ese libro de viajes, si es lo contrario, este poeta del amor. Adiós ahora; no volveremos á vernos nunca si así lo quiere. Una palabra más: el buque que ha de conducirme está dispuesto para ir á Inglaterra, desde donde nos dirigimos á Francia. ¡Adiós, amadísima Sofía! Mire, me alejo sin atreverme siquiera á besar su mano.

Salió, y Sofía, desconsolada y temblorosa, oyó resonar el paso de su caballo, que se le llevaba á galope. Quedóse inmóvil como una estatua, absorta en sus pensamientos, hasta que Anita regresó con las personas que la habían acompañado á paseo. Erale difícil ocultar su agitación, y por la noche halló un pretexto para quedarse sola.

Salió Anita de nuevo, cogiéndose del brazo del señor de Ruth, quien le propuso ir á dar un paseo por agua. Cerca de un obelisco había un barquichuelo, atado ligeramente á un pilar. Bajó allí el señor de Ruth, cogió los remos, alargó la mano á Anita, y antes de que Fernando, el cual presenciaba con tristeza aquella escena, tuviese tiempo de entrar en la barca, alejóse el señor de Ruth, riéndose con la joven, y Anita se reía como él. Fernando se retiró en silencio y se marchó á Flintenborg para pasar allí con Sardes algún tiempo. Sin embargo, Anita comprendía lo inconveniente de la broma del señor de Ruth, y le reprendió por ello; pero él tomó ocasión de eso para representar lo absurdo de su compromiso con Fernando: «Ese pobre muchacho—decía—que sólo puede ofrecer una choza ó agua á la más hechicera de las mujeres.» Añadió que él, por el contrario, daríala en Berlín una vida brillante y sería su primer esclavo.

Anita, en realidad, no estaba muy satisfecha de su noviazgo, pero tampoco podía asociarse al proyecto del señor de Ruth; la imagen de Sardes interponíase entre ella y el negociante.

La tarde siguiente Sofía salió sola. Lindal regresó á su casa, después de varios días de ausencia, y se sentó debajo de una enramada muy espesa al pie del balcón; encendió un cigarro y se puso á meditar. Pensaba con satisfacción que había sabido dominarse, como se lo propuso, y que muy pronto pasaría ya su época de prueba. El buque estaba dispuesto y su rival iba á marcharse. De pronto le distrajo de sus reflexiones el sonido de dos voces, reconociendo en ellas la de Fernando y la de Anita, que hablaban juntos en el aposento próximo al balcón. Iba á alejarse, cuando le dejó clavado en su sitio una exclamación de Anita, quien decía:

—¿De qué tienes que acusarme? ¿Tengo yo la culpa si Sardes me ama?

—¡Sardes!—exclamó Fernando.—No me refiero á Sardes; te hablo del señor de Ruth y de tu conducta de ayer, que fue muy ofensiva para mí.

—¡Ah! El señor de Ruth es un hombre sin consecuencia, bien lo sabes. Pero tú eres falso, hace mucho tiempo que lo he advertido; no puedes sufrir que Sardes me corteje, esa es la verdad de las cosas.

—No, no tengo por qué ocuparme de Sardes; ni te ama ni te corteja.

—¿Lo sabrás mejor que yo?—replicó Anita.

—Preciso es que te ciegue mucho el demonio de la vanidad, para creer que eres tú quien ocupa la imaginación de Sardes.

—¿Qué quieres decir? ¿Supones que ama á Sofía?

—Nada supongo, y no he venido aquí hoy para hablar de semejantes cosas. Pretendo tener contigo una explicación decisiva, y devolverte tu palabra, si, como pienso, quieres romper nuestra unión. En mi primer impulso de ira, quise desa-

fiar á ese mercader; pero reflexioné que lo mismo para tí que para mí lo mejor era romper nuestras relaciones. Dios sabe cuánto te he amado, Anita; ahora está agotada mi paciencia..... Pero, en nombre del cielo, escúchame con tranquilidad. ¿Por qué sollozas, te retuerces las manos y golpeas el suelo con el pie? Contéstame.

—No—exclamó Anita;—no responderé á lo que acabas de decirme; eso es lo que menos importa; ya volveremos á hablar de ello más tarde. Pero lo que has dicho de Sardes es horroroso. ¡Que ama á Sofía, á una mujer casada! Eso es lo que subleva. ¿Y será ella tan miserable que corresponda á ese amor?

—No he dicho ni una sola palabra de todo eso—respondió Fernando con frialdad,—y no se trata de.....

Interrumpióle Anita y le dijo:

—Sí; con frecuencia se me ha ocurrido la idea de que Sofía le amaba, pero no creo que Sardes esté enamorado de ella; por el contrario, tengo plenas razones para creer que es á mí á quien ama, y que su amistad contigo fue el obstáculo único que le impidió declararme su pasión. Es un espíritu caballeresco y por eso se ausenta.

—No, quizá no se vaya; le han ofrecido un empleo en Dinamarca y está casi resuelto á aceptarlo, aunque así renuncie á un brillante porvenir.

—¿Qué dices? ¡Conque Sardes no parte! ¿Es posible? ¡Y yo sin saber nada! ¡Dios mío, ahora lo adivino todo! Ayer vino aquí por la tarde y tuvo una entrevista particular con Sofía. Ahora no tengo ya ninguna duda: en ello hay alguna cosa indigna, y sin embargo me ha amado; estoy segura de ello. ¡Qué horror!

—¡Dios tenga piedad de tí, Anita! En verdad te digo que estás loca.

—¡Cállate, no vengas á predicarme moral, tú que representas un papel tan feo! ¿No debías advertir á tu hermano en vez de ocultarle lo que debe conocer?

—Mi hermano no tiene nada de tonto—respondió Fernan-

do;—nada tengo que revelarle ni por qué hablarle de una cosa que quizá sepa mejor que yo, en la cual no debo meterme.

—Eso no tiene sentido común—replicó Anita.—Si Lindal no estuviese ciego como la mayor parte de los maridos, de ningún modo aguantaría tal vergüenza. Si no quieres hablarle de este asunto, debieras pedir satisfacción á Sardes.

—¡Cómo! ¿Quieres que vaya á provocar á mi amigo por un hecho del cual sería ridículo que yo me ocupase? Mi hermano es un hombre inteligente, y él mismo sabrá lo que debe hacer. Aparte de eso, de ningún modo quisiera yo afligir á Sofía, y estoy segurísimo de que es inocente.

—¡No, no es inocente!—exclamó Anita fuera de sí.—Es más coqueta que yo, es hipócrita y astuta; ella misma es quien ha seducido á Sardes, á pesar suyo: yo he visto qué miradas le echaba y cómo le daba la mano por debajo de la mesa.

—¡Vergüenza para tí, Anita!—dijo Fernando.—Y si no quieres callarte, al menos no grites tan alto, en nombre del cielo.

Lindal no pudo oir ya más; metióse en casa y se encerró en su cuarto.

No tratemos de pintar el estado de este infeliz. Tras larga lucha acabó por poner algo en orden sus turbulentas ideas, determinando batirse con Sardes y diciendo para sí: «El honor lo exige, pero haré todo lo posible por ahorrar disgustos á Sofía. Si ella es culpable, debo confesar que yo mismo soy causa de la falta que ha cometido. Nadie sospechará el motivo de este duelo. Si muere Sardes, me odiará Sofía; pero abandonaré este país para no volver más. Si quedo muerto, lo cual es probable cuando recuerdo la increíble habilidad de mi adversario, éste se verá obligado á huir y se acabaron sus relaciones con Sofía: ese es mi consuelo. No puede convertirse en marido de Sofía, padre de Antonio y señor de Hauslunde. ¡Animo, pues! No será la vez primera que arrostro la muerte.»

Sosegado con esta resolución, bajó Lindal al comedor, donde encontró á Sofía y algunos forasteros. Anita envió recado

de que se sentía enferma y acababa de meterse en cama. Fernando entró con aire enloquecido, y llamando aparte á su hermano, le contó que después de una violenta disputa, había roto sus relaciones con Anita.

—Te felicito por ello—respondió Lindal.—Es un consuelo para mí el saber hoy esa noticia.

—Pero... ¿qué tienes?—dijo Fernando, mientras observaba con inquietud la alterada fisonomía de su hermano.

—Nada, absolutamente nada: mañana por la tarde iré á Flintenborg; espero encontrarte allí.

Partió Fernando, y Lindal se puso á la mesa con sus huéspedes. Nadie advirtió en él el menor cambio, excepto Sofía, que le interrogó con inquietud. Respondió á su mujer que necesitaba concluir varios asuntos apremiantes; se excusó por abandonar á sus convidados más pronto que de costumbre, y retiróse á su cuarto. Allí añadió á su testamento (preparado ya desde larga fecha) varias disposiciones ventajosas para Sofía. Con objeto de librarla de toda sospecha injuriosa, la escribió una carta en la cual decía que una disputa con Sardes acerca de asuntos políticos, había terminado por verse ambos en el caso de batirse. Rogaba á su mujer le perdonase los pesares que le había producido, y expresábala con las frases más tiernas el amor que le había profesado. Al releer esta carta, escrita con profunda emoción, dijo para sí: «No debe saber lo que conmigo pierde; es preciso que se consuele de mi muerte y sea dichosa si es posible.»

Rompió entonces esta carta y escribió otra nueva, en la cual sólo refería el pretenso motivo de su duelo: también escribió á Fernando y al Conde. Puso á las tres cartas la fecha del día siguiente y se las metió en la cartera para llevarlas consigo á Flintenborg, donde iba á pedir explicaciones á Sardes y batirse con él, si el joven se empeñaba en quedarse en Dinamarca.

Inspeccionó luego las pistolas, cogió dinero para el caso de verse obligado á huir, y terminados todos los preparativos

experimentó tal tranquilidad, que se metió en la cama y durmióse muy apaciblemente: por la mañana, de nuevo fue presa de una violenta agitación. Para distraerse fue á Landsvy, diciendo que no regresaría hasta la hora de cenar.

No menos agitada estaba Sofía. Desde la entrevista que tuvo con Sardes, no cesó de pensar en su situación. La idea de la desesperación que iba á producir en Sardes como lo desterrase de su lado; el pensamiento del hondo vacío que quedaría en ella cuando él partiese; el temor de que la olvidara ó de que llegara á morir; el recuerdo de los malos días pasados por ella, hasta aparecérsele él como un ángel de consuelo; el convencimiento suyo de la indiferencia de Lindal para con ella, todas estas consideraciones obraban á la vez sobre su espíritu. No adivinaba lo que había pasado desde hace algunos meses dentro del corazón de su marido, atribuyendo la aparente calma de éste á su indiferencia. Fiábase, además, de las promesas hechas por Sardes. A la postre, vencía el amante; la resolución de la joven estaba tomada.

Aquel día fue para la casa de Lindal uno de los Tycho-Brahe (1). Apenas se levantó Sofía, lleváronle una carta de Anita; al mismo tiempo le dijeron que su hermana había salido á caballo muy temprano. Anita anunciaba en su carta que después de su ruptura con Fernando no podía permanecer en Hauslunde, donde corría el riesgo de encontrársele á diario; que iba á casa de su prima Lota, donde se quedaba por tiempo indefinido. Inquieta Sofía al pensar que la loca joven se puso en camino sola, iba á enviar un criado tras ella, cuando un campesino trajo otra carta de Anita, diciendo que devolvía el caballo por haberse encontrado en el camino con el señor de Ruth, quien la llevaba consigo á Copenhague en su coche.

Esta última noticia no pudo menos de producir honda pena

(1) Tycho-Brae dejó en Dinamarca, su patria, el recuerdo de su creencia supersticiosa en ciertos días nefastos.

á Sofía; pero bien pronto se distrajo de ese dolor con sus propias preocupaciones. Tomó los dos libros de Sardes; y aunque habíase ya decidido, tenía empero ambos libros en las manos, como si se viese precisada á meter una bola blanca ó una bola negra en la urna del destino. Antonio, que en aquel momento estaba junto á ella, tenía particular predilección por uno de aquellos tomos, por las poesías de Ovidio, á causa de los grabados que lo adornaban. La madre quiso recogerlo, y el hijo tuvo empeño en conservarlo.

—Es de Sardes; necesito devolvérselo—dijo Sofía.

—Querida mamá—exclamó el niño,—envíale este libro de viajes, que también le pertenece.

—No, no; este es el que quiere tener.

—Te lo suplico—dijo Antonio llorando,—no se lo dés; ¡me producirá tanta pena!

Ese ruego conmovió por un instante á Sofía; sin embargo, añadió:

—Mucho más afligido se pondrá Sardes si no recibe este libro.

Al decir estas palabras, arrebató el tomo de las manos del niño, quien se puso á gritar y se tiró al suelo. A pesar de esta especie de advertencia providencial, Sofía envolvió en un papel las poesías de Ovidio para remitirlas á Sardes. En el mismo instante entraron á anunciarle que el Conde Adalberto quería verla. Corrió al salón donde la aguardaba él, y le dijo cuánto sentía que el Comandante no estuviera en casa, pero que se proponía ir por la tarde á Flintenborg. Adalberto respondió que se alegraba mucho de encontrarla sola para hablar con ella, si tenía á bien permitírselo, de un asunto al cual daba la mayor importancia, así como pedirle su ayuda.

—Las mujeres (hablo de las mujeres distinguidas como usted)—añadió—tienen un tacto y una delicadeza que nosotros los hombres en vano tratamos de adquirir. La cuestión que me atrevo á someter á su juicio, no concierne á usted personalmente, pero cuento con el interés que usted se digna tomarse por la suerte de sus amigos.

A pesar de este preámbulo, Sofía presintió que el asunto era harto personal para ella; subiósele la sangre al rostro. Para disimular su turbación interrumpió al Conde, dándole gracias por la confianza de que quería darle testimonio, y le rogó permitiese que ante todo le hiciera servir algún refresco necesario después de la caminata que acababa de darse con una temperatura tan calurosa. Al decir estas palabras, salió con premura y encontró en la antecámara al criado de Sardes, quien saludándola de parte de su amo, dijo que venía en busca de un libro y de una romanza italiana, cuyo primer verso estaba escrito en la nota que le entregaba. Sofía tomó el papel y leyó estas palabras: «Ten compasión de mí y no me dejes morir de angustia».

Conmovióla profundamente esta invocación escrita con mano temblorosa, esa súplica tomada de una romanza que Sardes había cantado más de una vez delante de ella. Fué corriendo á su cuarto, entregó al criado el libro decisivo, dispuso un refrigerio para el Conde y regresó junto á éste.

Después de renovar Adalberto sus excusas y cumplimientos con su habitual galantería, anunció como un hecho, aún ignorado por ella, la oferta de un empleo á Sardes, y que con gran pesar suyo veía dispuesto á su hijo adoptivo á permanecer en Dinamarca, añadiendo:

—No cabe duda de que el pequeño país de ustedes, comparativamente con su población, es uno de aquellos donde existe mayor número de hombres distinguidos; pero en él no pueden adquirirse el mismo esplendor y la misma fortuna que en otras naciones. Sardes se distinguirá en Francia, donde puede seguir una brillante carrera; por el contrario, aquí pasará inadvertido, con tanto mayor motivo cuanto que el cargo que le ofrecen sólo exige un trabajo asíduo de segundo orden. De ninguna manera vale para semejante faena. Desde hace mucho tiempo tengo otros proyectos acerca de él.

Cuando lleguemos á Francia, pienso darle mi apellido y legarle mi herencia. Es verdad que no tengo capital en metáli-

co; pero las haciendas que poseo cerca de Burdeos bastarán para asegurarle una independencia honrosa.

—En verdad—dijo Sofía—bien merece usted que le quiera y sacrifique como un hijo.

—Sí, es cierto; y en estas circunstancias podría acusarle de destruir mis esperanzas mejores, si no pensara que algún grave motivo le decide á abandonarme. Tiene rectitud de juicio, pero imagino que en este momento su razón y su juicio están subyugados por una pasión ardiente. Digo «en este momento,» porque ninguna pasión dura mucho. Tarde ó temprano recobra el hombre la cordura, y con tanta mayor prontitud, cuanto mayores fuesen los sacrificios que hizo en su embriaguez.

Sofía callaba pasando verdaderos apuros, y Adalberto continuó:

—No sólo la profunda estimación que Sardes tiene por usted, sino también mi propio sentimiento, me inducen á creer que las reflexiones de usted le producirán mucho más efecto que todas las de los demás. Por tanto, desearía que tuviera usted la bondad de iluminarme acerca de sus verdaderos intereses. Paréceme que un consejo salido de los labios de usted ha de ser irresistible.

Adalberto sostuvo en francés esta conversación; y con su talento diplomático, habíase valido hábilmente de las delicadezas de este idioma.

Sofía le comprendió á las mil maravillas, sin que él hablase á las claras de su secreto. Sin embargo, el Conde se atrevió á decir algunas otras frases significativas. Elogiando las cualidades de la joven, sus virtudes como madre y esposa, alabando el mérito de su amigo, le recordaba sus deberes. En seguida contó que Lindal le destinaba la propiedad de Klostergaarden, y que todos los embellecimientos hechos recientemente en ese dominio eran por ella. Este descubrimiento produjo dolorosa impresión en Sofía; apenas pudo contener las lágrimas. Su emoción no se escapó al diplomático, quien

despidiéndose entonces de ella la dejó en un estado moral que no podía explicarse. Fué á buscar un refugio en el jardín, en su sitio favorito, debajo de los arbustos, donde Sardes la había sorprendido á su regreso. Sentóse allí; para disipar sus tétricos pensamientos, recordó el gozo sentido por ella al volver de pronto á ver á su amigo. Pero en el mismo instante la asaltó también el recuerdo de las exigencias de Sardes, el ardor de su pasión, el pavoroso brillo de su mirada. Ante esta idea experimentaba un miedo indefinible; luego, en el mismo momento, veía ante sí la imagen melancólica de Lindal y despertábase en su corazón el amor que éste la había inspirado. Entonces sólo se le aparecía Sardes como un extraño, y estaba á la vez avergonzada y temerosa de la senda donde la había arrastrado él.

La hora de la comida la interrumpió en sus perplejidades. Mientras estaban á la mesa, un criado trajo al Comandante una carta que leyó éste con visible emoción. El criado le dijo que el mensajero aguardaba la respuesta.

—Allí estaré por la tarde—contestó Lindal:

Volvió á leer de nuevo la carta, y la puso en el bolsillo.

Después de comer, así que estuvo solo con Sofía, dijo:

—Toma esta carta, y léela; tanto se dirige á tí como á mí.

Era de Carolina, la hermana del Comandante, la cual contaba que había abandonado á su marido, y que estaba con sus hijos en las cercanías de Hauslunde. Añadía con humildad que, después de la reputación que le habían creado, no se atrevía á ir directamente á casa de su hermano, sino que estaba refugiada en la de un sacerdote, cuya mujer era una de sus más antiguas amigas.

—En verdad—dijo Lindal cuando Sofía le devolvió la carta—que Carolina no merece mi cariño ni mi estimación; sin embargo, iré á verla y á informarme de sus proyectos. ¿Quieres venir conmigo? No hay mucha distancia desde aquí al presbiterio.

Pusiéronse en marcha silenciosos. Sofía estaba preocupada

con el recuerdo de su cuñada, á quien en otro tiempo había conocido tan vivaracha y risueña.

Cuando llegaron á casa del sacerdote, salióles al encuentro Carolina, con aire modesto, pero no sin cierta dignidad, y les presentó sus hijos. El más joven, un muchacho de la edad de Antonio, no manifestaba cuidado ninguno; pero sus hermanas mayores parecían comprender dolorosamente la situación de su madre. La mayor de todas, una linda niña de trece años, aproximóse con los ojos bajos, y como Sofía la acariciase, se arrojó á su cuello y se deshizo en llanto. Carolina palideció al ver esto, mandó á sus hijos que saliesen, y dijo á su hermano:

—Aquí me tienes ante tí como una pecadora; y tú, mi querida Sofía, tengo que bajar los ojos ante tu pura mirada. El mundo me ha condenado; pero espero en Dios Todopoderoso, quien sabe cuánto he sufrido, que me concederá su gracia. Mis pobres hijos, ruborizándose de su madre, son mis acusadores más crueles; pero tendré fuerzas para redimirme de mis culpas. Hace cuatro años no he vuelto á ver al único hombre á quien he querido; nos hemos separado para siempre.

Lindal le rogó que contase con entera confianza los sucesos que no conocía él aún. Carolina tomó la palabra é hizo el relato siguiente:

—Ya sabes cómo me ví obligada á casarme con un hombre que me era odioso. Acababa de cumplir diez y seis años, y no sabía cómo librarme de la obligación que me imponían. Mi mayor culpa fue el consentir en ese matrimonio; de ahí vinieron las demás. No te pintaré los vicios de mi marido, y los sufrimientos que me ha ocasionado. Una doncella de labor, que le dominaba, había llegado á ser la verdadera señora de mi casa. Un día que maltrató á mi hijo menor, amenacé á aquella miserable con ponerla de patitas en la calle. Acudió entonces á su padre, y le dijo que yo había sostenido relaciones ilegítimas, y que ella podía dar las pruebas. Pocas horas después el Barón entró con ella y con un testigo en mi cuarto, y la in-

vitó á repetir delante de mí y de mis hijos su acusación, lo cual hizo con el mayor descaro. Irritada por tal maldad, hice na confesión completa. Entonces, mi marido me llenó de injurias de las más groseras. Declaré que quería separarme de él, y abandonar inmediatamente su casa. Mis hijas me abrazaban llorando, y me conjuraban á que no tomase tal determinación. Un sacerdote, á quien también llamó mi marido, trató en vano de sosegar la tempestad. El Barón estaba hecho una fiera; con la rabia que tenía, cogió de un brazo á mi hijo y lo tiró contra la pared. Por último, el sacerdote, auxiliado por el otro testigo, me llevó á una casa respetable é hizo pronunciar la separación de cuerpos; después de esto salí para Hauslunde.

—¡Dios mío! — exclamó Lindal. — ¿Cómo has podido caer en tal abismo y entregar á tus hijos al desprecio del mundo? Una mujer inteligente como tú, ¿no debía resistir á una fatal impresión, arrancar de su alma un sentimiento ilícito antes que dejarlo crecer?

—Quien pueda hacer tal sacrificio—respondió Carolina—comprará probablemente su victoria á expensas de una pena duradera y yo la honraría como á una mártir. Pero los maridos nos condenan, ¿y no es con frecuencia el marido mismo quien empuja á su desdichada mujer al borde del precipicio? Vosotros que no sabéis renunciar á ninguno de vuestros vulgares placeres, ¿tenéis derecho á exigirnos el más penoso de todos los sacrificios?

—Sí, porque no es á nosotros sino al honor á quien debéis ese sacrificio; al honor, al cual dedicamos nuestros votos más queridos, nuestro bienestar, y á veces hasta nuestra existencia. Lejos de mí la idea de defender á ese Barón, á quien siempre he despreciado profundamente; ni siquiera trataré de excusar á otros maridos culpables. Pero el peor de todos, confía, sin embargo, su honor á una mujer el día en que se casa con ella; porque la infidelidad de esa mujer le entrega al escarnio de los malvados. Un seductor no preserva á la mujer de la ver-

güenza, con que la castiga, no proteje el santuario del hogar, no educa á los hijos y no les da su nombre. Vosotros nos acusais de tiranía y no comprendéis qué dignidad os conferimos al imponeros esa austera reserva, al comprometer nuestra honra en la menor mancha caída en vuestra pureza..... Pero no sé por qué se me ocurre dirigirte todas estas observaciones; perdóname, querida Carolina, y dime cuáles son tus proyectos para el porvenir.

—Me propongo dirigirme á Hamburgo, á casa de mi tía —dijo Carolina.—Después de morir su marido me hizo una visita, y viendo que sufría yo, sintió un gran remordimiento por la participación que había tomado ella en mi matrimonio. Desde esa época no cesó de inducirme á que me retirase á su casa con mis hijos, asegurándome que me trataría como hija suya y que sería su heredera.

—¡Alabado sea Dios! ese es un buen refugio. Pero necesito abandonarte. Te dejo con Sofía; cuéntale todo lo que te inquieta, todo lo que desees; aceptaré lo que con ella decidas.

Al decir estas palabras, abrazó cordialmente á su hermana y alejóse. Sofía ofreció á Carolina recojer á su hijo, el cual no debía quedarse con la madre según la sentencia del divorcio. Carolina aceptó esta proposición con júbilo, y dió las gracias á su cuñada con tierna efusión. Convínose en que Sofía iría en seguida á buscar á esos pobres afligidos, y que permanecerían en Hauslunde hasta que saliesen para Alemania. Iba á salir del aposento, cuando la detuvo Carolina diciéndole:

—Dos palabras más. No puedo dejarte marchar sin hacerte una pregunta. Fuimos muy buenas amigas durante nuestra infancia; en nombre de esa amistad, dime cómo me juzgas.

—¡Ay de mí! querida Carolina—respondió modestamente Sofía,—estoy lejos de condenar un noble sentimiento amoroso. Paréceme que el alma debe ser independiente de todas las restricciones humanas; y para ser franca contigo, añadiré que creo posible abandonarse á tal sentimiento y saborear su encanto sin cometer una infidelidad.

—Pero si esa tendencia no es un sueño—prosiguió Carolina—si aquél que es objeto de ella la comparte, ¿crees tú posible disimulárselo?

—No, creo eso muy difícil y quizá imposible.

—¡Ay! querida amiga—exclamó Carolina;—una vez entregado el corazón, está dado el primer paso y muy pronto se dan los demás.

—No, eso no puede ser; un hombre que ama de veras, respetará á la mujer á quien ha entregado su corazón. La felicidad de saber que es amado debe bastarle.

—Así dicen—replicó Carolina, riéndose;—los amantes lo aseguran mientras no están ciertos de nuestro cariño; pero en cuanto se lo confesamos, no tardan en manifestarnos sus exigencias, y crecen éstas cada día. Se lucha, se llora, se apela á su generosidad, y al cabo en un momento fatal.....

—No, no—exclamó Sofía;—tal momento no debe llegar nunca.

—¡Ah! hija mía, créeme; lo mejor es no exponerse al combate. Mi hermano está en lo firme; la primera impresión es lo que se necesita dominar.

Sofía abrazó á Carolina, asegurándole su amistad y estimación, y diciéndole:

—Has sido demasiado infeliz; gracias á Dios, ya estás libre.

—Sí, me alegro de ello; en Hamburgo nadie me conoce; mi tía se trata con poca gente; puedo vivir en paz en su casa y cumplir con los deberes de madre.

—Pero dime, con franqueza—replicó Sofía;—¿no echarás tú nada de menos para tu felicidad? ¿Podrás vivir sin aquel á quien amas?

—Sí; es una sensatez que se adquiere con la desgracia. Cuando el amante se toma los derechos del marido, se convierte para nosotras como en un marido; pero que no puede ocuparse de nosotras cada día ni rodearnos á cada instante con su protección. Además, entre él y nosotras existe una frontera constante: lo que es nuestro no es suyo, y lo que es

de él no es de nosotras. Ninguna seguridad nos da el sosiego apetecido. Lo que en ello había de nuevo y de inesperado desaparece en esa clase de relaciones, para ceder el puesto al hastío. Si hubiese podido casarme con aquél que me sedujo, creo que nos habríamos amado siempre, y que, luego de pasar los ardores del primer amor, nos hubiera quedado un cariño bastante fuerte y dulce para llenar nuestro corazón; cariño que habríamos conservado hasta el sepulcro, como Filemón y Baucis, esos modelos de la vida conyugal. Pero, á causa de mis hijos, no puedo pensar en ese matrimonio; y créeme, desde hace algunos años he llegado á encontrarme muy bien con mi aislamiento .... Pero, ¿qué tienes, querida Sofía?..... ¡Lloras!

—Tus palabras me han conmovido vivamente—replicó Sofía;—te doy las gracias, y ten la seguridad de que te has justificado del todo en mi pensamiento.

Dejó á su cuñada, para volverse á Hauslunde; pero antes quiso recoger á su hijo de casa del sacerdote, donde iba diariamente á proseguir sus estudios. Con gran sorpresa supo que no había parecido por el presbiterio; que, habiéndose encontrado á uno de los hijos del sacerdote, le entregó sus libros, diciéndole que pronto volvería; por último, que echó á correr y no se le había visto más.

Sofía le buscó en casa de algunos labriegos, donde á veces se metía, y, no hallándole, dirigióse á escape á Hauslunde, con la esperanza de que habría vuelto. Allí encontró á Lindal, intranquilo también al no verle. Sofía corrió trastornada por el jardín con Lindal, llamando á voces á su hijo; enviaron á los criados á diferentes sitios en busca suya; uno de ellos averiguó que habían visto al niño corriendo al borde de la ensenada. Al saber esta noticia, sintió Sofía un miedo horrible: su hijo podía haberse ahogado. Lindal, pálido como la muerte, la cogió en brazos y la condujo á su aposento, prodigándole los nombres más tiernos; después, confiándola á los cuidados de una criada, salió nuevamente en busca de su hijo. Dirigióse hacia el mar; no sabía qué senda seguir, cuando, de

pronto, vió al anciano pescador que traía en su barca á Antonio y le dejaba en la orilla. Lleno de gozo, el Comandante echó á correr hacia su hijo, lo cogió en brazos, y, sin detenerse, fué á ponerlo en manos de Sofía. Al ver esto, la joven se deshizo en lágrimas, y apoyó su rostro en el de su marido.

—Necesito marcharme—dijo el Comandante con voz temblorosa;—mi caballo, ensillado desde hace mucho tiempo, no puede permanecer quieto en su sitio, y se advierte en la atmósfera barruntos de una tempestad, que no tardará en estallar. Buenas noches, Sofía; buenas noches, hijo mío.

Cuando estuvo en el quicio de la puerta, volvióse, besó de nuevo á su mujer y á su hijo, y lloró.

—¡Lindal!—exclamó Sofía.—¡Quédate, te lo suplico!

—No puedo quedarme—respondió él.

Y haciendo un violento esfuerzo, precipitóse fuera de la habitación, montó á caballo y se alejó á galope.

Antonio estaba fatigado; á las preguntas de su madre respondió que se había perdido en el bosque y que, por último, había llegado junto á la cabaña del viejo pescador, quien le trajo en su barca.

No pudo obtener de él ningún otro detalle más preciso. Le condujo al aposento donde dormía junto á ella, le metió en la cama y se retiró al balcón. El día había sido muy tempestuoso, resonando de continuo los truenos en el horizonte. El viento, precursor de la tempestad, agitaba las copas de los árboles, que se encorvaban gimiendo. Acababa de ponerse el sol, y á cada instante desaparecía la luna tras densas nubes. Sofía no advirtió nada de ese trastorno de la Naturaleza; todos sus pensamientos estaban reconcentrados en su propia situación. Habíase producido en ella un gran cambio desde por la mañana. La conversación que tuvo con Carolina, las reflexiones que hizo después de ver en qué abismo había caído su cuñada, le inspiraron la resolución de romper con Sardes. Esta resolución producíale ya más reposo. Daba gracias á Dios por el incidente providencial que le había abierto los ojos. El último momento

pasado con Lindal afirmó su resolución. «¡Ay, me sentía tan tranquila en sus brazos oyendo su voz cariñosa!—decía para sí. —Carolina tiene razón, sí; junto á un buen marido es donde se encuentran el sosiego y la felicidad; por atractiva que nos parezca cualquiera otra situación, causa zozobras. ¡Y yo, á quien Dios ha dado fortuna, felicidad doméstica y un hijo querido, estaba á punto de renunciar á todos estos bienes! ¡Ah, bendito sea Dios, todavía no soy culpable! Pero ¿qué digo? ¿No he enviado á Sardes el libro que deseaba? ¿No le he confesado así mi desdichado amor? Está dado el primer paso, como dice Carolina, pero no iré más lejos. Tendré una explicación franca con Sardes, y se marchará. ¡Ay! Cuando llegue triunfante con mi respuesta; cuando vea sus facciones, que ejercen tanto poder sobre mí; cuando vea sus ojos chispeantes de alegría; cuando tenga que anunciar á ese hombre en su arrobamiento la nueva decisión que he tomado; cuando oiga sus quejas y gemidos y me dé el postrer adiós..... ¡Oh! ¿Qué he hecho?.....»

Arrodillóse, y alzando las manos al cielo, exclamó:

—Dios mío; tú, que te compadecistes de las mujeres débiles, que no rechazastes á María Magdalena, me postro á tus pies, como ella, con dolor y con fe; ¡ten clemencia para mí, sálvame de este peligro!

Un movimiento que oyó en el cuarto hizo que volviese la cabeza. Antonio se había aproximado á ella, diciendo querer suplicarla que le perdonase una falta por él cometida y que no le dejaba dormir. Refirió entonces que por la mañana, en cuanto hubo salido su madre, había envuelto el libro de viajes en el papel preparado por ella, y había escondido las poesías de Ovidio; luego sintió remordimientos, y cogiendo este último libro echó á correr, con la esperanza de encontrar al criado de Sardes para entregárselo, extraviándose entonces durante ese trayecto. Añadió que al ver á su padre se había apresurado á esconder el tomo detrás del obelisco de mármol, y que quería ir en su busca por miedo á que la lluvia lo echase á perder. Besóle su madre con un agradecimiento que no podía disi-

mular; le mandó que se volviese á la cama, diciéndole que no tuviese ya ningún cuidado, pues ella misma iba á buscar el libro. Fué allí, en efecto, y lo cogió con una dicha inexpresable. Estaba salvada, y salvada por su hijo.

—¡Dios del cielo—exclamó,—has oído mis plegarias, y me has dado una advertencia que jamás olvidaré!

Un relámpago surcó el cielo y dejóse oir el trueno; iba Sofía á volverse á casa, cuando de pronto vió á Sardes en pie delante de ella.

—No se asuste usted—dijo éste—viendo al amigo á quien ha hecho tan desventurado; soporte usted que aquel á quien destierra se le aproxime una vez más.

En aquel momento salía la luna á través de las nubes, iluminando el rostro descompuesto del joven. Sofía estaba silenciosa é inmóvil. Sardes reparó en el libro que ella tenía en la mano, y dijo:—Lleva usted ahí el trofeo de su victoria, horrible libro que debía ser para mí la estrella de la felicidad.

Y al decir estas palabras lo arrojó á las olas.

—Escuche usted, Sardes—replicó Sofía con firmeza.—Hace dos días me suplicó usted que le oyese tranquila sin interrumpirle; así lo hice y ahora le dirijo el mismo ruego. ¿He de mirar á usted como un amigo ó como un enemigo? ¿Qué significa esa especie de extravío que estalla en sus palabras y en su conducta? Me indujo á sondar el fondo de mi corazón, y lo he hecho; no puedo aceptar el vínculo que quiere usted establecer entre nosotros. Me he casado por amor con Lindal, y siento que aún es de él mi corazón. Si ha cesado de amarme, yo no puedo alejarme de él. La Providencia me ha iluminado por más de un medio. Esta tarde temblamos juntos Lindal y yo por miedo á perder nuestro hijo, y nos estremecimos con el mismo gozo al volver á encontrarlo. No podemos separarnos el uno del otro, créame usted; hay lazos que nada en el mundo puede romper.

Al notar un fuerte movimiento que Sardes acababa de hacer, añadió:

—No me asuste usted, deje penetrar en su corazón mis palabras; es un corazón noble, lo sé. Perdone usted la pena que le causo. Le agradezco el cariño que me demostró, nunca lo olvidaré ni á usted tampoco.

—¡Oh, Sofía!—exclamó Sardes, arrodillándose delante de ella.—¡Oh, dulce voz; querida hechicera, no me despida usted! En el primer acceso de mi desesperación prometí al Conde partir con él, pero una seña de usted bastará para hacerme romper todo compromiso.

—No, no—dijo Sofía;—también tiene usted deberes que cumplir con ese hombre que ha llegado á serle como un padre, y no puede vivir sin usted. Parta usted, y para consuelo mío dígame que se va usted en paz.

—¿Y con tales razones cree usted sosegar mi pasión?—exclamó impetuosamente Sardes.—De modo que ¿cree usted romper el lazo que nos une? Porque usted me ama, lo sé.

—No, no le amo á usted—respondió Sofía ofendida;—si en mi débil corazón hubiera un sentimiento parecido, lo desvanecería usted en este instante.

—Se engaña usted, ó pretende engañarme—replicó Sardes fuera de sí.—Pero ya sé lo que pasa: usted se sacrifica y me sacrifica por un vano prejuicio: quiere usted permanecer fiel á un hombre á quien nada le importa su confianza, y me roba usted el amor á que sólo yo tengo derecho.

Sofía pugnaba por alejarse, pero cogiéndola por un brazo Sardes, exclamó:

—¡No, no te irás de aquí de esa manera! Me marcharé, y me ves ahora por última vez. Pero esta vez saborearé la felicidad que no me atrevía á pedirte: te tendré entre mis brazos, te meceré en mis rodillas y sentiré palpitar tu corazón bajo mis manos.

La desventurada Sofía le rechazó espantada haciendo un violento esfuerzo; escapándose de entre sus brazos, saltó encima de las gradas del obelisco y exclamó:

—¡Lejos de mí; me causa usted horror!

Sardes se apartó algunos pasos y Sofía se aprovechó de aquel momento para meterse por la espesura, desde donde se arrojó á la barca que estaba cerca de ella. En un abrir y cerrar de ojos la desató de la anilla, cogió un remo y empujó la embarcación hacia las olas.

En aquel instante estalló la tempestad; rayos y truenos se sucedían con rapidez. La primera idea de Sardes fue arrojarse al agua; pero reflexionó que no sabiendo nadar, en vez de socorrer á Sofía no haría sino exponerla á mayores peligros por el terror que la causase. Tomó el partido de correr por el jardín dando vuelta á la ensenada para llegar á la barca del pescador. Así que hubo llegado vió que Sofía era cada vez más arrastrada por las aguas hacia el mar adentro, á pesar de las desesperadas fuerzas con que bogaba; algunas veces desaparecía la barca entre las olas. Sardes pidió socorro con mortal angustia. El infeliz seguía corriendo á lo largo de la orilla, con los ojos siempre fijos en el agua. De repente oyó resonar el paso de un caballo, y con inexpresable júbilo vió que Fernando acudía á galope por el borde de la playa. Le llamó agitando al aire el pañuelo; por fortuna, Fernando le comprendió; apeóse del caballo, se precipitó dentro de una barca que providencialmente estaba cerca de él, dirigióse á escape hacia donde estaba Sofía y consiguió alcanzarla y traerla á tierra. Unióseles palpitante y sin alientos Sardes, é inclinándose ante ella, dijo:

—¡Ah, perdóneme usted; acabo de expiar mi culpa con una angustia sin igual; déme usted la mano en señal de reconciliación!

La joven le dió la mano, Sardes se la llevó á los labios.

—Ahora, adiós, adiós—dijo—y se alejó.

Habíase calmado la tormenta, pero llovía á cántaros; Fernando quiso acompañar á Sofía á su casa, y ella exclamó:

—No, conozco el camino y me volveré sola.

Le dió las gracias con calor por el auxilio que la había dado, y se despidió de él. Así que Fernando alcanzó á su ami-

go, miróle con sorpresa y sin pronunciar una palabra, hasta que por fin dijo:

—En verdad, creo en los presentimientos: esta noche no podía dormir. El estado en que ayer tarde ví á mi hermano aumentaba mi inquietud, y cuando hoy te ví partir después de comer, un esfuerzo irresistible me arrastraba hacia Hauslunde. ¡Gracias á Dios he cedido á ese impulso!

—Sí—respondió Sardes,—has sido nuestro salvador.

A petición de su amigo, contó Sardes entonces con sinceridad todo lo que había pasado, su angustia al ver el peligro que amenazaba á Sofía, y sus remordimientos.

—Escucha—respondió Fernando,—permíteme alegrarme de lo que llamas tu desventura, porque si hubiese perdido el elevado concepto que tengo de Sofía, hubiera experimentado un pesar más grande que el que tuve por el desvío de mi novia. Te ruego me dejes contar á mi hermano lo que me has confiado.

—¡Tu hermano! No pronuncies su nombre.

—Bien me equivoqué, si no tenía él algunas sospechas acerca de su mujer—prosiguió Fernando.—Ayer por la tarde estaba sumamente agitado; cuando le encontré esta tarde me preguntó dónde podría encontrarte, y lo hizo con un tono que me chocó.

Toda esta historia podía tener un terrible desenlace.

—¿Qué dices?—exclamó Sardes.—¿Piensas que quería batirse conmigo? Eso es lo que yo desearía.

—¿Es posible?—replicó Fernando.—¿Con que quisieras perder á Sofía, destruir para siempre su reposo? ¡Así quieres agradecerle el cariño que te ha demostrado! Si hizo mal en sostener ese cariño, ¿te corresponde á tí castigarla por ello?

—Con mucho gusto muriera por Sofía—respondió Sardes.

—Y mi hermano, ¿qué te ha hecho?—prosiguió Fernando.—Te recibió como amigo en su casa, no te ofendió jamás, y tú.....

—Basta, basta—respondió Sardes,—consiento en todo.

Cuando llegó Sardes á Flintenborg, se metió en su cuarto; Fernando llamó aparte al Comandante y sostuvo con él una larga conversación. Sofía regresó á Hauslunde durante la lluvia; en el camino se encontró al veterano ayuda de cámara de Lindal, que iba en busca de ella con un farol y su abrigo. En la antecámara encontró á su criada, aguardándola con impaciencia. Dió las gracias á esa buena gente por su solicitud, se inclinó sobre la camita de su hijo y metióse en su lecho. Sin embargo, los acontecimientos de aquel día perturbaron su sueño. Al día siguiente se levantó con el alba y salió al balcón. La atmósfera estaba pura y sereno el cielo; los pájaros cantaban en el jardín y un ligero vapor se cernía sobre el cielo. Sofía, igual que la Naturaleza, había sufrido la víspera una tempestad, y lo mismo que la Naturaleza también había recobrado la calma. Su amor á Sardes desapareció con las nubes tempestuosas y con el libro fatal tragado por las olas. «A Dios gracias--pensaba—puedo contemplar en paz mi hermosa residencia, complacerme en ver sus árboles y flores, en oir sonar la campana de la iglesia, y mis oraciones se elevan con sus toques religiosos hacia el cielo, que me ha salvado de tan gran peligro. ¡Qué felicidad! Ahora puedo aspirar al regreso de Lindal y saludarle con júbilo.»

En esa feliz disposición de espíritu estaba, cuando apareció de pronto Lindal junto á ella.

—¡Oh, mi querida Sofía! — exclamó abrazándola.— Lo sé todo; te doy las gracias; estaba impaciente por arrojarme á tus pies; ¿puedes perdonarme mis errores y mi frialdad aparente? ¡Ay de mí! Dios sabe cuán castigado he sido por ello, pues mucho tiempo te he adorado sin atreverme á acercarme á tí. No me rechaces; no te aflijas por nuestra reconciliación. Sé que no tengo los dones seductores de Sardes, pero comprendo mejor que él, y que cualquier otro, lo que vales tú.

Sofía abrazó á su marido llorando y dirigiéndole las más tiernas palabras. Confiáronse el uno al otro lo que habían ex-

perimentado; se dijeron sus pensamientos, y temblaron al ver á qué catástrofe se habían expuesto.

—Mi querida Sofía—prosiguió Lindal; — me das una felicidad que no había sentido aún. ¿Qué podré hacer agradable para tí? En el camino pensaba en distraerte con un viajecillo. ¿Quieres que llevemos á Carolina y sus hijos á Hamburgo?

Sofía le dió las gracias y le dijo que había ofrecido á Carolina hacerse cargo de su hijo, añadiendo después:

—Puesto que tan bueno eres conmigo, tengo que hacerte una súplica. Fernando está triste, creo que echa de menos á Anita; debieras proporcionarle medios para hacer un viaje de algunos meses. Tú has sido muchas veces para él como un padre, y aceptará de tí este servicio; díle que se vaya con Sardes á Inglaterra y Francia. Otra cosa más: conozco la generosa intención que te ha guiado á recorrer Klostergaarden; pero aborrezco esa hermosa residencia al pensar que me la has destinado para después de tu muerte. Para hacérmela agradable, permite que la ocupe nuestro hermano; confíale la administración de ese dominio, como te lo rogué un día, cuando ignoraba tus cariñosos proyectos para conmigo.

—Sí, mi Sofía, se hará lo que quieras. ¿Cómo podré negarte lo que me pides con tales palabras, tal voz y tales ojos?

Iba subiendo el sol, y sus rayos alumbraban á la feliz pareja. Lindal mandó á su criado que sirviera el café en el balcón.

—¿Recuerdas, querida Sofía—dijo—que en este mismo sitio tomamos también el café al dia siguiente de casarnos? También entonces éramos felices.

—No tanto como hoy—respondió Sofía.

—Tienes razón; entonces era el primer día de nuestro enlace; hoy es el paraíso reconquistado.

Por la tarde Sofía fué en busca de Carolina, y anunció á Fernando lo que se había resuelto en favor de él. Agradecíronselo ambos con viveza, diciéndole que había adivinado sus más recónditos deseos.

Muy pronto quedaron hechos los preparativos para el viaje

á Hamburgo. La víspera de su partida, el Comandante fué á Flintenborg para despedirse de su amigo. El Conde le dijo con extraordinaria emoción, que después de pasar varios días y noches con la más penosa inquietud se marchaba con ánimo alegre, añadiendo:

—¿Y sabe usted á quién debo esta felicidad? A la angelical mujer que la Providencia le ha entregado á usted. Ella es quien ha defendido mi causa, amigo mío; siga usted honrándola y ofrézcala usted el homenaje de un viejo, que experimenta por ella un vivo sentimiento de respeto y de cariño. En memoria del servicio que me ha prestado, tenga usted la bondad de entregarla este collar de perlas, esta reliquia de una mujer á quien amé en mi juventud.

Al decir estas palabras, presentó al Comandante un estuche que contenía unas perlas de rara hermosura. En el momento de ir á retirarse Lindal, entró Sardes en la habitación. El Comandante fué á su encuentro, y cogiéndole la mano le dijo:

—Permítame que también le diga adiós; y tenga la seguridad de que deja usted en Hauslunde un amigo y una amiga.

Poco tiempo después, un velero brik se aproximaba con viento favorable á las costas inglesas. En el puente estaba sentado Adalberto, meditabundo, arropado en su abrigo, con la cabeza apoyada en ambas manos. A poca distancia Sardes, recostado en un mástil, contemplaba á su padre adoptivo. Acercándose á él Fernando y dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—¿Cómo estás, querido Carlos?

—Mejor; paréceme que esta costa me da esperanza y ánimo. Mira —añadió—indicando al Conde; mira á ese anciano sentado allí como una sombra. Dios mío, si hubiese yo abandonado á este hombre que reemplazó á mi padre, su imagen me hubiera perseguido noche y día y no me hubiera dejado sosiego ninguno. Sí, Sofía tiene razón: hay vínculos que nada puede romper en el mundo.

L. Heiberg.

RETOS Y DESAFIOS

MONSALVES Y MAZARIEGOS.—En la primera mitad del siglo XVI existía en Zamora una congregación de caballeros hijosdalgo, que hacían sus Ayuntamientos constitucionales en la iglesia de Santa María la Nueva. El día de Reyes del año de 1530, asistiendo á esta Junta, tratóse de algunos puntos disciplinarios, sobre que hubo acalorado debate. Entre los concurrentes se hallaba Francisco de Monsalves, anciano de más de setenta y cinco años, y su deudo Diego de Mazariegos, joven, y lleno de las arrogancias de la edad. Monsalves, no sólo por el peso de sus años, sino por otros padecimientos, tenía quebrada la salud, el cuerpo flaco y enfermizo, y desamparado de las fuerzas corporales, andaba apoyado en una caña. Como Mazariegos entrase en la cuestión, antes de que otros de mayor edad hubieran hablado, Monsalves le dijo: «*Señor sobrino, dejad hablar en este negocio á los caballeros hijosdalgo más antiguos, que después hablaréis vos.*» Respondió Mazariegos, interpretando mal la frase de su deudo: «*Yo soy mas antiguo caballero hijodalgo que vos.*» Monsalves replicó: «*Reportaos, caballero, que yo no trato de la antigüedad de la nobleza; que bien notoria es la mía; sino de la edad. Están aquí muchos caballeros de más edad que vos, y sería bien que todos oigamos sus pareceres.*» Mazariegos, cada vez más obcecado, volvió á decir: «*Yo soy caballero y más antiguo hijodalgo que*

vos, y no hay aquí quien lo sea más que yo.» Monsalves dijo: «*Vos mentís como mal caballero.*» Asió Mazariegos de la caña que Monsalves traía en la mano, y con ella le dió dos ó tres golpes. Aunque los asistentes se interpusieron, Mazariegos era gallardo, y uno de los más bien dispuestos caballeros de Zamora y se le respetaba así por el valor de su persona, como por la estimación de su linaje, siendo en realidad hombre muy principal y rico, y mayorazgo de los Guadalajara, teniendo otros tres hermanos de la misma gallardía y gentileza. Monsalves no tuvo quien saliera en su defensa, y apesadumbrado y melancólico se retiró á su casa, con tal amargura en el alma, que le entró una fiebre aguda, de que se sintió morir. En esta congoja escribió su desdicha en una carta muy sentida á un hijo que tenía, capitán en las huestes del Emperador, y el mismo día murió de la vergüenza.

Estaba el capitán Monsalves en Coron, ciudad de Grecia, que acababa de ser ganada á los turcos, sirviendo de soldado aventajado del Maese de Campo Machicao, y eran allí sus camaradas Alonso de Sosa, hermano de D. Pedro de Vivero, natural de Toro, Bernardo Sotelo, comendador de la Orden de San Juan, natural de Zamora, y Alonso de Cisneros, de Benavente, tres hombres muy principales de Castilla, y soldados de mucho valor. En presencia de estos le fue entregada la carta de su padre, cuya lectura le produjo un desmayo. La carta decía así: «Muy magnífico señor: anteayer, día de los Reyes, hubimos ciertas palabras el Sr. Diego de Mazariegos y yo, y á las que me dijo, por ser demasiadas y falsas, me obligó á desmentirle. Tomóme un pedazo de una caña que yo tenía en mi mano, y dióme con ella de palos; que como me han desamparado las fuerzas corporales para resistir y satisfacer á tan gran deshonor é insulto, y me ha quedado la memoria de mi obligación y pasados, me ha causado tal dolor que me ha quitado muy aprisa la vida. He querido dar cuenta de este miserable suceso á vuesa merced, para sólo suplicarle que de aquí adelante no se llame ni tenga por hijo mío, si-

no de Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre, que acabó su vida tan honradamente como vivió, y no de quien ha sido tan desventurado, que la naturaleza le ha quitado las fuerzas y la fortuna y la honra, todo á un tiempo, y olvidado de mis injurias por sólo Dios, por el mismo suplico á vuesa merced que en este negocio no se hable ni trate más, como si no hubiera sucedido; que yo perdono al Sr. Diego de Mazariegos, porque Dios me perdone mis muchos y graves pecados. Fecha en Zamora 8 de Enero de 1530.» Con esta carta escribieron á Diego Monsalve algunos deudos y amigos suyos, haciéndole saber cómo su padre había fallecido tres días después del suceso.

Cuando sus tres camaradas se impusieron del motivo de su dolor le aconsejaron la venganza, y Bernardo de Sotelo, á nombre de los otros, le dijo: «Bien sabéis que en este saco de Coron hemos ganado ocho mil ducados: creed que nos los ha dado Dios con mucha causa y misterio, habiendo vivido pobres y con muchos trabajos toda la vida: con ellos, y el mucho valor de vuestra persona, andad á que se restaure la honra de vuestro viejo y honrado padre. Todos los entregamos y donamos para que de ellos, y de más, dispongáis á toda vuestra voluntad; que os prometemos y hacemos pleito homenaje como caballeros hijosdalgo de os seguir y acompañar hasta que á mucha satisfacción vuestra recuperéis la honra de vuestro padre.» Diciendo así, juraron quitarle la vida si en término de dos años no la había recobrado, haciendo unos en las manos de los otros los homenajes referidos. Hecho público el suceso, todos los del campo le ofrecieron de igual manera sus personas y sus haciendas, y el Maese Machicao le expidió la licencia para venir á España con sus camaradas, expresándole que sentía mucho no poder venir con él. Todos los cabos del ejército le visitaron, y le acompañaron hasta dejarle embarcado en el mar.

La noticia de su llegada á España cayó como un rayo sobre Mazariego, sus parientes y sus amigos; pero fue mayor su

turbación al recibir por mano de Juan de Monsalve, hermano menor de Diego, una carta que decía: «Muy magnífico señor: En Coron, en la Grecia, me dieron aviso y supe la diferencia que vuesa merced tuvo con Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre; y porque, como vuesa merced vió, é estaba tan impedido y acabado que apenas podía sustentar su cansado y flaco cuerpo si no era arrimado á una caña, que vuesa merced tomó por instrumento de tan miserable suceso, he venido yo desde Grecia á que vuesa merced entienda que, siendo quien es, no podrá dejar de mostrar que era indigno de imaginar tan temerario atrevimiento como vuesa merced usó con él: y no pudiéndose averiguar este negocio, si no es entre la persona de vuesa merced y la mía, le suplico me haga merced que nos veamos en una isla que hace el Duero junto á Farisa, entre Portugal y Castilla, con una espada y una daga, señalando vuesa merced el día que será servido hacerme esta merced; y si vuesa merced quisiere traer en su compañía uno, dos ó tres caballeros podrá escogerlos, que hasta este número fuere servido, que á él llevaré yo el que vuesa merced fuese servido y señalará, que á eso están aquí conmigo los Sres. Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, que vuesa merced conoce y sabe quienes son. Y si otro sitio ó armas le pareciere á vuesa merced más á propósito, lo podrá escoger como fuese servido: y respuesta podrá dar vuesa merced al señor Cisneros de Sotelo, vecino de esa ciudad, que yo cumpliré lo que por él vuesa merced me mandare.»

El informe original manuscrito de este desafío, que consta entre los papeles que al advenimiento de los Reyes de la casa de Borbón pasaron de los archivos reservados de los Reyes de la casa de Austria á formar parte de los fondos de la antigua Biblioteca Real, hoy Nacional, dice que cuando Mazariegos recibió de sorpresa esta carta, olvidado de que hubiese Monsalves en el mundo, sufrió tan notable alteración, que echáronla de ver su hermano mayor Alonso González de Guadalajara y otros caballeros que se hallaban presentes, y añade que

aunque los dos hermanos se empezaron á disponer á la respuesta, como caballeros, queriendo acudir á su deber, algunos otros se apresuraron á dar noticia del hecho al Corregidor de la ciudad para que lo impidiera la justicia. En efecto, se trató de prender á Diego de Monsalves por mano armada en los lugares próximos á la ciudad, donde se suponía oculto, pero aunque se puso mucho interés en la realización de este arbitrio, los amigos de Monsalve le avisaron para que resguardase su persona. En esta disposición de las cosas, y no llegando la contestación de Mazariego, á los pocos días apareció en los sitios públicos de Zamora el correspondiente cartel, en que hecha exposición del agravio, y copiada la carta de Monsalve, denunciada la persecución por mano de la justicia, y atribuyéndole la responsabilidad del cobarde procedimiento, con las protestas de ritual, se emplazaba al retado, dentro de los dos primeros meses, al combate personal, esperando la contestación en la ciudad de Miranda, de Portugal, donde Monsalve quedaba constituído; mas si en el plazo otorgado Mazariego no contestaba, «me satisfaré de la manera posible con armas aventajadas, arrojadizas ó de fuego, ó de otra cualquier manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de los hombres».

Pasado el término del emplazamiento y llegado el domingo de Ramos, cuando la justicia se hallaba en la procesión de las Palmas, se pregonó á vista de todos, por pregón público, que cualquier persona que diese noticia á Diego Monsalve de la persona de Diego de Mazariegos en parte donde aquél pudiera hablarle, recibiría 500 ducados de albricias de manos de Gregorio de Sotelo, residente en Zamora. El pregonero y los que le acompañaban, á uña de caballo escaparon para Portugal, y aunque se prendió á Sotelo, éste declaró que él no tenía noticia de lo que el pregón decía; pero que se tenía por tan amigo de Diego de Monsalve, que daría los 500 ducados á la persona que habiendo cumplido con él, le trajese la cédula suya. Pocos días después la familia de Mazariegos de-

nunció como sospechosa una casa cercana á la en que vivía el retado, en continua compañía y custodia de muchos de sus deudos y amigos, y que por permanecer cerrada siempre les infundía temor. La casa fue reconocida, y se encontraron azadones, picos, esportillas y mucha tierra sacada de una mina que iban haciendo hacia la casa de Mazariego; con que toda Zamora se llenó de terror ante la idea de que hicieran volar aquellos edificios con pólvora. Para poner al retado más al abrigo de una emboscada, se le pasó al convento de San Benito. Corrieron por la ciudad mil novelas é invenciones, y se dijo que Monsalve, con sus compañeros, en pleno medio día, había asaltado por unas rejas el convento, y registrado las celdas una á una. La sombra de Monsalve apareció entonces ante la imaginación del vulgo, como un fantasma capaz de acometer sin ser visto las más inverosímiles empresas de la audacia, y el pueblo se encendió en disputas y se dividió en partidos. Las disputas pasaron á verdaderas reyertas y contiendas civiles, que provocaban cotidianos desórdenes por si Diego de Mazariegos, siendo un caballero á quien todos reconocían valor, huía de verse con Diego de Monsalve por los remordimientos que en su conciencia labraba la sinrazón que había hecho con su padre, ó por si se había enteramente acoquinado con la fama que de la valentía de su contrario corría por todas partes.

Tomó mano en el negocio D. Fernando de Toledo, Prior de la Orden de San Juan y hermano natural del Duque de Alba D. Fernando, el cual, viendo la progresión de los disturbios públicos, y que habían salido inciertos todos los caminos tomados para encontrar una solución conveniente, resolvió escribir al comendador Bernardo de Sotelo, uno de los camaradas de Monsalve que habían con él venido de Grecia y que con él se mantenía en Miranda de Portugal. Con el seguro de su palabra Sotelo vino á Zamora, y el Prior le dijo qué medios habría para calmar aquellos desórdenes, á lo que el noble soldado contestó que ningún otro que no fuera que Mazariego saliese

á matarse con Monsalve, y que no podía haber otro. El Prior propuso varias soluciones, y el curso de la conversación llegó á punto en que Sotelo dijo: *Ríndasele Mazariego á Monsalve, y estoy seguro que ni le matará, ni pondrá sobre él la mano.*—El de Toledo dijo entonces á Sotelo: *Pues tratad con Monsalve que se contente con eso, que yo me hago cargo de acabarlo con Mazariego.*—A esto repuso Bernardo Sotelo: *Esto no se ha de tratar con Diego de Monsalve, ni él vendrá en ningún género de medio que trato sea; sálgase Mazariego á matar con él y ríndasele, que yo aseguro no pondrá sus manos en él.*—Dijo el Prior: *¿Y qué seguridad puede haber en eso?*—Contestó Sotelo: *Saber yo quién es Diego de Monsalve: no pondrá las manos en un rendido, y cuando lo hiciere, yo me hallaré presente y mataré á Diego de Monsalve.*—Entonces el Prior concluyó la plática diciendo: *Pues, Sr. Bernardo de Sotelo, ordenad vos como se haga esto á vuestro modo: que yo haré por otra parte se haga lo que vos quisiéredes.*—Y dijo Sotelo: *Yo pensaré esta noche en la forma cómo se haya de hacer, y vendré por la mañana á avisar á V. S. de lo que hubiere acordado y me pareciere.*

Sotelo propuso que por auto de justicia se abriera el enterramiento de Francisco de Monsalve, se descubriese el cadáver y que ante él Diego de Mazariego satisficiera el agravio que le había hecho, rindiéndole su espada y amparándose de su protección, diciendo «que á él se atrevió á darle de palos con una caña, por verle viejo, sin fuerzas y sin armas, y que si las trajese ó pudiera traer, no sólo no lo hiciera, mas ni se atrevería á imaginarlo: y que ahora que sabía que de sus cenizas había salido un hijo suyo de tal nombre, que con las armas en la mano representaba el valor de su padre, que por sus años, enfermedades y dolores estaba en él tan amortiguado cuanto estaba resucitado en el señor Diego de Monsalve, su hijo, y que sabía que no podía haber en el mundo ni alcanzar lugar seguro del dicho Sr. Diego de Monsalve donde amparar la vida, por tanto él le rendía la espada en aquel sepulcro do yacía, y le pedía perdón de su temerario y loco atrevimiento,

confesando, como confesaba, todas las cosas arriba dichas y hechas contra razón, y faltando en ellas á lo que debía á caballero tal por los respetos dichos». Lo propuesto por Sotelo se ejecutó con todo su imponente aparato ante las justicias, los caballeros y gran concurso de pueblo de Zamora, y Sotelo, á quien se nombró curador del sepulcro, recibió la espada desnuda de manos de Diego de Mazariego. Entonces le dijo que se holgaba hubiera venido en tan buen convencimiento, y desde el Monasterio de Santo Domingo, donde se verificó la solemne ceremonia, llevando el testimonio de todo lo ocurrido por ante escribano público, más una carta supuesta de Francisco de Monsalve para su hijo Diego, en que le pedía y mandaba fuese amigo de Diego de Mazariego y le sirviese y ayudase en toda cosa como criado que era suyo, se trasladó á Miranda, donde Diego Monsalve y los demás camaradas permanecían ignorantes de lo que en Zamora había sucedido.

Cuanto llegó, anunció que Mazariego le sostendría el campo con una espada y daga, en calzas y camisa, al día siguiente en el Campo de la Verdad, extramuros de la ciudad, donde ya estaba hecha la estacada. Anunció que los padrinos de Mazariego serían el Gran Prior de San Juan, D. Fernando de Toledo y su sobrino D. Enrique Enríquez de Guzmán, que después fue Conde de Alba de Liste. La alegría de todos les hizo no dormir aquella noche, pareciéndoles llegada la suspirada hora de la reparación. Al día siguiente salieron muy gallardos, y Monsalve lleno de plumas y botones de gala para el palenque del desafío, y al llegar á la estaca eligió por padrinos á Alvaro de Sosa y Bernardo de Sotelo. Ya Diego de Mazariegos le esperaba en su puesto, y todos se saludaron muy corteses; se reconoció á los duelistas, hallándoles en armas; se partió el sol y se hicieron los demás preparativos de la batalla. Los alrededores de la estacada habían sido inundados por un gentío inmenso, así de naturales como forasteros. Con todo, la atención y el silencio eran tan grandes, que no parecía había nadie en ellos.

Cuando se hizo la señal, Diego de Monsalve echó mano á su espada y daga, y con gentil y gallardo semblante se dirigió á su rival, el cual le dijo antes de tomar sus armas: *Suplico á vuesa merced lea ese papel, antes de pasar adelante.* Monsalve lo tomó, se apartó á un lado, y, habiéndolo leído, dijo: *Sr. Diego de Mazariego: aquí habla mi padre; pero á vuesa merced cumple de pelear como caballero, porque uno de los dos ha de quedar por bueno en este campo.* Entonces, Mazariego echó mano á la espada, y, tomándola por la punta, dijo: *Suplico á vuesa merced, señor Diego de Monsalve, tome esta espada y haya misericordia de mí, como de su rendido.* Monsalve la tomó por la guarnición y lamió con la lengua por entrambos filos, desde la guarnición hasta la punta, y dijo, en voz que todos oyeron: *Doy muchas gracias á Dios, que ha traído á vuesa merced á este conocimiento. Viva vuesa merced en paz desde hoy en adelante, y si alguno le agraviare, avíseme vuesa merced, que yo desagraviaré y satisfaré á todo mi poder.* Y manteniendo su daga en su vaina, se quedó con entrambas espadas en las manos, siendo uno de los más extraordinarios espectáculos que había habido jamás en España.

Llegó luego D. Enrique Enríquez de Guzmán á pedir á Monsalve la espada rendida, y, presentándole el campeón la suya, le dijo: *Con esta mía serviré á V. S.: que ésta del señor Diego de Mazariegos, fuera de mi poder, no tendrá valor de aquí adelante.* Pesóle mucho á D. Enrique se la hubiera negado, y dijo: *Para eso mejor es mi espada.* A lo que Monsalve contestó: *Esto hasta ahora está por averiguar; pero en parte está V. S. donde lo podrá saber cuando quisiere.* Interpúsose el Prior, y notó á D. Enrique lo mal que hacía en enojar á Monsalve, cuando todos procuraban contentarle para atajar tantas discusiones, y, haciendo que se abrazasen, los sacó del campo con gran solemnidad.

La espada de Mazariego estuvo muchos días colgada debajo del escudo que blasonaba el dintel de la puerta de la casa de Monsalve. Nadie se atrevió á tocarla. Con sus camaradas se

volvió al ejército del César, donde alcanzó por su valor todos los grados de la milicia, hasta el de Maestre de Campo; pero en la voz común siempre se le llamó el Capitán Monsalve. Carlos V honró su pecho con la cruz de Calatrava. Más tarde, al regresar á su patria, de las fronteras de Francia, donde gobernó algunas plazas, casó en Toro con doña María de Ulloa, hija de D. Alonso de Ulloa y de doña Constanza de Quiroga, hermana del Cardenal de Santa Polonia, Presidente del Consejo de Italia, Inquisidor general y del Consejo de Felipe II. Se avecindó en Toro, y tuvo en su casa muchas veces por huésped al Sr. Diego de Mazariego, á quien honró mucho. La espada rendida la cobró Bernardo de Toledo por pleito ante la Chancillería de Valladolid, y cuando Monsalve tuvo hijos se la regaló á éstos como prenda de emulación de las virtudes del que fue á vender la vida al palenque del Campo de la Verdad, por restaurar la honra mancillada de su padre.

*
* *

De la destreza de los españoles en el manejo de las armas, y de la frecuencia de los desafíos, están llenos todos los libros de aquel tiempo, lo mismo los históricos y docentes que los de pura imaginación. La edición de Sevilla de 1522 de las *Sergas de Esplandian,* se encabeza con una estampa que representa dos caballeros peleando en un palenque, y en el fondo, asomados á una ventana, unos como jueces del campo, y como espectadores un rey y otro personaje, que enmedio tienen una dama; en los *Clarianes* (Toledo, 1528), la viñeta es un caballero acometido con espada de dos filos; en la *Historia breve del Conde Fernan-González* (Burgos, 1537), el caballero se dibuja en el acto de descargar un mandoble sobre otro que huye. Los retos y desafíos abundan en todas estas leyendas, donde se describen combates fenomenales, pero ninguno como el *Florindo*, de Fernando Basurto, publicado en Zaragoza en

1530, donde, como en su portada se dice, «se contienen deffe-renciados Riebtos de carteles é desafíos, juicios de batallas, experiencias de guerra» y otras cosas semejantes.

Las ponderaciones ya sobre los actos de valor personal, ya sobre la destreza de las armas, ya sobre el prodigio de fuerzas sobrenaturales se hallan en los autores que disputan el crédito de la mayor veracidad. D. Luis Zapata, en su *Miscelánea*, habla de Juan Fernández Galindo, que cortó á uno á cercén un brazo con una manga de malla; de Ramiro de Cárdenas, caballero de Ecija, que dió á un napolitano una cuchillada sobre el casco, que le abrió el casco y los cascos, y le derribó muerto del golpe; del Duque de Béjar, D. Francisco, que cortaba un pescuezo de toro de una cuchillada, y del Corregidor de Motril, Salguero Menasalbas, que en la guerra de los moriscos de la Alpujarra dió á un moro en el brazo izquierdo, con que hizo reparo, tan brava cuchillada, que le echó á tierra el codo con un gema de cada parte del molledo de arriba y otro gema del brazo abajo hacia la mano; de manera que de un golpe le hizo el brazo tres partes iguales, que, como la cola de la culebra, estu vieron un poco las dos saltando en el suelo. De fuerzas colosales desplegadas en las funciones de la batalla, no hay qué decir. No es menester ascender entre los conquistadores de Sevilla y de Jerez, á la figura sansoniana de Diego Pérez de Vargas Machuca, que, rota la espada, peleaba á caballo sirviéndose de troncos de olivos como de mazas de combate, para canonizar héroes posteriores semejantes. Diego García de Paredes fue uno de éstos: de su nieto D. Hernando de Paredes, y del Capitán Céspedes y el caballero navarro D. Hierónimo de Ayenza, hizo la musa plebeya romances populares, y sonetos cultos la musa de Lope de Vega. Todavía al final del siglo XVII, en la introducción á sus *Ocios de Castalia*, el Capitán de Infantería D. Juan de Ovando Santarén, caballero del hábito de Calatrava, se propuso á sí propio en la medida de estos esforzados gigantescos. Las habilidades de la esgrima era otro de los elementos de la

educación, que llegaron á ponderarse en la graduación de las maestrías, y aunque el flemático y socarrón Rector de Villahermosa, Bartolomé Leonardo de Argensola, que como hombre de ropas largas entendía mal de estos primores, aguzara su sátira contra este arte, cuando vió á Jerónimo de Carranza someterlo á reglas de Euclides, no fueron los gigantes del Parnaso de su mismo parecer. En Sevilla se escribió contra él una censura que le obligó á rectificar sus opiniones, mientras que acudían á celebrar su *Tratado de filosofía de las armas*, en pindáricas estrofas Fernando de Herrera, el capitán Cristóbal Mosquera de Figueroa, Cristóbal de Mesa, el secretario de Felipe II Tomás de Espinosa, y los reputados médicos Matías de Aguilar y el Dr. Juan Jiménez. Del mismo modo, al aparecer las *Grandezas de la espada*, de Luis de Pacheco de Narváez, fue objeto de los elogios líricos de Bartolomé Cairasco de Figueroa, del sargento mayor Lázaro Luis de Iranzo, Hernando de Soto, D. Félix Arias Girón, hijo del Conde de Puñonrostro, D. Diego de Pareja Velarde, el licenciado Gabriel Gómez de Palacios, Luis Ortiz de Padilla, Juan de Centeilas y otros nobles caballeros. Por hombres insignes en la destreza de las armas, Francisco Pacheco retrató con su pincel, y elogió con su pluma, á Juan de Ochoa Ibáñez; Pedro de Mesa, Juan Márquez de Arache y el licenciado Florentino Pancorbo, como D. Jerónimo González de Villanueva á Cristóbal de Sayas y Alfaro, que murió valerosamente peleando contra los moriscos de Granada, y como D. Juan de Ovando Santarén, que ponderó la rara habilidad del Conde de Santisteban del Puerto, señor de las Navas y Capitán general de Guadix, que hizo por sí más con la propia espada que con el tumulto de la gente de armas que mandaba.

Era natural que todas estas habilidades y todas estas virtudes se exaltasen en una época en que la primera condición de la vida social, cualquiera que fuese la cuna en que se naciera, era el valor. Antes que el maestro de gramática enseñase al caballero adolescente, al sacudir los pañales de la cuna,

los rudimentos de la lectura y á garrapatear las letras de su nombre, entraba en el aprendizaje en todos los ejercicios corporales, y sobre todo, en el de la familiaridad de las armas. Si iba á la guerra, no había de llevar otra recomendación que la espada; si le reclamaba la vida cortesana social, la espada le proporcionaba la estimación de su persona, el amor de las mujeres, las lisonjas de la fortuna y los caminos del favor. En todo orden de la vida, la espada era el supremo camino y la suprema defensa: la espada en la justa y el torneo, la espada en la asamblea de los amigos, la espada en los encuentros de la justicia. Siempre la ocasión de esgrimirla se tenía delante de los ojos, y en aquel estado de permanente y quebradiza susceptibilidad en que una palabra indiscreta, un gesto, la mirada de una mujer, el enojo de una broma, cualquier cosa, la más mínima, hería el puntillo de la honra, tras que se emboscaban los endiosamentos del amor propio, suscitaban un duelo, con bastante frecuencia improvisado entre amigos los más íntimos, entre deudos los más propincuos, á veces entre hermanos, la destreza de las armas era de una necesidad tan primaria como el comer y el vestir. Indudablemente, el valor llegó á emplearse en satisfacer emulaciones y enemistades personales, más veces que en casos verdaderos del honor: pero la sociedad imponía con sus costumbres y con sus ideas aquella necesidad de las cosas, y ninguno podía sustraerse al deplorable influjo social, que impulsando continuamente á los hombres bien nacidos á este género de pruebas de su gentileza, honraba con públicas demostraciones de estimación, al valeroso sobre el prudente, y aun entre los mismos que se arriesgaban á la ciega sentencia del combate, al vencedor sobre el vencido.

En el período, que podríase calificar de militar, en las empresas del valor, los retos entre más de dos contendientes debieron verificarse con frecuencia delante de los ejércitos sin lucha. El panegirista del Capitán Diego de Monsalve, el zamorano, de quien se ha hablado antes, dice al hacer relación

de sus méritos, que fue «uno de los caballeros que había escogido el Emperador Carlos V para hacer la batalla con otros doce caballeros, en cuya batalla se entendió se pusieron las pretensiones de los Reyes sobre la paz de Italia». Don Luis de Zapata dice que, siendo General en Lombardía el Duque de Sesa, D. Gonzalo Fernández de Córdova, nieto del Gran Capitán, y teniendo á sus órdenes al Marqués de Pescara, el mozo, hijo del Marqués del Vasto y sobrino del famosísimo de su título, que á la sazón era general de la caballería, y á vista del ejército de Francia, se concertó, *por gentileza,* un encuentro de tres caballeros españoles y tres franceses. Cada uno debía correr tres lanzas, sin sacar las espadas de las vainas, y sin que hubiese prisioneros de una ni de otra parte. Fue el general de los caballos ligeros franceses con otros dos cabos de igual categoría al lance, que por nuestra parte se sostuvo por el Marqués de Pescara, D. Jorge Manrique y Don Fabricio del Nero, caballero milanés. Corrieron las primeras carreras sin que en ellas ocurriera nada que contar; mas á la segunda, D. Jorge Manrique dió con la lanza tal encuentro á su contrario, que le pasó peto, espaldar y cuerpo, de parte á parte, clavando el duro hierro en el acerado arzón trasero de la silla. El Marqués de Pescara también hirió gravemente á su adversario.

Los desafíos entre soldados de un mismo campo dieron lugar á anécdotas singulares. Siendo Virrey de Sicilia, por el Rey Don Felipe II, Marco Antonio Colonna, riñeron dos Alféreces de su guardia, y se afrentaron á sendos bofetones. El uno era de la compañía del Marqués de Favara, y el otro de la del Barón de Segugliana, que entre sí se trataban con muy continua amistad. Concertado el duelo por las armas, y siendo sus padrinos sus propios jefes, sacáronlos al campo y se pusieron á combatir. Empezada la batalla, el Marqués de Favara dijo al Barón:— *Ea, señor: ¿qué hacemos aquí? ¿Hemos, como leños, de estar mirando?*—Le respondió el Barón:—*¿Pues qué quiere vuesa señoría?*—A lo que replicó Favara:—*Que vue-*

sa señoría y yo nos matemos ambos.—Y el Barón:—*Sea enhorabuena.*—Y sacando las espadas, comenzáronse á descargar. Al estruendo y choque de las espadas, que se arremetían con bravura, los Oficiales desafiados suspendieron su combate por acudir á sus jefes, que se mataban por su causa, y metiéndose entre ellos, á fuerza de cuchilladas se logró la paz, quedando todos amigos. El término feliz de la disputa se celebró en la posada del Marqués de Favara, que á todos los invitó á comer.

La conciencia del propio valor inspiró á veces empresas descabelladas y actos de temeridad, que cuando la prudencia no los templaba, solían dar trágicos resultados. Hallándose en la Provenza el Duque de Alba al frente de las armas del Emperador, salió un día á pasear á caballo, alejándose del campamento más de lo conveniente. De súbito apareció un pelotón de caballeros franceses, en número como de unos cincuenta. El Maestre de campo Juan de Vargas, de Medellín, que acompañaba al Duque, y era soldado de gran ánimo, aunque más atrevido que cuerdo, le dijo:—*Hagamos una burla á aquellos borrachos.*—Dijo el Duqne:—*¿Cómo?*—Vargas le contestó:—*Aparecernos hemos por detrás de este cerro: ellos vendrán á nosotros, y revolveremos sobre ellos por detrás del cerrillo, y daremos en ellos por las espaldas, y así habrá lugar la emboscada; y cargando de golpe sobre ellos, harémosles mucho daño.* —El Duque volvió á preguntarle:—*¿Quiénes?*—Dijo Vargas: —*Todos tres: vuestra señoría, yo y ese paje.* —Y, según Juan Rufo Gutiérrez, jamás, decía el Duque de Alba, se acordaba de esto, que no riese del disparate.

Enmedio del estado especial psicológico que las ideas dominantes creaba en todos los cerebros, en muchos de los cuales la concepción metafísica del valor causaba estragos y producía fenómenos parecidos á la locura, se registran hechos de verdadera caballeresca generosidad. Ni era siempre el dechado de este frenesí aquel Diego García de Paredes, tantas veces aquí citado, que sintiéndose presa de hondas melancolías y fu-

rias espantables, pedía á sus propios compañeros de armas que lo encerrasen hasta pasarle el acceso, por no cometer desatinos; ni aquel Conde de Benavente, D. Alonso, que para domar el humor tercianario que le consumía, se hacía traer la ballesta, ponía á sus pajes en fila, con las cabezas sobre almohadas, y pasaba del furor á la risa, haciéndoles dar saltos á cada virotada que disparaba sobre sus cabezas, aunque sin hacerles daño, por el matemático acierto de su puntería. Un caballero de la casa de Mendoza, ignorando los resentimientos de otro caballero Manrique, su amigo y camarada antiguo, con su hermano, vínole á visitar un día y admitió el regalo de su mesa. Concluída la comida salieron á paseo, y á pocos pasos toparon con el hermano agraviado, el cual, poniendo mano á la espada, acomete á su enemigo. El caballero Mendoza se pone al lado de D. Alonso Manrique, y dice á su hermano: *Teneos; si no, mataros he: que hoy soy de quien me ha dado de comer, y no vuestro hermano.* El combate cesa, se guardan las espadas, y el hermano obsequiado los reconcilia. Rodrigo de Cárdenas, hijo del Comendador del mismo nombre, y aquel que dió la enorme cuchillada de que antes se habló al caballero napolitano á quien desbarató los cascos, había sido en Italia el asiduo é íntimo camarada de D. Luis de Zapata, su primo. Venidos ambos á España, y al lugar de la Oliva, donde se hallaba el padre del primero, en una conversación de familia dijo una frase que hirió en su vanidad á Zapata. Ardiéndole las orejas, dijo éste á Ramiro: *Vámonos á Llerena.*—Cárdenas, que ningún mal tenía pensado, respondió: *Cuando mandáredes.*—Llegados á una venta en el camino, sacó Zapata al Cárdenas muy al descuido paseando, y cuando halláronse en lugar desamparado, le dijo: *¿A qué propósito me dijisteis aquello tal día? Parece que me tenéis en poco, y aquí os habéis de matar conmigo.*—Sorprendido y espantado Cárdenas de aquel inesperado movimiento, le dijo: *¿Vos estais loco, ó qué disparate es este tan grande? ¿No sabéis en cuánto yo os tengo, que por vos me mataría con toda España?*—Dijo D. Luis: *No basta eso; vos*

y yo nos hemos de acuchillar.—Cuando Cárdenas, tan gran caballero y tan gentil soldado, vió que sus descargos no sacaban á Zapata de la ofuscación que padecía, sacó por los gavilanes la espada y le dijo: *He aquí mi espada: con la vuestra y con la mía me matad.*—Entonces Zapata, enteramente desarmado, sacó también la suya, y dándosela de punta, las rodillas en tierra, le pidió perdón de haberle enojado sin razón. Abrazáronse ambos, como hermanos, y nunca volvieron á hablar de aquel suceso.

Por desgracia, estos rasgos no fueron los más frecuentes en los lances que provocó, más la soberbia ó la vanidad que el pundonor; y en ellos viéronse á veces desaparecer todos los varones vivos de una de las dos familias combatientes. En Valencia, donde los resentimientos personales siempre palpitaron vivos en la sangre que da aquel suelo ó aquel clima, ó aquella raza entreverada de provenzal, morisca y castellana, sobre una pretensión de un término, mandó D. Ximen Pérez de Calatayud á desafiar á D. Ramón Ladrón de Guevara y á su hijo, empeñándose en que con él y el suyo, D. Luis de Calatayud, habían de salir á matarse dos á dos. Arguyó don Ramón, que teniendo pleito pendiente, y siendo asunto de justicia, no cabía el juicio por las armas; pero que, aun admitiéndolo, no tenían para qué meter consigo los padres á sus hijos, ni los viejos á los mozos, siendo sus solos y únicos herederos de sus respectivos mayorazgos. D. Ximen Pérez replicó que padres é hijos, viejos y mozos, habían de entrar en la estacada, y así muy contra su voluntad, aunque eran muy valientes los caballeros Ladrones, vinieron á la batalla personal con los Calatayudes. Por una y otra parte corrió bien la sangre en una lucha sin misericordia; pero, al cabo, la victoria se decidió por los caballeros D. Ramón y don Baltasar Ladrón de Guevara, dejando muertos en el campo, y extinguida en la ciudad su familia, á los dos caballeros Calatayud.

El teatro caballeresco de estas luchas no se circunscribió á

los ejércitos y á los caballeros de la corte y de las ciudades populares, sino que trascendió á las Universidades, donde estudiaban gran número de caballeros segundogénitos de las casas grandes, tituladas y amayorazgas, y que llevaban al fárrago de las escuelas las ideas dominantes en las exigencias de la sangre y de la cuna. De algunos de estos duelos trató en su *Arancel político* Gaspar Caldera de Heredia, que en sus juventudes tuvo fama de pendenciero entre los más pendencieros, y que nos conservó la memoria de algunos de estos desafíos, así como la de otros que él presenció en Flandes y en Italia, en cuyos ejércitos sirvió con la pica y con la espada. No obstante, Caldera de Heredia escribió viejo y para sus hijos, con el propósito de darles norte y dirección para la vida: de modo, que sólo apunta aquellos hechos de que podía sacar alguna lección moral. De sus propios desafíos habla así: «Si hoy (1645-50) vive D. Diego de Mendoza Calderón, puede ser testigo de nuestro desafío en Salamanca, al sitio de San Bernardo, por un acaso bien impensado de querer reconocer á ciertas damas, que ni lo permitió el lugar ni la presunción. Fue lo que no pudo excusarse. Salimos ambos heridos, aunque con mayor peligro en el alma que en el cuerpo, en que mereció mayores aplausos su valentía que mi fortuna, por su grande y generoso corazón, que ocasionó después nuestra grande amistad.»

Caldera se propuso imbuir á sus hijos la idea de que no basta el valor ni la destreza en los desafíos, para obtener el éxito victorioso: sino que todo depende del juicio de Dios, de los accidentes de la casualidad ó de los arbitrarios dictámenes de la fortuna. La proposición, sin ser del todo errónea en los fenómenos prácticos de la realidad, no puede sustentarse con gran fundamento en las demostraciones racionales de la lógica; y hasta incurría con ella Caldera de Heredia en contradicción consigo mismo, pues ya había escrito de su mano entre sus sabios apotegmas: *A la virtud del valor, obedece la fortuna*. Pero, como se ha referido, su propósito era excusable

cuando se dirigía á sus hijos en son de consejos y ejemplos de la experiencia. «Salió D. Francisco de la Caballería, decía hablando de los duelos de Salamanca, á la campaña con el Comendador Villalpando, y á las primeras entradas lo mató el Comendador.» Y en otro lugar: «D. Francisco de Torrellas, mozo, galán, diestro, valiente y no menos caballero, cayó muerto en breve espacio y vencido de la fortuna y gentileza de D. Francisco de Mendoza.» Y con mayor elocuencia todavía: «Martín de la Maya, que hacía bien poca profesión de las armas, salió á campaña con D. Martín de Urrea, mozo de los más animosos y diestros de su tiempo, y ejercitado en semejantes combates; y finalmente, cayó á los pies de su contrario muerto el Urrea, aunque muy desigual en ánimo y en valor.» Casi igual á este caso, refiere también el siguiente: «Combatió estos días en desafío particular y secreto D. Luis de Arauz y Prado, con D. Antonio de Subriagui, mozo más precipitado que prudente, á quien mató de una punta que le entró por un muslo, D. Luis; y tomándolo en sus brazos mal herido, lo llevó al Convento de la Santísima Trinidad del Campo, para que se confesase; en cuya iglesia espiró.»

Los ejemplos de sus recuerdos militares no son menos lúgubres que los de los escolares. «En Milán—dice—fue celebrado el desafío de D. García de Villalpando con Francisco Cerdán, porque andando D. García muy mal herido, cayó á los pies de Cerdán, mozo diestro y animoso, y que no había recibido más que una pequeña herida en la boca. Queriendo matar en tierra á D. García, entró tan ciego y desatinado con una punta, que hiriendo D. García la de su espada contra él se entró por ella, de manera que cayó degollado á los pies del que tenía por vencido». Otro caso de valor infortunado fue el siguiente: «Maldonado, valeroso soldado, estando en el castillo de Castilnovo de la Bosnia, en la Dalmacia, recibió los carteles de su contrario, é hizo diligencias singulares para salir del castillo. No pudiendo conseguir la licencia se descolgó con un cordel por la muralla, y entrando en el combate, á los

primeros pasos que dió por el campo, se entró por la espada de su enemigo, y feneció á un mismo tiempo la vida y la diligencia por su honor». El último caso que Caldera refiere es el siguiente: «D. Luis Parreño fue gravemente injuriado de Fabricio Brancanio, caballero napolitano. Viniendo los dos á combatir, cuando con mayor diligencia procuró D. Luis la satisfacción de su honor, acabó primero la vida, queriendo la fortuna y el juez impío del duelo, que no solamente padeciera la injuria, sino también la muerte». ¡Mirad la igualdad de este juicio!

Pero justo es ya que se individualicen aquí otros duelos que tuvieron lugar principalmente bajo el reinado de Felipe IV, y de que se conservan documentos justificativos de más extensión en nuestros archivos nacionales.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

POETAS AMERICANOS

EL CANTO DEL GUERRERO

En esta espesura
Del viento batida,
Hazañas de bravos
No enjendren esclavos
Que estimen la vida
Y eviten lidiar.
¡Oidme, guerreros;
Oid mi cantar!
Valiente en la guerra
¿Quién hay, cual yo soy?
¿Quién vibra el tacápe
Con más valentía?
¿Quién golpes daría
Tan rudos, cual doy?
¡Guerreros, oidme!
¿Quién hay, cual yo soy?
¿Quién guía en los aires
La flecha emplumada
Con tanta certeza,
En pos de una pieza,
Cual puede esforzada

Mi diestra guiar?
¡Guerreros, oidme;
Oid mi cantar!
¿Quién tantos vencidos
Dió al yugo hasta hoy?
¿Quién canta sus hechos
Con más energía?
¿Quién golpes daría
Tan rudos, cual doy?
¡Guerreros, oidme!
¿Quién hay, cual yo soy?
¿Quién hay que en la caza
Me afronte, ó la guerra?
La onza rabiosa
Ya busca un abrigo;
Tembló el enemigo;
Y el ave medrosa
Muy lejos huyó.
¿Quién hay más valiente,
Más diestro que yo?
Si corro los bosques
Sonando el boré,
De flechas se llenan
Los aires; resuenan
Mil gritos, que atruenan
El campo, y de pie
Mil hombres responden
Al son del boré.
¿Quién es más valiente;
Más ágil, quién fue?
¡Ved!..... Cruzan el monte;
No mueven un ruido:
La brisa modula
Sus quejas; ondula
La rama; un gemido

Da el ave al cantar.
Son ellos: guerreros
Que yo hago avanzar.
Si el Piaga salmodia
En su maracá,
La muerte suspende
Su vuelo; cubiertos
Los campos de muertos
Preséntanse ya.
Mil hombres yo traje;
Los mil veo allá.
Y entonces, si toco
De nuevo el boré,
Cual fuente que surge
De roca empinada,
Que va turbulenta,
Quejosa y violenta,
Pues mal apagada
Su cólera ve,
Tal ellos se escurren
Al son del boré.
Guerreros, decidme:
Tan bravo, ¿quién fue?

***

CANCIÓN DEL DESTIERRO

Mi tierra tiene palmeras
Donde canta el Sabïá;
Las aves que aquí gorjean
No gorjean como allá.
Tiene más luz nuestro cielo

Nuestros campos más verdor,
Nuestros boscajes más vida,
Nuestra vida más amor.
De noche, conmigo á solas,
Más placer encuentro allá:
Mi tierra tiene palmeras
Donde canta el Sabïá.
Mi tierra tiene primores
Que iguales no he visto acá:
De noche, conmigo á solas,
Más placer encuentro allá:
Mi tierra tiene palmeras
Donde canta el Sabïá.
No quiera Dios que yo espire
Sin que vuelva por allá;
Sin que los goces disfrute
Que no encuentro por acá;
Sin que vea las palmeras
Donde canta el Sabïá.

ANTONIO GONZALVES DÍAZ (Brasileño).

Traducidas por Julio Vicuña Cifuentes.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO

Segundo período.—El romanticismo en las costumbres. La teoría emancipadora: el individualismo.—La autocrítica romántica.—Víctor Hugo: primeros años.—El poeta.—El político.—El estilista.

Una escuela literaria puede circunscribirse á la esfera del arte ó trascender, con más ó menos alcance, á las costumbres y á la vida social. Este último caso es el del romanticismo, que no fue sólo renovación de las letras, ó que, por mejor decir, sólo renovó las letras al través de una renovación profundísima y casi total de la sociedad en todos sus aspectos, modificando hasta el aspecto histórico, y rebasando, por consiguiente, de los límites de la pasajera moda, para adquirir carácter de influencia decisiva en todo un período de este siglo.

Hasta cabría decir que la renovación romántica se infiltró más plenamente en la sociedad que en la propia literatura. De los literatos, muchos lucharon con la corriente romántica y otros la siguieron nadando entre dos aguas, conservando la sencillez clásica, v. gr., Lamartine; encambio, la sociedad,

y podríamos decir que la vida nacional romántica, aparece desde la caída del Imperio hasta mediados del siglo. El triunfo del romanticismo en las letras fue azaroso, discutido y breve; en la sociedad largo y natural, porque lo trajeron infinitas concausas, y, sobre todo, las de orden político é histórico. Desde principios del siglo en Europa, agitada por las guerras napoleónicas, se despierta un ansia inmensa, no sólo de libertad política, sino de independencia nacional: el conquistador, al pretender subyugar á las naciones, iluminó su conciencia, dió cuerpo á aspiraciones mal definidas, y aun comunicó el impulso decisivo á que obedeció Europa hasta hará unos veinte años; hasta que la terrible cuestión económica se presentó dispuesta á reemplazar á las cuestiones políticas é históricas, como el problema más grave é insoluble. Hungría, Polonia y Grecia, queriendo sacudir el yugo; Italia sujeta al Austria y aspirando á redimirse; España, destrozada por el combate entre la tradición y las nuevas ideas; Francia, ensayando todas las formas de gobierno y viviendo en perpetua convulsión; Alemania, rehaciéndose para el Imperio; Rusia, queriendo ahogar los gérmenes nihilistas bajo los hielos polares de Siberia, son naciones que sufren todas á la vez la crisis romántica. Donde quiera se forman sociedades secretas, estallan insurrecciones, levántanse barricadas, corre sangre, se ocultan los proscritos, interesa su suerte, y el romanticismo histórico vence con todos sus caracteres, hasta los tradicionales, porque en ese período mismo, enmedio de la fiebre de libertad y hasta de negación sistemática y ciega del pasado, el pasado se impone victorioso por el nuevo culto que tributa cada pueblo, cada raza y cada región á sus antiguos usos, á su idioma, á sus leyendas, á cuanto la distingue y caracteriza.

Volviendo á las letras, si el período clásico fue de sólida unidad, tranquilo y duradero, no así el romántico, cuyo sino era vivir en guerra, y que si vió ensancharse sus dominios ante su fogoso corcel de batalla, no supo asegurar el señorío

del terreno conquistado. El origen de esta diferencia es que el clasicismo era un método, y el romanticismo una explosión; y lo que hizo explosión por medio del romanticismo, era lo contrario de la unidad colectiva: el individuo, la personalidad, que es tanto como decir la variedad sin límite; las múltiples formas del sentimiento, del pensamiento y de la fantasía; los temperamentos, los gustos, las rarezas, los antojos,—en resumen, el *yo*, afirmado anárquicamente. Visto así el romanticismo—y así hay que verle—se explica que sea un Proteo que cambia de aspecto y de figura á cada instante, y se comprende la diferencia, ó más bien la contraposición que existe entre poetas igualmente complicados en el motín del romanticismo. Supongamos que varios políticos de tendencias inconciliables se coaligan para derribar un poder que todos detestan, y aprovechan su caída, no realizando aspiraciones comunes, sino emancipándose y pretendiendo después cada cual imponer su dictadura: apliquemos la hipótesis á las letras y tendremos la revolución romántica.

Por eso el grito de guerra de los románticos es *libertad;* pero la libertad que el romanticismo reclama no es aquella que sanciona el derecho de todos, sino la que reconoce, sin trabas ni cortapisas, el de cada uno contra los demás: ¡diferencia capitalísima! La libertad, entendida así, conduce derechamente á la anarquía, y quien considere el estado actual de las letras, sobre todo en Francia, donde el romanticismo tuvo verdadero carácter militante, notará la lógica y natural evolución del romanticismo, desde la libertad á la licencia, y desde la licencia á la atomística disgregación que presenciamos, y que ha dado por amargo fruto un marcado y notado descenso en el valor de la obra literaria y un divorcio casi total entre el espíritu de las letras y el de los lectores.

Hubo, sin embargo, en el romanticismo un momento de unidad y cohesión aparente, pero bastante para producir una ilusión que todavía dura: hubo aparatosa muestra de compañerismo y fraternidad; hubo lazos de simpatía que remedaron

otros más fuertes y duraderos, y hubo curiosas afinidades temperamentales, gemelismos del *yo*, sobre todo en poetas líricos que tal vez ni se conocían, que habían nacido bajo distintas latitudes, en diferentes esferas sociales; un Byron, un Espronceda, un Pouchkine. Sin duda que analizados estos gemelismos y afinidades, parecerían mucho menores; el análisis descubre la diversidad antes que la semejanza. Espronceda y Byron, por ejemplo, se parecían más en lo adquirido y artificial, que en lo íntimo. Con todo, bastó este género de analogías, que saltaba á la vista, para acreditar la leyenda de las almas hermanas y para que se pudiese escribir con seguridad y leer sin sorpresa que Espronceda, por ejemplo, es el Byron español. La verdad es que, gracias á la emancipación del *yo* por el romanticismo, Byron pudo ser Byron, y cada uno ser cada uno (no se tome á perogrullada). El dictador aclamado por las masas de la revolución romántica es el individuo; en el romanticismo la colectividad desaparece.

De aquí nace la dificultad insuperable con que se tropieza para definir el romanticismo; de aquí que las definiciones más opuestas tengan su parte de verdad; de aquí que en él quepan todas las tendencias y todas las direcciones, proclamadas y defendidas con igual derecho. Hay un curioso opúsculo en prosa, de Alfredo de Musset, que pone de manifiesto esta condición especial del romanticismo. Titúlase el opúsculo—ya lo he nombrado antes—*Cartas de Dupuis y Cotonet*, y su asunto—en que probablemente se inspiró Gustavo Flaubert al planear su prolija novela satírica *Bouvard y Pécuchet*—no es otro sino los apuros que pasan dos honrados provincianos para averiguar desde su rincón el intríngulis de ese romanticismo que tanta bulla mete. Los buenos señores, allá en la *Ferté sous Jouarre*, que es como si aquí dijésemos *Vitigudino*, se devanan los sesos y se dan de calabazadas sin lograr enterarse. Sucesivamente van creyendo que el romanticismo será lo pintoresco, lo grotesco, la exhumación de la Edad Media, el desacato á las unidades de Aristóteles, los aires alemanes importados

por Madama de Staël, la mezcla de lo trágico y lo cómico, la españolería de chambergo y capa, el género histórico, el género íntimo, las rimas con estrambote, un nuevo sistema de filosofía y de economía política, la manía del suicidio, el neocristianismo, la desesperación al estilo de Byron, y hasta el uso de las palabras crudas y gruesas—los Dupuis y Cotonet modernos, entre paréntesis, han solido imaginar que esto último era el naturalismo.—Sumidos en un piélago de confusiones, los dos provincianos consultan á cierto curialete petulante, con ribetes de literato, y éste les informa de que el romanticismo no es nada de cuanto suponen, sino lo infinito y lo estrellado, el ángel y la perla, el lucero que llora y el pájaro que exhala perfume, y por contera lo diametral, lo oriental, lo piramidal y lo vertiginoso... Con tan gallarda explicación huelga decir que Dupuis y Cotonet se quedan turulatos, sudan la gota gorda y entienden el romanticismo todavía menos que antes. La humorada de Alfredo de Musset tiene su miga: el romanticismo puede ser todas las cosas imaginables si consideramos que un canon de su estética manda á cada escritor abundar en su propio sentido y ostentar por fueros sus bríos y por pragmáticas su voluntad.

De esta licencia desenfrenada nace la inmoralidad esencial del romanticismo. «Cuando un siglo es malo—escribe un autor francés—cuando vivimos en épocas en que ni hay religión, ni moral, ni fe en el porvenir, ni creencia en lo pasado; cuando para estas épocas escribimos, bien podemos desafiar y conculcar todas las reglas, derrocar todas las estatuas, divinizar el mal y la fatalidad; quien se llame Schiller, dueño es de escribir *Los bandidos*, y responder de antemano á la posteridad: Mi siglo era así, y como lo he visto lo he pintado.» ¿Quién estampó este juicio austero y pesimista? ¿Fue algún moderno padre de la Iglesia, un Bonald, acaso un Luis Veuillot? No por cierto. Fue el escéptico autor de *Rolla*, fue el libertino cantor de *Namuna*: el mismísimo Alfredo de Musset. El párrafo encierra en cifra el porvenir literario de nuestro siglo,

y anuncia bien claramente ciertos monstruosos delirios que ya registra atónita la historia literaria: el satanismo y el culto al mal erigidos en religión estética dentro del ciclo del decadentismo, y teniendo por sumo sacerdote á un poeta tan grande como Carlos Baudelaire. Espantosas consecuencias de un error de principio: la falsa interpretación del concepto de libertad, que en arte no es un fin sino únicamente un medio, una condición para realizar la belleza.

No sospechaban los románticos del primer período que llevaban en sí germen tan funesto. Aunque clamasen por libertad á todo trance, existía en ellos el instinto de asociación y el deseo de solidaridad. Los cenáculos y el motín del estreno de *Hernani,* que á su tiempo recordaremos, revelaron esta tendencia, y acaso más claramente todavía la demostró el anhelo de tener una cabeza, un caudillo, lo que mejor produce la ilusión de la unidad. En la sangre de la generación que siguió á la de la época imperial, fermentaba la levadura belicosa, herencia de sus guerreros padres, último rezago de la fiebre de gloria y del ansia de conquistas. Al pacífico terreno de la literatura traían ímpetus marciales, y sentían necesidad de aclamar á un capitán, de seguir una bandera y de respirar el olor de la pólvora. El Bonaparte que les faltaba lo encontraron en Víctor Hugo (1).

Encerrar este nombre prestigioso en algunas páginas, es como recoger el mar en un pocillo. No consiste la dificultad en la grandeza literaria de Víctor Hugo, sino en su amplitud: grande es Víctor Hugo sin duda, pero es más amplio todavía que grande. Están en tela de juicio sus méritos: se le discute con encarnizamiento, y no por una obra, sino por cien obras; no por un género, sino por tres ó cuatro en que á la vez marcó su formidable huella; y si en otros poetas, Chateaubriand y Lamartine, por ejemplo, se puede aislar la vida pública de la literaria, en Víctor Hugo se eslabonan y compenetran de tal

(1) Víctor Hugo nació en 1802 en Besançon; murió en 1885 en París.

suerte la política y la literatura, desde la publicación de su primer tomo de versos á los diez y seis años de edad, hasta la del último á los ochenta y pico, que es doblemente difícil ver bien al poeta envuelto en la densa polvareda que el político arremolinó. Por otra parte, el papel político de Víctor Hugo rebasa de los límites de su nación y tiene algo de universal: su voz, en alas del arte, se difunde por los ámbitos de la tierra, y su aspiración, sobre todo en los últimos años de su vida, es á ser algo como Sumo Pontífice de la humanidad, la voz que habla desde lo alto de la montaña del espíritu, y concierta á los pueblos y fulmina á los tiranos. De todo esto no es posible hacer caso omiso, si hemos de fijar la personalidad literaria de Víctor Hugo con sus vigorosos rasgos y su peculiar fisonomía.

Víctor Hugo nació de un noble lorenés de antiguo solar y de una bretona hija de un rico armador de Nantes. Siguió el padre las enseñas de Napoleón y llegó á mariscal no sin glorias y fatigas; guardó la madre en su corazón la fe legitimista y la adhesión inquebrantable á los Borbones, y divididos los esposos por opiniones políticas, enfrióse su cariño, hasta acabar la vida separados. Mientras persistió el lazo que los unía, el niño Víctor Hugo rodó por Europa, en esa existencia nómada de la familia del soldado, á quien los azares de la guerra llevan de país en país, entre riesgos y emociones diarias. Aquellas aventuras sin duda despertaron la fantasía poética de Víctor Hugo, y eran muy propias para exaltarla y para teñirla de vivos colores y llenarla de imágenes y luces. La captura del célebre bandido *Fra Diavolo,* realizada por el padre de Víctor Hugo; la entrada en España arrostrando peligros sin cuento; la estancia en Madrid, son recuerdos indelebles que acompañan á Víctor Hugo y adelantan ya la temprana primavera de su genio. España, sobre todo, no cesa un instante de ocupar la memoria del que á los ocho ó nueve años de edad visitó la Catedral de Burgos, tiritó á pesar de los braseros en las desmanteladas estancias del Seminario de Nobles de Madrid, y al ver desde lejos el Escorial, lo tomó por un inmenso sepulcro.

Si lo que soñamos y lo que vivamente nos representamos tiene realidad en nosotros, no hay cosa más real y auténtica que el españolismo de Víctor Hugo. No importa que al tratar asuntos españoles, á que se mostró aficionadísimo, incurriese en errores muy donosos, demostrados y recontados por el docto hispanófilo Morel Fatio en sus *Estudios sobre España;* el mismo erudito que realiza este trabajo reconoce hasta qué punto actuaban sobre Víctor Hugo las impresiones recogidas, en la niñez, en nuestra patria,—imborrables y profundas.—No fue sólo la memoria, sino la plástica y vivaz fantasía de Víctor Hugo, lo que jamás perdió el sello español. Los críticos que le niegan las condiciones propias del genio francés, le reconocen las de un Góngora ó un Lope de Vega. La energía del claro-obscuro, cualidad maestra de Víctor Hugo, es propiamente española y realza la sombría inspiración de nuestros pintores ascéticos; la amplificación, el énfasis, la pompa y sonoridad del lenguaje, dotes características españolas también. Desde Corneille hasta nuestros días, ningún gran poeta francés fue más español que Víctor Hugo.

Otros recuerdos dominantes de la infancia de Víctor Hugo son los del huerto inculto é inundado de vegetación del convento de las *Feuillantines,* donde jugó con la niña que después llegó á ser su novia y esposa, y donde recibió lecciones de un proscripto, el General Lahorie, á quien un día cazaron los esbirros de la policía imperial en el pabellón donde se refugiaba, y le sacaron de allí para fusilarle, crueldad que encendió en el pecho de Víctor Hugo rencor violento, aunque no inextinguible, como veremos, contra Bonaparte y su causa. Dícese comúnmente que los niños precoces viven poco, y que mientras viven, son enclenques y enfermizos. Víctor Hugo desmintió esta regla: poseyó un organismo robusto y sano: fue un atleta y un patriarca, después de ser el rapaz prodigioso, el chiquillo sublime, como le llamó Chateaubriand. A los catorce años componía una regular tragedia; pocos meses después ganaba el premio en el certamen de la Academia; á los

diez y seis escribía sus primeras *Odas*, que le procuraban alta nombradía; á los diez y siete *Bug Jargal;* á los diez y ocho *Han de Islandia,* tétrica historia de un vampiro: y los admiradores de la lúgubre novela no querían creer que la hubiese ideado el mozalbete lampiño, colorado y rubio, que mostraba los blancos dientes en alegre sonrisa juvenil. Abandonando la carrera militar á que pretendían dedicarle sus padres, la criatura seguía intrépidamente su vocación literaria, y se casaba antes de cumplir cuatro lustros, fundando un hogar feliz sobre la base del producto en dinero de aquel *Han de Islandia*, tan rabioso y tan melancólico. Las mil pesetas en que vendió el manuscrito, fueron el primer pan de los jóvenes esposos, que entre los dos no sumaban treinta y cinco años.

En la juventud de Hugo triunfan los elementos maternales: el poeta es católico y realista ferviente; canta el sacrificio de las vírgenes de Verdun, la trágica suerte del niño martirizado en el Temple por el zapatero Simón, los sufrimientos de la familia real, el supuesto vaso de sangre humana bebido por la señorita de Sombreuil para salvar á su padre, y su espada de caballero se cruza en el aire con la ligera y envenenada saetilla de Béranger, y la rechaza. Aquellas odas, adornadas con blanca escarapela, son el tributo de lágrimas que, tarde ó temprano, había de rendir la poesía á las nobles víctimas de la Revolución.

No se mostró ingrata la Restauración con su precoz vate. El futuro irreconciliable enemigo de los reyes se vió pensionado, colmado de distinciones; cruzó su pecho la Legión de Honor. Descontento, á pesar de todo, inclinado ya al liberalismo por insensible evolución de su mente, y también por el ansia de popularidad que había de aquejarle hasta su hora postrera, aprovechó un incidente curioso para hacer ruidosa profesión de fe bonapartista—el bonapartismo era el liberalismo de entonces.—Consistió el incidente en cierta insolencia, ó, si se quiere, impertinente altanería del Embajador de Austria, que amaestró á un lacayo para que al decirle los Maris-

cales del Imperio sus títulos nobiliarios, los reemplazase, cuando anunciaba, con los apellidos á secas. Tres días después del diplomático agravio á los Mariscales, publicaba Víctor Hugo su memorable *Oda á la Columna*.

Desde aquella fecha figuró en la oposición, y se fundieron tan estrechamente en su persona el revolucionario político y el literario, que apenas se distinguen. En torno suyo se agrupó el Cenáculo, pléyade de pintores, de escultores, de poetas: los hermanos Deschamps, David de Angers, Luis Boulanger, Alfredo de Vigny, Sainte Beuve, Alfredo de Musset; foco de inspiración, tertulia fraternal en que todos se tuteaban, y en que Víctor Hugo tenía que ponerse serio para que no tuteasen á su mujer. Sin premeditarlo, sin declararlo expresamente, reconocían á Víctor Hugo por caudillo y jefe, siguiendo los derroteros que señalaba, y él justificaba su primacía con reiterados ensayos de titán, con la conciencia viva y firme de los nuevos rumbos literarios, probada en el célebre manifiesto de *Cromwell*. Bien pronto su nombre fue bandera; las luchas en pro del drama romántico inflamaron y soliviantaron á la juventud; la aureola de la popularidad, ese don de fanatizar que poseen las reputaciones mixtas, las que salen del terreno del arte puro y se identifican con el movimiento de la opinión en las grandes cuestiones de interés general y humano, levantaron á Víctor Hugo sobre refulgente pedestal, mitad de talco y mitad de bronce. Repasemos sus obras y casi siempre hallaremos aleación de elementos extraños al arte en sus mayores empeños artísticos. La poesía y la elocuencia de Víctor Hugo no se engendran en el alma por misteriosa y divina operación ni explicada ni explicable: vienen de afuera; la invaden, digámoslo así, la arrollan; pasan por ella á manera del torrente por la bóveda del abismo, y salen en bullidora cascada, después de haber salvado los bordes de la sima. Una excepción hay que hacer á esta regla en favor de algunas poesías de las *Contemplaciones*, inspiradas por el único golpe cruel que sufrió en su vida íntima Víctor Hugo: la desgraciada muerte de

su hija Leopoldina. La regla general es que cada volumen publicado por Víctor Hugo representa, además de una obra de arte, una acción, en el sentido más usual y positivo de la palabra, á diferencia de Lamartine, en quien la poesía era meditación y ensueño. Las *Odas y Baladas,* son la acción en favor del altar y del trono; las *Orientales,* la acción en favor de la revolución literaria; *Los castigos,* un puro rasgo de acometividad, la acción contra el segundo Imperio; *Los Miserables,* la acción humanitaria; *El Papa,* la acción librepensadora. Seguid la serie de las producciones de Hugo, y reconstruiréis exactamente las diferentes bases de su vida pública, vida de combate, expresión de fuerza y de actividad devoradora: las campañas en la Asamblea legislativa por la República democrática y social, el destierro voluntario en Jersey y en Guernesey, la tenacidad en rehusar las amnistías, en ser el último que conservó la actitud de protesta, el conciso *no* á la interrogación del plebiscito, la vuelta á Francia en triunfo, los años de la vejez pasados entre el fulgor de la apoteosis y coronados por un entierro en que el entusiasmo y la devoción del pueblo tenían la imponente y aterradora violencia del Océano desencadenado.

No hay que dudarlo: el carácter de la obra de Víctor Hugo por momentos hizo en él, ante la multitud, algo más que un poeta: un semidiós. La prohibición de sus libros, cuyos ejemplares pasaban secretamente las fronteras; las ediciones de cientos de miles de ejemplares en diez idiomas á la vez, los clamores apocalípticos desde el islote convertido en Patmos del espíritu moderno, el papel de apóstol y de profeta desempeñado con tanta seriedad y perseverancia, sacaron á Víctor Hugo de la esfera relativamente modesta y siempre humana en que se mueve el corifeo de una escuela literaria, y le transfiguraron ante su siglo. Yo no sé si los compatriotas de Víctor Hugo pudieron darse cuenta de esta transfiguración asombrosa, como nosotros que la hemos contemplado desde lejos. Lo indudable es que en Francia misma existe el culto de Víctor

Hugo. Nos lo dice Julio Lemaître: el único escritor francés cuyo ataud fue expuesto á la veneración y á los homenajes de inmensa multitud bajo el arco de triunfo; el único inhumado en el Panteón es Víctor Hugo, indicio cierto de que para el Gobierno y para el público Víctor Hugo ocupa un lugar aparte, es por excelencia el poeta nacional. Regatearle este lugar, colocar á otros poetas en la misma línea, parece todavía á muchos un sacrilegio, y al citado Lemaître, por el delito de sostener que tanto monta Lamartine como Hugo, le hartaron de calificativos injuriosos, poniéndole de envidioso y de reptil (1).

Estar fuera de la crítica, sería para un escritor no menos triste y extraño que para un hombre estar fuera de la humanidad. Desvanecidos los prestigios que se debieron á elementos no artísticos, nunca desaparecerá la legítima gloria de Víctor Hugo, en cuanto artista. En su figura literaria hay tres aspectos que examinar: el poeta lírico, el autor dramático y el poeta épico, ó sea el novelista.

El examen de Víctor Hugo, poeta lírico, ha sido realizado en Francia cuando estaba en su apogeo, y por cierto con gran dureza. Un crítico concienzudo y fundado, Nisard, á quien Víctor Hugo consagró por este hecho un odio á muerte, y á quien con la vehemencia colérica que solía gastar trató de pedante y de asno, fue el primero en someter á revisión los títulos de Víctor Hugo. Nisard (el cual por más señas se llevó una cátedra de literatura á que Víctor Hugo aspiró en balde), representa ese aspecto del ingenio francés, que se manifiesta por reacciones de buen sentido y de equilibrio contra los desates de turbulenta é incondicional aprobación. «La severidad de las críticas de Hugo—escribía Nisard—se explica por la provocativa intemperancia de sus turiferarios y admiradores.» La censura de Nisard pecaba por donde pecar suelen las censuras analíticas, tratándose de un talento tan ancho y cauda-

(1) De esta hugolatría existen también ejemplos en España, aún hoy.

loso como el de Víctor Hugo: justa y exacta en los detalles, no sabía estimar la grandiosidad del conjunto. Reconociendo con Nisard el exceso de colorido, el rechispeo de frases efectistas, la continuidad de la antítesis, el abuso de la lentejuela, lo material y profuso de las descripciones, en que la memoria se sustituye al pensamiento, la prodigalidad asiática de las imágenes, la irrestañable verbosidad, la funesta facilidad de poner en música los lugares comunes, el derroche de imaginación á expensas de la razón sólida y de la sensibilidad honda y delicada; la declamación; la poesía sacada del cerebro y no de la entraña, con otros muchos reparos y objeciones á que da motivo Víctor Hugo, no por eso hemos de convenir con Nisard en que Byron, y sobre todo Béranger, sean superiores al autor de las *Orientales*, y menos todavía en que Víctor Hugo no haya ejercido sobre su época y su país seria influencia. La ejerció, y muy fascinadora. Lo que Nisard dice de Byron, por otros motivos puede aplicarse á Hugo: ni sus amigos ni sus enemigos lo fueron á medias; nadie le puede mirar con indiferencia ni con desdén. Algo más que una curiosidad efímera excitó Víctor Hugo, y su acción es duradera, ya que no en la política ni en la filosofía, en la técnica literaria. No siempre flota Víctor Hugo en la superficie como el corcho; á veces llega al fondo como la piedra. No se muestra justo Nisard cuando dice acerbamente que Víctor Hugo siempre fue *laureado* y nunca *poeta*; nunca creador y dueño de la idea, sino servidor y heraldo de las circunstancias. Con más equidad le juzgaremos nosotros que le vemos desde tan lejos, desde tan abajo, desde tan afuera; nosotros, para quienes no es un ídolo ni un adversario, al saludar su glorioso monumento, sostenido por dos inconmovibles columnas: la magnificencia y primor de la forma y la novedad y riqueza fastuosa del lenguaje.

Ingrata sería Francia si no reconociese los beneficios que debe su hermoso y cultísimo idioma al genio renovador de Víctor Hugo; beneficios realmente incalculables, porque cuan-

do un escritor reanima una lengua y le hace transfusión de sangre y de savia vital, no sólo á las obras de ese escritor, sino á las de todos los demás escritores de su época y de las siguientes se extiende el favor y la eficacia de su acción salvadora. En el lenguaje fue Víctor Hugo revolucionario, conquistador y triunfador invicto: por esa victoria merece el nombre de Bonaparte del romanticismo que le atribuí.

«La estrofa tenía una mordaza, la oda arrastraba un grillete, el drama gemía cautivo, cuando yo grité ¡guerra á la retórica y paz á la sintaxis!» Así escribió Víctor Hugo, y después añadía: «¡No haya de hoy más vocablos patricios ni plebeyos! Suscitando en el fondo de mi tintero una tempestad, mezclé la negra multitud de las palabras con el blanco enjambre de las ideas, y exclamé: ¡Desde ahora no existirá palabra en que no pueda posarse la idea, bañada de éter y teñida del azul del cielo!»

Esta impetuosa renovación de la lengua por la ruptura del frío sudario en que se envolvía la momia del clasicismo, no era, nótese bien, una concesión á la inferioridad de los débiles, como suelen ser las reivindicaciones de libertad literaria: Víctor Hugo, al refrescar la tradición de Villon y de Ronsard, al pedir al idioma todos sus recursos, y al diccionario todos sus tesoros, y á la gráfica frase usual todos sus encantos de sinceridad y verdor, toda su energía popular y á veces arcáica, no facilitaba la tarea de los que hubiesen de seguirle: al contrario, la dificultaba, haciendo del verso francés una obra de arte de consumada perfección, labrándolo á cincel y martillo, con el vigor de un Benvenuto Cellini ó un Juan de Arfe. En este respecto, la superioridad de Víctor Hugo sobre Lamartine es de cien codos: como artista, como ejecutante, hay que otorgar á Víctor Hugo un puesto único, una silla propia. La maestría no la adquirió laboriosamente; era en él don natural, y apenas quebrantó las ligaduras clásicas que aún le ataban en sus primeras odas, apoderóse del dominio de la forma y la palabra, de los secretos del arte, y hasta los úl-

timos límites de la vejez fue el artífice maravilloso, el rey de la forma.

Los críticos suelen citar el siguiente pasaje, en que Víctor Hugo se define á sí mismo: «Su cabeza es horno ardiente, donde se caldea su ingenio, y lanza el verso de bronce, hirviente y humeante, en el misterioso molde del profundo ritmo, de donde se alza la estrofa desplegando sus alas por el ancho firmamento. El amor, la muerte, la gloria, la vida, la ola, que pasa seguida por otra ola, todo soplo, todo rayo, hacen chispear y relucir su alma de cristal, su alma polifónica, de miles de voces, puestas por Dios en el centro de todas las cosas como un sonoro eco.»

Hay que llamar miope á Nisard cuando no ve la omnímoda influencia artística de Víctor Hugo. Sólo un tomo de sus poesías, las *Orientales,* ejerció tal acción, que de él procede la doctrina del arte por el arte, una de las direcciones capitales de la estética moderna: la realización de la belleza por medio del carácter, el fondo sacrificado á la forma, y ésta llevada á tal grado de perfección que engendra la impasibilidad, el esoterismo ú ocultismo artístico y el pagano culto de la belleza pura. Nadie practicaba menos que Víctor Hugo esta doctrina; nadie más sediento que él de popularidad, más enemigo del aislamiento, más abrazado á la opinión, más codicioso de sus halagos; y sin embargo, de Hugo proceden los impasibles, los sacerdotes del ideal artístico, retirados á la montaña, y la escuela parnasiana de Leconte de Lisle.

Lo más digno de admiración en la poesía lírica de Víctor Hugo es la fuerza propia, la electricidad y el calor que presta á las palabras. El creía que la palabra no es un casual consorcio de sonidos, sino un organismo, y que una ley vital, oculta é inefable, preside á su génesis y á su desarrollo. Antes de Hugo las palabras eran signos representativos de las ideas; Hugo las atribuyó valor propio, musical, pictórico y hasta sensual y psicológico, y en este respecto descienden del maestro no sólo Flaubert y Goncourt, los coloristas y los tallistas y la-

pidarios del verbo, sino los decadentistas y simbolistas, como Verlain y Mallarmé. Donde mejor demostró Víctor Hugo la vitalidad de las palabras, fue en la sátira y en la invectiva. La sátira no razona, porque si razonase, si probase, si apelase al juicio, dejaría de ser sátira; por el camino de la explicación se llega á la indulgencia, ó, cuando menos, á la equidad. La sátira se hace casi sin ideas, con palabras acres, espumantes, sardónicas, palabras que son latigazos y gotas de plomo derretido; y esas palabras de fuego y de corrosiva ponzoña, nadie las supo engastar en el verso como Víctor Hugo, nadie las hizo destellar así á la lívida luz de la cólera, como sangrientos carbunclos ó llameantes rubíes. Los *Castigos*, el tremendo libelo contra el golpe de Estado del que Hugo llamó *Napoleón el pequeño*, son en su género una obra maestra. Hay momentos en que recuerdan los apóstrofes de los profetas bíblicos, y suenan como el retumbar del trueno ó la voz de muchas aguas de que habla la Escritura. El efecto de una poesía tal es en cierto modo material y físico, abrumador y aplastante como un golpe de maza sobre la nuca, y sólo se puede escribir en semejante estilo desde la soledad que hipnotiza y el destierro que exalta, desde un peñón de la costa batido por el mar tumultuoso, turbio, confuso y rugiente como el alma del poeta.

Cuando quise saludar en París á Víctor Hugo, ya muy anciano, recuerdo que me preguntaron algunos franceses, de los muchos que le querían mal ó empezaban á burlarse de él: «¿Por qué va usted á verle?»—«Porque es el último representante del romanticismo»—contesté yo.—«¡Ya lo creo!—con malicia replicaron;—como que se ha empeñado en enterrarnos á todos y en que le hagan el centenario en vida». Eran injustos mis interlocutores. Víctor Hugo fue el último romántico, no por viejo, sino porque merced á sus facultades prodigiosas, la escuela se sobrevivió á sí misma; porque defendió y mantuvo enhiesto el pendón del lirismo romántico, y, según la exacta frase de Brunetière, se atravesó en el camino de la

evolución literaria, situándose á manera de dique ante la corriente de las nuevas direcciones. No cabía entonar el funeral del romanticismo mientras aparecían las *Contemplaciones* y los *Castigos* y estaba en su apogeo el genio lírico de Víctor Hugo.

Emilia Pardo Bazán.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

DETERMINACIÓN MÁS PRECISA DE LA EDUCACIÓN NACIONAL ALEMANA

La primera parte de la nueva educación nacional alemana consiste en conducir al alumno, en primer término, á notar claramente sus sensaciones, luego sus ideas, y en desarrollar á la vez progresivamente sus aptitudes físicas. En lo que se refiere á la formación de la imagen intuitiva, poseemos un método muy exacto, formulado por Pestalozzi; él y sus inmediatos colaboradores, llamados á resolver este problema, darán fácilmente, en punto á la formación de la sensibilidad, el método de que aún carecemos. Resta por determinar el que ha de proveer al desenvolvimiento paralelo de las fuerzas físicas; pero ya hemos indicado lo necesario para resolver ese problema, y si la nación pone en ello algún empeño, bien pronto se determinará. Toda esta parte de la educación es sólo un medio para preparar la segunda y esencial parte de ella, la referente á la educación civil y religiosa. Sobre este asunto hemos dicho en general todo lo necesario en el segundo y tercer discurso, y nada más hemos de añadir. Señalar un método determinado á la pedagogía de esta segunda educación natural, conforme al plan y á las ideas pedagógicas de Pestalozzi, tarea es que incumbe á esa filosofía que propone una educa-

ción alemana; y ciertamente no dejará de hacerlo, una vez que se aplique el método de la primera parte. Todo discípulo, por humilde que sea su extracción, ya que el nacimiento no crea ninguna diferencia en las aptitudes, podrá entonces penetrar fácilmente y comprender sin tropiezo la enseñanza contenida en la metafísica más profunda y resumir las especulaciones más abstractas, por más que aun los sabios y los metafísicos de hoy día encuentren trabajoso el comprenderla; no nos perdamos, pues, en vacilaciones y dudas de todo género sobre este punto; si se ensaya, aun cuando no sea más, la primera parte, el porvenir mostrará sus resultados. Pero como nuestra época ha sido hasta ahora esclava de las nociones vacías, sin penetrar nunca en el mundo de la verdadera realidad y de la visión clara, no debemos esperar que llegue á esa clara visión empezando por lo más elevado é intelectual de las ideas. La filosofía debe, ante todo, exhortarla á que abandone aquellas ideas vacías y se forme otras; pero estos esfuerzos quizá sean inútiles al principio, y no debemos asombrarnos de que lo sean. Por el contrario, el discípulo de nuestro sistema educativo, familiarizado desde el comienzo con ese mundo de la visión clara, é ignorante de todo otro, no tendrá por qué cambiar, bastándole elevarse cada vez más, cosa que se producirá en él muy naturalmente. Esta educación, es, pues, según antes lo indicábamos, la única posible para la filosofía y el único medio de hacerla universal.

Con esa cultura civil y religiosa terminará la nueva educación, pudiendo ser abandonado ya el alumno, después de haber alcanzado por primera vez el fin de la educación tal como nos lo propusimos.

Pero nunca deberá excitarse en el alumno esa facultad del conocimiento claro sin mover al propio tiempo su amor hacia el objeto de ese conocimiento mismo, único medio de hacerlo realmente vivo; y de igual manera, no deberá despertarse ese amor sin un conocimiento claro, pues si no tendríamos un amor ciego. Pestalozzi estará seguramente de acuerdo

conmigo en cuanto al principio fundamental de nuestra educación, á saber: el despertar y el desarrollo espontáneos y progresivos de la sensación y de la idea clara..... El niño tiene una inclinación natural por la claridad y el orden, cuya satisfacción le llena de alegría y de placer, en tanto que nuevas obscuridades, excitando otra vez esa inclinación á poner en claro sus conocimientos, le conducen á nuevas satisfacciones, y la vida se desliza así en el amor y el placer de saber. Ese amor constituye un lazo entre cada individuo y el mundo del pensamiento, representando, pues, el punto de unión entre el mundo de los sentidos y del espíritu. Mediante ese amor, se desarrolla fácilmente y con toda seguridad la facultad de conocer esas nociones que, hasta hoy día, no se desarrollaban sino por casualidad y en algunos hombres privilegiados.

Pero existe todavía otro amor que une á unos hombres con otros y constituye de todos los individuos una comunidad racional que participa de las mismas ideas. El primer amor de que hemos hablado, forma el conocimiento: éste, forma la vida ordinaria y conduce al individuo á realizar en sí y en los demás los objetos de su conocimiento. Poco significaría mejorar tan sólo la educación de los sabios, puesto que la educación nacional que deseamos se propone formar hombres y no sabios ante todo, y es claro que deberá desarrollar tanto el segundo amor como el primero.

Pestalozzi habla (1) de esos objetos con un entusiasmo que eleva el espíritu, aunque debemos confesar que nos ha parecido todo lo menos claro posible en lo que respecta al desarrollo metódico de aquel amor. Nos vemos, pues, obligados á exponer nuestras propias ideas en cuanto al fundamento de la nueva educación.

---

(1) *Ideas, experiencias y medios para el establecimieuto de un sistema de educación fundado en la misma naturaleza humana. (Ansichten, Erfarhungen und Mittel zur Beförderung einer der Menschennatur angemessenen Erziehungeweise.)* Leipzig, 1807.

Créese generalmente que el hombre es egoísta por naturaleza y que el niño nace ya con esa tendencia, pudiendo sólo la educación suministrarle un móvil moral para sus actos; pero esta opinión reposa en una observación muy superficial de las costumbres, y es absolutamente falsa. De nada, nada puede hacerse, y por muy lejos que se le impulse, el desarrollo de una inclinación natural no podrá jamás producir la inclinación contraria; ¿cómo, pues, podrá la educación desarrollar en ningún momento la moralidad en el niño, si no existe ya originalmente en él antes de toda educación? Esa moralidad existe pues, realmente, en todos los niños, desde los comienzos de su vida: la cuestión consiste en determinar cuál sea la forma más primitiva y pura en que haya de manifestarse.

Las especulaciones más abstractas y las observaciones generales, están conformes en este punto, á saber: que esa forma más pura y primitiva es el deseo de la estimación, y el único objeto posible de esa estimación consiste en lo que es moral por excelencia: el derecho, el bien, la veracidad, la fuerza de dominarse á sí mismo. En el niño, esta inclinación manifiéstase en el deseo de ser estimado por quienes le merecen á él la más alta estimación, y ese deseo—prueba cierta de que el amor no procede del egoísmo—dirígese preferentemente al padre, más severo, más á menudo ausente y cuyos beneficios le aparecen menos inmediatos, y no á la madre, cuya bondad tiene, sin embargo, presente á todas horas. El niño quiere que el padre se fije en él y busca su aprobación, no hallándose satisfecho de sí propio si no ve satisfecho á su padre; y éste puede obtener fácilmente, valiéndose de ese amor, una obediencia muy difícil y una completa renuncia de sí mismo, puesto que el niño obedece con alegría para merecer la aprobación de su padre. Pero también este amor pide que el padre advierta los esfuerzos del hijo por ser bueno, y que haga ver que los advierte, manifestando su alegría cuando puede aprobar tanto como su descontento si desaprueba, y haciendo, en fin, comprender que no desea sino estar siempre contento de su hijo y

que todas sus exhortaciones tienen por fin único hacerlo mejor y más digno de estima; todo lo cual fortifica, vivificándolo continuamente, ese amor del niño, y le da nuevas energías para nuevos esfuerzos. Por el contrario, con la falta de esa estimación, ó merced á una desaprobación injusta y persistente, sufre aquel amor, y aun se convierte en odio, si el egoísmo penetra en la manera de tratar al niño, castigándolo como por un crimen de lesa majestad por cualquier insignificante desperfecto ocasionado por falta de prudencia. Considérase entonces el niño como un instrumento, y pierde el sentimiento, aún obscuro, pero efectivo, de su valor personal.

Apoyemos esto con un ejemplo. ¿En virtud de qué el niño une la vergüenza al disgusto que le causa la corrección, y en qué consiste esa vergüenza? Evidentemente, es el sentimiento del desprecio de sí mismo lo que fatalmente se une en él á la prueba cierta del descontento de sus padres y educadores. He aquí por qué en las escuelas donde ese sentimiento de vergüenza acompaña al castigo, toda educación es perdida: el niño no ve entonces en la corrección más que un acto de violencia, por encima del cual se levanta con orgullo, y del que se ríe.

Este lazo que une á todos los hombres en un mismo sentimiento, y cuyo desarrollo forma parte esencial de la educación humana, no es, por tanto, un amor material, sino más bien un deseo elevado de recíproca estimación. Este deseo se manifiesta de dos maneras: el niño pasa de su ciega estimación por los mayores al deseo de ser estimado por ellos; y conforme á esa estimación, tomada como medida común, aprecia el grado de ella que puede aplicarse á sí propio. Esa confianza en los demás para la apreciación de la estima que él merece, forma incluso el carácter fundamental de la infancia y de la juventud, y merced á ella se hacen posibles la educación y la elevación á la dignidad de hombre hecho. Pero éste posee en sí mismo la medida de su propia estimación y no desea ser considerado por los demás sino en tanto que ellos son dignos de su propia estima; en él, la inclinación natural de que antes hablábamos

se expresará, pues, por el deseo de estimar á los demás, á la vez que por tener él mismo una conducta digna de aprecio. Si esa inclinación no fuese natural en él, ¿de dónde procedería que aun el hombre medianamente bueno sufra de ver á los otros hombres peores que él se los figuraba, y de sentirse obligado á menospreciarlos? ¿No debería, por el contrario, considerarse feliz su egoísmo por sobrepujar orgullosamente á los demás merced á la elevación de sus sentimientos? El educador debe desarrollar ese segundo carácter del hombre formado, de igual manera que habrá de apoyarse en el primero cuando se trate del niño. El fin de la educación, desde este punto de vista, consiste, pues, precisamente en llegar á la mayor edad en el sentido que hemos indicado; y mientras no alcanza este fin, no puede decirse que la educación es acabada y completa. Conviene saber que, hasta el presente, muchos hombres han permanecido siendo niños durante toda su vida, sintiendo, pues, necesidad, para alcanzar su propia estimación, de verse alabados por los que les rodean, aunque nada bueno hayan hecho. Con ellos contrastan unos pocos caracteres firmes y resueltos, capaces de elevarse por encima de los juicios ajenos y de bastarse á sí propios, los cuales, por esto mismo, son ordinariamente objeto de odios, mientras que aquéllos, incapaces de hacerse estimar, logran, no obstante, hacerse querer.

Toda educación moral se funda necesariamente en el conocimiento, en la personalidad del niño, de esa inclinación que hay que suponer firmemente establecida, averiguando sus manifestaciones, desarrollándola cada vez más, excitándola progresivamente mediante la presentación de objetos capaces de satisfacerla. El método que en ello ha de seguirse consiste en proponerle siempre cosas morales, únicas que le convienen. Así, por ejemplo: el saber lleva en sí mismo su encanto y su recompensa; no deberá, pues, premiarse la aplicación ordinaria, sino reservar las recompensas para los trabajos extraordinarios, que suponen un esfuerzo para dominarse á sí propio; aunque bueno será advertir que esos trabajos voluntarios, que

traspasan las ordinarias exigencias, rara vez se presentarán en la educación nacional y universal. El discípulo, pues, aprenderá lo que deba, verdad que se comprende por sí misma, y de la cual es inútil decir nada más; algunos discípulos aprenden más rápidamente y mejor que otros, pero esto es un puro don natural, que no merece ni recompensa ni distinción alguna, y que, sobre todo, no debe cerrar los ojos en punto á otros defectos. El campo propio de acción de aquella tendencia deberá buscarse tan sólo en el lado moral; pero la fuente de toda moralidad es el dominio de sí mismo, el imperio sobre la propia voluntad, la subordinación de las inclinaciones egoistas individuales á los intereses generales y comunes. Esto, y no otra cosa, es lo que deberá valer al discípulo la aprobación de quien lo educa, aprobación que su naturaleza espiritual le hace desear para su satisfacción íntima, á que la educación le ha acostumbrado. Hemos dicho en nuestro segundo discurso que hay dos maneras muy diferentes de subordinar el yo personal al todo. La primera, que á nadie puede dispensarse en lo más mínimo, es la sumisión á las leyes de la Constitución social, establecida para la buena ordenación del conjunto. Quien las obedezca no podrá ser censurado, pero tampoco tendrá derecho á oir alabanza alguna; por el contrario, quien las conculque será desaprobado y censurado públicamente si la falta ha sido pública, y si esto no basta, se añadirá un castigo proporcionado. La segunda especie de subordinación del individuo al todo, no es exigible, sino que se realiza por pura buena voluntad, y consiste en aumentar y desarrollar, mediante sacrificios voluntarios, el bienestar de los demás. Para inculcar al discípulo desde sus primeros años la idea de la relación que existe entre la simple legalidad y esa segunda virtud de orden superior, convendrá permitir á los que observen rigurosamente la simple legalidad, ciertos sacrificios voluntarios, que servirán de recompensa por esa sumisión á la pura ley, debiendo negarse esa facultad á quien todavía no esté seguro de sí propio en cuanto al respeto á las leyes. Llevamos ya indica-

das más arriba qué cosas pueden ser objeto de esos sacrificios voluntarios; pero las concretaremos todavía más en lo que sigue. Concédase á los antes citados una aprobación activa, palabras que los exciten y animen, pero no recompensas públicas que pudieran corromper el carácter, llenarlo de vanidad y apartarlo de su primitiva independencia: todo deberá hacerse en la intimidad y sin que medie más que el discípulo mismo. Esa aprobación no debe ser más que la expresión exterior de la buena conciencia del discípulo y la afirmación de su contentamiento interior y de su propia estima. Constituirá esto nueva fuerza animadora para confiar más y más, en lo porvenir, en las propias fuerzas. Donde existan, como de ordinario se supone, varios maestros y maestras, cada niño podrá escoger libremente, conforme su confianza y sus sentimientos, á uno de ellos por amigo particular y consejero de su conciencia. A él pedirá consejo cuantas veces halle dificultades para obrar bien, y el maestro le ayudará con amistosas excitaciones; será su confidente en los sacrificios voluntariamente realizados, y, en fin, su aprobación coronará todas las buenas acciones del discípulo. Gracias á esos consejeros de conciencia, podrá la educación ayudar á cada uno de los educandos para que alcance, á su manera, un grado cada vez mayor en el arte de vencerse y dominarse á sí propio. La firmeza y la independencia que deben completar la educación y redondearla para lo porvenir, convirtiendo al discípulo en dueño de sí propio, se desarrollarán así de un modo progresivo. Cuando posea ambas cosas plenamente, entonces determinará el campo de su acción moral, verá con claridad lo que se encierra en ese mundo, y le será posible prescindir del testimonio ajeno, ya que puede juzgarse bien á sí propio. Cuando á esto llegue será mayor de edad.

Hemos llenado con lo dicho todos los vacíos que había en anteriores explicaciones, y, por tanto, nuestro plan queda dispuesto para la ejecución. Ese contentamiento interior en el derecho y el bien por ellos mismos, es lo que debe sustituirse

á la esperanza de recompensas y al temor del castigo, únicos medios materiales que hasta hoy día se han usado, y debe ser el único móvil de toda la vida futura: tal es el principio fundamental de nuestros propósitos. La primera cuestión que ahora se plantea es esta: ¿Cómo crear ese contentamiento interior? Si hemos de hablar con exactitud rigurosa, no puede *crearse*, porque el hombre no puede sacar cosa alguna de la nada. Si nuestro plan es capaz de realización en algún momento, hay que suponer que esa satisfacción interior existe originalmente y es apetecida absolutamente por todos los hombres. Y así es, en efecto. Todo niño, sin excepción, quiere ser bueno y justo; pero no se trata en manera alguna del bienestar material que todo animal joven apetece. El amor es el elemento fundamental del hombre; existe por igual razón que el hombre perfecto, y nada cabe añadirle, puesto que se agita independientemente por encima de las manifestaciones progresivas de la vida sensible. El único bien á que se contrae esa vida es el conocimiento claro que juntamente con ella se desarrolla. Pero este desarrollo se produce lentamente, al compás del tiempo. ¿Cómo, pues, podríamos asegurarlo, juntamente el ejercicio de ese amor innato, durante los años de ignorancia, hasta el momento en que la aparición del conocer claro convierta en ordenado conjunto las nociones del bien y del derecho á las cuales ha de enlazarse ese contentamiento moral, móvil futuro de la conducta? La naturaleza, inteligente, ha resuelto por sí misma esas dificultades. La conciencia que nace en el yo íntimo del niño, se exterioriza á sus ojos y toma cuerpo en el juicio de los hombres formados. Hasta que en él se muestre un juez razonable, su inclinación natural le llevará hacia esa edad madura en que ha de residir su conciencia exterior mientras la suya no se desarrolle en él mismo.

La nueva educación debe reconocer esta verdad, desconocida hasta ahora, y orientar hacia el Derecho ese amor que existe en nosotros aun antes de que ella intervenga. Hasta hoy día, ese candor y esa ciega confianza del niño en la superior

perfección de los hombres ya hechos, no han sido por lo común utilizados sino para corromperlo; su inocencia y su confianza natural en nosotros nos han permitido inculcarle, en vez del bien que interiormente desea, nuestro mal, que él hubiese huído con repugnancia si le hubiera sido posible reconocerlo, y eso lo hemos hecho antes de que el niño pudiese distinguir entre el bien y el mal.

Tal es la falta más grave que pesa sobre nuestro pueblo, y ella nos explica el por qué vemos á diario que los hombres son tanto más perversos y egoistas cuanto más avanzan en edad y más se alejan de la de inocencia primitiva, que, no obstante, subsiste en ellos todavía en forma de algunas aspiraciones hacia el bien, y eso demuestra igualmente que la generación actual, si no se la aisla en absoluto, dejará necesariamente tras de sí una posteridad más corrompida, que producirá una descendencia todavía peor. También ha podido decir con toda exactitud un educador del género humano, que valdría más para esas gentes atarles desde luego al cuello una piedra y sumergirlas en lo más profundo del mar. Es calumniar á la naturaleza humana pretender que el hombre nace ya en el pecado; si fuese así, ¿cómo podría existir en él esa idea del pecado, que sólo puede formarse por oposición con su contraria? Unicamente la vida puede hacer pecadores; y hubo un tiempo en que, efectivamente, la vida humana no era, por lo común, sino el desarrollo cada vez mayor de esa pena.

Todo lo que acabamos de decir prueba con nueva evidencia la necesidad de organizar desde luego una escuela en que se realice la nueva educación. Si cupiera alejar la juventud futura de todo contacto con las personas de edad madura y dejar que creciera sin educación alguna, podría ensayarse el resultado de esta experiencia. Pero si la dejamos en nuestra compañía, se educará por sí misma á nuestra semejanza, y aun sin nuestra voluntad y *mal que nos pese*, puesto que nuestra manera de obrar se le impondría como modelo y la juventud no desearía sino imitarnos. Pero la mayoría de nosotros está

absolutamente equivocada, á menudo contra su deseo, porque nosotros mismos, tan inocentes como nuestros hijos, creemos que ese estado antinatural es el bueno; y aunque pudiéramos separar, incluso ante esos niños, lo que una repetida costumbre ha convertido en segunda naturaleza nuestra, ¿cómo podríamos cambiar nuestro antiguo y tradicional espíritu en uno nuevo? Es inevitable que los niños se corrompan con nuestro contacto: y si sentimos algo de amor hacia ellos, deberemos alejarlos de nuestra atmósfera corrompida y proporcionarles un medio más puro. Deberíamos colocarlos en la compañía de los hombres que (hasta donde sea posible y sean como fueren en su fondo) posean la costumbre de pensar que los niños los observan, de contenerse por esto mismo, y que sepan también cómo deben conducirse ante ellos; y no debiéramos traerlos de nuevo á nuestra sociedad antes de que hubiesen aprendido á odiar completamente nuestra corrupción, sabiendo así que están á cubierto de toda mancha.

He aquí los puntos que hemos juzgado necesario desarrollar en punto á la educación moral, considerada en sus términos generales.

Los niños deben, pues, ser separados totalmente de los hombres ya hechos y permanecer solos con sus maestros y educadores, como repetidamente hemos dicho. Por de contado, ambos sexos deben educarse de la misma manera. Constituyendo escuelas completamente distintas para las niñas y los niños, procederíamos en absoluto contra el fin que perseguimos, y destruiríamos muchos principios fundamentales de la educación de un hombre perfecto. Las materias objeto de la enseñanza son iguales para ambos sexos, cabiendo mantener fácilmente la diferencia en los trabajos manuales, aunque se mezcle el resto de la educación. La reducida sociedad en que ha de formarse el hombre debe, como la sociedad más amplia en que ha de entrar luego, componerse de los dos sexos; los cuales deben aprender desde el comienzo á conocer y amar el uno en el otro la humanidad, á procurarse amigos y amigas antes

de que puedan fijarse en la diferencia de sexos y se conviertan en esposos y esposas. Las relaciones entre los sexos, es decir, la protección fuerte de un lado, la ayuda amorosa de otro, deben ocupar un sitio en la nueva educación y los alumnos deberán aprenderlas.

Si hubiéramos de proceder ahora á la ejecución de nuestro proyecto, lo primero que deberíamos hacer sería fijar leyes para la organización interna de esas casas de educación. Si se han comprendido bien los principios desarrollados por nosotros, la tarea será fácil y no hay para qué nos detengamos aquí en ella.

Una de las exigencias fundamentales de esta nueva educación nacional es que debe dar entrada á los trabajos manuales, de modo que la escuela parezca, á los discípulos cuando menos, que se basta á sí propia, y que cada cual sea educado en la persuasión de que contribuye á ello con todas sus fuerzas. Sin hablar de la economía y de los recursos exteriores con que debe contar nuestro plan, debe notarse que aquel fin de la educación no se logrará si no es conformándose enteramente á nuestro método; porque, en efecto, los que sólo reciben la educación nacional general están destinados á formar parte de las clases obreras y se les deberá educar para convertirlos en buenos trabajadores; y por otra parte, la convicción de que puede uno bastarse á sí propio en la vida, sin depender de auxilio ajeno, forma parte de la independencia personal y es una condición de la moral en bastante mayor grado de lo que comúnmente se cree. Será preciso, pues, renovar también otra parte de la educación que hasta hoy se ha dejado entregada al azar: la educación doméstica, que no ha de entenderse conforme al sentido limitado de la economía, sino desde el punto de vista superior de la moralidad. Nuestra época considera á menudo como principio absoluto que es preciso adular, arrastrarse, dejarse utilizar en cualquier forma si se quiere vivir, y que no cabe que las cosas ocurran de otro modo. Para reconciliarla con el principio opuesto, según el

cual vivir así no es vivir, sino morir, no basta mostrarle como norma el heroismo, sino que es necesario enseñarla á que la practique, á vivir con honor. Estudiemos de cerca las personas que se distinguen por una conducta deshonrosa, y siempre hallaremos que no han aprendido á trabajar ó que detestan el trabajo y nada entienden en punto á los asuntos de la casa. En esto se funda la exigencia de que nuestro alumno debe habituarse al trabajo, y con esto quedará á salvo de la tentación de emplear, para asegurar su existencia material, medios injustos; debiendo ser uno de los principios que más fuertemente se impriman en el fondo de su corazón, que es vergonzoso para él sacar los medios para su existencia de otra fuente que su propio trabajo.

Pestalozzi quiere ocupar al alumno en un cúmulo de trabajos manuales, á la vez que estudia. No negamos la posibilidad de semejante mezcla, á condición, como él mismo dice, de que el niño conozca ya bien el trabajo manual; mas creemos que este proyecto deriva de la limitación del fin primitivo que Pestalozzi buscaba. La enseñanza debe, á juicio nuestro, ser considerada y presentada como cosa tan sagrada y digna de respeto, que la atención del discípulo ha de estar dedicada á ella por entero, sin dividirse en otros asuntos. Si durante los años que los discípulos pasan en el taller se les instruye, á las horas de trabajo, en ejercicios manuales, como coser, hilar, etc., convendrá, á nuestro juicio, añadir á esto ejercicios intelectuales en común, salvo que entonces el trabajo manual ocupará el sitio preferente y los ejercicios intelectuales se considerarán como puro juego y diversión.

Todos estos trabajos manuales inferiores deben, en general, ser considerados como secundarios. El trabajo manual superior será el del campo, la jardinería, el cuidado de los animales, en suma, todos los menesteres materiales que sean necesarios en aquel Estado en miniatura. No hay que decir que la parte de trabajo que á cada cual se exija será proporcionado á sus fuerzas corporales y á su edad, debiendo el resto con-

fiarse á máquinas ó instrumentos que se inventen. El fin principal consiste en hacer comprender á los alumnos, hasta donde sea posible, los fundamentos de lo que hacen; para lo cual deberán conocer, en la medida necesaria para su trabajo, lo que concierne al desarrollo de las plantas, costumbres y necesidades de los animales, leyes de la mecánica. De este modo, su educación será un curso metódico sobre los oficios que más tarde tendrán que ejercer, y esta visión directa formará en ellos *cultivadores* reflexivos y pensadores; ennoblecerá y espiritualizará el trabajo mecánico, y hará de él, juntamente, una cosa cuyo sentido se comprende y que asegura la satisfacción de las necesidades materiales de la comunidad; y así, aun viviendo con los animales y con la tierra, el discípulo no abandonará el dominio de las cosas espirituales y no descenderá al puro mundo material.

La ley fundamental de este pequeño Estado doméstico consistirá en no emplear para el alimento, el vestido, etcétera, nada que no haya sido fabricado y producido en el mismo círculo social. Si tuviese necesidad de recurrir al exterior, se le facilitarán cosas en especie, como todo lo que posea, y sin que los alumnos sepan que se ha aumentado el capital; ó bien se verificará el donativo como préstamo reembolsable á fecha fija. Para que la comunidad se baste á sí propia, cada cual trabajará con todas sus fuerzas, sin pedir jamás cuentas ni considerarse con derecho á la menor propiedad en las cosas comunes. Cada cual sabrá que se debe enteramente al todo, y que con él será feliz y sufrirá. De este modo poseerá una imagen clara de la honrada independencia del Estado y de la familia de que algún día formará parte, y de la relación que sus diferentes miembros mantienen unos con otros; y, además, estos principios echarán en su carácter raíces indestructibles.

Ahora, tras estas nociones sobre el trabajo manual, tendremos que hablar de la educación de los sabios, que es sólo una parte de la educación nacional universal, en la cual se apoya. Digo que esa educación del sabio es una subdivisión

de la educación nacional universal. No estudiaré aquí si el hombre que se cree con recursos suficientes para estudiar ó para entrar en las clases cultas de antaño, podrá seguir la forma antigua de la educación científica; á la experiencia corresponde mostrar la figura que harán los más de estos sabios al lado del hombre del pueblo salido de la escuela de la nueva educación, si llega ésta á realizarse; y en cuanto á compararlos con los sabios verdaderos formados en la nueva escuela mediante nuestra educación científica, ni aun pienso en ello. Sólo hablaré de la educación de los sabios conforme á la nueva pedagogía.

Según ella, el sabio futuro deberá pasar previamente por la educación nacional común, recorriendo completamente toda su parte primera, que desarrollará sus conocimientos en el dominio de la sensación, de la inteligencia y de todo lo que con esto se relaciona. Unicamente los niños que muestren un talento especial para los trabajos intelectuales y notable inclinación por el mundo de las ideas, tendrán derecho de abrazar esta nueva carrera; pero, dentro de estas condiciones, deberá estar abierta para todo alumno que posea tales cualidades, sin detenerse en diferencias de origen ó de nacimiento, porque el sabio no existe para su utilidad personal, sino que todo talento constituye una propiedad de la nación, que no debe arrebatársele.

Quien no llegue á ser sabio, tiene por misión mantener por sí mismo á la humanidad en el grado de civilización que ha conquistado, mientras que el sabio debe aumentar ese progreso según nociones claras y conforme á los principios de un arte razonado. Ha de hallarse el sabio, merced á su conocimiento de la época actual, siempre dispuesto á adivinar lo porvenir y á prepararlo en lo presente de manera que facilite su progreso. Para ello debe poseer una noción clara del estado de cosas anterior, ser libre y sin trabas en su pensar puro, independiente del mundo de las apariencias, y poseer su idioma hasta las raíces vivas y creadoras, á fin de poder comunicar

sus ideas. Todo esto exige una actividad espiritual y ajena á toda dirección extraña, de igual modo que el poder de reflexionar en sí mismo; y he aquí por qué el sabio futuro deberá estar acostumbrado á tales ejercicios y no pensará bajo la mirada de un maestro perpetuamente presente, como le sucede al que no es sabio; ello requiere una gran cantidad de conocimientos complementarios, completamente inútiles para el que no siga este camino. El trabajo del sabio y la tarea diaria de su vida consiste en esas reflexiones personales, y en este trabajo es en el que hay que adiestrarlo, exceptuándolo de otros de carácter mecánico. La educación nacional común ha elevado ya á la dignidad de hombre á ese sabio del porvenir, que ha tenido que seguir para ello los mismos cursos que los demás, debiendo ejercitarlo en la reflexión en que debe vivir durante las horas que los otros alumnos dedican al trabajo manual. Las nociones generales sobre el trabajo agrícola, las artes mecánicas y otros trabajos manuales destinados á formar el hombre, las posee ya, porque durante su permanencia en la primera clase de la nueva educación ha debido adquirirlas. Pero es evidente que se le deberá dispensar todavía menos que á ningún otro de los ejercicios corporales. En cuanto á las materias particulares de la instrucción del sabio, no entra en el plan de estos discursos el indicarlas, como tampoco el método que haya de seguirse.

JUAN T. FICHTE.

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA

EN LOS PAÍSES BAJOS

RELEVO DEL DUQUE DE ALBA

Pocas personalidades presenta la historia cuyo carácter sea tan fácil de juzgar, y pocas, sin embargo, tan apasionadamente calificadas y discutidas como la de D. Hernando de Toledo, Duque de Alba y gobernador de los Estados Bajos por el Rey Don Felipe II. Mas para que aquel juicio se halle libre de estos apasionamientos, menester será que nos coloquemos en pleno siglo XVI, es decir, en el medio social en que vivió el caudillo de los ejércitos españoles en Alemania, Italia y Flandes. Alba era no sólo el mejor general de que disponía Don Felipe, el más fiel intérprete de su política y de sus aspiraciones personales, sino la representación más cumplida del noble español en aquel siglo de preponderancia para nuestro pueblo. Nieto é hijo de generales gloriosos, aleccionado en las artes de la guerra como en las de la paz por maestros insignes, conocedor de las intrigas de la corte, pues en ella se había educado, práctico en la vida del soldado, que comenzó bajo las banderas de los Reyes Católicos é ilustró á las órdenes del Emperador-Rey, persuadido de la superioridad de su estirpe y de su raza, y sobre todo de la confianza de su soberano, unía á la altivez y gravedad castellana, la dureza, la energía y la tenacidad del hombre educado en la escuela militar en

tiempos como aquellos, en que se trataba al enemigo sin linaje alguno de piedad. Si Felipe II estaba poseído de que él sólo era el elegido de Dios y el más alto entre los altos de la tierra, el Duque creía á su vez que sólo él existía después del Rey y nadie se le equiparaba en ventajas de alcurnia ni en valía personal. La preferencia que le concedieron este monarca y el Emperador le afirmaban en aquel concepto de su persona. Si alguna duda tuviera, el hecho de que prevaleciese su parecer en el famoso Consejo en que se discutieron los medios más adecuados para la pacificación de los Países Bajos, bastara á satisfacer su orgullo de soldado. Pero en el nuevo cometido que en 1567 le confió el Rey, iban á poner los dos á prueba sus condiciones de carácter. No pudo encontrar, con efecto, Felipe mejor intérprete para su política, ni Alba, en lo que cabía, mejor inspirador para su conducta. Fríos é inexorables los dos, ganoso el uno de restablecer los fueros de la fe, y más ganoso el otro de castigar aquella turbulenta y viciosa nobleza que aspiraba á humillar al soberano, sólo podían discrepar—y discreparon realmente—en las circunstancias y medios, que no eran iguales desde el punto y hora en que, para juzgarlos el Rey, se ponían de por medio el tiempo y las contradictorias opiniones de sus informantes en Flandes. Que el Duque no fue autor de las severísimas medidas adoptadas á raíz de su llegada, y que no fueron estas medidas la causa de la guerra, no hay que dudarlo ni por un momento. Antes por el contrario, el historiador imparcial debe insistir en ello una y otra vez. Para probarlo basta leer la correspondencia de Orange, y basta estudiar la conducta hábil, ó por mejor decir, solapada de éste. Orange justificó sobradamente al Duque de Alba. Pero Alba á su vez hizo buena la resistencia del país erigiendo en sistema lo que no podía ser otra cosa que procedimiento circunstancial. Además hirió con su rigorismo á católicos como á protestantes, hizo de una causa religiosa una causa nacional, no comprendió cuáles eran los límites del castigo, cuáles las condiciones en que vivía aquel pueblo, condiciones difíciles

para una dinastía nacional, pero más difíciles aún para ésta que con ser propia tenía todas las trazas de extranjera. Y desde el momento en que el país entero se encontró frente de él, desde el punto y hora en que sin elementos nacionales en que apoyarse hallóse con un enemigo sagaz como Orange, para buscarse aliados, para acometer una y otra vez, sin que le arredraran los reveses, para atraerse á los piratas y apoderarse de Zelanda, gracias á sus naves; con parte de los señores alemanes en contra suya; con la Reina de Inglaterra hostil cuando no amiga desleal; amenazada la frontera francesa por los hugonotes, la costa por los mendigos, el Rhin por calvinistas y luteranos, el Mosa por los rebeldes holandeses; en suma, con todos los elementos conjurados contra él, incluso sus propios soldados y marineros, éstos casi siempre traidores, aquéllos conducidos á la rebelión por hambre primero, por indisciplina después, fue difícil, imposible sofocar ni aun dominar aquel terrible incendio, pues que el arte del General ni la energía del gobernante podían suplir recursos, elementos, y sobre todo, amor á la causa aspañola. Rebeliones tan prolongadas echan raíces que con dificultad se arrancan, sobre todo cuando aquéllas se convierten de aspiración de bandería, secta ó persona, en aspiración patriótica y nacional. Opinaba el Duque de Alba que la política de dureza era justísima, pues era aquella guerra una guerra civil, y siendo los Países Bajos estados patrimoniales, los rebeldes enemigos declarados de su señor natural; y hallábase dispuesto el monarca antes á perder dichos Estados, que á que en ellos dejara de prevalecer la fe católica. Y siendo este último el dilema, aun con mostrarse Don Felipe menos celoso de sus prerrogativas que de sus creencias, ello es que á la postre veníase á parar á los mismos términos de intransigencia, puesto que precisamente la rebelión, hija de los tumultos de 1565, era ya verdadera revolución y guerra religiosa en 1573. A darle este carácter contribuyeron forzosa y fatalmente los hechos de una lucha entablada entre razas que se odiaban, con elementos mercenarios, con un ejército gene-

ralmente mal pagado y por ende propenso á la indisciplina. Pero á esto debe añadirse la creación del famoso *Tribunal de los Tumultos ó de la Sangre*, y los excesos de una administración venal y corrompida, siquiera ese cargo no pesara directa y personalmente sobre el Duque de Alba. No resolvió éste nada con sus victorias, porque en realidad lo que más importaba era la pacificación de los espíritus. Dos campañas gloriosísimas hiciéronle temible por un momento; pero como con éstas no se resolvían las graves dificultades que afectaban á lo más hondo de la vida de aquel pueblo, como no todo consistía en vencer á los elementos allegadizos que acudían á los campos, las ventajas conseguidas por los mendigos en el mar compensaron con creces las derrotas de Mons y de Groninga. Y cuando á estas ventajas unieron los rebeldes la que les proporcionaban las angustias pecuniarias del Duque con sus secuelas de motines, saqueos y tropelías, cuando al dominio de las islas zelandesas se unió el del golfo del Zuy-der-Zee, las bocas del Escalda y parte de la costa holandesa, entonces se tocaron de cerca los resultados no dudosos de una lucha entablada con decisión y seguida con rara tenacidad. En este punto puede decirse que el problema militar se complicó de tal suerte con el económico, que bien merece éste ser tratado aparte.

La cuestión económica fue en la guerra de Flandes asunto tan grave si no más que la político-religiosa. Sabido es que con ella luchó Felipe II durante todo su reinado. Distraído por mil obligaciones á cual más perentorias, agobiado por atenciones múltiples, escaso siempre de dinero, el monarca más poderoso de la tierra hallábase frente al más pavoroso de los problemas: el de la miseria en sus reinos y la desatención en su defensa. Opinaba el Duque de Alba, en vista de tales penurias y apremios, que los Países Bajos debían cubrir todos los gastos de la guerra, como originada por ellos; y en tal concepto creía que no debía pararse gran atención en las reclamaciones de las Asambleas ó Estados provinciales. En lo

primero tenía sobra de razón, mas no en hacer caso omiso de lo segundo, porque sus medidas dictatoriales eran atentorias á toda ley y privilegio. Y aunque claro está que ante las necesidades graves y los peligros terribles había que hacer alguna violencia á las Asambleas, ello es que como sistema no podía adoptarse uno que tan abiertamente pugnara con la opinión y los intereses públicos, y que, además, hería por igual á la población católica y á la protestante. Buena prueba de ello es que el dinero que, merced á las confiscaciones y multas pudo acopiar el Duque en la ciudadela de Amberes, no logró conjurar la crisis económica; y como, por otra parte, las confiscaciones, los destierros y las ejecuciones dieran grandes vuelos á la emigración, ¿qué podía prometerse de un país arruinado por la guerra, perturbado por la rebeldía y con sus relaciones comerciales constantemente interrumpidas?

En abono del Duque hay que decir que ese mismo país, que protestaba y se rebelaba contra ciertos impuestos, daba graciosa y gustosamente su dinero á Orange y á los rebeldes, y que no eran más benignos éstos con las ciudades amigas que los españoles con los pacíficos vecinos de las mismas. Mas aparte lo que influyeran en esto afinidades, odios y esperanzas, ello es que al emplear el Duque aquellos procedimientos de violencia poníase frente á frente del país entero, sin distinción de clases ni creencias, y agravaba la situación de los mismos que continuaban siéndole fieles, ya porque sobre los que quedaban era mayor el peso, ya porque tampoco hallaba favor alguno esta fidelidad. Y resultaba de esto, que aquellos á quienes desunía la política ó la religión, venía á ligar la conveniencia ó la necesidad.

Los mismos elementos religiosos iban á unir su influencia á los políticos y económicos, ya por su afinidad á los nacionales, ya por las exacciones y violencias á que daban lugar las medidas tomadas por el Duque y por la licencia de sus soldados; y estos elementos, unidos á los de las Universidades, tenían que ejercer gran peso en el ánimo del monarca, desde

el punto y hora en que éste viera envuelto por el torrente de la guerra la santidad del culto, que él quería reintegrar en Flandes. No fue, ciertamente, este resultado imprevisto por hombres doctísimos y nada sospechosos. Ocurrió sólo, que mientras duró la pasajera influencia del terror, mientras la victoria coronó el éxito de las armas españolas, la política del Duque no halló reparo alguno en la corte. Mas cuando la estrella de Alba se nubló, y no por falta de energía ni de celo ciertamente, tomó cuerpo y forma la duda, y lo que no pudieron conseguir las conveniencias, resolviólo una sencilla cuestión de conciencia. Felipe II no pudo transigir con los excesos de la soldadesca, sobre todo cuando esa soldadesca que profanaba los templos, pisoteaba las imágenes y arrancaba las hostias del viril, combatía en nombre de un monarca católico y por los intereses católicos. Y lo que no hicieran los informes de su embajador en París, Alava; lo que no consiguieran Viglio ni Prats con sus cartas, ni los flamencos con sus diputaciones, lograron las justas representaciones de los prelados y teólogos. Bien es cierto que esos mismos tumultos, motines y desmanes eran hijos de la necesidad, y que el Duque, para conjurarlos, había llegado á empañar su hacienda y persona; pero el monarca, alejado del teatro de la guerra, y quizás ya más atento á las críticas que inspiraba la conducta del Duque ó á los desengaños ineludibles que acarreaba aquella guerra, le disgustaban aquellas violencias, y llegó á considerar difícil terminarla sin suavizar los procedimientos. Con dejar á salvo la cuestión religiosa no se negaba á transigir en lo demás. ¡Transacción tardía cuando de 1565 á 1573 se habían cambiado los términos del problema!

El error fue, por lo tanto, no menos del Rey que del mismo Duque. Hizo éste cuanto cabía como general. No pudo dominar los imposibles, porque esto no estaba en su mano. Extremó el terror porque á castigar iba, y á castigar duramente. Pero siendo inútil el castigo, y no alcanzando los recursos para mantener el sistema, fracasó el Duque más como político

que como militar. Y atribuyó el monarca este fracaso menos al sistema que á la forma de emplearlo, cuando al fin y á la postre la contradicción constante entre el fin que se perseguía y los medios más estaban en El Escorial y en Madrid que en Bruselas y en Amsterdam.

Importa, sin embargo, que sigamos paso á paso el negocio del relevo del Duque, pues él refleja como ninguno el carácter y procederes del soberano español. La grave situación por que atravesaban los Países Bajos, en apariencias dominados por las armas de Alba, el clamoreo levantado por los impuestos y el descontento de los mismos católicos flamencos, significado al Rey por prelados y abades, movieron sin duda á éste á adoptar temperamentos de relativa clemencia, y cuando después de no pocas vacilaciones se decidió á otorgar la amnistía de 1570, pensó que tal vez nombrando un sustituto al Duque, sustituto que por sus cualidades de carácter supiera captarse las simpatías de la gente del país, lograría adelantar algo en la pacificación de éste. Pero las resoluciones del monarca adolecían siempre de lentitud y de incertidumbre. Con efecto, en Setiembre de 1571 nombró al Duque de Medinaceli como gobernador de los Países Bajos, pero hasta Diciembre, con pretexto de embarcarle en la escuadra que debía conducir tropas de refuerzo, retúvolo en tierra de España. Entrado ya el invierno, dió orden de desembarcar las tropas, y el 1.° de Mayo del año siguiente todavía continuaba Medinaceli en espectativa de embarque. Sólo cuando llegó la gravísima noticia de la rebelión de Holanda, decidióse á ordenar, sin pérdida de tiempo, la marcha de Medinaceli (1.° de Mayo), pero en condiciones tales, que la autoridad de que parecía investido este magnate resultaba puramente honorífica. Con efecto, sin hacerse exacto cargo de los recelos y de las dudas que invadían el ánimo del Rey, no se acertaría á comprender qué pretensiones eran las suyas al enviar á los Países Bajos un gobernador nominal; pues en 30 de Abril había escrito al Duque de Medinaceli que en tanto se hallara en dichos Países el Duque de

Alba, á éste *solamente* incumbía el gobierno. Alba, por su parte, había recibido el aviso de no entregarle hasta que el Rey en persona se lo ordenara. Y he aquí por donde la situación no podía ser más difícil y embarazosa para los dos, sobre todo más desairada para Medinaceli. Como presagio triste de los malos días que le aguardaban en tierra de Flandes, la escuadra que le condujo llegó á ella empujada por las tempestades. La violencia de los vientos dispersó su flota, y con sólo cuatro bastimentos pequeños logró ganar el puerto de la Esclusa, no sin haber perdido cinco naves, que asaltaron y quemaron los *mendigos de mar*. Apenas llegado á Bruselas cayó enfermo. Allí, sin duda, recibió las primeras impresiones por conducto de los quejosos y de los émulos. Con el Duque asiste al sitio de Mons, y luego, acompañado de los capitanes de Alba, entra en Malinas el primer día del saco. Los habitantes le piden que contenga el furor de la soldadesca. El les responde que no tiene autoridad sobre las tropas. Sólo puede ir de convento en convento consolando á los afligidos ó afligiéndose con ellos. Sin duda alguna aquel espectáculo hirió su ánimo. A los mismos oídos del Rey llegan las quejas. Este se anticipa á la probabilidad de que Lovaina siga la surte de Malinas, y escribe, de su puño y letra, á la margen de una carta del Duque: «En ninguna manera dareis lugar á que sean saqueados». Quizás por este suceso comienza á enajenarse el Duque el afecto de su soberano. La discrepancia con Medinaceli se manifiesta ya abiertamente al llegar los Duques á Nimega. Medinaceli quería que el Duque se pusiera al frente del ejército que debía operar en Holanda, quedando él en esta ciudad. El Duque, de acuerdo con los de su Consejo, era de parecer que se esperase á la toma de Zutphen para acordar lo más conveniente. Pero Medinaceli repuso que si no iba aquél á la guerra nada tenía que hacer allí, ni el Rey lo había menester; que él no quería entrar en las villas de paz con Alba (1). En otro

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, págs. 296 y siguientes.

Consejo, y después de viva discusión, levantóse de su asiento diciendo que no quería permanecer ni por un momento con el Duque, y marchóse á su casa, de la que se partió al día siguiente sin dar conocimiento á nadie. Si hemos de juzgar por estas cartas, el Duque de Medinaceli era un hombre propenso á la cólera, desconfiado y lleno de amor propio. Alba cree que el antagonismo entre los dos es hijo del deseo que tiene de no estar ocioso; pero persuadido de las dificultades creadas por la situación, opina que lo más conveniente sería que el Rey le permitiese á él *ir á besarle la mano* (1). Esto escribía en 19 de Diciembre de 1572. Medina partió sin demora para Grave, y desde allí fuése á Bois-le-Duc dispuesto á esperar, según escribía al Rey, á que el Duque fuese en busca del enemigo. De este modo el disentimiento, secreto hasta entonces, estalló y se hizo público. Desde aquel momento el monarca recibe de uno y otro Duque, y de sus allegados, cartas que reflejan aquel antagonismo. Y mientras Medina se pregunta qué ha ido á hacer á los Países Bajos (2), el Duque se lamenta de que sus servicios no son recibidos con agrado (3). Las operaciones militares prosiguen en 1573, y Medinaceli, siempre distanciado del Duque, se traslada desde Bois-le-Duc á Spá, donde pasa el verano de este año. Por fin el monarca se decide á relevar al Duque de Alba, pero haciendo lo propio con Medinaceli, que, como éste, había solicitado el relevo. Uno y otro representaban ya tendencias antagnónicas; pues mientras Alba se hallaba rodeado casi exclusivamente de españoles, Medina mantenía relación estrecha con los señores católicos del país, y aspiraba á atraerse á los de Lieja con la promesa de la protección real. Por fin, cansado ó desengañado, deja en Setiembre á Spá y Maestricht, presentándose en Amberes en la creencia de que el Duque iba á ponerse á la cabeza del ejército; mas

(1) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 300.
(2) *Colec. de doc. inéditos*, tomo XXXVI, pág. 130.
(3) *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, pág. 308, Alba á Zayas.

como quiera que D. Fadrique continúa en el cargo como general en jefe, decídese á abandonar los Países Bajos, y previa la licencia real, parte de ellos el 6 de Octubre de 1573, llevando consigo una Memoria escrita por Federico de Perrenot, señor de Champagney, que encierra los cargos más terribles contra el gobierno de Alba.

Si se tiene en cuenta que este Perrenot, aunque hermano del famoso Cardenal Granvela y hombre nada sospechoso por su ortodoxia, era señor del país y amante de sus privilegios, comprenderáse fácilmente el escaso efecto que podía hacer en el ánimo del Rey una representación que tenía por principal objeto el Tribunal de los Tumultos. Pero á estas exposiciones uníanse otros avisos, avisos tan interesantes como este de Albornoz, en que parece planteado el problema de nuestra soberanía en los Países Bajos: «Mientras los españoles permanezcan en estas provincias, ellas continuarán rebeladas; de abandonarlas, el país y la religión podrán darse por perdidos (1).» Precisamente el Duque aspiraba á quitar á los naturales de los Consejos privado y de Estado y á irlos reemplazando con españoles é italianos, ó bien con flamencos de carácter fácil. Y precisamente su deseo era que el monarca empleara en Flandes todas las fuerzas de España, desentendiéndose de los turcos, menos peligrosos en su sentir, para la cristiandad, que los herejes (2). Por manera que el problema estaba planteado en términos tales de intransigencia, que forzosamente tenía que imponer pronta solución al monarca. Y esta solución, se ha dicho ya, fue un cambio de Gobernador, con el buen propósito de que la persona del nuevo elegido y cierta suavidad en los procedimientos cambiasen la gravedad del estado de cosas. Por si alguna duda quedara en el espíritu del Rey, dos nuevos hechos vinieron á confirmarle en aquel propósito. Acordada la

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, págs. 316 á 318. Albornoz á Zayas, 8 de Marzo de 1573.

(2) *Ibidem*, págs. 359 y siguientes. Alba al Rey.

abolición del *décimo*, exigió el Duque un subsidio anual y á perpetuidad de dos millones, exigencia rechazada por los Estados, que alegaban el privilegio de votar libre y periódicamente las *ayudas* necesarias al gobierno y defensa del país. Entonces el Duque no vaciló en escribir al monarca que estaba dispuesto á no tratar negocio alguno con los Estados (1), resolución muy grave por las dificultades que iba á originar y desde luego precursora de medidas de fuerza que iban á perturbar al país; pero no menos grave también porque el monarca, con harto trabajo y mediante enorme interés, pudo mandarle en Agosto 400.000 escudos en letras de cambio, cifra insuficiente aún para el pago de los atrasos. Y ocurría que mientras el Duque no lograba salir de sus apuros, el monarca, agobiado por la falta total de recursos, hallábase impaciente por terminar el negocio largo, penoso y complicado de la guerra. Dado tal estado de cosas, se comprende la sigilosa marcha del Duque, por no decir su fuga, de Amsterdam. Fue esta—dice con razón un autor—una especie de bancarrota. Pero confesémoslo en honor del enérgico caudillo. El hombre que como él luchaba con la fe, los bríos y la tenacidad del soldado contra todo y contra todos; el que dudoso hasta de la confianza del Rey arriesgaba los últimos años de su vida á trances tan duros, era por cierto digno de lástima, si no de admiración Desgraciadamente todo se declaraba en contra suya. El mismo acero de sus soldados amenazaba su existencia, después de haber arruinado al país. No son plumas extranjeras ni anticatólicas las que trazan el sombrío cuadro que éste ofrecía á mediados de 1578. El secretario Esteban Prast nos dice que el estado de desesperación á que habían llegado los naturales era general; los excesos de la soldadesca sobre toda ponderación; la paralización del comercio, hija de estos excesos, grandísima; la emigración creciente. Abando-

(1) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 312. Alba al Rey, 16 de Abril e 1573.

nadas las casas de campo, despobladas las aldeas, no se hallaba quien á vil precio quisiera comprar aquellas propiedades ni permanecer en estas. Tales rigores se han empleado con la nación, como no hay ejemplo en antiguas ni modernas crónicas. ¡Quién mejor testigo que el que como Prats había estado encargado, según él mismo declara, en el despacho de asuntos criminales!

Pero á las declaraciones de los mismos allegados al Duque y de los señores y Diputados, uníanse las del clero, la de los mismos católicos, nobles y plebeyos, exasperados contra el sistema del Duque de Alba. El clero católico, en particular, detestaba al Gobernador español. El Obispo de Namur declaró en 1577 á Don Juan de Austria que durante los breves años de su mando, Alba hizo más daño á la religión católica que Lutero, Calvino y todos los secuaces de ambos en veinte años. Richardet, Obispo de Arras; Martín Rithove, Obispo de Ipres, y Juan, Abad de Auchin, representaban al Rey contra él para que, por lo menos, la reducción y castigo de herejes se hiciera cristianamente, así como para que se pusiera coto á los desmanes de los soldados. El Obispo de Arras, en particular, manifestaba á D. Felipe que en la persecución de herejes se confundía con éstos á los católicos, y con el pretexto de ser rebeldes todos los naturales, arrebatábaseles hacienda, honor y vida. Por último, los Doctores de la facultad de Teología de la Universidad de Lovaina, reunidos en secreto el 20 de Mayo de 1573, tomaron el acuerdo de dirigirse á Felipe II para informarle acerca de lo que ocurría en los Países Bajos, y suplicarle, caso de que él en persona no pudiera trasladarse á los mismos, que privara de su Gobierno al Duque de Alba. En esta petición, suscrita por unanimidad, exponían aquéllos el estado desesperado de los habitantes, la emigración que despoblaba la tierra y el hecho de que fueran á buscar refugio entre los rebeldes gran número de personas ajenas á las ideas de éstos. «Si V. M.—decían—descuida remediar prontamente el desastroso estado en que el país ha venido á reducirse, tema,

como toda su dinastía, la cólera del Señor, que transfiere los reinos de una á otra familia á causa de las injusticias, violencias y ultrajes toleradas, y que á menudo llega hasta vengar aquí en la tierra, con castigos terribles, los tormentos injustamente dados á un pueblo fiel, la opresión de los inocentes, la expoliación de los pobres, la profanación de las cosas sagradas» (1). Este mensaje créese que fue entregado confidencialmente á Felipe II por el dominicano portugués Antonio de Siennes en un viaje que hizo á España á principios de 1574. Mas ya por esta fecha el Duque de Alba había sido relevado.

En Diciembre de 1572, cuando los negocios de los Países Bajos presentaban malísimo cariz, Felipe II, de ordinario tan reservado, dió á conocer ostensiblemente su disgusto respecto á los procederes del Duque; disgusto de que da cuenta Saint Gouard desde Madrid, y que transparenta en las cartas del monarca á su General. No dejó éste de echarlo de ver, ni de recibir ciertos avisos de ello, por cuanto como anticipándose á su relevo, pidiólo una y otra vez fundado en sus achaques y enfermedades; que, en efecto, enfermo estaba el Duque de cuerpo y alma, si hemos de creer á sus allegados el historiador D. Bernardino de Mendoza y el célebre Arias Montano. Este último daba cuenta á Zayas de la aflicción grandísima de Alba, como más tarde Mondoucet del aislamiento en que vivía en Bruselas cuando regresó de Amsterdam, mientras que Mendoza afirma que, en sentir de los médicos, no podía prolongarse la estancia del Duque en Flandes sin peligro de su vida. Empero ya el monarca había tomado su resolación, y en 30 de Enero de 1573 escribió á D. Luis de Requesens y Zúñiga, su Embajador en Roma, que lo había elegido para encargarle «el mayor negocio y de más importancia que había

(1) El texto latino de este importantísimo documento, cuyo original existe en el Registro literario de la Facultad de Teología de Lovaina, lo transcribe íntegro Mons. Nameche en su obra *Le Regne de Philippe II et la lutte religieuse dans les Pays Bas, au XVI siècle.*

tenido y podía tener», que era el gobierno de los Países. Por de pronto, esperaría sus órdenes, guardando sobre ello el mayor secreto. El mando de estos Países tomaríalo Requesens de manos del Duque de Alba, comenzando á ejercerlo en cuanto éste hubiese emprendido el viaje de regreso. Cuanto al Duque de Medinaceli, «se proveerá — dice — lo que convenga, de manera que esto no haga embarazo á lo que tengo determinado». Le da instrucciones para el viaje, que debe hacerse siguiendo igual camino que el seguido por Alba, aunque alegando otras causas, «para disimular el color de la partida», y concluye advirtiendo que no admite excusa ni dilación. Sus órdenes son terminantes: «Quiero que me sirvais en esto, sin otra réplica.»

No es esta ocasión de hacer el retrato de Requesens, á cuya figura se dedicará especial estudio. Diplomático entendido, hombre experto en achaques de milicia, de buena inteligencia y no vulgar cultura, conocedor de las cosas y de los hombres de su tiempo, y sobre todo conocedor muy profundo de la corte de Madrid, no se le ocultaba la gravedad del peso que el monarca echaba sobre sus hombros. Por lo mismo, y no obstante la conminación y perentoriedades de Felipe II, declinó por de pronto el honor y la responsabilidad que se le concediera; pero como aquél le ordenara aceptarlo sin dilación alguna, acató respetuoso el mandato real. Empero hasta 15 de Octubre no dió aviso el monarca al Duque de Alba de la próxima llegada de Requesens. Por cierto que un historiador español hace mención de cierta epístola dirigida por el Rey al Duque con motivo de su relevo, en la que le trata de inhábil, terco y codicioso. Nada menos cierto. Precisamente Mr. Gachard nos da á conocer textualmente la antes citada, y en ella échanse de ver miramientos tales respecto al caudillo de Flandes, que, en realidad de verdad, podrían interpretarse por recelos. El mismo Comendador Requesens, que estaba ya para ponerse en camino en aquella fecha y debía llevar consigo las patentes, instrucciones y cartas necesarias para reemplazar al

Duque en el gobierno, tenía orden de comenzar su gobierno «cuando éste lo tuviera á bien», y el Rey dice textualmente á su Gobernador en Flandes: «Rogando y encargándoos mucho le informéis y advirtais de manera que pueda acertar á hazer lo que conviene á mi servicio y al beneficio, seguridad y buen gobierno desos estados, *como yo sé que vos lo deseais y lo habéis siempre procurado con tanto amor, cuidado y diligencia, que me queda y terné dello la satisfacción que vuestra persona, trabajos y grandes servicios merescen.*» Tocante al perdón general que proyectaba el monarca para hacer más grato el nuevo gobierno, perdón acerca del que tenía el Duque sus reservas, dícele aquél: «Estaba ordenado y á punto de enviarse y helo detenido por lo que advertisteis que se debía mirar mucho como se ha de dar y publicar para ser estimado, y del fructo que se pretende, que ha sido muy bien avisármelo, *siendo como es la última medicina con que se presupone se ha de sanar ese enfermo;* y así lo he detenido hasta agora que pareciéndome sería á propósito los hiziese publicar el Comendador mayor por principio de su gobierno para ablandar los ánimos y ganar las voluntades de los naturales, he acordado que se le envíe pocos días despues deste correo, advirtiendo que acá y allá se tenga tan secreto que en ninguna manera se sepa hasta el punto en que se haya de publicar...» Por estos fragmentos puede comprenderse los miramientos con que trataba el Rey á su General. Es más, al ocuparse en la misma carta del Consejo de los Tumultos, cuyas prácticas eran uno de los cargos más graves que se habían hecho contra el Duque, insinúa Don Felipe que, como quiera que se había pedido *alguna mudanza en este Tribunal,* y de publicarse el perdón pudiera depender el remedio (según dicen los naturales), consideraba necesario lo platicase con el Comendador. El, sin embargo, se atenía más al parecer del Duque que al de los flamencos. «Creo, dice, que su intención (la de éstos) debe ser lo que diversas veces me habéis representado; *mas veo que las cosas están en terminos que conviene ir pensando en todos los medios que podrian ser parte para*

los reducir al asiento que han menester, principalmente habiendo llegado la falta de la hazienda á estado que ya ni se puede ir adelante ni atrás, aunque por eso yo no entiendo consentirles jamás cosa que no sea muy justa y muy conforme á nuestra santa fé católica y á lo que conviene á mi autoridad, si bien hubiese de perder los Estados (1).» Ahí están sintetizados los propósitos del Rey. Discrepan de los del Duque de Alba en que éste no creía en el nuevo remedio, y esta discrepancia de miras, no menos que los escasos resultados políticos conseguidos por el Duque, explican de sobra lo ocurrido entre él y el monarca. En ocasión alguna, y menos en esta, se permitió el Rey condenar la conducta del Duque en términos duros y violentos. Al fin y á la postre, aun excediéndose en el cumplimiento de sus órdenes, Alba había sido su más fiel y leal intérprete y servidor. Pero fracasada la política de rigor, creía el monarca que debía éste templarse en *alguna manera,* y que debía jugarse en este triste juego la última carta, ó, como él decía, «ensayar en el enfermo *la última medicina*».

Pocos días después de escrita esta carta, el 19 de Octubre, el Rey firmó las patentes de Requesens como Gobernador y Capitán General de los Países Bajos, y el 17 de Noviembre de 1573 llegó á Bruselas, después de atravesar la Saboya, el Franco Condado y la Lorena. Ya el Duque estaba prevenido de su llegada, aunque no salió á recibirle por hallarse enfermo, pero su impaciencia por dejar el mando era tal, que Requesens hubo de suplicarle aplazara el acto hasta que él se hubiera impuesto del estado de los negocios. Además no quería desempeñarlo hasta el momento que partiera aquél. En este intervalo departieron largamente acerca del estado de los negocios, algo obscuro y embrollado para que con exactitud lo conociera Requesens en breves días, pero no tanto que dejase de adquirir la triste certidumbre de que no existía en caja un solo real. Tomados estos informes, el 20 de Noviembre juró su

(1) *Correspondencia,* tomo II, págs. 415-416.

cargo el Comendador ante los individuos del Consejo de Estado, y el 18 de Diciembre salió el Duque de Bruselas, acompañado de Don Fadrique de Albornoz, su secretario, y de Juan de Vargas. Sancho Dávila, Vitelli y Romero querían marchar con él, pero opúsose Requesens de acuerdo con lo mandado por el Rey. Por tierras de Namur y Milanesado dirigióse el Duque á Génova. Aquí embarcó para Barcelona, y el 30 de Noviembre por la noche entró en Madrid.

Tal fue el término del mando y empresas del insigne Don Hernando de Toledo en los Países Bajos. Había comenzado á ejercer aquél en Agosto de 1567, y lo desempeñó en un período de seis años. Si los resultados no correspondieron á sus esfuerzos ni á sus méritos, debióse á que el problema que fue á resolver en aquellos Países no era exclusivamente militar. La resolución de este problema, lo hemos dicho ya, estaba en Madrid y no en Bruselas.

Francisco Barado.

LOS ASCENDIENTES DE BOLIVAR

Aunque los americanos en general, y los de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia en particular, se afanan por fraguar en torno de los caudillos que fueron los instigadores de su emancipación y los conquistadores de su independencia, las leyendas que en los antiguos pueblos formaron la mitología de las creencias nacionales, España, desvanecidos los momentáneos odios de la lucha, no tiene por qué negarles los justos tributos de sus merecimientos. La diferencia entre los conceptos que nos merecen sólo consiste en que, si los pueblos americanos emancipados necesitan aumentar el volumen de sus héroes con los atributos de la ponderación, á España le basta reconocerles las realidades de la Historia. Si durante el furor de la separación y el combate fueron tratados como enemigos, el tiempo lima estas asperezas, y al cabo la antigua patria, cabeza de una raza magnánima, aun emancipados por la violencia no puede menos de considerarlos como hijos, del mismo modo que los nuevos pueblos que ellos formaron independientes deben siempre, agradecidos, considerarlos como padres.

En realidad, ninguna de las figuras que se destacaron de la lucha de la independencia hispanoamericana tuvo la magnitud de Simón Bolivar. La leyenda dice que en su lucha de

muerte dispuso se quemaran todos los documentos y cartas que poseía, y hay que confesar que aquella fue una gran pérdida para la Historia. El fervor nacional, al entregarse á las delectaciones ardorosas del entusiasmo, involuntariamente va creando las ficciones de la fábula con que los héroes se transfiguran, y siendo la verdad histórica en las propias contradicciones de la vida mil veces más bella que todos los adornos de la fantasía, la pérdida de aquellos documentos constituye una verdadera desgracia, cuando el giro de las ideas toma direcciones tan realistas como las que imperan en todos los ámbitos de la vida actual, y este realismo sinceramente encumbra más al hombre-hombre que al hombre sobrenatural.

Examinando la vida de Bolívar, se encuentran todos los datos sin dilucidar. Mecióse su cuna, se escribe, en el regazo de padres de elevada alcurnia y acaudalados. Visitó joven á Europa y vino á España. En España amó y se casó enamorado. Y llevando de su gira por algunos países del viejo mundo las impresiones vivas que en su alma debieron causar los últimos destellos de la revolución francesa, la propagación de las ideas que de ella se derramaron por la oprimida Italia, por la dividida Alemania y aun por la supeditada España, y grabadas en la imaginación las maravillosas victorias de Bonaparte en Tolón, en Paris, en Italia, en Egipto, en Alemania y en Austria, con las elevaciones sucesivas que habían conducido al genial subalterno de Artillería hasta investirse las insignias del Imperio, tomando el manubrio de una transformación á la vez social, jurídica, geográfica que había de invadir todos los ámbitos del planeta, al regresar á su hogar obscuro, modesto, jefe de una nueva familia y sector sensato de una fortuna considerable, acaso no hubiera salido de esta desconocida mediocridad sin la orfandad de su tálamo, castigado por la temprana muerte de una esposa idolatrada. Entonces fue cuando su alma apasionada debió buscar los lenitivos de su recóndito dolor en la pasión de la libertad y de la patria, acudiendo á su mente y exaltando su imaginación todas aque-

llas impresiones recogidas en su primera expedición á Europa y que había mantenido aletargadas en su espíritu. Estas impresiones se verificaron en su segundo viaje al viejo continente, en el que con mayor conciencia de los hechos que le rodeaban debió formar las ideas que luego se halló con fuerzas proporcionadas en su valor y constancia para desarrollarlas en su país natal, y así los impenetrables accidentes del acaso impulsaron su alma hacia empresas que indudablemente no habían entrado antes en la dirección de sus pensamientos.

Para esclarecer todos estos hechos antes que entrase en el campo de la contienda armada contra su amada patria en los angustiosos momentos en que consumía la invasión de un extranjero que había ensangrentado todos los campos de combate de Europa, y había transfigurado la geografía y la etnografía de todas las naciones, ¡qué falta hacen todos aquellos documentos! El juicio más discreto y la deducción más razonable de sus actos ulteriores no bastan para suplirlos. La Historia es ya toda revelación de la espontaneidad, y al medir en todos los casos al hombre como hombre en cualesquiera de sus situaciones, la Historia no pide más que las justificaciones sinceras de los documentos humanos.

Entre los argumentos que se hacen en honor de Bolívar, es el primero la lucidez de su alcurnia. En esto cabe dilucidar más en España que en los países á quienes individualizó en el seno de su independencia. Nosotros que hemos sido los que engendramos para América los héroes de su descubrimiento, de su conquista y de su civilización, no podemos menos de enorgullecernos, que ser también los progenitores ilustres de los caudillos de su independencia, aun revolviéndose momentáneamente contra la madre común. Y, en efecto, Simón Bolívar fue de hidalga cuna española, y estas prendas de la hidalguía con los de su estirpe fueron á América desde el primer tercio del siglo XVII en que el primero de los de su apellido, con oficios del Rey Felipe III, pasó á Cartagena de Indias en 1617 en la flota de Tierra Firme que mandaba el

General D. Francisco de Villegas. Llamábase el Contador Pedro de Bolívar, natural de Colindres, lugar asentado en los canales de la ría de Santoña, en la actual provincia de Santander. Era hijo de Juan de Bolívar y de Doña Catalina de Escalante, natural del lugar de Camargo. Dejó joven las tranquilas ocupaciones de su tierra natal buscando más amplios horizontes en extrañas tierras, y aunque no cruzó su pecho la banderola de soldado, logró en Valladolid los primeros oficios burocráticos con que servir á su patria en la Real Hacienda; pasó más tarde á Sevilla, emporio entonces del tráfico de Indias, en donde se enamoró de la idea de cruzar el Océano para ir á conocer el Nuevo Mundo; casóse en la ciudad andaluza con Doña María Ximénez de la Torre, hija de Alonso de la Torre y de Doña Francisca de Pastrana, criados del Duque de Béjar en su villa y condado de Belalcázar, de donde eran todos naturales, y con el favor de tan gran magnate, mejoró de destino en Zaragoza, aunque siempre pensando en volver á la ciudad andaluza y de allí pasar á América, donde á todas las ambiciones se ofrecían en aquel tiempo horizontes para henchir.

La ocasión no se le hizo esperar mucho. Por Real cédula de 8 de Mayo de 1610, el monarca mencionado, con intervención del Cardenal de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, había creado en Cartagena de Indias el Santo Tribunal de la Inquisición, dándole por distrito, en un radio de mil quinientas leguas, el Nuevo Reino de Granada, el Reino de Tierra Firme, la Isla Española y todas las islas de barlovento con todas las demás provincias de la jurisdicción de la Audiencia de Santo Domingo, distrito cuyo gobierno eclesiástico contenía dos arzobispados y siete obispados, y su gobierno secular tres Reales Audiencias, catorce gobiernos militares y políticos, dos corregimientos y tres Consejos. Era Cartagena de Indias, á la sazón, el centro donde todo aquel mundo tenía su trato y comunicación. Para la organización del nuevo Tribunal fueron nombrados dos Inquisidores y un Fiscal, y para su

sostenimiento se fijaron 3.150.000 maravedís al año, equivalentes á 8.400 ducados. La plantilla de una Inquisición de jurisdicción tan vasta no se contenía solamente en estos oficios. Sus dependencias tenían además un Nuncio, un Portero, un Alcaide en lo judicial y en lo administrativo, un Alguacil, un Receptor, un Contador, un Juez de bienes confiscados y otros Ministros inferiores de inexcusable necesidad. Mas al constituirse el nuevo Santo Oficio, los dos Inquisidores se fijaron 2.000 ducados de salario cada uno, 1.604 el Fiscal y 1.000 el Notario, con lo que sólo quedaron para los demás servicios, incluyendo los alimentos para los presos pobres y otros gastos forzosos, los 1.796 restantes, con lo que apenas alcanzaba para tan numerosa dependencia. Hubo, además, que comprar á censo casas para establecerse y para las cárceles secretas, cuyos réditos montaban una considerable cantidad; pero en los principios ninguna de estas estrecheces se dejaron sentir, tanto por asegurar cada uno su respectiva posición, cuanto por la habilidad de su primer Tesorero, Juan de Iturrieta Auvia, y de su primer Contador, Pedro Gil de la Redonda, los cuales, como personas de larga experiencia y habilidad, tuvieron toda la necesaria para ir conllevando los crecientes apuros de la insuficiencia.

A la muerte de Iturrieta, nombróse para sustituirle á Francisco de Rebolledo, y por muerte de Gil de la Redonda, el Gobernador dió en ínterin su oficio á Benito Marqués Bellido, oficial que era de la Contaduría, mozo de mezquina experiencia, y que esperando obtener la propiedad por el favor del Gobernador y de los Inquisidores, subrogó todas sus obligaciones al deseo de tener contentos á los que miraba como protectores: así en la menguada consignación que el Rey había fijado comenzó á dejarse sentir la inmoralidad. Mas cuando el descrédito iba tomando cuerpo, y á pesar de los temores que la Inquisición infundía en todas partes, se hacían hablillas del desorden que reinaba, y de los abusos que se cometían en sus oficinas administrativas, muy consentidos por los inquisidores, llegó en la flota de España «un Contador caballero del

hábito de Santiago», que por lo inesperado no fue recibido bien. Este Contador, Caballero del hábito de Santiago, era D. Pedro Bolívar. Tras el disgusto de la sorpresa, vino el disgusto de sus obras; porque dotado el nuevo Contador de irreductible entereza de carácter, desde el primer momento trató de restablecer el orden y el crédito en todo. Para pagar los débitos que se habían contraído, propuso y obtuvo que una vacante que se había producido en uno de los dos inquisidores, no se ocupase por tres años, quedando su dotación para suplir los descubiertos. Basados en una frase de la Real Cédula de Institución de 1610, los inquisidores se hacían pagar sus salarios con dos tercios de anticipación y en oro, á razón de 8 y cuarto por 100, en lo que había una ganancia ilícita, pues «lo cierto es que se vende á diez por reales, y luego los reales á 10 por 100 por plata corriente»; pero Bolívar se opuso á la prosecución de uno y otro abuso: al del adelanto de salarios, porque S. M. los tenía prohibidos, «porque cualquiera dellos puede morir antes de servirlo, y no quiere su mag.ª tener que cobrar de nayde, pudiendo no darlo»; y al de la paga en oro, porque era consentir un delito por el que á los inquisidores se les podía penar.

Con estas cortapisas, á cuyo tenor se ejecutaron todas sus demás disposiciones, los del Tribunal quedaron tan enconados contra él, que se elevaron en representación al Consejo Supremo, diciendo que el nuevo Contador «es un hombre de tan poca capacidad, que por ningún caso, según todos dicen, entiende el oficio que ejerce, y está tan adeudado y entrampado, que la necesidad que la caja padece se tiene por probable es por causa suya; porque siendo así que tiene la situación cierta más de setenta mil ducados, después que él entró en ella no hay quien haya visto blanca ni maravedí. Quedó empeñado en Zaragoza, donde fue Tesorero, según fama, en once mil pesos de oro. Bien es verdad que han gastado mucho y gastan en la fábrica de unos barquichuelos que han armado y de la muralla de la ciudad, y que no cobran lo que se debe á la Real caja; pero no

es razón que, así lo que gastan en las fábricas como lo que dejan de cobrar, lo pague el Santo Oficio, pues es por sus comodidades particulares. Los inquisidores no tienen otra hacienda de qué sustentarse más de lo que S. M. les da, y siempre se hallan alcanzados y con necesidad á causa de ser esta ciudad tan costosa y cara, como es notorio á todos, y ser los salarios más cortos que los de las otras Inquisiciones de las Indias». El Consejo Supremo desestimó estas quejas, y Bolívar quedó apoyado por el Gobernador; pero discordes siempre los inquisidores con él, tuvo que venir á la Península á dar sus descargos y sincerar su conducta. Ratificado aquí su destino, antes de reembarcarse para Cartagena quiso hacer una doble visita al lugar en que había nacido en las cuatro villas de la costa del mar cantábrico, y á la tierra de su mujer en las fronteras de Badajoz. Los dos viajes estuvieron llenos para él, para su mujer y sus hijos, muy jóvenes todavía, de agradabilísimas impresiones. Mas cuando de Belalcázar pasó á Sevilla para el embarque, adoleció en esta ciudad, donde murió.

Animosa su viuda Doña María Ximénez de la Torre, en vez de reducirse á la casa paterna y al antiguo hogar de su familia, volvióse con sus hijos á Cartagena de Indias al cuidado de la hacienda que en ella había constituído el Contador Pedro de Bolívar, y tanto á su regreso se limaron las malquerencias que el Santo Tribunal había alimentado contra él, que el mayor de sus hijos, D. José de Bolívar y de la Torre, apenas tuvo edad proporcionada, recibió el título honorario y perpetuo en su familia, de Alguacil mayor de la Inquisición de Cartagena; y cuando, en 1641, habiendo quedado único heredero, recibió de Felipe IV la merced del hábito de Santiago, en las informaciones que en Madrid se hicieron acudieron á abonar su hidalguía muchos y muy distinguidos personajes, ya naturales de Cartagena, ya peninsulares que habían prestado en Indias largos servicios, y que á la sazón residían en la corte. Del número de éstos fueron el presbítero D. Manuel Pimienta Pacheco, hermano del Almirante Díaz Rimienta; el Alférez

mayor de Cartagena D. Luis Cortés y Mesa, natural de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada; el abogado de los Reales Consejos Diego de Alvarado, también cartaginés de nacimiento; el mismo Juan Marques Bellido, á quien Pedro de Bolívar quitó en aquella Inquisición el cargo de Contador; el neo-granadino P. Lucas Rengel, de la Compañía de Jesús, calificador de la Suprema; el Capitán Bartolomé de Monasterio, Alguacil mayor de la Inquisición de la provincia de Caracas; el Gobernador que había sido de Cartagena, Vicente de Villalobos; el canónigo Diego de Torres y Vargas, natural de Puerto Rico; el P. Fray Jerónimo Vicente Magno, de la orden de Santo Domingo, lector de Sagrada Teología, que, aunque natural de Mallorca, había residido diez años en Cartagena; el Capitán Juan Martinez Téllez, Procurador general de la provincia de Guatemala; D. Juan Antonio de Landaverde, caballero de Calatrava; D. Luis de Aguilar y Manuel, de la orden de San Juan, y D. Agustín Sarmiento Sotomayor, de la casa condal de Gondomar; y D. Miguel de Ojirando, los dos caballeros de Santiago, todos los cuales habían servido largo tiempo en Indias, y otras personas tan distinguidas, en número de veinte, que unánimemente certificaron haber cultivado el trato de la familia de Bolívar y tener noticias de su notoria hidalguía, de la pureza de su fe y del desahogo de su posición «con que vivían con mucho lustre de las rentas de sus haciendas.»

Los testigos de Belalcázar, Cabeza de Buey y Alcántara, en número de 46, incluyeron en sus informes á un hermano de la madre del pretendiente, el licenciado Bartolomé Ximénez de la Torre, que habiéndoles acompañado á Cartagena, tenía en aquella Inquisición el cargo de Comisario, y en Colindres y en Camargo depusieron en pro de la nobleza de los Bolívar hasta las mujeres en grupo. Estas certificaciones de la hidalguía y pureza de los de esta familia se repitieron treinta años después. D. José de Bolívar y de la Torre, que además del cargo honorífico y perpetuo en su familia de Alguacil mayor de la Inquisición de Cartagena, había ejercido por nombra-

miento real el de Contador mayor de la Contaduría mayor de Cuentas de la ciudad de los Reyes, en el Perú, se había casado con Doña Josefa de la Redonda y Bolívar, hija del primer Contador de la Inquisición de Cartagena, Pedro Gil de la Redonda. De este matrimonio tuvo un hijo, D. Pedro de Bolivar y la Redonda, bisabuelo que fue del héroe de la Independencia americana, Simón de Bolivar, y este hijo en el año de 1671 también fue agraciado por la Reina Gobernadora del Reino Doña Mariana de Austria, madre del Rey Carlos II, con el hábito de Santiago, que venía vinculado en aquella familia durante tres generaciones continuas. Otra vez las informaciones se hicieron en Colindres, Belalcázar y Madrid, habiendo declarado 26 testigos en la primera de estas poblaciones, 11 en la segunda y 20 en la última. En Colindres todos declararon de oídas, menos Francisco de la Piñera, marinero de Su Majestad, que había conocido á los Bolívar en Cartagena de Indias cuando gobernaba aquella provincia D. Fadrique de Toledo. Los de Belalcázar también testificaron por el aura de la tradición. Mas en Madrid fue el primero en declarar el Ilmo. Sr. D. Fray Antonio González, Obispo de Caracas, y natural de Lima; el Dr. Diego de Baños Sotomayor, predicador de S. M.; D. Antonio de Mendoza y Castilla, marqués de Buenavista; el Secretario D. Pedro de Zárate, natural de Cartagena de Indias; el Sargento mayor de los galeones, D. Domingo de Ibarra, del hábito de Santiago; D. Juan Bravo de la Masa, del de Calatrava; D. Francisco Pérez de Salazar, natural de la ciudad de la Plata, y otros caballeros de no menor distinción.

Los datos aducidos demuestran que, en efecto, no están descarríados los biógrafos de *El Libertador*, al reconocerle una progenie esclarecida en España, pues aunque las ideas de los tiempos modernos hayan cambiado tanto respecto á ciertas instituciones, como la de la Inquisición, sabido es que para la elección de sus cargos, así en lo judicial como en lo administrativo, y mucho más en los oficios honoríficos, aquel Tribunal obligaba á sus favorecidos á pruebas genealógicas y nobi-

liarias, sin cuyo requisito no se podía ser en él ni aun Alguacil. El Alguacil mayor de la Inquisición de Toledo en Madrid, era nada menos que el Duque de Medinaceli, y este título lo conservó la casa con más esmero que el de sus vínculos productivos, hasta que el Santo Tribunal fue absolutamente extinguido. Respecto á la orden de Santiago, si Felipe IV concedió sus hábitos como premio al alto mérito, y en tal concepto lo vistieron el poeta dramático D. Francisco de Rojas Zorrilla, el pintor Diego Velázquez de Silva y otros varones de análoga magnitud, ni aun así excusaba las pruebas, y el lagarto rojo al pecho era en toda Europa y en todo el mundo un signo de superioridad aristocrática á que no ha llegado ninguna otra distinción entre las naciones. El hábito de Santiago se codiciaba por todos los magnates de Europa. Desde Carlos V, entraron en su confraternidad alemanes de las más altas estirpes, todos los Príncipes de Italia, y penetró con el mismo prestigio, no sólo en Irlanda, sino en Escocia y aun en Inglaterra, siempre cerrada á las condecoraciones de fuera. La ostentación de un hábito, todavía en tiempos de Carlos II y en gran parte del siglo XVIII, equivalía á la mejor ejecutoria.

Los Bolívar, que desde 1617 se establecieron en Cartagena de Indias, de donde se propagaron á Caracas, á Lima y á otras partes de la América Meridional, lo tuvieron también como muestra de su esclarecida estirpe en los tres varones que formaron la cadena de familia, de donde procedió el campeón amado de las emancipaciones americanas; pero como, al principio dijimos, España, madre de aquellos pueblos libres, no tiene por qué desdorar los títulos que los encumbran. Españoles fueron los héroes del descubrimiento y de las conquistas, que salvaron aquel vasto mundo de la ignorancia que lo encubría y de la barbarie que anidaba. Españoles fueron, aunque contra España, los héroes de su emancipación y de su independencia, y honor de toda madre es haber producido hijos ilustres de memoria inmortal.

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

CRÓNICA LITERARIA

VERGARA *(Episodios nacionales)*, por D. Benito Pérez Galdós.—Sobre la novela histórica.—Los hombres de *Vergara*.—LANCES DE AMOR Y FORTUNA (cuentos), por D. José Cánovas y Varona.—METAMÒRFOSIS (novela), por D. Federico Gamboa.—Varios libros.

Uno de los méritos que encuentro en los *Episodios nacionales*, de Galdós, es lo que han contribuído á popularizar el conocimiento de nuestra historia contemporánea. Ningún tratadista de historia ha conseguido en este punto llevar al público vulgar, en la medida que el autor de *Marianela*, la noción de lo que fue la vida política y social de España en el primer tercio de este siglo. Se dirá que la novela no puede suplir á la historia. Pero aunque esto es verdad, se debe también reconocer que la necesidad de la cultura histórica admite muy diferentes grados, por lo cual son también diversas las maneras de satisfacerla. Para las personas que se han dedicado especialmente á este género de estudios puede decirse que no ofrecen interés más que los documentos ó fuentes nuevas, los trabajos de investigación directa ó de crítica original; viene luego otro grupo de público culto, pero no especialista, que es menos exigente, y lee los tratados ordinarios de historia; después la masa general, que se satisface sobradamente con compendios y manuales, y, por último, los muchos que ni aun esto leen, los cuales pueden encontrar alguna ilustración his-

tórica en las novelas de este género, que, siendo buenas, sirven de deleite á todos, sabios é ignorantes, y de enseñanza además á los últimos.

Es positivo que la novela histórica, cuando es tal novela histórica, es decir, cuando tiene como base real sucesos y personajes verdaderos de alguna época, enseña también historia, y aun la enseña mejor que los compendios didácticos á cierta clase de público no preparado para estudios serios, porque habla más á la fantasía, y con el aliciente de la amenidad y la fábula novelesca hace fijar más la atención, aparte de servir de estímulo para leer libros de verdadera historia. En este sentido, Galdós ha sido quien más ha popularizado la historia de los orígenes de la España contemporánea, aunque no haya trabajado en ella como Taine en Francia con sus obras de historiador y sociólogo, sino á la manera de Erckmann Chatrian.

Es un error creer que en la novela histórica lo histórico es un mero accidente. Pueden escribirse, sin duda, buenas novelas cuya acción se desarrolle en tiempos pasados, sin atender á la exactitud histórica, pero no serán tales novelas históricas. Antes había en esto gran tolerancia; sucedía lo propio que en la representación de dramas históricos, en cuyo decorado y vestuario, así como en la manera de producirse los personajes, se cometían grandes anacronismos, graciosos á veces de puro disparatados. Mas hoy el adelanto de la cultura exige en uno y otro caso una dosis de propiedad que antaño se consideraba superflua, y las novelas históricas dignas de este título no son cuentos fabulosos como se figura el vulgo.

Toda novela es, en realidad, histórica, como lo son todos los acontecimientos, aun los presentes é inmediatos, aunque se aplique ordinariamente aquella denominación á los pasados ya algo remotos, sin duda porque la historia, para que su visión sea clara y serena, necesita contemplar las cosas á cierta distancia. En la novela de costumbres contemporáneas, el elemento histórico está representado por la realidad en la pintura de escenas y personajes. Los tipos individuales creados por

el novelista son como corresponde á su género tal como éste existe en la sociedad actual. Lo que se cuenta ó se representa en la novela es semejante á lo que sucede en el mundo exterior, y esto que, bajo uno de sus aspectos, es verosimilitud, bajo otro es propiedad histórica dentro de los tiempos actuales: exactitud en la reproducción de las costumbres de la época, de la psicología de los personajes, de lo que tienen de genérico los diversos tipos individuales; y exactitud también en la pintura de la parte material de la vida, que siempre describe el novelista con mayor ó menor detenimiento. Esto hace que al cabo de tiempo las novelas sean documentos históricos no despreciables. La novela picaresca española abunda en datos sobre lo que era la España del siglo XVII. Las buenas novelas modernas ayudarán á los historiadores del porvenir á comprender la sociedad actual, y serán, sin duda, como hoy son las pasadas, un útil complemento de las verdaderas fuentes históricas.

La especialidad del género de novela llamado novela histórica, no se limita á la descripción de costumbres de otros tiempos, como un *fondo* ó un accesorio de la fábula novelesca. Si así ocurriera, sería en realidad indiferente que una novela fuese ó no histórica, y que su acción se desarrollara en esta ó en la otra época. Resultaría en cierto modo superfluo añadir los adornos de la erudición á la inventiva literaria. La razón de ser de este género puede estar, ó bien en la presentación artística de elementos psicológicos ó sociales, que son propiamente históricos ó temporales, que han tenido su época, esto es, que no pertenecen á lo que hay de constante y permanente en la vida social humana, sino á lo variable de sus manifestaciones; ó bien puede consistir en el aprovechamiento del elemento artístico que encierra el drama de la historia, siendo en este caso la obra del novelista histórico una como interpretación ó versión estética de la historia, y su propósito reproducir la historia, desde este punto de vista de lo bello y del interés literario. Entre ambas concepciones de la novela histórica no

hay diferencia esencial, sino más bien de grado. En la primera se toma de la historia, para asunto de la novela, lo genérico; en la segunda, además, lo individual, los hechos y los personajes que han pasado efectivamente á la historia. Una novela de la primera clase puede ser histórica sin referirse á los personajes ni á los acontecimientos señalados de una época, sino ateniéndose á la condición moral y material de los hombres de entonces, á los aspectos generales de la vida, que en tales tiempos adquirieron particular relieve. Una obra de la segunda clase no puede prescindir de la evocación directa del drama histórico; es una *historia poética,* mientras que aquélla es una novela con tema histórico.

* * *

Los *Episodios nacionales,* de Galdós, pertenecen al más *histórico* de estos dos géneros ó estilos, al que evoca directamente lo *memorable* de la Historia. No se ha contentado, en efecto, el autor de *Marianela* con presentar á sus lectores el alma española de los tiempos de la guerra de la Independencia y de nuestras contiendas civiles, ni con hacer el retrato de la sociedad de entonces, sino que ha sacado á escena á los primeros personajes del drama histórico, y ha reproducido sus episodios culminantes: Trafalgar, el Dos de Mayo de 1808, Zaragoza, Gerona, las Cortes de Cádiz, las reacciones absolutistas y las conspiraciones liberales, la guerra civil, todas las etapas de la transformación de España á principios de este siglo y todos nuestros principales sucesos.

En esta evocación metódica de nuestra historia contemporánea llegan ya los *Episodios* al *abrazo de Vergara*, que puso término á la primera guerra civil en el Norte. El tomo séptimo de la nueva serie de Episodios titúlase *Vergara,* y tiene por asunto el memorable suceso que su nombre indica.

Es por demás interesante ese momento de nuestra historia, reproducido en el último libro de Galdós. Los dos perso-

najes principales, Espartero y Maroto, son ambos dignos de estudio, quizás en razón inversa de su importancia, pues el último, inferior bajo tantos aspectos al ídolo de los progresistas, atrae más la curiosidad, contemplado de cerca, por lo incierto, obscuro y hasta enigmático de su carácter, que tan pronto vacila ante las resoluciones graves y quiere desandar cualquier paso atrevido, como se lanza á los extremos más osados y radicales, v. gr., los fusilamientos de Estella. La psicología de Espartero es mucho más sencilla: aparece clara hasta en sus mismas marrullerías de soldado político, que á la vez que á la patria y al régimen de que fue defensor, quería servir á su gloria y engrandecimiento personal, achaque común de los capitanes famosos. La guerra no es altruista ni la milicia escuela de desinterés. La psicología de Maroto es más complicada, más tenebrosa. Quizás contribuye á ello el que, voluntaria ó involuntariamente, le miramos al través de un prisma desfavorable.

Acababa aquella guerra por cansancio, como la mayor parte de nuestras contiendas civiles, en que el más fuerte de los opuestos bandos no tuvo por lo común superioridad bastante sobre su contrario para imponerle la ley del vencedor, sojuzgándole sin condiciones. Esto ayuda á explicar la insistente repetición de estas contiendas, caso semejante al de los jugadores de ajedrez, que habiendo hecho tablas en la partida, descansan un rato para volverla á comenzar de nuevo.

La paz estaba en el ambiente, y en cierto modo puede decirse que Espartero y Maroto fueron instrumentos de la aspiración general de carlistas y cristinos. Pero la paz ansiada ya por todos, por fatiga, por hartazgo de sangre, por necesidad de descanso, no podía, sin embargo, hacerse á gusto de todos. No había dos tronos en España. Uno de los partidos beligerantes tenía que someterse y ninguno quería ser el sometido. De ahí que la gloria de la paz fuera para Espartero y la infamia para Maroto. Si la cuestión dinástica se hubiera resuelto de otro modo en el convenio, los papeles habríanse

trocado. Maroto habría sido el Espartero carlista, Espartero, el *traidor* de la causa liberal.

Instrumentos se ha dicho que fueron del sentimiento y de la voluntad generales los dos caudillos del abrazo, y hay que reconocer que la Providencia no podía haberlos elegido más adecuados para cumplir el fin que llenaron en aquel momento histórico. Espartero y Maroto parecían destinados á entenderse, por distintas razones. Ambos eran *Ayacuchos*, procedían de aquel Ejército de América, vencido por el Mariscal Sucre, y entre cuyos miembros se estableció por comunes estímulos de interés y de defensa mutua, al volver de las perdidas colonias, un estrecho compañerismo y una especie de tacto de codos. Uno y otro se encontraban amenazados por elementos hostiles dentro de su propio partido. Temía Maroto á la camarilla de D. Carlos, al grupo de los *ultras*, al partido de los *brutos*, que según Guergué, eran los únicos capaces de llevar á D. Carlos á Madrid (y acaso era cierta en el fondo esta aparente paradoja). Recelaba Espartero de los moderados, de la corte, del Ejército, de Narváez. Y así por diversos caminos conspiraban en favor de la paz las inquietudes de ambos generales y lo que tenía de frágil ó de débil suposición personal. Espartero necesitaba hacer la paz, para llegar á ser, como fue por algún tiempo, el árbitro de la España liberal. Maroto vió la salvación en la paz, que le ponía á cubierto de la venganza por los fusilamientos de Estella.

Galdós ha hecho resaltar bien en su novela la diferencia de caracteres entre ambos personajes, diferencia que predestinaba desde luego á Espartero á la victoria. Mientras Maroto vacila y prolonga las negociaciones, y un día trata de reconciliarse con D. Carlos y al otro vuelve á la idea de la paz y procura hacer valer su situación y sus medios de defensa, con palabras; Espartero, hombre de acción, ayuda á la paz con la guerra; al par que negocia, estrecha á su enemigo, discute y pelea, poniendo en práctica el adagio: *á Dios rogando y con el mazo dando.*

Es natural que los recursos de la guerra sirviesen para adelantar la paz; así ha sucedido en todas las guerras, desde el momento en que la superioridad de uno de los beligerantes se declara. Pero es más raro y hasta paradójico que el militarismo sirviera de instrumento para la pacificación. Y sin embargo así fue. Maroto es, dentro del campo de la monarquía tradicional, un representante del militarismo pretoriano. Los fusilamientos de Estella, ejecutados sin formación de causa, la carta que después de ellos dirigió á D. Carlos y el convenio con Espartero, son otros tantos actos de pretorianismo, aunque el último fuese un gran bien. La presión ejercida sobre la corte carlista después de los sucesos de Estella es un pronunciamiento manso, por donde se ve que los mismos males corroían á la España absolutista que á la España liberal, cuando en aquélla no bastaba el culto á la majestad regia, ni la romántica adhesión que suelen inspirar los pretendientes que luchan por la Corona, para impedir que un general de no grandes dotes tratara al presunto monarca casi como los mayordomos de palacio á los reyes holgazanes de los francos. Tal indisciplina, tal insolente predominio de la milicia, era y ha seguido siendo el castigo de las guerras civiles y las sediciones militares, cuyos instigadores han forjado, sin curarse de ello, un arma funesta de dos filos.

Tal es la época que nos presenta el insigne autor de los *Episodios* en *Vergara*. Gran parte del libro está consagrada á presentar los preliminares del convenio, las negociaciones secretas entre Maroto y Espartero. Al histórico arriero de Begoña, intermediario en estos tratos, ha agregado el novelista un personaje producto de la fantasía: Fernando Calpena, el héroe de la acción novelesca en esta nueva serie de los *Episodios*.

En general, el autor ha aprovechado con habilidad los datos de la historia, así en la parte principal de la acción, como en sus accesorios y complementos, lo mismo cuando retrata á Maroto que cuando nos presenta á Zurbano y sus contrague-

rrilleros, ó cuando saca á escena á los partidarios y agentes de Aviraneta. Pudo, quizás, sacar mayor partido de algunos incidentes dramáticos que ofrece aquel período, pero hay que tener en cuenta los límites naturales de un libro de esta clase, dentro del plan de los *Episodios*.

En *Vergara* me parece más interesante la parte inspirada en los sucesos históricos, que el curso de la acción novelesca de que es protagonista el ya citado Fernando Calpena. En esta última parte hay, sin embargo, un magistral episodio que llama la atención por lo hábilmente traído y por la delicadeza psicológica de lo que expresa. Me refiero á la escena en que Fernando contempla con la melancolía de un amor que se desvanece, á Aura, la enamorada romántica de otros tiempos, curada, por la maternidad, de su pasado amor. Es esta una preciosa página digna de un maestro como Galdós; página de pensador y de poeta.

***

Lances de amor y fortuua se titula un notable libro de cuentos que ha dado á la estampa D. José Cánovas y Vallejo. Contiene este volumen nueve cuentos de diferente extensión, titulados: *Como la otra, Por ocultos caminos, Con el sudor de mi frente, La parábola del turrón, El zig-zag de la muerte, La mecánica celeste, Fresnopatía, Los dones de la fe* y *Lo mismo, lo mismo*.

Sea cualquiera la diferencia teórica que se quiera establecer entre el cuento, lo que los franceses llaman *nouvelle* y la novela propiamente dicha (*roman* para los franceses), en la práctica, ó sea en la observación de la producción literaria, no se notan otras diferencias que las de grado y complejidad, pudiéndose decir que si cada uno de esos subgéneros tiene por ventura su tipo especial, esos tipos andan al presente harto confundidos. Varios de los cuentos del Sr. Cánovas son verdaderas novelitas, llenas de interés dramático. A este número

pertenecen los titulados *Como la otra*, *Con el sudor de mi frente*, y *Lo mismo, lo mismo*, particularmente el último, que es para mi gusto el más bello y más acabado.

El lugar común de que «no se sabe qué parte elegir en tal libro» ó de que «el ingenio del autor se mantiene en todas las páginas á la misma altura», etc., no puede aplicarse á esta obra, ni á casi ninguna colección de cuentos, poesías ó escritos independientes entre sí. En rigor, esa fórmula general sólo suele ser verdadera tratándose de escritos malos. Los cuentos del Sr. Cánovas son casi todos excelentes, y ninguno de ellos carece en absoluto de mérito. Los más extensos, entre ellos los citados y el que lleva por título *La parábola del turrón*, son, á mi juicio, los mejores. Quizás algunos de los otros no son *contemporáneos* de estos, sino que fueron escritos en época anterior. Pero todo esto es conjetural, y lo único que puede afirmarse es que tales diferencias nada tienen de raro, pues la inspiración no ofrece productos enteramente homogéneos, como los de la fabricación mecánica.

La naturalidad y corrección de lenguaje con que están escritos estos cuentos, así como la gracia y viveza de la expresión, merecen señalarse como uno de sus principales méritos. Pero no es sólo la forma exterior lo que da valor á los *Lances de amor y fortuna*, del Sr. Cánovas y Vallejo, sino también la inventiva literaria, la composición de la fábula, el excelente desarrollo de la acción y la variedad en los asuntos y en la manera de concebirlos y exponerlos. El libro de cuentos del Sr. Cánovas es uno de los más amenos entre los publicados recientemente, y su autor demuestra ser también uno de nuestros buenos cuentistas, y acaso llegará á ser, si escribe novelas, uno de los buenos novelistas del porvenir, pues quien ha escrito *Lo mismo, lo mismo*, puede escribir, sin duda, excelentes novelas.

* * *

El Sr. D. Federico Gamboa, escritor mejicano, de una de cuyas novelas, titulada *Suprema ley*, hablé tiempo atrás á los lectores de La España Moderna, acaba de publicar una nueva obra: *Metamórfosis*.

El Sr. Gamboa es correspondiente de la Real Academia española, lo cual no impide que su libro esté lleno de galicismos, algunos de tal calibre como *mansardas*. Con sólo mudar una letra queda en francés puro.

Lo de los galicismos no impide tampoco que esta novela despierte algún interés, aunque mejor sería que estuviese escrita en más correcto castellano. Su asunto recuerda el de *La hermana San Sulpicio*, de D. Armando Palacio Valdés.

La *Metamórfosis* que nos presenta el Sr. Gamboa es la de una monja (de votos temporales) que vuelve al siglo y se transforma en mujer enamorada, y no á la manera mística, sino procediendo de un modo harto libre en su iniciación en el amor profano. Lo mejor de esta novela son los episodios secundarios y algunas descripciones y cuadros de costumbres. La acción principal es lánguida y difusa, y los caracteres de los principales personajes adolecen de inconsecuencia, como si el autor al describirlos se dejase llevar de ese flujo retórico que impulsa á algunos escritores á acoplar las varias ideas é imágenes que acuden á su mente, sin reparar en la concordancia entre unas y otras, de suerte que lo que empezó en un capítulo siendo de una manera determinada, acaba en el mismo ó en el siguiente trocado en tal otra cosa muy distinta.

Resulta demasiado larga esta novela con sus setecientas y pico de páginas. Se dirá que más larga es *Fortunata y Jacinta*. Pero es *Fortunata y Jacinta*. La novela del Sr. Gamboa se leería con mayor agrado si estuviera más condensada la acción. Las prolijas disquisiciones psicológicas del autor sobre lo que pasa en el interior de cada personaje, llegan á hacerse fatigosas para el que las lee. No es ese el *género* del Sr. Gamboa, quien está más acertado cuando pinta los libres amores de Rafael y Amparo, ó retrata á Chinto, uno de tantos tipos de pa-

rásito de la sociedad moderna, que cuando se engolfa en la explicación de la crisis moral de Sor Noelina ó de las dudas del Padre Paulino.

Con todo, el autor de *Metamórfosis* tiene innegables cualidades de novelista, si bien las ha acreditado mejor que en esta última obra, en su anterior no vela *Suprema ley*.

***

Terminaré citando algunos libros recibidos de los que ya no puedo hablar en esta crónica. Los que ahora tengo á la vista son: *Pequeñas miserias*, tomo IX de las *Novelas argentinas*, de D. Carlos María Ocantos; *Gondar y Forteza*, interesante novela del Marqués de Figueroa; *La prima Juana*, novela, por D. José de Elola; *La deuda del Comandante, Los fuertes,* por D. Luis y D. Agustín Millares Cubas, escritores canarios; *Biografía y estudio crítico de Jáuregui,* por D. José Jordán de Urries, obra premiada por la Academia Española; *Jesús y el diablo*, poema en forma dramática, por D. Eduardo Marquina y D. Luis de Zulueta; *Novelas y cuentos*, por don Modesto Pineda; *La ermita del Santo Cristo de la Luz en Toledo*, estudio arquelógico, por D. Rodrigo Amador de los Ríos; *Sonetos*, por A. Yanguas Alcalde; *Batalla de flores*, poesías, por D. Juan García Goyena. Y basta por hoy.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.=El crucero *Río de la Plata* en Montevideo y la escuadra del Almirante Schley en Buenos Aires.—Manifestaciones patrióticas de los españoles del Uruguay coartadas por mandatos superiores.—Agasajos al Almirante Schley en la Argentina y banquete ofrecido al General Roca en Chicago.—Quejas de nuestros connacionales.—Armonía entre la Marina militar y la Marina mercantil.—¿Se expulsa de América nuestra bandera militar?—La política comercial en el Uruguay y la política interior en la Argentina.—Mitre y Pellegrini.—Alcorta en Londres.—Nuevas elecciones presidenciales en Chile, el Ecuador y Méjico.—Los programas sobre Tacna y Arica.—Carta de Porfirio Díaz.—Nuevas revoluciones americanas en el Paraguay, Colombia, Venezuela y la Martinica.—El poder colonial de Francia en América en peligro.—Los canales é Inglaterra.—Cuba.

La llegada del crucero español *Río de la Plata* á la rada exterior de Montevideo, fue el 24 de Enero último el gran suceso para los españoles que residen en la República Oriental, y que, con los del Paraguay y los de la Argentina, habían contribuído á su coste por suscripción, para regalarlo á España cuando más encendida se hallaba la guerra con los Estados Unidos. Este acontecimiento esperado con toda la ansiedad que al espíritu conmueve en la exaltación de sentimientos que excitan el amor y el recuerdo de la patria ausente, sobre todo cuando ésta ha pasado por las amarguras de tantos infortunios, había sido anunciado en telegrama del Ministerio de Marina de Madrid á los pre sidentes de las Asociaciones patrióticas de Montevideo y Buenos Aires el día 17 del mismo mes. En las dos capitales se acordaron inmediatamente programas de obsequios con que festejar á nuestros marinos, y se dispu-

sieron á concurrir á las dos poblaciones del Plata para ver el hermoso barco los suscritores que tenían su vecindad en los departamentos más lejanos. En Buenos Aires, la impaciencia de nuestros connacionales era tal, que algunos dispusieron fletar otras embarcaciones para acudir á la otra orilla del río de Solis durante los días que era de suponer que el crucero permaneciera en las aguas de la capital del Uruguay. Todas estas disposiciones tomaron un relieve de mayor exaltación, cuando de Río Janeiro se recibió otro telegrama del Comandante del buque, el Capitán de fragata D. Jacobo Mac-Mahón, en que decía:—«*Salgo mañana temprano. Estaré en Montevideo el día 23.*—MAC-MAHÓN.» Con todo, la procedencia de este telegrama ya fue objeto de la primera contrariedad, de las muchas que á nuestros connacionales del Plata ha producido la llegada de su crucero, en lugar de las satisfacciones que tenían derecho á esperar. Río Janeiro, en efecto, como todos los puertos del Brasil, está declarado sucio á causa de la peste bubónica complicada con la fiebre amarilla, y claro es que habiendo tocado en él, el *Río de la Plata* á su llegada á Montevideo había de sujetarse á las medidas sanitarias que el Gobierno uruguayo tenía tomadas para las procedencias de estos lugares infectos. Primero se creyó que las autoridades sanitarias de la Oriental se limitarían á hacer que el barco permaneciese un solo día en observación; pero pronto se supo que, aplicándose todo el rigor de las disposiciones vigentes, á pesar de su breve estancia en el puerto brasileño, el crucero no entraría sino en la rada exterior del de Montevideo, donde permanecería en incomunicación completa después de su desinfección, durante diez días, es decir, hasta el 4 de Febrero.

En las primeras horas de la mañana del día 23 el *Río de la Plata* entraba gallardamente y fondeaba frente á la isla de las Flores, y después de practicarse allí las operaciones de desinfección, por la tarde levó anclas y tomando posición en la rada exterior, saludó con sus cañones á la plaza y á la bandera uruguayana izada al tope del palo mayor. Contestóle la fortaleza Ge-

neral Artigas, que á su vez había enarbolado en su torre la bandera de España. Inmediatamente llegó á sus inmediaciones el vapor mercante *Corsario*, cedido por la casa Lussich, llevando á bordo al encargado de Negocios de España D. Fernando Tovia, al presidente de la Comisión patriótica D. Antonio Serratosa y á otros distinguidos miembros de los Clubs y Asociaciones españolas, y puestos al habla con el comandante del buque, señor Mac-Mahon, cambiáronse de bordo á bordo aquellas expresiones de caluroso afecto y patriotismo que el caso requería, y que palpitaban además en todos los corazones.

Desde aquel momento el capitán de fragata Sr. Mac-Mahon no dejó de recibir á diario los mensajes de la más cordial salutación de todas las Juntas patrióticas españolas constituídas en el Uruguay. La más expresiva y extensa era la de la capital, suscrita por su actual presidente D. Baldomero Cuenca y el secretario D. Antonio Aguayo. No hay que decir que todos estos documentos estaban inspirados en la nota más fervorosa del patriotismo; pero el mensaje de la de Montevideo, con generosa inspiración, tendía á más que á la expresión sincera de este patriotismo y á la salutación cariñosa á los marinos de la patria que han llevado al río que da nombre al crucero su representación más gloriosa. En él hay nobilísimos lenitivos para los dolores pasados, las pérdidas sufridas y las leyendas eclipsadas, votos ardientes de esperanzas y juramentos de una eterna confraternidad. No obstante, mientras la Comisión patriótica avisaba por medio de los periódicos á los que habían formado el primer Comité nacional español, á la Comisión patriótica para el crucero *Río de la Plata*, á la Comisión patriótica para la suscripción nacional, y á los señores presidentes y miembros de las Juntas directivas de Asociacionas españolas, Comisiones patrióticas departamentales é individuos de la Prensa española para constituir la Comisión de recepción que había de saludar en su visita oficial el domingo 4 de Febrero al Comandante, oficialidad y dotación del nuevo buque, para que se reuniesen á este fin en el muelle de la Ca

pitanía á las tres de la tarde del día referido, el día 26 se recibió una comunicación del Comandante del crucero expresando haber recibido un nuevo telegrama del Ministerio de Marina de Madrid, en que se le ordenaba apresurar la salida del puerto de Montevideo tan pronto como se le pusiera en libre plática, y no permitiéndole permanecer en él sino un par de días á lo sumo. No hay que describir el efecto producido en nuestra colonia española del Uruguay por esta segunda contrariedad, cuyo móvil y cuyo objeto nadie se explicaba. La Comisión de festejos, que organizaba su programa comenzando por un *lunch* que se había de verificar el día 3 en el Club Español, quedó perpleja y desorientada, sin que ni del Comandante del *Río de la Plata*, ni de nuestro encargado de Negocios en Montevideo pudieran obtenerse explicaciones que calmaran el justo enojo de tan inesperada disposición. En la capital de la otra banda, la noticia comunicada por telégrafo causó una impresión no menos profunda, tanto más cuanto que la colonia española de Buenos Aires tenía también preparados obsequios de mayor resonancia, y entre ellos la solemne fiesta á bordo á que había de dar lugar la bendición y entrega de la bandera de combate del buque, que también ha sido costeada por suscripción popular. A esta fiesta había de suceder un gran banquete que debía presidir el Ministro de España, con la asistencia de una gran invitación oficial y la entrega de un álbum con las firmas de todas las personas que hubiesen visitado el crucero, suscritas en hojas ilustradas por los artistas españoles que residen en la Argentina, con motivos inspirados en recuerdos de la madre patria. Otro banquete disponía el Ministro de España en su residencia oficial, y todos los centros recreativos y Sociedades españolas habían organizado interesantes fiestas para agasajar á los marinos, obteniendo todos estos proyectos la adhesión unánime de toda nuestra colectividad colonial en aquella República.

*
* *

¿Qué razones han existido para que el viaje de retorno del *Río de la Plata* se acelere y hayan quedado descoloridos estos festejos así en una banda como en otra del río de Solis? Ni en la Argentina, ni en el Uruguay se las ha explicado nadie. Pero todo el mundo ha observado el contraste que esta conducta con nuestro crucero, regalado á España por aquellas colonias, forma con el espectáculo que han presenciado en las mismas aguas y en los mismos días ante la presencia de la pequeña escuadra norteamericana que manda el Almirante Schley, y que se ha adelantado á nuestro buque para concurrir al Río de la Plata á pasear la victoria de Santiago de Cuba, y á recibir todos los homenajes de todas las Repúblicas de la América que fue española. La escuadra del Almirante Schley la componían el acorazado *Chicago,* el crucero *Mongotmery* y el cañonero *Villmington*, el invasor del Amazonas, que llevó á los insurrectos del Acre las armas con que se han pronunciado contra la soberanía de Bolivia. Su llegada á la rada de La Plata produjo el entusiasmo consiguiente en la colonia yankee que reside en Buenos Aires, la cual dispuso en honor del Almirante Schley, de los Comandantes de sus tres buques, Rockwase, Mersell y Allibone, y de sus oficiales Robinson, White, Wells, Ruck, Barnett y el Dr. Wells, una gran recepción en el *Prince George's Hall,* cuyo pórtico y salones fueron decorados con la mayor magnificencia. En el salón principal, la bandera argentina rodeada de grandes banderas norteamericanas, entre un decorado espléndido de follaje y luces eléctricas, bajo ampollas multicolores, ocupaba el testero principal, representando más que el honor debido á la cordialidad de un hospedaje afectuoso, los nuevos vínculos políticos con que la Argentina se ha ligado á la gran República del Norte. A la *promenade* en honor de Schley, acudió una concurrencia como jamás se había visto semejante en las grandes festividades argentinas, y durante el servicio del *buffet* hubo discursos de alto sentido político, sellados con la solemnidad de los dos himnos argentino y norteamericano.

El complemento de estas expansiones, muy naturales de parte de la colonia americana de Buenos Aires al ser visitada, no sólo por la bandera y los buques de su patria, sino por uno de los hombres que ha adquirido recientemente en su país un gran prestigio militar, ya histórico, contra España, fue el banquete que el Almirante Schley dispuso á bordo del *Chicago* el día 26, en honor del Presidente de la República Argentina, General Roca. Concurrió éste, acompañándole el comodoro Rivadavia, Ministro de Marina; el Encargado de Negocios de América, Mr. Jones; los edecanes Marambio y Gramajo, y otras cuatro personas de alta posición oficial; y como con este motivo en la rada se empavesaron el crucero *25 de Mayo* y los acorazados *Libertad* é *Independencia,* el panorama resultaba espléndido. Schley le recibió de gran uniforme; la comida *estuvo llena de notas interesantes*, y los brindis, aunque lacónicos, entre Schley y Roca, Rockwase y Rivadavia, fueron lo suficientemente expresivos para imprimir á aquel acto toda la importancia que, indudablemente, se aspiraba á darle, tal vez para hacerle resonar en Santiago de Chile y en Londres; aunque en Londres y en Santiago de Chile ya habían resonado no hace mucho tiempo actos de parecida importancia, cuando los mismos brindis se pronunciaban á bordo de otros buques, entonces argentinos, en Punta Arenas.

Aunque para nadie sea un misterio la significación internacional que en estos momentos, en que el Sr. Alcorta tanto trabaja en Londres por los intereses de su país, tiene la visita del Almirante Schley á Buenos Aires y los banquetes del *Chicago* y los brindis pronunciados en él, nuestra colonia española de las dos orillas del Plata, inducida por cavilosidades, sin duda, pero al fin por cavilosidades que se justifican, no ha podido menos de relacionar las contrariedades que se le han hecho sufrir desde España en el viaje del crucero *Río de la Plata,* con los hechos de la escuadra del Almirante Schley que se acaban de relatar. ¿A qué su arribada intempestiva y sin objeto al puerto infecto de Río Janeiro? ¿Por qué la aplica-

ción en Montevideo de todo el rigor de las medidas sanitarias, que debieron limitarse á las operaciones de la desinfección, y á lo sumo á veinticuatro horas de incomunicación y observación? ¿Qué interés supremo determina la orden recibida para acelerar el término de su viaje y abreviar de una manera inconsiderada su estancia en las aguas del Plata, quitando á los buenos connacionales, que con sus óbolos han contribuído á su construcción para regalarlo á España, la justa satisfacción de recrearse algunos días en el que ha sido objeto de su patriótico sacrificio? Los españoles de la Argentina y del Uruguay han expresado su enojo por la concurrencia simultánea de buques norteamericanos, mandados por el destructor de las naves españolas en Santiago de Cuba en las aguas del Plata en la fecha en que estaba anunciada la llegada de una nave de guerra española, y todo el mundo se pregunta: «¿Es que en el tratado de París hay alguna cláusula secreta, por la que la bandera militar en España queda proscrita de todo dominio americano? ¿Es que Norte-América lleva la pretensión de su victoria hasta negar á los buques militares de España todo asilo ó permanencia en aguas americanas?» Aunque esta proposición materialmente sea absurda, hay disculpas al patriotismo contrariado que la formula.

Para pensar así los españoles de la Argentina y del Uruguay recuerdan que en el mes de Enero, hallándose el buque-escuela *Nautilus* también en Montevideo, en vísperas de recibir los agasajos que se les preparaban por los españoles allí residentes, se recibió una orden del Ministerio de Marina, disponiendo su rápido é inopinado regreso al Ferrol, sin que satisficiesen á nadie las explicaciones que sobre aquel hecho dió nuestro Encargado de Negocios. Pero los españoles que residen en el Uruguay y en la Argentina se dicen, que pabellón mercantil que no garantiza y hace respetable el pabellón militar de la patria, no puede concurrir á ningún mercado, y que si la bandera militar española no puede flotar en América sobre los topes de nuestra Marina militar, habrá que renunciar

á que ampare el comercio marítimo que allí queremos que florezca. Sobre este punto, conviene que se hagan declaraciones explícitas y terminantes.

***

Los momentos en que se nos hacen sufrir estos reveses morales, que amenguan nuestro prestigio más aún que los éxitos desventurados de la guerra y las pérdidas de la irresolución, son harto críticos para nosotros. Aspiramos á conservar en América el vínculo de la sangre, la atracción de la fraternidad, la comunidad de la leyenda de los siglos, y excluídos totalmente de aquel hemisferio, no nos queda otra base con que sostener este ascendiente que nuestras importantes emigraciones, sobre todo en el Río de la Plata, donde aplicadas al desarrollo de los intereses generales por medio del trabajo y de la inteligencia, constituyen ya un factor importante de aquella población de acarreo, que es el nervio de las dos Repúblicas. En las agitaciones interiores de la política de una y otra, nuestro nombre ni el de nuestros connacionales no toma la menor parte. Sin las aparatosas ponderaciones con que los italianos que allí residen exaltan los beneficios que crean y los beneficios que logran, el peso de la influencia española se deja sentir tan sólidamente como el de las colonias más laboriosas, sin lastimar sentimientos, ni aspirar á protectorados, ni soñar en conquistas. El primer establecimiento de crédito que en la Argentina se halla en el mayor grado de plena prosperidad es el *Banco Español,* cuya balanza del año 1899 ha llamado la atención de los hombres de negocios de todos los países en aquella República, pues representa el considerable desarrollo de sus operaciones. Sus accionistas han recibido en el último año por el ochenta por ciento que les corresponde un diez por ciento en dos dividendos semestrales de cinco pesos por acción, teniendo una existencia en caja de 23.754.350,90 pesos moneda nacional, y 5.385.959,85 en oro, que son casi el

importe total de sus depósitos metálicos. En la otra ribera, aunque el nombre santo de la patria originaria no se olvida, y aunque á semejanza de lo que los italianos tienen establecido en todas sus colonias americanas, se ha formado una *Liga española de consumidores*, á fin de fomentar el comercio con la península y dar mayor y más fácil colocación á aquellos productos y manufacturas nuestras que, á más de tener grandes ventajas sobre sus similares de otra procedencia, reunan la condición de mayor bondad y baratura; con todo, habiendo tomado al país en que residen y que mañana será la patria de sus hijos, el mismo amor que á la patria en que nacieron, se esfuerzan, como los más, en la prosperidad y en el porvenir de la República, y en un hermoso artículo publicado en *La España*, de Montevideo, se leen párrafos tan expresivos como los siguientes:

«La residencia predilecta de los españoles—dice,—que llaman *tacita de plata* á Montevideo y *jardín de la América-del Sur* al territorio del Uruguay; esta región, excepcionalmente privilegiada, en que florece nuestro comercio, cultiva con fruto la tierra nuestro brazo y se desarrolla potente nuestra iniciativa industrial, compitiendo ventajosamente en todos los terrenos con el esfuerzo extranjero, está llamada á espléndido porvenir en el no lejano día en que los últimos hálitos de tradicionales rencores é históricas desconfianzas desaparezcan barridas por el huracán poderoso de una cordial inteligencia y de una voluntad firme y decidida de regeneración tenaz y perdurable. Aquel día, cuando un bosque de mástiles oculte el horizonte, que se recorte en los límites del anchuroso y seguro puerto; cuando el eterno tronar de las sirenas, el rumor de las máquinas, la trepidación de las ferradas vías llene el aire de sonidos ensordecedores; cuando el precipitado ir y venir de las gentes que llenen las asfaltadas aceras de las amplias avenidas se acentúe; cuando el ambiente esté saturado por el humo del carbón de piedra y se cierna en el espacio la tenue neblina que escapa de un centro de febril y empeñoso trabajo; cuando sur-

quen la feraz y accidentada campiña las múltiples arterias que lleven la raíz y poderosa sangre del corazón á la periferia, facilitando el crecimiento y la vida de un gran organismo productor dilatado y poderoso; cuando un millón de brazos, atraídos por la bondad del clima y por la belleza del cielo, remueva esta tierra fértil y llena de ricas promesas, cerniéndose sobre el grandioso cuadro el eco sonoro del habla castellana y notándose en el vital latido de la arteria la presencia múltiple del rojo glóbulo de la sangre española; aquel día la colectividad ibérica, que ha hecho de este suelo su segunda patria, la predilecta de su corazón y la cuna de sus hijos, llegará seguramente al apogeo de su esplendor, haciéndose notar y distinguir entre todos los elementos que constituyen el gran organismo, por su contracción, por su laboriosidad y por sus insuperables condiciones morales. No está lejano ese día, en que el grandioso porvenir de la República Oriental deslumbre con sus poderosos resplandores, y el día en que la colectividad española recogerá el fruto de su labor perseverante, entonando confundidos en fraternal abrazo españoles, extranjeros y uruguayos el gran himno de la libertad y del progreso. Tan sólo hace falta para llegar á la realización inmediata de tal halagüeña perspectiva ecuanimidad en unos, voluntad decidída en otros, y empeño y perseverancia en todos. El gran día está cercano: despejemos de obstáculos el camino y preparémonos á recibirlo dignamente.»

Los españoles de Buenos Aires aún son más reservados. El eco de su voz no se siente siquiera en la influencia directiva de la política que allí prevalece. Cuando la elevación del General Roca á la presidencia de la República, simbolizando su nombre una promesa de paz interior y exterior, un impulso enérgico á la solución de los problemas económicos que dificultan el progreso material de aquel país, una vindicación de supremacía moral sobre toda la raza española que puebla el inmenso espacio de aquel vasto continente y un escudo de defensa contra la inmunidad de toda ella, la colonia española fue de

las que más calurosamente le rindió el tributo de su simpatía. Este tributo de simpatía se hizo aún más elocuente después de las entrevistas de Punta Arenas y de las esperanzas que hicieron concebir aquellos pactos. Desde la resolución arbitral de la Puna de Atacama, la conducta del General Roca apostató de todo su significado, y la colonia española de Buenos Aires, encerrada en la reserva del silencio, sólo ha demostrado el respeto debido al supremo magistrado del país en que se hospeda. No había para qué hacer en las orillas del Plata las ruines demostraciones que á ellas ha llevado la escuadra del Almirante Schley al visitar aquellos puntos la nave española que las colonias emigrantes de España han regalado por suscripción á su país, puesto que ni España pretende, ejercer sobre sus hijas del Nuevo Mundo otro ascendiente que el puramente moral del vínculo de la sangre, que es tan indestructible como el que ligó á los Estados Unidos con Inglaterra, ni las emigraciones españolas que en el Plata residen aspiran siquiera á influir en el ambiente político de la Argentina y del Uruguay, como otras emigraciones influyen.

Si algún elemento de perturbación en la armonía de la política de la Argentina últimamente se ha introducido en aquel país, no son las emigraciones europeas las que lo han introducido, sino la fatal política de intervención y de absorción que los Estados Unidos se arrogan en todo aquel hemisferio que desean tragarse, bajo la máscara hipócrita de la doctrina de Monroe. Sin inspiraciones exteriores de nadie, el General Roca, sobre los pasos de su ilustre antecesor, suscribió la paz con Chile y la Argentina, y el mundo imparcial aplaudió aquella conducta. Sin inspiración de nadie, el General Roca santificó aquel pacto con su visita al Presidente Errázuriz, y toda la América que fue española y todo el mundo imparcial de los dos hemisferios aplaudió aquel acto. Los Estados Unidos, como Mefistófeles, se metieron enmedio y todo lo han mixtificado. Y á tal punto los problemas resueltos han retrocedido hacia su antigua acritud, que cada día el desvío de

Chile se hace más notable; los otros pueblos han dejado de ver en el General Roca el lábaro de salvación; la Argentina misma contiene el resuello en la desconfianza de lo que el arbitraje de Londres sentencie en la cuestión de las fronteras; la situación interior financiera se involucra cada vez más en lugar de despejarse; han vuelto á surgir los divorcios de partido, y si ya no se ha llegado á algún acto de violencia, débese á la actitud del General Mitre, que en su ancianidad, á pesar de las invasiones de Pellegrini, no quiere que su nombre ni su representación vuelvan á sumir su patria en el dédalo de las antiguas rivalidades; mientras los amigos más consecuentes del General Roca, los más apartados de la política, los que por este mismo alejamiento ven más claro en la aventurada pendiente por que se ha precipitado desde el laudo de la Puna de Atacama, le escriben cartas como la publicada en *El Orden* de Tucumán, en que un alma argentina llena de zozobra y dolorida le dice: — «Tuve la generosa y patriótica ilusión, cuando ascendiste al Gobierno, de que iban á empezar tiempos nuevos para la República. ¡Cuántos, como yo, se han engañado! Ya nadie espera nada de tu Gobierno. Todo el mundo repite, y lo que es más doloroso, repite con razón, que has faltado á tus promesas.» Roca le ha contestado: ¿pero qué ha contestado? Otra abdicación, otra vergonzosa abdicación para un gobernante á quien se creyó un salvador.—«¡Qué fácil es trazar programas desde el llano y qué difícil cumplirlos en las cumbres! ¡Soy un jefe dirigido!»—¡Un jefe dirigido, el que se creyó un redentor! ¡Qué vergüenza! Bien dice el anciano General Mitre:—«Mi patriotismo ha salvado otra vez la paz de la República»—Vaya, vaya el General Roca á terminar su mandato de rodillas, á los pies de Mac-Kinley, entre los esplendores de Buffalo. La historia dirá de él que su patria, América, el mundo, lo escogió como una esperanza, y ha sufrido un triste desengaño.

De todos los actos de su política no quedará más que un hecho, que será bastante con el tiempo, para salvar en Améri-

ca la inmunidad de la raza en peligro: la reconciliación del Gobierno argentino con el Pontificado católico, borrando la triste laguna de los diez y ocho años transcurridos desde la expulsión de Monseñor Mattera. León XIII, con su inmenso ascendiente, ha hecho este milagro. No ha dado la púrpura á Monseñor Castellano, que ha bajado al sepulcro en la expectación siempre de la elevada investidura; pero las relaciones entre los dos Gobiernos serán mantenidas por la representación de un internuncio, Monseñor Sabatucci, y esta jerarquía en la representación diplomática del Vaticano en la Argentina que es una gran muestra de predilección de parte del Papa no sólo á la Argentina, sino á toda la América española, afirmará más este signo religioso de independencia, que es á la vez otro de los distintivos étnicos de las dos razas rivales. Las antiguas coronas de España no tuvieron sino legados, y á la Península no vino el primer Nuncio del Papa Julio III hasta los últimos años del reinado del Emperador Carlos V, en 1551. La sangre, el habla, la fe serán en el porvenir los elementos de la salvación en América de aquella raza, á quien el Nuevo Mundo debe su cultura y su prosperidad. El general Roca ha declinado el símbolo que quiso hacerse en su persona, en su política y en su patria de esta hermosa significación.

***

Méjico y Chile se agitan en la gestación de las nuevas elecciones presidenciales, acercándose el plazo constitucional del término del mandato que respectivamente ejercen el General Porfirio Díaz y el Dr. Federico Errázuriz. La reelección de Porfirio Díaz será un hecho que no admite duda. No ha faltado en Méjico quien haya pretendido sustituirle, bajo el pretexto de lo avanzado de su edad. Pero ¿quién resiste el torrente de la opinión, que con justicia idolatra á su viejo Presidente? Sin embargo, el veterano General, advertido de estas aspiraciones, juntamente que de aquella adhesión á su perso-

na que en Méjico es un sentimiento verdaderamente universal y filial, al recibir de labios del licenciado Rafael Dondé el mensaje de la manifestación pública hecha en su honor en la capital de la República, contestó con esta expresiva alocución:

«Caballeros industriales, banqueros y agricultores: Queridos conciudadanos: Permitidme que antes de entrar en el fondo de la grave y delicada cuestión que vuestra benevolencia os induce á proponerme, os haga presente mi profundo reconocimiento por la honra que me prodiga esta gran manifestación; que si grande es por el número de caballeros manifestantes, lo es más aún por la independencia personal, elevada posición social y recto espíritu que distingue á todos y á cada uno de vuestros compañeros y amigos ausentes, que os han investido con su representación. El argumento de más efecto y que más me ha impresionado entre los que acabais de aducir, al razonar vuestra cívica y patriótica gestión, es incontestable. Tenéis mucha razón. En la disyuntiva de que sirva yo cuatro años más, si se me considera útil, y se me requiere, ó vaya á buscar en el descanso la prolongación de mis días, no es admisible que incurra en la mezquindad de disputar á mi patria los últimos años de una vida que desde la juventud le consagré sin reservas, y que jamás pensé fuese tan larga. Pero hay que tener en cuenta que al cumplir el presente período de mi actual empeño, cumpliré también setenta años; que al cumplir el siguiente tendría setenta y cuatro; y la verdad, hablando con la franqueza que preside todos mis actos y se impone en el presente, declaro que no me parece que un hombre de setenta y uno á setenta y cuatro años de edad, contando de éstos cuarenta y tres de dura vida militar, sea el jefe á propósito para conducir un pueblo joven, inteligente y brioso, que con creciente rapidez y universal aplauso corre á su alto destino por una vía de tangible progreso moral y material. Ahora bien; si no obstante esta solemne declaración, tan oportuna como leal, mis compatriotas me imponen su

mandato, les rogaré que lo tengan presente, como previa excusa por las deficiencias que no bastan á prevenir el profundo respeto con que lo acataría, y á mi anhelosa voluntad de cumplirlo.»

A pesar de estas manifestaciones, Porfirio Díaz continuará siendo el supremo representante del Poder político de Méjico, mientras viva. Méjico republicano no puede discernirle una corona; pero agradecido profundamente á lo que á su Gobierno ha debido, se acoge á la sombra paternal del árbol viejo que le ha dado vida, paz, libertades, educación, industria, respeto, prosperidad y todos los bienes que una sociedad bien cimentada puede apetecer.

En Chile no pasa lo mismo. Todos reconocen los méritos que adornan al presidente Errázuriz y la suma moderación y acierto que han caracterizado su poder. Pero en Chile las ambiciones personales son más vivas que en Méjico; y en el teatro del poder, Errázuriz, que trae larga tradición de familia en el puesto eminente que ocupa, no ha tenido, sin embargo, ni la ocasión ni la fortuna de poder representar allí lo que Porfirio Díaz en la nación que gobierna. En Chile la presidencia de la República tiene en estos momentos de gestación de candidaturas varios candidatos. Acaso el que más probabilidades de éxito cuenta, pues cuenta, al parecer, con mayor corriente de opinión en su favor, sea D. Fernando Lezcano. Esto no obstante, también se agitan y tienen partidarios resueltos, D. Germán Riesco, el Almirante D. Pedro Mott, don Claudio Vicuña, otro Montt, D. Jorge, el Sr. Puga Borne y D. José Antonio Gandarillas. En los círculos militares se trabaja en pro del general Vergara y de D. Joaquín Walker; pero la falta de apoyo de los partidos políticos por una parte, y la tendencia común en toda América á emancipar los poderes soberanos de las tutelas militares, hará acaso infructuosos los trabajos que se hacen por sus candidaturas. La mayoría de votos en el próximo Congreso se pronuncia visiblemente ya en pro del Sr. Lezcano.

En el Ecuador también se preparan nombres con que sustituir al general Eloy Alfaro, á quien los partidos tradicionalistas combaten sin tregua en las emboscadas de una tras otra revolución. Hay que respetar hasta cierto punto el fanatismo de las ideas, y hasta parece natural el movimiento de resistencia que se opone á la invasión del espíritu nuevo que el General Alfaro ha conseguido infiltrar en su país. Pero la historia, ya que sus contemporáneos no lo reconozcan, ha de poner en alto pináculo el nombre de este feliz reformador. Alfaro ha hecho del Ecuador desde la ruidosa caída de Cordero, un país nuevo. El ha implantado en las leyes, en la educación y en la administración pública los verdaderos principios de la democracia por que se rigen todas las nuevas sociedades de América. A él se debe el impulso dado á todos los progresos, así del orden moral como del material. El ha dado paz y tranquilidad al país. El ha dirigido el movimiento industrial que allí se desarrolla, y la República equinocial le debe los adelantos todos con que, cuando menos, se ha colocado al nivel de los demás pueblos que la circundan.

La integridad de su patria le debe recientemente uno de sus mayores servicios. Los Estados Unidos pretendieron apoderarse, con su sagacidad acostumbrada, de las islas Galápagos, y los periódicos yankis circularon la noticia de que el Gobierno del General Alfaro había entrado en tratos con el norteamericano para que estableciera en aquel archipiélago, que á la apertura de los canales interoceánicos habrá de convertirse en un emporio de riqueza, un depósito de carbón. El General Alfaro no se satisfizo con que esta especie insidiosa se rectificara por medio de la prensa, sino que hizo que su Ministro de Relaciones Extranjeras dirigiera una nota al Ministro de los Estados Unidos acreditado en Quito, á fin de que rectificara si en algún tiempo semejantes proposiciones se habían hecho de parte del Gobierno americano al Gobierno ecuatorial. El Ministro de los Estados Unidos contestó negando que se hubiese tratado jamás entre los dos Gobiernos de semejante asunto, y

el General Alfaro inmediatamente hizo publicar en todos los periódicos de América los dos documentos. Este simple hecho es una revelación de las eximias dotes de gobernante que adornan al General Alfaro. Sin embargo, la revolución constantemente le ataca. El ama la paz de su país, y creyendo que su nombre sea el obstáculo para que la paz se consolide, acaso no permita ser reelegido si se le indica para la continuación de su supremo poder ejecutivo.

***

Esto de las revoluciones americanas es una enfermedad endémica que no acaba de curarse. ¿Ha concluído la del Perú? Todavía el 25 del mes último, el Gobierno del Presidente Romaña se ha visto obligado á hacer prisiones preventivas de personas que, colocadas en elevada posición política, favorecen los planes de la revolución aún no extinguida. Entre los presos del 25 de Enero figuran el Senador Dyer, suegro del Diputado Durand, constituído en jefe del nuevo movimiento revolucionario, y que se ha asilado en Iquique; también ha sido preso el médico Flórez, que hasta hace poco había sido uno de los amigos más consecuentes de Nicolás Piérola, y que se ha convertido en uno de sus más acérrimos adversarios. Por último, están en las cárceles también los Diputados Valera, ex-Presidente de la Cámara; Leguía y Martínez, *leader* de la Unión Nacional en el Congreso, y otros representantes electivos del país. Mientras estos caudillos de la indisciplina mantienen en el Perú la situación de incertidumbre que crea toda sociedad política, minada por las agitaciones revolucionarias, Chile, procurando *chilenizar* los territorios cautivos de Tacna y Arica, hace fundar en ellos numerosas escuelas desempeñadas por profesores chilenos.

¿Ha terminado la insurrección en Colombia? Cuando en las últimas fechas de Enero se discutía si el combate de Peralonso, favorable á la revolución, sería ó no sería el triunfo

de ésta, la derrota de los revolucionarios con la muerte de Uribe y Uribe en la Mesa de los Santos, el abandono de Pamplona por el General Leal y la llegada á Cúcuta de las fuerzas del General González Valencia, dan las seguridades de que la revolución no adelanta un solo paso, y que la fuerza legal del Gobierno es cada vez más poderosa para concluir con esas revueltas parricidas. Los revolucionarios en fuga se prometían, cuando se apoderaron de Bucaramanga, poder llegar á Caracas por el camino de Socorro, á 65 millas al Sudoeste de Pamplona; pero la paz completa no es un hecho consumado.

¿Ha terminado la revolución en Venezuela, después del reconocimiento del Gobierno del General Castro? En Venezuela sigue dominando la anarquía. Por una cuestión de índole privada, el General Natividad Mendoza ha muerto de cinco tiros de revólver en el abdomen, á manos de su jefe de Estado mayor el General Celestino Peraza. El nuevo Gobierno constituído pidió un préstamo á la Banca de Caracas: su negativa fue seguida de la prisión de los directores del Banco de Caracas y del Banco de Venezuela, mientras en los primeros días de Febrero los revolucionarios á las órdenes del General Valentín Pérez derrotaban las tropas del nuevo Gobierno en San Fernando, capital de Ipur. ¿Está en estos hechos el término de la revolución?

Del Paraguay corrieron noticias de que el Presidente de la República, Emilio Acebal, había sido derrocado en una revolución sin efusión de sangre. Lo más notable de este movimiento, dirigido á colocar de nuevo en la Presidencia al General Egúzquiza, es que en los momentos de estallar estaba planteada una crisis ministerial, y que en el Gabinete que se recomponía, Acebal había ofrecido la cartera de la Guerra al mismo General que lo ha destituído. ¿Qué significa Egúzquiza más que Acebal, ni Acebal más que Egúzquiza?

La insurrección de los negros de la Martinica, ha tenido algunos días en viva espectación la opinión y el Gobierno de Francia. Muchos periódicos creían que la pequeña Antilla francesa, atizada por los agentes norteamericanos, se disponía

á seguir el camino de Cuba y Puerto Rico. Verdad es que en estos momentos Francia tiene en América pendientes varios graves problemas, que se asemejan á conflictos. La intervención que pretende tener en los arreglos de la Compañía del Canal de Panamá al ser transferidos sus derechos á una Compañía americana, toma este aspecto peligroso; la intervención en los asuntos de Venezuela, por la prisión en Caracas de un súbdito francés de los que han negado sus auxilios al Gobierno del General Castro, toma este aspecto peligroso; la actitud del Brasil en la cuestión del Amapa, después del laudo del árbitro de la Confederación suiza, toma este aspecto peligroso; y de cualquier manera la influencia francesa en aquel hemisferio sufre en estos momentos contrariedades penosas que exigen toda la habilidad y destreza del Gobierno de París, para que no caigan en una depresión moral que sería el principio de su ruina en América.

*
* *

Esta cuestión de los canales es demasiado compleja y no está clara todavía. La prensa de Francia denominó *capitulación de Inglaterra* á las noticias que circularon sobre el consentimiento del Gobierno de la Reina Victoria en la abrogación del tratado Clayton-Bulwer. Pero después de las declaraciones de la *Philadelphia Press*, los acuerdos entre los dos Gobiernos de Washington y Londres no son como los periódicos de París los han comentado, é Inglaterra no renuncia á su intervención y á su participación en la obra de los canales, ni á los derechos de su jurisdicción internacional. Sin duda alguna, los Estados Unidos han querido aprovecharse del actual conflicto anglo-boer para sacar ventajas en su favor; pero el Gobierno inglés es harto hábil para dejarse arrancar de la mano ningún derecho para ella vital. Esta cuestión y la de Cuba, de donde tenemos interesantes correspondencias, nos es preciso aplazarlas para el número inmediato.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Enseñanza y educación: La educación inglesa.—Nuevo plan de instrucción pública en la República Argentina.—Las horas de clase y la atención del alumno.—Los exámenes y las promociones escolares.=Literatura: Psicología de los títulos.—Siluetas parisienses. Victoriano Sardou y Juan Richepin.—«Paolo y Francesca», de Phillips. El nuevo drama de Ibsen.=Historia: Historia anecdótica de la guerra anglo-boer.=Enciclopedia: El genio inventivo de la mujer.=Impresiones y notas: Los teatros de Opera.—Anglo-sajones y latinos.—Las simpatías por los pueblos.—Delitos y penas de la civilización moderna.—Deducciones de la guerra anglo-boer.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

La educación inglesa.—Es moda entre nosotros—dice en la *Revue des Revues* el profesor Herbert—extasiarnos con la educación inglesa. Demolins es un convencido de la superioridad de la raza anglo-sajona, y hasta lo es demasiado, sin duda para el mejor éxito de su colegio á la inglesa. El bachiller es un ser aparte, muy mal armado para la lucha por la vida, y por consiguiente destinado á desaparecer. Algo de bueno debe sin embargo tener el sistema cuando los competidores de la Universidad, que también hacen bachilleres, jamás han intentado modificarlo. ¡Suprimamos el bachillerato, y luego nos orientaremos hacia algo nuevo! Tal es la conclusión que hoy pasa por moneda corriente, aceptada por todo el vulgo. Lo que no lo es tanto es presentarse como adversario

absoluto del sistema inglés, y nada sin embargo es más fácil. El entusiasmo de Demolins se hubiera enfriado un poco si hubiera podido darse cuenta de que si es cierto que los ingleses tienen todo lo de que nosotros carecemos, también les falta en cambio todo lo que tenemos nosotros, y para convencerse basta haber vivido con ellos durante algunos años, no en una escuela modelo como Eton ó Harrow, que son la excepción, sino en uno de los muchos establecimientos que pululan en el Reino Unido, incluso los que llevan el pomposo título de *Public Schools* que sólo difieren de los demás en tener un Consejo de administración de discutible autoridad.

En Inglaterra la enseñanza es libre y la iniciativa personal se ejerce sin trabas, no siendo, en suma, los directores de colegio más que unos comerciantes, que compran, explotan y revenden sus establecimientos como una mercancía cualquiera. Esos señores no necesitan títulos universitarios, y muchos ni siquiera se ocupan de la enseñanza, reservándose el trabajo de entenderse con las familias y de cuidarse del castigo corporal de los alumnos. Otros, aunque nada entiendan de ello, se complacen en ingerirse hasta en los menores detalles de la clase, y no hacen más que molestar á los profesores que saben su oficio, pero que no pueden desempeñarlo á su gusto, no habiendo allí más iniciativas que las del director.

Los profesores, en casi todos los colegios, son solteros y viven internos en el establecimiento, haciendo vida común con los alumnos, durmiendo en su dormitorio, comiendo en su comedor, y compartiendo sus juegos y paseos, sin más que dos horas de libertad cada tres días, entre el té y la cena. Nadie trabaja allí por vocación, y en cuanto encuentran una colocación más lucrativa, dejan el colegio para dedicarse á otra cosa, siendo preciso ver al profesor inglés deslizarse á escondidillas en una taberna subterránea, en sus raros ratos de ocio, para no sorprenderse de que el pasatiempo del café sea el favorito de los repetidores franceses.

El reclutamiento del profesorado se hace por medio de agencias, y los requisitos que han de cumplir se reducen á dos: la posesión de un título de cualquier Universidad y el saber jugar bien al *foot-ball*. No se les exige ninguna garantía de saber ni se les encomiendan las clases en relación con sus aptitudes, sino que lo mismo se les encarga de gramática que de química, de geografía que de piano. En Windsor hay actualmente una *Public school* donde se encuentran dos franceses: uno, que se dice bachiller, es un meridional insignificante que habla un francés detestable, con pésimo acento y destrozando á cada paso la sintáxis: ese es el profesor de francés del colegio; el otro procede de una Escuela superior de Comercio, habla con cierta corrección y es inteligente y laborioso: ese es el mozo de limpieza de la casa; y al director, que sabe francés mejor que su profesor, nunca se le ha ocurrido invertir los papeles, poniendo la librea al primero y la levita al segundo. ¿Para qué? Lo que importa es que el profesor de lenguas sea un extranjero, «nature teacher», como dice el prospecto de la casa; con eso se rinde culto á la rutina y á las creencias del vulgo, y lo demás importa poco.

Un profesor de matemáticas, otro de Letras y un extranjero para todo lo demás: tales son los elementos esenciales del cuerpo docente de todo colegio bien montado, y con eso se tienen alumnos admitidos en Sandhurst (el Saint-Cyr inglés) sin más que trabajar unas horas al día. ¿Es que esos alumnos son más inteligentes? Nada de eso. ¿Es que los profesores son más hábiles? Tampoco. ¿Es que trabajan más tiempo? Mucho menos, pues no pocos colegios tienen tres medios días de *asueto* por semana, sin contar los domingos, y sus vacaciones, aparte las del verano, son de un mes por Navidad y de tres semanas por Pascuas, considerándose allí cada *term* (trimestre) como una unidad con programa aparte.

¿En qué consiste entonces el milagro? En lo menos recargado de los programas: á los diez y ocho años el alumno inglés es sobre todo un mocetón con buenos puños; de latín no

sabe más que elementos; de su lengua, sabe hablarla como hablan en Francia la suya los que no saben leer ni escribir; de literatura, fuera de dos ó tres nombres famosos, no ha oído hablar de los escritores que han ilustrado su lengua, y en todo caso jamás ha leído sus obras por falta de tiempo; de historia, sabe que sus antepasados vencieron en Crecy, en Azincourt, y sobre todo en Waterloo, sin haber tenido nunca en sus manos un compendio clásico de historia, porque no los hay; pocas lenguas, nada de física, poca química, poca geometría, álgebra, y mucha aritmética y cálculo mental, no habiendo muchacho de doce años que no sepa de memoria cuántas son 17 por 13 ó 14 por 19; á eso se reduce la cultura intelectual de los jóvenes ingleses.

Los admiradores del sistema inglés contestan á esto que si es verdad que á los diez y ocho años el inglés es una nulidad, á los veinticinco es un hombre hecho que sabe salir del paso sin verse nunca apurado para ganar su vida, y resuelto á seguir su camino derribando cuantos obstáculos se le opongan. Es cierto. Esos mozos están resueltos á aplastar cuanto se les resiste; patearán fríamente á los desgraciados que les cierren el camino, sin que las palabras de derecho ni justicia les detengan; derribarán veinte mujeres y niños para ocupar un puesto en un ómnibus, y esclavizarán pueblos enteros se les sirve de provecho su esclavitud. He ahí los beneficios del sistema de educación que tanto se alaba. Nosotros, atascados todavía en nuestras añejas tradiciones, seguimos teniendo la debilidad de rendir culto á lo bello, de respetar el derecho, de creer en la justicia, y de guardar consideraciones á los débiles y desvalidos. ¡Defectos de nuestra educación!

***

Nuevo plan de instrucción pública en la República Argentina.—El Poder ejecutivo de la República Argentina ha dirigido al Congreso de la Nación un Mensaje proponiendo la

adopción de un nuevo plan general de estudios, digno de ser cuidadosamente examinado, y al que las Revistas y periódicos de las orillas del Plata han consagrado sendos artículos.

El Poder ejecutivo afirma ante todo la necesidad de reorganizar la enseñanza sobre sólidas bases, abordando con entereza tan arduo tema de gobernación, y sin desconocer el carácter más bien absoluto que nacional del problema educativo, declara que el procedimiento para resolverlo es vario, regional y esencialmente relativo.

¿Cuáles deben ser—se pregunta el Poder ejecutivo—las bases principales del plan? El niño no es mero campo intelectual á la espera de su cultivo; es ante todo, como el hombre, un organismo, y en materia educacional todo debe estar prudentemente subordinado á tan primordial concepto. De ahí la educación física como término preferente de la organización proyectada. En realidad de verdad, tan señalada preferencia debiera ser compartida con la instrucción religiosa, pues nada hay que fortalezca mejor las virtudes humanas que un sentimiento religioso bien constituído y dirigido, y de la inconsciente incredulidad de los tiempos actuales jamás ha de salir la austeridad individual ni la cívica. El Poder ejecutivo que no puede innovar por deberes de fácil discreción, en este respecto, se limita á hacer votos por el advenimiento de una época en la que, á imitación de Inglaterra y Alemania, la lectura despreocupada de la Biblia constituya uno de los ocios más edificantes de las escuelas públicas.

Pero si la instrucción debe comenzar por el desarrollo orgánico, debe continuar por la enseñanza perceptiva y manual que educa por la naturaleza, de afuera hacia adentro, impresionando blandamente la inteligencia y habituando al niño á las destrezas educativas del brazo y de la mano, fundamento de la civilización. Después, como el objeto capital de la instrucción es el bien, la moral práctica se presenta como la tercera faz del problema. Y como en la organización de las colectividades, el individuo es siempre el miembro de una so-

ciedad política determinada, á lo físico y á lo moral debía hacerse naturalmente seguir la educación cívica. Y así, por eliminación, la instrucción científica constituía el último término del problema, quedando marcados de este modo sucesivamente los caracteres de toda educación: física, perceptiva, manual, moral, nacional y científica.

En materia de educación primaria, el Poder ejecutivo no ha querido innovar, y encerrando esta educación entre los seis y los catorce años, se ha limitado á proscribir toda instrucción en los dos primeros años, de modo que aunque la educación comience á los seis el estudio no empiece hasta los ocho, ocupando esos dos primeros años de matrícula obligatoria en la educación objetiva, cuya base principal han de ser los jardines de la infancia, con proscripción de todo libro, pues conviene retardar la enseñanza del libro sustituyéndola por la lección sobre objetos, porque de ello depende la salud del educando y su más seguro y armónico desenvolvimiento intelectual.

Más allá de los siete años el niño puede iniciar sin peligro su instrucción y continuarse instruyendo en los grados elementales hasta los catorce, sin perniciosa precipitación ni retardo innecesario. Todo el afan de los padres parece circunscribirse á la pueril vanidad de tener á los hijos en los grados superiores aun cuando nada sepan de los inferiores y aun cuando la naturaleza de los educandos quede por siempre herida y como lisiada, reduciéndose toda la cuestión á pasar en el examen al ascenso legal, aunque no corresponda al ascenso real. El Estado no puede transigir con esto; la enseñanza pública debe responder, antes que á las ambiciones privadas, á las exigencias más altas del interés nacional, impidiendo severamente todo avance que no esté fundado en la aptitud.

La instrucción elemental superior, denominada generalmente secundaria, no puede ser sino ampliación y complemento de la precedente, aunque distinguiendo en ella lo que propiamente constituye el perfeccionamiento de la primera

de lo que debe tender á formar las especialidades. «La enseñanza secundaria general es—dice—enseñanza de almácigo; pero la preparatoria es el repique por grupos en el vivero, de donde luego saldrán robustas las especies para el trasplante definitivo en el último tablón de la producción y la cosecha» (1). De aquí el disponer que la instrucción general puede darse por terminada, en su grado mínimun (primario) en el sexto año de estudios primarios, y en su máximun (secundario) en el cuarto año de los secundarios. Las polifurcaciones del tronco común responden luego á propósitos diversos en la Universidad.

La Universidad debe también perder su carácter promiscuo, desarrollando claramente su doble tendencia: la profesional y la especulativa ó científica. Aquélla conduce á la profesión individual y ésta es de pura investigación para el fomento de la ciencia ó para deleite del espíritu. El Estado sólo debe ejercer su inmediata vigilancia sobre la primera, sin intervenir para nada en la segunda. Pedir Universidad libre para la

---

(1) La comparación, especialmente para estar hecha por un Gobierno, es por su lenguaje muy chocante. Pero el documento que extractamos, tan notable por otros conceptos, abunda en giros insólitos que lo deslucen y en incorrecciones de bulto verdaderamente lamentables, más propias de los tiempos primitivos de una lengua en vías de formación que de los tiempos actuales, en que la lengua castellana brilla con todo el esplendor de su rico vocabulario y de sus flexibles y armoniosos giros. Así se encuentran, en efecto, expresiones bárbaras, galicismos, latinismos, y hasta embolismos, como los siguientes: «*á* objeto de,» «desde *ya*,» «precocidades malsanas porque son de puro artificio, *de pura frotación* (¡!),» «clausurarla antes *importará* una precipitación perniciosa,» «las excepciones constitutivas de la precocidad ó de las *moras* fisiológicas,» «este extravío se *magnifica* luego,» «el *rol* económico,» «la tendencia profesional desemboca en el oficio individual, dando al patentado su ubicación productiva en la sociedad,» «el *control* del Estado,» «*librar* la reglamentación á la tutela de las corporaciones» «entrar *á* la explicación,» «*impartir* las instrucciones,» etc. ¡Lástima de castellano! ¡A qué torturas lo someten, cuando tan fácil era conservar su frescura y su castiza lozanía!

sección profesional es pedir un contrasentido, pues el Estado no puede, ni teórica, ni legal, ni económicamente renunciar á su intervención inmediata en los estudios ó carreras de este género. Si el Estado es la representación política de la sociedad y ésta no puede ser indiferente á la producción profesional, debiendo saber quienes de entre sus miembros serán los autorizados para defender y amparar el derecho privado, preservar ó restablecer la salud, ejercer sin explotaciones el dominio espiritual de las conciencias, promover y dirigir los progresos de la industria, la agricultura, las artes y las ciencias, es lógico pensar que sólo el Estado debe elaborar esos planes organizando la enseñanza en relación con los fines sociales.

La Universidad no puede aspirar á ser un Poder político, sino científico, ni debe otorgar diplomas profesionales sin calificación expresa de los Poderes públicos. Los asuntos de gobierno siguen siendo asuntos de gobierno, asuntos de una ciencia especial, que ni es la del abogado aunque se trate de leyes, ni la del médico aunque se trate de la salud, ni la del mecánico aunque se trate de máquinas, ni de profesión alguna determinada; sino de otra rama del saber general, con materia y lindes propios: de la alta ciencia política, que es doctrina y procedimiento, observación y experimentación. Por eso corresponde al Estado la obligación de erigir y autorizar estas nobles fábricas, el establecimiento del plan de estudios, la distribución general de la enseñanza, la confirmación del personal docente y la expedición del título que acredita la competencia legal, tocando, en cambio, á la Universidad organizar y distribuir los estudios, elegir los métodos, establecer el régimen, designar el personal enseñante, imponer condiciones, conceder certificados y expedir patentes sin más restricción que la discreta supervigilancia del Estado.

En consonancia con estos principios generales, imprimiendo á los estudios un carácter eminentemente práctico y utilitario, el Poder ejecutivo establece que la enseñanza primaria de la historia sea anecdótica, la geografía gráfica, la aritmé-

tica limitada á la regla de tres y las ciencias naturales reducidas á la explicación de los objetos ó fenómenos más corrientes. En la secundaria, elimina del plan de estudios las lenguas clásicas, reconociendo sus excelencias; hace del álgebra y la geometría una sola asignatura; reduce la física á las nociones estrictamente precisas; establece la química sin separar la inorgánica de la orgánica, y hace lo mismo con las ciencias naturales, consagrando especial atención á la agricultura y dotando Escuelas y Colegios de talleres completos para el trabajo manual, y de granjas agronómicas.

En cuanto á la enseñanza universitaria, mantiene las Facultades de Derecho, agregándolas «un curso de escribano»; Medicina, con la institución de cursos de especialidades, «desvinculados de la profesión general de médico»; Ciencias y Artes, aumentadas con los cursos de «arquitecto y telegrafista»; Letras, completada con «la indispensable fábrica del profesor normal y secundario que hoy no existe»; Agronomía y Veterinaria, refundidas en una sola, y Teología, que se diseña «para cuando se repute prudente ó indispensable afrontar el problema de la formación de un clero nacional uniformemente ilustrado».

***

Las horas de clase y la atención del alumno.— *La Tribuna* y *El Monitor de la Educación*, de Buenos Aires, dedican su atención á este interesante problema de pedagogía práctica.

La atención de las criaturas, casi nula en los primeros días de su existencia, va luego vigorizándose lentamente hasta alcanzar en la edad viril su más alto desarrollo, para debilitarse más tarde en la ancianidad. Desde los dos hasta los seis años, los niños aprenden muchísimas más cosas que en cualquier otro período de la vida, sin necesidad de fijar la atención; sus vacilaciones é inquietudes son indicio inequívoco de la nece-

sidad de reposo y de variar de ocupación; por eso en los jardines de la infancia no es posible entretenerlos más de diez á quince minutos con el mismo ejercicio sin daño de sus delicados organismos.

En el problema de que se trata hay dos cuestiones distintas: la duración de las horas de clase y la duración de cada ejercicio. Los ejercicios no deben durar, según los horarios oficiales, en los dos primeros grados de la enseñanza, más de quince á veinte minutos. En cuanto á las horas de clase, hay diversidad de opiniones. ¿Puede un niño permanecer sin inconveniente cuatro ó cinco horas en su casa? Pues lo mismo podrá pasarlas en la escuela, si ésta es lo que Frœbel quiere que sea. Pero si la escuela, lejos de ser la prolongación de la vida del niño en la casa, es un sitio incómodo, malsano, sin juegos ni atractivos, no es extraño que las criaturas se cansen desviando su atención de las enseñanzas del maestro.

Las dos últimas horas de clase—dice el profesor D. Agustín Alvarez al Presidente del Consejo Escolar del 7.° distrito—son para los niños de seis á diez años una fatiga inútil y perjudicial. «La atención—como dice Ribot—produce agotamiento rápido del organismo, pues al cabo del esfuerzo hay fatiga, y al cabo de la fatiga inactividad.» Por esta ley psíquica, los maestros realizan en las primeras horas de clase una tarea provechosa, perdiendo el tiempo y la paciencia en las últimas, porque la facultad de atención en los niños está agotada. Lo demasiado es inútil, lo mismo en el estómago que en el cerebro, pues ni uno ni otro se alimentan con lo que ingieren, sino con lo que digieren y entienden, y cuando la facultad de entender está fatigada, no entiende aunque la estimulen, como el caballo cansado no anda aunque lo castiguen, necesitando luego mayor reparación para reponer el exceso de gasto.

Aquellas herejías pedagógicas de «la letra con sangre entra» y «el saber no ocupa lugar», han causado incalculables males, produciendo espíritus que, por estar «instruídos para

«todas las cosas» no lo estaban para ninguna, teniendo aniquilada por cansancio la facultad de instruirse. Darwin, dice Ribot, preguntaba á los gauchos, entregados á la bebida, al juego y al robo, por qué no trabajaban, y uno le respondió: «los días son muy largos», queriendo decir que el horario de trabajo, de sol á sol, fijado por los amos, era superior á su capacidad de trabajar, y por no someterse á tal exceso preferían holgar. La escuela, con esas cinco horas de fatiga inútil, hace demasiado largos al niño los días escolares, y le obliga á desear los días sin escuela y las vacaciones sin término.

Cinco horas de trabajo diario, casi exclusivamente intelctual—dice á su vez el profesor Torres,—tratándose de niños de seis á ocho años, es una tarea que la ciencia pedagógica y la médica califican de consuno de enormidad imposible. Al final de la tercera hora, la experiencia prueba cumplidamente que los alumnos se vuelven tan poco atentos, que los esfuerzos del maestro tienen que reducirse á mantener la disciplina, y todo su trabajo, lo mismo que el de los alumnos, es tan fatigoso como inútil.

***

Los exámenes y las promociones escolares.—El examen escolar—dice el Dr. Berra en el *Boletín de la enseñanza primaria*, de Montevideo—ha sido instituído con tres fines principales: el de conocer el adelanto de *cada alumno*, premiándolo ó no; el de conocer el adelanto de *cada alumno* para pasarlo ó no al grado superior, ó á otra asignatura, ó dar ó no por terminado su aprendizaje, y el de conocer el grado de adelanto de *cada una de las clases* de una escuela. El primero ha sido muy usado mientras gozaron de prestigio las ideas de premios y castigos disciplinarios; pero ya no es tan general desde que los progresos de la didascología han demostrado que se mantiene mejor la disciplina sin premios ni castigos que con ellos. El segundo conserva todavía su boga con los nombres de exa-

men de *ingreso*, de *pase*, de *promoción*, de *egreso*, de *capacidad*, de *concurso*, etc., sobre todo en el orden oficial. El tercero es de origen más moderno y está poco generalizado.

Los fines que suelen tenerse á la vista en los exámenes, conocer si los maestros cumplen bien sus deberes y pasar á los niños de un grado á otro, han producido el efecto de interesar á los maestros en que sus alumnos apareciesen lo más adelantados posible, é interesar á los niños y á sus familias en el éxito para obtener una buena nota y una satisfacción de amor propio. Del juego de estas pasiones resultó que muchos niños pasaran de un grado inferior al superior sin estar suficientemente preparados, causando una perturbación en la nueva clase por tener que enseñar un mismo maestro el mismo programa á discípulos desigualmente aptos para entenderle. Estos hechos indujeron á excluir á los maestros de toda participación en el examen entregando al juicio de extraños la prueba del examen, con lo que se han producido efectos no menos temibles. Por un lado es casi imposible componer así tribunales que sean á la vez competentes é imparciales, careciendo su dictamen de valor; por otro, es imposible hacer durar el examen de cada alumno lo bastante para que revele cuanto sabe y cómo lo sabe, resultando que estos exámenes, á pesar de la seriedad de todas las intenciones, han sido una farsa.

A todo esto se debe, y á los esfuerzos que maestros y alumnos hacen en los meses próximos á la prueba, que las promociones suelan ser tan desacertadas, obligando á muchos niños á repetir los estudios de un grado sin necesidad; á que otros asciendan sin preparación bastante; á que se perturbe con todo esto la buena marcha de las clases, y á que los profesores pierdan el sentimiento de su responsabilidad sufriendo los efectos de la conducta ajena. Nadie conoce, ni puede conocer, el adelanto de cada alumno como su propio maestro, y este conocimiento debe ser la base de las promociones, tanto por lo que conviene al curso de la enseñanza, cuanto por lo que interesa á la responsabilidad y á la satisfacción del personal docente.

Pero sentado este principio y decretado que la opinión del maestro había de prevalecer en todo caso, el examen sólo podía servir para dar á conocer en público el estado de adelanto de cada niño; y como este fin, por las razones expuestas, no podía satisfacerse bien, preciso es pensar en algo más eficaz y para ello nada mejor que la celebración de un acto cuyo fin es mostrar á las autoridades y al público el estado de *cada escuela*, sin propósito de promover ni de premiar. Este acto no entraña los inconvenientes de los exámenes usuales; no se lucha con la dificultad de constituir tribunales idóneos, ni con la de conocer el verdadero estado de cada alumno; no se provoca la nerviosa precipitación de la preparación para el examen; no se engendran la envidia, la malquerencia y el desaliento de los niños que se consideran injustamente postergados; no se fomenta la vanidosa rivalidad de las familias, ni se perjudica á la enseñanza por los errores ó complacencias de los jueces, porque desaparece de la escena el niño para que aparezcan la clase y la escuela como entidades colectivas, consiguiéndose, en cambio, que se forme y desarrolle en los niños el sentimiento de la solidaridad, estimulándose una emulación de buena ley entre las clases de cada escuela y las escuelas de cada distrito, avivando el celo de los maestros para que su escuela ó su clase llame la atención.

Lo que interesa á las autoridades y al pueblo no es tanto el progreso de un niño como el de toda una clase, y para comprobarlo, sin artificios de última hora, nada mejor que la exhibición de los trabajos hechos durante el año y de las clases trabajando en presencia del público como trabajan de ordinario. Así se aprecia el conjunto, los frutos obtenidos, los procedimientos empleados, la cantidad y calidad del trabajo y la suficiencia de los maestros, al par que las familias adquirirán noticia de procedimientos que poder aplicar en sus casas, juzgarán mejor la escuela, se encariñarán con ella y cuidarán que sus hijos concurran con actividad y aprovechen el tiempo.

LITERATURA

Psicología de los títulos.—En las palabras de un título —dice Santiago Bainville en la *Revue des Revues*—hay todo un programa, toda una teoría, promesas y compromisos; el título es el alma de la obra, y por eso puede hablarse de su psicología. Todos los autores conocen perfectamente la importancia de ese rótulo que deben poner sobre su obra como sobre una mercancía, dedicando todos sus cuidados á elegirla con acierto. «El título de un libro—decía Barbey d'Aurevilly—debe invitar á abrirlo, como la mirada de una mujer desconocida debe excitar el deseo de conocerla y de leer en su corazón.»

Entre los clásicos antiguos y modernos, la obra solía llevar el título del protagonista ó del asunto principal: la *Iliada*, la *Odisea, El Cid, Británico;* y lo mismo se hacía con las colecciones de versos; así Horacio y Boileau, según el asunto, titulan sus obras *Sátiras, Odas* ó *Epístolas.* La preocupación de los títulos surge en las épocas de decadencia y entre los autores amanerados: así Estacio titula *Silvas* á sus poemitas, Apuleyo *Floridas* á sus discursos, y Aulo Gelio *Noches áticas* á sus misceláneas literarias.

Tratándose de libros de ciencia, historia ó derecho, el título está dado por la materia misma, y sólo un poeta como Víctor Hugo puede arriesgarse á titular *Historia de un crimen* el relato del golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851; en la Edad Media, sin embargo, los alquimistas solían dar nombres fantásticos á sus elucubraciones, y el mismo Galileo publicaba sus descubrimientos con el título de *Nuntius sidereus,* «El Mensajero de los Astros». Esta afición á la metáfora era entonces universal en Europa, pero en ninguna clase de obras llegó á adquirir el desarrollo que en los escritos religiosos y libros de devoción.

Ya en el siglo XIII San Buenaventura tituló su colección de oraciones *Itinerario del alma hacia Dios*; pero dos siglos después, y mucho más después de generalizada la imprenta, se llegó á todas las exageraciones del género, con títulos tan enrevesados ó extravagantes como *La tienda del boticario espiritual, Incensarios humeantes de pensamientos místicos, Las siete trompetas despertadoras del pecador, El azúcar espiritual, Las tapicerías económicas tejidas con el hilo de la sabiduría, La dulce médula y golosa salsa de las santas sabrosas Oes del Adviento* (1), *Las cerillas del fuego divino*, y otras muchas semejantes, que dieron lugar á que algunos *abbés galants* ridiculizaran tales aficiones publicando *La caja de rapé espiritual para hacer estornudar á las almas devotas hacia el Señor*, y *La jeringa espiritual para las almas constipadas en devoción*, etcétera. No era, sin embargo, privativo del género devoto este mal gusto por los títulos alegóricos, como lo prueban *El rosal de las guerras, El fuerte inexpugnable del honor femenino, El Jardín de las raíces griegas*, etc.

En la novela, más que en ninguna otra manifestación literaria, comenzó la variedad de los títulos á desenvolver toda su riqueza. Al principio, el tipo de los libros de esta clase era el de «Muy elegante y deliciosa historia del muy noble y victorioso rey Perceforest», «Divertida y recreativa historia del hazañoso y valiente caballero Perceval el Galo». Más tarde, en el siglo XVII, los novelistas dieron á sus obras el nombre de sus personajes, *Cyro, Clelia, La princesa de Cléveris*; aun en el siglo XVIII las tres novelas más célebres llevan por título *Gil Blas, Manon Lescaut* y *Pablo y Virginia*. La monotonía de estos nombres cansó pronto, tropezando además con la dificultad de la creación de tipos que encarnaran personajes

(1) «Les Savoureux *os* de l'Avent» es un *calembour*; «os» significa huesos; pero en el libro «Os» se refiere á los himnos que se cantan en la época del Adviento, que por empezar con la letra *O*, se llamaban los «oes». Es un juego de vocablos estrambótico, propio de los culteranos y del gusto estragado de aquellos tiempos.

característicos como *Tartufo, Hamlet, Otelo, Don Quijote,* y por eso se buscaron títulos de otro género, imponiendo la moda el título de la obra favorita del momento: así, el éxito de *Las cartas persas* de Montesquieu dió origen á las *Cartas inglesas* de Voltaire, *Cartas chinas, portuguesas,* etc., como *El espectador*, de Addison, dió nacimiento á multitud de obras con título semejante, y como el *Robinsón*, de Foe, produjo generaciones enteras, no agotadas aún, de *Robinsones.*

Cuando Sterne puso de moda su *Viaje sentimental*, no se daba á luz ningún relato que no fuera *sentimental* también, abundando los títulos del género lacrimoso que el mismo *Werther*, de Goethe, llevó en un principio titulándose *Los sufrimientos del joven Werther.* Con los románticos aparecieron los títulos exóticos, sonoros ó espeluznantes como *Bug-Jargal* y *Han de Islandia*, de Víctor Hugo; *Los desolladores*, de D'Arlincourt; *Stello ó los diablos azules*, de Alfredo de Vigny; *El asno muerto ó la mujer guillotinada*, de Janin; gustando también las antítesis como *Rayos y sombras*, de Hugo, ó *El alma negra del prior blanco*, de Saint-Pol. Tan enamorados estaban los románticos de los títulos de su gusto, que cuando tropezaban con un hallazgo como el de *Quasimodo* se apresuraban á anunciarlo, como sucedió con una obra, *Quiquengrogne*, que figuró largos años entre las obras «en preparación» de Víctor Hugo, y que jamás llegó á publicarse.

Lo mismo sucedía en el teatro, sobresaliendo Gilberto de Pixerecourt en titular sus sombríos melodramas con nombres que excitaban la curiosidad del público, como *Seligo ó el negro generoso, El cofre de hierro ó el juez de su crimen.* En cuanto á Scribe, apostó una vez á que había de agotar en las iniciales de sus títulos las letras del alfabeto, y á esta apuesta deben su origen *El Jockey, El Kiosko* y *Yelva ó la huérfana rusa.* Los melodramas que hoy mismo se representan en el Ambigú han conservado estos títulos tenebrosos y complicados, con subtítulos más ó menos largos y expresivos, pudiéndose citar como tipo del género la obra de Tolstoi *El poder de*

las tinieblas, ó si el pájaro ha metido las uñas en la liga todo el animal caerá en la red.

Nuestras escuelas literarias contemporáneas gustan también de títulos sorprendentes, como los que da Peladan á su serie de novelas titulada *La decadencia latina*, *El vicio supremo*, *El Andrógino*, *El Ginandro*, *El Panteo*, *Finis latinorum*, etc., siendo el colmo de la extravagancia el título que Enrique Regnier ha dado á una de sus novelas, sobre cuya blanca cubierta se destaca un trébol en negro para marcar el nombre de la obra *El Trébol negro*, con cuyo procedimiento, si se generalizase, llegaríamos al título jeroglífico. Entre tanto tenemos el título charada ó título acertijo en la obra maestra de Stendhal, *Rojo y negro*, representando lo negro el traje del seminarista y lo rojo la sangre vertida en el patíbulo.

Como curiosidades bibliográficas, pudieran citarse otros muchos títulos, especialmente de los tiempos de la Liga, de la Fronda y de la Revolución; pero la tarea sería larga, y demasiado atrevida para nuestros pudibundos tiempos. De este bosquejo de psicología titulatoria se podrá sacar la conclusión de que los nombres de los libros varían con las épocas y las costumbres, reflejando siempre fielmente los genios y las costumbres literarias. Al mismo tiempo que siguen la moda pasajera y variable, los títulos son siempre, con los autores que quieren sobresalir del vulgo, extraordinarios y singulares, como medio de atraer la atención y de fijar la curiosidad; pero de todos estos libros de títulos estrambóticos apenas suele quedar más que el nombre, una vez pasada la moda. El hábito no hace al monje, y bajo los títulos más sencillos suelen ocultarse las verdaderas obras maestras de la antigüedad sin más cebo que su propia belleza, siempre atractiva y seductora.

*
* *

SILUETAS PARISIENSES: VICTORIANO SARDOU.—Si me dieran á elegir entre la gloria y el dinero—dice Zadig en la *Revue Bleue*—elegiría el dinero, porque cuando se tiene dinero, no se tarda en tener gloria. Por eso era superfluo que Sardou, gloriosamente enriquecido ya en sus empresas teatrales, se hiciese por añadidura académico, aunque después de todo, lo mismo hacen ciertos industriales que, una vez conquistada la fortuna, se sienten inclinados á convertirse en senadores.

El teatro de Sardou puede sugerir á quien lo estudia algunas ideas literarias; pero lo que sugiere sobre todo son ideas económicas y consideraciones sociales; Sardou ha trabajado desde hace cuarenta años como nadie en negocios teatrales, siendo el primer dramaturgo contemporáneo desde el punto de vista de la Sociedad de autores dramáticos. Hay casas que se dedican á la producción de un artículo y lo acreditan en el mercado; pero al cambiar la moda, la casa se derrumba. Sardou lo fabrica todo en materia de teatro, *vaudevilles,* dramas, comedias, melodramas, magias, tesis, revistas y operetas, y así no se gasta nunca, y su labor es un bazar inmenso, surtido de toda clase de impresiones, ideas y sentimientos contemporáneos.

Sardou fue siempre perito en discernir la moda del momento y en llevar á la escena la tendencia del día. Desdeñando el crear, se ha contentado siempre con interpretar; ha sabido acompañar tan bien los movimientos sociales, que á veces parecía precederlos. La industria y el comercio exigen previsión más segura que la política; por eso las obras de Sardou atraen siempre, y es natural que todavía sigan triunfando durante las Exposiciones universales de la industria y el comercio.

El principio del éxito es producir atendiendo á los gustos de la clientela, y eso es lo que hace Sardou. Nada de psicología ni de estilo; la expresión de las ideas morales más elementales, y por lo tanto más corrientes, en la forma más asequible á todo el mundo; esa es la receta con que se ponen en juego los maniquíes admirablemente vestidos y presentados

del teatro de Sardou, encantando al vulgo, que es la multitud de ambos hemisferios. Sardou es célebre y es rico; agrada á todos, y á veces á los literatos mismos. Y los franceses deben considerar con cierta respetuosa admiración y patriótica gratitud á este gran exportador del género francés, á este glorioso industrial é ilustre comerciante de literatura.

***

Juan Richepín.—Si los pueblos son diferentes según las regiones, los burgueses de todas las regiones del mundo son los seres más parecidos entre sí. Y Juan Richepin—dice Zadig—es el burgués que más se parece á todos los demás burgueses. Desde el principio de su carrera se atribuyó á sus obras una importancia desproporcionada, y á cada obra nueva que publicaba no dejaba de afirmarse que su autor daba las más espléndidas esperanzas; después, como ha dejado de ser joven, ya no da esperanzas, pero prolongando su curso la admiración originaria, hay personas que todavía aguardan de Richepin una obra maestra. ¡Qué asombro tan grande sería el de ver esa obra salida de la pluma de Richepin!

El alma de Richepin revela toda el alma burguesa, sencilla, grosera, cándida é intensamente poética, y todos los asuntos de sus obras son los que más impresionan el espíritu y el corazón de los burgueses: tal sucede con Dios, cuyos misterios sufren ó contra el cual se revuelven, y contra el cual lanza Richepin un rosario de *blasfemias* tan vulgares como violentas; tal ocurre con el espectáculo del mar y su furiosa ó tranquila majestad, cantada por Richepin en diez mil versos, eco interminable de los sueños del burgués acomodado; tal con los mendigos, que tanto impresionan al burgués con su vida errante y fuera de la ley, y cuyas infamias y sentimentalismos canta Richepin; tal, en fin, con la unión sexual, asunto de bromas y alusiones inagotables de todos los burgueses mientras juegan al tresillo y al mus, al que Richepin dedica sus *Caricias*.

Pero Richepin es un burgués robusto, que se enorgullece con su robustez, entregándose á numerosos ejercicios higiénicos, que no nos deja ignorar, para conservarla, estando dominado su espíritu por su excelente temperamento, y preocupado, ante todo, de las circunstancias materiales de la vida, cosa esencial para todos los burgueses. Este poeta es un burgués materialista, que se jacta, con infatigable sencillez, de poder comer y beber, andar y correr tierras y mares, y amar, amar brutalmente y sin fin, dominando así el mundo con su fuerza física. «La suerte de un zapatero robusto—decía Shakspeare—es más envidiable que la de un rey enfermo.» ¡Y es verdad! Pero también lo es que un poeta provisto de un estómago demasiado dócil está infaliblemente condenado á pensar y escribir como un robusto zapatero.

*
* *

«Paolo y Francesca», de Phillips.—Una sola obra, *Paolo and Francesca,* acaba de elevar al rango de la más alta notoriedad el nombre del joven poeta inglés Stephen Phillips, al que, con tal motivo, consagran sendos artículos las Revistas inglesas, reconociendo todos que, aunque el drama del nuevo escritor no obtenga en el teatro el mayor éxito, constituirá una hermosísima página literaria en la historia de la literatura inglesa contemporánea.

Phillips, apartándose de la escuela dramática inglesa, ha preferido seguir las tradiciones de los grandes trágicos del clasicismo, introduciendo hasta el elemento sobrenatural, representado por la visión fatídica de la criada vieja y ciega de los Malatesta, en cuyo castillo de Rimini se desarrolla la tragedia. Juan el Cojo anuncia á los cortesanos y ciudadanos sus bodas con Francesca mientras espera la vuelta de su hermano Paolo, enviado á Rávena para acompañarla en su viaje. La novia entra, y, afectada por el grave y severo ambiente del palacio de Rimini, responde primero á su esposo con in-

genua y filial benevolencia, y se deja llevar después de la expansión de su alma juvenil, buscando en el hermoso Paolo un confidente, á quien habla, sin darse cuenta de ello, con un calor que contrasta con el tono tranquilo con que se dirige á su esposo. Sólo una vez le contesta con fuego, y es cuando Juan, estrechando con un brazo á su esposa y con el otro á su hermano, les dice: «Quiero que os améis uno á otro, porque yo os amo á los dos; mira, Francesca, nosotros somos más que hermanos, somos los más ardientes amigos, y sólo la muerte puede separarnos.» «¡Sí, oh, sí, señor! — responde candorosamente Francesca.—¡Sí que le amaré! ¿No es él mi hermano?»

Pablo se siente invadido por la pasión, y quiere huir de Rimini, á pesar de las calurosas súplicas de su hermano. «Pero, ¿por qué te quieres ir?—le dice.—¿Será por alguna dama que viste en el séquito de Francesca? ¿No es verdad?» «No, hermano mío; ninguna mujer me arrastra fuera de esta casa», responde angustiosamente Paolo, temblando descubrir su pasión y resuelto á marcharse á Florencia en cuanto se celebre la boda.

Impresionado Juan por el anuncio de aquella separación, aparece su prima Lucrecia, viuda, sin hijos, envidiosa y agria, y que, fraguando en su ánimo el intento de envenenar toda ajena dicha, lanza en el corazón de Juan la duda más dolorosa. Los lamentos de Lucrecia son un último arranque lírico de exquisita factura, y Juan, emocionado, siente perdida su tranquilidad. El acto termina con la visión de Angela, la criada ciega, que sueña que sorprende á Francesca en el jardín enmedio de las rosas, y oye una voz que lee, y un murmullo confuso y el rumor de un beso, y luego ve en un ataud dos muertos, unidos por estrecho abrazo.

El segundo acto es magnífico: Juan cuenta á su hermano la visión de Angela, y le ruega no se separe de Francesca, siempre que él no pueda estar á su lado. Después reaparece Lucrecia, é interpretando la visión, le dice á Juan: «¿Y si el traidor fuese uno que anda en torno nuestro, aquí, á nuestras puertas, ó más próximo aún, quizá dentro de esta misma

casa? ¿Y si fuese uno que ha crecido y comido contigo, y cuya mano has oprimido diariamente entre las tuyas.....»

—¿Es Paolo?—grita dolorosamente Juan.

La decoración cambia, y tras una escena de hostería aparece Paolo librando terrible combate dentro de su alma y resolviendo morir por no poder soportar la vida.

En el tercer acto, Juan acude á la cueva de un nigromante en busca de un filtro que ligue á su alma el alma de Francesca, cuando se siente ruido de pasos; Juan se esconde, y entra Paolo en busca de un veneno que le arranque la vida, ya que no puede arrancar de su alma el amor culpable que siente por la mujer de su hermano. Juan oye la terrible confesión y vacila entre sus celos, que le impulsan á clavar su puñal en el corazón de su hermano, y el amor intenso que á ese mismo hermano ha profesado siempre. Un correo de Pesaro que le anuncia un motín, no le deja reflexionar sobre su angustiosa situación. Paolo en tanto, resuelto á morir, quiere ver por última vez á su adorada, y el acto termina con la clásica escena dantesca: Paolo penetra en el jardín de Rimini al rayar el alba, y encuentra á Francesca leyendo la historia caballeresca de los amores de Ginebra y Lanzarote; continúan entre ambos la lectura, y al llegar al célebre pasaje, Paolo besa en los labios á Francesca, y cae el telón.

En el cuarto y último acto, Lucrecia aconseja á Juan que finja marchar á la guerra, y Paolo, engañado y sin poderse resolver á morir, llama á la puerta de Francesca; ésta, impresionada por las palabras de Lucrecia, á quien ha confiado su amor, se niega á recibirlo; Paolo llama á la ventana, y de tal modo insiste, que Francesca le recibe. Lucrecia, comprendiendo que ha ido demasiado lejos, busca como loca á Juan por el castillo para evitar el fatal desenlace. Pero ya es tarde; y cuando llega á la cámara de Francesca y quiere abrir las cortinas para entrar, aparece Juan con las manos ensangrentadas y con horrible calma, que pronto se trueca en loco furor.

—¡Luz, luz!—grita, poniendo en conmoción todo el castillo.

Y enmedio de sus amigos y servidores cae de rodillas, besando la frente de los dos cadáveres y gritando:

—¡La maldición! ¡La maldición de Caín! ¡Desde ahora andaré errante, solo para siempre!

***

El nuevo drama de Ibsen.—Francamente declaramos que, poniendo de nuestra parte la mejor voluntad del mundo, no hemos podido llegar á entusiasmarnos con la nueva creación de Ibsen, y que hasta nos parece lisa y llanamente, dejándonos de hipocresías, simbolismos y embolismos, una producción que no vale la pena del ruido que hace, y que no la cambiaríamos por ninguna de nuestro Echegaray. Pero es moda alabar las producciones del Norte, por descoloridas y hermosas que sean, y claro está que, tratándose del fruto del trabajo de Ibsen, por fuerza ha de ser algo maravilloso. Pero, en fin, ya que nosotros no podemos extasiarnos, demos cuenta del nuevo drama, traducido por la *Revue de París,* y extasíese quien quiera, pues hay que respetar todos los gustos.

La última obra de Ibsen lleva el fantástico título de *Cuando nosotros, muertos, despertemos,* ó *Cuando despertemos entre los muertos,* y su argumento se reduce, según *La Nueva Antología,* á lo siguiente: Un matrimonio, formado por el famoso escultor Rubek y la rozagante Maya, ha ido á tomar baños en una playa de Noruega, donde el marido se encuentra con Irene, su antiguo modelo de la estatua *El día de la Resurrección,* á la que debe su gloria y sus riquezas, y la mujer tropieza por su lado con el cazador de osos Ulfheim; la inteligencia se establece entre estas almas en seguida, y las parejas se dan cita para el otro día, independientemente unos de otros, en la cima del cercano monte.

En el segundo acto aparecen en el monte Rubek y Maya, que se dan largas explicaciones al encontrarse, declarando Maya que está dispuesta á ceder á Irene su puesto en la casa

marital ó á compartirlo con ella; luego se marcha en busca del cazador de osos, cantando con él desde lo alto del monte que «ya es libre como un pájaro», mientras su marido se avista con Irene, quedando en realizar la proyectada ascensión y pasar juntos una noche de verano en el monte.

El tercero y último acto se reduce á la bajada de Maya y Ulfheim y á la subida de Rubek é Irene; las dos parejas se encuentran cuando Maya y Ulfheim han hecho el pacto de unirse, y una nube se viene condensando en la cima de la montaña; Ulfheim aconseja á Rubek y á su compañera que se refugien en una cabaña mientras él envía gente á buscarlos; pero Irene se niega, y la ascensión con tinúa hasta que casi desaparecen cubiertos por la nube. De pronto, mientras todavía se oye el canto de libertad de Maya desde abajo, arriba brota fragoroso estruendo, una avalancha se desprende, y arrastra y sepulta á Rubek y á Irene.

—*¡Pax vobiscum!*—dice, trazando la señal de la cruz, una especie de diaconisa, vestida de negro, que acompaña á Irene á todas partes.

Y el telón cae entre aplausos estrepitosos del público escandinavo y alemán.

HISTORIA

Historia anecdótica de la guerra anglo-boer. — Digna es de admiración—dice Samuel Cornut en la *Revue Bleue*—la paciencia romana con que Inglaterra presencia los reveses de sus armas; pero es más admirable el valor y la inteligencia que despliegan los boers. El triunfo de los ingleses sería el espectáculo, siempre repugnante, de un coloso aplastando á un mirmidón; la victoria de los boers, por el contrario, renueva la era de los tiempos heroicos, que parecían terminados para siempre.

Toda el Africa austral, en voz alta en unas comarcas y en

voz baja en otras, repite hoy el grito de Juana de Arco: «¡Hay que echar á los ingleses!» Es el grito que resuena sin cesar en todas partes, en discursos, proclamas, cartas y conversaciones. «Aquí aborrecen á los ingleses — escribe un voluntario búlgaro—más que nosotros á los turcos.» «No voy á reunirme con los míos—dice un joven boer que terminaba sus estudios en Europa— por odio ni por ambición; es una guerra nacional, es *mi* guerra, y cumplo mi deber; dentro de unos días estaré en Pretoria, y dos días después en el campo de batalla, de donde juro que volveremos victoriosos.»

Las mujeres, que ya en el éxodo de 1838 dieron brillante ejemplo de valor, cargando los fusiles de sus maridos y rechazando á hachazos á los 10.000 zulús que intentaron asaltar su campamento formado por carros de camino, con las ruedas atadas, no sólo se dedican ahora al cuidado de los heridos, sino que se complacen en tomar parte en la defensa de la República, impulsando á sus hijos á tomar las armas, acompañando á sus esposos y declarando guerra á muerte á todo lo inglés. «Todos mis hijos — escribe una señora de Pretoria— han aprendido hasta ahora el inglés; pero os prometo que mi hija segunda no sabrá jamás ni una palabra de esa lengua; ó los ingleses nos vencerán y proscribirán nuestro lenguaje, ó nosotros los echaremos, echando con ellos de nuestros labios hasta la última palabra inglesa.» De la estación de Pretoria salía un *comando* aclamado por la multitud, cuando una mujer descubre en uno de los vagones á su hijo, de diez y siete años, que se marchaba sin haberla advertido. «Más pronto ó más tarde me hubiera tenido qui ir, madre—le dijo—y más vale que me vaya ahora.» — «¡Vete, hijo mío, haces bien!» fue la sencilla respuesta de la madre.

Las mujeres boers no se contentan con lanzar en Pretoria estériles gritos de venganza. Se las ve en la mayor parte de los comandos en marcha, y si no siempre permanecen en los campamentos, hacen en ellos frecuentes apariciones, compartiendo la tienda de sus esposos y de sus hijos. «Ayer recibimos

la visita — escribía un soldado de Blœmfontein acampado ante Kimberley—de algunas señoras, que vinieron en un vagón de bueyes y que pasaron algunas horas con nosotros.» Estas escenas se repiten con frecuencia.

En una ambulancia donde se encuentran unos junto á otros los heridos ingleses y los boers, un boer que todavía podía arrastrarse, pero que estaba muerto de sed, se acerca á la cama de un inglés, que tenía á su lado dos botellas. «Me muero de sed — le dijo; — dadme de beber.» «Con mucho gusto —contestó el inglés;—en esa botella hay agua y en esta wisky; pero si quereis de ésta, hay que gritar ¡Viva la Reina!» «¡Pobre señora! — dijo el boer; — yo nada tengo contra ella; ¡Viva la Reina!» Como se ve, estos aldeanos son prácticos y no se cuidan de presentarse al estilo clásico de romanos de tragedia; tienen sus horas de expansión, en las que se entretienen en cambiar con el enemigo despachos heliográficos chanceros, ó en anunciar triunfalmente la captura de un león ó un cocodrilo. En el mismo ardor de la lucha saben inspirarse en otras pasiones que la matanza, y así se vió en la batalla de Belmont á un padre acudir á sostener á su hijo, herido en la nuca, dejándose hacer prisionero para poder cuidarle mejor, y viéndole poco después espirar en sus brazos.

La táctica boer se ha hecho ya famosa. El voluntario búlgaro de quien atrás hemos hablado, la resume en esta fórmula: «atrincherarse y sostenerse hasta la muerte en sus trincheras». Nunca se hará conocer y amar bastante á los bravos héroes que se sacrificaron por los suyos en el encuentro de Elandslaagte: los boers habian sido sorprendidos: eran 300 contra 7.000; ocho de ellos «los ocho», como los llaman en el Transvaal, cubrieron la retirada de sus compañeros, haciendo frente por sí solos á los 7.000 ingleses; sucumbieron, pero salvaron á 200 compatriotas, habiendo quedado tan desfigurados por el furor con que los enemigos destrozaron sus cuerpos, que algunos no han podido ser identificados, conservándose, sin embargo, los nombres del Dr. Coster, Yonge, Vanden

Brook, J. Moora, Van Cittert y Martín Schaink, que merecen pasar á la Historia por tal hazaña.

El Dr. Coster, holandés, era antes de la guerra fiscal en Pretoria. Indignado de la mala fe de los negociadores ingleses, apremiaba á Krüger para romper por todo y declarar la guerra. El prudente Krüger fumaba su pipa y sonreía silenciosamente; Coster, exaltado, no pudo contenerse y le dijo: «¡Vaya! Tenéis miedo á los ingleses, Presidente!» El tío Pablo se quitó lentamente la pipa de los labios, escupió en la ceniza, guiñó el ojo, y respondió tranquilamente: «¡Je, je! holandesito; cuando se declare la guerra, os largaréis á escape á vuestra Holanda, y nos dejaréis encima á los ingleses.» Coster, mortificado, dimitió, saliendo de su casa para ir á morir gloriosamente en Elandslaagte.

De Yonge era un sabio de primer orden. El ministro de Instrucción pública, el profesor Mansvelt, cuyo secretario era, ha saludado sus despojos con estas palabras: «¡De Yonge! ¡Tú estabas siempre en primera fila en las batallas, la libertad de tu país te fue más querida que la vida, tu misma muerte ha servido de baluarte á cientos de tus hermanos! ¡Has sido un hombre!»

Martín Schaink, holandés también, era el Tirteo de esta guerra, combatiendo con la lira y con la espada, y dando su vida á los veinticuatro años por su país adoptivo. He aquí una de sus enérgicas poesías: «¿Oís rugir los leones británicos? Toda el Africa Austral se estremece como ante el fragor del trueno; pero nuestro pueblo, harto de verse aplastado bajo el yugo de los que quieren esclavizarle, se subleva. Al galope de sus rápidos caballos, de las ciudades y de las aldeas, de las montañas y de los valles, acuden los hijos del Africa Austral. Son robustos é inquebrantables como robles, y en el corazón de estos héroes jamás penetró el miedo. No son, sin embargo, más que pastores y no están acostumbrados á la guerra. Pero quien confía en Dios, es fuerte en su misma debilidad».

ENCICLOPEDIA

El genio inventivo de la mujer.—El negociado de patentes de invención de los Estados Unidos ha reunido en una sección especial de la Atlante Exposición los modelos de invenciones presentados exclusivamente por mujeres, y al ver tantas cosas ingeniosas, útiles y hasta maravillosas—dice Neuville en la *Revue des Revues*—se queda uno sorprendido de los recursos inesperados del genio femenino.

La primera patente obtenida por una mujer americana en este siglo, fue la concedida en 5 de Mayo de 1809 á María Kies por una máquina de tejer paja con trama de seda ó hilo. La segunda fue la de María Brush, en 21 de Julio de 1815, por un corsé. La tercera la de Sofía Asher, en 11 de Setiembre de 1819, por una crema y un polvo para pasteles. La cuarta la de tres señoras, en 10 de Julio de 1840, para la conservación de los colores. Después viene otro nuevo corsé, en 1841, de Isabel Adam; una heladora, de María Johnson, en 1843; un telescopio submarino, de Sarah Mather, en 1845; una camisa de hombre, de Magdalena Tassie, en 1847; una pluma con depósito, de Susana Taylor, en 1858; una segadora, de Isabel Burlington, en 1860; una escalera, de Sarah Weeler, y un vendaje, de Marta Wellis, en 1861; una rueda de locomotora, de María Montgomery, en 1864; una mesa de hospital, de Sarah Hussey, en 1865; un perfeccionamiento para la fabricación de torrecillas en las máquinas, de Carolina Laman, en 1871; un sistema de señales pirotécnicas, de Marta Corton; un cosmético, de Enriqueta Gill; un regenerador de los cabellos, de Sally Macnetty; un procedimiento para fabricar cigarros, de Juana María Innes, en 1872, y un ferrocarril con elevador, de María Walton, en 1881.

Después los privilegios se multiplican, refiriéndose la mayor parte de los concedidos en estos últimos años, á máqui-

nas de escribir y de tejer, artículos de mobiliario, papelería, juguetes, instrumentos de música, *trucs* de teatros, específicos farmacéuticos, utensilios de cocina y jardinería y máquinas agrícolas; figurando entre los más originales una hamaca para dos personas y un guarda-barros para pantalones de hombre. El más gracioso de todos es el obtenido por una señora de Oakland, que ha inventado un guarda-bigotes.

¿Qué producen estas patentes? Hay de todo. Muchas producen poco, y algunas llegan á producir una fortuna, como la de 25.000 francos de renta que se ha hecho la inventora de un simple abrochador de guantes y la de un sujeta-corsé. Las patentes más lucrativas son las concernientes á filtros caseros, juguetes y rompe-cabezas. El juguete nuevo recorre el mundo entero, y el que inventa alguno está seguro de sacar buen partido de su idea, sobresaliendo en esta inventiva el ingenio de las mujeres. En América todo el mundo quiere inventar algo, á lo que ayuda no poco lo extendidos que allí se hallan en todas las escuelas los estudios de física y química, base de casi todas las invenciones.

En Francia la mujer no tiene tanta inventiva, aunque puede, sin embargo, figurar dignamente al lado de las americanas. Sólo en los tres años últimos han obtenido cerca de 200 patentes de invención, si bien entre ellas dominan, sin duda por el carácter especial de las francesas, las invenciones de fantasía. Así, la señorita Auerbach, inventa un peine que hace llegar directamente el líquido al cuero cabelludo; la señorita Koller, una envoltura de cigarrillos preparada con hojas de rosa comprimidas; la señorita Doré, un espectáculo destinado á la «parodia de la danza serpentina, ejecutada por perros, osos y monos»; la señorita Aermont, un velodromo de sala; la señora Grouwald, un limpiadientes aromático con efecto antiséptico y capa superficial soluble; la señora Fritsche, una cadenita galvánica de efectos sanitarios; la señora Schaeffer, una bola de friccionar en una concha; la señorita Baumann, un vehículo marítimo y aéreo; la señorita Granetias, una na-

vaja que se cierra y abre automáticamente; la señorita Stroemer, una mariposa porta-flores; la señorita Dosne, una máquina para escribir en el bolsillo (¡!) ó en cualquiera otra posición. Las más chocantes son las invenciones de las señoras Guerin y Brandeau (fondo ideal, de costado movible para pantalones de señoras ciclistas) y de la señora Zeitlinger (venda higiénica para mujeres con cojinete en forma de barco, convexo en la línea media y cóncava en los bordes).

«La mujer francesa—dice Neuville—seguirá siendo invencible é inimitable en las creaciones en que preside el gusto, y que exigen esa suprema delicadeza de sentimiento, esa exquisita sensación de lo bello, privilegio exclusivo de la parisién. Esas son las verdaderas inventoras; pero tienen el talento de no sacar patente de sus invenciones.»

IMPRESIONES Y NOTAS

Los teatros de ópera.—Al estudio de la organización de estos teatros dedica Bernheim un artículo en *La Nouvelle Revue,* mostrando la diferencia existente entre los teatros franceses y los alemanes. El derecho de los pobres, que en París llega á la undécima de los ingresos, no existe en Berlín ni en Viena, siendo también desconocida la explotación, más ó menos ostensible, de los billetes de autor y de claque, que tantos abusos y fraudes ocasionan en París. El espectador que en Alemania quiere tener una localidad, hace la petición en una tarjeta postal la víspera de la representación, y está seguro de recibir entre nueve y diez de la mañana los billetes que ha pedido, sin más que abonar un suplemento de 60 céntimos.

Mil quinientas personas viven en París del presupuesto de la Opera, que reparte cada año, por término medio, 2.000.000 entre los cantantes, los 154 artistas de baile, los 101 coristas, los 106 músicos de la orquesta, con sus tres jefes, el jefe y subjefe de coros, los seis jefes de canto, los dos maestros y tres

acompañantes de baile, los seis profesores de danza, el profesor de pantomima, los dos jefes maquinistas, los dos sastres y los tres jefes de almacén. Además entrega 251.433 francos á los autores y 288.797 á los pobres de la beneficencia.

***

Anglo-sajones y latinos.—Alfredo Fouillée dedica en la *Revue des Deux Mondes* un artículo á la candente cuestión de la decadencia de las razas, mostrando el ningún valor de las teorías que sostienen los que afirman la inferioridad nativa ó la degeneración de los sedicentes novolatinos, constituyéndose vigorosamente en adversario de los admiradores del poder anglo-sajón, lo mismo que el profesor Herbert (1). Cada uno de los pueblos cuya decadencia se proclama—dice contestando especialmente á Ferrero y Sergi—tiene su valor, sus méritos, su papel que representar en el presente y sus esperanzas legítimas en el porvenir. Con argumentos no fácilmente rebatibles, por fundarse en hechos positivos, prueba Fouillée que la supremacía marítima inglesa no es ni puede ser eterna, y que si el porvenir se presenta sombrío para las razas latinas, no se presenta tampoco claro para los anglo-sajones, no siendo la supremacía definitiva asunto de razas ni de sangre, sino merecido galardón de los más sabios, más industriosos y más morales.

***

Las simpatías por los pueblos.—Max Nordau, en la *Deutsche Revue,* intenta demostrar que las simpatías, á veces exageradas y llevadas á la exaltación del sacrificio, que sienten unos pueblos por otros, son debidas con frecuencia á causas puramente estéticas, y que la política internacional de los Go-

(1) Véase más atrás en este mismo número *La educación inglesa.*

biernos debe emanciparse de esas simpatías que apasionan á las masas, pero ante las cuales debe encogerse de hombros todo hombre de Estado formal y responsable.

Europa entera se inflamó en el primer tercio de este siglo por la independencia griega, por el recuerdo de los héroes de Salamina y las Termópilas, siendo los Milcíades y los Pericles, en unión de Platón, Fidias y Demóstenes, los verdaderos abogados de los Ipsilanti y Condouriotis, y estando á punto Fallmerayer de ser declarado bárbaro por empeñarse en demostrar que los griegos de hoy no tienen parentesco étnico ninguno con los antiguos helenos. Del mismo modo los suizos deben al *Guillermo Tell* de Schiller casi toda su fama y el respeto que inspiran á los demás pueblos, como la buena acogida que los títulos de renta española tienen en los mercados europeos es debida principalmente á Cervantes, á la Alhambra y á Don Juan Tenorio, y como la erección de Italia en reino tienen que agradecerla los súbditos de los Saboyas al recuerdo del Dante, de Vinci y de Miguel Angel.

Algo, y aun mucho, hay, en efecto, de verdad en lo que dice Max Nordau; pero de ninguna manera puede admitirse que este influjo estético sea absoluto, ni siquiera decisivo. Conveniencias religiosas, políticas, morales é internacionales son las que verdaderamente han determinado la resurrección de los reinos de Grecia y de Italia, siendo el elemento estético uno de tantos de los que han contribuído á inspirar esas reivindicaciones. Por lo que hace á España, el ejemplo elegido por Max Nordau no puede ser más inoportuno. Ni España ve sus títulos bien cotizados, ni menos los ha visto cuando más falta tenía de crédito para hacer frente á sus gastos, siendo impropio de un Max Nordau hablar del influjo de Cervantes y de la Alhambra en los agiotistas. El sentimiento estético (aparte de mil otras conveniencias) hubiera debido poner al lado de España las simpatías de todo el mundo culto, y Europa entera y América toda hubiera debido levantarse, no ya para ayudar á España platónicamente en la lucha con los Estados Unidos,

sino para regalarle, si no la hubiera tenido, la isla de Cuba como perpetuo monumento de gratitud á la nación descubridora de América. Ese hubiera sido el espectáculo bello exigido por la estética, como fue espectáculo hermoso el obsequio de las carabelas del Centenario de Colón y la triunfal recepción de los Infantes y del Duque de Veragua en los Estados Unidos.

***

Delitos y penas de la civilización moderna.—La civilización actual, con el desarrollo adquirido por ciertas aplicaciones de la ciencia, ha tenido que crear nuevas penas para delitos que antes no podían existir, y á cuyo estudio consagra Samuel Barrow, en el *Forum,* un curioso artículo, dedicado especialmente á dar á conocer la penalidad establecida en los diferentes Estados de la Unión norteamericana, que es donde más atención se ha prestado á estos asuntos, por lo mismo que allí afectan á tantos intereses.

El robo de electricidad en perjuicio de un particular ó de una Compañía es sumamente fácil de cometer, y, para contener su desarrollo, este robo se castiga con multa de 50 duros ó prisión de noventa días en el Connecticut, con multa de 100 á 500 duros en Montana, prisión de tres meses en Michigan, de seis meses en Maryland, Nueva Jersey y Iowa, y multa hasta de 1.000 duros y trabajos forzados hasta doce meses en Georgia.

El Ohío ha acordado reservar en las calles, paseos y avenidas cierto espacio para los ciclistas, y en Connecticut se acaban de votar cuatro leyes concernientes al ciclismo: el que robe una bicicleta de 25 duros será castigado con un año de cárcel; el que se sirve de bicicleta ajena sin permiso del dueño pagará una multa de 50 duros; las bicicletas no pueden circular sin sirena ni cruzar por sitios de mucho tránsito á una velocidad mayor de 10 millas por hora, so pena de castigos severos; el deterioro de los caminos destinados á los ciclistas

se castiga con multa de 50 duros y prisión de tres meses; y el hecho de arrojar clavos, puntas y demás objetos capaces de deteriorar las bicicletas se pena con multa de 50 duros.

***

Deducciones de la guerra anglo-boer. — Del notable estudio sobre *La guerra,* hecho por Juan Bloch, y grandemente elogiado por la prensa militar, se deducen varias conclusiones consideradas por el jefe del partido liberal inglés, Lord Campbell como la «clave de los sucesos del Transvaal», como en efecto han venido á demostrarlo los hechos ocurridos, brillantísima confirmación de las previsiones del autor. He aquí estas conclusiones:

1.ª Que la guerra del porvenir será una guerra de sitios y atrincheramientos, siendo imposible, sin inmensas pérdidas y gran superioridad numérica, ejecutar ataques de frente.—2.ª Que, en igualdad de fuerzas, la guerra moderna durará mucho más tiempo que las guerras pasadas. — 3.ª Que las victorias decisivas serán raras, tomando en seguida los vencidos nuevas posiciones preparadas de antemano á retaguardia.—4.ª Que los tiradores inutilizarán rápidamente la artillería, matando hombres y caballos.—5.ª Que los reconocimientos serán casi imposibles, y la posición del enemigo no se conocerá sino por el fuego de sus trincheras.—6.ª Que aun entonces, gracias á la pólvora sin humo, será imposible determinar de un modo preciso donde se encuentra el enemigo. — 7.ª Que las tentativas de sorpresas del enemigo tendrán frecuentemente por resultado una contrasorpresa. — 8.ª Que los atrincheramientos construídos como protección contra la artillería y el fusil moderno, serán invisibles. — 9.ª Que las pérdidas de Oficiales serán considerables.—10.ª Que el servicio de ambulancia, gracias al gran alcance de las armas modernas, se hará bajo el fuego, y de esto resultarán acusaciones mutuas de abuso del pabellón de la Cruz Roja.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La evolución de la historia, por Valentín Letelier; 2.ª ed., tomo primero. Santiago de Chile, 1900.—Un volumen de 351 páginas, sin indicación de precio.

El libro este, aunque está en español, no ha sido escrito por un español. Ha sido escrito por un americano, por un chileno. Pero por un chileno que conoce muy bien las cosas de España, sobre todo su literatura científica, la literatura histórica, sociológica, jurídica y pedagógica de España; al contrario de lo que sucede con tantos otros sudamericanos, americanos españoles, que pretenden ponerse en relaciones con Europa —con Francia singularmente,—sin servirse del intermediario España. Por su parte, el Sr. Letelier ha logrado entre nuestros hombres de ciencia un especial aprecio por sus luminosos estudios de diferente índole: de pedagogía *(Filosofía de la educación),* de cuestiones sociales *(Los pobres),* de crítica y propaganda *(La lucha por la cultura, Ellos y nosotros),* de Derecho administrativo *(Concepto del Derecho administrativo),* etc.

La evolución de la historia es la segunda edición, completamente renovada, de una Memoria, *Por qué se rehace continuamente la historia,* escrita por el autor en 1886 y premiada en un certamen abierto por el Consejo de Instrucción pública de Chile en dicho año. En ella discute el Sr. Letelier todos los problemas de crítica histórica: las fuentes de la historia, las tradiciones, la mitología, las leyendas, la crónica,

la historia constituída como verdadera ciencia, valor de tales fuentes, valor de las diferentes clases de testimonios, la historia y sus relaciones con la sociología. El tomo ahora publicado abarca cinco capítulos, en los que el autor trata los problemas primeramente indicados, dejando para un segundo tomo el ocuparse de los restantes.

Para hacer su estudio ha consultado el autor muchas y buenas fuentes. Su espíritu, de verdad científico, se revela en esta obra mejor acaso que en otra alguna. Habla de todas las cuestiones con mucha serenidad, discreción y sentido crítico. Se nota, además, su escrupulosidad en el uso de las citas; no hace ninguna sino de libros que hayan pasado por sus manos.

P. Dorado.

Les idées égalitaires —*Etude sociologique,* par G. Bouglé. Un vol. 250 págs.—1899. París: F. Alcán. Su precio, 3,75 francos.

El autor de esta interesantísima monografía es un sociólogo que *practica*; es decir, es un sociólogo que procura no ya exponer una doctrina más acerca de lo que debe ser la sociología, ó una nueva concepción del fenómeno social, sino investigar un fenómeno social de existencia positiva en las sociedades modernas—las *ideas igualitarias*, base éstas de una porción de instituciones—y explicarlo, aplicando ó desenvolviendo una doctrina sociológica.

El Sr. Bouglé, siguiendo sin duda las inspiraciones generales de dos de los representantes más eminentes de la sociología moderna, E. Durkheim y G. Simmel, estudia el fenómeno complejísimo de las ideas igualitarias, y se esfuerza por demostrar no la significación moral ó política de las mismas, sino las causas reales y efectivas á que responden. En las primeras líneas de la introducción de tan excelente libro expone su autor la orientación «científica» de su propósito: «Pocas ideas—dice—parecen hoy más vivas, más activas y que más

apasionen que la idea de igualdad de los hombres; pocos asuntos, por esto, pueden ofrecerse que á la vez sean tan tentadores y tan difíciles de someter á un estudio científico. Como nunca, hoy se corre el riego ante un objeto que de modo tal suscita los sentimientos más encontrados, de confundir lo verdadero con lo que se quiere, la realidad y el ideal, la ciencia y la práctica. He ahí por qué es necesario distinguir metódicamente unas de otras las diferentes series de problemas que irradian de las ideas igualitarias. Nuestro primer cuidado debe, pues, ser, separar de los problemas prácticos, morales ó técnicos, los problemas científicos, y de la masa de estos, el problema *sociológico* del igualitarismo.»

Y el problema sociológico consiste, en efecto, en explicar las causas de las ideas igualitarias; no las causas ideales, ni el por qué filosófico de estos sentimientos de igualdad humana que hoy impulsan á las gentes en la vida social, sino las causas verdaderamente positivas, en virtud de las cuales en nuestra civilización, se reputa necesario estimar á los hombres como iguales y á tratarlos como iguales. No pretende el autor responder á la pregunta ¿debemos tratar á los hombres como iguales? si no á esta otra: ¿cómo explicar este fenómeno social de la igualdad humana? Porque no basta acudir á la difusión de las doctrinas del igualitarismo; la propaganda teórica no puede ser suficiente para explicar el fenómeno; es necesario analizar las condiciones particulares de los movimientos sociales que acompañan, y además producen, las ideas igualitarias y sus consecuencias.

El autor, por lo demás, no plantea el problema general de toda la explicación *científica* de las ideas igualitarias, sino que ciñe su indagación á la explicación sociológica, y esto en los términos que impone su concepción de la sociología, *stricto sensu*, como ciencia de las formas de las sociedades, de sus causas y de sus consecuencias: lo que á nuestro parecer, escribe, el Sr. B. constituye el problema puramente sociológico de las ideas igualitarias, es la investigación entre las diferentes con-

diciones de su éxito, de «aquellas que figuran en el campo de las formas sociales». «Entre las diferentes formas sociales que podemos distinguir, ¿cuáles son las que favorecen la expansión del igualitarismo, de tal suerte, que su presencia por sí sola en un país y en una época proporcionaría una explicación parcial del progreso que verifiquen las ideas igualitarias? Tal es, concluye, la cuestión precisa que queremos proponernos».

Y tal es, en verdad, la cuestión de *sociología especial* que el Sr. Bouglé trata en su libro de una manera magistral, rigurosamente científica, imparcial, y con un método que estimo fecundísimo en las investigaciones sociológicas. El Sr. Bouglé llega á mostrar el carácter propio en el desarrollo natural de las formas sociales de los pueblos civilizados modernos, de las ideas igualitarias. Su investigación comprende dos partes: en la primera define las ideas igualitarias, expone la realidad de las mismas, y estudia su explicación antropológica, ideológica y sociológica; en la segunda es en donde en rigor está la explicación sociológica que el autor hace examinando la cantidad y la cualidad de las unidades sociales, la complicación de las sociedades y su unificación.

ADOLFO POSADA.

Clínica social, por el Dr. D. Federico Rubio y Galí.—Un folleto de 39 páginas (extracto de la *Revista Ibero-americana de Ciencias médicas*), sin indicación de precio.

Hasta ahora no conocía yo nada de lo escrito por el ilustre y venerable D. Federico Rubio; sólo había oído y leído elogios de él, de su ciencia, de su caridad, de la excelsitud de su alma. Pero ahora veo por mis propios ojos que es un hombre de primer orden (que por desgracia abundan poco en esta tierra), de un ojo clínico para conocer y diagnosticar las enfermedades sociales, tan educado y tan fino como pueda tenerlo para las enfermedades individuales; de un intenso amor al

progreso y á las cosas grandes; de una fuerte repugnancia á nuestros tan abundantes vividorzuelos ó *ainéticos*, como él los llama. Será el Dr. Rubio un gran médico y un notable cirujano; el sociólogo no le va en zaga. ¡Oh! si tuviéramos esparcidos por España muchos médicos (ó muchos que no lo fueran) de su temple y de un ángulo visual tan abierto como el suyo, ¡otro gallo nos cantara! Entonces sí que podíamos decir que eso de la regeneración iba á ser verdad.

Yo he leído el folleto *Clínica social* con muchísima complacencia; no sólo he encontrado latente y palpitante en todo él un vivo y bien fundado anhelo de mejoramiento y un arraigadísimo odio á tanta injusticia y tanto cáncer como nos están consumiendo, sino que también he hallado en sus pocas páginas más substancia, más ideas, y, sobre todo, más sugestiones y puntos de vista que otras veces en numerosos y abultados volúmenes, donde todo suele ser escoria. ¡¡Cómo cala el autor y qué bien diagnostica las enfermedades sociales! Este opúsculo y otros así debían difundirse mucho, á manera de cartillas populares (análogas á las que en otros países se usan); con ello se aleccionaría á tanto ignorante como anda por España. Tampoco sería malo que el Dr. Rubio diese algunas conferencias sobre los asuntos de que en el presente folleto trata, en el Ateneo de Madrid, y aun en el Congreso de los Diputados, donde hay tantísimo legislador con los ojos cerrados y el corazón seco.

¿Qué decir del contenido de la *brochure?* En ella se tratan cuestiones médicas propiamente tales, cuestiones sociales y cuestiones de etnología española, todas ellas con maestría y con aquella elocuencia que indefectiblemente acompaña al que dice las cosas con calurosa y honrada convicción, con ardiente sinceridad, con toda el alma.

No respondo, sin embargo, de que las observaciones que hace tocante á los *vaqueros* sean exactas. No tengo datos para juzgar de ellas, y por lo mismo me reservo mi juicio sobre el particular.

P. Dorado.

Vues contemporaines de Sociologie et de Morale sociale, por Henry Lagrésille; un volumen, 268 páginas. París: Giard y Brière, libreros-editores, 1899.—Un volumen. Su precio, 5 francos.

La tendencia filosófica que revela el libro del Sr. Lagrésille es de las que, sin remedio, tienen que producirse en el campo de la sociología. No discutiré en esta nota la exactitud del punto de vista del autor de las *Vues contemporaines*, en lo que éste tiene de personal, sobre todo, la teoría de las «ideas vivas»; pero lo que no cabe discutir es lo razonable, en general, de la orientación en que se coloca, orientación que únicamente puede juzgarse en el respecto de su oportunidad, toda vez que es para mí una cuestión grave, que no sabríamos, en verdad, si resolver por la afirmativa, la de si, en efecto, ha llegado el momento de reducir á unidad las concepciones modernas de la sociología. En otros términos, considero que el pensamiento humano, obedeciendo á un ritmo interior, por razón del cual á todo período idealista parece seguir un trabajo de análisis y de descomposición, que á la larga se resuelve en síntesis cada vez más coherentes y concentradas, provocará en las regiones de la sociología, hoy en plena labor de análisis y de destrucción, una tendencia reconstitutiva, sintética, verdaderamente filosófica y hasta metafísica. Pero pongo en duda que hayamos llegado al momento en que semejante movimiento de reacción científica pueda producirse con plena eficacia y alcance positivo. De todas suertes, el ensayo del señor Lagrésille es necesario estimarlo en todo lo que vale, como síntoma reveledor muy significativo.

Pero veamos en qué consiste.

«Al publicar—dice—estas ojeadas sobre Sociología y Moral, nos hemos propuesto sobre todo emitir nuestras ideas acerca de los fundamentos de la sociología, fundamentos que, siendo metafísicos, psicológicos, morales, encuentran su principio en la metafísica, al igual que en la psicología y en la moral: en segundo lugar, nuestro fin es el de bosquejar suma-

riamente una sociología de conjunto, con su unidad, pero indicando en ella sus cuadros y problemas...»

El autor presenta luego lo que puede estimarse como el punto fundamental de su concepción metafísica, para reducir á unidad la sociología. Está el punto de referencia en una «teoría de las ideas que sirve de base á la noción misma de sociedad, la de las ideas vivas—ideas, quiero decir, que existen vivas».—Trátase de una resurrección del platonismo. «El desenvolvimiento completamente nuevo—escribe el Sr. L.—que damos á la teoría platónica de las ideas en nuestros diversos escritos, encuentra en Sociología, según se verá, una amplia aplicación; al propio tiempo que es una solución del problema filosófico esencial, enlaza la forma social de la vida á todas las demás formas naturales de vida.» Como se ve, lo característico, y después de todo, lo más interesante del ensayo del Sr. L., es su propósito de presentar las sociedades humanas no como serie de meros fenómenos concretos, parto adecuado para investigaciones empíricas, sino como expresión determinada de concepciones íntimamente relacionadas con una amplia y completa concepción de la vida universal. Ya había mucho de esto en la filosofía de Guyau, y sobre todo en el sistema filosófico de Krause.

Pero no me es posible seguir al autor en las diversas consideraciones que hace para desarrollar su tesis. Limitaréme, para terminar, á indicar el contenido del interesante libro del Sr. Lagrésille. Trata éste en capítulos sucesivos de los fundamentos de la Sociología, de la moral social, de la moral política, de la económica y de la internacional.

ADOLFO POSADA.

La educación militar, por D. José Ibáñez Marín.—Madrid, 1899.—Folleto de 75 páginas, edición de regalo.

He leído esta obrita con verdadero deleite. Me ha gustado mucho el espíritu y la sinceridad con que el Sr. Ibáñez Marín

escribe. Y eso que todavía no dice todo lo que quisiera, por falta de la necesaria libertad para ello, libertad de que no goza casi nunca el soldado. No deja, sin embargo, de lamentarse de ello el autor y de protestar como puede. «Por imposiciones—escribe en el prólogo—de *jerarquía* y *condición*, he parapetado mis juicios tras opiniones reverendas y nada sospechosas. Hubiera podido acaso decir por mí mismo lo que otros han escrito, pero *ofrecía riesgos tal independencia...*» ¡Qué lástima!

La síntesis del pensamiento del Sr. Ibáñez Marín es que en España anda el ejército tan mal como todo; que anda mal, principalmente por causa de la ignorancia de generales, oficiales y soldados; que hay que rehacerlo, y que no puede rehacerse sino como lo han rehecho otros pueblos que se han encontrado en circunstancias análogas á las en que ahora está España, á saber: adquiriendo cultura, cultura y cultura, no sólo técnica, sino general.

Desarrolla esta tesis en cuatro capítulos: *El primer soldado* (el Rey); *El generalato; El cuerpo de oficiales*; *El cuartel, escuela de la patria*. Para mí, los más interesantes son los dos últimos.

Mi enhorabuena, Sr. Ibáñez Marín. Y usted debe saber que no es interesada.

P. Dorado.

Indianer und Anglo-Amerikaner.—Ein geschichtlicher Ueberblick, von Georg Friederici.—Braunschweig, 1900.—Un vol. de 147 págs.; sin indicación de precio.

El autor de este libro es un militar, pero no de los «de misa y olla», como los que por acá suelen usarse, sino culto y trabajador de veras. Con dicho libro presta una muy aceptable *contribución* á la vez á la etnología y á la historia, pues enseña al propio tiempo cuál era el carácter y cuáles las con-

diciones nativas, por decirlo así, de los indios de Norte América, y cuál ha sido la conducta que con ellos han seguido los conquistadores y dominadores de ellos desde el siglo XVI acá.

La obra está bien hecha. Los datos abundan mucho en ella. No se ha puesto á escribirla el señor Friederici sin enterarse convenientemente antes de lo que iba á hacer. Al efecto, ha residido bastante tiempo en la Unión americana y ha hecho frecuentes viajes dentro de ella para conocer bien la materia de que iba á tratar. Además, ha tenido presente buen número de libros que más ó menos directamente tratan del asunto.

El contenido del que ha escrito el señor Friederici es el siguiente, expuesto en pocas palabras, según lo consiente una nota bibliográfica.

Los aborígenes de Norte América tenían, á la época de las conquistas europeas, buen carácter y muy sanas costumbres. Recibieron hospitalaria y amistosamente á los recien llegados, á los conquistadores, á quienes casi veneraron. Estos, en cambio, los trataron mal, cazándolos y reduciéndolos á esclavitud. Así lo hicieron lo mismo los españoles que los portugueses, los franceses que los ingleses, como se comprueba (y lo comprueba el autor) con el testimonio de multitud de escritores.

Los aborígenes que los conquistadores encontraron eran hijos de salvajes, pero ellos no eran salvajes. Por la descripción (por la apología, más bien) que Friederici hace de los indios de Norte América, se infiere que el estado social de los mismos antes de la entrada de los europeos era semejante al de los germanos de que nos habla Tácito. Como éstos, desconocían, ó poco menos, la propiedad individual.

El proceder que los ingleses emplearon con los referidos aborígenes fue brutal é inícuo. Todos los atropellos y demasías cometidos con aquellas pobres gentes los consideraban justos. El autor cita numerosos casos y testimonios que así lo demuestran.

Pero lo que constituye el verdadero asunto del libro de Friederici y lo que ocupa el número mayor de páginas de él

es la descripción histórica de la conducta observada con los indios por los Estados Unidos, luego que llegaron á formar una nación independiente. No nos es posible resumir lo que el autor dice, porque casi todo ello es exposición de hechos. Baste saber que el juicio de Friederici y el que uno se forma leyendo aquellos relatos no son nada favorables á la gran República. Como dice el autor, los españoles fueron más humanos con los indios en los siglos XVI y XVII, aún no siéndolo mucho, que los norteamericanos de hoy. Entre otras cosas, los Estados Unidos, luego de hacerse independientes, celebraron pactos y convenios con las tribus de indios (igual que con diversos Estados), pero lejos de respetar esos pactos, lo que han hecho es tomarlos como pretexto y capa para cometer á su sombra mil abusos de toda clase contra la otra parte.

P. Dorado.

El positivismo filosófico y su influencia en el estado actual de la sociedad humana, por D. Ignacio Gamboa.—Mérida de Yucatán, 1899.—Un folleto de 75 páginas, sin indicación de precio.

El título promete mucho, pero dentro no hay nada; es un *titulus sine re*. Recuerde el lector aquellos discursos gárrulos, formados con cuatro banalidades. que los estudiantes suelen leer en sus Academias, y tendrá una idea exacta del trabajo del Sr. Gamboa, escrito también en forma de discurso.

P. Dorado.

La política actual en Filipinas.—Manila, 1899. - Sin más firma que «Los filipinos».—Folleto de 13 páginas, sin indicación de precio.

Es una advertencia á los americanos para que, si quieren continuar en Filipinas, muden de conducta, pues la que actualmente sigue el general Otis es análoga á la que observaron los españoles, la cual ya se sabe qué resultados dió. La aspiración del ó de los que hayan escrito el folleto no es la soberanía de los Estados Unidos sobre Filipinas, sino la libertad y la independencia de estas islas.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

A los españoles con hambre y sed de justicia.—Un escritor estrechado y exprimido. En 8.°, 32 págs.: 1 peseta.

Alamán (L.)—Obras. Tomo I. Disertaciones sobre la historia de Méjico.—México: Imp. de V. Agüeros. 1899. En 8.°, LXVIII-447 págs. con láminas: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo 25.

Alcoverio y Carós (J.)—Suspirs y fantasíes; versos. En 8.°, 78 págs.: 1,50 pesetas.

Alvarez Quintero (S. y J.)—El traje de luces; sainete. En 4.°. 51 págs.: 1 peseta.

Arbiol (Fr. A.)—La familia regulada, con doctrina de la Sagrada Escritura y santos Padres de la Iglesia católica. En 8.°, 960 págs.: 3 pesetas.

Arniches (C.)—La Cara de Dios; drama. En 4.°, 90 págs.: 2 pesetas.

Idem y Lucio (C.)—El último chulo; sainete. En 4.°, 42 págs.: 1 peseta.

Aza (V.)—La sala de armas; pasillo cómico en un acto. En 4.°, 43 páginas y 6 de música: 1 peseta.

Blasco Ibáñez (V.)—A la sombra de la higuera. (Cuentos valencianos). En 12.°: 155 págs.: 50 cénts.

Idem.—La condenada. (Cuentos varios). En 8.°, 293 págs.: 2 pesetas.

Bullón (E.)—Alfonso de Castro y la ciencia penal. En 8.°, 139 págs.: 2 pesetas.

Burgos (J. de).—La familia de Sicur; sainete. En 4.°, 49 págs.: 1 peseta.

Caamaño (A.)—La marusiña; zarzuela en un acto. En 4.°, 45 página : 1 peseta.

Cabré y Estany (D.)—Supresión del diario-borrador. En 8.°, 24 págs.: 2 pesetas.

Canella (F.) y Bellmunt (O.)—Guía general del viajero en Asturias. En 8.°, XVI-162 págs.: 1,50 pesetas.

Colección de Escritores castellanos. Tomo 116. Estudios de historia y de crítica literaria, por D. Leo-

poldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar.—Los hijos vengadores de la literatura dramática: *Orestes, El Cid, Hamlet.*—Étude sur le *Cancionero de Baena.*—Sentido moral en el teatro.—La leyenda de Virginia en el teatro. En 8.°, 437 págs.: 4 pesetas.

Coll y Bofill (J.)—La enseñanza médica en España. En 4.°, 53 páginas: 2 pesetas.

Costa (J.)—Quiénes deben gobernar después de la catástrofe. En 8.°, 47 págs., con retrato y autógrafo del autor: 1 peseta.

Devolx y García (J.)—Odas y leyendas. En 8.° mayor, 298 páginas: 3 pesetas.

Dowdem (E.)—Historia de la literatura francesa, por D. Eduardo Dowden, Ll. D. (Dublín), D. C, L. (Orforxd), Ll. D. (Edimburgo), profesor de Literatura inglesa en la Universidad de Dublín; traducida por Enrique Soms y Castelim, profesor de Literatura griega en la Universidad de Madrid. En 4.°, 464 págs.: 9 pesetas.

Fernández Arias (A.)—El voluntario; juguete cómico. En 8.°, 23 páginas: 1 peseta.

Fernández Valbuena (R.)—La Sagrada Escritura como fuente histórica. En 8.°, 41 págs.: 50 cénts.

Ferrer é Izquierdo (M.)—Lope de Rueda; estudio histórico-crítico de la vida y obras de este autor. En 8.°, VIII-113 págs.: 2 pesetas.

Figuerola (C. B.)—María; poesías. en 8.°, 114 págs.: 1,75 posetas.

Gabba (C. F.)—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno, traducción de Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo. *Tomo I.* Derecho personal y Derecho real. *Tomo II.* Derecho hereditario; Derecho de las obligaciones. En 4.°, 2 tomos, 374 y 410 págs.: 15 pesetas.

Germán (E.)—La viticultura nueva. En 4.°, 24 págs.: 1 peseta.

Gómez Núñez (S.)—La guerra hispanoamericana. *La Habana.* Influencia de las plazas de guerra. (Con un plano general tirado en siete colores, seis planos parciales y 34 fotograbados). En 8.°, 195 págs.: 5 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—Curro López; zarzuela en un acto. En 4.°, 33 páginas: 1 peseta.

Idem.—La cariñosa; zarzuela en un acto. En 4.°, 48 págs.: 1 peseta.

Jordana y Morera (J.)—Algunas voces forestales y otras que guardan relación con las mismas, confrontadas todas con el Diccionario de la Real Academia Española. En 4.°, IX-320 pág.: 6 pesetas.

Jovellanos (G. M. de).—La satire de Jovellanos contre la mauvaise éducation de la noblesse (1787), publiée y annoté par Alfred Morel-Fatio, Directeur adjoint à l'Ecols practique des hautes études. En 4.°, 48 págs.: 5 pesetas.

Larra (hijo) (L. de).—La menina ó «El timo del portugués»; zarzuela en un acto. En 4,°, 34 páginas: 1 pessta.

Limendoux (F.) y López Marín (E.)—Venus-Salón; fantasía cómico-lírica en un acto. En 4.°, 35 páginas: 1 peseta.

López (I.)—Contabilidad mercantil, modelo del sistema de partida doble. En 8.° mayor, apaisado, 94-98 y 37 págs.: 3 pesetas.

Macaulay (L.)—Vida, memorias y cartas de Lord Macaulay, dálas á

luz su sobrino Jorge O. Trevelyan, miembro del Parlamento Británico. En 4.°, 2 tomos, 400 y 309 págs.: 14 pesetas.

Macías y Ortiz de Zúñiga (J.)—Quisicosas. En 8.° mayor, 142 páginas: 1,50 pesetas.

Marquina (E.)—Odas. En 8.°, 136 páginas: 2 pesetas.

Medina (J. T.)—Biblioteca Hispanochilena (1523-1817). Memoria presentada á la Universidad de Chile, en conformidad á lo dispuesto en el art. 22 de la ley sobre instrucción secundaria y superior de 9 de Enero de 1879. *Tomo III.* Santiago de Chile. Impreso y grabado en casa del autor. 1899. En 4.° mayor, 575 págs., con varias reproducciones de portadas: 50 pesetas.

Merino (G.)—Fruta del tiempo, apuntes para escribir una fantasía en un acto. En 4.°, 41 páginas: 1 peseta.

Mínguez y Vicente (M.)—Tratado de estadística. *Segunda parte.* Teoría de la estadística. *Tomo II.* Estadística gráfica. En 4.°, 76 páginas y dos láminas: 1,50 pesetas.

Mirets y Sans (J.)—Investigación histórica sobre el vizcondado de Castellbó con datos inéditos de los Condes de Urgell y de los Vizcondes de Ager. En 4.°, 388 páginas, grabados y dos láminas: 3 pesetas.

Montes de Oca y Obregón (I.)—Sermón de Epifanía predicado en Roma el 7 de Enero de 1900, durante el solemne octavario que hace la Pía Sociedad de las Misiones en la iglesia de San Andrés del Valle. En 8.°, 31 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Moreno Sequeira (J.)—El repatriado; monólogo dramático. En 4.°, 14 págs.: 1 peseta.

Pardo Bazán (E.)—Discurso inaugural del Ateneo de Valencia pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Valencia la noche del 29 de Diciembre de 1899. En 8.°, 33 págs.: 1 peseta.

Pérez Ardá.—Ensayos poéticos. En 8.°, 92 págs.: 1 peseta.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).—El testamento del siglo; apropósito en un acto y cuatro cuadros. En 4.°, 50 págs.: 1 peseta.

Idem.—La señá Frasquita; zarzuela cómica en un acto y cinco cuadros. En 4.°, 44 págs., 1 peseta.

Pino (F. del), Lozano (J.) y Barragán (G.)—Diccionario popular enciclopédico de la lengua española. En folio. *Se reparte por cuadernos semanales de 16 páginas cada uno*: 30 céntimos.

Piñerúa Alvarez (E.)—Química moderna. Programa de química general. En 8.°, 30 págs. Encartonado: 1,50 pesetas.

Poal y Jofresa (J.)—Complemento á «La protección del derecho inmoviliario». En 4.° mayor, 55 páginas: 1 peseta.

Idem.—Estudios jurídicos y notariales. En 8.°, 223 págs.: 4 pesetas.

Ramírez de Arellano (R.)—La Banda Real de Castilla; estudio sobre esta Orden de Caballería y de la causa por que el Rey Don Pedro puso los blasones de ella en los Alcázares de Sevilla y Carmona. En 8.° mayor, 65 págs.: 2 pesetas.

Ramón y Cajal (S.)—Reglas y consejos de investigación biológica. En 8.° mayor, 123 págs.: 2,50 pesetas.

Ramos Carrión (M.)—La muela del

juicio; pasillo cómico. En 4.°, 39 páginas: 1 peseta.

Rouanet (L.)—La sculpture sur bois au Musée de Valladolid. En 4.°, 15 págs. con grabados.

No se ha puesto á la venta.

Sánchez Ramos (E.) y Sabrás y Causapés (T.)—Primer curso de Matemáticas. En 4.°, 112 páginas: 2 pesetas.

Sanchis (V.)—La granujería andante. I La Política en camisa. II La moral..... disparada. En 8.°, 350 páginas: 4 pesetas.

Santamaría (V.)—La responsabilidad notarial. *Tomo I.* Parte orgánica del notariado (Ley y Reglamento). En 4.°, 308 págs.: 5 pesetas.

Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado extensamente con arreglo á la edición oficial. *Tomo XVI.* De la sucesión intestada. Precauciones que deben adoptarse cuando la viuda queda en cinta. En 4.°, 617 págs.: 7 pesetas.

Segura (F.)—Irún; juguete cómico en un acto. En 4.°, 31 págs.: 1 peseta.

Señorans Blanco (A.)—Ráfagas. En 8.°, 117 págs.: 3,50 pesetas.

Seviñé y Miqueláiz (B.)—Historia de la civilización de ambos continentes; origen y vicisitudes de varias naciones. En 4.°, 902 páginas: 12 pesetas.

Tamayo y Baus (M.)—Obras. *Tomo IV.* Del dicho al hecho.—Más vale maña que fuerza.—Un drama nuevo.—No hay mal que por bien no venga.—Los hombres de bien. En 8.°, 522 págs.: 5 pesetas.

Tarazona (A.)—Memoria sobre el eclipse total de sol de 28 de Mayo de 1900. En 4.°, 109 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Turgueneff (J.)—Tierras vírgenes; novela. En 4.°, 358 págs.: 5 pesetas.

Ugarte (J. de).—Algunas ideas prácticas y consideraciones sobre las fuerzas armadas de un país. En 8.°, 96 págs.: 1,50 pesetas.

INDICE

	Págs.
Sendas peligrosas (novela), conclusión, por J. L. Heiberg.....	5
Retos y desafíos, por Juan Pérez de Guzmán.....	39
Poetas americanos: El canto del guerrero; Canción del destierro, por Antonio Gonzálvez Díaz (Brasileño).....	59
La Literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán.....	63
Discursos á la Nación Alemana, por Juan T. Fichte.....	80
Dominación y guerras de España en los Países Bajos, por Francisco Barado.....	96
Los ascendientes de Bolívar, por Nicolás Pérez Merino.....	113
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....	123
Revista Hispanoamericana, por Iob.....	134
Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....	153
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada.....	187
Obras nuevas.....	197

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fiorreffi: La Escuela criminológico positivista, 7 pecetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos) 1 peseta.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.— Memorias, 3 pesetas.

Lange.— Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. —La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval. — María Stuardo, 6 ptas.

Molins.— Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud, (agotada).— Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.— Mi Juventud, 3 pesetas.— Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.— Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta. —Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.— Gautier, 1 peseta.— Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRITICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos. 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

ECONOMIA

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Rogers.— Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Caro.— El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. —Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprende: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

Idem.—El organismo social, 7 ptas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas. Ètica de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

JURISPRUDENCIA

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero. — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ps.

Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo. — La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz.—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay.—Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.

MISCELANEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraisos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores. — Ramillete de cuentos, 3 pesetas. —Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.— Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola. — Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalietas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESIAS

Campoamor.— Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo. — La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 pts.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

Idem.—El organismo social, 7 pts.— El progreso, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—

Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer? 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.

AP
60
E8
año 12
no.133-35

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY